

JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SISTEMA GENERAL DE BIBLIOTECA



REPERE

MAURICIO
EL
AJUSTICIADO

REPERE



REPERE

Le, MEXICO

REPERE

HS485
ES



1020005218

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



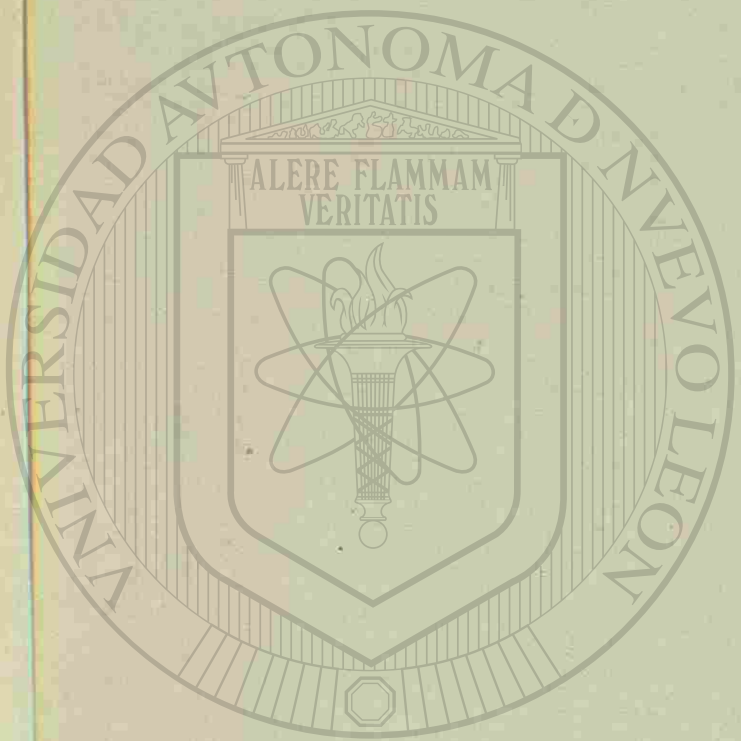
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

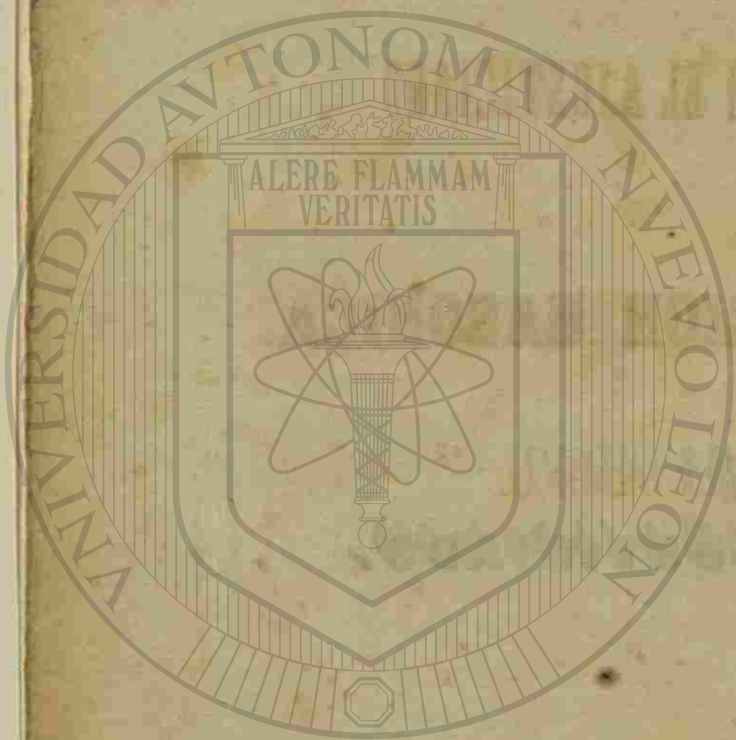


108714



MAURICIO
EL AJUSTICIADO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LORENZO ELIZAGA.

MAURICIO EL AJUSTICIADO

O UNA

PERSECUCION MASONICA.

NOVELA ORIGINAL.

*Julio A. Surdez
México, D.F.
1929.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

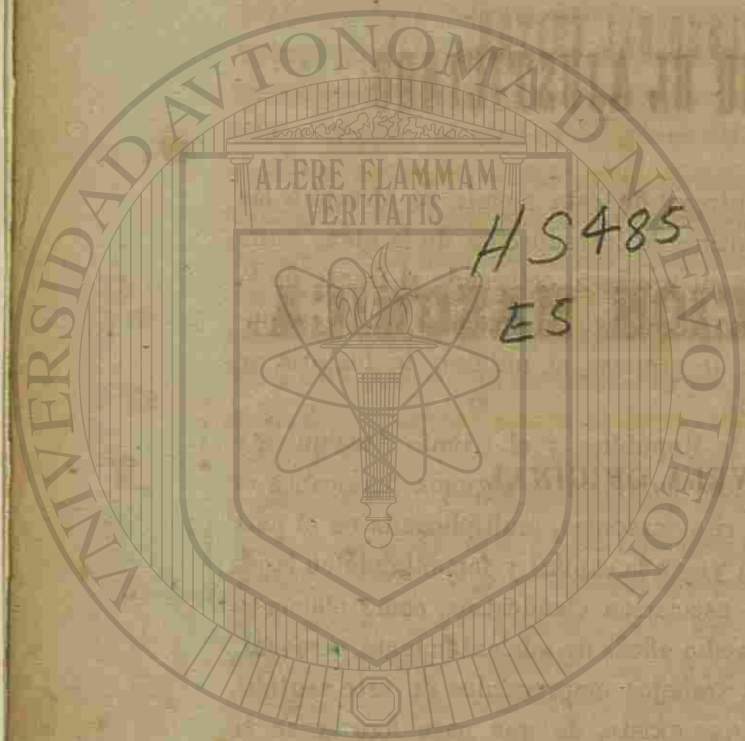
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO.

IMPRESA DE "LA CONSTITUCION SOCIAL."

Puente del Correo Mayor núm. 10.

1869.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

PROLOGO DEL EDITOR.

Desde la primera entrega de esta novela se ofreció á los suscritores dar en la última la introduccion de la obra; cumple pues hoy el Editor su promesa, colocando al frente de la décima octava entrega el prólogo ofrecido, ó sea la explicacion del objeto que se propuso al publicar la historia de Mauricio el Ajusticiado.

La restauracion de la República y el triunfo consiguiente de las ideas democráticas avivó entre algunos mexicanos el deseo de propagar el rito masónico, multiplicando en el país las lógicas que existian ya en la capital y fomentando en la juventud el espíritu de asociacion clandestina, como elemento de progreso y como medio eficaz de adelantamiento personal. El público conoce los trabajos emprendidos en este sentido, y la creencia general que existe, de que para figurar en la escena política es casi indispensable estar afiliado en algun rito masónico; de modo que el que no pertenece á una lógica, está excluido de los destinos públicos, no tiene asiento en el gran banquete nacional; en una palabra, es visto como hijo desheredado.

La existencia de estas asociaciones clandestinas, es un hecho que está al alcance de todos; pero son pocos los que conocen el misterio que cubre sus trabajos, los estatutos de su organizacion, las tendencias del instituto, la influencia de sus resoluciones y el poder de que disponen; por consiguiente muchos

se apresuraron á adquirir el título de Mason, seducidos con la perspectiva de un bienestar inmediato, y con las fórmulas inocentes de la iniciación masónica. Creí, pues, hacer un servicio á la sociedad y principalmente á la juventud incauta, publicando la historia de una persecución tramada en una lógia, á consecuencia de agravios personales y por motivos tan mezquinos como infames. Si bien se dejan ver allí rasgos odiosos y caracteres detestables, que grangean á las lógias y á sus ritos la reprobación universal, como pudiera acaso decirse en su defensa, que los hombres no son las instituciones, quiero presentar á los lectores un análisis crítico de la sociedad masónica, para que conocidos sus estatutos, sus medios de acción y el fin á que tiende esencialmente, se palpén los males que ocasiona á los pueblos, así en el orden religioso como en el moral y político.

El secreto es el arte fundamental de los trabajos masónicos, sobre cuyo punto está sujeto el mason á reglas minuciosas y á penas muy severas si tiene la desgracia de violarlas. Solo á los hermanos que le sean bien conocidos puede revelar lo que interesa al Orden, conduciéndose de modo que el profano no vea el movimiento ni entienda la palabra. La lógia debe estar dispuesta de manera que no pueda entrar ojo ni oído profano. Ciertos actos y ciertos hechos no se consignan por escrito; el mason debe conocerlos en la misma lógia, y en caso necesario se le comunican por otra vía. En suma, la masonería, tanto en cuerpo como en el individuo, huye de descubrirse á cualquiera profano por la naturaleza misma del instituto y bajo leyes penales muy severas.

La obligación del secreto no se limita á los profanos, se estiende también á los masones entre sí; los de un grado inferior no saben ni pueden saber lo que se hace ó se dice en los grados superiores; y de aquí es, que al ascender á un grado

mas elevado hace el mason un nuevo juramento de no revelar á nadie el grado adquirido, ni aun á los masones de grado inferior. Dos consecuencias resultan de lo dicho: primera, que hay en la masonería cosas que deben callarse; segunda, que el arte del secreto en los trabajos se considera de grande importancia. El mason afila y prepara sus armas en la sombra del silencio y las maneja al descubierto; pero jamás dirá: estas doctrinas son las doctrinas de la lógia; estos consejos fueron madurados en la lógia; estos hechos son fruto de determinaciones acordadas en la lógia; tales y cuales son las reglas de nuestras tenidas; estas y estas son fórmulas de nuestras iniciaciones, de nuestros signos y de nuestros caminos. Nada os dirá de todo esto; todo debe permanecer en la sombra del misterio. "No ha sonado todavía la hora, dicen los masones, de que el templo misterioso se abra útilmente al ojo del profano: nuestra existencia depende todavía de la observancia rigurosa de nuestros secretos." (1)

A este secreto y á tantos juramentos debe corresponder un objeto adecuado por su gravedad al Orden en sí mismo, ó en sus relaciones. Y bien, ¿cuál es el objeto que promete el adepto no revelar á ningún profano? Consultemos los documentos auténticos; la fórmula del juramento en primer lugar. La de Inglaterra no contiene mas que la promesa genérica de no descubrir á nadie "los secretos confiados de uno á otro," á no ser á los masones reconocidos por tales y en lógia regular. La de Alemania, especificando estos misterios impone secreto acerca de los signos, tocamientos, palabras, doctrinas y usos de la masonería. (2) La de Payses Bajos y de Bélgica exige el si-

(1) Carta de los masones de Leon al S. Pontífice Pío IX.—Aussi, tant que ces doctrines n'auront pas prevalú, tant que elle n'aura pas elevé tout á son niveau, il se fera une sorte d'isolement autour d'elle. Franc-Maçon. Jan 1854 pág. 9.—La durée de notre existence maçonnique dépend de la conservation reguoreuse de nos secrets. Nent, Doc. X.

(2) Sarsena. Leip isy 1866, pág. 84.

lencio acerca de las instituciones del Orden y de los medios que él adopte para conseguir su fin.⁽¹⁾ Según la fórmula de Ragon, en Francia la discreción del adepto tiene por objeto "los secretos que le comunica la lógia, mejor dicho, cuanto él vea hacer y decir en la misma lógia." Los ritualistas de Italia y de Portugal han copiado á la letra á Ragon. La constituyente masónica instalada en Italia en 1861 ordenó, "que todos observaran secreto no solo respecto de lo que se dijera é hiciera en las lógias, sino tambien respecto de los miembros y visitantes de las mismas." De todo esto resulta que la materia del secreto masónico puede concretarse en cuatro puntos: primero, los modos que usan los socios para reconocerse; segundo, la significacion de los símbolos; tercero, las doctrinas y las decisiones de las lógias; cuarto, los medios que se adoptan para conseguir el fin moral del Orden.

La malicia de este secreto nos la descubre un mason belga. "En la condicion de la civilización moderna, decia en un discurso, no es posible vulgarisar nuestras doctrinas, ni predicarlas públicamente. La ignorancia, las preocupaciones, la resistencia, se opondrían á nuestros esfuerzos y los anularían. Semejantes á los filósofos de la antigüedad, no podemos mas que infiltrar poco á poco nuestras doctrinas puras en la cloaca impura en que yacen desgraciadamente tantas inteligencias."⁽²⁾ Aparece de vez en cuando en los diarios, en algun opúsculo debatido un principio, una doctrina, ó la conveniencia de un hecho social, y en seguida la acoge y la defiende la tribuna parlamentaria. El vulgo cree, que los escritores y los diputados se mueven y trabajan por el interes de la verdad y de lo justo, cuando realmente no hacen mas que cum-

(1) *Annuaire maçonnique du Pays-Bas*, t. III, pág. 163.—131 *Rituel de l'Apprenti* maçonn pág. 54.

(2) Discurso pronunciado por el H. Eranor Taider. V. *Nent. Doc.* XXIII.

plir con el precepto de una lógia, y ejecutar las deliberaciones del Gran Oriente. Así lo justifica Verhagen, que fué Gran Maestro de la masonería belga, en la carta que escribió el 29 de Marzo de 1862 al Gran Maestro Córdoba en reconocimiento del Gran Oriente Italiano que se constituyó entonces en autoridad. "La Bélgica y la Italia, decia, tienen el mismo origen: sus principios son los mismos, sus constituciones tienen por objeto la libertad de conciencia, el libre exámen y la discusión libre. Están obligadas á combatir las mismas tendencias y los mismos enemigos, y deben hacer uso de las mismas armas y de los mismos medios contra adversarios obstinados. Están, pues, llamadas á prestarse un mutuo auxilio. Nuestro Gobierno ha procurado activamente el reconocimiento del reino de Italia. La masonería belga ha correspondido á esta exitativa y no cesó de prodigar pruebas de la mas viva simpatía, principalmente poniendo á vuestra disposición la imprenta y la influencia de sus miembros en el parlamento."⁽¹⁾ ¿Puede darse un testimonio mas claro y decisivo? Pues bien: cuando el Papa es inculcado, cuando se calumnia al Sacerdocio, cuando se ataca á la religion, cuando se combate el orden social bajo esta ó la otra apariencia de razon en los discursos parlamentarios, en los artículos de la prensa ó en las decisiones ministeriales, puede asegurarse sin temor de equívoco, que es la lógia, el Gran Oriente, la masonería, quien tira la piedra y esconde la mano.

Son innumerables los medios y los artificios de que se vale la masonería para cubrir sus trabajos con el secreto: insidias, engaños, mentiras, calumnias, son las mejores armas que emplea cuando lo exige la necesidad. Veamos alguna muestra de estos artificios.

El primero que se presenta es un *disimulo pérfido*. Propues-

(1) *Bolletino ufficiale del G. Oriente italiano*. 15 de Nov. de 1862.

to en los primeros años de la masonería el terrible juramento con que se ligan los adeptos, toda la confraternidad se hizo sospechosa de impiedad en materia de religión y de conspiración en el orden político. Ella no podía subsistir bajo el peso de tan grave acusación; debía por consiguiente sustraerse de este cargo, y lo consiguió por medio de un artificio.

Dos capítulos prestaban fundamento á la acusación indicada, la tolerancia absoluta de cultos y la libertad amplísima de opiniones políticas; del primero puede deducirse el ateísmo, y del segundo cierta connivencia con los reos de conspiraciones y de atentados políticos, una vez que conserva con ellos los lazos de confraternidad. Dos toques de pluma bastaron para cambiar la fisonomía de la asociación masónica, y para avenir-la con las necesidades de los diferentes países. Inglaterra colocó al frente de los estatutos la obligación de tributar á Dios el culto debido, proveyó á las lógias de capellanes, y disfrazó la parte sospechosa concerniente á la política.⁽¹⁾ La Holanda reformó enteramente este punto, declarando, "que el rebelde al Estado no tendría socorro alguno de la sociedad masónica, ni aun á título de compasión, y que expulsado de todas las lógias no figuraría más como hermano, por ser infractor de las leyes capitales del Orden, que son obediencia y fidelidad á las autoridades legítimas." En los estatutos de la Francia en donde prevalecía el espíritu religioso y el amor al rey, se protestó desde los primeros artículos, "que ninguno puede ser recibido mason, si no protesta y jura fidelidad inviolable á la religión, al rey y á las leyes de honestidad, y si no abjura en plena junta cuanto haya escrito ó proferido contra los sagrados dogmas de la fé católica."⁽²⁾ Todo esto, sin embargo, no es

(1) The Book of Constitutions. ediz 1815.

(2) De la Tierce. Histoire, Obligation et Statuts de la confraternité des Franc-Maçones.

mas que un arte finísimo de disimulo, supuesto que se conserva intacto el espíritu criminal de los estatutos primitivos. Las reglas del secreto son el magisterio de la astucia masónica; basta que el mason consienta en serlo, é inmediatamente se vuelve artero y disimulado.

Pero ¿cómo disimular los propios vicios tan finamente que nadie se aperciva del fin? Con la *hipocrecía*, la cual forma el segundo capítulo de los artificios masónicos. La masonería no profesa ninguna religión en particular, siendo todas dañosas á la sociedad humana; tal es el principio que propaga y que pretende arraigar en el vulgo. Por esto no ordena al individuo mason que profese la religión del país donde vive, antes bien lo deja en libertad de que adopte la que mas le convenga. ¿Quién no advierte en esta conducta el magisterio de la hipocrecía en materia de religión? El mason, conforme al principio del Orden, reputa dañosas á la sociedad todas las religiones particulares, y debe propagar esta doctrina; por otra parte, él tiene plena libertad para mostrarse católico, protestante, mahometano ó lo que se le antoje; luego él puede ser en el exterior lo que no es en el interior; quiere decir, es lícito y puede aconsejarse en caso necesario el uso de la mas odiosa hipocrecía. La masonería es la flor de la democracia, y tiende á predicar sus principios y á dar á la sociedad la forma democrática. Hay, sin embargo, grandes peligros en esta empresa. El individuo mason en fuerza de sus compromisos debe introducir-la, y prestar al mismo tiempo obsequio á la autoridad política y obedecer las leyes. ¿Cómo puede unir estas dos cosas tan opuestas? Con la hipocrecía, mostrándose fiel en lo exterior y conspirando en secreto. Y si llega á caer en manos de la justicia profana, la confraternidad desconocerá hipócritamente las obras, pero conservando los lazos fraternales con él, todos los socios por obligación de la regla vendrán en su ayuda del

modo que les sea posible, salvo el honor y la vida. En suma, el mason es religioso por un lado é irreligioso por otro; está sujeto á las leyes políticas del país por una parte, y por otra las infringe y subvierte; en consecuencia es por la naturaleza de su instituto un hipócrita astuto en religion y en política.

Citemos un hecho en confirmacion de lo dicho. Segun la obra titulada: *Acta Latomorum*, de Thory, en los diez primeros años de la gran revolucion de Francia los masones se mostraron muy adictos á la casa reinante y á la religion cristiana, así en los actos de obsequio como en los de piedad, que practicaban pública y solemnemente. María Antonieta no se dejó persuadir de su hermana María Cristina de que los masones maquinaban en secreto contra el rey y contra la religion, antes bien tomó la defensa de ellos probando con hechos lo contrario.⁽¹⁾ Cayó en la red de las demostraciones exteriores hipócritas, y se desengañó á su pesar en la Torre del Temple y sobre la guillotina. Posteriormente el Gran Oriente de Francia manifestó entusiasmo y júbilo por el restablecimiento de la República el año de 1848, y ofreció solemnemente los servicios del Orden para conservarla y defenderla, confesando de una manera paladina que el principio republicano es un dogma masónico. ¿Quién habia de creer que el mismo Gran Oriente á la vuelta de unos cuantos años haria el papel de apasionado del gobierno de uno solo? Así sucedió sin embargo. El 15 de Octubre de 1852 escribiendo al presidente de la república una esposicion, concluye con vil hipocrecía: "Afianzad la felicidad de todos, colocando sobre vuestra noble cabeza la corona imperial; aceptad nuestros homenajes, y permitidnos prorrumpir desde ahora en el grito de nuestros corazones: *viva el Emperador*."

Pero no bastan los dos artificios indicados, disimulo é hipo-

(1) Correspondance mérita de Marie-Antoinette, págs. 95, 96.

crecía, son necesarios los otros, á saber, la calumnia, la mentira y la insidia en las palabras. Calumniar y mentir en perjuicio de la religion en las iniciaciones y en los escritos masónicos, siempre que hay ocasion de hacerlo, es cosa vulgar entre los masones. Quién la supone corrompida por obra de los padres; quién la presenta como sanguinaria; quién la llama enemiga de las ciencias; mientras que no hay bien en el mundo que no venga de manos de la masonería, ni se conoce virtud alguna que ella no cultive con diligencia. La hipocrecía y la mentira es atributo de la Iglesia; la honestidad y franqueza son fruto del Orden masónico. Considérese solamente lo que se ha escrito en nuestros dias contra el dominio temporal del Papa y contra el Papado mismo, y se tendrá una prueba de la coalicion funesta que existe para abatir al justo y á la justicia con la máquina de la mentira y de la calumnia.

Este mismo medio es empleado para engañar á los incautos en cosas particulares, por medio de la *insidia* en la palabra usada para fines generales. Por ejemplo, se propagan voces de doble significado, uno recto y comun para el vulgo, otro recóndito y masónico para los adeptos. El diccionario de la masonería abunda en esta clase de vocablos. Entre estos los que mas se vociferan en nuestros dias son: *beneficencia, libertad, igualdad, fraternidad, orden, moral, civilizacion, progreso, destinos, aspiraciones de la humanidad*. Ahora bien: ¿significan estos en la boca de los masones lo que se piensa vulgarmente? Todo lo contrario. *Libertad*, segun su diccionario, quiere decir franquicia de todo principio de autoridad extrínseca; *igualdad*, identidad universal de derechos civiles y políticos; *fraternidad*, comunidad de bienes como entre hermanos; *beneficencia*, reducir á la práctica el sistema racionalista democrático del comunismo; *progreso*, el adelanto de los principios de este sistema. Con este artificio pueden los masones predicar impune-

mente sus doctrinas, ganar gente ignorante que los ayude y progresar en sus trabajos. ¿Quién que no conozca la malicia del artificio, se negará á dar la mano en cosas de beneficencia, á favorecer la justa libertad, la igualdad, fraternidad, civilización, progreso? Concluyamos: el arte de la obra masónica es la mas fina astucia, la cual no retrocede ante ningun artificio. Astucia fuera de la lógia, astucia dentro: ofende á la sociedad y á la religion, pero con secreto astuto. El disimulo, la hipocrecía, la calumnia, la mentira y la insidia son sus armas favoritas, de las cuales echa mano para todo y contra todo. Con razon los fundadores de la masonería le acomodaron el nombre de *Craft*, que significa astucia, y adoptaron por armas gentilicias dos zorras, segun el facsimile que tengo delante, símbolo perfecto de la astucia.

De lo que precede se deducen algunas consecuencias prácticas: el mason, segun el espíritu de la sociedad masónica, es un *libre pensador*; pero reflexionad que él es libre pensador bajo un aspecto sí, y bajo otro no. Es libre pensador en el sentido mas absoluto. En efecto, ¿está su libertad limitada por alguna restriccion religiosa? No: ella prevalece sobre todas las sectas cristianas, juzga de todas las religiones, desdeña como trabas inicuas dos verdades naturales, la existencia de Dios y la inmortalidad del alma. Tanto derecho de libertad le es concedida como cosa propia y natural del hombre. Quien puede contradecirlo con justicia. El historiador Enrique Martin escribió: que la masonería debe reputarse deista; que esto debe ser por su naturaleza, y que atenta contra su vida el que quiera eliminar de los estatutos la existencia de Dios. Pero dos masones, Canbet y Massol, se encargaron de demostrar que ignoraba los derechos masónicos, y asentaron en grandes caracteres: "que la masonería es una institucion fundada *sobre el derecho*, emancipada de todo yugo de la Iglesia y del sacerdo-

cio, de todos los caprichos de los reveladores y de todas las hipótesis de los místicos, existencia de Dios é inmortalidad del alma: que su fuerza consiste en la espontaneidad, en la libertad, y que esta libertad hace de ella una asociacion *sumamente progresista*, abierta á todos los movimientos de la opinion, y por lo mismo apta para la *iniciativa poderosa*." Luego la masonería no tiene restriccion ninguna, sino libertad absoluta; *en esto consiste su originalidad y su grandeza*.

De principios monstruosos se derivan consecuencias monstruosas; así es que del ilimitado derecho de libertad nace *la moral independiente*, ó sea como la definen los masones: "la moral que escenta de toda idea de dogma, se funda únicamente sobre la conciencia individual." En este supuesto el hombre es árbitro de sus destinos, regulador soberano de sus acciones, y por tanto independiente absoluto, un pequeño númen.

Traspararía los límites de este prólogo si quisiera continuar el análisis crítico de la masonería, é inculcar en el espíritu de los lectores todas las consecuencias prácticas que se derivan de los principios de esa funesta institucion; bastan las observaciones precedentes para dar á conocer, siquiera sea en globo, las tendencias peligrosas de las lógias, y las miras depravadas de esos conciliábulos. Por lo demas, el fin trágico de Mauricio y las ideas antireligiosas que mostró en la hora suprema del suplicio, deben servir de leccion á los que cándidamente se afilian en las sociedades secretas, seducidos por el lenguaje hipócrita de los adeptos, ó estimulados por el deseo de satisfacer pasiones políticas. Disgustado Mauricio de la vida doméstica, quiso hallar en la calle la felicidad, que habia buscado en vano al lado de una esposa, cuya eleccion debió á las sugerencias de un amigo frívolo, mas bien que á las inspiraciones de su propio corazon. El conocimiento de Manuel y el despecho consiguiente á un matrimonio desavenido lo pre-

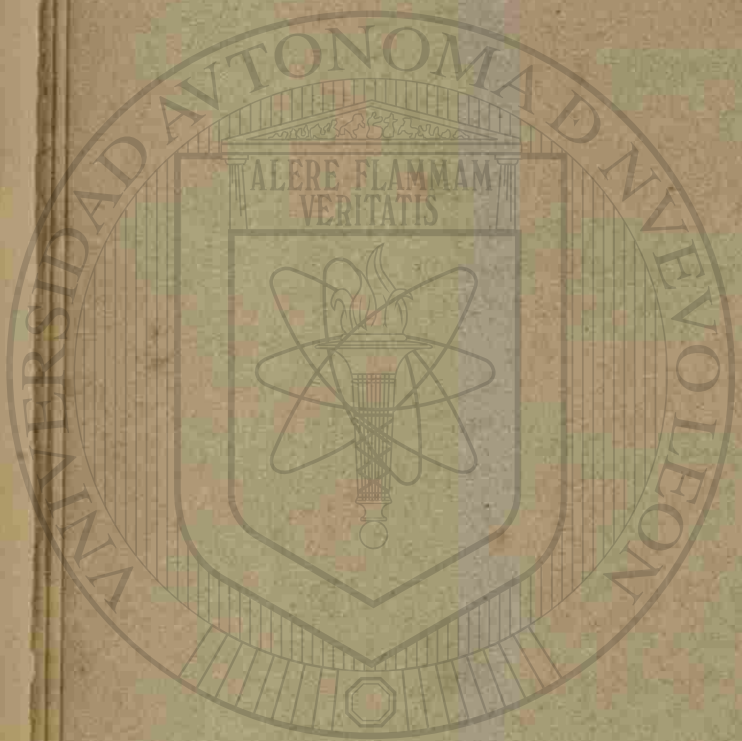
cipitó en la masonería, haciéndose miembro de una lógia mediante la iniciación y ceremonias de sus estatutos. Contrajo desde luego los compromisos propios de un aprendiz y se obligó á guardar el mas profundo silencio sobre cuanto interesa al Orden ó es objeto de las deliberaciones masónicas; en consecuencia quedó sujeto á las penas con que se castiga á los que lo violan, y á la persecución implacable del odio de los masones. Los lectores conocen ya la *calumnia* de que fué víctima Mauricio, y la connivencia que contrajo Galloni d'Istria, facilitando la ejecución del supuesto reo, para cumplir las órdenes de la lógia y satisfacer la horrible venganza de un mason. La confraternidad masónica es el lazo invisible que une á todos los miembros del Orden, los cuales se reconocen fácilmente por medio de signos y palabras convencionales, y se prestan toda clase de auxilios en virtud de la obligación que les imponen los estatutos. Por esta causa, ante los compromisos y deberes de los masones desaparece la patria, la religion, la virtud, el honor y toda clase de vínculos por sagrados que sean.

Las reflexiones morales que preocupaban la mente de Mauricio en la última noche, cuyo conjunto puede llamarse el epílogo de la novela, son hijas de la incredulidad de un artista ignorante, sin mas educación religiosa que la muy superficial que pudo recibir del honrado portero Antonio. Sus dudas acerca de la vida futura, su indiferencia respecto del castigo ó de la recompensa eterna, y el insultante desprecio con que habla del sacerdocio cristiano exitan la compasión, é inspiran muy serios temores acerca de la suerte que espera en la otra vida á los que imbuidos en las ideas de una falsa filosofía, y contaminados con la lectura de libros prohibidos, se lisongean de que la eternidad es una fábula y de que el fin último del hombre es la nada. ¡Desdichados! El espíritu no se extingue, la muerte no es mas que un accidente de la vida.



MAURICIO EN LA JUSTICIA

El Gabinete de reflexiones



DIRECCIÓN GENERAL

MAURICIO EL AJUSTICIADO

6

UNA PERSECUCION MASONICA

I.

El gabinete de reflexiones.

Tenemos que conducir al lector á un aposento singular. Es una pieza cuadrilonga, de una sola entrada y sin ventanas ni respiraderos; las paredes, tapizadas de grandes lienzos negros que las cubren completamente, ostentan sobre este fondo lúgubre signos funerarios pintados de blanco; ya es un reloj de arena coronado por un cráneo humano y al que sirven de pedestal dos canillas colocadas en forma de cruz; ya un buho pronto á apagar con sus alas la luz de una antorcha mortuoria; ya un esqueleto que con la hoz en una de sus descarnadas manos y el reloj de arena en la otra, parece recordar á quien le contempla la brevedad de la vida y lo súbito de la muerte.

De trecho en trecho, y alternando con estos trofeos de la nada, se ven escritas con extraños y fantásticos caracteres, frases singulares y amenazadoras:

“Si una vana curiosidad te conduce aquí, retírate.”

“Si temes que tus defectos sean descubiertos, no permanezcas en este lugar.”

“Si cabe en tí el disimulo, tiembla, porque se te penetrará.”

“Si respetas las distinciones humanas, deja este sitio porque en él no se conocen.”

“Si tu alma ha experimentado el terror, no prosigas adelante.”

“Se podrá exigir de tí los mayores sacrificios, aun el de tu vida; ¿estás decidido á hacerlos?”

En el centro de ese aposento, que con sobrada razon hemos llamado singular al principio de este capítulo, hay una mesa cubierta con un tapete negro. Dos cirios grandes y amarillos, colocados sobre ella, alumbran la escena con siniestra luz, y entre los dos candeleros que los sostienen se ostenta un tintero grande, de forma extraña, coronado por un cráneo humano de cuyas mandíbulas salen á derecha é izquierda dos pipas semejantes á las que usan los fumadores y llenas de tinta.

Un hombre de fisonomía franca y simpática, de espaciosa frente quebrada por una honda cicatriz, ojos negros rasgados y expresivos, nariz ligeramente encorvada y labios gruesos sombreados por un espeso bigote negro, está sentado junto á la mesa en actitud reflexiva y fijos los ojos en un papel escrito, que con mano ligeramente trémula sostiene. El contenido de aquel papel parece absorber completamente su atencion, y á cada momento pasa su mano izquierda por la frente ardiente y cubierta de sudor como queriendo arrancar de ella un pensamiento, una idea, que venga á desvanecer las dudas que ha despertado en su espíritu la lectura de unos cuantos renglones, y á dar una solucion satisfactoria á las cuestiones que encierran.

—¿Cuáles son los deberes del hombre para con Dios?— se repite aquel hombre por la centésima vez, leyendo el papel que tiene delante — yo pienso que esos deberes se reducen á creer en su existencia, amarle y respetar sus leyes; pero estos hombres

extraordinarios á cuya sociedad quiero pertenecer y que me sujetan á esta prueba que podria llamar de fé, acaso se burlarían de mí si doy semejante respuesta. ¿Creerán en el Sér Supremo? Aseguran que su sociedad no tiene otro fin que el del mútuo auxilio y la caridad; ¿cómo, pues, podrán desconocer ó negar la existencia del que es la fuente viva de esta virtud, del que ha dicho á los hombres *amaos unos á otros*?

Y, despues de un momento de vacilacion, ese hombre, á quien desde este momento llamaremos Mauricio, tomó la pluma y escribió al pié de la pregunta que le preocupaba:

—Crear que existe, amarle y respetar sus leyes.

—¿Cuáles son los deberes del hombre para con sus semejantes?— se dijo despues, leyendo el misterioso papel en el que acababa de asentar su respuesta.—En esto no hay lugar á duda, añadió, despues de un momento de meditacion, y con mano mas firme que ántes, puso en seguida:

—Amarlos como á sí mismo y socorrerlos en todas sus necesidades.

—¿Cuáles son los deberes del hombre para consigo mismo?— continuó leyendo; sus ojos despidieron un brillo singular, se verificó una trasfiguracion extraña en su semblante, y con agitación casi febril escribió estas palabras:

—Cultivar su razon que le hace superior al bruto; no perder jamas la condicion de hombre libre con que vino al mundo, y procurar acercarse cada vez mas por la educacion y por el raciocinio á Dios, que le hizo á su imágen y semejanza.

El papel no contenia mas preguntas.

Mauricio se levantó de su asiento y comenzó á pasearse por la sala como un hombre que aguarda á alguien y que se impacienta de que no llegue. Una sonrisa burlona aparecia en sus labios cada vez que sus ojos se fijaban en las fantásticas y fúnebres figuras que llenaban las paredes. Al cabo de un rato suspendió de pronto sus paseos, y fijándose en las sentencias que

alternaban en las paredes con las calaveras y con los buhos, dijo dándose una palmada en la frente:

—Me olvidaba de que tenía que hacer mi testamento.

—Vaya un modo raro que tienen estos hermanos de llamar las cosas, continuó; cuando Manuel me dijo que debía yo hacer mi testamento, no pude menos de reírme, creyendo que uno de los medios de que los masones usaban para probar el valor de los neófitos era presentarles bajo diferentes aspectos y diversas formas, la idea de la muerte; pero esa especie de oso que me condujo aquí me intimó que debía contestar categóricamente á cuanto dicen esas paredes, y que mis respuestas serian mi testamento. Vamos, pues.

Y dirigiéndose de nuevo á la mesa, tomó la pluma y escribió:

“No es una vana curiosidad la que me conduce á este lugar; vengo á buscar una ocasion de ser útil á mis semejantes y á mi patria, ejerciendo las virtudes que deben constituir el único objeto de la masonería.”

“Son muchos mis defectos, porque soy de humana naturaleza; pero no temo sean descubiertos por los hombres, que como yo, están sujetos á ellos.”

“Felicitó á los masones por el talento de penetracion que poseen, pero ajeno al disimulo y á la perfidia, llevo el corazon en los labios y no se necesita ser adivino, ni profeta, ni mason, para comprender mis sentimientos. No estoy acostumbrado á temblar ante los hombres.”

“Aunque Dios ha formado de igual materia á todos los hombres, el espíritu y las virtudes de los unos los hacen superiores á los otros; si á eso llaman ustedes distinciones humanas, que me conduzcan fuera de aquí, porque las respeto; si dan ese nombre á la riqueza y al poder, sin el talento y las virtudes, desprecio semejantes distinciones.”

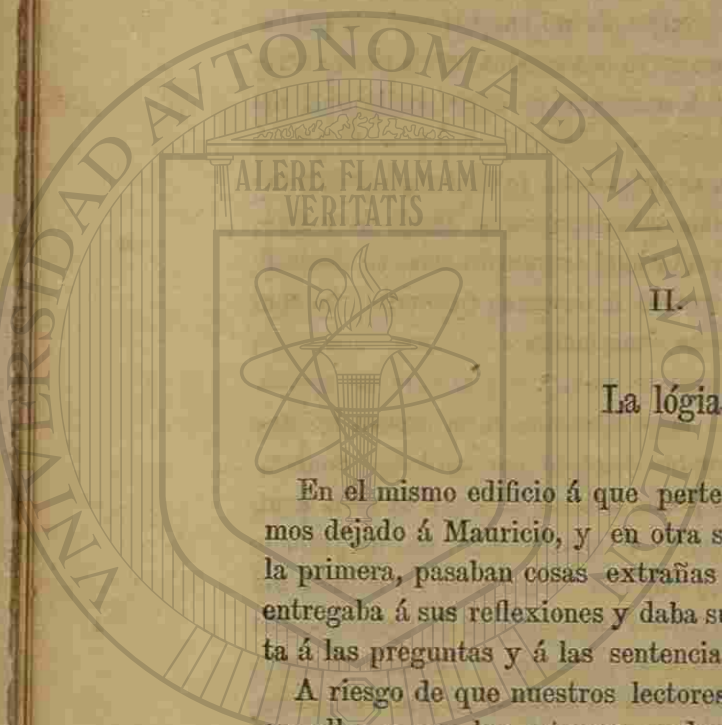
“Solo el que comete un crimen debe experimentar el terror en

su alma; esos simulacros de muerte con que adornan ustedes su casa, ni me apenan ni me atemorizan.”

“Si los sacrificios que se exijan de mí son útiles á mi patria ó á la humanidad, estoy dispuesto á hacerlos; si no tienen otro objeto que probar mi valor ó engrandecer á un individuo, no cuenten ustedes con ellos.”

Mauricio habia concluido *su testamento*; le leyó y pareció quedar satisfecho de lo que habia escrito, porque dando á su fisonomía una expresion de superioridad extraordinaria, se levantó de nuevo de su asiento y volvió á pasearse frotando una con otra sus manos y visiblemente complacido.

No hacia mucho que Mauricio habia emprendido de nuevo sus paseos, cuando se abrió estrepitosamente la puerta del departamento y entró un hombre vestido con un traje comun, pero llevando cruzada en el pecho una ancha cinta de seda azul celeste y morada, con geroglíficos bordados, y en uno de sus extremos una hoz y un reloj de arena; pendia de su cintura un mandil blanco como los que gastan los albañiles de comedia. Tenia una espada desnuda en la mano derecha, y sin hacer cumplimiento alguno á Mauricio, se acercó á la mesa, donde este habia dejado sus respuestas y *su testamento*, y prendiendo ambos papeles en la punta de la espada, se marchó de la misma manera que habia entrado, dejando á nuestro héroe extraordinariamente sorprendido.



II. La lógia.

En el mismo edificio á que pertenece el aposento donde hemos dejado á Mauricio, y en otra sala no ménos singular que la primera, pasaban cosas extrañas miéntras nuestro héroe se entregaba á sus reflexiones y daba su valiente y franca respuesta á las preguntas y á las sentencias sujetas á su deliberacion.

A riesgo de que nuestros lectores crean que nos divertimos con ellos y que los estamos conduciendo de departamento en departamento, á todos los de una casa de locos arreglada á nuestro capricho, tenemos que introducirlos, para la inteligencia de nuestra narracion, á la sala de que venimos hablando.

Mas grande, pero de igual forma que la que acabamos de visitar, está adornada de una manera ménos triste, pero igualmente extraña. Al frente hay un estrado mas alto que el pavimento de la pieza, rodeado de una balaustrada de bronce, y al que se sube por una gradería de tres escalones; en el centro hay un segundo estrado á que dan ascenso cuatro gradas, y en el cual se halla una mesa que contiene objetos diversos, tales como un ejemplar de la Biblia, un compás, una escuadra, una espada flamígera, es decir, con la hoja formando ondulaciones,

y un mazo. Esa mesa está delante de un sillón colocado bajo un dosel de color azul celeste sembrado de estrellas de plata. En el fondo del dosel, y en su parte superior, se ostenta un triángulo resplandeciente, en cuyo centro está escrita con caracteres hebreos la palabra *Jehovah*. A la izquierda está el disco del sol, y á la derecha el cuarto creciente de la luna. Frente á este sitio y á los dos lados de la puerta principal, hay dos columnas de bronce con los capiteles coronados de granadas entreabiertas. En la columna del lado izquierdo está grabada la letra B, y en la del lado derecho la letra J. Delante de cada una de estas dos columnas hay una mesa de forma triangular, llena de objetos raros.

A cada uno de los dos lados que nos falta examinar hay cinco columnas semejantes á las dos que acabamos de describir, y el arquitrabe que descansa sobre ellas está adornado con un cordon que forma doce nudos y remata por cada uno de sus extremos en una gran borla que cae de un lado en la columna que tiene grabada la letra J, y del otro en la que ostenta la letra B. Las diez columnas de los lados no tienen letras, y entre ellas hay algunas hileras de bancas en las que están sentados algunos hombres que llevan todos bandas semejantes á la del que prendió en su espada los papeles de Mauricio, aunque rematando en diferentes figuras.

El techo de la pieza en que acabamos de introducir á nuestros lectores es abovedado y de color azul celeste, con estrellas de plata. Tres grandes candeleros con larguísimas velas, y colocados de manera que forman un triángulo, alumbran las escenas que vamos á referir.

Uno de aquellos hombres se dirigió á la mesa del estrado, y tomando el mazo dió con él repetidos golpes. Hubo un movimiento en la concurrencia y un cambio general de asientos. Uno de los asistentes cerró la puerta.

El hombre del estrado tomó con la mano izquierda la espa-

da, apoyando el puño sobre la mesa, y dió un golpe con el mazo, al que contestaron otros dos golpes dados igualmente con mazos por dos hombres que se habían colocado delante de las mesas triangulares contiguas á las columnas de la entrada, y dirigiéndose á uno de éstos, dijo:

—Hermano primer celador, ¿cuál es el primer deber de un celador en lógia?

—Asegurarse de si la lógia está retejada—contestó el interpelado, y dirigiéndose á otro de los concurrentes le dijo algunas palabras en voz baja; este salió, volviendo á entrar á poco y habló con el mismo misterio al hermano primer celador, que agregó:

—Venerable, la lógia está retejada.

El hombre á quien el primer celador llamaba venerable, y que no era otro que el del estrado, continuó:

—¿Cuál es el segundo deber?

—Asegurarse de que todos los asistentes son masones.

—Hermanos primero y segundo celadores, dijo el venerable, recorred el Norte y el Mediodía y haced vuestro deber. Levantaos y ejecutad la orden, hermanos míos.

Todos los hermanos se levantaron de sus puestos y se colocaron en una postura singular, con el rostro vuelto hácia el estrado. Los hombres de las mesas triangulares dejaron sus puestos y examinaron, cada uno del lado que le correspondía, á todos y á cada uno de los asistentes, que al acercarse el hermano celador, hicieron con la mano un signo particular.

El primer celador indicó al venerable que eran hermanos cuantos allí estaban, y éste, dirigiéndose al segundo celador dijo:

—¿Por qué, hermano segundo celador os colocais al Sur?

—Para observar mejor el sol en su meridiano, para enviar á los obreros del trabajo al descanso, y para llamarlos del reereo

al trabajo, á fin de que el maestro reciba por ello honor y satisfacción.

—¿Dónde se coloca el hermano primer celador?

—Al Oeste.

—¿Por qué, hermano primer celador?

—Porque como el sol se oculta hácia al Oeste al concluir el día, así el primer celador se coloca en él para cerrar la lógia, pagar á los obreros y dejarlos ir contentos y satisfechos.

—¿Por qué el venerable se coloca en el Este?

—Porque así como el sol sale por el Este al abrir el día, de la misma manera el venerable se coloca en él para abrir la lógia, dirigirla en sus trabajos é iluminarla con sus luces.

—¿A qué hora acostumbran abrir sus trabajos los masones?

—A las doce, venerable.

—¿Qué hora es, hermano segundo celador?

—Venerable, las doce.

—Pues que son las doce y á esta hora debemos abrir nuestros trabajos, atended, hermanos míos, y prestadme vuestra ayuda.

Al concluir estas palabras, el venerable dió con el mazo tres golpes que fueron repetidos por los celadores, y volviéndose hácia el hermano que tenía á la derecha, le dijo una palabra al oído. Este fué á repetirla al primer celador con igual misterio y el primer celador la repitió á otro hermano que fué á repetirla á su vez al segundo celador.

—Venerable, todo es justo y perfecto,—dijo este hermano.

—Pues que es así, en nombre del Grande Arquitecto del Universo declaro abierta esta lógia. A mí, hermanos míos.

Todos los hermanos se levantaron, y con la vista fija en el venerable hicieron á su ejemplo un signo y se dieron unos á otros la mano, exclamando en coro:

—¡Houzzel!

—Están abiertos los trabajos, dijo el venerable. A su puesto, hermanos míos.

No abusaremos por hoy de la paciencia de nuestros lectores haciéndolos asistir á los trabajos de la lógia, que se redujeron á la lectura del acta de la sesion anterior, á cuyo documento llaman los masones *plancha trazada en los últimos trabajos*, la cual se aprobó por los concurrentes levantando las dos manos y dejándolas caer con ruido sobre el mandil, y á tratar de algunos asuntos ajenos á nuestra historia.

Concluidos los *trabajos*, el venerable mandó al *hermano terrible* fuese por las respuestas y por el testamento de Mauricio, y ya hemos visto como cumplió su cometido.

El venerable dió cuenta á la lógia de ambos documentos, y se decidió la recepcion de Mauricio, saliendo en su busca el hermano terrible.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Mauricio recibiendo de compañía

1860

MAURICIO EL AJUSTICIAO

III.

La recepción.

Mauricio, entre tanto, había continuado sus paseos en el cuarto negro, y á cada momento las señales que daba de impaciencia eran mas visibles. Por fin, despues de un cuarto de hora largo de espera, la puerta volvió á abrirse, y el individuo de la espada, acercándose á él, comenzó sin ceremonia á desnudarle medio cuerpo y á quitarle cuantas monedas llevaba en el bolsillo, y echándole una cuerda al cuello y vendándole los ojos, le hizo salir de la habitación.

Nuestro héroe hacia la figura mas lastimosa que pueda verse. Con el seno, el brazo izquierdo y la pierna derecha descubiertos, y la otra parte de su cuerpo vestida; el pié izquierdo calzado con una chinela, vendados los ojos y al cuello la cuerda cuya extremidad llevaba el hermano terrible, parecia ó un ajusticiado á quien llevaban al suplicio, ó un loco á quien conducia su guardian al baño ó al calabozo.

Llegados á la puerta de la lógia, es decir, del departamento en donde acabamos de presenciar parte de los trabajos de los

masones, el hermano terrible mandó á Mauricio que llamase tres veces con fuerza.

Al escuchar los golpes, el primer celador dijo, dirigiéndose al venerable:

—Venerable, á la puerta llaman á lo profano.

—Ved quién es el temerario que se atreve á interrumpir de esa manera nuestros trabajos.

Uno de los hermanos entreabrió la puerta, y poniendo la punta de su espada en el pecho de Mauricio, le dijo á gritos:

—¿Quién es el audaz que se atreve á forzar la entrada del templo?

—Tranquilizaos, contestó el hermano terrible; nadie tiene intencion de penetrar contra vuestra voluntad en este recinto sagrado. El hombre que acaba de llamar es un profano que desea ver la luz, y que viene á solicitarla humildemente de nuestra respetable lógia.

—Preguntadle, dijo el venerable, cómo ha osado concebir la esperanza de obtener un favor tan grande.

—Porque nació libre y es de buenas costumbres.

—Pues que es tal cual lo decís, hacedle que diga su nombre, el lugar de su nacimiento, su edad, su religion, su profesion y su domicilio.

—Me llamo Mauricio Gonzaga, nací en Italia, tengo treinta años, soy católico, pintor, y vivo en esta misma casa.

—Introducidle.

El hermano terrible le condujo al centro de la sala y apoyó en su tetilla izquierda la punta de la espada.

—¿Qué sentís? ¿qué veís? dijo el venerable.

—Nada veo, contestó Mauricio, pero siento la punta de una arma.

—Sabed que el arma cuya punta sentís es la imágen del remordimiento que desgarrará vuestro corazon si llegais á ser tan desgraciado que traicioneis á la sociedad en cuyo seno quereis

ser admitido, y que el estado de ceguedad en que os hallais figura las tinieblas en que está sumergido todo hombre que no ha recibido la iniciacion masónica ¿Os presentais aquí libremente, sin opresion, sin sugestion alguna? Responded.

—Sí, señor.

—Reflexionad bien en lo que pedís. Vais á sufrir pruebas terribles; ¿os sentís con bastante valor para arrostrar todos los peligros á que vais á exponeros?

—Sí, señor.

—En este caso no respondo de vos. Hermano terrible, llevad á ese profano fuera del templo y conducidle por todos los sitios por donde debe pasar el mortal que aspire á conocer nuestros secretos.

El hermano terrible llevó á Mauricio á la pieza contigua y le hizo dar en ella multitud de vueltas para desorientarle; luego le condujo de nuevo al templo, cuya puerta estaba abierta de par en par.

A alguna distancia de la puerta varios hermanos sostenian un gran marco, semejante á los aros que los cirqueros de la Compañía Chiarini salvaban en sus ejercicios ecuestres, cubierto de varias capas de papel de marca.

—¿Qué debe hacerse del profano? pregunto el hermano terrible.

—Introducidle á la caverna, contestó el venerable.

Dos hermanos se apoderaron violentamente de Mauricio y le arrojaron sobre el cuadro, cuyo papel se rompió, cayendo nuestro héroe en brazos de otros dos hermanos que detras del marco le esperaban.

Algunos hermanos cerraron estrepitosamente la puerta, y otros, con una argolla y una barra de hierro hicieron un ruido semejante al de una llave que da vuelta varias veces en una cerradura complicada.

Todo quedó en el mas profundo silencio durante algunos momentos.

El venerable dió un fuerte golpe con el mazo, y dijo:

—Conducid al demandante junto al segundo celador y hacédle poner de rodillas.

Esta órden fué inmediatamente cumplida.

—Profano, añadió el venerable, tomad parte en la oracion que vamos á dirigir en vuestro favor al Autor de todas las cosas. Hermanos míos, humillémonos ante el Soberano Arquitecto del Universo, reconozcamos su poder y nuestra miseria. Contengamos nuestras voluntades y nuestros corazones en los límites de la equidad, y esforcémonos en nuestras obras para elevarnos hasta El. El es uno; existe por Sí mismo y de El han recibido y reciben todos los séres la existencia. Se manifiesta en todo y por todo; ve y juzga todas las cosas. Dígnate ¡oh Grande Arquitecto del Universo! proteger á los obreros de paz que están reunidos en tu templo; anima su celo, fortifica su alma en la lucha de las pasiones; inflama su corazon en el amor de las virtudes, y concédeles la elocuencia y la perseverancia necesarias para hacer amar tu nombre, observar tus leyes y extender su imperio. Concede á este profano tu asistencia, y sosténle con tu brazo tutelar en las pruebas que va á sufrir. Amen!

Todos los hermanos repitieron en coro:

—¡Amen!

—Profano, continuó el venerable, ¿en quién poneis vuestra confianza?

—En Dios.

—Pues que poneis vuestra confianza en Dios, seguid á vuestro guía con paso firme y no temais ningun peligro.

El hermano terrible levantó á Mauricio y le condujo al centro de la pieza.

El venerable prosiguió:

Profano, ántes que esta sociedad os admita á las pruebas, es necesario que le acrediteis que sois digno de aspirar á la revelacion de los misterios cuyo precioso depósito conserva. Contestadme cuidadosamente á las preguntas que voy á haceros en su nombre.

Hicieron sentar á Mauricio en un taburete al que le faltaba un pié y con el asiento, que era de tule, roto; de manera que nuestro pobre amigo tuvo los mayores trabajos del mundo para conservar el equilibrio y no hundirse en su asiento, por espacio de media hora larga que duraron las preguntas del venerable.

Como estas fueron poco mas ó menos las mismas á que contestó Mauricio en el gabinete de reflexiones y dió á ellas idénticas respuestas, creemos no deber cansar inútilmente á nuestros lectores con la repetición de ellas.

Concluido el interrogatorio, añadió el venerable:

—Habeis contestado convenientemente; pero ¿os ha satisfecho plenamente cuanto os he dicho, y persistís en la idea de haceros recibir mason?

—Sí, señor.

—Entónces voy á manifestaros las condiciones bajo las cuales sereis admitido entre nosotros, caso de que salgais victorioso de las pruebas que os restan que sufrir. El primer deber que vais á contraer es el de guardar un silencio absoluto sobre todos los secretos de la masonería. Debeis tambien combatir las pasiones que degradan al hombre y le hacen desgraciado, y practicar las virtudes mas dulces y benéficas; socorrer á vuestro hermano en el peligro; prevenir sus necesidades ó auxiliarle en la desgracia; ilustrarle con vuestros consejos cuando esté á punto de extraviarse, y animarle á hacer el bien cuando se presente la ocasion para ello. Así mismo, habeis de conformaros con los estatutos generales de la masonería, con las leyes particulares de la lógia, y ejecutar todo lo que se os prescriba en nombre de la mayoría de esta respetable asamblea. Una vez

que ya conoceis los principales deberes de un mason, ¿os sentís con fuerza y resolucion para ponerlos en práctica?

—Sí, señor.

—Antes de pasar adelante, os exigimos presteis juramento, pero debeis prestarle bebiendo en un vaso sagrado. Si sois sincero podeis beber con confianza; pero si la falsedad se abriga en el fondo de vuestro corazon, no jureis; apartad mejor el vaso y temed el efecto pronto y terrible del brevahe que contiene. ¿Consentís en jurar?

—Sí, señor.

—Acercad al aspirante al altar.

El hermano terrible condujo á Mauricio al pié de las gradas de la mesa del venerable.

—Hermano sacrificador, prosiguió este, presentad al aspirante la copa sagrada, tan fatal á los perjuros.

El hermano terrible puso en manos de Mauricio una copa con dos divisiones y que giraba sobre un eje. En un lado habia agua, y en el otro un amargo cocimiento de salvia. El venerable continuó:

—Profano, repetid conmigo vuestro compromiso: "Me obligo á la observancia estricta y rigurosa de los deberes prescritos á los masones, y si alguna vez violase mi juramento....."

Al acabar Mauricio de repetir estas palabras, el hermano terrible le hizo beber un poco de agua, y deteniéndole despues, hizo girar la copa de manera que la division que contenia la salvia ocupó el lugar de la que contenia el agua.

El venerable prosiguió:

—.... permita el cielo que la dulzura de este brevahe se cambie en amargor, y que su efecto saludable se convierta para mí en el de un activo veneno.

El hermano terrible dió á beber un poco de salvia á Mauricio que hizo un gesto de repugnancia.

El venerable dió un fuerte golpe con el mazo.

—¿Qué es lo que veo?—gritó—¿Qué significa la alteracion que acaba de manifestarse en vuestro semblante? ¿Acaso vuestra conciencia desmiente ya las palabras de vuestra boca, y la dulzura de este brevahe se ha cambiado en amargura?..... Retirad al profano.

El hermano terrible condujo de nuevo á Mauricio al centro de la pieza.

—Si teneis el designio de engañarnos, prosiguió el venerable, no espereis conseguirlo; la continuacion de vuestras pruebas lo manifestará claramente á nuestros ojos. Creedme, seria mejor para vos retiraros en el acto; todavía es tiempo; dentro de un momento será demasiado tarde. Si adquirimos la certeza de vuestra perfidia, os veriais precisado á renunciar para siempre á volver á ver la luz del dia. Meditad, pues, seriamente sobre lo que vais á hacer.

Despues, dirigiéndose al hermano terrible, añadió, dando un furibundo golpe con el mazo:

—Hermano terrible, apoderaos de ese profano y hacedle sentar en el banquillo de las reflexiones.

El hermano terrible obligó ásperamente á Mauricio á sentarse en el incómodo taburete que ya le habia servido de asiento.

—Quede allí entregado á su conciencia, añadió el venerable, y que á la oscuridad que cubre sus ojos se una el horror de una soledad absoluta.

Todos los asistentes guardaron durante un rato el mas profundo silencio.

—Ahora bien, profano, continuó el venerable, ¿habeis reflexionado bien sobre el partido que mas os conviene tomar? ¿os retirais, ó persistís, por el contrario, en arrostrar las demas pruebas?

—Pérsisto en ello.

--Hermano terrible, haced verificar á este profano su primer viaje, y procurad no exponerle á ningun peligro.

Miéntas este diálogo tenia lugar, los hermanos habian colocado en el piso y suspendido en el techo de la lógia diferentes objetos, de manera que Mauricio, al recorrer tres veces la lógia dirigido por el hermano terrible, anduvo, la primera, por unas tablas movibles, colocadas sobre pequeñas ruedas y llenas de obstáculos en que á cada paso tropezaba; la segunda tuvo que caminar por tablas inclinadas en forma de trampa, que se hundian con su peso y parecian arrastrarle á un abismo; y la tercera se le obligó á subir una escala fabricada con un arte tal, que aunque constaba de pocos escalones parecia interminable; y cuando él suponía que se hallaba á extraordinaria altura, una órden imperiosa del venerable le obligó á precipitarse, y cayó, sin hacerse daño, en los brazos del hermano terrible.

Miéntas Mauricio se entregaba á tan desagradable ejercicio, los masones estaban no ménos singularmente ocupados. Algunos movian por medio de cigüeñas cilindros de madera llenos de matatenas, para imitar el ruido del granizo. Otros tenían fuertemente estirada una tela de seda que los de mas allá frotaban con cilindros para imitar los silbidos del viento. Aquellos agitaban violentamente algunos objetos suspendidos en la bóveda, que producian un ruido semejante al del trueno y que interceptando y descubriendo de súbito la luz, imitaban los resplandores del rayo. Estos, lanzaban gemidos lastimeros y gritos de dolor, y todos, ménos Mauricio parecian estar muy divertidos con aquel concierto infernal, y con aquella escena que á fuerza de querer parecer sublime y espantosa, era ridícula y grotesca hasta no poder mas.

El hermano terrible condujo luego á Mauricio al lado del segundo celador, y le obligó á darle tres palmadas en el hombro.

Este hermano se levantó y poniendo su mazo en el corazon de Mauricio, dijo bruscamente:

—¿Quién me llama?

—Es, respondió el hermano terrible, un profano que solicita ser recibido mason.

—¿Cómo se ha atrevido á esperar semejante favor?

—Porque nació libre, y es de buenas costumbres.

—Siendo así, que pase.

—Profano, dijo entónces el venerable, estais dispuesto á emprender un segundo viaje?

—Sí, señor; respondió el candidato.

El hermano terrible tomó de nuevo á Mauricio y le hizo dar otras tres vueltas por la lógia. Los escotillones y las bambalinas habian sido retirados, y los hermanos masones no lanzaron gritos desgarradores, pero acompañaron la marcha de Mauricio chocando unos con otros sus espadas.

Terminadas las tres vueltas, Mauricio fué conducido junto al primer celador, á quien como lo habia hecho antes con el segundo, dió tres palmadas en el hombro.

—¿Quién me llama?—gritó, poniendo su mazo en el corazon de nuestro héroe.

—Es, dijo el hermano terrible, un profano que solicita ser recibido mason.

—¿Cómo se ha atrevido á esperar semejante favor?

—Porque nació libre y es de buenas costumbres.

—Siendo así, que pase;—dijo al fin el primer celador, tomando la mano derecha de Mauricio, y sumergiéndola por tres veces en un vaso lleno de agua.

—Profano, repitió el venerable; ¿estais dispuesto á emprender un tercer viaje?

—Sí, señor.

Las tres vueltas que el hermano terrible obligó á dar de nuevo á Mauricio, se verificaron en medio del mas profundo silencio.

Después de la tercera vuelta, el hermano terrible condujo al candidato al estrado, á la derecha del venerable. Allí Mauricio dió en el hombro de este tres palmadas, exactamente como lo había hecho con los dos celadores.

—¿Quién es?—preguntó el venerable.

—Es, respondió el hermano terrible, un profano que solicita el favor de ser recibido mason.

—¿Cómo se ha atrevido á esperar semejante favor?

—Porque nació libre, y es de buenas costumbres.

—Pues que es así, que pase por las llamas purificadoras, á fin de que nada le quede de profano.

El hermano terrible tenía ya en la mano un instrumento de rara forma, que consistía en un tubo rematado por una lámpara encendida con aguardiente; la azulosa llama flameaba en el centro de innumerables agujeros pequeños que se comunicaban con el tubo, y al descender Mauricio las gradas del estrado, sopló el hermano terrible por tres veces en el tubo, y saliendo otras tantas por los agujeros de que hablamos, nubes de polvo de licopodio que se inflamaban en la luz de la lámpara, Mauricio sintió el calor de las llamas en su rostro, y la fuerte luz que producían hirió sus ojos al través de la venda.

—Profano, dijo el venerable, vuestros viajes han terminado felizmente; habeis sido purificado por la tierra, por el aire, por el agua y por el fuego. No hay palabras bastantes para elogiar vuestro valor; que no os abandone, sin embargo, porque teneis que sufrir aun algunas pruebas. La sociedad en la cual deseais ser admitido, podrá acaso exigiros que derrameis por ella hasta la última gota de vuestra sangre. ¿Consentiriais en ello?

—Sí, señor.

—Tenemos necesidad de convencernos de que esta no es una vana protesta del momento. ¿Estais dispuesto á que se os abra la vena en este mismo instante?

—Sí, señor.

—Hermano cirujano, cumplid vuestro deber.

Entonces, del grupo que formaban los hermanos que asistían á esta escena, se desprendieron dos hombres, uno de los cuales llevaba una jarra pequeña llena de agua tibia, y con un piton extraordinariamente estrecho; el que le acompañaba vendó el brazo de Mauricio y le picó en la sangradera con un palillo de dientes, al mismo tiempo que el del agua derramaba en el mismo sitio un poco de ella con mucho tiento para que nuestro héroe creyese que brotaba su sangre. Otro hermano tenía debajo del brazo de Mauricio una vasija adonde caía el agua que se derramaba de su brazo. Concluida la fingida sangría, el hermano cirujano vendó de nuevo el brazo de Mauricio, y se le hizo colocar en un pañuelo que le ataron al cuello.

Luego, dirigiéndose á Mauricio, dijo el venerable:

—Todos los masones llevan en el pecho una marca misteriosa que sirve para reconocerlos; os considerariais dichoso si pudierais vos tambien mostrar esa marca? No debo ocultaros que se aplica con un hierro candente. ¿Quereis que se os imprima?

—Sí, señor.

—Imprimidle el sello masónico, hermano terrible.

Este apagó entonces una vela de cera de que se había provisto y aplicó, la parte superior de ella, caliente aun, al pecho de Mauricio:

—Profano, manifestad al hermano hospitalario cual es la ofrenda que teneis intencion de hacer para el alivio de los hermanos indigentes.

Mauricio dijo en voz baja algunas palabras al oído de un nuevo hermano que se había colocado á su lado.

—Vais muy pronto, continuó el venerable, á recoger el fruto de vuestra firmeza en las pruebas, y de los sentimientos de compasion y generosidad, tan gratos al Grande Arquitecto del Universo, que acabais de manifestar. Hermano maestro de ceremonias, llevad al candidato junto al primer celador, á fin de que

este le enseñe á dar el primer paso en el ángulo de un cuadrilongo. Vos le enseñareis á dar los otros dos, y le conducireis en seguida al altar de los juramentos.

Conforme á la órden dada por el venerable, el primer celador y el maestro de ceremonias enseñaron sin gran trabajo á Mauricio una especie de paso de punta y talon, y el último le condujo ante la mesa del venerable, á la que éste daba el pomposo título de altar de los juramentos. Allí le hizo arrodillar, y le apoyó en la tetilla izquierda las puntas del compás que tomó de encima de la mesa.

El venerable dió entónces un golpe con el mazo y dijo:

—En pié y al órden, hermanos míos! El neófito vá á prestar el juramento terrible.

Todos los hermanos se levantaron, y tomaron cada uno su espada, que empuñaron como cuando los oficiales presentan las armas.

Mauricio repitió con voz firme las siguientes palabras que le fueron dictadas por el venerable:

—En presencia de Dios Todopoderoso y de esta respetable asamblea, juro que jamas revelaré los secretos de la sociedad masónica, así como nada de lo que esta me comunique; no hablando de cualquier asunto de la misma sino con un legítimo y verdadero hermano reconocido y examinado como tal, ó en una lógia constituida y aprobada. Juro igualmente no divulgar jamas estos secretos, ni ocasionar directa ni indirectamente su revelación por cualquier medio; y si en todo ó en parte contraviere de algun modo á este juramento, consiento en que mi cabeza sea cortada, mi corazon y mis entrañas arrancados, en que mi cuerpo sea reducido completamente á cenizas, y estas esparcidas por el viento.

Apénas habia acabado Mauricio de pronunciar estas palabras, el maestro de ceremonias le hizo levantar, y le condujo al centro de la lógia; todos los hermanos le rodearon y dirigieron há-

cia él sus espadas desnudas, de tal manera que parecia ser un centro de donde partian rayos resplandecientes. El maestro de ceremonias se colocó á su espalda y desató la venda que le cubria los ojos, aun que sin dejarla caer, y otro hermano fué á ocupar un lugar al lado derecho de Mauricio, y á unas cuantas pulgadas de distancia, llevando la lámpara que habia servido para la purificacion.

—Hermano primer celador,—dijo el venerable,—una vez que el valor y la perseverancia de este aspirante, le han hecho salir victorioso de sus largas pruebas, ¿le juzgais digno de ser admitido entre nosotros?

—Sí, venerable.

—¿Qué pedís para él?

—La luz.

—Seále concedida, dijo el venerable dando tres golpes con el mazo.

Al tercer golpe, el maestro de ceremonias quitó la venda á Mauricio, y en el mismo instante el hermano que tenia la lámpara sopló fuertemente, de manera que inflamándose el licopodio produjo una viva claridad, deslumbrando completamente á Mauricio, quien merced á la venda habia permanecido á oscuras largo rato.

—No temais, hermano mio,—continuó el venerable,—las espadas que os amenazan no son fatales mas que á los perjuros. Si sois fiel á la masonería, como lo esperamos, estas espadas estarán siempre dispuestas á defenderos; pero si, por el contrario, llegaseis algun dia á serle traidor, ningun lugar de la tierra os ofrecería un refugio contra estas armas vengadoras.

Todos los hermanos bajaron la punta de sus espadas, y el venerable ordenó al maestro de ceremonias que condujera al nuevo hermano al altar. Llegado allí Mauricio, el maestro de ceremonias le hizo arrodillar, y poniéndole el venerable la punta de la espada flamígera en la cabeza, le dijo:

—En nombre del Grande Arquitecto del Universo, y en virtud de los poderes que me han sido confiados, os creo y constituyo aprendiz mason, y miembro de esta respetable lógia.

Dando despues tres golpes con el mazo en la hoja de la espada, levantó á Mauricio; le ciñó un mandil de piel blanca, emblema del trabajo; le dió un par de guantes blancos, símbolo de la pureza de costumbres prescrita á los masones, y otros guantes para mujer, tambien blancos, para que los regalara á la que fuese de su mayor estimacion; le dijo algunas frases vacias de sentido á las que llamó misterios particulares del grado de aprendiz mason, y le imprimió tres besos fraternales.

El maestro de ceremonias condujo nuevamente á Mauricio al centro de la lógia, le proclamó en su nueva cualidad, y obediendo á una órden del venerable, todos los hermanos aplaudieron levantando las manos por tres veces y dejándolas caer otras tantas sobre sus mandiles.

Mauricio, despues de haberse puesto la ropa de que le despojó el hermano terrible en el cuarto negro, fué conducido por el maestro de ceremonias al extremo de una de las bancas que se hallaban á la derecha del venerable, y allí, un nuevo hermano, á quien el venerable dió el título de hermano orador, le dirigió un larguísimo discurso de que hacemos gracia á nuestros lectores, suponiéndolos ansiosos de salir cuanto ántes de la lógia, y de conocer la historia de un hombre que con tan rara constancia se habia prestado á ser instrumento pasivo en ceremonias tan originales como las que acabamos de presenciar.

Concluido el discurso del hermano orador, el venerable, dirigiéndose al primer celador, pronunció estas palabras:

—¿Qué edad teneis, hermano primer celador?

—Tres años, venerable.

—¿A qué hora acostumbra los masones cerrar sus trabajos?

—A las doce de la noche.

—¿Qué hora es?

—Son las doce, venerable.

—Pues que son las doce, y á esta hora debemos cerrar nuestros trabajos, atended hermanos míos y prestadme vuestra ayuda.

Entonces dió tres golpes con el mazo, que fueron repetidos por los celadores, y volviéndose hácia el hermano que tenia mas cerca, le dijo una palabra al oído; este fué á decirla al primer celador, quien por medio de otro hermano la comunicó al segundo celador.

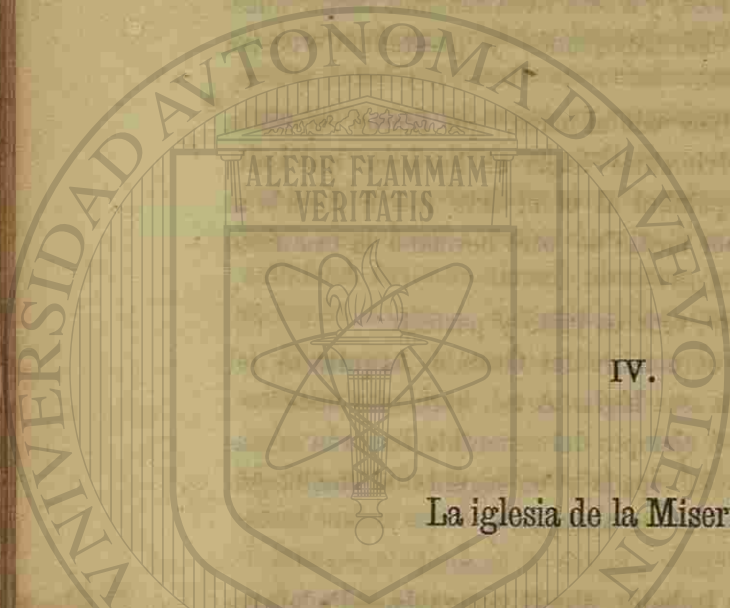
—Venerable, dijo este, todo es justo y perfecto.

—Pues que es así, en nombre del Grande Arquitecto del Universo declaro cerrada esta lógia. A mí, hermanos míos.

Todos los asistentes, á ejemplo del venerable, llevaron la mano á la empuñadura de la espada y en seguida al cuello, gritando en coro como al abrir los trabajos:

—¡Houzzé!

—Están cerrados los trabajos, dijo el venerable.—Podeis retiraros, hermanos míos.



La iglesia de la Misericordia.

Veinticuatro años ántes de las escenas que acabamos de referir, y en el mes de Setiembre, la pintoresca ciudad de Pésaro estaba de gala, y presentaba un aspecto de desusada animación.

El pequeño río Foglia se hallaba literalmente lleno de embarcaciones empavesadas, y pequeñas lanchas cruzaban incesantemente el río, de las embarcaciones al puerto, llevando pasajeros, y de este á aquellas, conduciendo mercancías.

Los vendedores animaban con sus alegres gritos la plaza del mercado, y damas de perfiles griegos, de negros y encantadores ojos, de rostro ligeramente apiñonado, de fácil sonrisa y de blanquísimos dientes, vestidas con trages pintorescos, ó hacían compras de géneros y cintas de seda, y de chucherías de porcelana, ó se paseaban al derredor de la magnífica fuente que se halla en el centro del mercado, admirando la estatua de már-

mol del papa Urbano VIII, y gozando con las exclamaciones que el verlas tan bellas arrancaba á los extranjeros que por primera vez iban á Pésaro.

Era la época de la fèria que se celebra anualmente en la ciudad que oyó el primer vagido de Rossini, y habia afluencia extraordinaria de mercaderes de todos los países del mundo, que iban allí mas bien que llevados por la dulzura del clima, la belleza de las mujeres y lo pintoresco de la ciudad, que situada en una altura á la orilla derecha del Foglia y casi en el punto donde este pequeño río desemboca en el Adriático, presenta un aspecto encantador, atraídos por la facilidad de las transacciones mercantiles, y por el deseo de aprovechar la oportunidad para hacerse á buen precio de las preciosidades que solo en Pésaro se fabrican.

Cerca del mercado, y en todas las calles que afluían á él, se tropezaba á cada paso con demandaderos que conducían en cestos primorosamente trabajados el rico vino del país y sus dulcísimos higos, ó bien, en cajas de madera, tarros de bien clarificado aceite ó ricos géneros de seda.

A medida que se alejaba uno de aquel centro de bullicio y de animación, las calles iban apareciendo ménos concurridas, y en los museos y en las iglesias solo uno que otro raro curioso se entregaba á la contemplación de las obras maestras que los decoran.

En la magnífica iglesia de la Misericordia se celebraba una función religiosa. Los melodiosos sonidos del órgano llenaban las vastas naves del templo, y los devotos, absortos unos en sus meditaciones y profundamente dormidos otros, dejaban perderse, sin que repercutieran en su corazón, los sublimes pensamientos del Cisne de Pésaro interpretados por las notas del rey de los instrumentos de música.

Solo dos seres parecían vivir entre aquella concurrencia de fieles impávidos, y de devotas somnolientas. El uno era un niño

como de seis años de edad, de fisonomía expresiva, ojos inteligentes y frente espaciosa sobre la que caían simétricamente rizos negros que por el esmero de su arreglo revelaban la mano de una cariñosa madre, y hacían un hermoso contraste con la blancura mate del rostro; su nariz era ligeramente encorvada en el nacimiento, y sus gruesos labios, desdeñosamente contraindos comunmente, pero en los que en el momento que le vemos se dibuja una apacible sonrisa, acusaban el hábito de mando.

Aquel niño parecía querer absorber por todos sus poros las armoniosas emanaciones del órgano, y en sus expresivos ojos se pintaban las impresiones que en su alma producían las dulces melodías de Rossini. El organista ejecutaba en ese instante la plegaria de Moisés con tal expresión, que el niño se creía transportado al cielo y sentía como un brazo poderoso é invisible que le levantaba de su asiento hasta más allá de las nubes.

A no haber estado completamente absorto en su contemplación, le habría asustado la mirada torva y feroz de un hombre que colocado á algunos pasos de distancia, le veía de la manera que el boa constrictor debe mirar á su víctima.

Ese hombre, que parecía no estar en el templo más que por el niño, tenía una fisonomía dura; su morena frente, deprimida de una manera notable en su nacimiento, estaba surcada por numerosas arrugas perpendiculares, que partían del entrecejo é iban á perderse en otras horizontales y ménos pronunciadas que la dividían casi en la mitad; sus cejas negras y que comenzaban á encanecerse, eran espesas y revueltas, y formaban una especie de sobradillo á sus ojos extraordinariamente hundidos, de color verdioso, y casi redondos como los de los animales de la raza felina, cuyo brillo igualaban; tenía una nariz completamente aplastada y con grandes ventanas, y sus labios, marcados apenas, se perdían, lo mismo que las demás partes de su ros-

tro, bajo una encanecida y descompuesta barba, que por su rigidez tenía el aspecto de una floresta salvaje.

El traje de ese hombre, completamente distinto del de los habitantes de Pésaro, revelaba que el que le vestía era extranjero. Llevaba sobre los hombros una ancha capa de color oscuro, que en el momento en que le estamos examinando caía desembozada á los dos lados del cuerpo y dejaba ver una chaqueta de piel negra con alamares de plata, puesta sobre una camisa de dudosa blancura á cuyo cuello pendía, sujeta por un anillo, también de plata, un pañuelo de seda de vivísimos colores. Los pantalones eran de dril blanco rayados de azul, y sujetos á la cintura por una ancha faja encarnada; un sombrero de fieltro negro de grandes alas y de pequeña copa estaba en el suelo á los pies de este raro personaje, que con los brazos cruzados sobre el pecho en actitud de orar, no apartaba la vista del interesante niño cuyo retrato hemos bosquejado imperfectamente algunos renglones atrás.

Los devotos que cuotidianamente asistían á los oficios vespertinos de la iglesia de la Misericordia, debieron haber notado desde el principio de la gran feria que el hombre de la capa no faltaba un solo día al templo, y á haber tenido un poco de curiosidad para observarle, habrían advertido también que el niño de los rizos negros absorbía toda su atención.

Este, el único de su edad que asistía diariamente á la iglesia, parecía siempre absorto escuchando las melodías del magnífico órgano de la Misericordia, que el organista pulsaba admirablemente, y no había visto una sola vez al hombre de cuya importuna curiosidad era objeto.

La tarde en que hemos introducido al lector á la iglesia de la Misericordia tocaba á su fin; el sol acariciaba con sus postreros rayos la cúpula del templo y algunos pajarillos que saltaban en las cornisas se despedían de su luz gorgiendo alegres trinos que formaban un agradable concierto con las notas

del órgano. Las naves de la iglesia se envolvían poco á poco en sombras que á cada momento eran mas negras, y los devotos, despues de asperzarse y de esperar un rato á que se les desentumieran las piernas, iban tomando uno á uno el camino de sus habitaciones.

Pocos momentos despues la iglesia de la Misericordia estaba á oscuras y casi desierta. En el altar mayor ardia una lámpara que apénas proyectaba su luz en los cristales que la encerraban; el órgano habia enmudecido; en el templo solo habia tres personas; las dos que hemos tratado de dar á conocer á nuestros lectores, y una tercera, que al pié de una columna y cerca del lugar donde se hallaba el niño, parecia estar, con la frente en el pavimento, entregada á alguna santa meditacion, y que en realidad dormia. Era una pobre anciana vestida con un tosco sayal color de café oscuro y cubierta con una especie de chal negro de lana que le llegaba hasta la cintura, y que en aquel momento cubriendo completamente la parte superior de su cuerpo, y merced á la original postura que ellaguardaba y á la socuridad del lugar la hacia parecer una masa informe.

Tiempo hacia que el organista habia dejado su asiento, y el niño no salia de su contemplacion ni daba muestras de querer abandonar la iglesia. Con los ojos fijos en las bóvedas del templo, parecia perseguir un agradable sueño ó expiar el primer rayo de la luna que hiriera los vidrios de colores de las ventanas ojivales de la Misericordia.

El hombre de la capa se habia acercado á él de una manera insensible, y arrebatándole súbitamente, trató de salir con precipitacion del templo. El movimiento del extranjero fué tan rápido, que el niño no dió un solo grito, sorprendido de lo que le pasaba; casi por instinto se debatió fuertemente en los brazos de su raptor y á la salida del templo logró desprenderse de ellos, pero al tocar el suelo perdió el equilibrio y fué á

herir con su frente uno de los arcos de hierro que adornaban en ambos lados el dintel de la puerta.

—Terrible es el mozuelo—dijo en español el que le llevaba, y acercándose á levantarle notó sin horror una herida profunda que las cinceladas labores del hierro habian hecho en la frente del niño, de la cual salia sangre á borbotones.

—Con dos mil diablos—continuó, examinándole mas atentamente;—esto parece grave; se ha desmayado, y es una fortuna; así será mas cómodo llevarle. Como no se las líe para el otro mundo.....

Y levantando su tierna carga tomó el camino del muelle.

Pasados algunos momentos, el sacristan de la iglesia de la Misericordia, despues de haber hecho sonar inútilmente sus llaves, se acercaba á la vieja que hemos visto no ha mucho durmiendo cerca del niño, y sacudiéndola fuertemente gritaba hasta desgañitarse:

—Tia Marta, tia Marta, ya es hora de marcharse.

Despues de un rato de tarea, el sacristan de la Misericordia logró que la tia Marta despertase.

—No alborotes tanto, Mario, dijo medio somnolienta, no vaya á enfadarse Ludovico que es malo como un gato y dice que la iglesia no se hizo para dormir.

—Gracias por el cumplimiento, tia Marta, y no pudo llegar mas pronto,—contestó el sacristan;—ya el bribonzuelo de Mario estará en la casita del molino hablando á su buena madre del señor Jacobo el organista, y á fé que ha hecho bien en irse sin despertar á usted, porque bien sabe que la tia Marta es, para salir del sueño, mas pesada que la campana mayor; y vaya esa flor por la del gato para que nada nos quedemos á deber.

Mientras decia estas palabras, el buen sacristan ayudaba á la tia Marta á levantarse y recogia del suelo una bolsa de cuero llena de libros de devociones en un estado de decadencia peor que el de su dueña.

—¿Quiere usted que la acompañe tía Marta? La casita del molino está lejos y hoy se ha dormido mas que de costumbre.

—Gracias, hijo mio, acepto ya que de tan buena voluntad me lo ofreces, pero mira que te vas á cansar mucho.

—No hay cuidado, tía Marta, allá descansaré si la Sra. Marietta lo permite.

Y ofreciendo el brazo á la buena anciana, echaron á andar los dos por el lado opuesto al que habia tomado el hombre de la capa con el niño, á quien Ludovico llamaba Mario y suponía al lado de su buena madre refiriéndole las impresiones que en su alma infantil habian causado las melodias del órgano.

V.

La Casita del Molino.

Cerca de una de las numerosas fábricas de tejidos de seda con que á cada paso tropieza el viajero caminando por los alrededores de Pésaro, y en la parte oeste de la ciudad, se elevaba, en la época á que se refiere nuestra historia, una preciosa casita blanca que las gentes del país conocian por el nombre genérico de la casita del molino.

De generacion en generacion habia pasado á una honrada familia de tejedores, industria á que se dedican por lo regular las gentes del pueblo en aquella villa, si no prefieren servir en las fábricas de objetos de porcelana ó los modelan primorosamente en sus propias habitaciones.

La casita del molino era legendaria. Se decia en el pueblo que años atrás el rico propietario de un castillo que habia entonces cerca de aquel lugar, y que de mansion feudal se habia convertido despues en fábrica de tejidos de seda, pasaba por la orilla de la presa que en aquel tiempo existia allí, una noche oscura y tempestuosa. Las aguas habian aumentado la caudalosa corriente del rio, y precipitándose con fuerza en la bar-

—¿Quiere usted que la acompañe tía Marta? La casita del molino está lejos y hoy se ha dormido mas que de costumbre.

—Gracias, hijo mio, acepto ya que de tan buena voluntad me lo ofreces, pero mira que te vas á cansar mucho.

—No hay cuidado, tía Marta, allá descansaré si la Sra. Marietta lo permite.

Y ofreciendo el brazo á la buena anciana, echaron á andar los dos por el lado opuesto al que habia tomado el hombre de la capa con el niño, á quien Ludovico llamaba Mario y suponía al lado de su buena madre refiriéndole las impresiones que en su alma infantil habian causado las melodias del órgano.

V.

La Casita del Molino.

Cerca de una de las numerosas fábricas de tejidos de seda con que á cada paso tropieza el viajero caminando por los alrededores de Pésaro, y en la parte oeste de la ciudad, se elevaba, en la época á que se refiere nuestra historia, una preciosa casita blanca que las gentes del país conocian por el nombre genérico de la casita del molino.

De generacion en generacion habia pasado á una honrada familia de tejedores, industria á que se dedican por lo regular las gentes del pueblo en aquella villa, si no prefieren servir en las fábricas de objetos de porcelana ó los modelan primorosamente en sus propias habitaciones.

La casita del molino era legendaria. Se decia en el pueblo que años atrás el rico propietario de un castillo que habia entonces cerca de aquel lugar, y que de mansion feudal se habia convertido despues en fábrica de tejidos de seda, pasaba por la orilla de la presa que en aquel tiempo existia allí, una noche oscura y tempestuosa. Las aguas habian aumentado la caudalosa corriente del rio, y precipitándose con fuerza en la bar-

ranca arrastraban en su curso grandes peñascos y los mas robustos troncos de los árboles. La cabalgadura del castellano se encabritaba á cada relámpago y á cada trueno, y sus mal seguras patas resbalaban en el lodo amenazando arrastrar al abismo al ginete.

El estruendo que producian las aguas al caer entre las peñas y los árboles al desgajarse, no contribuia poco á espantar al caballo, al que inútilmente trataba de regir con mano firme el castellano. De pronto se oyó una exclamacion de angustia, y una masa inerte cayó al fondo de la barranca; pero á la súbita luz del primer relámpago que brilló en el firmamento se habria podido ver á un hombre de estatura colosal que conducia en brazos, como podria haberlo hecho con un chiquillo, al ginete, cuya cabalgadura sola habia rodado á las profundidades del abismo.

Al dia siguiente, la tempestad se habia calmado á los primeros albores de la mañana, y las gentes del país vieron con admiracion á algunos extranjeros que á orillas de la presa y con instrumentos desconocidos en el pueblo se entregaban á trabajos misteriosos. A poco tiempo, centenares de trabajadores dirigidos por aquellos mismos hombres que habian causado tanto asombro á los sencillos habitantes, desviaban el curso de las aguas y cegaban la presa, levantando en el mismo sitio que ella ocupaba la pequeña casa blanca que desde entónces se llamó la casita del molino.

Aquellos grandes y costosos trabajos eran la expresion del agradecimiento del dueño del Castillo. Juan el largo le habia salvado la vida de una manera casi milagrosa sosteniéndole en el momento en que su caballo rodaba al fondo de la presa, y obedeciendo á un noble sentimiento queria evitar que otro viajero corriese el mismo peligro que él y perpetuar la memoria del acontecimiento y su gratitud levantando allí mismo una casa que ofrecer á su libertador.

Los códices romanos que hemos consultado no dicen el nombre del generoso castellano ni tampoco lo que los ingenieros llamados por él hicieron para sustituir la presa que cegaron y hacer de una manera sólida la casa de Juan el largo; tampoco cuentan cuantos millones costó la obra, ni por qué no habiendo habido nunca en aquel lugar un molino se llamó la nueva habitacion la casita del molino; y nosotros no hemos querido tampoco profundizar esta materia, pensando, y con razon, que los autores de leyendas tienen el mismo derecho que los autores de novelas para contentar cuantos caprichos les vengan á las mientes, sin estar obligados á dejar todo como un pelo con perjuicio de la hilacion de su historia y aumentando la justa impaciencia de las bellas lectoras, que desean cuanto ántes conocer la suerte que corren los personajes dejados por el autor en situaciones peligrosas.

En cuanto á Juan el largo, era un pobre leñador famoso en aquellos contornos por lo gigantesco de su estatura que le valió el apodo que llevaba, y por sus hercúleas fuerzas. Habia vivido hasta entónces en una miserable casucha del bosque que mejor merecia el nombre de cueva, y aunque pasaba por un buen mozo, jamas habia querido casarse por no hacer partícipe de su miseria á la mujer en quien se fijara para esposa.

La fama pública le acusaba, sin embargo, de ser el depositario misterioso de un fresco y hermoso ramillete que aparecia todas las mañanas atado en una ventana de la casa del tío Marcos, cuyas hijas llevaban el sobrenombre de *Azucenas* por puras y hermosas.

Cuando estuvo concluida la casita y el señor del castillo fué en persona á darle posesion de ella á Juan el largo y á entregarle, ademas de los títulos de propiedad, los que le aseguraban una pequeña pension, fué un dia de fiesta en el valle.

Las muchachas mas guapas de las cercanías vinieron con sus padres y sus hermanos, victoriaron entusiastas al generoso do-

nador y al hombre que había tenido la fortuna de salvarle exponiendo su propia vida, y durante la comida y el baile que siguió al acto legal, el pobre Juan tuvo que tener casi siempre los ojos bajos porque adonde quiera que los fijaba se encontraba con otros bellísimos que le dirigían miradas asesinas.

Juan era el héroe de la jornada y no habría tenido mas que pronunciar una sola palabra para que todas aquellas muchachas encantadoras se disputaran el honor de su nombre y de su mano. Estaba en un verdadero suplicio: sufría horriblemente, atacado en su modestia por los elogios que todos le prodigaban; creía haber hecho una cosa que nada tenía de estraña, y sus convidados le repetían á porfía que su acción había sido sublime; su timidez natural le había hecho creerse á una distancia inmensa de la última muchacha del pueblo, á la que no se habría atrevido á ver cara á cara, y en aquel momento sentía el calor de las miradas de las mas bellas como si fuesen otros tantos rayos solares que tostaban y encendían su semblante.

Pero si era una gran tortura para Juan, si tortura puede llamarse, el tener fijos en sí los ojos de las muchachas, que en honor de la verdad los bajaban tímidamente y con pudor cuando por casualidad tropezaban con los suyos, no era menor la que padecía recibiendo los abrazos y los apretones de manos de los papás, que juzgándole su yerno le trataban ya como suegros.

Cuando el magnífico vino de Pésaro había circulado ya tan profusamente entre la concurrencia que había acabado por trastornar todos los cerebros, el tío Márcos, honrado tejedor y padre de las dos muchachas mas lindas de la comarca, se levantó de su asiento y se dirigió bamboleando hácia el lugar donde estaba Juan el largo rodeado de la mayor parte de los convidados.

—Eh, muchacho, dijo describiendo con su cuerpo una etcétera—necesité hablarte, y al punto.

El tío Márcos era respetado por mozos y ancianos en el pueblo, y apenas había pronunciado estas palabras todos los que rodeaban á Juan el largo se retiraron un poco para abrirle paso, y se alejaron despues dejando solos á los dos interlocutores.

—Estoy á las órdenes de usted, tío Márcos, dijo Juan con respeto,—¿en qué puedo servirle?

—En mucho, chico; pero es el caso que no sé como empezar y temo que me creas interesable.

—¿Tiene usted algun apuro, tío Márcos?

—Hombre, apuro es, y grande, porque hay cosas que cuestan mucho trabajo para dichas, y aunque estoy hecho una uva no tengo todavia la lengua tan suelta como quisiera. Pero al fin ello ha de ser—continuó despues de un momento de silencio y como hablando consigo mismo—ánimo y vamos andando.

Y luego levantando la voz y fijando sus ojos pardos y pequeños en los de Juan el largo, como si quisiera leer en lo mas profundo de su alma:

—¿Por qué no te casas, Juan?—preguntó con acento cariñoso.

El pobre Juan se puso encendido como grana y comenzó á temblar.

—Hombre, no seas marica, prosiguió el tío Márcos—¿quién ha de pensar viéndote temblar como un chiquillo que eres el mismo hombre que á riesgo de caer en la presa arrancó de la muerte al caballero?

—Pero tío Márcos.....

—Pero Juan, dijo el tío Márcos, imitando el modo de hablar de su interlocutor—¿crees que no te veo día á día atar tu ramo en la ventana de Alicia, con una cinta color de fuego?

Juan temblaba cada vez mas, y no sabía que responder.

—Pues lucida está mi chica con semejante adorador, continuó el viejo—se conforma con ponerle ramilletes en la ventana y verla desde lejos, y cuando la encuentra de frente ó se le habla de ella se echa á temblar.

—Perdóneme usted, tío Márcos—la amo tanto..... balbuceó Juan.

—¿Quién habla de perdon, con mil diablos? gritó exasperado el tío Márcos, —¿crees que si no me convinieras te habria permitido poner florecitas en mi ventana? Pues no faltaba mas.... La muchacha te ama y tú la adoras, cástate con ella y ahí la tienes; saldrán los chicos como perlas.

Y diciendo estas palabras, el tío Márcos se volvió á su asiento, dejando á Juan sin poderse dar cuenta de lo que le pasaba.

Amaba efectivamente á la bella Alicia, hija del tío Márcos y conocida con el nombre de la linda Azucena, para distinguirla de su hermana á quien llamaban la Azucena blanca. Las dos Azucenas eran pretendidas por casi todos los mozos del lugar, pero tan recatadas como hermosas, jamas habian dado nada que decir. El tío Márcos, por otra parte, las guardaba con extraordinaria vigilancia, y el nombre de su padre, el respeto que á todos inspiraba, eran, con sus propias virtudes, los escollos en que se estrellaban las pretensiones amorosas de los mozos, y los escudos en que se embotaban los tiros de la maledicencia.

Juan el largo vió á la linda Alicia, y la amó con todo el ardor de un corazon vírgen y apasionado. Creyéndose inferior á ella, y sin soñar siquiera en la dicha de llamarla su esposa, la adoró cual adoraba á la Santa Malona, de rodillas y como á un sér que pertenecía al cielo.

Incapaz, sin embargo, de ocultar su amor en el fondo del corazon, una mañana, ántes que el canto de las aves anunciara los primeros albores del dia, fué, temblando como un culpable, á atar á la ventana de Alicia un ramo de flores.

El tío Márcos, al dirigirse á la fábrica donde trabajaba, vió el ramo y frunció el entrecejo; pero prudente y experimentado, no dijo una sola palabra y arrancó las flores de la ventana. Al dia siguiente, cuando volvió Juan con nuevas flores, el tío Márcos estaba en acecho; dejó al amante misterioso atar su ramillete, le siguió despues, y cortando en un momento oportuno su camino, le salió al encuentro. Habia amanecido ya y pudo distinguir las facciones del delincuente.

—Buenos dias, Juan, le dijo con severo tono.

El pobre Juan sintió flaquear sus piernas y apenas tuvo fuerzas para contestar á media voz:

—Buenos dias, tío Márcos.

Nadie sabe lo que pasó en la casa del buen viejo con motivo de este encuentro; pero cuando Juan el largo, repuesto del susto, volvió á atar su tercer ramillete, una mano blanquísima y pequeña le desató á pocos momentos de colocado en la ventana, y despues de acercarle á unos labios que ostentaban la frescura y los colores de la flor del granado, le colocó en una hermosa jarra de porcelana.

Tan puros y misteriosos amores continuaron así durante algunos meses; los mozos del pueblo se burlaban de la timidez de Juan el largo, y las doncellas no envidiaban á Alicia amante tan poco decidido; pero ellos gozaban con su propio silencio y con el encanto que el misterio daba á su amor. Juan, despues de atar su ramo, corria á ocultarse entre los matorrales para ver desde allí la mano de su dueño que le tomaba, y se desvanecía de placer al mirar que aquellas flores que él habia estrechado contra su corazon y en las que habia depositado un casto beso, eran tocadas por los labios de la linda Azucena.

Estas escenas tenian un testigo perenne. El tío Márcos, desde un lugar donde no podia ser visto, miraba todo, se sonreía, y casi nunca dejaba de ponerse al paso del pobre enamorado, y de gozarse con su turbacion cuando le dirigia estas palabras:

—Buenos días, Juan.

Los domingos, días en que las dos Azucenas iban con la tía Cármen, su buena madre, al templo, se encontraban Alicia y Juan; ella bajaba la vista y un vivísimo carmin teñía sus mejillas; él se apoyaba en la pared para no caer, y no se dirigían ni un saludo ni una mirada.

Hacia tiempo que el tío Márcos espiaba una ocasión oportuna para enlazar á los dos amantes, y hacer cesar las hablillas que comenzaban en el pueblo, y ya hemos visto como, con el auxilio del vinillo de Pésaro, había llevado á cabo su intento.

Juan fué á devolver su visita al tío Márcos pasados algunos días, y pidió oficialmente la mano de Alicia.

Dos meses despues habia nueva fiesta en la casita del molino; el feliz propietario se enlazaba por toda su vida con la encantadora Alicia, su primero y único amor.

VI.

La bella Marietta.

Durante algunos años la dicha y la abundancia reinaron en aquella pequeña y agradable mansion levantada por la gratitud y santificada por el casto amor de sus felices propietarios.

El señor del castillo iba á menudo á visitar á Juan el largo y á recrearse en su obra; pero al fin una cruel enfermedad le arrebató del seno de sus buenos y agradecidos amigos que le lloraron amargamente, mas que por sus bondades para con ellos, por las virtudes de su corazón y por la afabilidad con que acogía á los pobres, prendas raras en los magnates de todos los países y de todas las épocas.

Los herederos del castellano, avaros y ceñudos para con los pobres, anunciaron á Juan que no podían seguir abonándole la pensión que le había concedido su protector, y hubieran querido arrebatarle también la pequeña casa de que le había hecho donación; pero la escritura pública en que constaba este ac

—Buenos días, Juan.

Los domingos, días en que las dos Azucenas iban con la tía Cármen, su buena madre, al templo, se encontraban Alicia y Juan; ella bajaba la vista y un vivísimo carmin teñía sus mejillas; él se apoyaba en la pared para no caer, y no se dirigían ni un saludo ni una mirada.

Hacia tiempo que el tío Márcos espiaba una ocasión oportuna para enlazar á los dos amantes, y hacer cesar las hablillas que comenzaban en el pueblo, y ya hemos visto como, con el auxilio del vinillo de Pésaro, había llevado á cabo su intento.

Juan fué á devolver su visita al tío Márcos pasados algunos días, y pidió oficialmente la mano de Alicia.

Dos meses despues habia nueva fiesta en la casita del molino; el feliz propietario se enlazaba por toda su vida con la encantadora Alicia, su primero y único amor.

VI.

La bella Marietta.

Durante algunos años la dicha y la abundancia reinaron en aquella pequeña y agradable mansion levantada por la gratitud y santificada por el casto amor de sus felices propietarios.

El señor del castillo iba á menudo á visitar á Juan el largo y á recrearse en su obra; pero al fin una cruel enfermedad le arrebató del seno de sus buenos y agradecidos amigos que le lloraron amargamente, mas que por sus bondades para con ellos, por las virtudes de su corazón y por la afabilidad con que acogía á los pobres, prendas raras en los magnates de todos los países y de todas las épocas.

Los herederos del castellano, avaros y ceñudos para con los pobres, anunciaron á Juan que no podían seguir abonándole la pensión que le había concedido su protector, y hubieran querido arrebatarle también la pequeña casa de que le había hecho donación; pero la escritura pública en que constaba este ac

to tenia todas las formalidades requeridas por la ley, y la avidez de los nuevos castellanos tropezó con la legalidad de las formas del contrato.

Juan el largo tuvo que recurrir á un trabajo asiduo para atender á las necesidades de su familia que ya era bastante numerosa, y pudo, á fuerza de honradez y de laboriosidad, conjurar la miseria cuya espantosa imágen habia batido un momento sus alas sobre la bella casita del molino.

Una vez que Juan y su linda esposa pagaron á la naturaleza el debido tributo, la casa pasó de generacion en generacion á sus descendientes, y en la época en que conviene á la inteligencia de nuestra historia que penetremos en ella, la habitaban una buena vieja viuda y sexagenaria, y una linda jóven, como de diez ocho años, que habia heredado los encantos y las virtudes de la muger de Juan el largo.

La buena Marta, que así se llamaba la anciana viuda, estaba en esa edad en que cada palabra que se pronuncia es una impertinencia, cada accion que se ejecuta una niñeria, y en la que, á dos pasos del sepulcro, parecen los hombres aferrarse con todas sus fuerzas á la vida y querer que todos vivan para ellos y estén pendientes de sus menores voluntades para satisfacerlas.

Marietta era huérfana de padre y madre. La conscripcion habia llamado al autor de sus dias á servir bajo las banderas del rey Joaquin, y herido en el pecho por una bala austriaca, murió gloriosamente en las llanuras de Bolonia.

Su muger no le sobrevivió mucho tiempo; y la pobre Marietta, sin mas herencia que la casita del molino y un mal telar, en cuyo manejo estaba afortunadamente muy diestra, tuvo que ganar con el trabajo de sus manos la subsistencia para ella y para la anciana Marta, su abuela, que habia sobrevivido á todas las vicisitudes por que pasó la descendencia de Juan el largo.

Marietta tenia, como hemos dicho arriba, diez y ocho años, y era bellísima; sobre su alba y candorosa frente caian sedosos rizos de color oscuro, no formados por el arte sino por la naturaleza; sus grandes ojos negros y de un mirar dulce y melancólico, sombreados por largas y rizadas pestañas, estaban coronados por dos cejas, negras tambien, que parecian dibujadas con pincel maestro y formaban dos arcos perfectos y simétricos; su nariz, que á no ser por su transparencia y por una ligera contraccion que la hacia muy graciosa se habria dicho que estaba modelada en cera, la formaban dos líneas rectas que se unian en su extremidad haciendo un ángulo agudo, y sus ventanillas color de rosa eran pequeñas y graciosamente ovaladas; sus labios, ligeramente gruesos, pero de una frescura y un color admirables, eran hechiceros y de un contorno especial: parecian hechos expresamente para dar y recibir besos, y al contraerse con una sonrisa se proyectaban en sus extremidades dos graciosos hoyuelos y dejaban ver dos hileras de dientes no muy pequeños, pero blancos, iguales y brillantes; tenia un hoyuelo en la extremidad de la barba, y un cutis pálido y trasparente daba á esta singular hermosura el aspecto de una creacion de Médicis ó de Canova.

Causaba compasion ver á aquella niña pisando con sus bellos y pequeños piés los pedales del telar, y pasando de una á otra de sus pulidas y encantadoras manos la negra lanzadera de ébano; y sin embargo, Marietta era feliz. Acompañaba su trabajo con un dulcísimo canto que comenzaba por extasiar á la abuela Marta y concluia por adormecerla.

El cuadro entónces era digno del pincel de un gran maestro. Al frente del telar, aquella criatura que parecia de otro mundo por lo poético y hermoso de su figura; á sus piés la pobre vieja con la cabeza enteramente blanca y medio cubierta con una còfia de lienzo del mismo color, con el rostro surcado por mil arrugas, y durmiendo sobre una labor de agujas intermina-

ble, un arcon y algunas sillas de madera, sin pintura ni barniz sirviendo de ajuar á toda la pieza, en cuyas blancas paredes se veian en marcos negros algunos grabados que representaban figuras de santos, y todo esto alumbrado por un candil de tres luces que proyectaba una dudosa claridad sobre el telar y las dos personas que se hallaban cerca de él, y dejaba el resto de la pieza casi en tinieblas.

Asi pasaban su vida aquellos dos séres tan diferentes en edad y en figura como en carácter. Marietta trabajaba todo el dia y parte de la noche; la buena Marta dormia ó regañaba; y los domingos, vestidas las dos con sus mejores ropas, asistian á la iglesia de S. Juan, la mas cercana para ellas, á la misa y á los oficios.

Su servidumbre se componia de un mozuelo que se llamaba Carlos, encargado del cuidado de la puerta y del aseo de la casa, y de la vieja Angela que se alababa de ser la mejor confeccionadora de los célebres macarrones, y á cuya alta sabiduría estaba encomendada la cocina.

Cuando Marta y su nieta se dirigian á la Iglesia de San Juan, los mozos que encontraban al paso lanzaban exclamaciones de admiracion al contemplar la peregrina hermosura de Marietta, y los mas atrevidos le decian flores que ponian extraordinariamente ufana á su abuela.

Marta decia á las comadres del barrio que le agradaba salir á la calle con su nieta, porque los piropos que le decian los mozos le recordaban sus buenos tiempos, y le probaban que la raza de Juan el largo no habia degenerado, y que Marietta era tan linda y seductora como ella misma lo habia sido en sus floridos años.

En cuanto á la pobre niña, oia sin commoverse los cumplimientos que le dirigian, y condenada por la suerte á trabajar para vivir, olvidaba los lúnes cantando y haciendo mover el telar la admiracion y el entusiasmo de que era objeto los domingos

VII.

Una nube.

Acabamos de decir que Marietta era feliz, y estamos seguros de que mas de una lectora ha sonreido desdeñosamente al leer esta frase.

Para la mayor parté de las mujeres no puede haber felicidad perfecta sin amor, y esto se concibe; amar y ser amadas es la mas agradable y mas general ocupacion de las encantadoras personas que componen la parte de la humanidad llamada con universal aceptacion el bello sexo.

La belleza, la coqueteria, el afeite, la elegancia en el vestir, el cultivo del entendimiento, todo, en una palabra, es en las mujeres un medio; el amor es el fin, el objeto supremo. Pero al tocarle, ¿se encuentra en él la felicidad soñada? Deseariamos que nuestras bellas lectoras llevaran la mano al corazon y nos dijesen, sinceramente si posible fuere, si la realidad que han tocado correspondió á su ilusion; y nos lisonjéamos de que mas

ble, un arcon y algunas sillas de madera, sin pintura ni barniz sirviendo de ajuar á toda la pieza, en cuyas blancas paredes se veian en marcos negros algunos grabados que representaban figuras de santos, y todo esto alumbrado por un candil de tres luces que proyectaba una dudosa claridad sobre el telar y las dos personas que se hallaban cerca de él, y dejaba el resto de la pieza casi en tinieblas.

Asi pasaban su vida aquellos dos séres tan diferentes en edad y en figura como en carácter. Marietta trabajaba todo el dia y parte de la noche; la buena Marta dormia ó regañaba; y los domingos, vestidas las dos con sus mejores ropas, asistian á la iglesia de S. Juan, la mas cercana para ellas, á la misa y á los oficios.

Su servidumbre se componia de un mozueto que se llamaba Carlos, encargado del cuidado de la puerta y del aseo de la casa, y de la vieja Angela que se alababa de ser la mejor confeccionadora de los célebres macarrones, y á cuya alta sabiduría estaba encomendada la cocina.

Cuando Marta y su nieta se dirigian á la Iglesia de San Juan, los mozos que encontraban al paso lanzaban exclamaciones de admiracion al contemplar la peregrina hermosura de Marietta, y los mas atrevidos le decian flores que ponian extraordinariamente ufana á su abuela.

Marta decia á las comadres del barrio que le agradaba salir á la calle con su nieta, porque los piropos que le decian los mozos le recordaban sus buenos tiempos, y le probaban que la raza de Juan el largo no habia degenerado, y que Marietta era tan linda y seductora como ella misma lo habia sido en sus floridos años.

En cuanto á la pobre niña, oia sin commoverse los cumplimientos que le dirigian, y condenada por la suerte á trabajar para vivir, olvidaba los lúnes cantando y haciendo mover el telar la admiracion y el entusiasmo de que era objeto los domingos

VII.

Una nube.

Acabamos de decir que Marietta era feliz, y estamos seguros de que mas de una lectora ha sonreido desdeñosamente al leer esta frase.

Para la mayor parté de las mujeres no puede haber felicidad perfecta sin amor, y esto se concibe; amar y ser amadas es la mas agradable y mas general ocupacion de las encantadoras personas que componen la parte de la humanidad llamada con universal aceptacion el bello sexo.

La belleza, la coqueteria, el afeite, la elegancia en el vestir, el cultivo del entendimiento, todo, en una palabra, es en las mujeres un medio; el amor es el fin, el objeto supremo. Pero al tocarle, ¿se encuentra en él la felicidad soñada? Deseariamos que nuestras bellas lectoras llevaran la mano al corazon y nos dijesen, sinceramente si posible fuere, si la realidad que han tocado correspondió á su ilusion; y nos lisonjéamos de que mas

de una convendria con nosotros en que no hemos dicho un disparate asegurando que Marietta era feliz mientras no pensaba mas que en su telar y en aliviar la suerte de su anciana abuela.

Un dia, era en Setiembre y la feria habia atraido á Pésaro afluencia de extranjeros, Marietta notó entre los que mayores muestras de admiracion dieron al verla en el tránsito de su casa á la iglesia de San Juan, á un jóven que le era completamente desconocido, pero que sin que ella pudiera explicarse la causa fijaba extraordinariamente su atencion.

El desconocido la siguió á la iglesia; no apartó de ella sus ojos durante los oficios, y cuando se retiraba le ofreció galantemente en sus dedos el agua bendita. Marietta tocó temblando aquellos dedos húmedos que oprimieron ligeramente los suyos, y no pudo dispensarse de levantar los ojos y ver frente á frente al extranjero al darle con voz conmovida las gracias por su atencion.

La fisonomía de aquel hombre era vulgar, y habia indudablemente en Pésaro multitud de jóvenes que le aventajaban sobremedera en apostura y gallardía, pero Marietta sintió algo nuevo al verle; su corazon latió mas fuertemente que de costumbre; un vivísimo carmin tiñó sus pálidas mejillas, y tuvo que apoyarse en una columna para no caer y arrastrar en su caída á la pobre Marta que se apoyaba en su brazo.

Al atravesar las calles de Pésaro para regresar á la hasta entonces tranquila masion de Juan el largo, Marietta no se atrevia á volver el rostro para no encontrarse con la mirada del extranjero, pero le sentia detras de ella aunque iba á respetable distancia. Sus dedos que habian tocado los de aquel hombre estaban ardientes y parecian brotar fuego, y un estremecimiento nervioso sacudia á cada momento su cuerpo. La buena Marta nada notaba del cambio repentino operado en su nieta, y tampoco notó que al llegar á la puerta de su casa, y como

cediendo á un movimiento interior irresistible, Marietta volvió el rostro y permaneció un momento con la vista fija en el camino que acababan de recorrer.

Durante el resto del dia, Marietta estuvo triste é inquieta; no contestó bondadosamente como tenia de costumbre á las impertinentes cuestiones de su anciana abuela, y varias veces se acercó maquinalmente á la ventana que daba al campo, y maquinalmente tambien levantó la cortinilla.

Algunos habitantes de Pésaro que fueron á pasear aquel domingo por los alrededores de la casita del molino, observaron que un hombre, desconocido en el pueblo, se paseaba por frente de la habitacion de Marietta con la vista fija en las ventanas. Algunos mozos, apasionados de la bella tejedora, concibieron celos por ello, y se cuenta que no faltó quien dirijiera algunas provocaciones al extranjero; las comadres tomaron de la presencia del desconocido asunto para una conseja que contar en familia, y un acomedido se acercó á la casa y recomendó muy especialmente á Carlos diese doble vuelta á la llave y atrancase bien la puerta, porque, decian, un hombre sospechoso parecia observarla con malas intenciones.

Marietta se retiró á su pequeño cuarto á la hora que acostumbraba hacerlo, despues de abrazar á la buena Marta, pero no pudo conciliar el sueño.

La imágen del desconocido, que no se habia apartado de su pensamiento en todo el dia la persiguió en sueños los pocos momentos que durmió aquella noche; y cosa extraña, ella que nunca habia tenido mas que ensueños color de rosa, ella que jamas vió dormida mas que ángeles que la acariciaban y bellos fantasmas que derramaban flores sobre su casto lecho, sufrió horribles pesadillas.

Veia á ese hombre en la iglesia tocándole los dedos al ofrecerle agua bendita, y sentia aquellos dedos como de hierro candente que lastimaban de una manera horrible los suyos; luego

tomaba proporciones gigantescas, y alargando sus inmensos brazos parecía ahogarla en ellos lanzando una estridente carcajada. Después la soltaba en el pavimento, é inclinándose hácia ella con una mirada infernal, le abría el pecho con sus uñas de tigre y le desgarraba cruelmente el corazón.

Marietta lanzaba un grito ahogado y despertaba con el pecho comprimido; un sudor frío y copioso inundaba su frente, y todos sus miembros temblaban como si estuvieran agitados por la calentura. Volvía á dormirse, y volvía á soñar con el espectro, y volvía á despertar con la misma excitación nerviosa.

Aquella noche fué larga y horrible para la nieta del leñador; mujer é italiana, y supersticiosa y devota por lo mismo, creyó encontrar alivio en la oración. Entre ella y la imagen de la Madona colgada á su cabecera se interponía aquel hombre. No pudo orar.

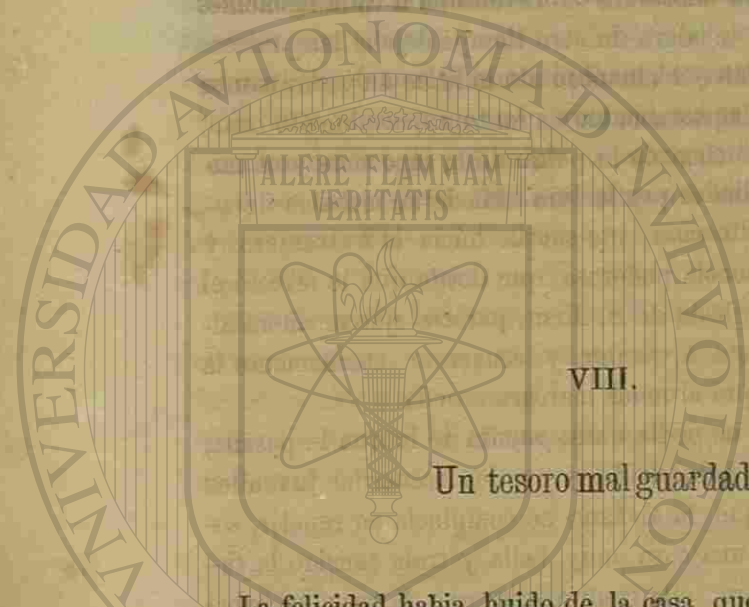
La situación de Marietta era espantosa. No podía explicarse lo que le pasaba. Supuso al principio que tenía amor por el extranjero, pero Marta le había pintado este sentimiento de una manera tan diferente y con tan bellos colores, que juzgaba imposible que se produjera con tan diversos síntomas.

Despierta, recordaba con placer al extranjero y experimentaba una especie de orgullo por haber llamado su atención; dormida, le veía como un fantasma amenazador dispuesto á ahogarla en sus nervudos brazos y á destrozarle el corazón.

La luz del día vino á poner término á la angustia de la pobre niña. Al acercarse al espejo para arreglar su tocado se encontró fea por la primera vez de su vida. La noche que acababa de pasar había dejado hondas huellas en su semblante; estaba mas pálida que de costumbre, y dos líneas negras sombreaban la parte inferior de sus ojos, pero lejos de perjudicar su hermosura, esos efectos del insomnio le daban un aspecto fantástico que le hacía parecer mas encantadora.

A la hora de costumbre se sentó delante de su telar; la tarea no caminaba como de ordinario; los pedales se movían con pesadez; el hilo de la lanzadera se reventaba á cada momento, y la activa y alegre tejedora de otro tiempo dejaba languidecer su labor, y no alegraba el monótono sonido de su instrumento de trabajo con los alegres acentos de su voz.

Algo pasaba en el alma de la pobre niña; algo como una nube negra que oscurecía el espléndido azul de su cielo.



Un tesoro mal guardado.

La felicidad había huido de la casa que habitaba Marietta; la pobre niña languidecía frente á su telar que ya no se movía con la misma regularidad y rapidez que ántes. Cuando la buena Marta preguntaba á su nieta por qué no alegraba con sus cantares el trabajo, la niña exhalaba un suspiro y llevaba sus manos al corazón. La anciana, sin comprender esa muda respuesta, guardaba silencio algunos momentos, y repetía á poco sus cuestiones.

La tristeza de Marietta no impedía, sin embargo, á la abuela dormir la mayor parte del día, y gruñir de lo lindo cuando algún ojo de su tejido se saltaba; y no advertía que la niña abandonaba todas las tardes su labor á hora fija y permanecía en la ventana largo rato.

Las comadres de las cercanías, con quienes solía departir cuotidianamente, no dejaron de decirle que un desconocido hablaba por la ventana con Marietta, al caer la tarde; pero Marta

contestaba que era muy natural que las muchachas tuvieran á quien amar, y con su despreocupación, expresada tan categóricamente, sellaba los labios de las murmuradoras y lenguaraces vecinas.

En efecto, Marietta y el hombre de la iglesia de S. Juan se entendían. En amor se camina muy pronto, especialmente cuando hay audacia por una parte, y cuando la inocencia y el candor son los únicos aliados por la otra. Marietta se había dejado llevar por la inclinación que sentía hácia el extranjero, y dominar por la influencia poderosa que desde que le ofreció el agua bendita en la iglesia de S. Juan, parecía ejercer en su alma virgen y dispuesta á recibir y conservar eternamente la primera impresión que el amor marcara en ella.

La linda tejedora no podía darse cuenta de lo que le pasaba; por las novelas que había leído, y por los recuerdos juveniles de la buena Marta que la anciana se complacía en repetir, sabía que el amor era una cosa muy bella y traía consigo la felicidad; y sin embargo, ella comprendía que la suya se había desvanecido desde el momento en que fijó su atención en el extranjero. Sus hermosos ojos, que no habían llorado más que por la pérdida de sus buenos padres, se hallaban casi siempre, desde aquel fatal domingo, inundados de lágrimas; y aunque todo el día deseaba llegase cuanto ántes la hora de hablar al extranjero, el placer que sentía al acercarse á él y al darle su mano, que estrechaba con vehemente pasión entre las suyas, estaba mezclado de terror.

En cuanto á Marta, atrincherada tras del bello razonamiento con que había cerrado la boca á sus maldicientes amigas, persistía en su ciega confianza. Las hablillas continuaban mientras tanto y tomaban un carácter alarmante. Una mujer de conciencia se acercó misteriosamente á la confiada abuela, y le dijo al oído que al dirigirse algunos trabajadores á la fábrica inmediata, poco ántes de amanecer, habían visto salir de

la casa, por la ventana del cuarto de Marietta, á un hombre que tomaba por el campo la direccion de Pésaro.

Marta llamó á su nieta, le contó lo que se decia en el pueblo y le advirtió que debía desconfiar de los hombres. El consejo llegaba tarde; la pobre Marietta se echó á llorar al oír el discurso de su abuela, y no encontró una sola palabra que contestar para disculparse. Todo ese dia estuvo mas triste que de costumbre, y llegada la hora de retirarse á su cuarto tomó temblando la luz que le servia para alumbrarse, y bañó con sus lágrimas la frente de la anciana Marta, al darle el beso de despedida.

El cuartito de Marietta no era mas rico en su ajuar que la sala donde la hemos visto por la primera vez moviendo su telar; pero estaba puesto con gusto, y flores naturales colocadas en blancos floreros de porcelana, que Marietta tenia cuidado de sacar al freseo todas las noches, eran su principal adorno. Al entrar, dejó la vela en una mesa coronada por un espejo que servia de tocador, y fué á sentarse triste y meditabunda en un viejo sillón de cuero que al lado de la cama se hallaba.

Allí permaneció un gran rato en ese estado de abstraccion en que todos nos hemos encontrado alguna vez, tan delicioso para los que son felices, tan triste para los que están probados por el dolor y la amargura; los ojos se fijan en los objetos y no ven, el mundo exterior desaparece completamente, y el pensamiento vaga por regiones desconocidas, de las que no conserva una idea; y semejante modo de ser, tan parecido á la muerte, y que dura á veces horas enteras, lo repetimos, es sin duda lo mas bello del mundo para los que gozan, lo mas doloroso para los que sufren.

Marietta estaba inmóvil; sus ojos miraban vagamente algun objeto informe y distante, y de sus pupilas rodaban algunas

lágrimas que formaban dos veneros transparentes como el mas puro cristal, en sus mejillas.

De pronto se estremeció como si una mano desconocida le hubiera aplicado el hilo conductor de una máquina eléctrica. Dos golpes dados con discrecion á la ventana la hicieron enderezarse completamente; se enjugó los ojos empapados en lágrimas y acercándose á la vidriera la abrió de par en par.

Un hombre embozado en una ancha capa saltó con ligereza al suelo, y dejando caer el embozo abrazó estrechamente á Marietta.

Era el desconocido de la iglesia de San Juan. Tenia cabellos negros, cortos y ensortijados; sus cejas no formaban un solo arco ni una sola linea, sino que estaban quebradas formando ángulos obtusos; los ojos eran pequeños, pero extraordinariamente vivos y con escasas pestañas; la nariz ancha y comun, los labios bastante gruesos y notablemente saliente el inferior; no gastaba bigote, y la barba en que estaba encuadrado su semblante, mas repulsivo que simpático, era negra y ensortijada como el cabello.

—He tardado mucho, bien mio?—le dijo á Marietta con una voz que trataba de dulcificar lo mas posible, pero cuya aspereza natural heria desagradablemente los oídos.

—Mas que de costumbre, Fernando

—Te encuentro triste, y tus ojos están encarnados. ¿Has llorado?

—No, Fernando,—contestó Marietta tratando de sonreír— estás equivocado; ¿por qué habia de llorar? ¿acaso no me amas? ¿no me has ofrecido ser muy pronto mi esposo?

El hombre á quien Marietta llamaba Fernando no pudo contener un ligero movimiento de impaciencia.

—¿Te has enfadado?—continuó Marietta.—Has de cuenta que nada he dicho.

—Te repito que has llorado—dijo asperamente Fernando, y

tomando de un brazo á Marietta la llevó adonde estaba el espejo y haciéndola levantar la cara y verse, agregó:

—Mira.

La pobre Marietta quedó confundida, y permaneció un momento sin poder articular palabra. Las huellas de sus lágrimas eran muy recientes para que pudiera disimularlas; veía en el espejo sus ojos enrojecidos y brillantes, y una lágrima mal enjugada estaba detenida en la pupila. Se contempló un rato, y pareciendo tomar una resolución decisiva, se volvió á Fernando, que le oprimía el brazo hasta hacerle daño, y le dijo:

—Y bien, sí, he llorado; no lo puedo negar.

Fernando, que se irritaba por momentos, contestó en tono de amarga reconvención y como hablando consigo mismo:

—Venga usted desde el puerto hasta esta condenada casa expuesto á que un bandido le hunda un puñal en el pecho ó le despache de un mosquetazo al otro mundo, para encontrar á una mujer que en vez de recibirle con sonrisas, le dá la bienvenida con lágrimas y suspiros. Marietta, hasta mañana.

Y acercándose á la silla en que habia colocado su sombrero y su capa, hizo ademán de tomar estos objetos para marcharse.

Marietta se interpuso rápidamente entre su amado y la silla, y le dijo con una voz que tenia de suplicante y colérica:

—Te suplico que me escuches, Fernando.

—Deja ese tono trágico y sé breve; deseo volver á Pésaro.

—Lo que tengo que decirte es grave y deseo que me oigas con calma.

—¿Melodrama tenemos?

—Por Dios, Fernando, no te burles; mira que se trata de nuestro porvenir.....y del de nuestro hijo, añadió en voz mas baja y poniéndose extraordinariamente encendida.

Fernando no se inmutó.

—Me has dicho que eres español y caballero,—continuó Marietta—y los hombres de tu nacion gozan la fama de ser

cumplidos con las mujeres. Cuando á una pobre muchacha se le arrebatara con el corazon la honra, solo hay un medio para reparar el mal. ¿Lo sabes tú, Fernando?

—Es imposible.

—¡Imposible!.... Todavía anoche me jurabas que serias mi esposo ante los hombres como ya lo eras ante Dios, que veía nuestro amor y la union de nuestros corazones. No sabias aun que eras padre, y hoy, Fernando, que no ignoras lo que haré pública mi deshonor, y que debias, no renovar tus promesas sino cumplirlas como leal caballero, no vacilas en desgarrar mi alma pronunciando esa atroz palabra. En nombre de tu madre, sálvame del deshonor.

—No puede ser, contestó friamente aquel hombre de hierro.

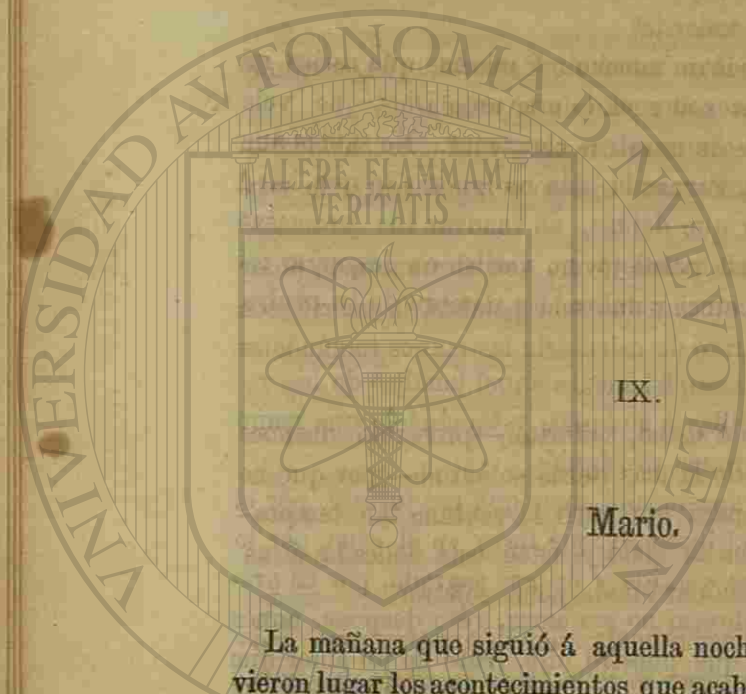
Marietta cayó de rodillas á sus pies, y tomándole una mano que regaba con sus lágrimas prosiguió:

—Fernando, por el apasionado amor que me juraste, por el que no puedes negar al inocente que llevo en el seno, por lo que haya para tí de mas querido y de mas sagrado, por tu propia vida, dáme tu nombre; si no me amas, véte despues, nunca vuelvas á verme; pero que nuestro hijo, fruto de un amor que yo creí sincero de tu parte, no se avergüence de la que le dió el ser.....

—Señora, interrumpió Fernando,—acabemos de una vez; en mi país no se tolera que un hombre se case dos veces cuando su primera mujer vive aún; soy casado.

Y desprendiendo bruscamente su mano de las de Marietta, tomó su capa y su sombrero y saltó por la ventana.

La pobre muchacha cayó como herida de un rayo en el pavimento, y permaneció así privada de sentido la mayor parte de la noche.



La mañana que siguió á aquella noche horrible en que tuvieron lugar los acontecimientos que acabamos de referir, la buena Angela entró, como lo tenia de costumbre, á la habitación de Marietta llevando el desayuno. Lo primero que llamó su atención fué la ventana que habia quedado abierta de par en par y dejaba libre paso al viento helado de las primeras horas del día.

El lecho de Marietta no estaba descompuesto, y ella, arrodillada en el suelo y con la frente sobre el jergon, no pareció notar la presencia de Angela. Se la habria creído privada de sentido si los estremecimientos nerviosos que los sollozos imprimian á su cuerpo no indicaran que habia sido bastante desgraciada para sobrevivir á su deshonra y á su abandono.

Angela se sorprendió al ver á su ama en semejante estado, y poco faltó para que hubiera dejado caer la bandeja en que lle-

vaba el desayuno; colocó ésta violentamente encima de la mesa, y acercándose á Marietta trató de levantarla, y le preguntó con interés.

—¿Que tiene usted, señorita?

Los sollozos no dejaban hablar á Marietta, que continuó llorando y echó los brazos al cuello de la criada.

—¡Jesus, señorita,—continuó Angela—está usted helada!—y depositándola suavemente en el sillón corrió á cerrar la ventana.

Luego, volviéndose á la pobre jóven, que abrumada de dolor la dejaba hacer sin pronunciar una sola palabra, la cubrió con la ropa de la cama, y trató de calentarle las manos tomándolas entre las suyas.

—¿Que le ha pasado á usted, señorita?—prosiguió despues de un rato, con acento de la mas tierna solicitud—¿por qué no se ha acostado usted? ¿para qué abrir la ventana tan temprano? El aire de la mañana es malo y usted está delicada; si usted no se cuida ¿quién cuidará de la pobre señora?

Marietta, á quien Angela habia venido á distraer un momento de su doloroso estupor y de la atroz angustia que la devoraba, no sabia que contestar; la solicitud de aquella pobre mujer le causaba daño; su cariñosa curiosidad la importunaba; debia darle una respuesta cualquiera, y ni le parecia conveniente comunicarle sus profundas penas, ni tenia ánimo para mentir en las circunstancias tan graves en que se encontraba.

Sin embargo, era mujer y contaba con esos mil recursos que son una facultad especial del bello sexo, y que le ha concedido la naturaleza como para compensarle de su debilidad, que sin ellos no podria sobreponerse á las situaciones difíciles.

—He tenido malos sueños, querida Angela,—contestó al fin —conozco que es una niñería, pero me han afligido sin que lo pudiera remediar.

—¿Malos sueños, señorita?... ¡Si no se ha acostado usted!...

—En efecto,—continuó Marietta, haciendo un esfuerzo para vencer la repugnancia que le causaba mentir;—estaba tan cansada del trabajo que me dormí en el sillón; pero ya ves, ya pasó todo,—añadió con acento de profunda amargura.

—¿Y qué soñó usted, señorita?

—Que por la ventana, que había dejado abierta, entraban unos hombres feroces y me asesinaban.

—¡Pobre señorita! si yo lo hubiera sabido habría venido á acompañar á usted.

En seguida le presentó el desayuno que apenas tocó y la obligó á recojerse.

Bien lo necesitaba la infortunada jóven. La impresion moral que le habían causado la ingratitud y el cinismo del hombre á quien con ciega confianza se entregó, había agotado sus fuerzas físicas. La fiebre hacía temblar todos sus miembros, y sentía que su cabeza pesaba como si fuese de plomo.

Cuando Marta, advertida por Angela, fué á ver á su nieta, la encontró en un estado de postracion extraordinario, y justamente alarmada envió á Carlos á Pésaro en busca de un facultativo.

Este, despues de examinar á la enferma y de pulsarla, declaró que era presa de una grave pleuresia, mandó que guardara cama y le recetó algunas drogas, ofreciendo volver al dia siguiente.

El estado de Marietta se empeoraba cada dia mas; al declinar la tarde la calentura crecía y la enferma deliraba. Marta y Angela, que no se apartaban de su cabecera, oían con espanto los delirios de la jóven.

Un nombre se escapaba de sus lábios; le pronunciaba amorosamente, y guardaba silencio un breve rato como esperando una respuesta. Luego hablaba de su hijo, pedía un nombre para él, y acababa por dar gritos desgarradores y exclamar con angustia:

Casado!..... Infame!..... Abusaste de mi inocencia..... Maldito seas, Fernando! . . .

Y caía en una postracion completa.

Así descubrieron aquellas dos mujeres el secreto de la jóven. Siempre que la calentura la llevaba hasta el delirio, las mismas frases se escapaban de sus lábios, y Marta y Angela, que la amaban extraordinariamente, cada una á su modo, no encontraron en su alma al saber la desgracia irreparable de Marietta, mas que sentimientos de conmiseracion para ella, de ódio y de venganza para su seductor.

La juventud de la enferma y su buena naturaleza, ayudadas poderosamente por las acertadas disposiciones del médico, triunfaron al fin de la enfermedad y Marietta entró en convalecencia.

Su primera idea al volver á la vida fué que Dios le habría hecho un inmenso beneficio arrebatándola al mundo en el que no tenía ya otra mision que sufrir y llorar; pero pensando despues en el inocente sér que llevaba en su seno, comprendió que debía vivir para él y se resignó á sobrellevar su mísera existencia para dulcificar cuanto le fuese posible la del fruto de su amor.

Uno de los mas singulares efectos de las enfermedades graves es hacer mejores á las personas que las han padecido. En aquellos momentos en que se comienza á vivir de nuevo despues de haber sentido el aire frio del sepulcro en la frente; despues de haber visto los semblantes de las personas queridas que rodean la cama, lejos, muy lejos y como á traves de un cristal empañado; cuando el cuerpo despues de parecer suspendido en el aire como dispuesto á abandonar el mundo, comienza á recobrar su vigor y á sentir la sangre circular libremente por las venas, entónces todo se ve de una manera muy diferente que cuando llenos de fuerza y de vida nos abandonamos á los efímeros goces de la existencia y los creemos eternos.

Marietta se hallaba en una situación escepcional; recordaba sin ira al autor de su infortunio; pensaba en su hijo que no era culpable del crimen de quien le dió el sér, y al sentir sus primeros movimientos experimentaba ese placer indefinible con que Dios ha querido compensar á las madres de los sufrimientos del embarazo y de los dolores del alumbramiento.

Cuando Marta y Angela le indicaron que conocian su secreto y le manifestaron su indignacion contra el pérfido extranjero, ella les confesó llorando su falta, y les rogó que perdonaran á aquel hombre infame como ella le habia perdonado ya.

La convalecencia fué feliz, y algunas semanas despues pudo Marietta dedicarse de nuevo á su trabajo para cubrir las brechas que los gastos erogados en su enfermedad habian hecho en las cortas economías de la familia, y para prepararse al acontecimiento que debia verificarse pasados algunos meses.

Trabajaba los domingos despues que volvía de la iglesia. En vano la esperaban en el camino sus numerosos admiradores; la bella tejedora salía de su casa, acompañada de Angela, cuando apenas comenzaba á despuntar el dia; oía la primera misa que se decia en la iglesia de S. Juan, á la que asistian algunas raras personas madrugadoras, y regresaba inmediatamente á la casita del molino.

Se decia que la enfermedad la habia vuelto misántropa, y corrian algunos rumores misteriosos sobre sus amores con el extranjero. Carlos y Angela eran interrogados incesantemente por los vecinos, pero se habian encerrado en un silencio absoluto, el uno porque nada sabia y la otra por cariño á su señorita. La vieja Marta resistía mas difícilmente que nadie á la tentacion de contar á sus amigas que iba á ser bisabuela, pero con heroicidad inaudita logró guardar el secreto de Marietta.

Por fin, una noche, la jóven sintió intensos dolores, y con el auxilio de Angela y de Marta, dió á luz un hermoso y robusto niño, á quien pusieron por nombre Mário.

Como es de suponerse, aquel niño fué objeto de la adoracion de las tres mujeres, que le cuidaban á porfia y le mimaban extraordinariamente. A medida que adelantaba en edad, el encanto se aumentaba; y cuando comenzó á andar y á balbutir algunas palabras, la dominacion que ejercía en los habitantes de la casita del molino era absoluta.

Adquirió así un hábito de mando que traía enagenadas á Marietta y á las dos ancianas; le complacian en todo y celebraban locamente sus gracias infantiles.

El niño crecía en aquella atmósfera de cariño, y su alma tierna se abría insensiblemente á la bondad y á la dulzura; como jamas se le contradecía, nada habia que le exasperara, y adquirió un carácter suave que le hacia querer de todos.

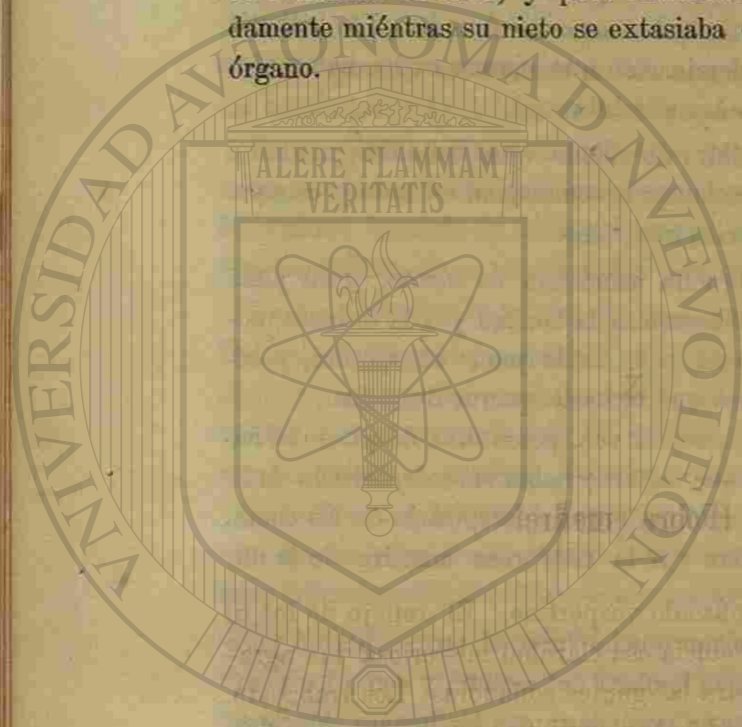
Marta habia hecho correr la voz, pocos dias despues del nacimiento de Mário, de que un niño habia sido depositado en la puerta de la casita del molino, pero la perspicacia de las comadres no se dejó engañar por la candorosa mentira de la anciana.

Al principio habia hecho mucho ruido el suceso; pero á poco tiempo ya no habia quien hablara del asunto, y como los pecados de amor son los que se perdonan mas facilmente, Marietta recobró muy pronto el afecto que todos le tenían por su modestia y sus bondades, y que habia entibiado algo la noticia de su deshonra.

Cuando Mário tuvo cinco años, le llevó Marta por primera vez á la iglesia, y el niño estuvo absorto escuchando el órgano y admirando los frescos que ornaban las paredes y la cúpula. Gran trabajo costó á su bisabuela arrancarle de allí, y solo la promesa de que le llevarian al dia siguiente, pudo decidirle á seguir á la anciana.

Desde aquel dia no faltaba uno solo á la iglesia, agradándole mas la de la Misericordia, porque el organista de allí, Maese

Jacobo, era el mas famoso de Pésaro. La buena Marta, por complacer á Mário, le acompañada diariamente; pero demasiado avanzada en edad, y poco filarmónica, se dormía profundamente mientras su nieto se extasiaba oyendo los sonidos del órgano.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

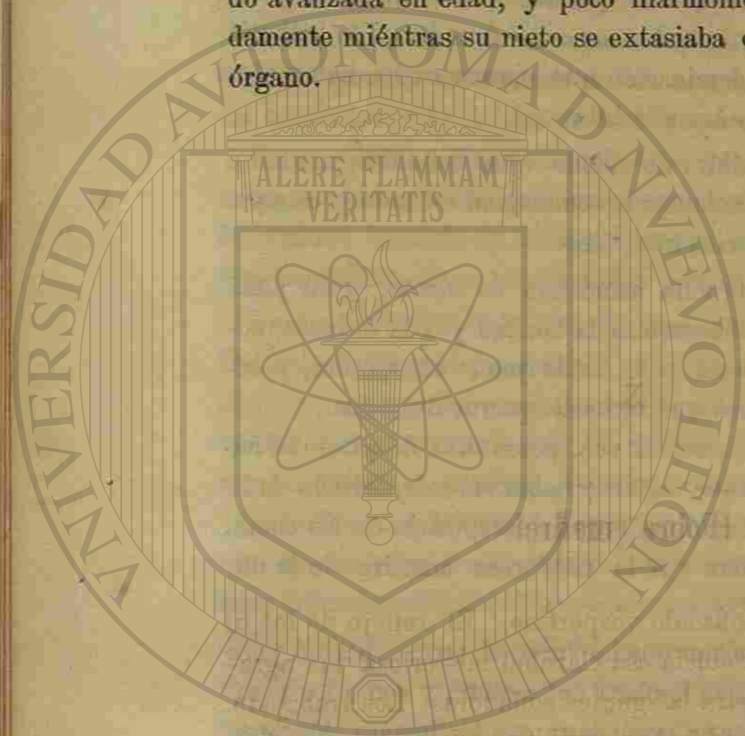
X.

¡Pobre madre!

Era la hora del crepúsculo vespertino. El reflejo de los últimos rayos del sol producía esa claridad misteriosa tan agradable de contemplar para las gentes soñadoras. Los trabajadores de las fábricas abandonaban sus fatigosas tareas y se dirigían alegres y cantando á sus pobres habitaciones; los pájaros volaban en busca de sus nidos, donde los aguardaban pipiando sus hijuelos; las esposas de los obreros preparaban la cena para sus maridos, y los chicos saltaban de alegría disponiéndose á abrazar á sus padres y contarles esas mil necesidades que brotan de los lábios infantiles, tan encantadoras para los que tienen hijos y aman, por consiguiente, á los niños, y que hacen enojarse de hombres á los solterones y á los indiferentes.

Marietta había abandonado hacia un momento su labor, y puesta á la ventana dirigía miradas inquietas é investigadoras hácia el camino por donde debían volver la tía Marta y el niño Mário, que como de costumbre, habían ido á la iglesia.

Jacobo, era el mas famoso de Pésaro. La buena Marta, por complacer á Mário, le acompañada diariamente; pero demasiado avanzada en edad, y poco filarmónica, se dormía profundamente mientras su nieto se extasiaba oyendo los sonidos del órgano.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

X.

¡Pobre madre!

Era la hora del crepúsculo vespertino. El reflejo de los últimos rayos del sol producía esa claridad misteriosa tan agradable de contemplar para las gentes soñadoras. Los trabajadores de las fábricas abandonaban sus fatigosas tareas y se dirigían alegres y cantando á sus pobres habitaciones; los pájaros volaban en busca de sus nidos, donde los aguardaban pipiando sus hijuelos; las esposas de los obreros preparaban la cena para sus maridos, y los chicos saltaban de alegría disponiéndose á abrazar á sus padres y contarles esas mil necesidades que brotan de los lábios infantiles, tan encantadoras para los que tienen hijos y aman, por consiguiente, á los niños, y que hacen encojer de hombros á los solterones y á los indiferentes.

Marietta había abandonado hacia un momento su labor, y puesta á la ventana dirigía miradas inquietas é investigadoras hácia el camino por donde debían volver la tía Marta y el niño Mário, que como de costumbre, habían ido á la iglesia.

Marietta sentia una opresion extraña en el pecho, y aunque todavia no hubiera oscurecido por completo, ni pasado la hora en que el chico y la anciana regresaban regularmente, su inquietud aumentaba por momentos.

—¡Cuánto tardan!—exclamaba á cada rayo de luz que se perdía en las sombras; pronto será de noche y mi pobre madre está tan delicada.....

—¡Pero no soy una loca!—continuaba despues de un momento—otras veces vuelven mas tarde y no siento esta inquietud extraña y este deseo tan grande de ver á mi hijo y de abrazarle. ¡Le amo tanto! Quisiera no apartarme de él un momento. Oh! si Dios me le arrebatara no podría vivir sin él. No quiero ni pensar en semejante cosa; siento que el corazon se me parte de dolor solo al imaginarlo. Pero por qué habia de hacer conmigo esa injusticia? ¿No he sido ya bastante desgraciada?... ¡Cuánto tarda, Dios mio!

Y cediendo á un movimiento muy natural en los que aguardan, dejó la ventana y se dirigió á la puerta, como si de ello dependiera que regresaran mas pronto los que esperaba; pero apenas llevaba un rato de estar allí, pareció tomar una determinacion violenta, y volviendo á su cuarto, se echó un manton sobre los hombros, y salió en direccion del camino que debian traer su abuela y su hijo.

Una voz secreta le anunciaba una desgracia, y la pobre mujer caminaba apresuradamente para encontrar mas pronto á los que buscaba. Ya habia entrado en las calles de Pésaro y estaba muy cerca de la iglesia de la Misericordia, y el niño y la anciana no parecian. Por fin, cuando estaba á pocos pasos del templo, oyó la voz de Marta, y vió á la anciana que del brazo de Ludovico se acercaba.

—Madre, ¿dónde está mi hijo?—le preguntó con acento inexplicable.

La anciana, que no esperaba encontrar tan cerca de la iglesia

á su nieta, se estremeció, y sorprendida de su pregunta no halló al pronto qué contestar.

Ludovico saludó cortesmente á Marietta y le dijo:

—Mário debe estar ya en su casa, señora Marietta; la señora Marta se durmió profundamente y el pobre niño no habrá podido despertarla.

—Pero si de allá vengo y no le he encontrado en el camino,—contestó Marietta cada vez mas inquieta.

—Habría tomado el camino mas largo para divertirse mirando las baratijas que hay en el mercado.

—¡Pero si es demasiado tarde!

—No tenga usted cuidado, señora Marietta, el chico sabe bien el camino de su casa, y si se perdiera, lo que no es posible, todo Pésaro le conoce y al cabo de un rato le tendria usted allí.

Las razones de Ludovico, por buenas que fuesen, no satisfacian á Marietta, cuyo instinto de madre le decia que algo habia sucedido á su hijo. Sin embargo, como cuando se teme ó se presiente una gran desgracia, el corazon se resiste largo tiempo á creer en ella, Marietta volvió con Ludovico y la buena Marta á la casa del molino esperando encontrar allí á Mário.

La luna alumbraba el camino que seguia aquel grupo compuesto de tres personas tan diferentes entre sí. La pobre Marta, á quien la edad habia vuelto casi imbécil, lloraba sin saber por qué y decia que iba á castigar al bribonzuelo de su biznieto por el susto que le habia hecho pasar, no dándole la gorra que estaba tejiendo para él. Marietta, á una considerable distancia del sacristan y de la anciana, apretaba cada vez mas el paso para llegar cuanto ántes á su casa y saber si el niño habia regresado ya. En cuanto á Ludovico, trataba de consolar á la vieja Marta y de obtener el perdon de Mário para que no fuese privado de la gorra que le tejia la anciana.

Así llegaron á la habitacion de aquellas pobres mujeres. Cár-

los se hallaba en la puerta y tenia en la mano un pliego cerrado que entregó á Marietta. Esta le tomó con distraccion, despues de haber preguntado con profunda ansiedad al muchacho:

—¿Ha vuelto el niño?

—No, señorita, contestó Cárlos.

—¿Lo ve usted, madre!—dijo Marietta volviéndose á la anciana, y corrió como loca en direccion de Pésaro.

Allí buscó inútilmente á su hijo en los parajes mas concurridos, y á todas las personas que encontraba al paso las detenia preguntándoles si le habian visto. Algunas de estas gentes, que la conocian, le contestaban con interes y le ofrecian darle noticias del niño si le encontraban; otras, que jamas la habian visto, se encogian de hombros y la juzgaban loca. Del mercado y de las calles principales fué al puerto, siempre indagando, siempre deteniendo á todos y preguntando por el niño. Los cargadores del muelle se disponian á volver á sus habitaciones; los botes estaban atracados á la orilla del Foglia; las tranquilas aguas del rio reproducian los rayos de la luna que las hacian aparecer de plata; todo estaba en silencio; no habia un indicio siquiera de que el niño hubiera pasado por allí. Los cargadores á quienes se dirigió Marietta no le habian visto.

La angustia de la pobre madre era horrible. De pronto se quedó con la vista fija en un esquife que abandonaba el puerto; un hombre estaba sobre cubierta y su negra figura se destacaba como una sombra en el fondo azul del horizonte. Los ojos de Marietta, como atraidos por una fascinacion extraña, permanecieron fijos en aquella sombra. A poco, un estremecimiento extraordinario recorrió todo su cuerpo, lanzó un grito desgarrador y cayó cuan larga era en la húmeda arena de la playa.

XI.

Paco el zurdo.

Algunas semanas despues de los sucesos que acabamos de referir, y en una noche tempestuosa y horrible, un hombre envuelto en una ancha capa, y la cabeza cubierta con un sombrero de grandes faldas, iba por las calles de Cádiz recibiendo en el cuerpo el soberbio chaparron que se desprendia de las preñadas nubes, y hundiendo á cada momento los pies en los charcos que encontraba á su paso.

Si algun curioso hubiera tenido valor para seguirle de cerca, á pesar de lo espantoso de la noche y de la oscuridad de las calles, habria oido sin duda los tremendos taeos que se escapaban de sus labios cada vez que sentia la fria impresion del agua en los pies. Aquel hombre juraba y renegaba como un carretero, ó como un pollo de nuestros dias que quiere darse aires de hombre y de valiente.

Iba en direccion del Trocadero, y á juzgar por su desesperacion y por lo empapado de su ropa, venia de muy léjos. Al

los se hallaba en la puerta y tenia en la mano un pliego cerrado que entregó á Marietta. Esta le tomó con distraccion, despues de haber preguntado con profunda ansiedad al muchacho:

—¿Ha vuelto el niño?

—No, señorita, contestó Cárlos.

—¿Lo ve usted, madre!—dijo Marietta volviéndose á la anciana, y corrió como loca en direccion de Pésaro.

Allí buscó inútilmente á su hijo en los parajes mas concurridos, y á todas las personas que encontraba al paso las detenia preguntándoles si le habian visto. Algunas de estas gentes, que la conocian, le contestaban con interes y le ofrecian darle noticias del niño si le encontraban; otras, que jamas la habian visto, se encogian de hombros y la juzgaban loca. Del mercado y de las calles principales fué al puerto, siempre indagando, siempre deteniendo á todos y preguntando por el niño. Los cargadores del muelle se disponian á volver á sus habitaciones; los botes estaban atracados á la orilla del Foglia; las tranquilas aguas del rio reproducian los rayos de la luna que las hacian aparecer de plata; todo estaba en silencio; no habia un indicio siquiera de que el niño hubiera pasado por allí. Los cargadores á quienes se dirigió Marietta no le habian visto.

La angustia de la pobre madre era horrible. De pronto se quedó con la vista fija en un esquife que abandonaba el puerto; un hombre estaba sobre cubierta y su negra figura se destacaba como una sombra en el fondo azul del horizonte. Los ojos de Marietta, como atraidos por una fascinacion extraña, permanecieron fijos en aquella sombra. A poco, un estremecimiento extraordinario recorrió todo su cuerpo, lanzó un grito desgarrador y cayó cuan larga era en la húmeda arena de la playa.

XI.

Paco el zurdo.

Algunas semanas despues de los sucesos que acabamos de referir, y en una noche tempestuosa y horrible, un hombre envuelto en una ancha capa, y la cabeza cubierta con un sombrero de grandes faldas, iba por las calles de Cádiz recibiendo en el cuerpo el soberbio chaparron que se desprendia de las preñadas nubes, y hundiendo á cada momento los pies en los charcos que encontraba á su paso.

Si algun curioso hubiera tenido valor para seguirle de cerca, á pesar de lo espantoso de la noche y de la oscuridad de las calles, habria oido sin duda los tremendos taeos que se escapaban de sus labios cada vez que sentia la fria impresion del agua en los pies. Aquel hombre juraba y renegaba como un carretero, ó como un pollo de nuestros dias que quiere darse aires de hombre y de valiente.

Iba en direccion del Trocadero, y á juzgar por su desesperacion y por lo empapado de su ropa, venia de muy léjos. Al

fin se detuvo ante una puerta sucia y pequeña, coronada por una muestra imposible de leerse en tan oscura noche, y llamó de una manera particular.

En la habitacion á que daba entrada aquella puerta debia haber gran reunion á juzgar por el ruido de vasos y los des-templados gritos que á pesar del chubasco se oian desde la calle.

El embozado, despues de aguardar un momento á que le abrieran, llamó de nuevo con mas fuerza, lanzando como por vía de apéndice una interjeccion enérgica.

—¡Van!—dijo entónces una voz cascada desde adentro.

—Pues ya era hora, ¡voto á sanes!—contestó el que llama-
ba, mas impaciente que ántes.

—¿Quién es?—continuaron de adentro.

—Abre, con mil diablos, Espigada del infierno, que me hiele.

—¡Calle! es Paco—repitió la voz, y se abrió la puerta.

El hombre á quien llamaban Paco, apénas oyó el ruido de la llave en la cerradura y que retiraban la tranca, empujó brusca-mente la puerta, y habria echado al suelo á la mujer que le re-
cibía, si esta, acostumbrada sin duda al génio de pólvora de su parroquiano, no hubiera tenido la precaucion de retirarse á tiempo.

—¿Que es esto, Espigada? ya se hace aguardar á la puerta de tu casa á la gente?

—¿De donde sales, alma condenada, que no se te ha visto por aquí hace tanto tiempo?

—De casa de tu abuela, maldita.

—¡Pues gasta buen humor el niño!.....

—Y á nadie le importa, ¿lo entiendes?

Miéntas este diálogo tenia lugar, los dos interlocutores ha-
bian atravesado una pequeña pieza, completamente á oscuras,
y llegaban en el momento en que Paco pronunció las últimas

palabras, á la puerta de una habitacion medio alumbrada por un mal candilejo de aceite.

En el momento de abrir la puerta, gritó la mujer, dirigién-
dose á los que en aquella pieza estaban y haciendo una incli-
nacion burlesca al que la acompañaba:

—Aquí tienen ustedes al muy ilustre Paco Fernandez, co-
nocido entre la gente por el Zurdo, para lo que ustedes gus-
ten mandar.

—¡Que viva! gritaron á una voz siete hombres, levantán-do-
se de los asientos que ocupaban al derredor de una mesa, y dan-
do palmadas.

Estamos en la pieza interior de una taberna; en el centro hay una mesa de palo blanco angosta y larga, y rodeada de taburetes del mismo color y de la propia materia; algunas me-
sas mas pequeñas están junto á las paredes, y en uno de los rincones hay un pequeño mostrador sobre el cual se ve una bandeja que contiene vasos y algunos platos con queso, bizco-
chos y salchichones, y en el aparador á que sirve de muralla, lucen algunas botellas de aguardiente y de jerez.

Paco Fernandez se quitó el sombrero y la capa que escur-
rian el agua á chorros, y fué á sentarse junto á los que ha-
bian aplaudido á su llegada. Si nos fijamos un poco en él le reconoceremos facilmente; es el desconocido de la iglesia de la Misericordia, el que arrebató al niño Mário, y á quien no ha-
biamos vuelto á ver desde aquella tarde fatal.

Los demas parroquianos de la taberna tenian fisonomías vul-
gares, á las que la costumbre de la embriaguez y del crimen daba una expresion de embrutecimiento que era como el aire de familia que habia entre ellos, y que los hubiera hecho pa-
sar por hermanos.

Uno por uno fué á estrechar la mano de Paco Fernandez que estaba taciturno, y que desde su pequeña escaramuza de len-
gua con la Espigada guardaba el mas profundo silencio.

—Danos del fino, Espigadita,—gritó con voz chillona uno de aquellos personajes—tenemos que celebrar la vuelta de Paco y fuerza es que lo hagamos como lo manda la Santa Madre Iglesia; con el de consagrar.

—Cállate, borracho,—contestó la mujer—si dices blasfemias te lleva el diablo.

—Que mas diablo que tú, flaca de mis pecados; cuando vea yo al verdadero no me ha de causar novedad, acostumbrado como estoy á verte todos los días.

—Ahora si creo que estás borracho, Estreñido; ¿quien te ha contado que hay diablo, tonto?—dijo otro de aquellos hombres, que no gastaba barba y tenia el pelo corto.

—Donde el Cura lo dice, estudiado lo tiene; y este sí que es voto: no hay mas diablo que la Espigada.

Esta se santiguó.

—Eh! dejémonos de sandeces y venga el vino,—interrumpió bruscamente Paco Fernández.

La tabernera puso encima de la mesa dos botellas de vino y un vaso para Paco y se sentó junto á sus parroquianos.

—¡Por el Zurdo! dijo uno de aquellos hombres levantando su vaso.

—¡Por el Zurdo! contestaron los demas y vaciaron los suyos.

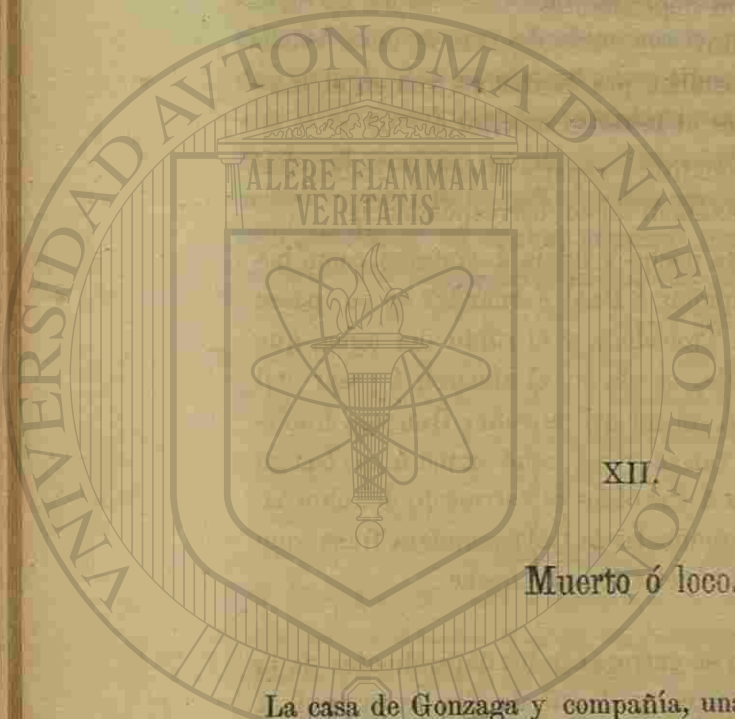
Pronto dieron cuenta de las dos botellas, y la Espigada se apresuró á reponerlas, á una señal imperiosa de Paco, que se repetía cada vez que las botellas que habia en la mesa se desocupaban.

El hombre junto al cual habia tomado asiento Paco, tenia, á pesar de ese aire de familia con los demas que hemos hecho notar al presentarlos á nuestros lectores, una fisonomía inteligente y con cierto carácter de distincion que en vano se habria buscado en su compañeros.

—Tenemos que hablar, Doctor,—le dijo Paco al sentarse—no hay que beber mucho.

—Pierde cuidado.

Cuando hubo desaparecido por entre los labios de los comensales de la Espigada el contenido de mas de ocho botellas de rico jerez pálido, ya nadie podia tenerse en pié; algunos que quisieron levantarse para marcharse, rodaron debajo de la mesa; otros, no pudiendo abandonar su asiento, clavaron la cabeza en el lugar que ocupaban sus vasos, y Paco y el Doctor, únicos que conservaban la razon, salieron juntos de la taberna despues de haber pagado su cuenta á la Espigada.



La casa de Gonzaga y compañía, una de las principales, si no la primera de Cádiz en la época á que se refiere nuestra verídica historia, acababa de recibir un gran cargamento, y los dependientes estaban mas atareados que nunca. Unos asentaban facturas que otros habian confrontado ántes; estos presenciaban la apertura de algunos fardos y anotaban su contenido; aquellos colocaban en órden los efectos, y todos en fin, se hallaban sériamente ocupados.

El gefe de la casa, viejo sexagenario, de fisonomía simpática aunque adusta, estaba sentado delante de su bufete y examinaba su correspondencia con atencion; de cuando en cuando, sin embargo, algun pensamiento importuno debia distraerle, porque fruncia ligeramente las cejas y decia entre dientes:

—No puede ser.

Volvia á ocuparse en su trabajo, y á poco volvia á distraer-

se, repetía en voz baja las mismas palabras, y luego alzándola, preguntaba á alguno de los dependientes:

—¿Ha vuelto el señorito?

—No, señor,—le contestaban por centésima vez en el momento en que introducimos al lector al escritorio.

—No puede ser, es inaudito;—repetía el señor Gonzaga—y volvia á entregarse al exámen de su correspondencia.

Estaba muy avanzada la noche y llovía á cántaros, como hemos podido verlo al acompañar á Paco Fernandez en su paseo nocturno á la taberna del Trocadero, y el ruido del agua, que caía á torrentes en la calle, se oía en el almacén á pesar del trajín de los empleados. A no ser así, el señor Gonzaga hubiera salido á la calle, pues varias veces echó mano á su baston para hacerlo, pero llegaba á sus oídos el estruendo del chubasco y no podía ménos de pronunciar la desesperadora frase que parecía estar condenado á repetir toda la noche:

—No puede ser.

Miéntas en el almacén se entregaban los dependientes de la casa Gonzaga á sus quehaceres, y el gefe de ella interrumpía á cada paso la lectura de su correspondencia para repetirse hasta el fastidio sus interminables tres palabras, en las habitaciones altas pasaba una escena de muy distinto género.

El edificio en que se hallaba establecida la sociedad Gonzaga y compañía estaba dividido en varios pisos, de los cuales el almacén ocupaba enteramente el primero; el segundo era la habitación del gefe de la casa y su familia, y los superiores servían de dormitorios al gran número de dependientes que sostenía la casa.

En uno de aquellos cuartos de hombre solo, cuyo desórden está acusando que jamas ha intervenido en su arreglo la mano de una mujer, un hombre se pasea de largo á largo dando señales de impaciencia.

De cuando en cuando se acerca á la cama, inclina la cabeza

sobre ella, y permanece así, en actitud de escuchar, un breve rato. Luego se endereza de nuevo, vuelve á pasearse y repite con impaciencia:

—¿Que hará ese hombre? Este niño se muere.

En efecto, en la cama hay un niño acostado; tiene los ojos cerrados; su frente está cubierta con una venda blanca en la que se va extendiendo poco á poco una mancha de sangre; su respiración se oye apénas, y sus lábios entreabiertos, dejando asomar sus dientes, dan á su fisonomía el aspecto de un cadáver.

—¿Y yo, que debo hacer?—continuaba el hombre paseándose por el cuarto—mi padre va á saberlo todo, si no lo sospecha ya, y de seguro me maldice y me deshereda. ¡Maldito dinero!.... si no me hiciera tanta falta no estaria en situacion tan horrible..... Dejarle al niño era dejarle una arma; y esa mujer, con él, se habria vengado; sin él transijirá, rogará y ajustaremos un tratado de paz..... ¡Imbécil Zurdo!..... ¡dejarle caer!..... si se muere debo renunciar á mis proyectos; la venganza de Marietta será mas atroz.

Nuestros lectores habrán comprendido ya por este monólogo que el hombre á quien tenemos delante es el infame Fernando, y que el niño que yace en la cama es nuestro querido amiguito Mário.

En el momento en que el pobre niño fué arrebatado en la iglesia de la Misericordia por Paco Fernandez, y despues de haberse herido la frente al caer en la puerta del templo, fué conducido privado de sentido á un bote que aguardaba al Zurdo en el puerto, y trasladado de allí á un buque que inmediatamente que recibió tan triste carga, se dió á la vela para Cádiz.

Durante la travesía, el niño apénas dió señales de vida; su herida era profunda y peligrosa, y cuando el cirujano de á bordo que le curaba, logró á fuerza de trabajo y de cuidado cerrárse-

la, un ataque cerebral que sufrió el enfermo y le hizo caer de lecho, volvió á abrirla.

Fernando estaba furioso contra Paco, no porque amase al niño, sino porque tenia proyectos sobre él que iban á desvanecer: se si se moria su hijo; queria acabar de una vez con Marietta para verse libre de esa amenaza continua. Marietta no pensaba en vengarse y era feliz con su hijo; pero en la conciencia de Fernando pesaba un remordimiento, y ese torcedor horrible que destroza el alma de los criminales escapados á la justicia humana, le hacia ver en todo sombras amenazantes y vengadoras y creer que Marietta no pensaba mas que en tomar sobre él una cruel venganza. Quería comprar su olvido y su perdon exigiéndoselos como condicion precisa para devolverle al hijo de su alma, y malvado y hombre sin corazon no acertaba á comprender que una mujer puede perdonar su deshonra y su abandono, pero que es imposible que una madre perdona que le arrebaten á su hijo.

Paco, abrumado por las reconvenciones de Fernando, estaba triste y taciturno; no habia olvidado, sin embargo, que entre sus compañeros de aventuras, de juego y de mesa, habia uno, hábil en el arte de curar las heridas que en las campañas de amor ó con la policía solian ganar los parroquianos de la Espigada; y apénas llegaron á Cádiz, fué en su busca, como lo hemos visto.

La impaciencia de Fernando crecia á cada momento y sus paseos eran cada vez mas apresurados. La respiración del niño se dilataba por momentos, y apénas la escuchaba Fernando cuando acercaba el oído, ó la sentia débil y tibia cuando ponía su mano debajo de la nariz del niño.

Por fin se abrió la puerta y Paco y el Doctor entraron á la habitación. Este dirigió un saludo cortés á Fernando y se encaminó al lecho. Paco tomó la luz, y aquellos tres hombres, do-

minados por tan diferentes sentimientos, rodearon la cama del pobre moribundo.

El Doctor levantó suavemente la venda, examinó la herida, cuyos labios se movían con violencia, é hizo un gesto de desagrado. Buscó luego el pulso del niño, y algo como una sombra pasó por su semblante.

Fernando, que le miraba atentamente, le preguntó con ansiedad:

—¿Cree usted que no tiene remedio?

—Mientras aliente un soplo de vida el cuerpo del enfermo, la ciencia no debe desesperar—contestó en tono sentencioso el Doctor.

—¿Como le encuentra usted?

—Muy mal.

—¿Se curará?

—Vamos á poner los medios.

Y acercándose á una mesa escribió algunas palabras en un papel que entregó á Paco, diciéndole:

—Corriendo por esa receta.

Paco salió en el acto.

El Doctor volvió á acercarse á la cama y examinó de nuevo al niño.

—¡Que bello es!—dijo, cediendo á un movimiento de admiración.

Fernando se encojió de hombros.

El Doctor notó ese movimiento, y mirándole con cierto aire de desprecio, se dijo:

—No puede ser su padre.

No tardó mucho Paco en volver, trayendo en la mano un botecito que contenía un licor rojo.

El Doctor le tomó; derramó algunas gotas en la herida, y poniendo otras en un poco de agua, empapó un lienzo y le aplicó á la frente del niño.

—Que se le cambien incesantemente estos lienzos de manera que siempre estén empapados,—dijo á Paco—mañana temprano estaré aquí.

—¿Cree usted que se salvará?—preguntó con ansiedad Fernando.

—Si he de hablar la verdad—contestó el Doctor,—estamos en una alternativa atroz; si vive, perderá el juicio.

—Que le pierda en hora buena,—repuso Fernando—pero que viva.

—Si fuera verdadero padre—pensó el Doctor—le quisiera mejor muerto que loco; aqui hay misterio! Hasta mañana, dijo en voz alta.

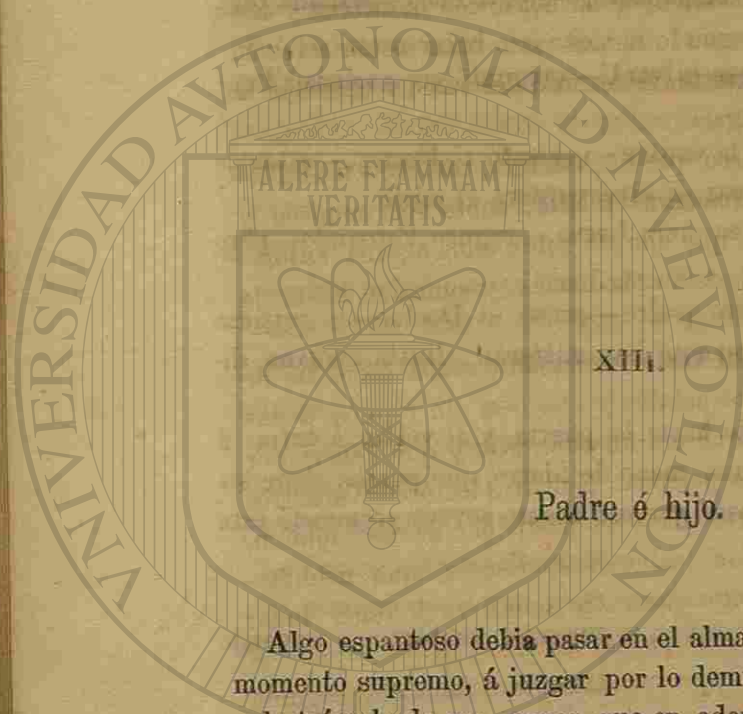
Fernando le condujo hasta la puerta, y al volver á entrar á la habitacion, sintió una mano de hierro que pesaba sobre su hombro y oyó una voz que con acento severo pronunció esta palabra:

—¡Infame!

Fernando volvió el rostro, y exclamó, temblando y cayendo de rodillas:

—¡Mi padre!

Era, en efecto, el señor Gonzaga que al fin se habia decidido á salir de una vez de la duda que le atormentaba, y que al comprender la verdad no habia podido contener un movimiento de indignacion.



Algo espantoso debía pasar en el alma de Fernando en aquel momento supremo, á juzgar por lo demudado de su semblante y lo trémulo de sus manos que en ademan de súplica se elevaban hacia el señor Gonzaga. Este le contemplaba con aspecto severo é indignado, y su cólera contenida por la presencia de Paco, se hallaba á punto de estallar.

El Zurdo, que hubiera querido encontrarse á muchas leguas de distancia de Cádiz, ó á millares de pies debajo de la tierra, aplicaba con mano temblorosa á la frente de Mário los lienzos empapados que habia prescrito el Doctor; y procuraba hacer notar lo ménos posible su presencia.

La situación era tirante, y no podia durar mucho tiempo. Pasados algunos instantes, el señor Gonzaga hizo á Fernando una señal imperiosa para que se pusiera en pié y le dijo secamente:

—Sígueme.

Su hijo no pronunció una sola palabra, y con mansedumbre de cordero, que contrastaba singularmente con la altivez y ferocidad de carácter de que le hemos visto hacer ostentacion en su conferencia con Marietta, se levantó del suelo y obedeció la orden del señor Gonzaga.

Es digno de observarse que los hombres, miéntras mas altivos se muestran hácia los séres débiles, tanto mas sumisos y obedientes son para los que ejercen sobre ellos alguna autoridad, llegando alguna vez su obediencia y sumision hasta la bajeza.

Cualquiera pensaria al ver á Fernando temblar como un niño ante aquel anciano respetable y obedecer sin réplica á sus menores insinuaciones, que era un buen hijo y que debia, por lo mismo, ser una buena persona. Nuestros lectores y nosotros tenemos poderosos motivos para no participar de esa opinion, y en cuanto á la sumision, loable en apariencia, que manifestaba á su padre, el diálogo que entre ambos va á tener lugar nos indicará lo que debemos pensar de ella.

El señor Gonzaga bajó apresuradamente la escalera, seguido de su hijo, y abriendo una puerta que en el corredor del segundo piso se encontraba, se volvió á Fernando, y con el mismo tono de que hizo uso para pronunciar las dos únicas palabras que le habia dirigido á su hijo desde su repentina aparicion en el cuarto donde yacia el pobre Mário, le dijo:

—Entra.

Fernando pasó delante de su padre sin replicar una sola palabra, y el señor Gonzaga entró despues que él á la habitación y cerró con llave la puerta.

Luego tomó asiento en un viejo sillón forrado de marroquí negro, y fijó sus irritados ojos en Fernando, que en pié, y con la cabeza inclinada, parecia delante de su padre un reo ante su juez.

La escena se abria de una manera imponente.

El señor Gonzaga, despues de dirigir á su hijo una mirada profunda é investigadora que parecia querer penetrar hasta lo mas hondo del alma de Fernando, rompió el silencio con estas palabras:

—Si en el momento en que oí tu primer grito al nacer, grito que hizo latir mi corazon, se me hubiera dicho que algun dia habias de llegar á ser tan profundamente malvado que despues de seducir á una pobre mujer, de abandonarla á su deshonra echando mano de un indigno subterfugio, le habias de arrancar á su hijo para que nunca le pudiera convertir en una arma contra tí é hiciera fracasar tus proyectos ambiciosos, te habria yo ahogado con mis propias manos.

—Pero, padre mio.....

—No trates de engañarme; todo lo sé; me costaba trabajo creerlo; pero la presencia de ese niño en tu cuarto, aquí, en mi propia casa, ha desvanecido todas mis dudas. Has sido un infame seduciendo á una pobre niña que no tenia mas patrimonio que su virtud; un hombre sin corazon abandonándola al saber que iba á ser madre por tu causa; un mónstruo arrebatándole á su hijo que era el único que podia consolarla en su dolor y en su abandono. ¿Que tienes que responder en tu favor! Habla, discúlpate.

Fernando no sabia que contestar. Su asombro al ver que su padre estaba tan bien informado era extraordinario. En el semblante severo del anciano se leia la indignacion que producía en su alma el conocimiento de los crímenes, que no faltas podían llamarse, de su hijo. Negar era inútil; los informes, por ciertos y pormenorizados, debian reconocer una fuente segura, auténtica, y una mentira habria hecho crecer hasta lo inaudito la indignacion del señor Gonzaga. El seductor de Marietta comprendió que no le quedaba otro recurso que el de la súplica para ablandar á su padre, que á juzgar por el tono y la ac-

titud de juez severo que habia tomado, le reservaba sin duda un tremendo castigo que era preciso conjurar.

—Padre,—dijo al fin—comprendo la indignacion de usted y el desprecio que debo inspirarle; pero á ningun reo, por criminal que sea, puede condenársele sin oírle. Muchas veces he oído á usted decir que es preciso no ser implacable para los errores de la juventud.

—¡Errores!—interrumpió el señor Gonzaga—¡error llamas tú á robar á un niño, á asesinar á una madre, que á tanto equivale arrebatarle á su hijo! Errores son esos que la justicia humana castiga con la muerte de quien incurre en ellos.

—No extrañe usted, padre, que le conteste con sus propias palabras; los consejos de usted y sus máximas están profundamente grabados en mi corazon. Varias veces me ha repetido usted que debe uno guardarse de cometer la primera falta, porque esta es como el primer paso que se da en una pendiente resbaladiza; una vez empeñado se rueda hasta el abismo.

—¡Desgraciado! ¿Por qué recuerdas mis advertencias para disculparte y no las tuviste presentes ántes de dar ese primer paso de que tanto nos debemos guardar?

—Padre, la vista de una mujer encantadora produjo en mi alma sensaciones gratisimas que hasta entónces me eran desconocidas; enloquecido por mi amor cedí á la pasion que devoraba mi pecho y ofuscaba mis sentidos, y cometí el primer crimen; abusé del candor y de la inocencia de la vírgen; del abandono y de la confianza de la amada. ¡Perdon, padre mio!

—Pero esa falta era reparable, Fernando; la mano y el nombre de un hombre honrado habrian convertido á la mujer seducida en la venerada madre de familia. ¿Por qué no reparaste una falta que si fué inspirada por el amor te habria sido tan grato enmendar? ¿Por qué uniendo la mentira al crimen dijiste á aquella pobre jóven que eternos é indisolubles lazos te unian á otra mujer? Al mismo tiempo que dabas un pretexto á tu

conducta infame desgarrabas su alma. Tal acción, Fernando, es indigna de quien lleva un nombre sin mancha como el nuestro.

—Ese nombre, padre mio, es mi disculpa. ¿Había yo de darle á una oscura muchacha del pueblo, á la hija de un tejedor? ¿Esta alianza, habría satisfecho las justas aspiraciones de usted, habría contentado el legítimo orgullo de nuestra familia?

—¡Calla, miserable! —contestó el señor Gonzaga cuyos ojos chispeaban de cólera.—¿Crees que pueda haber otra diferencia entre los hombres, que la que constituyen las virtudes y los vicios? ¿De qué sirve que el nombre que llevas, y del que tan ufano te muestras, haya sido honrado por el crédito y la probidad de tus antepasados, si tú no sigues su misma senda, si tú le arrastras por el lodo, y olvidándole para cometer una falta te acuerdas de él como de un pretexto para no repararla?

La salida del señor Gonzaga desconcertó á Fernando que no supo que responder. Su padre continuó:

—Y luego, ¿para qué arrebatarle á su hijo? Era el fruto de una debilidad; el testimonio acusador de una falta; pero era también el hijo de sus entrañas, lo mas valioso que hay para una verdadera madre; y perdonada por la sociedad en que vivía, la pobre mujer era dichosa contemplando á ese niño, viviendo para él y sin soñar siquiera que pudiera serle arrebatado.

Fernando parecía conmovido; el acento de su padre, de indignado y severo que fué al comenzar esta difícil explicación, se había dulcificado al pronunciar las últimas palabras, como si el honrado viejo se hubiera enternecido con la idea de esa felicidad suprema de Marietta, destruida en un momento.

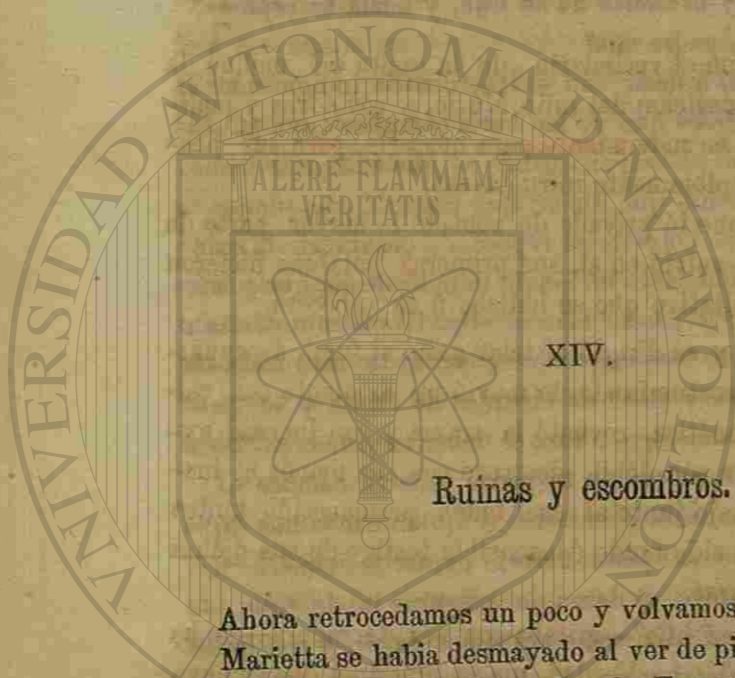
—Todavía es tiempo—continuó el señor Gonzaga—si no de reparar el mal, porque nadie puede hacer que las lágrimas vertidas hayan dejado de brotar de los ojos y de lastimar el corazón, sí de evitar que continúe devorando la desventura á esa pobre mujer, y que la ausencia de su hijo le cueste la vida. Si algo tienes aun de hombre honrado, si en efecto eres mi hi-

jo, si quieres que yo siga tratándote como tal y heredar mi nombre y mi fortuna, vuelve á Italia, tranquiliza á esa pobre madre sobre la salud y la suerte de su hijo, y hazla tu esposa.

—¿Pero y Julia, padre mio?

—¡Julia!—volvió á decir con extraordinaria indignación el señor Gonzaga—¿Crees que yo me haría cómplice tuyo autorizando tu enlace con ese ángel, cuando sé que á algunas leguas de aquí hay una honra que tienes que reparar, una mujer á quien solo tú puedes volverle el reposo y conservarle la existencia? Antes, esa unión era mi sueño dorado; desde que conozco tus hechos no debo pensar mas en ella. El padre de Julia y yo habíamos ajustado ese matrimonio; con él te aseguraba la mujer mas hermosa y llena de virtudes de Cádiz y el primer capital de la plaza; pero ahora el deber es primero. Ve á Italia y cúmplele, ó reniega de tu padre y de tu nombre.

—Iré, padre—contestó Fernando, á quien hacia mas dócil que nunca la idea de que podía hacerle perder la inmensa fortuna del señor Gonzaga el deseo de asegurar la de Julia, la primera heredera de Cádiz, como acabamos de oír, y con quien estaba ajustado su matrimonio. Ya hemos visto que porque no hubiera rémoras para ese enlace, su avidez le había hecho cometer el crimen inútil de arrebatarse á Marietta su hijo.



Ruinas y escombros.

Ahora retrocedamos un poco y volvamos á Pésaro. Marietta se habia desmayado al ver de pié, en el esquife que abandonaba el puerto, la sombra de Fernando, que á la claridad de la luna se destacaba distinta sobre el purísimo azul del horizonte que le servia de fondo.

Algunos pescadores acudieron al oír el grito desgarrador que lanzó la madre al asegurarse de que le arrebatában á su hijo, y la encontraron privada de sentido. Todo Pésaro conocia á la bella tejedora y los pescadores dijeron á un tiempo al verla:

—¡Es Marietta!

Y levantándola con cariño la condujeron en sus brazos hasta la casita del molino.

La pobre Marta, que lloraba á lágrima viva aunque no comprendia la extension del mal y suponía todavia que el niño se habia distraído ante el aparador de alguna tienda, y el buen Ludovico, que se hallaba realmente aflijido, habían logrado al-

canzar á Marietta y llegar á tiempo para ver que la levantaban del suelo los pescadores, y siguieron tristemente á los que la llevaban.

Pronto circuló en el vecindario de la casita del molino la noticia de la desaparición del niño Mário, y comadres y manebos se pusieron en movimiento para buscarle, pero sus pesquisas fueron completamente infructuosas.

Marietta permaneció privada de sentido la mayor parte de la noche. Cuando volvió en sí, sus primeras palabras hicieron estremecer al facultativo que se hallaba á su cabecera.

Se puso en pié y se dirigió al telar como si fuera á ocuparse en su trabajo acostumbrado, le movió un momento con calma, y despues, frenética, reventó la trama y con fuerzas extraordinarias en un sér débil, destrozó con sus manos el instrumento de trabajo junto al cual habia permanecido tantos años, y que habia sido mudo é insensible testigo de sus dichas y de sus desventuras.

—¿Donde está mi hijo?—gritaba con voz aterradora—¿le ha visto usted, madre?..... ¿Verdad que es imposible que se haya ido sin mí? . . . ¿Le oye usted? Me llama..... le están ahogando..... un hombre infame se apodera de él..... ¡Malvado..... No te basta haberme arrebatado la dicha y el sosiego.....Necesitas mi vida y me la arrancas privándome de mi hijo!.....

No hay palabras suficientes en ningun idioma del mundo para expresar lo que pasa en el corazon de una madre á quien le arrebatan á su hijo. Seria preciso ser madre, y madre que comprendiera su mision y amara á sus hijos con toda la abnegacion de tal, para comprender el sufrimiento horrible de Marietta y poderle interpretar siquiera. En un estado espantoso, cercano á la locura, rehusaba tomar toda clase de alimento, prorrumpia con frecuencia en gritos desgarradores, y con la vista extraviada, el semblante demudado, el cabello suelto, re-

corria á pasos precipitados los alrededores de su casa, las calles de Pésaro y el puerto, buscando siempre al hijo de sus entrañas.

La falta casi completa de alimentacion la habia debilitado en extremo, y gracias á esta circunstancia habian podido contenerla Ludovico, que la seguía siempre, y algunos hombres del puerto que le prestaron auxilio, varias veces que trató de arrojarle al rio.

Sin embargo, aunque la vigilancia que se ejercia sobre ella era extrema, una noche pudo burlarla y desapareció de la casa sin ser vista. Cuando se notó su falta, Ludovico y Cárlos salieron en busca suya; sus tentativas para encontrarla fueron vanas. Estaba muy avanzada la noche y las calles de la ciudad se hallaban desiertas; el puerto estaba silencioso, los guardacostas dormian envueltos en sus anchas capas y no habia quien diera razon de Marietta.

Un triste presentimiento hizo á Ludovico fijar la vista en las aguas del Foglia, y creyó ver algo como un lienzo blanco que flotaba en la superficie.

Al día siguiente, un pobre pescador que habia dejado sus redes á la embocadura del rio, sintió un peso extraño al retirarlas. A fuerza de trabajo y ayudado por un hijo suyo que le acompañaba en su barca, logró sacarlas á flor de agua; el cadáver de una mujer se presentó á su vista, que apartaron con horror.

¡Era el cuerpo de Marietta! La única felicidad posible le habia sonreido al fin haciéndola extraña á los padecimientos y á las miserias del mundo.

La noche de ese triste día la sala principal de la casita del molino presentaba un aspecto bien diferente del que tenia cuando por primera vez penetramos en ella. En el centro, y sobre una cama sin ropa ni colchones, estaba tendido el cuerpo de Marietta que la buena Angela habia lavado y vestido; tres cirios

ardian á los lados y á los piés del cadáver; Angela, Ludovico y Cárlos, de rodillas frente á aquel cuerpo, cuyo semblante no habia afeado la muerte, oraban y lloraban; la pobre Marta dormia acurrucada en un rincon del aposento.

La muerte de Marietta causó honda impresion, no solamente en el vecindario sino en la ciudad; era generalmente querida, y la envidia y la maledicencia se habian estrellado ante la bondad de su corazon y su modestia. Se habia olvidado su falta, y si alguno la recordaba aun, era para compadecer á la víctima del extranjerio, como llamaban todavia en el pueblo á su seductor.

Muy reciente aun el desgraciado acontecimiento que privó á la casa de Juan el largo de su mejor adorno, una nueva catástrofe vino á turbar la tranquilidad de los habitantes de las cercanías. El resplandor de una inmensa llama, un fuerte olor á madera quemada que se extendia á regular distancia, y la voz de ¡fuego! que se escuchaba por todas partes, llevaron á multitud de gente al lugar del siniestro.

La casita del molino se quemaba, y ningun poder humano alcanzaba á contener el fuego que habia tomado extraordinario incremento. Se decia con horror que la pobre Marta, causa inocente del mal, habia sido la primera víctima del incendio. Parece que queriendo trabajar á la luz de una vela su interminable labor, habia cedido al sueño que fué siempre su habitual enfermedad, y se suponía que algun movimiento brusco, haciendo caer la luz sobre el vestido de lana de la pobre vieja, habia incendiado su ropa comunicándose despues el fuego á la casa.

Algunos trozos de pared ahumados y unos cuantos maderos carbonizados, marcaron durante algun tiempo el lugar que habia ocupado la casa de Juan el largo.

Pasadas algunas semanas comenzaron á circular extraños rumores en el pueblo. De noche una sombra cruzaba por entre las ruinas de la casita del molino y dejaba oír gemidos lastime-

ros. La credulidad de la gente de aquel rumbo hizo que se generalizara la idea de que el alma en pena de Marta venia al mundo á demandar sufragios para ella, y mas de una vecina fanática mandó á la iglesia una vela de cera, ó envió una libra al altar de las Animas para que se dijera allí una misa por la de la pobre anciana.

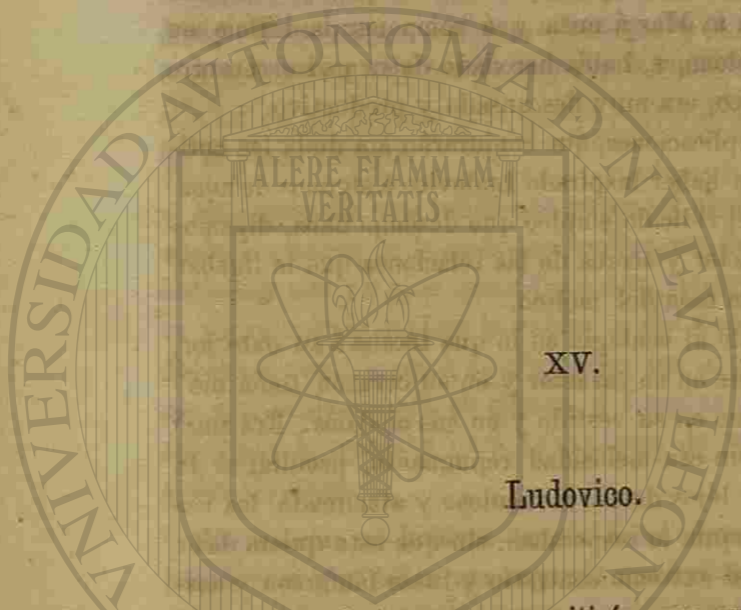
Ese gasto era mas inútil que nunca; el alma en pena que visitaba las ruinas de la casita del molino, era Fernando, que agobiado por sus propios remordimientos, temeroso del enojo de su padre cuando supiera la extension del mal que habia causado, iba á aquel lugar á meditar sobre las tremendas proporciones que habia tomado su crimen, y á acabar de perder el poco valor que le quedaba para presentarse de nuevo delante del señor Gonzaga.

Alguno que no hubiera temido á las almas en pena habria podido ver que habia una segunda sombra que seguia perennemente á la que causaba tanto espanto á las mujeres y á los niños.

Las gentes del lugar evitaban pasar por las ruinas y preferian hacer un largo rodeo á aventurarse en aquellos lugares señalados como peligrosos por la opinion pública.

Los vecinos mas próximos oyeron una noche un grito agudo y luego quejidos lastimeros, y es fama que desde aquel punto no volvió á verse á la sombra, visitadora nocturna de las ruinas; y cuando la autoridad local fué, en ejercicio de sus facultades, acompañada del pregonero y de un escribano á rematar el terreno en que se elevó la casita del molino y los escombros que de ella quedaban, encontró en estado de putrefaccion y devorado en gran parte por las aves de rapiña, el cadáver de un hombre. El puñal que tenia clavado en el pecho manifestaba que aquel hombre habia sido víctima de un asesinato; pero las diligencias practicadas por la justicia para descubrir al autor

del delito, fueron completamente inútiles, como lo fueron tambien las que se practicaron para descubrir el paradero del antiguo sacristan de la Misericordia que habia desaparecido como por encanto de Pésaro, y á quien se creia víctima de algun otro crimen misterioso.



Nuestros lectores nos permitirán que suspendamos por un momento el curso de nuestra narración para ponerlos en relaciones más íntimas con uno de los personajes que debe figurar en primera línea en esta historia, y para que les demos conocimiento de algunos hechos importantes para la inteligencia de lo que va á seguir.

Desde luego debemos comenzar por decir que Ludovico no pertenecía á ese tipo de sacristanes asquerosos que conocemos afeitados completamente de la barba, de cabello largo y alisado, de cuello mantecoso y de zapatos súcios; el personal del sacristan de la Misericordia contrastaba notablemente con la profesión que ejercía, y de á leguas se veía que mejor que asear la iglesia y hacer el servicio de los altares, le habria pegado ejercer alguna profesión mecánica ó algun arte noble en que sus fuerzas y su inteligencia se emplearan dignamente.

Pero no todos los hombres son dueños de fijar su suerte y

de elegir la profesión más adecuada á sus facultades. Hijo Ludovico de un antiguo sacristan de la Misericordia, y enseñado desde muy niño á ayudar á misa y á componer la iglesia en las festividades solemnes, habia heredado de su padre el cargo, que si no honorífico, era muy descansado y productivo.

Hechas estas explicaciones, que conjurarán sin duda las antipatías que pudiera haber inspirado Ludovico á algunos de nuestros lectores por el ridículo empleo que desempeñaba, digamos algo sobre su carácter y acerca de las relaciones que le ligaban con la familia de la casa del molino.

Si habia resistido al contagio en lo que tocaba á su exterior, es de suponerse que en su carácter y en su corazón tenia menos de sacristan que en su vestido y en sus modales. Era amable y bondadoso, sin esa melosidad repugnante, peculiar á la gente de iglesia; y lejos de ser meticuloso y afeminado, los valientes de su parroquia le respetaban; sin que esto quiera decir que incurriera en el extremo contrario y fuese fanfarron y desengañado.

Los encantos de Marietta le cautivaron, y á fuerza de tributar atenciones á la pobre Marta y de complacer al niño Mário, que en su infantil curiosidad deseaba saber todo y algunas veces tocar con la mano algo que llamaba su atención, logró Ludovico tener amistad con la familia y visitarla.

La perspicacia de la bella tejedora no se engañó respecto de las intenciones de Ludovico, y cuando este iba á abrir los labios para declarar su amor, ella le interrumpió contándole su propia historia y agregando que jamás se enlazaría con hombre alguno, no porque amara aun á Fernando ó soñara en llamarse alguna vez su esposa; si no porque no quería que el título de marido autorizase á nadie para echarle en cara su pasado.

Las protestas y los juramentos de Ludovico fueron completamente inútiles. La resolución de Marietta era irrevocable. Pero no pudiendo dar su amor y su mano á quien con tal

ahinco se los pedía, le ofreció su amistad, que él tuvo que resignarse á aceptar y que desde aquel momento fué siempre pura y sincera.

Al saber con todos sus pormenores la infamia de Fernando y la desventura de Marietta, Ludovico sintió en su alma un vehemente deseo de venganza, que las súplicas de Marietta lograron con gran trabajo adormecer; y agradecido á la confianza de la bella tejedora, procurando enseñorear su amor de modo que nunca pudiera ofender á la que se le inspiraba, iba de vez en cuando á pasar algunas horas á la casa del molino, donde su paciencia para escuchar y responder á Marta, su respeto á Marietta, su condescendencia hácia Mário, sus bondades para con los criados, le hicieron querer de todos. Su presencia en aquella pequeña sociedad era siempre deseada y aplaudida.

Ya hemos visto que la noche en que desapareció Mário, Ludovico acompañó en sus investigaciones á Marietta, y sabemos también que no abandonó á esta durante su horrible enfermedad. Cuando la muerte vino á terminar los padecimientos de la desventurada madre, Ludovico no se apartó un instante del cadáver hasta que le dejó en el cementerio.

XVI.

Un encuentro.

Sin duda recordarán los que con algun interes hayan leído lo que de nuestra historia va escrito, que la noche en que Paco el Zurdo robó al niño Mário, entregó Cárlos á Marietta un pliego cerrado que esta no leyó inmediatamente, y que luego olvidó por completo en su aliccion y en su locura.

Despues de su muerte, Ludovico, que como todos los enamorados gustaba de tocar cuantos objetos habian pertenecido á su amada, encontró el pliego en la bolsa del vestido que Marietta llevaba aquella noche fatal.

Vaciló un momento en abrirle, pero considerando que tal vez tendria alguna referencia á la desaparicion del niño, y despues de consultar con Marta, que no comprendió siquiera lo que Ludovico queria decirle, rompió el sello y leyó lo que sigue:

“Si la madre de Mário desea tener noticias de su hijo y saber bajo que condiciones le será devuelto, dirijase á Doña Rosa

ahinco se los pedia, le ofreció su amistad, que él tuvo que resignarse á aceptar y que desde aquel momento fué siempre pura y sincera.

Al saber con todos sus pormenores la infamia de Fernando y la desventura de Marietta, Ludovico sintió en su alma un vehemente deseo de venganza, que las súplicas de Marietta lograron con gran trabajo adormecer; y agradecido á la confianza de la bella tejedora, procurando enseñorear su amor de modo que nunca pudiera ofender á la que se le inspiraba, iba de vez en cuando á pasar algunas horas á la casa del molino, donde su paciencia para escuchar y responder á Marta, su respeto á Marietta, su condescendencia hácia Mário, sus bondades para con los criados, le hicieron querer de todos. Su presencia en aquella pequeña sociedad era siempre deseada y aplaudida.

Ya hemos visto que la noche en que desapareció Mário, Ludovico acompañó en sus investigaciones á Marietta, y sabemos tambien que no abandonó á esta durante su horrible enfermedad. Cuando la muerte vino á terminar los padecimientos de la desventurada madre, Ludovico no se apartó un instante del cadáver hasta que le dejó en el cementerio.

XVI.

Un encuentro.

Sin duda recordarán los que con algun interes hayan leído lo que de nuestra historia va escrito, que la noche en que Paco el Zurdo robó al niño Mário, entregó Cárlos á Marietta un pliego cerrado que esta no leyó inmediatamente, y que luego olvidó por completo en su aliccion y en su locura.

Despues de su muerte, Ludovico, que como todos los enamorados gustaba de tocar cuantos objetos habian pertenecido á su amada, encontró el pliego en la bolsa del vestido que Marietta llevaba aquella noche fatal.

Vaciló un momento en abrirle, pero considerando que tal vez tendria alguna referencia á la desaparicion del niño, y despues de consultar con Marta, que no comprendió siquiera lo que Ludovico queria decirle, rompió el sello y leyó lo que sigue:

“Si la madre de Mário desea tener noticias de su hijo y saber bajo que condiciones le será devuelto, dirijase á Doña Rosa

Quiñones en Cadiz, taberna del "Padre Noé" cerca del Trocadero, poniendo una señal en forma de cruz en el extremo izquierdo del sobrescrito."

Desde aquel momento comprendió Ludovico que el golpe que habia herido de muerte á la pobre Marietta venia directamente de su infame seductor, y juró vengarla y hacerse cargo del niño.

Para lograrlo le era preciso pasar á España, y libre ya de todo lo que pudiera detenerle en Pésaro, una vez que la casa del molino y la pobre Marta fueron presa de las llamas, vendió su empleo de sacristan de la iglesia de la Misericordia, reunió sus economías y dispuso su marcha.

La víspera del día en que debia partir quiso dar el último adios á Marietta y fué al cementerio. Allí permaneció largo rato de rodillas y orando sobre la tumba de la única mujer á quien habia amado, y renovó su juramento de vengarla y proteger á Mário.

Ya era de noche cuando dejó el cementerio, y se dirigió á las ruinas que queria contemplar por última vez.

Estaba muy cerca del sitio que habia ocupado la casa de Juan el largo, y que, como saben nuestros lectores, estaba marcado con algunos trozos de paredes ahumados y montones de tierra y escombros, cuando le pareció oír algo como el eco de un gemido.

Inmediatamente se detuvo y fijó su atención. El mismo ruido, mas distinto, llegó á sus oídos.

Entonces se acercó al lugar de donde venia la voz, procurando que no se oyesen sus pasos, y vió á un hombre, que con la frente apoyada en lo que en otro tiempo fué dintel de una ventana, parecia entregado á un dolor profundo.

Ludovico se detuvo, y oculto tras de un trozo de pared, continuó observando los movimientos de aquel hombre, que des-

pues de haber permanecido allí un rato en la misma posición de abatimiento, tomó el camino de la ciudad.

Ludovico le siguió.

El desconocido caminaba con precipitación y parecia tener miedo. A cada momento volvia la cara azorado, sin duda porque oía los pasos de Ludovico, y éste tenia los mayores trabajos del mundo para no ser descubierto. Así llegaron á la ciudad y á la puerta de un hotel donde desapareció el hombre á quien seguia el ex-sacristan de la Misericordia.

Pasado un momento, Ludovico se acercó á la puerta y llamó. El postigo se abrió en el acto.

—¿Hay un cuarto para esta noche?

—Sí, señor.

—Pues anda listo.

El portero fué á despertar no sin trabajo al camarista y se volvió hácia Ludovico.

—¿Mi propina?

—Toma—le dijo Ludovico poniéndole un zequí de oro en la mano.

—Gracias, mil gracias, alteza.

—¿Quién ha entrado hace un rato?

—Es el número ocho, magnánimo príncipe. ¿Hay algo mas en que pueda servir á su eminencia?

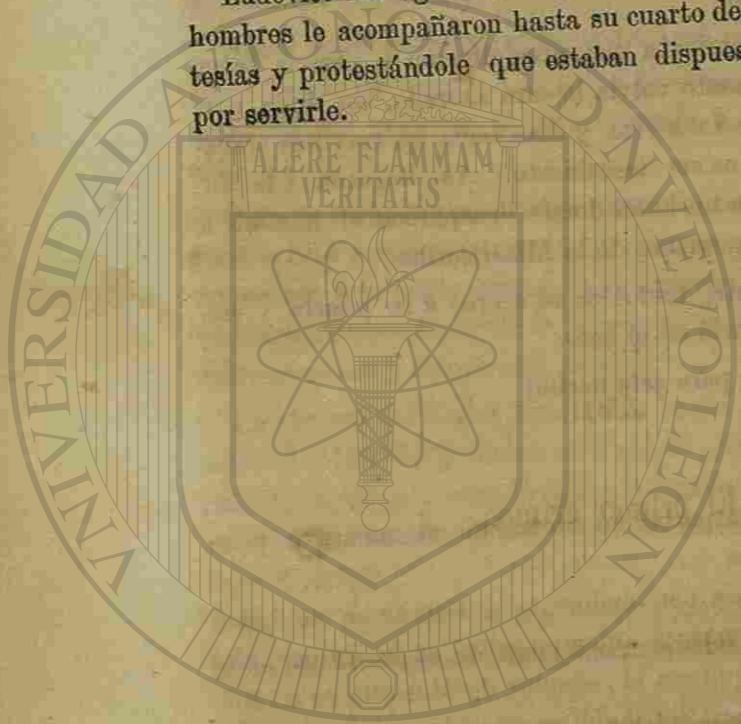
—¿Quién es el número ocho?

—Es un caballero español, egregio monarca—replicó el portero, que dando vueltas en la mano á la moneda de oro, como para asegurarse de que lo era en realidad, elevaba en dignidad á Ludovico á medida que se convenia de que era un verdadero zequí romano el que debia á la generosidad del nuevo huésped.

El camarista vino á avisar que estaba dispuesto el cuarto, y

como es de rigor en Italia, tendió la mano pidiendo, como el portero, su propina.

Ludovico fué igualmente generoso para él y aquellos dos hombres le acompañaron hasta su cuarto deshaciéndose en cortesías y protestándole que estaban dispuestos á dar la vida por servirle.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XVII.

El primer crimen.

Ludovico no conocía personalmente á Fernando; no había visto el rostro del hombre á quien encontró en las ruinas; pero sus sospechas de que era el seductor de Marietta se confirmaron cuando el portero del hotel pronunció estas palabras:

—Es un caballero español.

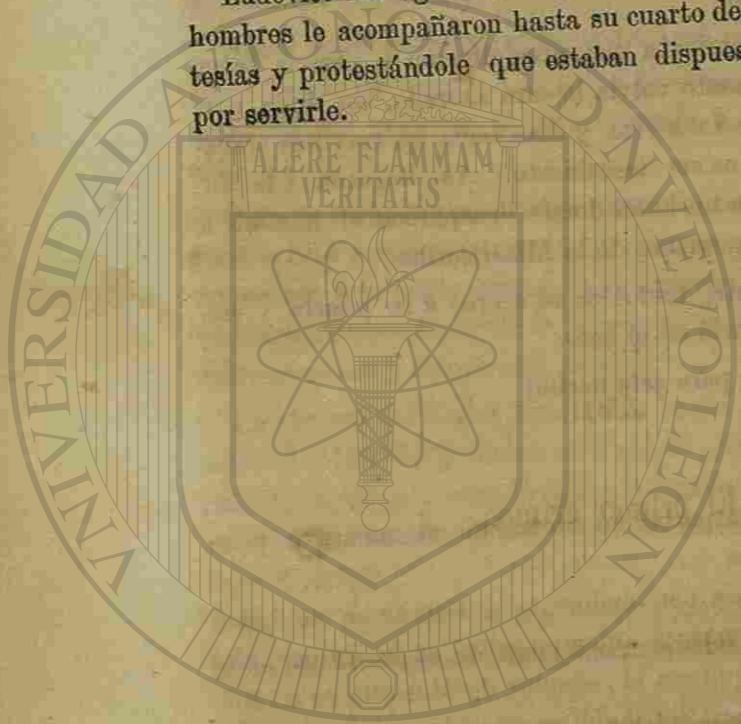
Resuelto á castigar al seductor infame y al vil asesino de Marietta, resolvió dilatar su viaje á España y reflexionó seriamente sobre lo que debía hacer.

Había jurado sobre una tumba vengar á la pobre víctima encerrada en ella, y por nada en el mundo habría faltado á esa promesa hecha solemnemente á una muerta. ¿Pero cómo cumpliría su juramento? ¿cómo aseguraría su venganza sin comprometer la vida y el porvenir del niño Mário?

Ludovico pensaba, y con razón, que si asesinaba á Fernando perdía acaso el único medio seguro de saber del niño, y creía que una vez muerto el padre de Mário, la tabernera del

como es de rigor en Italia, tendió la mano pidiendo, como el portero, su propina.

Ludovico fué igualmente generoso para él y aquellos dos hombres le acompañaron hasta su cuarto deshaciéndose en cortesías y protestándole que estaban dispuestos á dar la vida por servirle.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XVII.

El primer crimen.

Ludovico no conocía personalmente á Fernando; no había visto el rostro del hombre á quien encontró en las ruinas; pero sus sospechas de que era el seductor de Marietta se confirmaron cuando el portero del hotel pronunció estas palabras:

—Es un caballero español.

Resuelto á castigar al seductor infame y al vil asesino de Marietta, resolvió dilatar su viaje á España y reflexionó seriamente sobre lo que debía hacer.

Había jurado sobre una tumba vengar á la pobre víctima encerrada en ella, y por nada en el mundo habría faltado á esa promesa hecha solemnemente á una muerta. ¿Pero cómo cumpliría su juramento? ¿cómo aseguraría su venganza sin comprometer la vida y el porvenir del niño Mário?

Ludovico pensaba, y con razón, que si asesinaba á Fernando perdía acaso el único medio seguro de saber del niño, y creía que una vez muerto el padre de Mário, la tabernera del

Trocadero no tendría á quien entregar la carta que era preciso enviar para saber el paradero del niño y el modo de recobrarle. Por otra parte, le repugnaba matar á un hombre y le parecía que el quitarle del mundo no era un castigo proporcionado á sus crímenes.

Quería vengar á Marietta, pero vengarla de una manera horrible; quería alargar, si posible fuere, la vida de Fernando y amargarla momento por momento; no dejarle un instante de reposo; turbar su sueño, sus negocios, sus placeres, y ya que el criminal estuviera agobiado y rendido bajo el peso de las calamidades que caían sobre él, presentarse ante sus ojos y decirle:

—¡Acuérdate de Marietta!

El ódio volvía loco á Ludovico. Una venganza semejante no cabe en el corazón ni en el poder humano. Por más destrozada que esté el alma, por más negros que sean los crímenes que la hayan lastimado, por más amarga que sea la hiel que rebose en ella, el tiempo y la reflexión adormecen los rencores y la van preparando insensiblemente á perdonar. Creer otra cosa sería calumniar á los hombres.

Pasado el primer momento de exaltación, Ludovico volvió en sí y le espantó su propio pensamiento. Concebía que el ódio que profesaba al español y el recuerdo de los sufrimientos inauditos de Marietta, le hicieran cometer un crimen para vengar á su amada, pero un crimen cometido en un momento de vértigo, no un crimen para cuya consumación se necesitara no tener durante largo tiempo un sentimiento humano. Ser fiera, ser chacal sediento de sangre, y gozarse en los sufrimientos de un hombre, por criminal que fuese, y esto por espacio no de algunas horas, no de algunos días, sino de años tal vez, era superior á las fuerzas que para el mal tenía Ludovico, á pesar de la fama de vengativos y crueles hasta la ferocidad en sus venganzas que se atribuye ha largo tiempo á sus compatriotas.

Se perdía en reflexiones, y tan pronto acariciaba un pensamiento como le desechaba. Le fué imposible cerrar los ojos en toda la noche, y al día siguiente, desde muy temprano, se puso en acecho para espiar los primeros pasos del español. Este se hizo servir en su propio cuarto y Ludovico supo que tal era su diaria costumbre y que no salía más que de noche para volver al cabo de dos ó tres horas extraordinariamente agitado.

Aguardó, pues, la hora, y cuando Fernando salió del hotel en dirección de las ruinas, le siguió con precaución.

Llegados allí, Fernando, de rodillas ante la que fué ventana del cuarto de Marietta, lloró y se maldijo á sí mismo, y Ludovico se sintió conmovido y dispuesto á abandonar su venganza al ver que el remordimiento hacía tan desgraciado al que labró la desventura de la bella tejedora.

Al cabo de un gran rato, el hijo del señor Gonzaga se levantó y recorrió con agitado paso el lugar de las ruinas. Movía frenéticamente los brazos y lanzaba gemidos desgarradores. Si la oscuridad de la noche lo hubiera permitido, Ludovico habría visto que los ojos del español parecían querer saltar de sus órbitas, y que su semblante, extrañamente demudado, acusaba en aquel momento la falta completa de razón.

Ludovico, testigo mudo de aquella espantosa escena, sentía que las fuerzas le faltaban; un sudor frío helaba todo su cuerpo, y no podía menos de admirar la sabiduría de esa eterna ley que condena á los grandes criminales á encontrar un castigo, y castigo terrible, en su propia conciencia.

Sin embargo, le importaba no perder de vista á Fernando ni un momento, porque temía que volviese á España sin que él lo supiera y perder así una buena oportunidad de encontrar sin gran trabajo á Mário; y aunque las escenas nocturnas en las ruinas le impresionaban singularmente, se resignó por amor á Marietta á presenciarlas.

Todas las noches salía despues que Fernando del hotel, y le seguía á cierta distancia. Llegaban á las ruinas, y miéntras el español se entregaba á su dolor y á su delirio, el ex-sacristan se ocultaba lo mejor que podia, y casi siempre lloraba en silencio recordando las desventuras de Marietta, y no pocas veces al contemplar el estado horrible en que se hallaba el que las habia causado.

Con frecuencia sentia impulsos de levantarse, de hablar á Fernando y decirle á nombre de Marietta que estaba perdonado con tal que hiciera la felicidad de Mário, pero se contenía temeroso de que fuera á tomar á mal que un extraño se mezclara en sus asuntos.

Por fin una noche no pudo resistir, y saliendo de su escondite se dirigió á Fernando.

Este, al oír pasos cerca de sí, se detuvo y echó mano á un puñal que llevaba en la cintura.

—¿Que me quieres?—gritó con voz de trueno al ver á Ludovico—¿vienes á asesinarme? Necesito vivir para mi hijo, por que tengo un hijo ¿lo entiendes? y venderé cara mi vida.

—Tranquilízese usted, señor Gonzaga,—contestó dulcemente Ludovico—nadie tiene intencion de matarle.

—¿Me conoces, infame?—gritó Fernando cada vez mas exaltado—¿Sabes á lo que vengo aquí? ¿Conoces la historia de mis crímenes?..... ¿vas á denunciarme á la justicia?

—No tema usted, señor don Fernando—contestó Ludovico haciéndose bruscamente á un lado para evitar la puñalada que le tiraba el español.—Le repito que.....

Ludovico no pudo concluir. Fernando no escuchaba razones; dominado por el delirio que le causaban sus remordimientos, y por el miedo, compañero inseparable de los que han cometido algun crimen, se arrojó sobre Ludovico, que rodó junto con él hasta el suelo.

Se empeñó una lucha terrible.

El ex-sacristan de la Misericordia era fuerte y robusto, pero no tenia armas; asíó fuertemente el brazo derecho de Fernando á tiempo que este le levantaba armado del puñal para herirle, y cediendo á ese instinto de conservacion tan poderoso en todos los seres animados, obligó al español á clavarse su propio puñal en el pecho.

Fernando dió un grito agudo; algo como un ronquido se escapó despues de su garganta, y la sangre caliente que brotaba de su herida salpicó el rostro del ex-sacristan de la Misericordia.



La convalecencia.

En una bella tarde del mes de Marzo, un hombre de aspecto rudo que conducía de la mano á un niño como de seis á siete años de edad, entraba á una tienda de juguetes en una de las calles principales de Cádiz.

El hombre ya hemos dicho que tenía rudo aspecto; el niño era bello y simpático, á pesar de una profunda cicatriz que cruzaba su frente.

Contra lo que era de esperarse, el niño permaneció frío é insensible en presencia de las preciosidades que encerraba el almacén; tenía algo de triste su aspecto, y sus bellos ojos, dulces y melancólicos, parecían á punto de derramar lágrimas.

—¿Qué te gusta?—le preguntó el hombre.

El chico le miró fijamente y nada contestó.

—¿Quieres un caballo?—prosiguió, señalándole con la mano un tordillo en miniatura capaz de excitar los deseos del muchacho menos exigente.

—Nó—hizo con la cabeza el niño.

—¿Esta corneta?

La misma señal negativa por parte del muchacho.

Así fué indicando aquel hombre cuantos juguetes juzgaba capaces de llamar la atención del niño, que contestaba siempre con el mismo movimiento de cabeza.

La tienda estaba llena de parroquianos, y el dependiente que se había acercado á despachar al hombre y al niño de quienes hablamos, se desesperaba, á pesar de estar acostumbrado á los caprichos infantiles de los niños de la buena sociedad de Cádiz.

—¿Es mudo este chico?—preguntó al hombre que le acompañaba.

—Cási; ahora comienza á hablar.

—¿Cómo!

—Ha padecido una enfermedad que le quitó el uso de la memoria y de la lengua.

—¿Habrá rareza!

—Dice el médico que es como si hubiera vuelto á nacer, y que de milagro vive.

—¿Y qué fué ello?

—Un golpe en la frente.

—Furioso debe haber sido.

—Ya lo ve usted—replicó el hombre que parecía importunado por las preguntas del tendero; y volviéndose al chico le dijo:

—¿Te gusta este castillo?

—Nó—volvió á hacer con la cabeza.

—Pues vámonos una vez que nada te agrada.

Y tomándole de la mano se disponía á salir de la tienda, cuando el muchacho le detuvo y le hizo señas de que oyese.

El hombre dejó de andar y escuchó.

Lo que llamaba la atención del niño era el sonido de una

caja de música que uno de los tenderos había puesto en movimiento para complacer á un parroquiano.

—¿La quieres?—le preguntó su acompañante.

El niño bajó repetidas veces la cabeza haciendo con vehemencia una señal afirmativa. Entónces volvieron hácia el mostrador, y á pocos momentos salieron de la tienda.

El niño iba radiante; el hombre que le acompañaba seguía indiferente su camino.

Nuestros lectores habrán ya reconocido á Mário y á Paco el Zurdo en los dos parroquianos de la tienda de juguetes en que acabamos de entrar.

Como lo había dicho el Zurdo, Mário había escapado milagrosamente á la muerte; pero debilitado por la mucha sangre que había perdido, y no viendo, al volver en sí, mas que semblantes desconocidos, pareció nacer á otra vida. Su lengua no podía articular palabra alguna; veía los objetos sin comprender el uso á que estaban destinados, y fué preciso alimentarle y tratarle como á un niño recién nacido.

Durante su enfermedad, que había sido larga, el señor Gonzaga, hombre de negocios ántes que todo, había, sin embargo, dedicado algunas horas á su nieto y las había pasado á su cabecera.

El médico de mas fama de Cádiz había declarado incurable á Mário y hecho creer al señor Gonzaga que iba á dejar de ser abuelo; pero el Doctor nuestro conocido se rió del pronóstico de su elevado colega, y despues de algunos días de asidua asistencia declaró al niño fuera de peligro.

La tarde que le hemos encontrado en las calles de Cádiz salía por primera vez.

El señor Gonzaga había dado orden de que se le complaciera en todo; y Paco el Zurdo, que á fuerza de atenciones hácia Mário quería hacerse perdonar del señor Gonzaga la parte

activa que había tomado en el rapto del niño, y que no se había apartado un momento de su cabecera durante su enfermedad, cumplía, como hemos visto, con extraordinario placer esa orden, tanto por el motivo á que hemos aludido, cuanto porque le había cobrado cariño al chico.

Mário era la alegría del señor Gonzaga, que había tomado á su cargo enseñarle á hablar luego que se convenció de que el Doctor no se había equivocado al asegurar que era preciso tratarle como á un niño que comenzaba á vivir.

El honrado anciano habría sido completamente feliz si Fernando, arrepentido y casado con Marietta estuviese á su lado; pero hacía muchos meses que nada sabía de él, y no queriendo separar del lado de Mário á Paco el Zurdo, único que podía con éxito ir á Pésaro á averiguar el paradero de Fernando, aguardaba el completo restablecimiento de Mário, para enviar á Italia á su enfermero.

Algunos de nuestros lectores querrán saber sin duda la razon de que el señor Gonzaga estuviera tan bien informado de la conducta de su hijo en Pésaro y de todo lo que allí había pasado respecto de la seducción de Marietta y del rapto del niño, é ignorase completamente la suerte de Fernando matado por Ludovico en las ruinas de la casa del molino.

Parece á primera vista que los informes en ambos casos debían ser igualmente extensos y verídicos; pero han de saber que Paco el Zurdo, único á quien Fernando había confiado su secreto para encargarle del rapto del niño Mário, había descubierto al señor Gonzaga cuanto sabía, temeroso de la cólera del anciano, y arrepentido, al pensar que se moría el niño, de la parte que había tenido en su desgracia.

El señor Gonzaga, como lo hemos visto, se resistió al principio á creer en tamaña infamia, y ya sabemos como se cercioró de la verdad.

Paco el Zurdo, encargado de cuidar á Mário durante su enfermedad, sabia ménos que el señor Gonzaga del paradero de Fernando, y no podía, por lo mismo, ilustrar al anciano sobre la suerte de su hijo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

XIX:

Un nuevo parroquiano.

Suponemos que nuestros lectores no habrán olvidado la taberna del Trocadero, en la que hicimos conocimiento con el Doctor á quien debia Mário su alivio.

Los parroquianos de la Espigada habian disminuido notablemente en los pocos meses que llevamos de no concurrir á la taberna del "Padre Noe," y la tabernera extrañaba mas que á otros al Zurdo y al Doctor, únicos *buenas pagas* de cuantos allí bebían Jerez, Amontillado, Manzanillo ó aguardiente.

Una noche, á hora muy avanzada, Doña Rosa Quiñones se cansaba en vano tratando de despertar al Estreñido y al Cura que dormían patriarcalmente debajo de la mesa, y se soñaban elevados al quinto cielo en humos del alcohol, cuando llamaron á la puerta de la taberna.

Paco el Zurdo, encargado de cuidar á Mário durante su enfermedad, sabia ménos que el señor Gonzaga del paradero de Fernando, y no podía, por lo mismo, ilustrar al anciano sobre la suerte de su hijo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

XIX:

Un nuevo parroquiano.

Suponemos que nuestros lectores no habrán olvidado la taberna del Trocadero, en la que hicimos conocimiento con el Doctor á quien debia Mário su alivio.

Los parroquianos de la Espigada habian disminuido notablemente en los pocos meses que llevamos de no concurrir á la taberna del "Padre Noe," y la tabernera extrañaba mas que á otros al Zurdo y al Doctor, únicos *buenas pagas* de cuantos allí bebían Jerez, Amontillado, Manzanillo ó aguardiente.

Una noche, á hora muy avanzada, Doña Rosa Quiñones se cansaba en vano tratando de despertar al Estreñido y al Cura que dormían patriarcalmente debajo de la mesa, y se soñaban elevados al quinto cielo en humos del alcohol, cuando llamaron á la puerta de la taberna.

El modo de llamar era diferente del que usaban los parroquianos del "Padre Noé" y la Espigada vacilaba en abrir; pero la persona que llamaba debía estar de prisa, y repitió mas fuertes sus golpes.

- Van—gritó la Espigada—¿Quién llama?
- Gente de paz—contestó en mal español una voz.
- ¿Qué quiere?
- Hablar con Doña Rosa Quiñones.
- Vuelva cuando haya luz.
- Es asunto que urge.
- Hable, pues.
- No se puede hablar en secreto con una puerta de por medio.
- Tampoco se puede entrar á deshora á las casas honradas sin ser conocido.
- Traigo una carta para usted.
- ¿De dónde?
- De Italia.
- No tengo allí amistades.
- Tiene una cruz en el extremo izquierdo.
- Es para el Zurdo—dijo para sí la Espigada—y levantando la voz, agregó:
- Pásela por la hendidura de la puerta.
- Tengo que decir á usted algo reservado al entregarla.
- ¿Viene solo?
- ¡Corpo di Baco!—dijo impaciente al extremo el de afuera
- ¿Con quién quiere usted que venga?
- La Espigada reflexionó todavía un momento, y al fin abrió la puerta.
- Un hombre completamente desconocido para ella entró, y á una seña de la Espigada tomó asiento en la primera pieza.
- ¿En qué puedo servirle?—preguntó la tabernera.
- ¿Es para usted esta carta?

—Para mí ó para alguno de mis amigos, ¿qué importa? Venga.

—Es que si para usted es, tiene que darme inmediatamente la respuesta.

—Es para uno de mis parroquianos que recibe por mi conducto su correspondencia—dijo con aire de importancia la Espigada, á quien Paco habia dicho que podia recibir alguna vez una carta de Italia que le suplicaba recoger y guardar.

—¿Podré verle?

—Dias ha que no viene por acá.

—¿Dónde vive?

—Lo ignoro.

—Pues siendo así ¿qué hará usted con la carta?

—La guardaré hasta que él venga.

—¿Y vendrá pronto?

—No lo sé.

—Y entónces, la respuesta?

—Venga usted todos los dias á preguntar por ella y alguno se la dará.

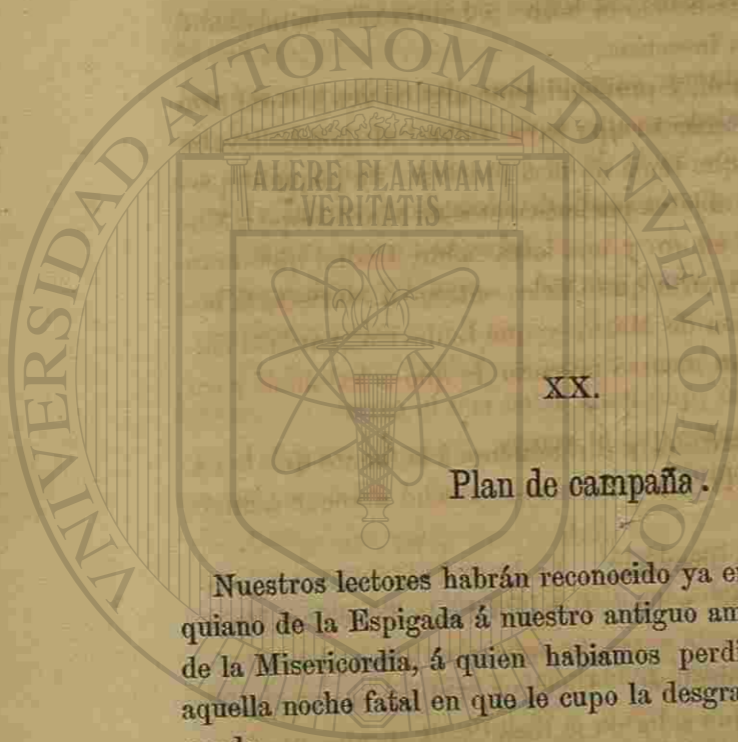
El desconocido pareció reflexionar, y sacando del bolsillo una carta la entregó á la tabernera, y se levantó.

—¿No quiere remojarse la garganta? preguntó la Espigada.

—¿Qué es eso?

—Echar un trago—replicó la tabernera, haciendo con la mano un ademán como de quien bebe.

—Nó—contestó el hombre—y se dirigió á la puerta, dando una moneda de plata á la Espigada.



Nuestros lectores habrán reconocido ya en el nuevo parroquiano de la Espigada á nuestro antiguo amigo el ex-sacristan de la Misericordia, á quien habiamos perdido de vista desde aquella noche fatal en que le cupo la desgracia de matar á Fernando.

Su primer movimiento al ver muerto á su adversario fué echar á correr como un loco hácia la ciudad sin reflexionar en lo que hacia; pero no tardó en comprender que la agitacion en que se hallaba, la sangre de Fernando de que estaba manchado y que sentia caliente aún en su semblante, le denunciarían en el acto, y que al verle volver de un modo semejante los criados del hotel, y sin que le hubiera precedido como de costumbre el español á quien seguia todas las noches, no dejarían de dar parte á la justicia.

El crimen que acababa de cometer, si merecia el nombre de tal, habia sido inevitable. Imprudencia fué, y grande, acercarse á Fernando y dirigirle la palabra en el estado que guardaba;

pero una vez empeñada la lucha, nada mas natural que el sentimiento de la propia conservacion guiara su mano. Sin embargo, nadie habia presenciado el hecho y habria sido imposible á Ludovico probar su inocencia.

Por fortuna para él, y previendo que alguna vez le seria preciso marcharse sin tener tiempo para volver al hotel, llevaba siempre consigo lo que tenia de mas precioso: un pequeño paquete que contenia objetos pertenecientes en otro tiempo á Marietta; algun dinero en oro y una letra sobre Cádiz, que eran todo su capital, y la carta que Carlos entregó á Marietta la noche de la desaparicion de Mário, y que Ludovico guardaba cuidadosamente como un recurso precioso de que echar mano para encontrar al niño.

Pronto tomó su partido, y dirigiéndose á la fuente que tenia mas cercana se lavó la cara y las manos y echó á andar camino del puerto.

Iba muy pronto á amanecer. La brisa de la mañana soplabá helada en la ciudad, y hacia tiritar á Ludovico cuyos bigotes estaban salpicados de gotas de agua que habia depositado en ellos el frio de la mañana. Una que otra gente cruzaba las calles. Un amante que salia de la casa de su amada; un trabajador que se dirigia al lugar de sus ocupaciones; un pescador que iba en busca de su barca; Ludovico se estremecia al escuchar sus pisadas, y á cada momento creía que le seguia la justicia é iba á caer en sus manos.

Por fin llegó al puerto sin que nadie le siguiera ni se cuidase de él, y allí tuvo que aguardar dos horas largas para poder meterse en un bote y embarcarse en un buque que debia hacerse á la vela para el primer puerto de España á medio dia.

Sus papeles estaban en regla; pagaba su pasaje en sonantes y relucientes monedas, y no hubo obstáculo alguno para su admision en el buque, que dándose á la mar á la hora citada, le llevó á Cadiz.

Le acabamos de ver, la noche de su llegada, en la taberna de la Quiñones.

Por un momento habia creído que dirigirse á la Taberna del Trocadero y hallar lo que buscaba era todo uno; pero las respuestas de la tabernera le convencieron de que tenia que hacer acopio de paciencia para llegar á averiguar el paradero de Mário.

Volvió al cuarto que habia tomado en una humilde posada, y meditó sobre lo que debia hacer para que no fueran inútiles sus pesquisas.

Se encontraba en un país completamente extraño para él conocia algo el idioma y merced á esta circunstancia pudo averiguar, aunque no sin trabajo, el camino del Trocadero, y el lugar donde se hallaba la taberna del "Padre Noe."

Han de saber nuestros lectores que apénas hay en el mundo gente mas arisca y descortés que la del pueblo en España. Allí se ve á los extranjeros como á enemigos, y á una pregunta cualquiera que denota ignorancia de los lugares se contesta con una gracejada ó encogiendo los hombros. Ludovico estuvo á punto de andar á cachetes con dos ó tres majos de quienes quiso tomar informes sobre el rumbo que debia tomar y que le contestaron de una manera insolente; pero tropezó al fin con el dueño de una posada, que viendo en él un nuevo huésped, le indicó su propia casa para hospedarse bien y barato, y le dió las señas de la taberna de la Quiñones.

Estaba, pues, en país enemigo y sin ningun aliado. Pensó que tanto para saber de la persona á quien debia entregar su carta la Espigada, como para hacerse de amigos que le sirvieran de guías en las excursiones que tendria que hacer por la ciudad, debia ir diariamente á la taberna del "Padre Noé;" lo primero era obra del tiempo; lo segundo, de algunas monedas gastadas á propósito en obsequiar á la honrada compañía que frecuentaba la casa de Doña Rosa.

¿Qué se le exigiria en cambio del niño? Se perdía inútilmente en conjeturas cuando se hacia esta pregunta, y por fin, sin darse una respuesta satisfactoria, se detenia ante otra dificultad mayor. Si Fernando no tenia cómplices, nadie mas que él onocia el secreto de la carta entregada á la Quiñones y entonces todo estaba perdido, ó cuando ménos las dificultades para encontrar á Mário serian mayores.

Pasó toda la noche en vela reflexionando sobre el plan de conducta que debia observar, y por fin no pudo decidir otra cosa que volver al dia siguiente á la taberna del Trocadero, hacerse asíduo parroquiano de la Espigada, y obrar despues segun el curso que allí tomaran los acontecimientos.



El Estreñido y el Cura, los mas constantes de los parroquianos de confianza de la taberna del Trocadero, curados de la mala que habian pillado la noche anterior, iban del brazo como dos buenos amigos que eran, camino de la casa de la Espigada, y departiendo tranquilamente.

—¿Sabes—decia el primero—que encontré al Doctor esta mañana?

—Al Doctor?..... pues no se habia perdido?

—¡Quiah! capaz es ese de salir de las manos del mismo diablo si cayera en ellas.

—¿Estuvo en Chirona?

—Yo así lo creia, pero mejor parece que sale de un palacio á juzgar por lo gordo y bien plantado que está.

—¿No le hablaste?

—Sí, pero me dijo que tenia una ocupacion muy urgente y que esta noche nos veriamos en casa de la Espigada.

—¿Y el Zurdo?

—Tal vez el Doctor nos diga algo de él.

—Necesitamos saber si podemos contar con ellos para aquel negocio.

—¿Es de cuenta?

—¡Ya lo creo!

—Desembucha, chico.

—Ya te informaré de ello cuando estemos reunidos con los compañeros.

—¿No seria mejor que los dos solos?.....

—Cuando yo creo que debemos contar con los otros, ya comprenderás que la empresa no es muy sencilla; de otro modo, mientras ménos bultos mas claridad.

—Y mas provecho.

—Pero mayor riesgo.

A este punto iban de su interesante conversacion los dos amigos, cuando llegaron á la taberna de la Espigada.

La noche estaba muy avanzada y era la hora en que por lo comun no concurrían á la taberna del Trocadero mas que los de casa; así es que el Cura y su compañero se sorprendieron desagradablemente al ver instalado en su propia mesa á un desconocido.

—¡Hola, Espigada!—dijo el Estreñido—parece que la negociacion progresa; los parroquianos se multiplican.

—Pero debias decirles que esa mesa es la de los abonados —añadió el Cura.

—¡Quieren ustedes callar, mala gente!—contestó la tabernera—aquí no hay mas abonados que los que pagan su dinero ¿estamos?

—¿Te debo algo, bruja?—replicó el Cura.

—Yo soy tardo, pero buena paga. A bien que sabes apretar la mano por los intereses —agregó el Estreñido.

—¡Como si no hubiera en Cádiz otra taberna que esta mala pocilga!

—¡Con no volver á poner los pies en este infierno!.....

—¡Pues me gusta!—contestó indignada la tabernera—¿De cuando acá no es una dueña de su casa? Además, ese joven viene aquí y vendrá todas las noches á aguardar á Paco, y ya saben ustedes aquello de *los amigos de mis amigos*.....

—Ah!—hicieron á un tiempo los dos exigentes parroquianos, y fueron gruñendo á tomar asiento frente á la misma mesa donde estaba sentado el desconocido.

Este, que no era otro que Ludovico; no habia perdido una sola palabra de la conversacion, y habia comprendido que se trataba de él y que su presencia allí no era del agrado de aquellos señores. Pero necesitaba hacerse de amigos, y al acercarse el Cura y el Estreñido á la mesa los saludó cortesmente.

Los dos valientes apenas se dignaron contestar.

—Vino, Espigada!—gritó el Cura.

—Pronto, y del bueno!—agregó su compañero.

Y servidos que fueron, comenzaron á echar sendos tragos.

Beber en la misma mesa, y del propio vino, y no entrar en relaciones ni cruzar una palabra siquiera no se ve ni entre ingleses ni entre cafres; así es que el humo del Jerez no tardó mucho en hacer amables al Cura y á su amigo, que comenzaron á dirigir la palabra á Ludovico.

—¿Que le parece el vino español?—preguntó el Cura.

—Magnífico—respondió Ludovico, y tomando su copa la levantó á la altura de sus labios, y agregó:

—A la salud de ustedes.

—A la suya—contestaron los dos amigos.

—Parece agua de la gloria, ¿verdad?—dijo el Estreñido.

—¡Calla, bruto!—replicó indignado el Cura—es un sacrilegio mentar el agua delante de este malvasía; y compararle con ella, aunque sea la de la gloria, es una barbaridad sin ejemplo;

cada día me convengo mas de que tu constipacion es del entendimiento.

El Estreñido bajó los ojos humillado.

Ludovico no habia comprendido una palabra.

Media hora despues, Ludovico y los dos bribones se tuteaban, y el Cura se constituia profesor de idioma español del exsacristan de la Misericordia, que habia tenido el candor de decir á sus nuevos amigos cual era el empleo que desempeñaba en Pésaro anteriormente, provocando con su narracion las carcajadas de sus interlocutores y despertando las simpatías del Cura, que le tomó bajo su proteccion por ser persona eclesiástica.



Reaparición del Zurdo.

La noche en que Ludovico trabó amistad con el Cura y con el Estreñido, Paco el Zurdo y el Doctor no parecieron por la taberna de la Espigada.

Al ex-sacristan no le agradaba la sociedad de sus dos nuevos amigos, pero encontraba en ella dos ventajas: la primera, aprender sin gran trabajo el idioma; y la segunda, contar, llegado el caso de que tuviera que apoderarse de Mário por la fuerza, con dos aliados que podían servirle de mucho. Así es que continuó yendo todas las noches á la taberna del "Padre Noé" y bebiendo á la par de los dos antiguos parroquianos.

Una noche en que la cotidiana sociedad estaba aumentada con tres personajes mas, que le fueron presentados á Ludovico por el Cura bajo sus nombres de guerra de Escribano, Maestro de escuela y Literato, las libaciones de la sociedad fueron interrumpidas por tremendos golpes dados á la puerta.

—Apostaría á que es el Zurdo—dijo el Cura—solo él es capaz de llegar á estas horas y de llamar así.

La tabernera se dirigió á la puerta, abrió, y el Zurdo, que no era otro el que llamaba, se presentó en la sala acompañado del Doctor.

Creemos inútil decir que fué acogido con un ¡viva! general.

—Tengo una carta para tí, Paco—gritó la Espigada.

—¡Para mí!—contestó admirado el Zurdo, que suponiendo á Fernando arreglado ya con Marietta, no podía concebir que la carta de que el hijo del señor Gonzaga le habia hablado fuese la misma á que se referia la Espigada.

—Sí,—contestó la Espigada—para tí; aquella de que me hablaste, con la cruz y todo. Es de Italia, y este caballero aguarda la respuesta—añadió, señalando á Ludovico.

El Zurdo alargó la mano para tomar la carta.

—Es inútil que la lea usted—le dijo en voz baja Ludovico poniéndose en pié é interponiéndose—soy la persona encargada de recoger al niño y de aceptar las condiciones que se impongan para su devolucion.

—Pero, ¿de qué niño habla usted? ¡con mil diablos!—contestó impaciente Paco.

—Del que el señor don Fernando Gonzaga arrebató al cariño de su madre: de Mário.

—Pero ¿está usted loco, hombre de Dios! A la hora de esta ya deben estar casados el papá y la mamá, y nadie mas que ellos tiene que ver con el chico.

Ludovico se estremeció y se puso extraordinariamente pálido.

—¡Casados! murmuró.

—Sí, hombre, casados; ¿qué le admira? Y á fé que D. Fernando ha de estar muy entretenido con la luna de miel, porque para nada escribe.

Ludovico no sabia qué hacer; pensaba que no podía hablar

al Zurdo de la muerte de Fernando sin descubrirse, porque el aplomo y la serenidad del que nada tiene que echarse en cara le abandonarían á las primeras palabras; pero le importaba averiguar lo mas pronto posible el paradero de Mário, y armándose de valor, dijo al Zurdo:

—¿Cómo! ¿No sabe usted que la señora Marietta ha muerto?

—¡Ha muerto!—contestó el Zurdo, á quien le tocaba la vez de asombrarse.

—Sí, un pescador ha encontrado en el rio su cadáver.

—Pero entónces, ¿por qué no vuelve D. Fernando?

—Lo ignoro, respondió Ludovico, procurando disimular su emocion.

—¿Hace mucho que salió usted de Italia?

—Hará cuatro meses—contestó Ludovico mintiendo descaradamente.

—Otros tantos hace que D. Fernando se marchó y nada sabemos de él.

—¿Y el niño?

—Lo único que puedo decir á usted es que escapó de buena.

—¿Ha estado enfermo?

—A la muerte se ha visto.

—¿Y se halla fuera de peligro?

—Como usted y yo.

—¿Podré verle?

—¿Quién es usted?

—Un amigo íntimo de su familia.

—Preguntaré al amo.

—¡Eh! basta de secretos—gritó impaciente el Cura, interrumpiendo á Paco y á Ludovico; aquí viene la gente á beber y á divertirse, y no á confesarse, ¡por vida del chápíro! Este ganápiro de Zurdo no se contenta con echarla de gran señor y venir aquí por campanada de vacante, sino que la rara vez

que viene es para distraer á la gente ó llevársela. La última vez te llevaste al Doctor; ¿querrás hoy llevarte al Sacristan?

—Muy bien hablado—gritó el Escribano—á la mesa el Zurdo.

—A la mesa! á la mesa! repitieron los demas.

El Zurdo y Ludovico despues de haberse citado para el dia siguiente por la noche en la taberna, fueron á beber con los demas; los tragos continuaron menudeando, y el Cura insinuó á la sociedad que habia un gran negocio que hacer y era preciso reunir el mayor número posible de amigos de confianza para llevarle á cabo con buen éxito.

Cada uno ofreció concurrir á la noche siguiente á la taberna llevando personas con que se podia contar, y ya no volvió á tratarse de nada sério.

—Que gordo estás, Doctor, parece que sales de un convento de carmelitas—dijo el Estreñido.

—Si para tratarlos bien te llevas á los amigos, Zurdo de mis ojos, embárgame por diez años—añadió el Cura.

—Felicítenle ustedes, porque ha hecho una cura prodigiosa—dijo el Zurdo tomando parte en la conversacion.

—¿Resucitó á algun muerto?

—Punto ménos.

—Cuéntanos eso.

—Era un chico que tenia la cabeza rota, dijo el Doctor.

Ludovico prestó toda su atencion.

—Podia morirse—continuó el Doctor—porque la herida era muy grave; pero la ciencia es poderosa y en casos mas graves ha vuelto con mi intervencion á la vida á muchas gentes.

—Alábate, borona.—interrumpió el Literato.

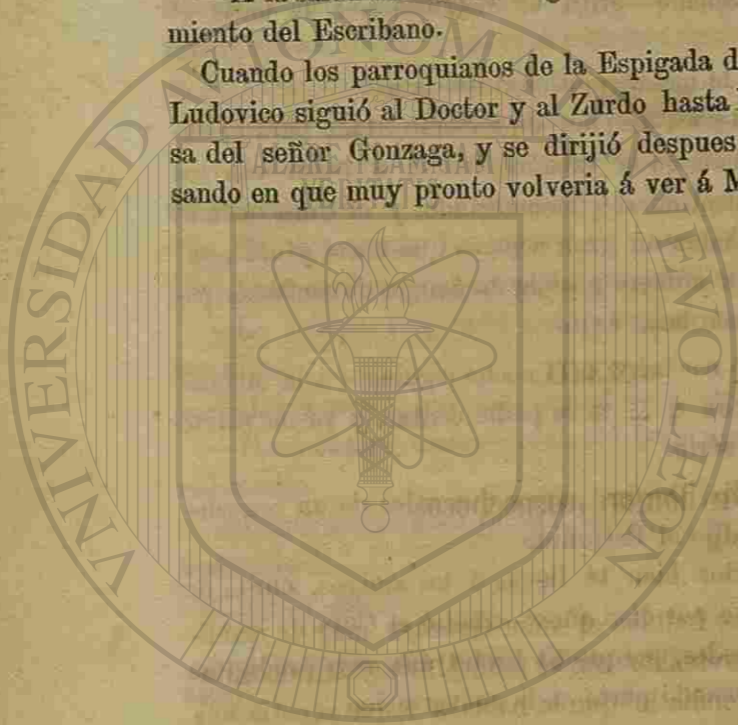
—Mejor que burlarte, pedazo de alcoroquo, haz un folletin sobre el caso—dijo el Zurdo.

—¡Que folletin ni que caso!—replicó el Escribano—doy fé de que estamos perdiendo el tiempo y de que se enfria el vino.

¿Hizo una buena cura el Doctor? Pues á su salud!—y empinó su copa.

—A la salud del Doctor—gritaron todos, imitando el movimiento del Escribano.

Cuando los parroquianos de la Espigada dejaron la taberna, Ludovico siguió al Doctor y al Zurdo hasta la puerta de la casa del señor Gonzaga, y se dirigió despues á su posada pensando en que muy pronto volveria á ver á Mário.



XXIII.

Un hombre sospechoso.

Al dia siguiente se hallaba el señor Gonzaga, muy de mañana, grandemente entretenido con el niño Mário y tan encantado al ver que comprendia lo que le hablaba y que repetia una que otra palabra de las que le dirijia, como pudiera estarlo el padre mas cariñoso al escuchar la primera voz articulada por su mayorazgo á los pocos meses de edad, cuando llamaron discretamente á la puerta de su habitacion.

El abuelo de Mário hizo un gesto de impaciencia y continuó divirtiéndose con el niño, sin dar otra muestra de que habia oido llamar.

La persona que deseaba entrar repitió sus discretos golpes, y entónces el señor Gonzaga bajó delicadamente al niño de sus rodillas, y se dirigió á la puerta que abrió.

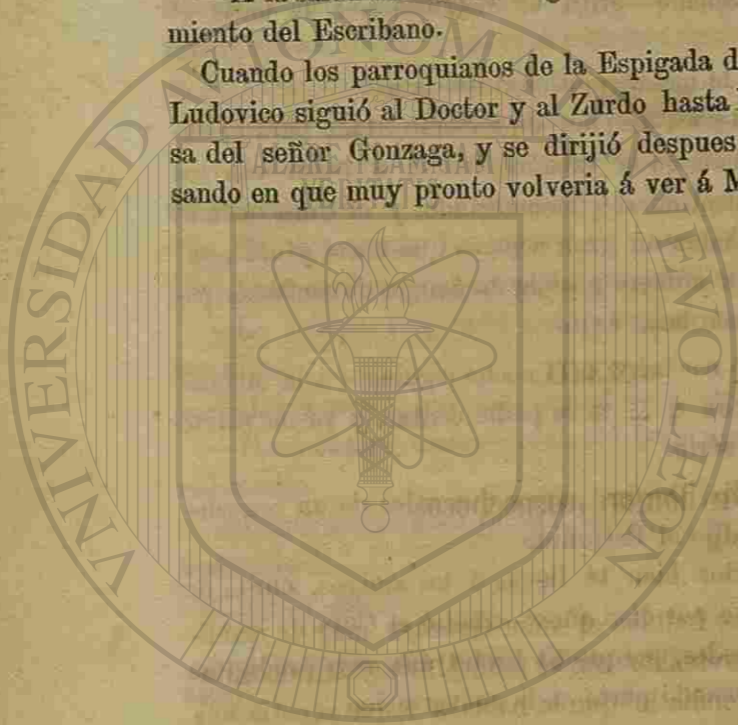
El Zurdo estaba delante de él.

Paco, en aquel momento, no era el hombre de fisonomía repugnante y airada que vimos en la iglesia de la Misericordia

¿Hizo una buena cura el Doctor? Pues á su salud!—y empinó su copa.

—A la salud del Doctor—gritaron todos, imitando el movimiento del Escribano.

Cuando los parroquianos de la Espigada dejaron la taberna, Ludovico siguió al Doctor y al Zurdo hasta la puerta de la casa del señor Gonzaga, y se dirigió despues á su posada pensando en que muy pronto volveria á ver á Mário.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXIII.

Un hombre sospechoso.

Al dia siguiente se hallaba el señor Gonzaga, muy de mañana, grandemente entretenido con el niño Mário y tan encantado al ver que comprendia lo que le hablaba y que repetia una que otra palabra de las que le dirijia, como pudiera estarlo el padre mas cariñoso al escuchar la primera voz articulada por su mayorazgo á los pocos meses de edad, cuando llamaron discretamente á la puerta de su habitacion.

El abuelo de Mário hizo un gesto de impaciencia y continuó divirtiéndose con el niño, sin dar otra muestra de que habia oido llamar.

La persona que deseaba entrar repitió sus discretos golpes, y entónces el señor Gonzaga bajó delicadamente al niño de sus rodillas, y se dirigió á la puerta que abrió.

El Zurdo estaba delante de él.

Paco, en aquel momento, no era el hombre de fisonomía repugnante y airada que vimos en la iglesia de la Misericordia

ni tampoco el parroquiano regañon y exigente de la taberna de la Espigada. Era el servidor respetuoso y atento, que con el sombrero en la mano, la cabeza ligeramente inclinada, parecia aguardar que le dieran permiso de despegar sus labios.

Cualquiera que le hubiera examinado con un poco de atención habria notado fácilmente que algo le preocupaba.

El niño, al verle, corrió á él y le abrazó las rodillas.

—Que hay?—preguntó secamente el señor Gonzaga.

—Una gran desgracia, señor.

—¡Una gran desgracia dices! habla, por Dios santo.

—La señora Marietta ha muerto.

El anciano sintió flaquear sus piernas, y un calofrío recorrió todo su cuerpo.

—¡Muerta!—murmuró dejando caer sus manos juntas, con aire de desaliento.

Mário, sin comprender de lo que se trataba, pero espantado al ver la angustia que manifestaba el señor Gonzaga, rompió á llorar.

El Zurdo contemplaba al buen anciano tristemente y no se atrevia á pronunciar una sola palabra.

—Muerta!—repitió despues de algunos instantes el señor Gonzaga—¿Y mi hijo?

—Nada sé de él, señor; la persona que me dió tan mala noticia nada sabe respecto del señor don Fernando.

—¿Quién es esa persona? Deseo verla.

—Es un hombre que viene de Italia á reclamar al niño á nombre de la muerta. No sé donde habita, pero estoy seguro que concurrirá á cierto lugar esta noche.

—Te repito que quiero verle.

—Será el señor servido—contestó humildemente Paco—y si gusta, esta misma noche traeré á ese hombre.

—Tú..... Imposible; vas á partir inmediatamente para Italia. Miétras escribo una carta al cónsul de España en Pésaro

prepara tu viaje y avisa en ese lugar adonde debe concurrir el italiano que le digan venga acá inmediatamente.

Paco salió en el acto á cumplir las órdenes del señor Gonzaga.

El anciano tomó al niño en sus brazos, le besó las mejillas y le dijo con amargura:

—Llora, hijo, llora; que no hay lágrimas bastantes en los ojos para lamentar una pérdida cual la que te han hecho sufrir.

Y se dirigió con él al escritorio.

Miétras el señor Gonzaga escribia su carta al cónsul de España en Pésaro pidiéndole con encarecimiento averiguara el paradero de Fernando y le dijera cuanto supiese, Paco se dirigió en primer lugar al muelle con el objeto de averiguar si habia alguna embarcación pronta á darse á la vela para algun puerto de Italia, y supo que dentro de algunas horas podia marcharse. Fué en seguida á la taberna, donde encargó á la Espigada dijera á Ludovico que en la casa del señor Gonzaga sabia, preguntando por el gefe de ella, cuanto le importaba saber respecto de Mário; tomó de paso una copa, y volvió á su habitacion á preparar su equipaje.

El padre de Fernando le dió una bolsa bien repleta; le entregó la carta para el cónsul, y encargándole escribiese cuanto ántes lo que supiera sobre la suerte del seductor de Marietta, le mandó partir, no sin haberse informado ántes con sumo interés si habia dejado las señas de la casa para el italiano y recomendado que le enviasen.

Ludovico, á quien tantos deseos tenia de ver y hablar el señor Gonzaga, no estaba ménos ansioso de entrar á la casa del anciano para averiguar el paradero del niño.

Desde muy temprano rondaba la calle observando qué clase de personas entraban y salian en la casa adonde habia dejado la noche anterior al Doctor y al Zurdo. Cuando este salió, Ludovico se ocultó al punto temiendo que le sorprendiera en ple-

no delito de espionaje. Todo el día pasó en observacion, y al caer la tarde se determinó á entrar á la casa y preguntar al portero sobre las personas que vivian en ella; pero este, que era un moceton natural de Camprero, cerca de Oviedo, con unas melenas hasta el cuello, barbas de puerco espin y dientes salteados, le contestó gruñendo y echándole bonitamente á la calle.

El fiel cerbero no dejó de dar aviso al señor Gonzaga de que un hombre sospechoso habia tratado de tomar informes respecto de los que habitaban en la casa, y dirigido miradas investigadoras á todos los departamentos miéntras le hablaba.

El señor Gonzaga encogió los hombros al oír la relacion de su portero.

—¿Qué hago con él si vuelve, amo?

—No dejarle entrar contestó maquinalmente el señor Gonzaga—sin sospechar que aquel hombre era el que tanto deseaba ver.

Cuando Ludovico fué por la noche á la taberna del "Padre Noé" resuelto á hacer cuanto estuviera de su parte para arrancar al Zurdo el secreto del paradero de Mário, la Espigada le recibió dándole el recado de Paco.

Inmediatamente corrió en direccion de la casa del señor Gonzaga; llamó, insistió para entrar; dijo que iba en busca de amo y llamado por él; todo fué inútil; el portero se atuvo á su consigna, y el hombre sospechoso no entró á la casa donde hubiera podido abrazar á Mário y dar al padre de Fernando pormenores sobre la horrible muerte de Marietta y acerca de la catástrofe que convirtió en negras ruinas la bella casa de molino.

XXIV.

¡Seis millones de reales!

Pocos momentos despues de haber salido Ludovico de la taberna del "Padre Noe," los parroquianos de la Espigada que ya conocemos, y algunos otros del mismo jaez que habian llegado sucesivamente, se hallaban instalados frente á la mesa bebiendo á cual mas y mejor.

Faltaban, como es de suponerse, el Doctor y el Zurdo.

El asunto que habia llevado á aquellos hombres á casa de la Espigada debia ser muy sério y reservado, á juzgar por el aire de misterio con que el Cura, despues de haberse cerciorado de que estaban reunidos todos, dirigió á la tabernera las siguientes palabras:

—Atranca y echa la llave, Espigada, y ni á Cristo padre le abras.

—¿Me toman ustedes por entero?

—Claro.

no delito de espionaje. Todo el día pasó en observacion, y al caer la tarde se determinó á entrar á la casa y preguntar al portero sobre las personas que vivian en ella; pero este, que era un moceton natural de Camprero, cerca de Oviedo, con unas melenas hasta el cuello, barbas de puerco espin y dientes salteados, le contestó gruñendo y echándole bonitamente á la calle.

El fiel cerbero no dejó de dar aviso al señor Gonzaga de que un hombre sospechoso habia tratado de tomar informes respecto de los que habitaban en la casa, y dirigido miradas investigadoras á todos los departamentos miéntras le hablaba.

El señor Gonzaga encogió los hombros al oír la relacion de su portero.

—¿Qué hago con él si vuelve, amo?

—No dejarle entrar contestó maquinalmente el señor Gonzaga—sin sospechar que aquel hombre era el que tanto deseaba ver.

Cuando Ludovico fué por la noche á la taberna del "Padre Noé" resuelto á hacer cuanto estuviera de su parte para arrancar al Zurdo el secreto del paradero de Mário, la Espigada le recibió dándole el recado de Paco.

Inmediatamente corrió en direccion de la casa del señor Gonzaga; llamó, insistió para entrar; dijo que iba en busca de amo y llamado por él; todo fué inútil; el portero se atuvo á su consigna, y el hombre sospechoso no entró á la casa donde hubiera podido abrazar á Mário y dar al padre de Fernando pormenores sobre la horrible muerte de Marietta y acerca de la catástrofe que convirtió en negras ruinas la bella casa de molino.

XXIV.

¡Seis millones de reales!

Pocos momentos despues de haber salido Ludovico de la taberna del "Padre Noe," los parroquianos de la Espigada que ya conocemos, y algunos otros del mismo jaez que habian llegado sucesivamente, se hallaban instalados frente á la mesa bebiendo á cual mas y mejor.

Faltaban, como es de suponerse, el Doctor y el Zurdo.

El asunto que habia llevado á aquellos hombres á casa de la Espigada debia ser muy sério y reservado, á juzgar por el aire de misterio con que el Cura, despues de haberse cerciorado de que estaban reunidos todos, dirigió á la tabernera las siguientes palabras:

—Atranca y echa la llave, Espigada, y ni á Cristo padre le abras.

—¿Me toman ustedes por entero?

—Claro.

Y sacando algunas monedas del bolsillo las entregó á la mujer que hizo lo que le ordenaba el Cura.

—Ahora, venga la llave, y á tu nido, vieja; que vamos á hablar en secreto.

—¿Secreticos tenemos? pues á fé que los sabré guardar mejor que cualquiera de ustedes.

—Para eso seria bueno que no fueras mujer, Espigada, y vieja por añadidura. Despáchate y déjanos solos.

—¿Y mi cantina?

—Corre de mi cuenta, y hasta la última gota te pagaremos. Conque, en marcha.

La Espigada obedeció murmurando.

Luego que hubo salido la vieja, el Cura se dirigió á los demás bebedores, y dijo:

—El negocio de que vamos á hablar no es un grano de anís ¡voto al chápiro! é importa asegurarle. Es preciso que la vieja nada oiga, ó nos perdemos. Necesito dos hombres de buena voluntad.

—¡Presentes!—contestaron á una todos aquellos bribones.

—Con dos basta, señores,—dijo el cura sonriendo con satisfacción por el arranque de entusiasmo de su tropa.

—Si se trata de la Espigada, chico, ya sabes que estoy listo para jugarle malas pasadas; pero siempre que no exceda de broma—repuso el Estreñido.

—Pues ve con otro á su cuarto y pónla en estado de que nada oiga.

El Estreñido salió acompañado de nuestro antiguo conocido el Escribano, y á poco se oyó el ruido de una lucha, y la voz del Estreñido que decía:

—Ah perra curiosa! con que te preparabas á oír lo que hablabamos? pues ahora te compondremos.

La vieja dejaba escapar un gruñido sordo como si quisiera hablar y se lo impidiera una mordaza.

Después todo quedó en silencio, y los dos ejecutores de la voluntad del Cura volvieron á la sala de la taberna.

—Queda hecha un chorizo de Extremadura,—dijo el Estreñido—pero eso sí, en su cama y bien arropadita, que fuerza es ser galantes con las damas, aun cuando sean viejas y flacas. Yo me encargo de volverle mañana la libertad.

—Si no has perdido la tuya—dijo el Cura.

—¿Cómo!

—Señores,—dijo el Cura llenando su copa, é invitando á beber á los que le escuchaban—no puedo ocultar á ustedes que el negocio para el cual tengo el honor de invitarlos, presenta sus dificultades graves y no podrá llevarse á cabo sin peligro pero si la fortuna no se nos muestra esquiva, es negocio redondo. Se trata de una suma de seis millones de reales.

—¡Seis millones!—murmuraron aquellos hombres con asombro y chispeándoles los ojos.

—¿Quieres burlarte de nosotros, párroco?—dijo el Escribano trémulo de emoción.—¿Se te figura que son tan anchas las tragaderas nuestras que por un momento siquiera creamos que seis millonejos se tienen así no mas, como quien dice, á disposición del primero que quiera apropiárselos? En cuanto á mí, doy fé de que si mi madre no me hubiera parido pobre y sin un demonio de pariente rico á quien heredar, mis patacones estarian guardados por todo un regimiento. A gran señor grande honor. ¿Qué diablo de cuentos nos estas ensartando, hombre!

—Estos curiales—contestó el Cura alzando los hombros—estos ministros de las leyes, hombres de fé y de justicia como ellos se llaman, están acostumbrados á engañar á todo el mundo, y juzgan el corazón ajeno por el propio. ¡Habrán bribones! Son capaces de ganar el doble de seis millones extendiendo testimonios falsos y robando al prójimo, y no comprenden pueda haber comerciantes que haciendo el contrabando y adulterando

los efectos, hayan podido reunir y tengan en caja tan miserable suma.

—Respetable pastor sin ovejas,—replicó el Escribano—ya no extraño que los clérigos de los tiempos que alcanzamos estén de baja; tienen las entendederas al revés, y á juzgar por tí que eres la lumbrera de la iglesia, aunque no sea mas que por que estás siempre alumbrado, la respetable esposa de Jesucristo se halla en profundísimas tinieblas. Yo no he dicho que dudo haya quien posea esa suma, y sería capaz de dar mi alma al diablo á trueque de que cada uno de los que tienen mas me diera el excedente; pero lo que me parece inverosímil, y creo que á estos señores les pasa lo mismo, es que haya hombre tan tonto que poseyendo ese inmenso don del simpático Pluto, le tenga á nuestro alcance.

—*Ego te absolvo* por tonto y por escribano, que allá se van; y agradece á mi caridad evangélica el que no te excomulgue al punto y te deje sin parto por incrédulo.

—Déjense ustedes de palabras y al grano, que la boca se nos hace agua—dijo uno de los concurrentes.

—Este sí es de talento—replicó el Cura.—Allá va mi historia. Ya saben ustedes, y no tengo necesidad de repetirlo, aunque ahora viene al caso, que mis relaciones son muy extensas y abrazan todas las clases de la sociedad. Un chico muy guapo, que con solo decir fué educado por mí, se comprende que es muchacho de provecho, tiene el empleo de cajero de una casa fuerte de comercio de esta ciudad, y están á su disposición, como es consiguiente, las llaves de la caja. Es el muchacho mas honrado que hay en el mundo, y oro molido se le podría fiar con la seguridad de que no faltaria un átomo.

—Pues entónces—interrumpió el Escribano—no puede ser tu discípulo.

—¡Calla, hombre!—dijeron á un tiempo todos los auditores, dirigiendo con indignacion una mirada terrible al Escribano.

—Da fé de que eres un bruto—continuó el Cura.—Como iba yo diciendo, este chico es honradísimo; la cuenta de la caja está siempre exacta como un reloj, y al encargado de los gastos menores me le trae en un pié, lo mismo que á sus compañeros. Seria capaz de pedir al patron que los separase por un maravedí. Pues bien, este chico que como ustedes se figurarán disfruta de la confianza absoluta del gefe de la casa, fué á verme dias pasados, y por él sé que estando próximos á cumplirse varios vencimientos de importancia, hay en caja, en bellas peluconas, la friolera de seis millones de reales. El muchacho habrá dejado esta noche, por distraccion se entiende, las llaves fuera de su escondite, y si nosotros logramos romper la reja de una ventana y entrar sin que lo sienta la tierra, mañana somos unos Cresos.

—O estamos en Chirona—dijo el Estreñido.

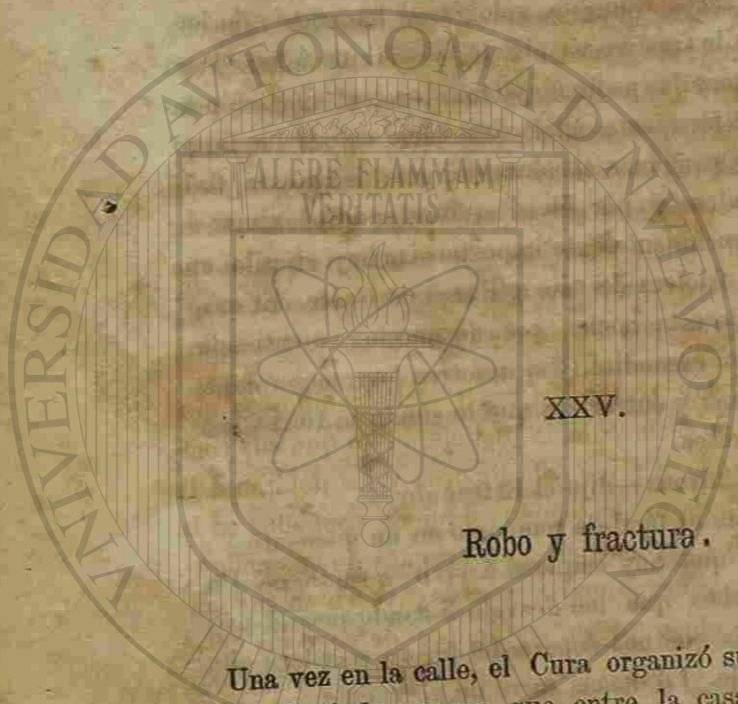
—Pero una reja no es fácil de romperse en un momento.

—¿Te parece á tí que hoy empiezo á vivir?—replicó el Cura.—Ha muchas noches que me desvelo limando poco á poco una barra de esa reja que nos separa del tesoro y cederá ahora á un ligero empuje. Lo demas corre de mi cuenta.

—¿Y cómo se dividirán las acciones?

—Ya comprenderán ustedes que ese chico tan honradote y yo debemos tener la mayor parte como iniciadores y preparadores del negocio. Pensamos dividirnos la mitad; y la otra mitad, por iguales partes, se dividirá entre el resto de los asociados. ¿Qué les parece á ustedes?

—Conformes! dijeron á una los bribones, y levantándose de sus asientos salieron juntos de la taberna, cuya puerta cerraron por la parte de afuera.



Robo y fractura.

Una vez en la calle, el Cura organizó su tropa en grupos y la escalonó de manera que entre la casa de la Espigada y aquella en que iban á verificar su negocio él y sus dignos socios, había una especie de cadena humana, para trasladar, sin que lo sintiese la tierra y pasándolas de mano en mano, las tagas de onzas de la caja en que se hallaban á la taberna de la Quiñones.

Como iniciador y director del negocio, el Cura se reservó el peligroso honor de sacar de la caja las peluconas, como él las llamaba, y darlas inmediatamente al Estreñido que aguardaría por la parte de afuera, é iria, conforme las fuese recibiendo, llevándolas al hombre que formaba el primer eslabon de la cadena de que hemos hablado, quien las pasaria al segundo, y así sucesivamente.

La operacion presentaba sus graves dificultades. Diez y nue-

ve sacos de onzas, por bien organizada que estuviese la pequeña banda, y por ingenioso que fuera el sistema de traslacion adoptado, no se pasean impunemente á deshoras de la noche por una ciudad donde los guardas y las rondas abundan. Pero si no hubiera peligro en apropiarse lo ajeno, el oficio de ladrón se generalizaria enormemente y dejaria de ser lucrativo. El Cura, que esperaba *remediarse* para siempre con la parte que le tocara, no se arredraba por tan poco, y varias veces que en negocios de igual naturaleza le habian indicado sus compañeros los peligros que preveian, contestó con desenfado que el que no se arriesgaba no pasaba el mar.

Otro peligro podrian correr el Cura y el Estreñido, no menor que el de caer en manos de la justicia; el de que sus compañeros se alzaran con el santo y la limosna y los dejaran á la luna de Valencia; pero ni lo temian siquiera, confiados en la acrisolada buena fé y la escurpulosa conciencia de sus amigos. Los sabian capaces de desplumar á cuantos cayesen en sus manos; pero sabian tambien que en tratándose de negocios entre hermanos de la misma cofradia, la honradez y la equidad eran su divisa.

Llegados á la reja, una de cuyas barras habia tenido cuidado de limar el Cura con la necesaria anticipacion, pocos esfuerzos tuvieron que hacer para que cediera, dejando el hueco necesario para que pudiera entrar un hombre. La puerta y la vidriera, dejadas sin trancas ni pestillos, se abrieron con un ligero empuje, y el Cura penetró en el escritorio.

Estaba completamente á oscuras y reinaba un silencio sepulcral. El Cura era valiente, pero al saltar de la ventana al piso no pudo ménos que estremecerse ligeramente, y conteniendo la respiracion, con las manos en el pecho oprimiéndole con fuerza, como tratando de que no se oyesen los latidos de su corazon, permaneció un momento en acecho, y hasta que es.

tuvo seguro de que se hallaba completamente solo se aventuró á dar el primer paso.

El cajero, su cómplice, le habia dado un plano exacto de los lugares; y sin gran trabajo, con los brazos tendidos hácia de lante para evitar encontrarse con algun objeto y caer, dió al fin con la caja, que por un exceso de atencion del que la manejaba estaba abierta y con las llaves en la cerradura.

El Cura habia descubierto su Eldorado.

Hizo un impulso para abrir la caja, y esta cedió fácilmente al tocar los sacos, las fuerzas le faltaron y creyó iba á desmayarse; pero armándose de valor tomó con una mano el primero que halló á su alcance y se acercó á la ventana.

No se oía el menor ruido en la calle.

El Cura arañó ligeramente el marco de la ventana.

—Sin novedad—dijo en voz baja el Estreñido empujando la puerta, que habia cerrado al bajar de la ventana el Cura.

—Toma,—contestó este—que le lleven con precaucion y debajo de la capa.

—Pierde cuidado.

El Estreñido tomó el saco y se apartó de allí procurando que no sonasen mucho sus pisadas.

A poco andar encontró á un hombre que estaba de pié en el dintel de una puerta, y que al verle echó á andar en la direccion que traia.

Llevaba tambien ancha capa española y recibió de el saco manos del Estreñido, que volvió por el segundo.

Apénas llegó á la ventana y pronunció las dos palabras que habia dicho ántes, un segundo saco fué puesto en sus manos por el Cura.

Serian las dos de la mañana cuando los parroquianos del "Padre Noé" comenzaron su excursion, y no habian sonado las tres cuando el primer saco llegaba á la taberna á poder del Es-

cribano, nombrado por unanimidad tesorero provisional de la Compañía.

Es probable que en Cádiz duerman, ó durmieran al ménos en aquella época, los guardas y rondines tan patriarcalmente como en cierto país que nosotros sabemos, porque ántes de que el toque de alba anunciara la aparicion del día, el Cura y sus compañeros, brilládoles los ojos de codicia, hacian en silencio el reparto de aquel tesoro, separando religiosamente la parte que tocaba al infiel empleado y que el Cura se encargó de entregarle, depositándola, miéntras llegaba la ocasion, en un escondite *ad hoc* que para semejantes casos habia debajo del entarimado de la sala principal de la taberna.

Concluida esta operacion, el Estreñido propuso un brándis por que fuese feliz el viaje que pensaban hacer á América los consocios, para aprovechar desde luego el tesoro que habia caído en sus manos y escapar á la justicia que creian tomaria inmediatamente cartas en el asunto; y su proposicion fué aprobada por unanimidad.

En seguida subió á la habitacion de la Espigada que dormia profundamente, y con tan pesado sueño que no sintió le desataba las ligaduras con que la habia atado á la cama, y solo respiró ruidosamente cuando le quitó el pañuelo que le habia puesto en la boca para impedirla que gritara.

—Duerme como una marmota—bajó diciendo.

—¿No habrá olido nada?—preguntó el Escribano.

—Ni sintió siquiera cuando la desaté.

—Es preciso marcharnos—dijo el Cura.

—Pero y aquello?—replió el Estreñido, dirigiendo una mirada al lugar donde estaban encerrados los talegos que le correspondian al cajero.

—Nadie mas que nosotros sabe que está ahí, mañana lo entregaremos á su dueño tu y yo.

—¿Y la Espigada?

—Haremos de modo que nada vea.

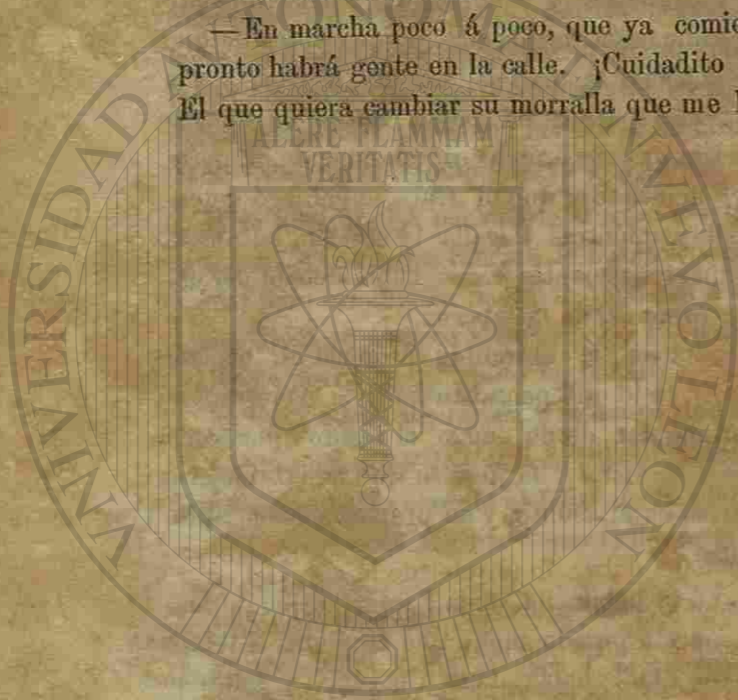
—Y si pregunta algo de esta noche?

—¿Hay mas que decirle que lo soñó?

—Donosa ocurrencia!

—En marcha poco á poco, que ya comienza á haber luz y pronto habrá gente en la calle. ¡Cuidadito con imprudencias!

El que quiera cambiar su morralla que me haga el encargo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXVI.

Suspension de pagos.

Las nueve de la mañana daban en el reloj de la casa del señor Gonzaga, cuando los dependientes salian del comedor contentos y satisfechos, como gentes que acaban de hacer un buen almuerzo y se consideran fuertes y capaces para trabajar un día entero.

Todos habian hecho, como de costumbre, honor al almuerzo, en el que un plato de magras con tomate mereció los honores de la general repeticion.

Pero entre todas aquellas caras alegres habia una que acusaba profunda preocupacion en su dueño, y contrastaba notablemente con las demas.

Durante el almuerzo, algunas bolas de pan dirigidas con tino á la nariz del que tan preocupado se hallaba no habian podido distraerle.

—¿Qué tiene este Perico ahora?—preguntaron varias veces los dependientes del señor Gonzaga.

—Haremos de modo que nada vea.

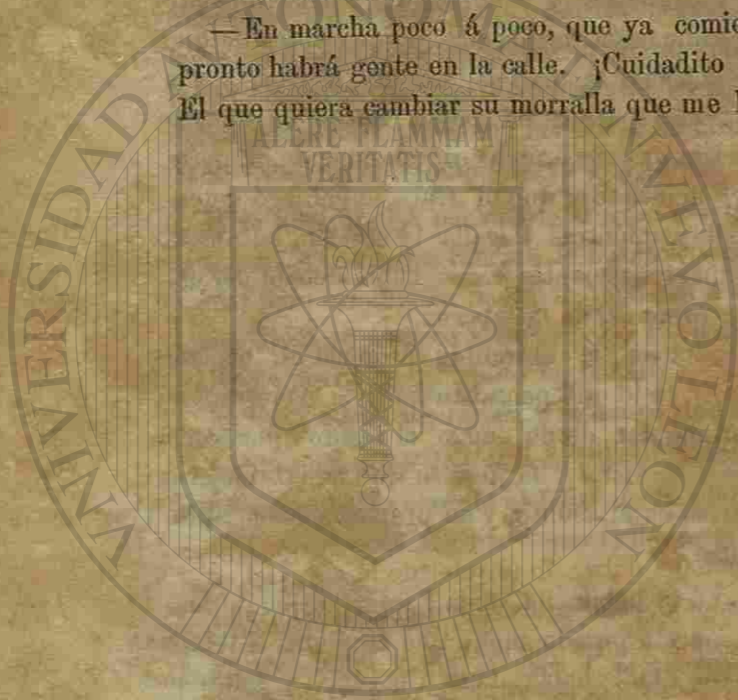
—Y si pregunta algo de esta noche?

—¿Hay mas que decirle que lo soñó?

—Donosa ocurrencia!

—En marcha poco á poco, que ya comienza á haber luz y pronto habrá gente en la calle. ¡Cuidadito con imprudencias!

El que quiera cambiar su morralla que me haga el encargo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXVI.

Suspension de pagos.

Las nueve de la mañana daban en el reloj de la casa del señor Gonzaga, cuando los dependientes salían del comedor contentos y satisfechos, como gentes que acaban de hacer un buen almuerzo y se consideran fuertes y capaces para trabajar un día entero.

Todos habían hecho, como de costumbre, honor al almuerzo, en el que un plato de magras con tomate mereció los honores de la general repetición.

Pero entre todas aquellas caras alegres había una que acusaba profunda preocupación en su dueño, y contrastaba notablemente con las demas.

Durante el almuerzo, algunas bolas de pan dirigidas con tino á la nariz del que tan preocupado se hallaba no habían podido distraerle.

—¿Qué tiene este Perico ahora?—preguntaron varias veces los dependientes del señor Gonzaga.

—Le habrá dado sus dimisorias la rubia.

—Como hoy es día de corte de caja pensará que no le alcanza el tiempo para ir á rondar sus balcones.

—Guárdate del papá, chico, que es malo como un moro.

—Ya lo creo que es malo y tonto de mas á mas. ¿A quién le ocurre tener una hija guapa y no dejar que la requiera de amores un muchacho de porvenir como este?

El jóven que era objeto de estas bromas contestaba apénas y maquinalmente con una sonrisa, y no acertaba á disimular que alguna idea grave le atormentaba.

Concluido el almuerzo, que habia sido un suplicio para él, se dirigia con sus compañeros al escritorio y seguia siendo el objeto de sus bromas.

Al llegar á la puerta del almacén se quedó atras como temiéndolo entrar, y cualquiera que le hubiese visto con alguna atención, miéntras uno de sus compañeros quitaba los candados y los cerrojos, le habria visto palidecer y temblar.

Por fin la puerta se abrió y los primeros que entraron dieron un grito de asombro que repercutió dolorosamente en el corazón de Perico:

—¡Han robado!

La caja estaba abierta y vacía; faltaba una barra en la ventana, y algunos papeles que probablemente habian guardados en la caja se hallaban regados de esta á la ventana.

La casa del señor Gonzaga era la que habia recibido la visita del Cura.

Los dependientes estaban asombrados, y todos temian dar la mala noticia á su principal.

Perico se habia desmayado, y tendido cuan largo era en el dintel de la puerta, obstruia la entrada.

El portero acudió á los gritos de los dependientes, é informado del caso corrió á dar aviso al señor Gonzaga, quien, co-

mo de costumbre, se entretenia con Mário, muy ajeno del terrible golpe que acababa de sufrir.

Sin ceremonia alguna se coló el cerbero á la habitacion del señor Gonzaga, y llorando como un niño le dijo

—Mi amo, nos han robado.

—¿Qué es lo que dices?

—Que han vaciado la caja.

—¡La caja! ¡imposible!

—Cuando yo le decia á usted, amo, que el hombre de ayer era sospechoso..... Apostaría mis dos orejas á que él es el ladrón.

El señor Gonzaga no escuchaba á su portero; bajó la escalera en dos brinco y llegó al almacén, donde por sus propios ojos se convenció de que era positiva su desgracia.

El dolor y el asombro estaban pintados en los semblantes de todos sus dependientes.

Perico, que habia vuelto en sí, veia á todos con un aire imbecil y no decia una sola palabra.

El señor Gonzaga se dirigió á la ventana, vió que faltaba una barra, pero que el marco y la puerta no estaban rotos; fué á la caja y halló las llaves en la cerradura.

No habia señal alguna de forzamiento. La reja rota era el único indicio de que los ladrones habian sido de la calle.

Una sospecha horrible cruzó por la mente del señor Gonzaga, que miró fijamente á Perico de un modo indescribible.

El cajero no pudo resistir aquella mirada investigadora y bajó los ojos.

En aquel momento, el portero, que habia ido á dar aviso á la policía, entró con algunos agentes que se informaron de lo que pasaba, y opinaron que los ladrones debian tener cómplices en la casa.

El señor Gonzaga era sin duda de la misma opinion, porque se conformó con encoger los hombros cuando los agentes le di-

ieron que vistas las circunstancias del caso se veían en la precisión de aprehender á todos sus dependientes, como medida precautoria y para que declarasen lo que supiesen.

Todos los dependientes se dispusieron á seguir á los policías; Perico, retoreándose los brazos, se desvaneció de nuevo y cayó al suelo murmurando con acento desgarrador:

—¡Yo ladron!

Aquel día fué de conmoción general en Cádiz. En el acto circuló en la plaza la noticia de que la casa Gonzaga había sufrido una pérdida de trescientos mil duros por causa de robo, y se veía precisada á suspender sus pagos, y no faltó, por supuesto, quien á pesar de la probidad y del buen nombre nunca desmentidos del señor Gonzaga, pusiera en duda el robo y aventurase la especie de que aquello era una estratagemá para eludir los grandes compromisos contraídos por la casa, y cuyos plazos estaban á punto de cumplirse.

El señor Gonzaga se hallaba en una situación espantosa.

Toda una vida de trabajo, de economía, de honradez, que le había dado por fruto un nombre y una posición envidiables, se había perdido miserablemente. Un momento había bastado para que sus cálculos y sus combinaciones rodasen por el suelo y para hacer del comerciante mas honrado y mas estimado de Cádiz, un desgraciado que no podía cumplir sus compromisos, un fallido á quien la sociedad señalara con el dedo, dudando, como empezaba á dudar ya, si el robo de que había sido víctima era real y efectivo, ó si había sido inventado por él para dar un pretexto plausible á la falta de pago de sus deudas.

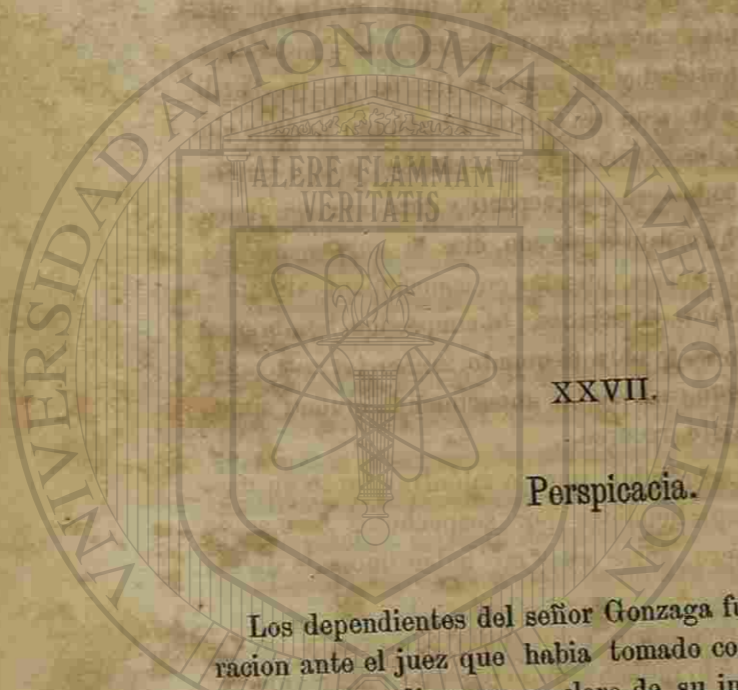
El buen anciano se paseaba de largo á largo en el almacén con ademan abatido, y sin acertar á darse perfecta cuenta de lo que le pasaba.

Sentía vacilar su razón, y varias veces le ocurrió la idea de quitarse la vida. Pero ¡Márió!—decía—y desechaba tan horrible pensamiento.

Pronto fué invadido el escritorio por multitud de personas, que unas por aprecio al señor Gonzaga y otras por curiosidad, acudían á informarse de lo que pasaba. Algunas creían sus explicaciones, otras ponían en duda la posibilidad de que tuviese en caja tan grande cantidad y en especies fáciles de trasladar á otro punto, y mas aún, que los ladrones hubieran podido verificar el robo sin ser descubiertos y sin hacer el menor ruido.

Pero lo que para todos era una verdad y mas amarga para el señor Gonzaga que para otro alguno, era la suspensión de pagos.

Después de un desfallo semejante, la suspensión de pagos equivalía á la bancarota, y para el mundo comercial era una catástrofe verdadera que casa de tal importancia se viera obligada á apelar á tan triste recurso.



Los dependientes del señor Gonzaga fueron á dar su declaración ante el juez que habia tomado conocimiento del hecho, y que nada podia sacar en claro de su interrogatorio.

El responsable de la caja, Perico, aseguraba que la habia dejado bien cerrada la noche anterior, guardando las llaves donde tenia costumbre de hacerlo; y repuesto completamente de su espanto, contestaba con extraordinario aplomo á cuanto se le preguntaba.

Los demas, tranquila su conciencia, respondian con naturalidad.

El único cargo que podia pesar sobre ellos era el de haber dejado la ventana sin correr los cerrojos; pero, apelando al testimonio del señor Gonzaga, probaron que nunca habian tenido mucho en cuenta la cerradura de la puerta ventana, confiados en la solidez de la reja, y que ninguno estaba encargado especialmente de cerrar. No era extraño, por consiguiente, que los

ladrones hubieran tenido tanta facilidad para penetrar en el escritorio.

El señor Gonzaga, en los largos años que llevaba de establecido, habia cambiado numerosos dependientes, y no seria raro que alguno de los despedidos, por indiscrecion ó por malicia, hubiera revelado el lugar en que se acostumbraba guardar las llaves, y de ahí la posibilidad de que gentes de la calle, entre las cuales podia haber, por otra parte, alguno de los dependientes expresados, hubieran dado con ellas.

Todas estas circunstancias, puestas en conocimiento del juez, le hacian creer en la inculpabilidad de aquellos hombres, á quienes una vez terminado el interrogatorio, les permitió retirarse, previniéndoles que no podian abandonar la ciudad sin su expreso consentimiento.

La policía de Cadiz se habia puesto mientras tanto en movimiento y llevaba aprehendidos por sospechosos á mas de treinta individuos, pero entre ellos no habia uno solo de los cómplices del Cura.

El juez hacia interrogatorio sobre interrogatorio, y se desesperaba no encontrando indicio alguno por que poder guiarse. Si se hubiera tratado de un delito comun, de la muerte de algun pobre diablo, por ejemplo, su señoría habria dejado tranquilamente obrar al tiempo, pero en negocio de tanta importancia, su reputacion estaba empeñada en llevarle á buen término cuanto ántes.

Estaba en su vigésimo interrogatorio cuando un alguacil entró, con el rostro radiante de júbilo, puso en la mesa algunas monedas de oro, y dijo con acento satisfecho:

—Traemos al gefe de la banda.

El juez dió un salto en su asiento y mandó despejar la sala.

—Que introduzcan al reo—dijo pavoneándose en su silla.

Un hombre, con los brazos atados á la espalda, entró á la sala rodeado de cuatro alguaciles.

El portero del Sr. Gonzaga, el tío Antonio, le seguía con aire satisfecho, y murmuraba de vez en cuando:

—No te me escaparás, tunante.

—¿Cómo se llama usted?—preguntó el juez.

—Ludovico Velletri—contestó el interrogado.

—¿De dónde es usted?

—De Pésaro, en Italia.

—¿Quiénes son sus cómplices en el robo verificado anoche?

—¿Qué robo?

—No hay que andar con fingimientos; está probado que usted es el ladrón.

—¿Pero de qué robo se trata?

—¿No ha estado usted con otros individuos anoche en la calle principal y asaltado un almacén?

—Nó, señor—contestó indignado Ludovico.

—Entonces, ese dinero?

—Es de mi pertenencia.

—Justifíquelo usted.

—Es muy sencillo; procedo de los ahorros que hice mientras estuve empleado en Pésaro.

—¿Qué hacía usted allí?

—Era sacristán de la Iglesia de la Misericordia.

—¿Tan lucrativo es en Italia semejante empleo?

—Llevaba largos años de ejercerle.

—¿Dónde le habeis aprehendido?—prosiguió el juez dirigiéndose á los alguaciles.

—En la calle principal.

—¿Qué hacía?

—No apartar la vista de la casa robada, y este hombre—continuó el que parecía gefe de los esbirros señalando al tío Antonio—nos le indicó, manifestándonos que ayer no dejó de rondar un momento la calle, y que aun trató de penetrar en la casa despues de haberse informado acerca de las personas que ha-

bitaban en ella, y dirigido miradas eserutadoras á todos los departamentos de que se compone.

—¿Qué tiene usted que contestar á eso?

—Que es cierto cuanto ese hombre ha dicho á la justicia.

—Luego confiesa usted que es el ladrón.

—Nó, señor.

—¿Cómo!

—Me he informado de las personas que habitaban la casa, porque tenia poderosas razones para inquirirlo; he tratado de entrar porque se me mandaba llamar.

—Mentira, señor juez—interrumpió el tío Antonio, trémulo de rabia—el amo me ha prevenido no dejarle entrar.

—¿Puede usted decir cual era la razon que tenia para tomar informes sobre los habitantes de la casa?

—Nó, señor—contestó Ludovico, despues de un momento de reflexion.

—¿Quién llamó á usted?

—Un individuo que se llama Paco Fernandez.

—¿Te pillé!—volvió á interrumpir el tío Antonio—has oído llamar á misa y no sabes en que parroquia. El camarada Paco se ha marchado ayer mañana para otras tierras; todavia parece que le oigo:

—Ola! tío Antonio!

—¿Adonde bueno, Paco?

—A buscar al amo Don Fernando.

—Buen viaje!

—¿Echamos el trago de estribo?

—Corriente, no mas encargo mi puerta.

—Y dicho y hecho;—prosiguió el locuaz tío Antonio—fuimos juntos hasta la primera tienda y echamos un trago, nos apretamos la mano, y anda vetel en alta mar estará ahora Paco siguiéndole el bulto al amo D. Fernando.

—Calla, hombre! que amarillo te has puesto!—continuó, dirigiéndose á Ludovico—¿te espanta ver que no pega tu cuento?

Efectivamente, Ludovico estaba pálido y temblando; el nombre del hijo del señor Gonzaga, pronunciado por el tío Antonio cuando ménos lo esperaba, le habia causado una impresion indecible.

Aun cuando haya justicia y razon para matar á un hombre, cualquiera cosa que recuerda el acontecimiento produce en el matador, cuando su alma no está completamente pervertida, una sensacion horrorosa.

Ludovico habia matado á Fernando en defensa propia y obligado por imperiosa necesidad, pero sentia todavia en su rostro la sangre caliente de su víctima, y le horrorizaba pensar que habia arrebatado la vida á un semejante suyo.

El juez notó, lo mismo que el tío Antonio, la inmutacion y el movimiento de horror de Ludovico, y se convenció al punto de que era culpable.

Insistió en que declarase quienes eran sus cómplices, le encaró con los hombres que habia aprehendido la policia como autores del robo, y aunque nada logró adelantar, mandó poner en absoluta comunicacion á Ludovico, y envió á buscar al señor Gonzaga para participarle la importante captura que se acababa de hacer, y comunicarle las esperanzas de dar pronto con los demas delincuentes, gracias á su actividad y á su eficacia.

Era admirable la perspicacia del señor juez de instruccion de Cádiz, y solo podia compararse con el acierto de la policia, que entre todos los que habia capturado no contaba uno solo de los consocios del Cura.

XXVIII.

Los males nunca vienen solos.

Cerca de tres meses habian pasado desde la noche en que el atrevido golpe de mano del Cura y sus compañeros habia privado al señor Gonzaga de su crédito y de su fortuna.

La causa contra los ladrones guardaba el mismo estado.

Ludovico y los demas aprehendidos continuaban presos, y los pocos socios del Cura que no habian logrado salir de la ciudad, y entre los cuales se hallaba el cajero de la casa Gonzaga, disfrutaban de la vida lo mejor que podian.

El señor Gonzaga estaba inconsolable. El niño Mário, que le distraia grandemente en otro tiempo, habia caido enfermo de escarlatina, y daba pocas esperanzas de vida.

La pérdida repentina de su fortuna, conquistada á fuerza de años de honradez y de trabajo, preocupaba atrozmente al respetable anciano, que no podia acostumbrarse á la idea de no cubrir sus compromisos y de paralizar las operaciones de su casa por falta de numerario.

—Calla, hombre! que amarillo te has puesto!—continuó, dirigiéndose á Ludovico—¿te espanta ver que no pega tu cuento?

Efectivamente, Ludovico estaba pálido y temblando; el nombre del hijo del señor Gonzaga, pronunciado por el tío Antonio cuando ménos lo esperaba, le habia causado una impresion indecible.

Aun cuando haya justicia y razon para matar á un hombre, cualquiera cosa que recuerda el acontecimiento produce en el matador, cuando su alma no está completamente pervertida, una sensacion horrorosa.

Ludovico habia matado á Fernando en defensa propia y obligado por imperiosa necesidad, pero sentia todavia en su rostro la sangre caliente de su víctima, y le horrorizaba pensar que habia arrebatado la vida á un semejante suyo.

El juez notó, lo mismo que el tío Antonio, la inmutacion y el movimiento de horror de Ludovico, y se convenció al punto de que era culpable.

Insistió en que declarase quienes eran sus cómplices, le encaró con los hombres que habia aprehendido la policia como autores del robo, y aunque nada logró adelantar, mandó poner en absoluta comunicacion á Ludovico, y envió á buscar al señor Gonzaga para participarle la importante captura que se acababa de hacer, y comunicarle las esperanzas de dar pronto con los demas delincuentes, gracias á su actividad y á su eficacia.

Era admirable la perspicacia del señor juez de instruccion de Cádiz, y solo podia compararse con el acierto de la policia, que entre todos los que habia capturado no contaba uno solo de los consocios del Cura.

XXVIII.

Los males nunca vienen solos.

Cerca de tres meses habian pasado desde la noche en que el atrevido golpe de mano del Cura y sus compañeros habia privado al señor Gonzaga de su crédito y de su fortuna.

La causa contra los ladrones guardaba el mismo estado.

Ludovico y los demas aprehendidos continuaban presos, y los pocos socios del Cura que no habian logrado salir de la ciudad, y entre los cuales se hallaba el cajero de la casa Gonzaga, disfrutaban de la vida lo mejor que podian.

El señor Gonzaga estaba inconsolable. El niño Mário, que le distraia grandemente en otro tiempo, habia caido enfermo de escarlatina, y daba pocas esperanzas de vida.

La pérdida repentina de su fortuna, conquistada á fuerza de años de honradez y de trabajo, preocupaba atrozmente al respetable anciano, que no podia acostumbrarse á la idea de no cubrir sus compromisos y de paralizar las operaciones de su casa por falta de numerario.

Habia aun mas; ninguna noticia tenia de su hijo ni de Paco, y esto no contribuia poco á su inquietud.

Su carácter se resintió enormemente de estas contrariedades de la suerte. De sério que era se convirtió en adusto. Comenzó por estar triste y pesaroso, y degeneró en melancólico é hipochondriaco. Nadie podia sufrirle y él mismo no se sufría.

Para nada bajaba al escritorio, y pasaba muchos dias en la cama sin querer ver la luz, ni que le hablasen.

Así es que los negocios, en vez de enderezarse, caminaban de mal en peor, y los acreedores de la casa se ponian de acuerdo para pedir una cesion de bienes en su favor.

Solo dos cosas animaban un poco al buen anciano; recibir su correspondencia, en la que buscaba inútilmente alguna carta de Paco ó del cónsul español en Pésaro, y la visita de nuestro antiguo conocido el Doctor, que se habia convertido en su médico de cabecera y le llevaba noticias de Mário.

Eran las diez de la mañana, y el señor Gonzaga estaba de peor humor que de costumbre; habia determinado no levantarse, y cuando entró el Doctor á su habitacion, le suplicó cubriese con lienzos las hendiduras de las puertas para que no penetrase un solo rayo de luz.

—Se está usted matando, señor—le dijo el Doctor.

—¡Matando! Al contrario, tomo precauciones contra la muerte.

—Debia usted distraerse, salir al campo, comer bien, entretenerse en algo.

—Ah! amigo mio, usted quiere burlarse de mí; no puedo moverme y me encuentro sin alientos para levantar la cabeza de la almohada.

—Vamos, señor, un pequeño esfuerzo.

—¡Imposible!

—Es que si usted no procura distraerse y salir de ese estado

de abatimiento en que se halla, se lo repito, va á apresurarse la muerte.

—¡La muerte! ¿La muerte ha dicho usted?

—Sí, señor.

—¿Y yo me la apresuro con estarme acostado?

—Es evidente.

—Vamos, quiero vestirme, voy á bajar al escritorio; ayúdeme usted, Doctor.

El Doctor se apresuró á darle la ropa y comenzó á ayudarle á vestir.

—¿Conque ese chico va bien?

—Sí, está algo mejor; pero tiene que guardarse del aire cuarenta dias.

—¿Lo ve usted, Doctor? el aire. Por algo no quiero yo que penetre el aire aquí.

—Es que no todas las enfermedades son iguales. Ademas, usted no está enfermo.

—¿Que no estoy enfermo! Mire usted como me enflaquezco á ojos vistas.

—¡Bah! aprehensiones; si continúa usted con esta vida claro es que se enflaquecerá de veras—y el Doctor procedia con increíble actividad á vestir al anciano.

—¿Habrán traído el correo?

—Le leerá usted allá abajo si le parece bien.

—Nó, quiero leerle aquí, solo.

—La idea de todos los dias—pensó el Doctor, y luego agregó en voz alta.

—¿Quiere usted que mande subir la correspondencia?

—Sí.

El Doctor salió á dar la orden y abrió de par en par la puerta del balcón.

El señor Gonzaga se llevó las manos á los ojos deslumbrado.

—¿Quiere usted dejarme ciego, demonio de hombre?— dijo.

A poco entró el criado con algunas cartas que entregó respetuosamente al señor Gonzaga.

Este las tomó con avidez y comenzó á abrirlas, dejándolas á un lado luego que las recorria superficialmente.

De repente dió un grito desgarrador, y cayó privado de sentido sobre la cama donde se hallaba sentado.

El Doctor le hizo aspirar álcali, y pronto volvió en sí.

—¡Muerto!—decía— ¡muertos los dos! ¡que fatalidad tan grande me persigue!—y se apretaba las manos y veía con extraviados ojos al Doctor.

La carta que le habia causado tan deplorable efecto y que tenia aun en la mano, contenia lo siguiente:

“MUY SEÑOR MIO:

“En debida contestacion á la que se sirvió usted dirigirme pidiéndome noticias de su hijo el señor don Fernando Gonzaga que vino á este puerto hará unos siete meses, tengo el sentimiento de manifestarle que de los informes que he tomado de las autoridades de la ciudad resulta que el mencionado señor Gonzaga fué víctima, hace medio año, de un crimen misterioso en las ruinas de una casa incendiada.

“Las indagaciones que he tenido que hacer con motivo de la carta de usted han arrojado inmensa luz sobre este desgraciado asunto, pues no se habia logrado reconocer el cadáver, y solamente se decia en el pueblo que era de un extranjero.

“He excitado á las autoridades de aquí para que procedan lo mas activamente posible á la averiguacion de todas las circunstancias del delito y al severo castigo de los que resulten culpables, y espero que pronto quedará la vindicta pública sa-

tisfecha y mitigado el justo dolor de usted, cayendo pesada la mano de la justicia sobre los perpetradores de tan horrendo crimen.

“Envio á usted esta por el paquete-correo y no con su comisionado, porque este ha sido víctima de una desgracia no ménos espantosa que la que arrebató á usted á su hijo. Se bañaba en la embocadura del rio, y en un lugar donde abundan los tiburones, y fué engullido por uno de estos animales.

“Todo lo que tengo el sentimiento de poner en conocimiento de usted contestando su citada carta, y con este motivo me ofrezco á sus órdenes, etc.

GABRIEL RIVAS.

Cónsul de S. M. C. en Pésaro. (Italia)”

La hipocondría del señor Gonzaga fué desde aquel punto en aumento, y degeneró al fin en monomanía.

El Doctor, adepto tan entusiasta de la ciencia, tuvo que confesarse á sí mismo que hay enfermedades para las cuales son ineficaces todos sus recursos, y que la naturaleza tiene aun innumerables secretos que no se descubrirán hasta la consumacion de los siglos.

Todo lo que hizo por salvar al señor Gonzaga fué inútil. Este se consumió lentamente, y murió llevándose consigo al sepulcro las últimas esperanzas de sus acreedores, que cayeron como aves de rapiña sobre lo poco que allí habia.

El Doctor hubiera querido llevarse á Mário, pero su vida aventurera no lo permitia hacerse cargo del chico, que ya completamente curado y concluida la cuarentena, fué recogido por el tío Antonio, que como todos los de la casa, se habia aficionado al chico y decia que iba á hacer de él un hombre grande.

De la enorme fortuna de su abuelo nada le quedaba al pobre niño, y si no hubiera encontrado abiertos los brazos del tío Antonio, se habría muerto de hambre en las calles de Cádiz.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

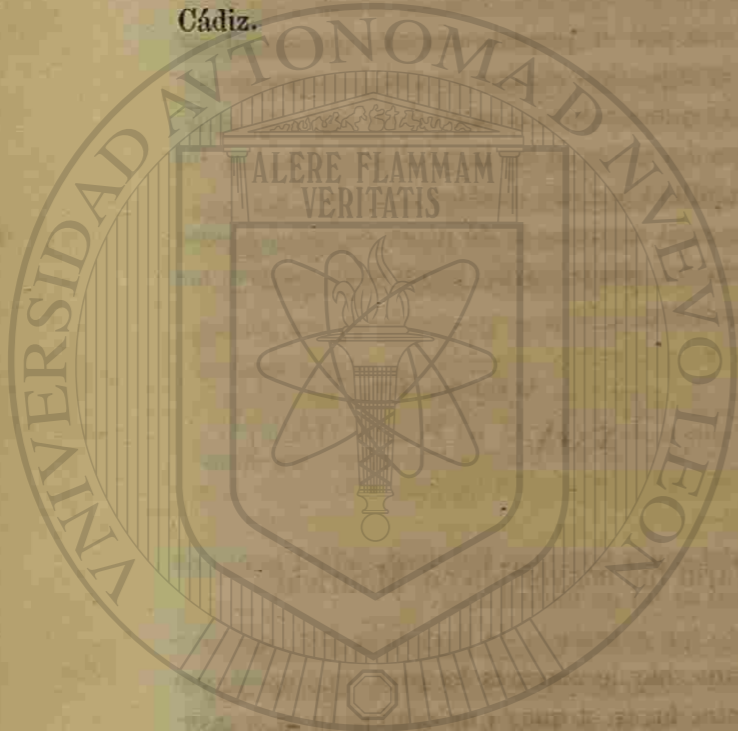
XXIX.

De como Mario fué convertido en Mauricio.

Acaso no habrá uno solo de nuestros lectores que no haya tenido ocasion de notar los trastornos que origina en una casa la muerte del jefe de ella. La expresion comun "se desbarata la casa" da una idea exacta de lo que sucede despues que el cadáver es conducido al cementerio. La familia, si la hay, una vez perdido su centro de union, se divide y abandona el hogar paterno, adonde suelen quedar solamente la viuda y los huérfanos pequeñuelos.

El señor Gonzaga no tenia familia. Muerto Fernando, el niño Mário debia heredar la gran fortuna de su abuelo, pero ningun título le acreditaba como heredero; el anciano habia fallecido sin hacer testamento, y el robo cometido por el Cura y sus amigos habia embrollado de tal manera los negocios de la casa, que no era posible arreglarlos por lo pronto. Por otra

De la enorme fortuna de su abuelo nada le quedaba al pobre niño, y si no hubiera encontrado abiertos los brazos del tío Antonio, se habría muerto de hambre en las calles de Cádiz.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

XXIX.

De como Mario fué convertido en Mauricio.

Acaso no habrá uno solo de nuestros lectores que no haya tenido ocasion de notar los trastornos que origina en una casa la muerte del jefe de ella. La expresion comun "se desbarata la casa" da una idea exacta de lo que sucede despues que el cadáver es conducido al cementerio. La familia, si la hay, una vez perdido su centro de union, se divide y abandona el hogar paterno, adonde suelen quedar solamente la viuda y los huérfanos pequeñuelos.

El señor Gonzaga no tenia familia. Muerto Fernando, el niño Mário debia heredar la gran fortuna de su abuelo, pero ningun título le acreditaba como heredero; el anciano habia fallecido sin hacer testamento, y el robo cometido por el Cura y sus amigos habia embrollado de tal manera los negocios de la casa, que no era posible arreglarlos por lo pronto. Por otra

parte, los acreedores se habian encargado de hacerlo y pronto darian buena cuenta de ellos.

El tio Antonio, que como hemos dicho en nuestro capítulo anterior, quiso hacerse cargo de Mário, abandonó, como todos, la casa del señor Gonzaga luego que el concurso tomó posesion de ella, y pasó con su hijo adoptivo á la portería de una casa de pobre apariencia donde se instaló en su doble oficio de cerbero y de zapatero de viejo ó remendon.

Mário lloró mucho los primeros dias al verse albergado en el humilde cuarto del tio Antonio, quien le consolaba lo mejor que podia; pero á poco se acostumbró á su nueva vida con esa facilidad envidiable que solamente los niños poseen.

Mucho daba que decir en el barrio el niño del tio Antonio, que á la edad que tenia hablaba como si acabara de salir de la lactancia, y las Maritornes de la casa no dejaban casi nunca de hacer una estacion ante la puerta del zapatero de viejo para informarse de cómo habia pasado la noche Mário, y algunas veces para ofrecerle un regalito de lo que habian sisado en la cuenta de la plaza.

Los primeros dias, el siguiente diálogo se repetia invariablemente entre los que entraban y salian y el tio Antonio:

—¡Que guapo muchacho!

—A la órden de usted—contestaba el tio Antonio.

—¿Cuántos años tiene?

—Anda en siete.

—¿Qué le sucedió en la frente?

—Se dió un porrazo.

—Alma mia.....

—¿Como te llamas, angelito?

—Mário, para servir á Dios y á usted.

—Que bien educadito está. ¿Es de usted, tio Antonio?

—Nó, señora;—contestaba el portero exhalando un suspiro

—es huérfano de padre y madre el pobre chico.

—Dios le bendiga.

Y el interés que inspiraba el niño á las pobres mujeres se resolvía en bollos y en confituras.

La casa adonde habia ido á dar el tio Antonio se componia de varios departamentos, ocupados, segun sus circunstancias, por personas de diferente posicion social.

En lo que se llamaba cuarto principal vivia una prestamista tuerta que habia economizado algunos ochavos esquilmando al prójimo; que en España como en México, es profesion lucrativa y cómoda prestar al ochenta por ciento.

Estaba reputada como mujer buena y caritativa, cosa que tampoco es extraña ni se ve solamente en la tierra de nuestros antepasados; y conquistar esa fama no le habia costado mas dinero y mas trabajo que mandar repartir á la puerta de la casa, por medio de un criado, á quien llamaba con pompa su intendente, unos cuantos maravedis á los pordioseros, que acudian semanalmente á recibir su exigua limosna, y permanecian horas enteras en la calle aguardando el reparto, que de intento dilatava el criado para que el mayor número de vecinos y transeuntes tuviera ocasion de saber que aquella falange de limosneros recibia la *caridad* de su señora.

Al lado habitaba un solteron, antiguo empleado de hacienda que habia sobrevivido á todos los gobiernos, políticamente hablando, y que poseia en alto grado el don de la lisonja. Hacia la rueda á los cuartos de la usurera, y habia llevado su galantería hasta hablar á la vecina de sus hermosos ojos, cosa que agradó tanto á la tuerta, que al despedirse, ya entrada la noche, el covachuelista, le permitió por primera vez besar su mano, y fué luego al espejo, frente al cual, levantando la vela á la altura de sus ojos, permaneció horas enteras persuadiéndose cada vez mas de la fiura y buen gusto de su amante.

Frente á tan interesante pareja vivia un hombre respetable completamente solo, que por su aspecto parecia pertenecer al

estado eclesiástico, pero que vestía trage seglar. En la casa le llamaban el jesuita y le estimaban singularmente por callado y por quieto. Se hacía servir por la criada del vecino, y aunque tenía el defecto de salir, casi todas las noches y volver á hora muy avanzada, como gratificaba generosamente al portero por la molestia que se tomaba en abrirle, y entraba haciendo el menor ruido posible, los vecinos nada notaban, y para el conserje se convertía en productivo lo que en un vecino ruin habria sido intolerable.

El cuarto contiguo estaba ocupado por un viejo, como de setenta años de edad, que tenía la cabeza completamente blanca; los ojos, pequeños, hundidos y brillantes; la tez encarnada; la nariz de gancho; y unos labios tan delgados y tan apretados el uno contra el otro, que le costaba trabajo despegarlos para pronunciar una palabra. El vecindario le daba fama de rico, y aun de inmensamente rico, pero él vestía con pobreza y desaseo, y la criada que le servía por un módico salario, se quejaba amargamente de su minuciosidad para hacer la *cuenta*. Se decía de él que pasaba las noches contando su dinero y lavando con jabón las monedas bien acuñadas, apartando las feas y las viejas para sus gastos y sus negocios.

En el piso superior parecia que se habían dado cita las artes y la poesía.

Una bailarina, un folletinista que escribía á un tiempo cuatro novelas para otros tantos periódicos; un pintor, dos estudiantes, el barba de la compañía dramática, y una décima mu-
sa disfrazada de lavandera, que inspiraba sus mejores producciones al novelista, poblaban bulliciosamente ese segundo piso.

Dos pudorosas jóvenes, habitando en el mismo corredor que cinco mancebos emprendedores y amables, deberían estar escudadas por otra cosa que por sus encantos para no sucumbir á los certeros tiros del Amor, y la hija de Terpsicore y la Nereida del Estanque, como llamaba el poeta á sus vecinas, no

tardaron en probar las dulzuras y las amarguras con que regala el hijo de Vénus á sus devotos.

La lavandera, á quien le había flechado el novelista, á causa sin duda del poético cognomento con que la distinguía, era, con motivo de sus amores, muy dada á la literatura; y las maritornes de la casa decían á este propósito, con ciertos visos de exactitud, que Doña Maria de la Cruz la lavandera, estaba muy *destruida* en historia.

Mário no tardó mucho en llamar la atención de Maria de la Cruz como había llamado la de todo el vecindario, y la lavandera, curiosa por naturaleza, y preguntona por hábito, no pudo ménos que dirigirse al tío Antonio y hacerle las preguntas de uso á las que el de Camprero no dejaba nunca de contestar con mucho gusto, y ufano hasta cierto punto de que su hijo adoptivo fuese objeto de la curiosidad de los vecinos.

—¿Cómo se llama este niño?—preguntó Maria de la Cruz, como lo habían preguntado ya la mayor parte de los vecinos.

—Mário—contestó benévolamente el tío Antonio.

—Mário dice usted! pero hombre de Dios ¿á quién le ocurre ponerle á un angelito el nombre de semejante hereje?

—Cómo, señora! no es nombre de cristiano el que tiene este muchacho?—dijo el tío Antonio alarmado, como católico rancio español que era, y apostólico romano por añadidura.

—Como usted lo oye, tío Antonio. ¿No ha oido usted nunca hablar de las proscripciones de Mário y de Sila?

—Nó, señora, dígame usted por Dios quien era ese D. Mário Silva; que si algo de malo tiene, como soy tío Antonio que desbautizo al chico.

—Vaya que es usted ignorante, tío Antonio. No se trata de ningún español que se llame D. Mário Silva como usted dice; sino de dos hombres sanguinarios que mataron muchísima gente en Roma, y cuyos nombres no están en el calendario.

—Quiere decir, señora, que el nombre de mi hijo no es de santo.

—Usted lo ha dicho.

—¿Pues cómo será bueno decirle? Sea usted su madrina.

—Cómo?..... cómo?—repuso la lavandera consultándose y meditando un momento—¿No ha leído usted las aventuras del muchacho Mauricio?

—Si no sé leer, señora.

—Era muy interesante ese muchacho. Créame usted, póngale Mauricio á este y no le dé un nombre que puede traerle desgracia.

El portero, que como todos los de la casa tenia en alto concepto á la Nereida del Estanque, temiendo por la salvacion de Mário, no vaciló un momento, y desde entónces el niño se llamó como su ilustrada madrina lo habia deseado.

XXX.

Una remesa.

Permítannos nuestros lectores que abramos un paréntesis de algunos años, que llenaremos despues poco á poco, segun lo vaya exijiendo el curso de nuestra historia, y tengan la bondad de seguirnos á México y á la casa de correos en un dia de llegada de la correspondencia del paquete.

El departamento que se llama la reja estaba literalmente lleno, por la parte de afuera, de comerciantes que aguardaban ansiosamente sus cartas, miéntras que por la parte de adentro los empleados, con una actividad extraordinaria, colocaban en las casillas del apartado la correspondencia.

Las conversaciones y los murmullos y las bromas del público hacian parecer la reja un avispero.

Los empleados, en silencio, seguian colocando sus cartas, y al cabo de un rato dijo uno de ellos.

—Ya está.

—Quiere decir, señora, que el nombre de mi hijo no es de santo.

—Usted lo ha dicho.

—¿Pues cómo será bueno decirle? Sea usted su madrina.

—Cómo?..... cómo?—repuso la lavandera consultándose y meditando un momento—¿No ha leído usted las aventuras del muchacho Mauricio?

—Si no sé leer, señora.

—Era muy interesante ese muchacho. Créame usted, póngale Mauricio á este y no le dé un nombre que puede traerle desgracia.

El portero, que como todos los de la casa tenia en alto concepto á la Nereida del Estanque, temiendo por la salvacion de Mário, no vaciló un momento, y desde entónces el niño se llamó como su ilustrada madrina lo habia deseado.

XXX.

Una remesa.

Permítannos nuestros lectores que abramos un paréntesis de algunos años, que llenaremos despues poco á poco, segun lo vaya exijiendo el curso de nuestra historia, y tengan la bondad de seguirnos á México y á la casa de correos en un dia de llegada de la correspondencia del paquete.

El departamento que se llama la reja estaba literalmente lleno, por la parte de afuera, de comerciantes que aguardaban ansiosamente sus cartas, miéntras que por la parte de adentro los empleados, con una actividad extraordinaria, colocaban en las casillas del apartado la correspondencia.

Las conversaciones y los murmullos y las bromas del público hacian parecer la reja un avispero.

Los empleados, en silencio, seguian colocando sus cartas, y al cabo de un rato dijo uno de ellos.

—Ya está.

—¡Setenta y nueve! ¡Ciento cuarenta y siete! ¡Dos! ¡Ochenta y cinco! ¡Veinticuatro! ¡Trece! Cincuenta y dos!—gritaron á un tiempo los comerciantes y los dependientes de comercio al oír las dos palabras que anunciaban se habia concluido de colocar el apartado.

Media hora despues estaba despachada la correspondencia, de toda aquella gente, y uno que otro rezagado ocurría por sus cartas.

Un hombre, con sombrero de fieltro gris salpicado de manchas de grasa, chaqueta de dril blanco tan sucia como el sombrero, sin corbata ni chaleco, pantalones de canton y zapatos amarillos de gamuza, se presentó en la reja.

Su fisonomía era simpática; usaba toda la barba, y como para que nadie dudase de su ejercicio, algunas pepitas de chile y unos cuantos granos de arroz y de ajonjolí salpicaban el negro de azabache de sus patillas.

—Adios, paisano—le dijo al empleado de la reja al entrar, con marcado acento español —¿hay algo para mí?

El empleado se levantó, tomó varias cartas de una de las muchas casillas del apartado, y examinándolas una á una dijo á su interlocutor:

—Cuatro pesos y medio.

—¡Cáscaras!—contestó el otro, y despues de pagar permaneció en la reja leyendo las cartas que le habian entregado.

El empleado continuó mientras tanto despachando á los que llegaban á pedir su correspondencia.

De repente el español, que leía sus cartas, soltó una tremenda carcajada, y miró fijamente al empleado como si deseara que este le preguntase algo.

El empleado permaneció impasible.

—¡Qué ocurrencia!—dijo entónces y continuó riendo á carcajadas.

Al fin, viendo que el empleado, atento á cumplir con su deber para con el público, no se daba por entendido de la alegría extemporánea que manifestaba, le dijo:

—Oiga, paisano.

—¿Qué se le ofrece á usted?

—¿Quiere comprarme algo de esta mercancía que está próxima á llegar?

—¿Son puros?

—Mejor que eso.

—Solo puros compraría yo.

—Mire, mire, paisano, al fin de esta factura, qué artículo me consignan.

El empleado tomó la factura de manos del español, y leyó donde él le indicaba.

Entónces le tocó su vez de reír á carcajadas.

La cosa no era para ménos. La última partida de una factura de vinos, encurtidos, conservas alimenticias, queso, bacalao, y otros efectos de los que se venden regularmente en las tiendas de abarrotes, decía lo siguiente:

“Seis chicos de doce á catorce años, bautizados y vacunados, peso neto, 590 libras.”

No habia ninguna cifra en la columna de precios.

La factura tenia este encabezado:

“Factura de lo siguiente, que la casa Sobrino y Compañía de Cádiz remite en la barca “La hermosa Anita” á Veracruz, consignado á D. Márcos Olavarría, comerciante de abarrotes en México.”

—¿Qué tal?—dijo D. Márcos, haciendo duo al empleado en su hilaridad.

—¿Y qué va usted á hacer con esta mercancía?

—Me quedaré con un par de ellos, con los mas garridos y que sean mas trabajadores, y el resto le distribuiré entre los amigos.

—Pues no deja de ser engorrosa la comision.

—No, por cierto. Estoy seguro de que ántes que desembarquen ya están colocados todos. Pagar es corresponder; así llegamos nosotros y subimos, fuerza es que abramos camino á los que vienen despues.

—Entónces, dentro de algunos años, tendremos en México seis capitalistas españoles mas.

—Es claro, si son honrados, trabajadores, y sobre todo económicos, como lo hemos sido nosotros. Pero ¿ha visto usted ocurrencia como la de ponerlos en factura?

—Será algun chiste del dependiente que hizo la factura.

—Si estos andaluces valen la plata para estas cosas. En fin, paisano, usted está muy ocupado. Hasta otra vista.

—Adios, don Márcos.

Dos meses despues pasaba un convoy de mercancías por la garita de San Lázaro, y en un gran carro que llevaba una cubierta de lienzo blanca, y confundidos entre las barricas y los fardos, unos cuantos muchachos peninsulares hacian su entrada triunfal en la capital de la República Mexicana.

Al llegar los carros á la plazuela de Santo Domingo, don Márcos y otros amigos que los esperaban hicieron bajar á los chicos, que sufrieron un escrupuloso registro del vista, sin duda por si ocultaban algunos fardos en sus faltriqueras, y cada uno de los comerciantes tomó los que le venian consignados.

Don Márcos envió con un dependiente á su casa los seis que le tocaban y se quedó en la Aduana para sacar sus efectos.

Todos los chicos eran pelones y rubieundos; hablaban bajando la cabeza y mirando sobre las cejas, y en voz tan baja, y tan cerrado, como se dice en México, que sus paisanos que los recibian tuvieron que apelar á los recuerdos de su infancia para comprender lo que les decian. Al presentarse á sus nuevos protectores se quitaron humildemente las gorras coloradas con

que venian cubiertos, é hicieron las cortesías mas profundas que pudieron.

Entre los que á don Márcos le correspondian, habia uno al que nada en lo ostensible distinguia de sus compañeros; hablaba y miraba y vestia como ellos, y cualquiera habria dicho que era tan español como todos.

Al quitarse la gorra dejó ver una cicatriz que tenia en la frente, y don Márcos le preguntó:

—¿Qué es esto, muchacho?

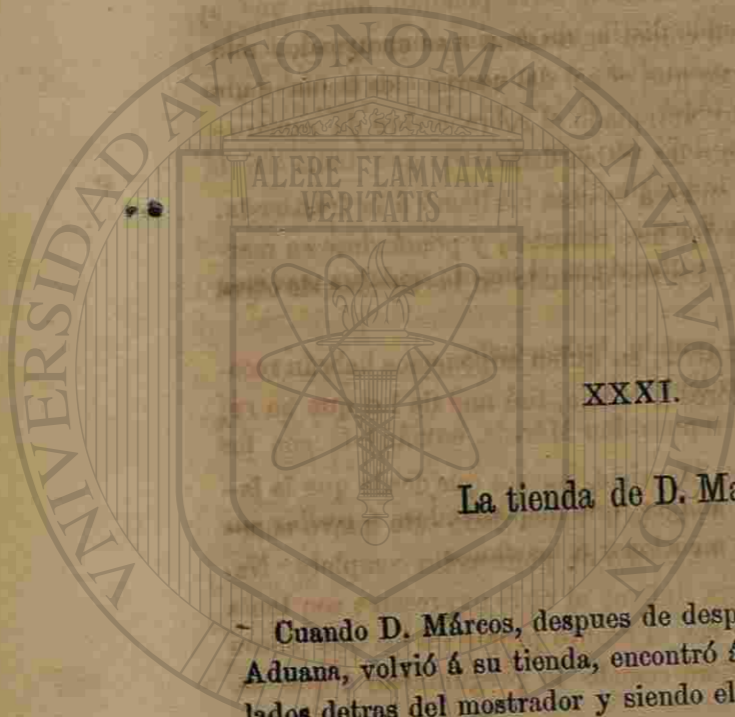
—Un golpe, señor—contestó con el acento andaluz mas marcado.

—Alguna travesura grande, bribonzuelo.

—No, señor, un accidente.

—Anda con Dios—repuso don Márcos, enviándole con los demas.

Y se reunió con sus amigos, que disponiéndose á recibir sus efectos, no volvieron á mencionar á los chicos.



XXXI.

La tienda de D. Marcos

— Cuando D. Marcos, después de despachar sus negocios en la Aduana, volvió á su tienda, encontró á los seis reclutas instalados detrás del mostrador y siendo el objeto de las burlas y de los dichos de los parroquianos.

— Echeme cuartilla de gachupines — decía un borracho.

— ¿Ya vienes á la amiga? — preguntaba una vendedora de cimas á la que vendía garbanzos tostados á la puerta de la tienda.

— ¿Ya saben los niños el catecismo, paisano?

— Déme tlaco de camarones, de los acabados de llegar.

— ¿Tiene usted cepillos? — preguntaba otro, aludiendo á las cabezas peladas á peine de los recién llegados.

— Cuando venia yo de España ¡ucaña!..... cantaba un barrendero que se estaba dando gusto con una copa de chingurito.

Los dependientes antiguos de la casa reían á mas no poder

per la vaya que daban los marchantes á sus pequeños compatriotas, y recordaban la de que ellos mismos habian sido objeto en sus mocedades.

Los chicos ardian en cólera y estaban mas encarnados aun que de costumbre, y eso que el sol del camino les habia dado un tinte que hacia muy apropiado el sobrenombre de camarones que algun marchante les habia dado.

Cuando D. Marcos entró á la casa los llamó á la trastienda, los formó, escogió á los dos mas robustos, y poniéndose en marcha con los otros cuatro los fué dejando en las tiendas de otros tantos amigos.

El muchacho de la cicatriz, en quien suponemos habrán reconocido ya nuestros lectores á Mário, fué uno de los que se reservó D. Marcos.

Mário, ó mejor dicho, Mauricio, puesto que desde que la lavandera de casa del tío Antonio le habia dado este nuevo nombre no llevaba otro, estaba hecho un polizoncito completo. Nadie habria creído que era italiano al oírle expresarse con tanta claridad en castellano y con el acento propio de los que nacen en Cádiz, si él no lo dijera cuando le preguntaban á que nacionalidad pertenecía.

El Doctor habia ilustrado á este respecto al tío Antonio, quien tuvo cuidado de contar al niño, luego que estuvo capaz de comprenderlo, todo lo que él sabia con relacion á su triste historia.

El tío Antonio, á fuerza de trabajo, habia logrado hacer aprender á Mauricio á leer y escribir y algo de cuentas, y merced á estas habilidades y á algunos ahorrillos, pudo lograr enviarle, por conducto de la casa Sobrino y compañía, á América, como dicen los españoles, para hacer fortuna.

El chico, dócil de carácter y ávido de mudar de objetos, no vaciló en obedecer á su padre adoptivo, y habia hecho el viaje con gusto á pesar de las incomodidades propias de la navega-

cion, y que se aumentaban por la circunstancia de que tanto él como sus compañeros, en su categoría de pasajeros de ínfima clase, recibían peor trato que los que pagaban más que ellos, y comían con los marineros y los criados.

La navegación fué larga y pesada, pero no lo fué tanto como el viaje de Veracruz á México en la línea *acelerada* de carros, que en aquellos buenos tiempos tardaba cuarenta y á veces sesenta días en recorrer las cien leguas que hay de la capital al puerto.

Luego que D. Márcos volvió de dejar á los otros chicos en las tiendas donde debían servir, llamó á Mauricio y á su compañero y les dirigió el siguiente discurso, notable por la sencillez de los términos y por su ruda elocuencia, que impresionó notablemente á los chicos.

—Piensan en nuestra tierra—les dijo D. Márcos—que no hay más que llegar á México y agacharse para recoger dinero, y supongo que ustedes habrán oído hablar del andaluz que al desembarcar se encontró un duro y le arrojó con desprecio pensando que más adelante hallaría onzas de oro á montones. Por supuesto que nada encontró, y se quedó tan pobre como antes. Aquí es cierto que se puede ganar el dinero, pero no holgando y gastando, sino trabajando y haciendo economías, y si no, dígalo yo, que empecé ganando cuatro pesos cada mes cuando vine tan muchacho y tan pobre como ustedes, y hoy ya estoy establecido; pero he necesitado treinta años en los cuales no he dejado de trabajar un solo día ni usado más vestido que el que ustedes miran ú otro semejante. Si ustedes quieren volver á España algún día con una regular fortuna para pasar allí la vejez cómodamente y con descanso, no tienen más que hacer lo que yo les digo: trabajar y economizar, y verán qué bien les irá; pero si quieren holgar y no piensan en mañana, ó nunca pasarán de tristes dependientes, ó lo que es peor, llegarán alguna vez á morir de hambre. ¡Ea! ya están ustedes entendi-

dos; ya saben lo que les conviene; con que así, no ser tontos y á trabajar, que para eso se ha hecho la vida.

Los muchachos salieron de nuevo á la tienda, y poco á poco se fueron familiarizando con los marchantes, de manera que ya no les impresionaban al grado que el primer día sus dichos y sus bromas, á los que contestaban lo mejor que podían.

El compañero de Mauricio desempeñaba con gusto cuantas comisiones le encomendaban; lavaba el mostrador, abría fardos, desempeñaba pequeñas comisiones de sus compañeros, y llevaba trazas de ser alguna vez un tendero hecho y derecho.

Mauricio, á pesar de su buena voluntad, no podía acostumbrarse á aquella vida; le agradaba más hacer las anotaciones en los libros y resolver las dudas de contabilidad que solían ocurrir á sus compañeros, que dedicarse á los oficios que por lo regular se encomiendan á los últimos dependientes en las tiendas de la naturaleza de aquella en que se hallaba.

Comunmente se entretenía en retratar con lápiz en un pedazo de papel á los marchantes de la casa que tenían fisonomías notables, y más de una vez le sorprendió el dueño de la tienda distraído en esa ocupación y descuidando el despacho por dedicarse á ella.

Pero rudo como era el buen D. Márcos, admirado de ver la semejanza que los retratos que hacía Mauricio tenían con sus originales, se conformaba con amonestar paternalmente al chico diciéndole que pensara menos en las artes y más en el comercio, pues la mayor parte de los que á aquellas se dedicaban se morían de hambre ó permanecían pobres toda su vida, mientras que este había enriquecido á muchos.

El chico prometía enmendarse, pero á poco volvía á su ocupación favorita.

El tapanco de la tienda, habitación de los dependientes, se llenó bien pronto con los croquis de Mauricio, y D. Márcos, lo mismo que todos los que veían aquellos retratos, convenían en

que no les faltaba mas que hablar; pero el buen tendero, que se habia aficionado á su dependiente nuevo, se entristecía mucho al considerar el negro porvenir que le aguardaba, si obstinándose en despreciar el comercio por la pintura, desoía sus buenos consejos y se apartaba del camino fuera del cual, segun el señor Olavarría, no habia fortuna posible; y de esto estaba tan seguro, decia, como de que fuera de la Iglesia Católica no hay salvacion.

El muchacho era pintor por instinto, y la fuerza de su vocacion le hacia olvidar muy pronto los paternales consejos de D. Márcos, y consagrarse mas asiduamente que nunca á su tarea de retratar á cuantos concurrían á la tienda, llegando al extremo de no hacerlo ya solamente en papel, sino en el mostrador, en la *piquera*, en los libros, en los paquetes de velas, en las cajas de galletas, en todo aquello, en fin, que presentaba un blanco suficiente para que cupiese un perfil.

Muy pronto no hubo en la tienda un solo objeto que no tuviera un cróquis de Mauricio.

XXXII.

La Tertulia.

A la tienda de D. Márcos Olavarría concurrían, como es costumbre generalizada en México, algunos amigos que pasaban todas las noches dos ó tres horas sentados en el mostrador, en charla con el patron de la casa, y algunas veces comiendo galletas y avellanas, ó jugando un partido de ajedrez.

La sociedad que frecuentaba la casa de D. Márcos se componia de dos ó tres corredores y otros tantos comerciantes por mayor.

Solia agregarse á esta reunion un vejete, borracho consuetudinario, de fisonomía extravagante, y que tenia la original pretension de hacerse pasar por médico y por diputado al Congreso general.

Bebia algunas copas de aguardiente á crédito, y era de oírle, tartamudeando, tanto por naturaleza cuanto por embriaguez, contar á su modo lo que pasaba en las sesiones del Congreso. Era oposicionista furibundo, y fuerza es confesar que no obs

que no les faltaba mas que hablar; pero el buen tendero, que se habia aficionado á su dependiente nuevo, se entristecía mucho al considerar el negro porvenir que le aguardaba, si obstinándose en despreciar el comercio por la pintura, desoía sus buenos consejos y se apartaba del camino fuera del cual, segun el señor Olavarría, no habia fortuna posible; y de esto estaba tan seguro, decia, como de que fuera de la Iglesia Católica no hay salvacion.

El muchacho era pintor por instinto, y la fuerza de su vocacion le hacia olvidar muy pronto los paternales consejos de D. Márcos, y consagrarse mas asiduamente que nunca á su tarea de retratar á cuantos concurrían á la tienda, llegando al extremo de no hacerlo ya solamente en papel, sino en el mostrador, en la *piquera*, en los libros, en los paquetes de velas, en las cajas de galletas, en todo aquello, en fin, que presentaba un blanco suficiente para que cupiese un perfil.

Muy pronto no hubo en la tienda un solo objeto que no tuviera un cróquis de Mauricio.

XXXII.

La Tertulia.

A la tienda de D. Márcos Olavarría concurrían, como es costumbre generalizada en México, algunos amigos que pasaban todas las noches dos ó tres horas sentados en el mostrador, en charla con el patron de la casa, y algunas veces comiendo galletas y avellanas, ó jugando un partido de ajedrez.

La sociedad que frecuentaba la casa de D. Márcos se componia de dos ó tres corredores y otros tantos comerciantes por mayor.

Solia agregarse á esta reunion un vejete, borracho consuetudinario, de fisonomía extravagante, y que tenia la original pretension de hacerse pasar por médico y por diputado al Congreso general.

Bebia algunas copas de aguardiente á crédito, y era de oírle, tartamudeando, tanto por naturaleza cuanto por embriaguez, contar á su modo lo que pasaba en las sesiones del Congreso. Era oposicionista furibundo, y fuerza es confesar que no obs

tante su borrachera cotidiana, que degeneraba ya en locura, se expresaba mas dignamente y con mayor mesura que algunos que tienen la mania de la oposicion en el actual Congreso.

Una noche llamó aparte á D. Márcos y con mucho misterio aunque no en voz tan baja que no le oyesen los tertulianos y los dependientes, le dijo:

- Quiero que me haga usted un gran favor.
- Diga usted, señor Diputado.
- He tomado una copa de aguardiente, que es medio.
- Sí, señor.
- Déme usted dos reales de galletas, y serán dos y medio.
- Muy bien.
- Cuatro reales en plata y tendremos seis y medio.
- ¿Qué mas?
- Una vela.
- Son siete y medio.

—Y otra copa para completar el peso. Cuando nos den las dietas le pagaré á usted.

D. Márcos y cuantos le escuchaban se echaron á reir á carcajadas.

Pero el buen español, que sabia mejor que nadie que no habia tal diputacion ni tales dietas, preferia pasar por engañado á dejar de socorrer una necesidad, y dió al viejo cuanto le pedia.

Mauricio, con una regla de madera blanca en la mano, habia visto lo que pasaba y escuchado la conversacion.

Sacó su lápiz de la cartera, y comenzó á pintar algo en la regla.

Pasado un momento, el dependiente que estaba á su lado se puso á reir extrepitosamente, y llamó á sus compañeros que vieron la regla y rieron tambien á carcajadas.

D. Márcos preguntó de qué se trataba. Le enseñaron la re-

gla, y rió á su vez como un loco; llevando el cuerpo del delito á los contertulianos.

La hilaridad se hizo general.

Mauricio habia pintado en un grupo á su patron por la parte de adentro del mostrador oyendo atentamente al Diputado, quien, por la parte de afuera ponía una cara muy interesante al hacer su peticion.

Las dos figuras hablaban, como se dice vulgarmente.

Pronto la risa dió lugar á la admiracion.

—Sabe usted D. Márcos,—dijo uno de los concurrentes—que este chico tiene una disposicion asombrosa para la pintura?

—¡Toma! pues ya lo creo. Toda la casa me ha pintorrajado, y si ustedes vieran como tiene la pared de allá arriba!.....

—Nada nos habia usted dicho hasta ahora.

—No quiero fomentarle esa inclinacion, porque estoy seguro de que no ha de hacer letra pintando.

—Dice usted que tiene muchas cosas allá arriba?—dijo otro.

—Pero muchísimas. Allí están retratados cuantos marchantes y borrachos y cargadores y criados vienen acá; y no será difícil que hasta ustedes formen parte de su galería, como él la llama.

—Quisiera verla.

—Y yo.

—Y yo—contestaron todos los contertulianos.

—Pues sírvanse ustedes saltar el mostrador—contestó Don Márcos—y venir conmigo al tapanco.

Dos minutos despues toda la tertulia admiraba los cróquis de Mauricio.

—D. Márcos—dijo un corredor viejo y honradote á carta cabal—es un pecado imperdonable que no haga usted que este chico aprenda el dibujo.

—Es un génio—dijo otro.

—Podrá llegar á ser un Murillo ó un Velazquez—dijo un

comisionista de efectos del país que entendia tanto de pintura como de griego, pero que habia oido alguna vez esos nombres y queria darse importancia.

—Y díganme ustedes—contestó D. Márcos—ese Murillo y ese Velazquez y tantos otros pintores de fama que habrá por ahí, ¿han sido ricos?

Si el comisionista hubiera sabido que Velazquez fué rico por la proteccion de un rey, y que su discípulo Murillo, gracias á su matrimonio, logró inmensa fortuna, habria sido muy dichoso en presentar á D. Márcos los ejemplos del pintor mas grande de España y del fundador de la Academia de Sevilla, para inclinarle á dedicar á Mauricio á esa carrera; pero su erudicion no alcanzaba mas que hasta los nombres de los dos ilustres pintores, y tuvo que guardar silencio.

—Suponga usted que no sea rico—repuso el corredor—pero podrá llegar á ser grande.

—Ríase usted de la grandeza, señor Don Gerónimo; la verdadera grandeza es la que puede encerrarse en la caja.

—Si todos opinaran como usted, no habria en el mundo mas que comerciantes y usureros.

—Pero no habria tramposos ni desgraciados.

—Sériamente, Don Márcos, yo en lugar de usted mandaria á este chico á la Academia.

—Yo creo que va á perder allí el tiempo.

—¿Usted desea su bien?

—Se entiende.

—Pues pruebe usted algunos dias; vale que no le hace á usted falta en el mostrador, y que sus gastos no han de ser muchos.

—Pero señor Don Gerónimo.....

—Pero señor Don Márcos, no sea usted testarudo. Lo preguntaremos al chico lo que desea.

—Es inútil.

—Estoy seguro de que con mucho gusto irá á la Academia.

—Ya lo creo.

—Figúrese usted que gloria le resultará á usted cuando este muchacho figure en primer término en la exposicion, porque entónces podrá usted decir: esta es mi obra.

—¿Y cuando se muera de hambre?

—Usted no le abandonará.

—Pero he de vivir siempre?

—Vamos, D. Márcos—dijo con tono de súplica Don Gerónimo.

Todos los concurrentes unieron sus súplicas á las del corredor, y fué decidido que Mauricio entraria á la Academia á principios del año siguiente.

Cuando el chico supo este arreglo no cabia en sí de gozo, y abrazó uno por uno á todos los contertulianos de Don Márcos que le habian conseguido tan señalado favor.



La aparición.

Don Márcos cumplió su palabra. Mauricio entró á la Academia de Bellas Artes, y desde los primeros dias dió á conocer que llegaría alguna vez á ser un gran pintor.

Sus obras se distinguían, no solamente por la exactitud con el original, sino también por ese *no sé que* que revela el genio de los artistas hasta en las copias que hacen, y que es como un baño de luz, perceptible aun para los ojos ménos ejercitados.

Sin embargo, don Márcos se hallaba muy léjos de estar satisfecho. Reconocía el mérito de las obras de Mauricio, y se complacía con cierta vanidad en mostrarlas á sus contertulianos; pero reflexionaba despues á su manera y movía la cabeza con aire de descontento, pensando que su protegido nunca haría fortuna en la carrera que había querido abrazar.

Este, por su parte, trabajaba con ahínco deseando poder, cuanto ántes, ganar algo con sus pinceles para no ser gravoso á su protector, quien no se conformaba, á pesar de su car

rística economía, con darle cuarto y plato, como vulgarmente se dice, sino que acudía á todos los gastos del artista como si fuera su propio hijo.

Mauricio se lo agradecía con toda su alma, y en la efusion de su gratitud decía que jamás se olvidaría de su protector ni se separaría de su lado.

Don Márcos, que sin haber ojeado libros, ni cursado cátedras de filosofía, tenía de sobra práctica del mundo y conocimiento de los hombres, sonreía con aire de duda al oír las protestas de Mauricio, y se refería al tiempo para saber á qué atenerse.

Los dias, y las semanas, y los meses, y los años se sucedían entretanto con esa rapidez increíble con que nos llevan de la cuna al sepulcro, y Mauricio crecía y sus necesidades eran cada vez mayores.

Llegó, como era natural, para nuestro héroe el momento que decide de toda una vida, y desde entónces comenzó á ver en su porvenir la imágen de una mujer interceptando con su sombra los rayos de luz de la gloria que hasta ese instante supremo había sido el único sueño de su vida y el solo objeto de sus afanes.

Hay algo de misterioso y de indefinible en esa dilatacion del corazón por el amor y para el amor. Parece que se nace á otra vida; que el sol alumbra mejor; que el aire es mas puro, el cielo mas azul y las flores mas bellas y fragantes. Se encuentra uno pequeño y ruin en medio de esa atmósfera de encantos sobre la cual domina como un genio de la belleza y de la poesía la imágen de una mujer.

Aunque regularmente el objeto de nuestros primeros amores no merece en el momento que nos los inspira el nombre de mujer; es un embrión de mujer, una polla cenceña y vivaracha que salta la cuerda ó corre tras de las mariposas en la Alameda, con las medias caídas, las pantorrillas al aire, sueltas las trenzas y el pañuelo desprendido, y que se cuida ménos de la

pasion que nos inspira que de la liga que dejó caer en su carrera, y que nosotros habriamos recogido con respeto y guardado con veneracion.

Y sin embargo, ese ser petulante é insustancial que está en la edad en que los fisiologistas no le consideran hombre ni mujer, produce, con aparecerse solamente en el camino que seguimos, una revolucion completa en nuestra alma. Nuestro pensamiento le diviniza, nuestra imaginacion nos le representa con todas las gracias de la mujer, todas las virtudes de la vírgen, toda la belleza de los ángeles, porque para nosotros es mas que mujer, mas que vírgen, mas que ángel; es el amor primero con su séquito de encantos é ilusiones.

Nosotros somos tambien unos niños; salimos de la escuela ó del colegio, con nuestros libros debajo del brazo, y olvidamos el análisis gramatical ó la leccion de historia sagrada, ó la cátedra de primer año, por ir á gozar con la contemplacion de nuestra amada, que si llega á advertir nuestra asiduidad y á conocer nuestras pretensiones, se conforma con encojer los hombros y llamarnos *mocosos*, si no es que nos enseña la lengua desde el balcon de su casa, ó nos arroja á la cara un puñado de tierra ó de yerbas en la Alameda, segun lo bien ó mal aprovechada que esté en materia de urbanidad y cortesía.

Y no se crea que su conducta es hija de su mal corazon. No ama todavia, ni ha tenido tiempo de amar sino á sus muñecas, y no encuentra aun una amiga que la anime á emprender el camino de la coqueteria y de las intrigas amorosas. En su casa oye solamente las paternales admoniciones que la enseñan á desconfiar de la juventud y á preferir, cuando llegue el caso de abrazar la cruz del matrimonio, un hombre formal y acomodado á un pisaverde de poco peso y sin sustancia, mucho mas si éste no cuenta, como por lo regular sucede, con bienes de fortuna.

Mauricio encontraba diariamente, al dirigirse á la Academia por la mañana, una pareja que le llamaba extraordinariamente la atencion.

Eran un hombre de regular edad, de aspecto sério y adusto, y una niña como de once años, que del brazo del que parecia ser su padre, con una bolsa de libros en la mano, un gracioso gorrito en la cabeza, en cuerpo y con un delantal negro de tirantes sobre un traje claro de musolina, iba siempre en animada charla y parecia dirigirse á la amiga.

El talle de la niña era esbelto; sus piés, que dejaba ver el traje alto que llevaba, eran diminutos y bien hechos. Sus facciones, menudas y graciosas animadas por unos ojos negros de mirar dulcísimo, y su modesto y sencillo aspecto, llamaron desde el primer dia la atencion de Mauricio, que desde entonces se sentia contrariado cuando no encontraba á la interesante pareja en su camino.

Nuestro héroe progresaba en la pintura; hacia estudios del natural, y tenia una imaginacion tan viva, y una vista tan buena, que habia hecho sorprendentes y casi perfectos retratos de personas á quienes solamente de paso habia visto alguna vez.

Le ocurrió la idea de retratar al padre y á la hija y se explicaba á sí mismo el disgusto que le causaba no encontrarlos, diciéndose que no podia estudiar, aunque fuera superficialmente, las figuras del cuadro á que sin saberlo ellos servían de modelo.

La verdad era que el cuadro adelantaba, y que Mauricio estudiaba en su propio corazon la fisonomía de la niña, en la que el mas escrupuloso maestro nada habria tenido que observar teniendo al frente el original.

La figura del padre estaba ménos acabada.

Mauricio y la misteriosa niña continuaban encontrándose casi diariamente. El la miraba de un modo apasionado; ella se

fijó un día en la cicatriz que el artista ostentaba en la frente, y que no acertaba á cubrir por completo el sombrero, y como se encontraban con tanta frecuencia, continuó mirándole algunas veces, pero maquinalmente, sin pensar en lo que hacia, y no volviendo á acordarse del mancebo hasta la mañana siguiente, que le encontraba de nuevo.

Por lo poco que nuestros lectores conocen del carácter de don Márcos y de sus opiniones económicas, se figurarán sin duda que nuestro pobre enamorado, aunque no careciendo de lo preciso, no estaba hecho un dandy que digamos. Su protector vestía diariamente chaqueta de dril, y solamente los domingos que le tocaba salir á paseo y los días grandes en que como amo de la casa dejaba el mostrador á la hora que le parecía, gastaba chaqueta de paño y sacaba de un ropero el domingoero fieltro. Así es que mucho habia hecho con dar á Mauricio para el diario trages como los que él mismo usaba los días que repicaban recio, y tenerle así, decia, hecho un señor.

Mauricio estaba conforme con su suerte y agradecía en el alma á don Márcos lo que hacia por él. Entregado completamente al estudio del arte para el que se sentia inspirado, no habia reparado en que su traje no era elegante, y se hallaba contento con él. Pero la primera vez que la niña desconocida le dirigió una mirada, el pobre artista pensó con tristeza en que habria producido mejor efecto en el ánimo de la que amaba si vistiera levita; chaqueta con anqueras como con desprecio llamaba á semejante prenda don Márcos en su ruda franqueza. Cuando volvió á la tienda del señor Olavarría, este notó que estaba triste.

Mauricio, tan atento de ordinario con su protector, apenas contestaba á sus preguntas.

—Pero ¿qué tienes, muchacho—le dijo don Márcos—te han echado á perder tu copia de la Magdalena?

—Nó, señor.

—Pues por qué estás tan mústio, hombre?

—Se equivoca usted, señor, estoy como todos los días.

Don Márcos se puso á su vez de mal humor, y no insistió en sus preguntas.

Mauricio soñó toda la noche con la niña que le impresionaba y con una levita.

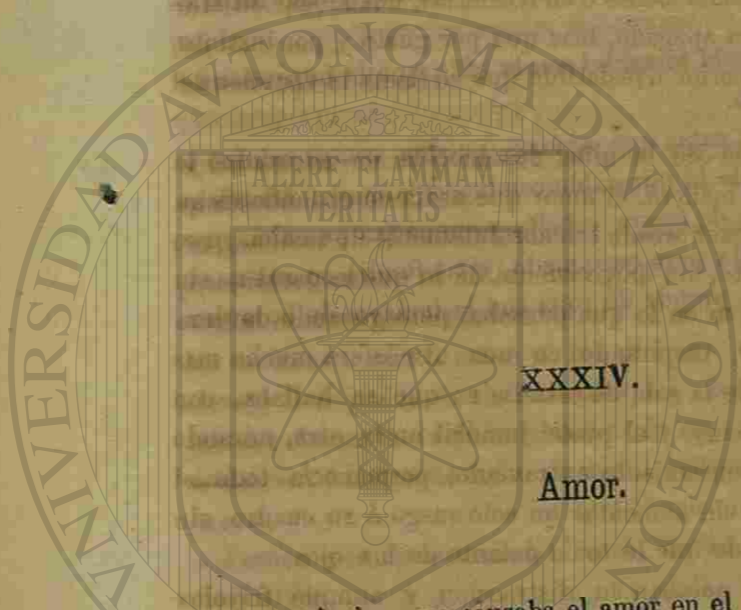
Puerilidades son estas que apenas pueden comprenderse y que dan una idea de la miserable condicion humana. Mauricio artista, apasionado, de figura esbelta y simpática pensaba, que necesitaba una levita para ser amado, y confundia en sus sueños el corte de una prenda de ropa con la imágen de la mujer amada.

JANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





La revolución que causaba el amor en el alma de Mauricio era cada vez mas visible.

Parecia que el jóven, privado desde tan niño de las caricias maternales, perdida la memoria de sus primeros años, y con el corazon ajeno á las íntimas afecciones de familia, que, por decirlo así, amoldan y preparan el alma humana para sentimientos mas fuertes y profundos, habia concentrado durante tanto tiempo en el fondo de su pecho cuanto cariño era capaz de experimentar en la vida para ponerle á los piés de una mujer, de una niña que era para él todo el mundo, y que ni siquiera sospechaba podia ser objeto de una pasion de artista, es decir, de una pasion verdadera y ardiente.

El carácter de Mauricio habia sido hasta entónces alegre y expansivo; pronto se convirtió en adusto y reservado.

A diferencia de la generalidad de los artistas, que por lo regular son perezosos é indolentes, Mauricio llamaba la atencion

de sus profesores y de sus condiscípulos por su laboriosidad y aplicacion al estudio, y jamas se le habia visto, distraido en conversaciones insustanciales ó en fruslerías, abandonar su trabajo, al que parecia apegado, mas que por gusto y por instinto, por esa fuerza superior irresistible que se llama la vocacion del arte.

Pero la aparicion de la niña desconocida en su camino le preocupaba de tal manera, el amor que ardia en el fondo de su corazon se habia enseñoreado tan absolutamente de su alma, que muy frecuentemente, sin darse cuenta de lo que le pasaba, sin saber lo que hacia ni en lo que pensaba, pero gozando de una manera indefinible, respirando en una atmósfera mucho mas agradable que la de la sala de estudio en que se hallaba, con la paleta en una mano, y el pincel inmóvil en la otra, mirando sin ver, y con el pensamiento extraviado, permanecia todo el tiempo de la clase sin aumentar un solo rasgo á su cuadro, sin acordarse siquiera de que le tenia delante de los ojos.

Sus compañeros notaban su distraccion, y aunque frívolos por naturaleza, la respetaban y no se atrevian á sacarle de ella.

Uno de ellos, sin embargo, cuyas simpatías por nuestro héroe habian hecho mas íntimas sus relaciones con él, se acercó un dia al lugar donde Mauricio acostumbraba trabajar ántes y donde no hacia mas que soñar de algun tiempo á esa parte, y le puso la mano en el hombro.

Mauricio se estremeció.

Sucede regularmente, y nuestros lectores habrán tenido tal vez ocasion de observarlo, que cuando estamos abstraídos en un dulce pensamiento, entretenidos en la lectura de un buen libro, ejecutando ó escuchando algun trozo sublime de música, completamente olvidados del mundo exterior, y la mano de un amigo cae sobre nuestro hombro, su voz hiere nuestros oídos, llamándonos á la vida real de donde nos habiamos apartado para vagar con el pensamiento en una atmósfera de ilusiones y

de poesía, experimentamos una sensación desagradable; un estremecimiento nervioso recorre nuestro cuerpo, y como las gentes á quienes se despierta bruscamente cuando una pesadilla las atormenta, tardamos en reconocernos y en comprender que hemos dejado de soñar.

—Eh! Mauricio, ¿en qué piensas, hombre?—dijo con acento entre afable y burlesco el muchacho—Apostaría algo bueno á que estás enamorado.

Mauricio abrió enormemente los ojos y miró con extrañeza á su interlocutor.

Era este un muchacho rubio, de esos cuyo tipo abunda en las escuelas y en los colegios, con el rostro lleno de peluza mas clara y fina que la de los duraznos, los carrillos colgantes, los labios gruesos, la nariz aplastada, los ojos melancólicos, grandes melenas colgando sobre el cuello, cejijunto y salpicado de barros.

Pasaba por buen mozo y él creía de buena fé que se le hacia justicia.

Pretendia á las hermanas de todos sus compañeros y les enviaba con los criados ó con el aguador circulares amorosas á las cuales se alababa de recibir siempre contestacion.

Era el oráculo de los muchachos en materia de amores, y apenas habia alguno que no le hubiera suplicado, llegado el caso, que le hiciese la minuta de su primera carta.

Como se consideraba una especialidad para el objeto, jamás negaba tan pequeño favor á sus amigos, y por el contrario, se mostraba muy ufano de poseer una habilidad que le hacia el confidente general de la escuela.

Viendo que Mauricio no le contestaba, y que se conformaba con verle de un modo extraño, volvió á decirle:

—¿En qué piensas, Mauricio?

—En nada—contestó este poniéndose encarnado.

—¿Sabes lo que estoy pensando?

—Nó, si tu quieres decírmelo.....

—Pues pienso en que eres tú el peor de los amigos del mundo.

—¿Por qué?

—Porque no tienes confianza con tus amigos.

—Si no te explicas.....

—Tú estás enamorado.

—Yo! ¿quién te lo ha dicho?

—Hijo, cuando se tiene la experiencia del mundo que yo tengo, no se necesita que le digan á uno ciertas cosas, las adivina.

—¿Y qué has adivinado?

—Que te gusta la niña de la Moneda.

Mauricio no sabia mentir y tampoco habia aprendido todavía á disimular sus sentimientos; así es que á la brusca salida de su amigo nada contestó, y bajó la cabeza ruborizado.

Ramon, que así se llamaba el *hombre de mundo* continuó de esta manera:

—Hombre! no te pongas colorado, si eso no es pecado. Aquí me tienes á mi que me gustan todas, y que gozo de fortuna con ellas, que ni sudo ni me acongojo cuando me comen el trigo.

—Pero de donde sabes tú.....?

—Me crees algun nécio? ¿No habré visto el retratito, y no habré sorprendido tus suspiros y tus distracciones, y alguna que otra palabra de enamorado que dejas escapar algunas veces? Pues quedaba yo fresco si á la hora de esta no supiera conocer estas cosas. Desde ántes que destripara, y cuando iba todavía á la Escuela de Medicina, sé que las enfermedades se conocen por los síntomas.

—Y tu sabes como se llama.....

—¿Qué? Tu enfermedad?.....

—No, hombre, la señorita.

—Miren al gazmoño; fiese usted de las mosquitas muertas, ¿por donde te me vienes saliendo ahora, Mauricio de mi vida? En amor, primera regla: averiguar el nombre de la chica; segunda: informarse del carácter del papá y de si es hombre, no de armas tomar, sino de palos dar; tercera: investigar si la casa tiene agua propia ó se sirve la familia del útil medio del aguador para abastecerse de tan precioso líquido; cuarta, escribir una esquelita en un papel perfumado, firmando bajo el seudónimo de *un desgraciado*, para excitar la compasion de la niña y evitar que si la preciosa misiva cae en manos del autor de los dias del objeto amado, pueda comprobar su procedencia; quinta..... pero mira, mejor te iré dando las reglas conforme las necesites. Por ahora, envanécete, porque has hecho una pregunta como podria haberla hecho yo mismo en tu caso. Con que quieres saber como se llama la niña!

—Sí.

—Pues se llama, se llama.....

—Acaba.

—¿Como quisieras tú que se llamara?

—Hombre! tienes unas cosas.....

—No es sin misterio la pregunta.

—¿Cómo!

—Figúrate buen Mauricio que se llamara Pragedis.

—¿Ramon!

—O Tecla, ó Bartola, ¿qué harías?

—Nada.

—¿La seguirías queriendo?

—Claro está.

—Vaya! estoy mirando que eres un niño en esto de amores; si no hay poesia, chico, en enamorar á una muchacha, vale mas no verla siquiera, por linda que sea; yo conocí á una que se llamaba Sóstenes: no tenia malos bigotes, pero ya ves, se llamaba Sóstenes, y ve á soñar con un nombre tan feo, ó á intro-

ducirle en una cuarteta erótica. Por mas señas que me sucedió un chasco terrible con ella, y desde entónces senté la regla de buen vivir de no decirle á ninguna niña mi atrevido pensamiento sin saber ántes si su nombre era digno de mis versos y de mi prosa. Figúrate, buen Mauricio, que ví á la tal Sóstenes una noche en las cadenas, al salir de la clase nocturna; llevaba una talma encarnada, un trage blanco, y la luz de la luna parecia buscar con empeño los huecos entre hoja y hoja de los árboles para pasar y acariciar su cara. Perfil griego, chico! y luego, ya sabes, que á la luz de la luna no hay mujer fea. Me gusta, la sigo, le rondo la calle, me hace frente; le escribo la primera carta, poética, elocuente, pintándole mi pasion volcánica, devoradora; se la doy en propia mano una noche, me la devuelve cerrada al dia siguiente..... chico, otra regla, manda siempre la primera carta abierta, para que así aun cuando te la devuelvan no te puedan contar que no la han leído..... le mando la segunda por el balcon envuelta en un pañuelo y atada con un liston encarnado, se queda con ella; le escribo la tercera, me la contesta diciendo que duda de mi amor, que una jóven recatada no debe dar oidos á los jóvenes del dia, que su papá por aquí, que su mamá por allá, y para no cansarte, chico, á la vuelta de un mes ya estábamos en gran correspondencia.

—Tan pronto?

—Te figuras acaso que soy niño de teta?

—Ni por un momento.

—Pues oye, falta lo mejor.

—¿Lo mejor?

—Sí lo del nombre.

—Ah! sí ¿decías?

—Decía yo que ya estábamos en correspondencia, cuando un amigo mio, ¡pérfido! que pasaba todos los dias por la calle en que vivia mi amor y me veia haciendo el oso, comenzó á

embromarme con la niña, á decirme que visitaba la casa y me ofreció llevarme.

—Aceptaste por supuesto.

—Ahora verás; todas eran mentiras del infame. Creyéndole yo de buena fé, me informo con él de la familia, del nombre de la muchacha y de otros pormenores, y sé que el ángel de mis sueños se llama Carolina. ¡Carolina! que nombre tan bonito, ¿verdad?

—Ya lo creo.

—Pues bien; acepto el ofrecimiento de ser llevado á la casa por mi amigo Miguel, y este, que no visitaba, ni conocia siquiera á la que decia llamarse Carolina, difiere de dia en dia el momento de mi presentacion. Yo no habia querido decirle una palabra á la chica, para sorprenderla, y esperaba con ánsia la noche en que Miguel debia llevarme á visitarla. Una tarde, cerca del anochecer, estaba yo parado abajo del balcon de mi Carolina, esperando se oscureciera para recoger un papelito que me habia enseñado, y que debia tirarme, cuando pasan por allí dos muchachas y una vieja y se ponen á hablar desde la calle á grito partido con ella:

—¿Que haces Soti..... como estan por acá?

—Bien, y por allá?

—No hay novedad, mil gracias.

—¿Quieren subir?

—Nó, muchas gracias, ya es tarde.

—¿Cuando vienen?

—Pronto, y tú ¿cuando nos vas á ver, sinvergüenzona?

—Allá voy un dia.

—Sí, con eso nos cuentas.... —dijo una de ellas indicándome con una mirada.

—Bueno.

—Adios Soti, muchas expresiones.

—Adios.

—Luego que se fueron—continuó Ramon—me quedé pensando, mas que en la impertinente curiosidad de las amigas de la chica, en el nombre que la habian dado. Imposible, decia yo, que Soti sea diminutivo de Carolina; aunque se ven tantas rarezas en esto de nombres! Se llamará Sotera? Dios me libre! Por fin, me resolví á preguntarle, y en mi próxima carta le puse un párrafo que decia así poco mas ó menos:

“Necesito un nombre que invocar en mis sueños de amor; tu corazon es mio, tus ojos me dicen que me aman, tus cartas me traen tu acento y mi felicidad; pero cuando pienso en tí, no encuentran mis labios un nombre que pronunciar. ¿Cómo te llamas, niña, que tus amigas te dicen Soti, y tu santo no está en el calendario de mi corazon?”

—¿Que te parece el estilo?

—Magnífico—dijo Mauricio, sinceramente admirado al oir los disparates retumbantes de su amigo.

—No tengas cuidado, que así le hemos de escribir á la tuya.

—Y que contestó ella?

—Por lo pronto nada; presentia su desgracia.

—¿Su desgracia?

—Claro, era muchacha de talento y comprendia perfectamente que por un lado entraria su nombre en mis oidos y por el otro saldria el amor de mi corazon.

—Y despues?

—Viendo que no me contestaba, insistí á punto de amenazarla con acabar los amores si no me decia su nombre, y acusándola de caprichosa. Entónces la pobrecita me escribió una carta en la que entre otras cosas me decia que no podia persuadirse de que yo no sabia su nombre, pero que una vez que lo deseaba con tanta insistencia, firmaba aquella; y con letra menudita y coqueta ponía abajo *Sóstenes*. Sostenes! ya ves, y yo que creia que se llamaba Carolina!

Mauricio no pudo ménos de reirse viendo la cara tan cómica que ponía su amigo al recordar este incidente.

—Desde aquel punto —continuó Ramon— mi amor se apagó como una hornilla en la que hubieran echado un barril de agua y poco á poco olvidé á mi Sóstenes Carolina, que á pesar del mal gusto de sus padrinos me gustaba muchísimo y era chica de talento.

—No la querrias mucho.

—¡Toma! y bien; ¿pero qué amor por grande que sea puede resistir á un nombre tan soez? Si Eloisa se hubiera llamado Sóstenes el buen Abelardo habria conservado todas sus facultades, no lo dudas.

—Pero ¡tonto de mí! —prosiguió el locuaz mancebo— te estoy entreteniéndome con trozos de historia antigua y no acabo de decirte como se llama tu amor; y ese nombre sí que es verdadero, que yo no soy un charlatan como Miguel, se llama Luisa.

—¡Luisa! —murmuró Mauricio llevando la mano al corazon

—¡Luisa! ¡qué bonito! tan bonito como ella.

—Ya lo creo.

—¡Luisa! gracias, Ramon, eres un buen amigo.

XXXV.

La primera carta.

—¿Por qué no le escribes, Mauricio? —preguntaba Ramon á nuestro héroe hablándole de Luisa.

—Si no me atrevo á mirarla!.....

—Tonto! ¿Como te ha de querer entónces?

—Mira, Ramon, creo que eres mi amigo.

—Quien lo duda?

—Voy á confiarte una cosa, pero solo á tí; lo entiendes?

—Procuraré olvidarla en el momento.

—Ya sabes que soy huérfano de padre y madre.

—Ya lo sé.

—Que soy pobre.

—Lo sé tambien.

—Que el hombre generoso á quien vine recomendado me da cuanto necesito, y aun mas de lo que él cree necesario.

—Sí, hombre, sí; ¿adonde quieres ir á parar con ese preámbulo?

Mauricio no pudo ménos de reirse viendo la cara tan cómica que ponía su amigo al recordar este incidente.

—Desde aquel punto —continuó Ramon— mi amor se apagó como una hornilla en la que hubieran echado un barril de agua y poco á poco olvidé á mi Sóstenes Carolina, que á pesar del mal gusto de sus padrinos me gustaba muchísimo y era chica de talento.

—No la querrias mucho.

—¡Toma! y bien; ¿pero qué amor por grande que sea puede resistir á un nombre tan soez? Si Eloisa se hubiera llamado Sóstenes el buen Abelardo habria conservado todas sus facultades, no lo dudas.

—Pero ¡tonto de mí! —prosiguió el locuaz mancebo— te estoy entreteniendo con trozos de historia antigua y no acabo de decirte como se llama tu amor; y ese nombre sí que es verdadero, que yo no soy un charlatan como Miguel, se llama Luisa.

—¡Luisa! —murmuró Mauricio llevando la mano al corazon

—¡Luisa! ¡qué bonito! tan bonito como ella.

—Ya lo creo.

—¡Luisa! gracias, Ramon, eres un buen amigo.

XXXV.

La primera carta.

—¿Por qué no le escribes, Mauricio? —preguntaba Ramon á nuestro héroe hablándole de Luisa.

—Si no me atrevo á mirarla!.....

—Tonto! ¿Como te ha de querer entónces?

—Mira, Ramon, creo que eres mi amigo.

—Quien lo duda?

—Voy á confiarte una cosa, pero solo á tí; lo entiendes?

—Procuraré olvidarla en el momento.

—Ya sabes que soy huérfano de padre y madre.

—Ya lo sé.

—Que soy pobre.

—Lo sé tambien.

—Que el hombre generoso á quien vine recomendado me da cuanto necesito, y aun mas de lo que él cree necesario.

—Sí, hombre, sí; ¿adonde quieres ir á parar con ese preámbulo?

—Yo nada tengo mio.
 —Por vida de.....! acaba.
 —¿Crees tú que Luisa me amará viéndome en esta facha?—
 dijo por fin Mauricio, poniéndose extraordinariamente encarnado.

Ramon soltó una tremenda carcajada.

—¡Pobre niño!—contestó—estás creyendo que las mujeres se fijan en las exterioridades? Mira, son capaces de comerse una á otra por si el peinado está mas bajo ó mas alto, ó el corte del túnico es de moda ó del tiempo de Señora Santa-Ana, como ellas dicen; pero en cuanto al traje de los hombres, hacen ménos caso de él que del que lleva el gran turco.

—¿Deveras?—replicó alborozado Mauricio, que se iba acostumbrando á creer á pié juntillas en cuanto Ramon le decia

—Y tan deveras! A mí me ha pasado una cosa.....

—¿A tí?

—Sí, señor, á mí, y todavía me arde, por cierto; te la voy á contar para que te despreocupes y te convenzas de que para las mujeres el hábito no hace al monje; se entiende tratándose de monjes y no de monjas, porque en cuanto á estas la cosa es muy distinta. Has de saber que cuando, como tú, empezaba yo á vivir, me petó una parvulilla de frente tersa, cabellos dorados, ojos color de cielo, hoyitos á los dos lados de la boca y en la barba, peinado de estribos, vestido morado de indiana hasta las rodillas, calzones hasta el empeine, tremendas babuchas de terciopelo, ó de pana si tú quieres, carmesí, y ehal escocés que acusaba por origen algun túnico de corte del tiempo de los vireyes.

Yo era un chico muy guapo; no lo digo por alabarme, sino para la inteligencia de mi historia; me vestia Lamana, me rizaba Montauriol, y mi papá me compraba guantes en casa de Moncalian todos los domingos. Cabrisas me hacia botas de eharol, porque aun no estaban en moda los botines, y andaba yo

hecho un dije, ostentando en mi cabeza un sombrero de Anceesy.

Como no era yo tan mal parecido, creia que las muchachas se morian por mí, y luego que me flechó la rubita emprendí su conquista. Pero ¡chico! cartitas van y cartitas vienen; mis propinas de los domingos desaparecen convertidas en ramos, en palomas, y hasta en conejos; que la fineza de mi amor llegaba hasta obsequiar con animales demésticos á mi amada, y la fortaleza, firme, no se rendia; ni la elocuencia de Demóstenes y de Ciceron desleida en mis cartas, ni mi arrogante figura, ni mi elegancia en el vestir, ni mis finísimos obsequios ablandaban el corazon de roca de mi adorado tormento, y yo me admiraba de no lograr correspondencia, cuando hé aquí que una primita vivaracha de la niña, que á lo que yo infero tenia pretensiones sobre mi persona, viene á sentarse un dia junto á mí, porque debo advertirte que yo era de mucha confianza en la casa y casi todo el dia estaba en ella, y me dice:

—¿Le gustan á usted las calabazas, Ramon?

—Segun y conforme, Juanita.

—No hablo de las del campo, sino de las otras.

—¡Dios me libre!

—¡Pobre Ramon! ¿Y si se las hacen tomar?

—¿Se burla usted?

—No, por cierto.

—Pues ¿qué pasa?

—Que Luz no le quiere á usted.

—Eso no es nuevo.

—Pero quiere á otro.

—A otro?—dije dando un salto y encendido de cólera.

—A otro que vale ménos que usted.

—Mil gracias, Juanita, usted me favorece demasiado.

—Yo se lo he dicho, pero las muchachas son tan tontas!

Juana tenia entónces sus doce años; ya ves si podia hablar de las muchachas en ese tono.

—Y se puede saber quien es el feliz?—continuó con tono lamentable.

—No es un secreto, pero temo disgustar á usted.

—No tenga usted cuidado.

—Las mujeres escogemos siempre lo peor.

—Juanita, ¡por Dios!

—Es..... francamente no me atrevo á decírselo á usted.

—¿Quiere usted divertirse conmigo?

—No, pero me mortifica.

—Se lo ruego á usted.

—¿No se ha de incomodar conmigo?

—No por cierto; ¿usted qué culpa tiene?

—Es que el chisme agrada y el chismoso enfada.

—Pero no la chismosa.

—Gracias.

—Vamos, Juanita, no sea usted cruel.

—Pues es..... ¡Pípis!

—¡Pípis!—dije yo asombrado.

Juana se escabulló y yo me quedé estático, sin saber lo que me pasaba.

—Y quién era Pípis?—preguntó Mauricio.

—Pípis—continuó Ramon—era un muchacho de cara abotagada y sucia, de cuello grasiento, sombrero opaco y machucado, camisa negra y asquerosa, que olía á zahurda de á leguas y que habia merecido el nombre que Juana habia pronunciado por los animalitos de esa clase que se criaban en su cuerpo y solian salir á luz por entre el cuello de su camisa.

—Fó!

—Fó, dices, y fó dirá cualquiera gente medianamente limpia; pero la Lucesita me despreció á mí por semejante marraño. Conque ya ves tú.....

—¿Qué?

—Que si Pípis no solamente encontró quien le quisiera, sino que suplantó á un guapo mozo, tú, que andas aseado y que solo tienes el defecto de usar chaqueta, no debes desanimarte. Sobre todo, creará la niña que eres aficionado á andar á caballo y esto te dará aires de rico.

—No te burles, querido amigo.

—Hablo sériamente. Conque así, decídete, escríbele.

—Pero ¿qué le digo?

—¡Toma! que la quieres.

—¿Pero cómo?

—Mira, precisamente tengo en la bolsa un borrador de primera. Oye:

“Señorita:

Desde que tuve la dicha de ver á usted por primera vez, mi corazon se sintió presa de la mas vehemente pasion. Verla y amarla fué todo uno. ¡Que mucho si usted es un conjunto de gracias seductoras, de hermosura y de virtudes! Mi vida está pendiente de los labios de usted, ábralos usted diciendo que me ama y le será á usted deudor de dicha incomparable

Un desgraciado.”

—¿Qué te parece?

—Muy bueno.

—Pues pónla en limpio y se la mandamos.

—¿Con quién?

—Con el aguador ó con una criada.

Mauricio, á quien las historias y los consejos de Ramon habian decidido poco á poco á tentar fortuna con la niña, objeto de sus primeros y castos amores, y que, como sus compañeros, tenia en alto concepto á Ramon para semejantes asuntos, hizo cuanto este le aconsejaba, y escribió con mano trémula las palabras que le dictaba su amigo.

Su corazon latia con violencia. Le parecia que su letra era
MAURICIO.—13.

horrible é indigna de que se fijaran en ella los dulces ojos de su amada. Temía que el objeto de su amor llevase á mal su atrevimiento, y varias veces suspendió la escritura de su carta diciéndole á Ramon que era imposible para él escribirla y hacerla llegar á su destino.

Ramon le animaba, y sin mucho trabajo le convencía de que no tenía otro remedio, si quería que Luisa supiese que la amaba y le correspondiera, que escribirle, pues á buen seguro que ella adivinara, y mucho ménos que tomase la iniciativa.

Por fin, la carta fué escrita y se decidió que Ramon acompañara á Mauricio á buscar conducto por donde mandarla.

XXXVI.

La Estafeta.

A la mañana siguiente los dos amigos, que habían madrugado mucho, se hallaban estacionados en un zaguan frente á la casa de Luisa.

Mauricio temblaba como si fuera á cometer un crimen, y mas de una vez había suplicado á Ramon que dejaran la empresa para otro día.

Este se encojía de hombros y sonreía con aire de lástima.

Se hallaba en su elemento, y lo único que sentía era no ser mas que el acompañante y director del héroe principal.

—Vámonos, Ramon—le decía Mauricio por la centésima vez—el zaguan permanece cerrado, y ántes de que alguna criada salga nos van á ver.

—Calla, hombre, no seas niño; ¿qué importa que nos vean? sobre todo, es todavía muy temprano y nadie ha salido aun de

horrible é indigna de que se fijaran en ella los dulces ojos de su amada. Temía que el objeto de su amor llevase á mal su atrevimiento, y varias veces suspendió la escritura de su carta diciéndole á Ramon que era imposible para él escribirla y hacerla llegar á su destino.

Ramon le animaba, y sin mucho trabajo le convencía de que no tenía otro remedio, si quería que Luisa supiese que la amaba y le correspondiera, que escribirle, pues á buen seguro que ella adivinara, y mucho ménos que tomase la iniciativa.

Por fin, la carta fué escrita y se decidió que Ramon acompañara á Mauricio á buscar conducto por donde mandarla.

XXXVI.

La Estafeta.

A la mañana siguiente los dos amigos, que habían madrugado mucho, se hallaban estacionados en un zaguan frente á la casa de Luisa.

Mauricio temblaba como si fuera á cometer un crimen, y mas de una vez había suplicado á Ramon que dejaran la empresa para otro día.

Este se encojía de hombros y sonreía con aire de lástima.

Se hallaba en su elemento, y lo único que sentía era no ser mas que el acompañante y director del héroe principal.

—Vámonos, Ramon—le decía Mauricio por la centésima vez—el zaguan permanece cerrado, y ántes de que alguna criada salga nos van á ver.

—Calla, hombre, no seas niño; ¿qué importa que nos vean? sobre todo, es todavía muy temprano y nadie ha salido aun de

la casa. ¿Crees que tu presunto suegro sea capaz de lanzarse al mundo de los negocios sin tomar ántes su desayuno?

—No, pero.....

—No me andes con peros, hijo. Verás como no pasa mucho tiempo sin que salga por el mandado alguna criada, y digo criada, porque la experiencia que tengo me ha hecho comprender que son mas útiles y mejores los agentes femeninos.

—¿Y si es criado el que sale?

—Nos aguardamos, hombre; esa práctica que he adquirido enseña que el criado masculino, donde le hay, va por la leche y otros adminículos; pero que infaliblemente la Maritornes sale para la plaza ó á buscar el café ó el atole para su propio desayuno.

Mauricio veía con admiración á su amigo.

—Entonces—continuó Ramon—se acerca uno de un modo insinuante, le dá políticamente los buenos dias [las criadas son muy sensibles á estas atenciones], le pone uno, si la tiene, una peseta en la mano, y si nó le ofrece con desparpajo un duro inverosímil, y luego le pide con voz melosa entregue á la niña, sin que lo sienta la tierra, el papelito que confía á su eficacia.

—¿Qué te parece?

—Muy bueno, pero muy difícil.

—¿Como difícil? Yo lo he hecho doscientas veces con la mayor facilidad del mundo, y pocas ha fallado. Ahora verás como no te cuesta trabajo alguno.

—¿A mí?

—¿Pues á quien quieres que sea, hombre de Dios?

—Es que yo no me atrevería.....

—¿A qué?

—A hacer eso que dices.

—Pues entonces, á qué hemos venido?

—Yo creía que tú.....

—¿Te desempeñaría?

—Sí.

—Hombre, Mauricio, ¿sabes lo que estoy pensando?

—Si tú no me lo dices.....

—Pues francamente..... pero no te vayas á ofender.

—Pierde cuidado.

—Pienso que nunca has de hacer letra con las mujeres.

—¿Qué importa!

—¡Blasfemo! ¿no estás aquí por una mujer?

—Con que ella me quiera me conformo.

—¡Feliz ignorancia!—repuso con aire sentencioso Ramon.—

Pero en fin ¿en qué quedamos?

—¿De qué?

—¿Le hablarás á la criada?

—La verdad, no me siento con el valor necesario.

—¿Pues qué piensas hacer?

—Lo mejor será que nos vayamos.

—¡Vaya! no faltaba mas! Con que me has hecho levantar al alba para ir saliendo ahora con ese pito?.....

—Te pido que me lo perdones.

—Que perdones ni que calabazas! Animo, Mauricio, que en tu mano está que te quiera la chica.

—Pero, ¿qué dirá la criada?

—¿Tienes una peseta que darle?

—Sí.

—Pues entonces no dirá nada.

—Si tú quisieras hacerme un favor.....

—Dí.

—Que tú le entregaras la carta á la criada si sale.

—Pero hombre, ¿no ves que entonces le dá á la niña mis señas y puede resultar de ahí un chistoso quidprocuo?

Mauricio se quedó pensativo.

—Me ocurre una idea—dijo Ramon al cabo de un rato.

—¿Cuál es?

—Iremos los dos.

- Pero tú hablas.
 —Bueno, le diré que el amor te ha hecho mudo, pero no manco; tú le darás la peseta y la carta.
 —Después de que haya consentido.
 —Se entiende.

Los dos amigos permanecieron en su puesto de observación largo rato aún. Se abrió el zaguán, y el corazón de Mauricio latió con violencia. Pensó que se acercaba el momento. Un viejo portero, armado de una regadera tremenda, con la que apenas podía, y de una escoba, salió y se preparó á limpiar la calle.

—Este es el prólogo—dijo Ramon—no tarda el primer capítulo

—¿Qué quieres decir?

—Que después del portero que barre tiene que venir la criada que sale.

Pasó un rato más, y una mocetona robusta, india de sangre pura, con cara de orang-utang, trenzas cogidas con chomite atrás de la cabeza, ojos grandes, negros y brillantes como el azabache, nariz anchísima con tremendas ventanas, y labios remangados, salió de la casa envuelta en un rebozo, mascando *chicle*, y con un cesto pequeño en el brazo.

Cuando Ramon la vió, le dijo á Mauricio:

—Avance la caballería.

Mauricio estaba pálido, parecía que iba á cometer un crimen.

Ramon le tomó del brazo y le llevó casi por fuerza en seguimiento de la criada que se detenía en cada puerta á hablar con sus conocidas.

—Es necesario esperar que salga de esta línea para no comprometerla—dijo Ramon.

La criada tomó por la banqueta de palacio, recibiendo de los tres cuerpos de guardia una andanada de flores que la ponían ufana, y que tenían un carácter especial:

—Adios, ojos de lumbre—le decía un soldado.

- Si así fuera el diablo, más que me llevara—añadía otro.
 —Ha de ser usted más chula desnuda—agregaba uno más atrevido—que un burro con pantalones.

—Me cuadra usted más que el batidillo de tierra caliente—decía un veterano tendiendo en la banqueta su paliacate encarnado, para que le pisara la criada.

Esta, acostumbrada sin duda á las soldadescas bromas, seguía su camino sin darse por ofendida y contestando á la salva de flores con que la saludaban los soldados, con otra salva no menos curiosa de *tronidos* que producía mascando el *chicle*.

Cuando llegó á la esquina de palacio, y torció para la plaza del mercado, Ramon, llevando siempre á remolque á Mauricio, se acercó á ella:

—Buenos días, señora—le dijo con mucha cortesía.

La criada se volvió y contestó con desenfado:

—Buenos días.

—¿Quiere usted hacerme un favor?

—Segun sea.

—Es muy fácil.

—Que cosa quiere usted?—dijo la criada, que oyendo cosa de facilidad, supuso que, como á los soldados, le había petado á Ramon y este iba á requerirla de amores.

—Que de parte de mi amigo, le dé usted este papelito á la señorita Luisa—repuso Ramon poniéndole en la mano los veinticinco centavos.

—¿A la señorita grande!—dijo la criada, pensando que le hablaba Ramon de la mamá.

—Nó, á la niña.

—Ah! pero y si me quitan el destino?

—Mi amigo, que es muy rico, le dará á usted otro.

—Y si la niña no quiere el papel.....

—Se le vuelve usted á dar hasta que le tome.

—Pues vaya—dijo la criada que debajo del rebozo estaba

manoseando la peseta que le habia dado Ramon; y tomando la carta se dirigió á la plaza á hacer sus compras, y nuestros dos amigos se volvieron por el puente de palacio.

—Ya ves—dijo Ramon á Mauricio con aire de triunfo—qué bueno soy para estas cosas.

—No te costó mucho trabajo que digamos.

—¡Ya lo creo! ¿quién resiste en los tiempos que alcanzamos á la poderosa lógica de una peseta, ofrecida con tan buena voluntad en cambio de un trabajo que nada tiene de pesado?

—¿Se la entregará?

—Por supuesto; puedes estar seguro de que dentro de una hora ha llegado tu misiva á sus manos.

Mauricio se ponía malo. Pensar que Luisa, la única mujer á quien habia amado, iba á fijar sus bellos ojos en un papel donde él habia escrito algunas líneas que contenian palabras de amor, le parecia el colmo de la felicidad.

¿Adivinaria quien le escribia aquella carta?

Esta duda atormentaba á Mauricio de una manera indecible y le inquietaba extraordinariamente; pero Ramon le tranquilizó sobre este punto diciéndole que las mujeres jamas se equivocaban sobre este punto, y que las señas que á Luisa le daría la criada, y las miradas que Mauricio le dirigía al encontrarla, eran mas que suficientes para que la bella niña no dudase quien era el autor de la carta.

Mauricio no queria verla aquel dia; le parecia que si la encontraba, como de costumbre, en la calle, no podría dominar su emocion y caeria desvanecido.

Pero ella, ¿habria recibido bien el atrevimiento de Mauricio? Segun Ramon, era importante averiguarlo cuanto antes, y por lo mismo hacer lo posible para encontrar á Luisa; si esta no manifestaba desprecio ó enojo á Mauricio, nada mas se podian concebir esperanzas; si por el contrario, mostraba que le habia disgustado el paso de Mauricio, y le hacia algun dengue, po-

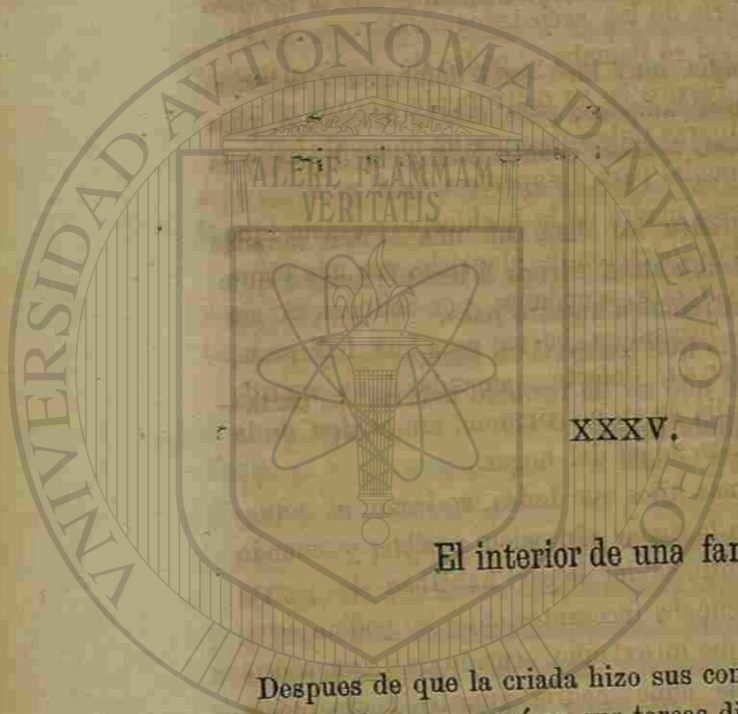
dia el novel amante contar con seguridad con el amor de la niña, porque, agregaba Ramon al hacer estas reflexiones, la mujer es un problema que debe resolverse siempre con la fórmula del absurdo.

Mauricio no entendia muy bien esta definicion y debemos confesar que ni nosotros tampoco; pero estaba dispuesto, para lograr el amor de Luisa, á hacer cuanto Ramon le dijese, y la esperó.

Luisa le vió como todos los dias, con una de esas miradas indiferentes que acostumbramos dirigir á las personas á quienes de ordinario encontramos á nuestro paso.

Mauricio comunicó lo que pasaba á su amigo.

—Es un síntoma de que no ha recibido todavia tu carta—contestó con tono infalible Ramon.



El interior de una familia.

Después de que la criada hizo sus compras volvió á la casa donde servía y se ocupó en sus tareas diarias sin acordarse más de la carta de Mauricio, que llevaba en el seno, que de la primera tablilla de chocolate que se cogió en su vida.

La familia á que Luisa pertenecía era una de las pocas que pueden llamarse felices, relativamente hablando.

Su padre, poseedor de tres ó cuatro casas que le producían lo necesario para vivir, si no con lujo, al menos con comodidad, se ocupaba además en llevar los libros de una casa de comercio, por una regular retribución; era franco sin ser manirote, y por consiguiente, la familia disfrutaba de todos aquellos placeres que proporciona una fortuna, que sin ser inmensa, es bastante no solamente para todas las necesidades de la vida real, sino que permite que se emplee algo en esas mil fruslerías que

todos designan con el nombre de *lo superfluo*, y que son, sin embargo, una necesidad para algunas gentes.

Casado con la primera mujer á quien había amado, cosa no muy comun en la historia de las sociedades modernas, el Sr. D. Jorge Franco, que así se llamaba el padre de Luisa, jamás había tenido disgustos fuertes en su matrimonio, porque no merecían ese nombre las ligeras nubes que por un momento habían velado su dicha matrimonial para desaparecer en el acto.

Doña Luisa, su esposa, madre de la hechicera polluela que hacía el encanto y la desesperación de Mauricio, era una señora completa; dulce de carácter, económica por naturaleza sin degenerar en mezquina, hacendosa, buena para sus inferiores, á quienes sabía disimular sus defectos, amando á su marido más aun que el primer día de su matrimonio, era el tipo de la mujer casada, el verdadero ángel del hogar.

Ambos esposos, sin más hijos que Luisa, se veían en aquella niña, á la que daban la mejor educación posible; y cuando en esas conversaciones íntimas del hogar hablaban del porvenir de su hija, que los ocupaba incesantemente, no podían acostumbrarse á la idea de que un extraño, armado de un amor más ó menos sincero, pero que nunca podría guardar comparación con el inmenso cariño que ellos tenían á Luisa, había de ir á arrebatársela y á usurpar en su corazón el primer lugar, que hasta entonces habían estado seguros de ocupar exclusivamente.

Hay cierto egoísmo, fácil de comprender, en el cariño que profesan los padres á los hijos, aunque parezca extraño, porque las ideas de egoísmo y de cariño se excluyen mutuamente. Los buenos padres guían los primeros pasos de sus hijas de manera que con la edad y la educación lleguen algún día á ser buenas esposas y mejores madres de familia; y sin embargo, cuando se acerca el momento en que un hombre, por digno que sea, va á conducir las al altar, se rebela su amor paternal y sien-

ten que se les hace pedazos el corazón, por mas que el casarse una muchacha no sea cosa tan extraordinaria que no se vea todos los días y á todas horas.

Luisa no había llegado aun á la edad en que las mujeres corren peligro de escuchar las frases amorosas de un hombre. Mas niña aún de alma que de cuerpo, encontraba todavia encantos en jugar con sus muñecas, á las que vestía y cuidaba con un esmero que indicaba el que tendría con sus hijos si alguna vez llegaba á ser madre de familia.

D. Jorge y su esposa no temían, pues, por su hija, y estaban seguros de que si algun atrevido mozo la requeria de amores, sus pretensiones se estrellarian contra la inocencia y el buen natural de la niña.

Por otra parte, la habían acostumbrado á ver en ellos, mas que sus padres, amigos, hermanos cariñosos á quienes debía confiarles cuanto le pasara; y el cariño extraordinario que le tenían, la indulgencia y la amabilidad con que la trataban, habían hecho que lograran completamente su objeto.

Luisa no tenia secretos para ellos, y especialmente para la señora Franco á la que veía, no con ese respeto ó temor, mejor dicho, que á fuerza de severidad y de desnaturalizado rigor saben imponer los padres vulgares á sus hijos, sino con la consideracion afectuosa que vale cien veces mas, y que inspira ese cariño nunca desmentido de los buenos padres que se revela en todos los casos y que dulcifica extraordinariamente las paternales amonestaciones.

Hay un error generalizado en todo el mundo y que las almas vulgares han preconizado en todos tiempos, que consiste en creer que no hay un cariño mas desinteresado y mas puro que el de los padres hácia sus hijos.

Si se niega el santo nombre de padre á esos seres desnaturalizados que no saben reparar la desgracia que han causado á sus hijos con darles la vida, dulcificando cuanto pueden la existen-

cia á que la satisfaccion de sus pasiones mas ó ménos puras los ha condenado, lo que hemos llamado un error será una verdad innegable. Pero que esos millones de gentes, que han existido y existen en todos los países y en todas las épocas, que aumentan con mortificaciones inauditas, con castigos severos y hasta con golpes y martirios incomprensibles la infelicidad de los que por su causa son peregrinos en este valle de lágrimas, lleven el nombre de padres amantes y desinteresados, cuando deberian llamarse verdugos de la humanidad, y los que dicen que el amor de los padres á sus hijos es el primero, dicen el disparate mas grande que desde que el mundo es mundo se ha cometido.

Madres hemos visto que profanando el santo nombre de tales, ahogan á sus hijos al nacer, pero que les hacen así el único bien que podían esperar de ellas. Otras que martirizan los tiernos cuerpecitos de los niños con golpes espantosos por pequeñas faltas, tal vez porque los inocentes han roto algun objeto de poco valor, y que se ensañan con ellos hasta el grado no solamente de enfermarlos á fuerza de barbarie en sus castigos, sino de injuriosos con palabras que ni siquiera entienden los pobres angelitos.

No ha mucho que nos hemos horrorizado al saber que un hombre que tenia madre y que padecía una cruel enfermedad, estaba condenado á morir como un perro, solo y abandonado, porque la que le concibió con placer, la que le llevó en su seno nueve meses, la que le echó al mundo en una noche de supremo dolor pero tambien de suprema felicidad para las verdaderas madres, no queria dejar las comodidades de que disfrutaba para ir á una miserable habitacion á ser la enfermera de su hijo! De su hijo, que no tenia mas amparo que ella! ¡De su hijo, que en los momentos de suprema angustia tendia los brazos hácia la que debía el sér y encontraba cerrados los que siempre debían estar abiertos para él!

¡Malditas sean las madres que no comprenden la santa mi-

cion que les confió el cielo! ¡Benditas aquellas que como la que nos tocó en suerte, consagran su vida á aliviar las penas de sus hijos, y á fuerza de heróicos sacrificios hacen de ellos hombres independientes y trabajadores, dignas esposas y madres de familia tan buenas y tan santas como ellas!

La educacion de nuestras madres se resiente de la época en que la recibieron; algunas hay todavia que creen que los castigos corporales son necesarios para corregir á los hijos, y con el corazon sangrando, y despues de vacilar entre su cariño y lo que llaman ellas su deber, aplican el castigo para llorar á la par que el pequeño delincuente. Pero tambien ¡con cuánto amor, con cuántas atenciones, con cuántos sacrificios inauditos rescatan despues esa falta en la que no tuvo parte alguna el corazon!

Nosotros recordaremos siempre con un placer mezclado de veneracion lo que un amigo nuestro nos contaba de su buena madre. La educacion de esta señora era antigua, y su hijo, que ya es hoy un hombre, era el chico mas travieso y aturdido que pueda imaginarse. Sus hermanas, acosadas por él, perdian la paciencia, y si no le arrimaban un coscorron ó un pellizco, le acusaban con la madre, que despues de amonestarle sin fruto, acababa por recurrir al medio, segun ella eficazísimo, del castigo corporal; pero en el momento en que iba á aplicarle, le decia á su hijo:—¡Adónde te pegaré, Ramon, que no te duela?— ¡Cuánto amor, cuánta ternura maternal, cuánta bondad de corazon revelan esas sencillas palabras! La buena señora pensaba que debia castigar al bribonzuelo, pero queria que el castigo fuera eficaz para corregirle, sin humillarle, sin lastimarle, porque no podia comprender que la mision de una madre fuese otra que la de hacer la vida lo mas dulce posible á sus hijos. Por supuesto que nuestro amigo protestaba que no tenia en el cuerpo una sola parte insensible, y el castigo no se verificaba.

Doña Luisa era una buena madre en toda la extension de la

palabra. No tenia mas pensamiento que su esposo y su hija; y éstos, cosa estraña, le correspondian con toda su alma sus atenciones y su cariño. Y decimos cosa estraña, porque por lo comun sucede que los que poseen, como hijos ó como esposos, joyas del valor de Doña Luisa, muy pocas veces saben comprender su precio.

Soledad, que así se llamaba la criada á quien Ramon le habia entregado la carta de Mauricio para Luisa, se habia olvidado de ella completamente, como dijimos al principio de este capítulo, y cuando la niña salió con D. Jorge para ir al colegio, no se la habia dado aún.

Por la tarde, la hija del Sr. Franco volvió del colegio, y se disponia á instalar á sus muñecas en la sala de la casita de madera que poseia, para jugar á que tenian visitas, cuando Soledad entró.

Luisa estaba sola. Su buena madre se hallaba en otra pieza ocupada en los quehaceres de la casa, y en lo que ménos pensaba era en que en aquel momento amenazaba á su hija un mal, que á no ser por la sólida y cariñosa educacion que habia recibido, podia ser de trascendencia.

—¿Niña?—dijo Soledad desde la puerta.

—¿Qué quieres, Soledad?

—Tengo que decirle á usted una cosa.

—Tráeme el silloncito que me compró mi papá. Está en el tocador; voy á sentar á Hortensia que va de visita á casa de Doña Flor. Anda.

La criada obedeció, y volvió á poco con un silloncito de hoja de lata, en el que Luisa instaló á una de sus muñecas en la sala.

—Mira que bien vestida está. Ya le hice su ridículo. ¿Te gusta?

—¡Ah qué niña esta!

—Mira que tirabuzones le he puesto á Doña Flor; parece una viejita de mampara ¿verdad? ¿Vienes á jugar conmigo?

—Si tengo que cuidar mi olla que está en la lumbre. Yo quisiera decirle á usted.....

—Qué cosa?..... Mira, mira qué bonito está este perrito; Se endereza como si hiciera fiestas; mira.....—contestó Luisa haciendo parar sobre sus patas traseras de alambre un perrito de carton en miniatura, con sus lanitas de seda floja.

—Yo quisiera.....

—Por Dios, habla; ¿quieres que le pida licencia á mi mamá para tí?

—Nó, niña.

—Pues qué quieres decirme?

—Que esta mañana un señor.....

—¿Un señor? qué?

—Me dijo..... ¿pero no se enoja usted, niña?

—Vamos ¿qué te dijo? ¿por qué me he de enojar?

—Pero no se lo cuenta usted á nadie?

—Por Dios, Soledad, que me enfadas. ¿Qué fué lo que te dijo?

—No se enoje usted niña; me dijo que le diera yo á usted este papel.

—Un papell!—dijo Luisa asombrada.

Soledad sacó del seno la carta de Mauricio, que no tenia sobrescrito, y se la entregó á Luisa que la vió por todos lados sin abrirla.

—Pero esto es para mí?—dijo al cabo de un rato con extrañeza.

—Sí, niña, para usted; y el señor es muy bien parecido y muy decente.

—Pero ¿qué tengo yo que ver con eso?

—Me dijo que le contestara usted luego luego.

—¿Que le contestara?..... Voy á ver á mi mamá—dijo Luisa cada vez mas admirada.

—No niña, por Dios, se va á enojar la señorita.

—Pero por qué se ha de enojar?

—Me vá á despedir.

—Pues qué has hecho?

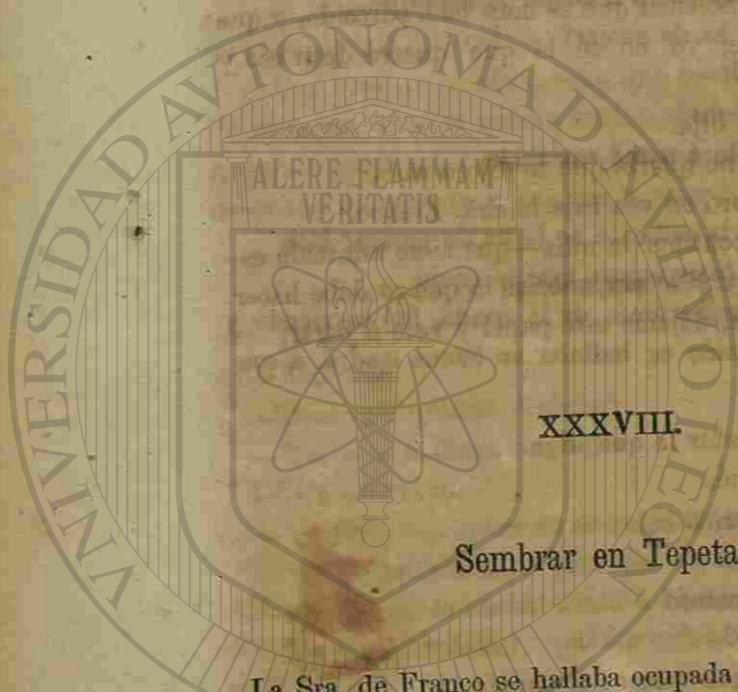
—Nada niña, traerle á usted esa carta.

—¿Es malo eso?

—No, niña, pero á la señorita no le ha de parecer bien.

—Si no es malo, á buen seguro que se enoje.

Y Luisa, sin oír las reflexiones de la criada, fué corriendo y saltando á la pieza donde se hallaba su buena madre, á contarle lo que le pasaba.



Sembrar en Tepetate.

La Sra. de Franco se hallaba ocupada atentamente en su labor, cuando entró Luisa á la pieza en que estaba, llevando en la mano la carta cerrada de Mauricio.

—Mamá, mamá—decía á gritos—mira lo que me ha dado Soledad.

—¿Pero qué escándalo es ese, hija? por qué gritas tan desahoradamente?—dijo la señora, acariciando la barba de la niña y aproximando á sus labios la frente tersa y purísima de Luisa.

—Si no es escándalo, mamá, es que Soledad.... replicó Luisa agitada por la carrera, é interrumpiéndose á cada momento para respirar—me ha dado este papel.

—Un papel?—contestó la madre.

—Sí, éste; dice que se le dió un señor para mí.

—¿Y tú conoces á ese señor? preguntó la señora, que comenzó á comprender lo que pasaba.

—No, mamá, dice Soledad que es muy bien parecido, y que quiere que le conteste; yo no sé lo que querrá decir eso y vengo á preguntarte.

—Muy bien hecho, hija.

—Aunque Soledad no queria que te dijera nada.

—¡Infame!—murmuró en voz baja la Sra. Franco.

—Pero yo pensé—continuó la niña—que si no era malo esto, tú no te enojarias, y si lo era, sabrias lo que se debe hacer.

—Está bueno, Luisa, déjame este papel y vete á jugar.

—¿No le leemos?

—Para qué?

—¡Toma! para contestar lo que diga.

—Si no hay para qué.

—Como Soledad dice.....

—¿Qué sabe ella?

—¿Te has enojado, mamá?

—No hijita, por qué?

—Como no quieres que veamos el papel.....

—Te repito que no tiene objeto su lectura.

—Y si es de algun pobre que me pide algo?

—No lo creas.

—Nada costaba verle, pero si tú no quieres..... insistió Luisa, á quien una ardiente curiosidad, natural en las mujeres le hacía sentir que su mamá opinara de semejante manera.

—Si tuviera sobreescrito—contestó la madre que no sabia lo que hacer para disuadir á Luisa sin despertar su interés—sabriamos siquiera á quién viene dirigido, pero no trayéndonle, nos exponemos á abrir una carta que tal vez es para tu papá, y ya sabes que las mujeres no debemos mezclarnos en los asuntos de los señores, á no ser que ellos nos los comuniquen.

—Entonces aguardaremos á que venga mi papá.

—Eso es.

—Así que acabes, ven á ver que concurrida está la tertulia de mi casa de muñecas.

—Pierde cuidado.

La niña dió un beso á la Sra. Franco, y volvió corriendo al cuarto donde la hemos visto cuando Soledad le entregó la carta de nuestro héroe.

Luego que doña Luisa se quedó sola permaneció un momento pensativa, y se dirigió despues á la cocina.

—Soledad? gritó al llegar á la puerta.

—¿Mande usted, niña? respondió temblando la criada, que en el tono con que la llamaba su señora comprendió que se preparaba una tempestad.

—Venga usted acá.

La señora Franco, seguida de Soledad, entró á un cuarto solo de la casa y preguntó con severidad á la culpable:

—¿Quién le ha dado á usted este papel?

Soledad comenzó á temblar y permaneció en silencio.

—Responda usted.

—Niña..... no se incomode usted..... voy á decirle la verdad.

—Vamos!

—Es un señor que me lo rogó mucho y que dice que quiere muchísimo á la niña Luisita.

—Pero ¿quién es?

—Yo no le conozco; él me habló.....

—Está bien; tenga usted esta carta y vuélvase; voy á hacerle á usted sus cuentas.

—Por vida de usted, niña, no lo vuelvo á hacer; se lo prometo á usted.

La señora Franco era inflexible, y mucho mas tratándose de la reputacion de su hija, de su Luisa, á la que no queria que confundiesen con las coquetuelas del barrio.

Insolente! dijo D. Jorge levantando el bastón (pág. 231).



MAURICIO EL AJUSTICADO.

La pobre Soledad tuvo que recoger sus efectos y salió de la casa llorando y protestando que no lo había hecho con malicia.

Cuando el señor Franco volvió de la calle, su señora le contó lo que pasaba.

El buen padre se indignó y dijo que iba á decir cuantas eran cinco al atrevido, y que doña Luisa había hecho bien en despedir á la criada, porque si él la hubiera visto la habría hecho pedazos.

No se había calmado aún cuando su hija entró y colgándosele al cuello le dijo:

—¿Qué me traes?

—Ah! interesada!—dijo don Jorge sonriendo—conque por eso me haces fiestas?

—No seas malo, papá, ya sabes que eso no es cierto, y que te quiero lo mismo cuando te acuerdas de mí que cuando no has pensado en tu muchachita.

—¿Zalamera!

—¿Cuánto vamos apostando á que adivino lo que me traes en esa bolsa de atrás de la levita?

—A que no lo adivinas?

—Serán los retacitos que me ofreciste para vestir la semana santa á mis muñecas.

—Nada de eso.

—Pues entónces la cunita que te pedí para el niño que le va á llegar á Hortensia.

—Tampoco.

—Pues el niño.

—Méenos.

—Me dejas tentar?

—Nó porque entónces no tendría gracia.

—Pues me doy por bien vencida.

—Tan pronto?

—Si no me ocurre.

—Es una cosa que empieza con *c*—continuó D. Jorge que gozaba con el candor de su hija y se divertía extraordinariamente con su infantil impaciencia.

—Con *c*? dime la segunda letra.

—Entonces todo, así no tiene gracia.

—Jesus, papá—exclamó al fin la niña con gracioso enfado: ¿no ves que soy muy tonta y que no puedo adivinar?

—Mira, le dijo entonces su padre, sacando de la bolsa el objeto que tenia tan vivos deseos de conocer la niña.

—¡Una cómoda china!—exclamó esta palmoteando y brincando de alegría—mira, mamá, que chula es; te la pagaré con un beso, papá, está muy bonita.

Y Luisa abrazó con efusion á su padre, que dirigió una mirada expresiva á su señora, la que esta contestó de una manera significativa.

Aquella mirada queria decir:

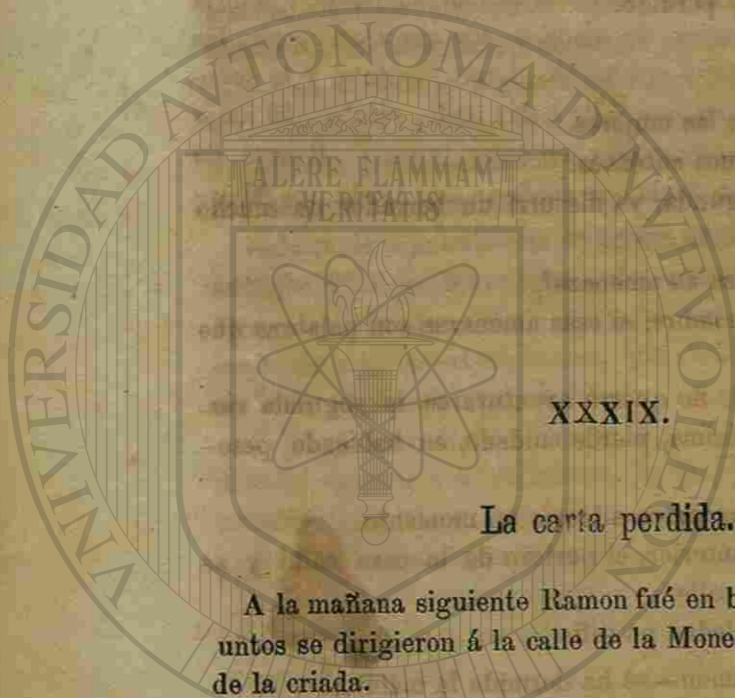
—No hay riesgo por ahora, y cuantas cartas y palabras de amor se la dirijan, se estrellarán ante su inocencia y su feliz ignorancia del mundo.

Luisa no volvió á acordarse del papel que habia tratado Soledad que leyese, y soñó toda la noche con su cómoda.

Cuando preguntó á su madre por qué Soledad no se hallaba ya en la casa, la Sra. Franco contestó, aunque con repugnancia porque no le agradaba mentir, que la criada habia pedido una licencia.

El pobre Mauricio estaba deshauciado. Querer hacer nacer el amor en un corazon que rebosaba de cariño filial; querer que el recuerdo de un hombre desterrase de la mente infantil de Luisa las imágenes de sus muñecas, de su pequeña casa de madera, de su curioso mobiliario que el buen D. Jorge se complacia en aumentar cada día con una nueva adquisicion, era querer lo imposible por el momento.

Tal vez si el carácter de Mauricio hubiera sido otro, y si la niña no hubiera estado guardada por la tierna solicitud de sus padres, Luisa, á su edad, habria lucido su conquista y habria comenzado esas historias de amorios con que tanto gozan las polluelas; pero Mauricio era tímido, Luisa inocente, y la señora Franco, con el alerta que se le habia dado, velaba. El amor de Mauricio no podia fructificar en aquel terreno. Ramon, en su teenología especial, tenia que confesar mas tarde que Mauricio habia sembrado en tepetate.



XXXIX.

La carta perdida.

A la mañana siguiente Ramon fué en busca de Mauricio y juntos se dirigieron á la calle de la Moneda á espiar la salida de la criada.

- Mauricio tenia miedo y temblaba.
- Ramon se burlaba de él y le animaba.
- ¿Qué habrá sucedido? decia Mauricio.
- Poco ha de vivir el que no lo sepa.
- Pero tú, qué opinas?
- La verdad?
- Sí.
- Pues opino que vendrá la criada y te dirá que la niña se puso muy seria cuando le habló de tu carta.
- Y luego?
- Que no quiso tomarla.
- Acaba.
- Y que le encargó que te la devolviera, advirtiéndote que

si insistias en tus pretensiones tendria que dar parte á los autores de sus dias.

- Entonces, estoy perdido.
- Nó, por cierto.
- ¿Cómo!
- Es la táctica de las mujeres.
- Pero qué harémos entonces?
- Escribirle la segunda; ya discurrí un borrador de mucho efecto.
- Pero ¿y si realiza su amenaza?
- No seas bobo, hombre; si esas amenazas son palabras que se lleva el viento.
- Tal vez la criada no querrá aventurarse la segunda vez.
- Y hasta la centésima, pierde cuidado, en habiendo pesetas que darle.....
- Los dos amigos guardaron silencio un momento.
- Como la mañana anterior, el portero de la casa salió y se dispuso á limpiar la calle.
- Pasó un rato y Soledad no salia.
- ¡Calle!—dijo Ramon—se ha dormido la maldita.
- Mauricio no decia nada; si hubiera estado en capilla habria tenido ménos miedo.
- A poco, una criada que no era Soledad pasó el umbral de la puerta y se dirigió á la plaza.
- Mal síntoma—murmuró Ramon.
- ¿Qué dices?
- Que algo grave ha sucedido; no es la de ayer la que sale.
- Entonces, qué hacemos?
- Abordar á esta.
- Y si mientras sale la otra?
- Tendrias razon en otras circunstancias, pero en la presente no es lógico suponerlo.
- Por qué?

—La de ayer acostumbraba salir por el mandado; hoy no parece en su lugar sale otra fámula, luego existe una causa extraordinaria que impide á nuestra emisaria vernos. Vamos á abordar á la que se nos presenta.

—Vamos—contestó Mauricio, que en lucha entre su timidez y los deseos que tenia de saber si era amado por Luisa se apresuraba á aprovechar la ocasion de abandonar la calle y de inquirir con la nueva criada lo que pasaba.

Esta tomó el mismo rumbo que Soledad habia llevado el dia anterior, y al torcer la esquina de palacio fué alcanzada por Ramon que le dijo:

—Dispense usted.

—Usted mande.

—¿Está usted sirviendo en la casa del señor Franco?

—Sí, señor.

—La criada que salió ayer por el mandado, qué es de ella?

—¿Quien, Soledad?

—No sé cómo se llama.

—¿Es una gorda?

—Sí.

—Pues sí es Soledad.

—¿Qué sucede con ella?

—Ya no está en la casa.

—¿Cómo! ¿desde cuando?

—Ayer en la tarde la despidió la niña.

—¿Y cómo sabria yo de un encargo que le hice.

—Pues eso sí no sé; ¿qué encargo?

—Que le diera una carta á la niña Luisita.

—Ah! con que usted fué?

—¿Ya lo sabia usted?

—Ya lo creo; como que la señorita me encargó que si algun señor me encontraba y me decia algo de una carta que le habia dado á Soledad, le dijera yo que la fuera á ver á ella.

—A ella? A Soledad?

—Nó, á la señorita.

—¿Cáscaras! ¿Y nada mas le dijo á usted?

—Nada mas.

—Entónces, adios.

—Qué le digo á la señorita?

—Que me aguarde..... sentada—contestó Ramon que fué á concluir su frase muy léjos ya de la nueva Maritornea y se llevaba á Mauricio á remolque.

—¿Qué sucede?—dijo este azorado.

—Que nos hemos lucido.

—Por qué?

—Porque nuestra correspondencia cayó en poder del enemigo.

—¿Del enemigo? ¿Qué quieres decir?

—Dé la madre, hombre, de la madre.

—Jesus!—dijo Mauricio pálido y temblando.—¿Qué hacemos ahora?

—La vieja nos manda decir que vayamos á verla. Si te encuentras con el valor necesario.....

—¿Yo? Estás loco?

—Pues verdaderamente, chico, no sé lo que debemos hacer.

—Y tu práctica en estos negocios?—dijo Mauricio, que á pesar de la gravedad de las circunstancias no pudo resistir al deseo de lanzar esta pulla á su amigo, cediendo á su carácter naturalmente burlesco.

—Es—dijo Ramon—que lo que ahora nos pasa no está previsto en el código de la osomanía.

—¿Cómo de la osomanía?

—Este código, chico, está aún inédito; se llama "Arte de hacer el oso ó código de la osomanía" y le estamos escribiendo varios amigos, que me han hecho el honor de nombrarme redactor en jefe y director de la obra. Cuenta con un ejemplar,

—Gracias.

—Sabes lo que estoy pensando?

—¿Qué cosa?

—Que en un lance tan extraordinario como el de que hoy somos víctimas, el partido mejor es el de emprender una prudente retirada.

Mauricio no contestó. Le costaba trabajo resolverse á perder toda esperanza de ser correspondido por Luisa.

Por otra parte, ¿qué era lo que él ambicionaba en aquellos momentos? ¿Casarse con ella? Nó; jamás la idea de matrimonio se confunde con los purísimos sentimientos del primer amor.

Verla todos los días, pasar al lado de ella, recoger una mirada perdida, adorarla en silencio, pensar de día en ella, soñar con ella, tocar en sueños las alas de arcángel con que se le aparecía en ese mundo ideal adonde vuela el alma mientras el cuerpo descansa de las fatigas del día: hé ahí las ilusiones de Mauricio, hé ahí sus aspiraciones, hé ahí su suprema felicidad.

Ramon se burlaba de él y llamaba niñería á este modo de amar.

Pero Mauricio comprendía, y con razon, que cuando el amor sale de esa esfera de poesía y de luz, pierde cuanto tiene de divino y de sublime, y se reduce á las proporciones vulgares de las citas y de los telégrafos, de los disgustos y del cálculo, y tiene que morir, despues de haberse convertido en la prosa horrible del oso, sepultado bajo el peso de una hoja de papel sellado en que se extiende el contrato matrimonial, ó de un atracon de calabazas.

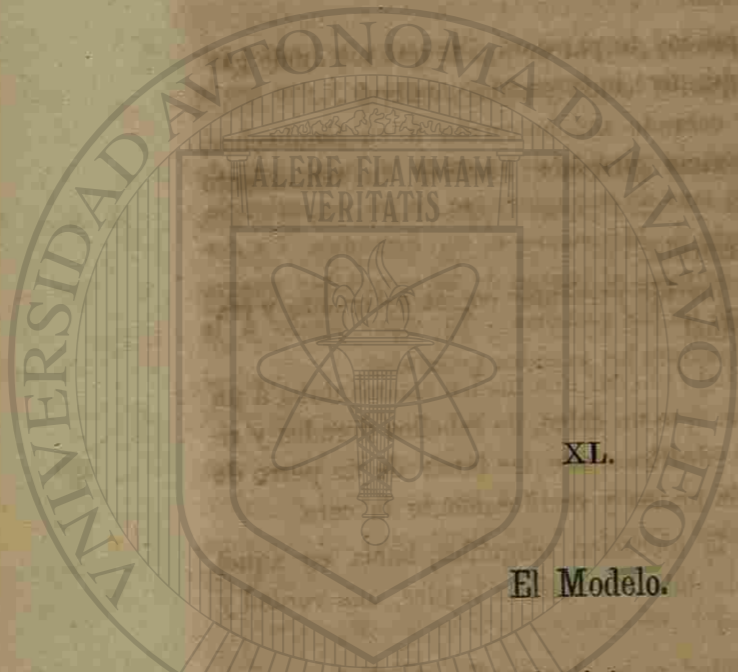
Pensando nuestro héroe de esa manera, que algunos de nuestros lectores juzgarán sin duda extraña, casi se regocijó de la suerte que habia corrido su carta, para seguir gozando de esa existencia aparte que se habia reservado para ciertos momen-

tos y en la que no habia mas que un recuerdo, una imágen, y una alma viviendo de ese recuerdo y extasiada ante esa imágen.

A pesar de su habilidad como pintor, Mauricio no habria podido pintar ese mundo; pero le tenia en el corazon y con eso le bastaba.

En cuanto á Ramon, la pérdida de la carta le habia servido para tener un motivo mas de vanagloriarse de su experiencia.

—¿Qué tal—le decia á Mauricio—si no firmamos *Un desgraciado*? A la hora de esta, el baston de tu apreciable suegro andaria en persecucion de tus costillas. El valor unido á la prudencia ha hecho siempre los grandes generales.



El Modelo.

Mauricio adelantaba en la pintura.

Al contrario de otros enamorados á quienes el amor sirve de pretexto para holgar abandonando sus ocupaciones, Mauricio encontraba en el que se habia enseñoreado de su corazon un estímulo.

Quería gloria, quería fama, no por amor al arte, aunque el que le profesaba era instintivo y grande, sino por amor á Luisa.

Trabajaba incesantemente y adelantaba con gran placer del buen don Marcos que cada día se convencía mas de que habia hecho una cosa buena cediendo á las instancias de D. Gerónimo, y que jamas habia dejado escapar de sus labios la menor palabra que pudiera indicar á Mauricio que le era gravoso.

Al contrario, le animaba siempre, y cuando el pobre mance-

bo le hablaba de los gastos que le originaba, se encogía de hombros, sonreía bondadosamente, y dando un pescozon de cariño á Mauricio le decia:

—Anda, anda, zopenco; ¿te parecerá á tí que me duele gastar cuatro flacos en que te hagas grande, hombre?

Mauricio le habia cobrado mucho cariño á su bienhechor, y en el fondo de su alma guardaba hácia él un sentimiento profundo de gratitud.

La exposicion se acercaba.

Mauricio no habia querido presentar copias solamente y trabajaba un cuadro original.

Era un emparrado bajo el cual una madre amamantaba á un recién nacido, mientras que un chico, de cabellos dorados y rizados, introducía sus deditos entre las lanas de un perro de Terranova que le lamía mansa y cariñosamente la cara.

La idea era bella; la ejecucion magnífica; habia en aquel cuadro, al que Mauricio daba los últimos toques, una verdad y una frescura admirables.

Las hojas de la enredadera se desprendían perfectamente y parecían moverse á impulsos de la brisa; la madre veía á su hijo con esa mirada tiernísima que solo puede lucir en los ojos de una madre; el niño que mamaba acariciaba con una de sus manecitas el pecho que le alimentaba; y el otro, magnífico tipo de travesura y de viveza, dado todo á su entretenimiento con el Terranova, se cuidaba poco del grupo que tenia á su espalda.

Todo era bello en aquel cuadro: los celajes de la tarde que se transparentaban entre las hojas; la tierra que parecía humedecida por el agua de un pequeño caño que serpeaba entre las yerbas, y en el que tenia el perro metidas las patas traseras; pero el grupo especialmente, era de lo mas acabado y encantador.

Para la figura de la madre había servido de modelo á Mauricio, una jóven bella y seductora, cuya familia, perseguida por el infortunio, se hallaba en la mayor miseria.

La belleza de la jóven era extraordinaria; pero el hambre, el insomnio, la falta de aseo, y las privaciones que son consecuencia precisa de la pobreza, habían marchitado aquella flor cuando estaba todavía en botón. Para ayudar en algo á su pobre familia, la niña concurría á la academia á servir de modelo á los artistas. Sufria las bromas y los chicleos de los jóvenes pintores, y volvía á su casa llorando su humillacion, pero llevando una pequeña moneda que impedía se murieran de hambre al día siguiente su madre y sus hermanitos.

¡Triste condicion de los pobres, que en la edad en que de mas cuidados necesitan sus hijas, cuando mas expuestas están á las seducciones del mundo, tienen que abandonarlas á su suerte, para que contribuyan con su trabajo al sostenimiento de la familia!

María, que así se llamaba el bello modelo, estaba exasperada por la miseria; sus lágrimas habían dejado una triste huella en su semblante, y sus ojos habían adquirido un brillo extraordinario. Aborrecia la vida, y á las flores y á las bromas de los alumnos de la Academia, contestaba levantando los hombros ó con alguna palabra que pegaba mal en sus seductores labios.

Ninguno podía alabarse de haber recibido siquiera una mirada cariñosa, una esperanza de ella; y el mal carácter que manifestaba había hecho que poco á poco la aborrecieran todos y la trataran mal.

Solo Mauricio, que la había tratado siempre con las consideraciones debidas á su sexo y á su desventura, había logrado que la niña fuese mas amable con él. María se prestaba gustosa á servir de modelo á nuestro héroe, y permanecía lar-

go rato sin enfadarse en la postura que el pintor le marcaba, por complacerle.

Los pinceles de Mauricio la divinizaban: aquella belleza, pálida y marchita, adquiría en el lienzo toda la frescura, todo el brillo que dan la juventud y la felicidad.

Mauricio cedía así á su vocacion por el arte, y nunca las perfectas facciones de María, el bello contorno de su cara, habían hecho nacer en él otro sentimiento que el de una admiracion de artista, que se confundía á veces con la conmiseracion que le inspiraba la desventura de aquella pobre niña.

No sucedía lo mismo con esta. Sensible á las atenciones de que Mauricio la hacía objeto, había empezado por distinguirse de sus aturdidos compañeros, tratándole mejor que á ellos, y poco á poco su interés por él fué creciendo de tal manera, que ansiaba llegase la hora de concurrir á la Academia por verle, gozaba mirándole, y cuando volvía á su casa, el recuerdo del pintor dulcificaba sus trabajos, y hacía agradables sus sueños.

¡Pobre María!

Cuando un hombre concibe una pasion mas ó menos pura, mas ó menos legítima por una mujer, tiene el derecho de insinuarse, de declarar su amor, de perseguir á la que es objeto de él, hasta que logra ser correspondido ó desahuciado completamente; aunque en este último caso le queda el recurso de la insistencia, de los sacrificios, que no es raro lleguen al fin á conmover el alma de su amada, y á hacer nacer en ella un sentimiento de gratitud y de complacencia que acaba por convertirse en amor.

Pero cuando una pobre mujer que tiene las mismas probabilidades que un hombre para concebir una pasion, y tal vez mas, porque su alma, por lo regular mas sensible, se halla mas abierta á esta clase de sentimientos, se enamora de un hombre, tiene que ocultar su amor en el fondo del corazón, so pena de ser el ludibrio de la sociedad, y muchas veces hasta del hom-

bre que es el objeto de su cariño y á quien la vanidad le hace ver con desprecio lo que debia inspirarle gratitud y veneracion.

Apénas habrá ley mas injusta, pero se observa mejor que otras, basadas en la justicia y que tienen por objeto el bien de la sociedad, y de ahí los matrimonios desgraciados, la escision en la familia, la desventura de los hijos; de ahí esos terribles dramas que pasan en las sombras de la noche; de ahí esos sufrimientos atroces que desgarran el corazon de las pobres mujeres y que tienen que encubrir con una sonrisa para que no los alcance á ver el mundo.

Porque el despecho de no ser amadas por el objeto de su cariño arroja á las mujeres en brazos de un hombre por quien no sienten amor, pero que les ha jurado que las adora; y viene la realidad de la vida del matrimonio, que corresponde tan poco á las ilusiones soñadas, y la casa se convierte en un infierno, y los hijos son amantados con odio, y la union desaparece, y el ángel conservador de la familia, pliega sus alas y vuelve al cielo, impotente para restablecer la paz y desesperado de cumplir la mision que Dios le habia confiado.

Maria amaba á Mauricio.

Este, ocupado en su cuadro enteramente, no advertia las ardientes miradas de la niña.

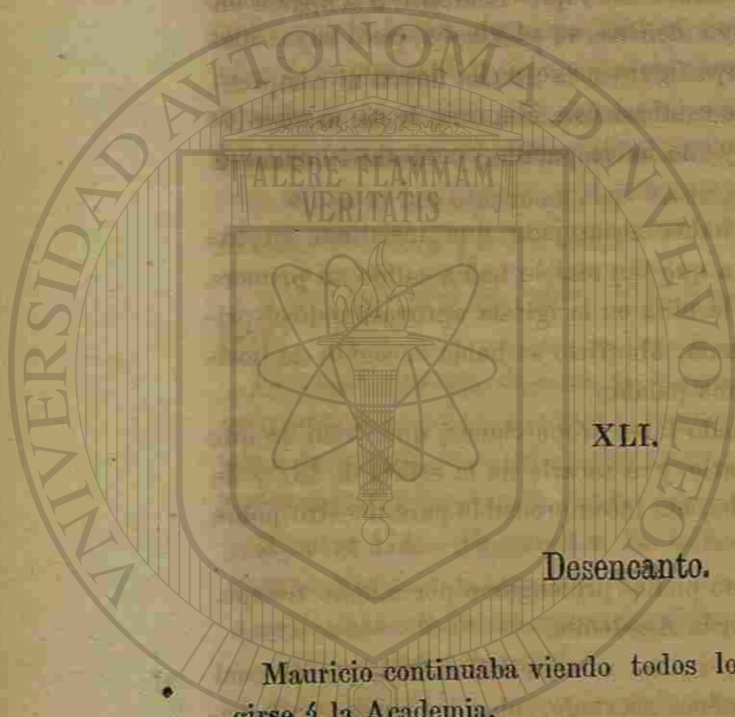
Tampoco habia notado el tono afable y amistoso con que ella le hablaba y que hacia un contraste extraordinario con el hurraño y regañon de que usaba para dirigirse á los demas alumnos.

Cuando concluia la sesion, Maria se levantaba con pena, tendia la mano á Mauricio, que este estrechaba afectuosamente, y se ausentaba de la sala, no sin volver varias veces la cara para ver al pintor, que en pié frente á su cuadro, le contemplaba absorto y le daba algunos toques maestros sin pensar mas en su modelo.

Maria llegaba á su casa llorando algunas veces, siempre pen-

sando en Mauricio; entregaba á su pobre madre la miserable moneda que habia recibido en la Academia, y se dirigia despues á un rincon del triste cuarto que habitaba, á ocuparse en su labor de costura y á soñar con el pintor.

El pensamiento de que este no la amaria nunca ni comprenderia su amor, y de que tal vez amaba á otra, hacia asomar lágrimas á sus ojos, su vista se empañaba, y brotaba la sangre de sus dedos que se picaba á cada momento con la aguja.



XLI.
Desencanto.

Mauricio continuaba viendo todos los días á Luisa al dirigirse á la Academia.

Encontrar á la niña de D. Jorge era una necesidad de su alma.

Le parecía que el verla daba un día mas de vida á su corazón.

En sus ojos tomaba el ánimo necesario para continuar su laborioso trabajo, y brillantes y serenos los veía en su imaginación iluminando el cuadro que pintaba.

El amor de Mauricio era mas que amor, mas que adoración, mas que idolatría. Era un sentimiento como no nacen nunca mas que en el alma de los poetas y de los artistas. Tocarla, le habría parecido una profanación. Creerla mujer, un sacrilegio. Su cuerpo y sus facciones encantadoras eran para Mau-

ricio una forma de la ilusión que halagaba su propio pensamiento, pero á través de esa forma veía otra cosa impalpable, etérea; un alma que ansiaba ver ligada con la suya; algo como un ángel del cielo, cuya belleza se adivinaba, pero cuyas alas no se podían tocar, cuya figura no se podía describir.

Ramon le decía que estaba loco. Mauricio le habia visto de una manera extraña, y no habia vuelto á contarle ninguna de sus impresiones.

Cuando Ramon le habia aconsejado que insistiera en sus pretensiones, y que ya que tan mal le habia salido su primera tentativa, abordara á la niña en la iglesia aprovechando el primer descuido de la mamá, Mauricio se habia encogido de hombros sin comprender una palabra.

Su amor habia tomado tales proporciones, que todo lo que tendiera á materializarle y á sacarle de la esfera de luz y de ilusiones en que vagaba, era incomprendible para nuestro pobre enamorado.

Pero esa situación no podia prolongarse por mucho tiempo. Habia exposicion en la Academia.

La gente llenaba los vastos salones del edificio, y cada cual daba su voto, mas ó ménos acertado, sobre los cuadros que habia en la sala de pintura.

Allí estaban los cuadros de Mauricio; y como de un pobre alumno sin nombre y sin fortuna, se hallaban en un sitio en que la luz no los favorecia. Verdaderas obras maestras del arte, su colocación no realizaba su mérito. Sin embargo, dos de sus cuadros originales, el de que hemos hablado en nuestro capítulo anterior, y los retratos de D. Jorge y su hija, llamaban la atención del público, y muy especialmente la de los inteligentes.

D. Jorge y su familia fueron, como otros muchos, á la Academia, y al pasar frente á los cuadros de Mauricio, Doña Luisa dió un grito de sorpresa que llamó la atención de su esposo

y de su hija, los que á su vez se quedaron admirados al fijar los ojos en el cuadro que tan bien los representaba.

—¡Cosa mas extraña! dijo Doña Luisa—¿cómo no me habias dicho que te habias mandado retratar con Luisa?

—Yo!—contestó D. Jorge asombrado—ni lo he pensado.

—Pues sea como fuere, ahí están ustedes hablando; acaso quisiste darme una sorpresa, picaruelo.

—No hija, te aseguro que no; yo estoy tan admirado de esto como tú misma puedes estarlo.

—Qué bien está mi papá—decia Luisa—yo quiero que compres ese cuadro.

El señor Franco, deseoso de aclarar aquel misterio y de complacer á su hija, se acercó al empleado que vendia catálogos á la entrada de la sala, y compró uno, en el que buscó afanosamente el número del cuadro. Leyó lo que sigue:

Número 176.—El padre y la hija.—Cuadro original del alumno Mauricio Gonzaga.

—¿Podrán venderme este cuadro?—preguntó al empleado.

—¿Tiene una *v* la nota?

—Nó, señor.

—Entonces no está de venta.

—Debo decir á usted que es mi retrato y el de mi hija.

El empleado se encogió de hombros, como diciendo:

—¿Y á mí qué me importa?

—¿Podria usted decirme quién es el autor?

—Lo dice el catálogo.

—No quiero saber el nombre, sino ver á la persona.

—Debe andar por ahí con sus compañeros; es un muchacho que tiene una cicatriz en la frente.

El señor Franco se echó á buscar á Mauricio, y no le costó gran trabajo encontrarle; se hallaba en la misma sala, de pié en un extremo de ella, pálido y temblando y sin acertar á

dar un solo paso. Su primer impulso, al ver que la familia del señor Franco se detenía ante sus cuadros y se fijaba en el que representaba á Luisa y á don Jorge, habia sido huir; pero parecia que una fuerza superior le impedia hacer uso de sus movimientos, y permaneció clavado en su lugar. Creia estar soñando.

—Amiguito—le dijo don Jorge acercándose á él—¿es usted el autor del cuadro número 176?

—Servidor de usted—contestó á media voz Mauricio, temblando de los pies á la cabeza y con los labios completamente secos.

—¿Y podria usted decirme por qué se ha permitido retratarnos á mi hija y á mí sin nuestro consentimiento?

Mauricio no sabia que responder.

Por fortuna, Ramon estaba á su lado, y á pesar de lo mal que habia dado en tratarle su amigo, como que tenia buen corazon, no quiso dejarle en el atolladero sin darle la mano para salir de él.

—La cosa es muy sencilla, señor—dijo interponiéndose—casi todos nosotros encontramos á usted por las mañanas con la señorita, y hemos apostado á quien los sacaria mejor; y como Mauricio es el que mas sabe de nosotros, ha ganado como usted ve y presenta su cuadro en la exposicion. Cuando se tiene el talento de mi amigo y su brillante imaginacion, no hay que pedirles permiso á las personas ni que molestarlas para hacer sus retratos; con verlas basta.

—Es que á mí no me acomoda.....

—Pues me gusta!..... cuando debia usted estarnos agradecido y especialmente á Mauricio porque ha hecho de usted y de la señorita su hija un cuadro que es una obra maestra, se nos la viene echando de enojado. Si no le acomoda que le vean métase tras de celosías.

—¡Insolente!—dijo don Jorge levantando el baston para pe-

garle á Ramon. Pero este, que era vivo y tenia fuerzas, contuvo el brazo del padre de Luisa y se apoderó en el aire del baston.

—¡Calle!—dijo el amigo de Mauricio—con que de este modo paga usted á un artista el que le haya hecho el honor de retratarle? Pues conmigo se pega usted chasco; porque me llamo *no me dejo* y Mauricio está bajo mi proteccion.

—Me quejaré al director.

—Haga usted lo que guste.

Los dos interlocutores habian levantado gradualmente la voz hasta el extremo de llamar la atencion de todos los concurrentes, que habian formado círculo á su derredor. La señora Franco y su hija se habian acercado tambien.

—¿Qué sucede, hijo?—habia preguntado la señora.

—Que este bribon.....—contestó lleno de rabia el señor Franco.

—¿Qué sucede?—interrumpió Ramon—que el señor su esposo de usted se permite reclamarle á mi amigo porque le ha hecho la honra de pintarle y tenido el honor de retratar á la señorita su hija, cuando debía estarle agradecido.

Mauricio, durante toda esta desagradable escena, habia permanecido con los ojos bajos, pálido y temblando, y parecia que iba á desvanecerse. Cuando la señora Franco y su hija se acercaron habria querido desaparecer bajo el piso de la sala.

—No vale la pena de incomodarse—dijo la señora á su esposo—pregunta cuánto vale el cuadro y cómprale; le han de haber hecho para ganar dinero.

Mauricio sintió como un hierro frio que le atravesaba el corazon, y pensó morir cuando Luisa agregó:

—Sí, papá, no te incomodes; vale mas que le des al pintor lo que te pida por él y con eso basta.

—Señorita—dijo entonces Ramon dirigiéndose á Luisa—

hay ciertas cosas que no se pagan con dinero. Mi amigo no ha pintado ese cuadro por ganar algo, sino por simpatía y para conservarle. Le ha expuesto aquí porque nosotros se lo hemos exigido, creyéndolo útil para su fama; pero una vez que á usted le disgusta que le haya hecho, tengo la honra de suplicarle á usted á nombre de mi amigo tenga la bondad de aceptarle como un recuerdo suyo.

Luisa volvió los ojos hácia donde se hallaba Mauricio.

—Ay, papá—dijo candorosamente—si es el de la cortada!.....

Mauricio no podia ya estar en pié y se habia apoyado contra la pared; aquella escena le hacia daño.

Por fortuna, el director de la Academia, á quien el empleado que vendia los catálogos habia dado aviso de lo que pasaba, llegó al lugar de la escena.

—¿Qué pasa?—preguntó.

Ramon le refirió en breves palabras lo que sucedia.

El director, que era hombre de juicio y de buen sentido, reprendió á Ramon por haber provocado la ira de don Jorge, y suplicó á este que otra vez fuese mas moderado para tratar á las gentes en un paraje público, haciéndole comprender que Mauricio tenia el derecho y la libertad de retratar á cuantos quisiera, ya que el cielo le habia dotado de especial talento para ello; mucho mas cuando en el cuadro que habia provocado el enojo del señor Franco no habia nada que pudiera herir el amor propio mas exagerado.

Don Jorge, que á pesar de todo era hombre que cedia fácilmente á la razon, se disculpó con el director y le suplicó interpusiera su influjo con Mauricio para que le vendiera el cuadro.

Mauricio guardaba silencio, y parecia que iba á ponerse malo.

Ramón, á su nombre, ofreció de nuevo á Luisa el cuadro como un recuerdo del pintor; pero la niña, sin comprender todo el mal que hacia, contestó:

—No le quiero dado, sino comprado.

La señora Franco volvió entonces los ojos á Mauricio y vió el estado en que se hallaba. Su instinto de madre y de mujer no la engañó respecto de los sentimientos que agitaban el alma de Mauricio, y dirigiéndose á su hija, le dijo:

—Acepta.

—Señorita—decía entonces Ramon con tono de súplica—sea usted buena.

—¿Es acaso malo lo que he dicho?—preguntó Luisa—Mi mamá me ha advertido que no debo admitir nada de los hombres.

—Acepta—volvió á decir la señora Franco, que veía morir á Mauricio.

—Pero con su permiso—agregó la niña—tomo el cuadro, y les doy á usted y á su amigo las gracias.

—¡Gracias, señorita!—dijo entonces Mauricio atreviéndose á desplegar los labios—Gracias, señora!—agregó dirigiéndose á la señora Franco.

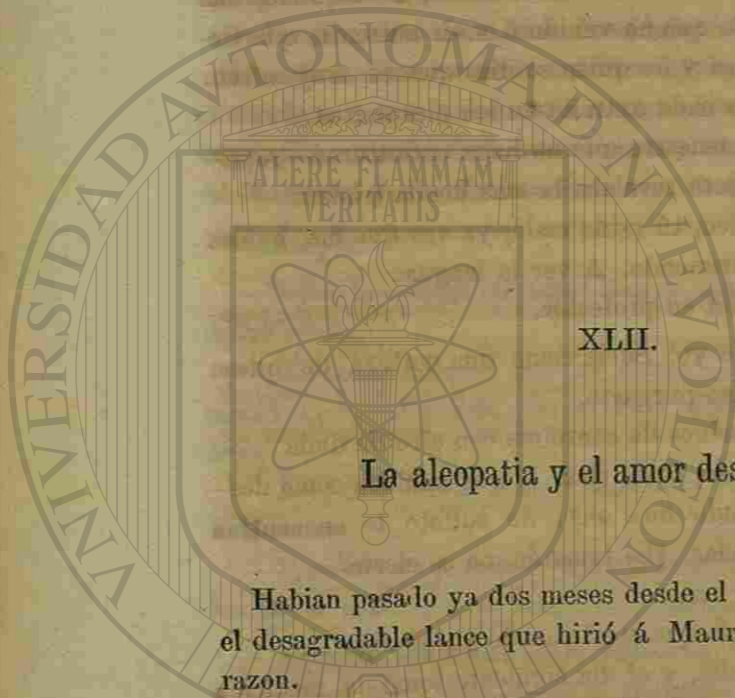
Pero el mal estaba ya hecho. El ángel se había convertido en mujer. La ilusión del pobre artista había tomado una forma á sus ojos, había hablado, y su primera palabra había ido á herirle directamente en el corazón.

Los verdaderos poetas y los verdaderos artistas no debían habitar en el mundo; sus almas son delicadas sensitivas que al menor contacto con la realidad de la vida se estremecen y mueren.

Mauricio salió de la Academia con el corazón desgarrado. Cuando entró á su modesto cuarto en casa de don Marcos, le encontró pobre, desnudo, vacío; había volado la ilusión que le

llenaba y le convertía en un cielo, y aquel cuarto tenía para Mauricio el aspecto de una habitación de la que acaban de sacar el cadáver de una persona amada:

Solo, triste, frío.



La aleopatía y el amor desgraciado.

Habían pasado ya dos meses desde el día en que tuvo lugar el desagradable lance que hirió á Mauricio en medio del corazón.

El pintor estaba triste, y su lápiz y su pincel ociosos.

Profundos círculos negros rodeaban los hermosos ojos de nuestro héroe; sus mejillas habían adquirido un color pálido y trasparente, y se habían ahuecado como las de los viejos á quienes faltan las muelas.

Su estado era alarmante, y don Márcos, á pesar de su indiferencia de comerciante entregado exclusivamente á los negocios, no dejó de notar la decadencia de salud y de humor de su protegido.

—Tú estás malo, muchacho—le dijo un día.

—Nó, señor—contestó Mauricio con amarga sonrisa.

—Me han dicho que comes poco.

—Nunca he tenido grande apetito.

—Que no duermes.

—Tal vez por el calor.

—Ya no pintas con tanto afán como ántes; ni siquiera has retratado al licenciado que ha venido á vivir enfrente, que tiene la cara tan grotesca y de quien se dice que es muy afecto á lo del prójimo, cosa nada extraña en los picapleitos.

—Me ha dicho mi maestro que no haga caricaturas—replicó Mauricio, cuyo acento revelaba la mas honda tristeza.

—No hay mus, chico, tú estás malo; ya ves que me hablas como si estuvieras durmiendo. A ver la lengua.

Mauricio complació á su protector.

—Toma! no lo decia yo! Sucia como una corteza de queso de la Barca. Es preciso purgarte.

Mauricio no pudo ménos de sonreirse con aire de duda.

—No te rías, hombre, no te rías. Verás mañana como despues de haberte tomado una onza de sulfato, te encuentras otro y me das las gracias. ¿Le tomarás, no es cierto?

—Pero si no estoy malo.

—¡Bonito caprichudo que eres! cuando yo te digo....

Mauricio condescendió, y al día siguiente tomó la medicina que el buen don Márcos le había recetado.

Por supuesto que los síntomas que habían alarmado al señor Olavarria no desaparecieron.

La enfermedad avanzaba.

Don Márcos se afligía extraordinariamente.

—Veremos á un médico—le decia á Mauricio.

—Pero si le aseguro á usted que nada me duele.

—Eso es lo que me alarma, hombre; si algo te doliera te pondríamos un cáustico en la parte adolorida y *pax christi*.

Como se vé, don Márcos, en su calidad de médico improvisado, avanzaba mucho en la aplicacion de remedios heróicos.

Mauricio no pudo convencerle de que su enfermedad no era de las que se curan con las drogas de la botica.

Las gentes que nunca han sufrido esos dolores morales supremos, reservados solamente para ciertas almas como en compensacion de su superioridad, no aciertan á comprender que la salud se desmejore, y el físico del individuo se destruya, si no es por causas enteramente materiales.

Si alguno le hubiera ido á decir á don Márcos que la enfermedad de Mauricio era amor desgraciado, se habria encogido de hombros á estar de buen humor, ó le habria arrimado un reves al insolente que se iba á burlar de él, si por desgracia hubiera salido en aquel dia pasada una barrica de chilitos en vinagre poniendo naturalmente de mal humor al ilustre tendero.

Su solicitud por Mauricio tenia algo de paternal, su rusticidad era una especie de capa exterior bajo la cual se ocultaba un noble corazon, y el estado que guardaba su protegido le alarmaba cada vez mas. Por consiguiente, á pesar de la repugnancia y de las protestas de Mauricio, envió por un doctor paisano suyo, y entró con él á la habitacion del pintor.

—Aquí te traigo la salud, muchacho—dijo al entrar á Mauricio, que sentado frente á una mesa en la que tenia apoyado el codo, se hallaba en una de esas situaciones tan comunes en los enamorados, y que tienen algo de sonambulismo.

Miraba sin ver; sentia á un tiempo honda tristeza y goce indefinible, y estaba tan léjos del mundo, que pareció no haber oido la voz de D. Márcos, ni advertido la presencia de éste y el doctor en su cuarto.

El señor Olavarria se acercó á él y le tocó en el hombro.

Mauricio se estremeció como una persona á quien se despierta bruscamente.

—Ah! es usted—dijo—buenos dias D. Márcos.

—Sí, yo soy, con el amigo D. Fernando que vá á reconocerle.

Mauricio tendió la mano al médico, que éste estrechó afectuosamente, mirando con fijeza al jóven.

—¿Qué tienes, muchacho?—le preguntó al fin.

—Verdaderamente nada—contestó Mauricio, sonriendo de la manera amarga que le era peculiar desde su encuentro con Luisa y su familia en la Academia.

—Es su contestacion sempiterna—interrumpió D. Márcos.

—Veamos el pulso.

El pobre Mauricio tuvo que ponerse en la cama, y fué reconocido por el doctor, que le aplicó el oido al pecho y al pulmon, le tocó en diferentes partes de su cuerpo, y concluyó diciendo magistralmente:

—Es un principio de anemia. Que tome mucha carne, buen vino, haga ejercicio y se distraiga. Voy á recetarle unas píldoras.

—Pero le abrirán el apetito, doctor?—preguntó D. Márcos. Porque aquí no falta ni la buena carne, ni el tinto catalán, ni el de Tudela; lo que necesita este muchacho es no ser remilgado y comer como la gente.

—Que tome un poco de amargo antes de comer. Volveré á verle dentro de algunos dias.

Declarado anémico, Mauricio tuvo que sujetarse á las prescripciones del doctor; pero como era natural, la enfermedad no cedia, y D. Márcos se daba á todos los diablos, renegando de los médicos y de su ciencia.

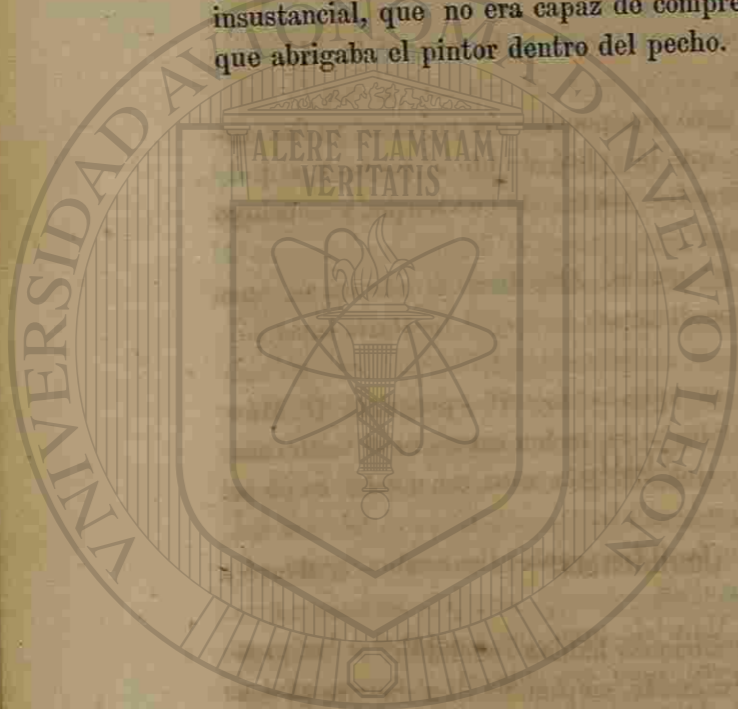
D. Fernando se disculpaba con el abatimiento de Mauricio y su resistencia á tomar las medicinas y á comer como Dios manda.

D. Márcos, hecho un padre amoroso, le servia á Mauricio en la mesa lo mejor, y habia encargado á sus amigos le buscaran una cocinera de primera fuerza.

Nada era bastante. La enfermedad de que adolecia se agravaba cada vez mas, y el jóven se consumia lentamente.

Tal vez le habria curado una sonrisa de Luisa; pero para él Luisa habia muerto. El ángel cuyo recuerdo acariciaba habia

volado al cielo; en su lugar habia quedado una polluela impertinente y orgullosa, y el alma de Mauricio no estaba hecha para conformarse con lo poco que podia dar de sí una chica insustancial, que no era capaz de comprender siquiera el amor que abrigaba el pintor dentro del pecho.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

XLIII.

Confidencia.

La exposicion y las vacaciones habian concluido.

Mauricio, triste y desanimado, emprendia diariamente el camino de la Academia.

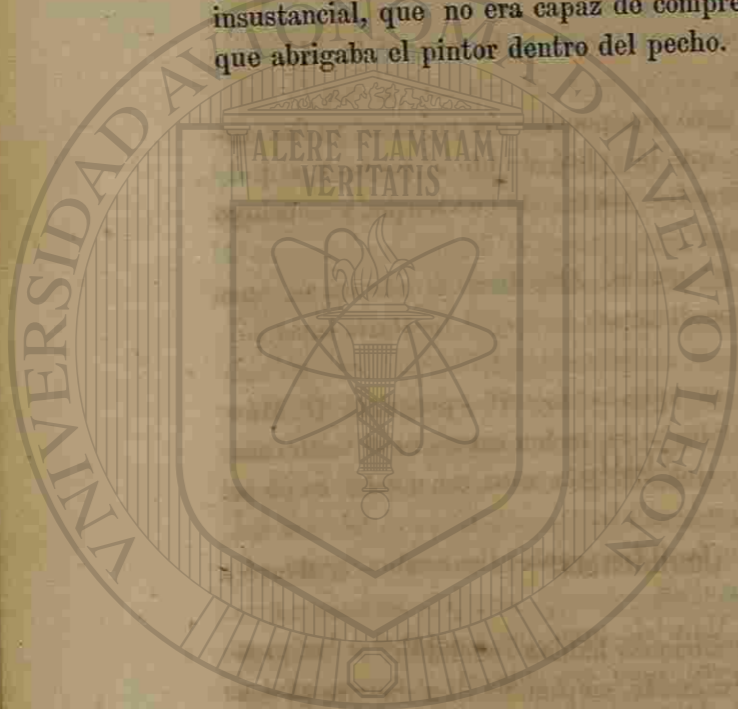
Casi nunca dejaba de encontrar á don Jorge y á su hija. No los veía, los sentia, y algo como un toque eléctrico que hacia saltar su corazon, le obligaba á levantar la vista y á corresponder tímidamente al saludo que le dirigian de una manera invariable el padre y la hija.

Despues de que pasaba aquel momento que era como un relámpago que iluminaba diariamente su vida por un segundo, como para hacerle sentir con mas fuerza la oscuridad del abismo en que se habia despeñado, nuestro héroe volvía á bajar los ojos y continuaba, suspirando, su camino.

Una vez en la sala de estudio, preparaba maquinalmente sus

MAURICIO.—16.

volado al cielo; en su lugar habia quedado una polluela impertinente y orgullosa, y el alma de Mauricio no estaba hecha para conformarse con lo poco que podia dar de sí una chica insustancial, que no era capaz de comprender siquiera el amor que abrigaba el pintor dentro del pecho.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

XLIII.

Confidencia.

La exposicion y las vacaciones habian concluido.

Mauricio, triste y desanimado, emprendia diariamente el camino de la Academia.

Casi nunca dejaba de encontrar á don Jorge y á su hija. No los veía, los sentia, y algo como un toque eléctrico que hacia saltar su corazon, le obligaba á levantar la vista y á corresponder tímidamente al saludo que le dirigian de una manera invariable el padre y la hija.

Despues de que pasaba aquel momento que era como un relámpago que iluminaba diariamente su vida por un segundo, como para hacerle sentir con mas fuerza la oscuridad del abismo en que se habia despeñado, nuestro héroe volvía á bajar los ojos y continuaba, suspirando, su camino.

Una vez en la sala de estudio, preparaba maquinalmente sus

MAURICIO.—16.

colores, tomaba sus pinceles y permanecía largo rato con el lienzo delante, el pincel en el aire, la vista extraviada y en completa inmovilidad.

Sus compañeros le embromaban y se burlaban de él. Ramon le compadecía, y aunque habitualmente ligero y burlon, respetaba el dolor de su amigo sin comprenderle, se abstenía de hacerle objeto de sus bromas, y buscaba en su imaginación el medio más á propósito para curar de raíz al pobre Mauricio.

Maria, el bello modelo, á quien el pintor habia dado cita para hacer un nuevo cuadro, permanecía horas enteras frente al caballete del artista, contemplándole en silencio y derramando abundantes lágrimas.

Algunas veces se impacientaba y decia al pintor:

—No se trabaja hoy, señor Mauricio?

—Sí, hija, aguarda un poco.

Pero la niña aguardaba inútilmente. Mauricio cubria todos los días su lienzo sin que este hubiera cambiado nada del estado que guardaba la víspera.

La niña se desesperaba. Comprendía que algo pasaba en el corazón de Mauricio que ella no podía remediar, y temía conocer la verdad, porque una voz interior le decia que otra mujer era la que causaba aquella desazon en el alma del hombre á quien ella, Maria, amaba más en el mundo y por quien habia dado la felicidad y la vida.

Un día, sin embargo, se atrevió á dirigirse á Ramon para inquirir la causa del abatimiento de Mauricio.

Concluida la clase, se acercó tímidamente al amigo de su amado, y le dijo con una amabilidad á la que Ramon no estaba acostumbrado de su parte:

—¿Quiere usted oirme una palabra?

—Calla, muchacha! qué amable estás! ¿qué mosca te ha picado?

—Quisiera que habláramos formalmente.

—Hombre! ¡formalmente! vas á solicitar mi blanca mano?

—¡Por Dios, Ramon!—dijo la niña con un tono de tan supremo dolor, que Ramon la vió con asombro.

Entonces pudo notar en los límpidos ojos de María las lágrimas que se agolpaban á sus pupilas, y en la expresión de su rostro una angustia tal, que sin querer sintió oprimido el corazón y dijo á la niña con amabilidad, casi con tristeza:

—Habla, María, ¿qué es lo que te acongoja?

—Usted es muy amigo de Mauricio.

—¿Quién lo duda?

—Sabe usted cuanto le pasa.

—Ya lo creo, como que soy el confidente general de la Academia y muy particularmente suyo.

—¿Podría usted decirme, continuó María, qué es lo que tanto le apesadumbra que se desmejora visiblemente y ya no trabaja con el mismo tesón que ántes?

—¡Ah curiosa! acuérdate que por la curiosidad de tu madre Eva estamos gimiendo en este valle de lágrimas todos nosotros, y lo más bonito del cuento, sin comerla ni beberla.

—Le aseguro á usted que no es por curiosidad.

—Pues cómo se llama indagar las vidas ajenas, muchacha?

—Si usted supiera cuánto me interesa!—volvió á decir la niña con ese tono que habia llamado ya la atención de Ramon.

—¡Calla!—pensó este—si se habrá enamorado de veras esta chica de Mauricio! ¡Y yo que no caía en cuenta!

Luego agregó en voz alta:

—¿Te interesa? ¿le querrias acaso?

La niña no contestó; se puso extraordinariamente encarnada y un estremecimiento nervioso recorrió todo su cuerpo.

¡Ramon habia sorprendido su secreto!

Qué vergüenza! Su indiscrecion la habia vendido; Mauricio iba á saber que le amaba y la despreciaria tal vez. No volveria á verle! ¿Cómo se atreveria á ponerse frente á él para servirle de modelo, cuando cada vez que el pintor fijara la vista en ella el rubor habia de subir á su frente y no habia de poder sostener la mirada del artista?

La pobre niña rompió á llorar.

Ramon la contemplaba con tristeza. Nada tenia que preguntarle. Sabia ya cuanto pasaba en el alma de aquella pobre jóven que á nacer en otra esfera habria sido la reina de los sajones, y que un capricho de la suerte colocaba en medio del camino de un ser tan desgraciado como ella y el único que podia darle la sola felicidad que anhelaba en aquel momento su corazon.

—¡No le diga usted nada!—exclamó despues de un rato María.

—No te apures, que nada sabrá por mi boca; pero, dime, ¿le quieres mucho?

—Con toda mi alma.

—¿Harías por él un sacrificio?

—Cuantos fueran necesarios.

—¿Aun el de tu amor?

La niña vaciló un momento.

—¿Qué quiere usted de mí?—preguntó al fin.

—Mauricio ama á otra.

—Ah!—exclamó María que sintió agolparse toda su sangre al corazon.—Y ella?—añadió despues de un momento.

—O ignora el amor de que es objeto, ó es incapaz de comprender una alma como la de Mauricio.

—No le ama!..... dijo con mal contenido placer María.

—Precisamente.

—Gracias, Dios mio!—exclamó el modelo llevando la mano á su pecho.

—Cómo gracias, muchacha! ¿No ves que el motivo de que tan mal esté nuestro pobre Mauricio es cabalmente la indiferencia de esa chica?

María encogió los hombros.

—Entonces tú no le amas!—continuó Ramon.

—Que no le amo!—dijo con acento indefinible María—si no le amara me importaria muy poco que esa mujer no se cuidara de él; amándole como le amo veo una esperanza para mí en la indiferencia de ella.

—Pero si él la adora, desventurada!

—Algun dia se cansará de tributarle inútilmente sus homenajes; algun dia comprenderá que la mujer que ha tenido la dicha de conmover su alma y no se apresura á adorarle de rodillas no tiene corazon de mujer sino de roca; y algo entonces le dirá que yo le amo, que le adoro, que le idolatro; que para mí no hay en el mundo otro hombre que él y que hasta el cielo me pareceria desierto y triste si no le viera allí á mi lado:

Los ojos de María chispeaban; su voz tenia un acento de solemnidad indefinible y sus palabras parecia que salian directamente del corazon sin pasar por sus labios secos y marchitos que estaban casi inmóviles.

—¡Pero tú estás loca, muchacha!—interrumpió Ramon.

—Loca, sí,—continuó María cuya exaltacion crecia por momentos—loca; pero de amor, de angustia, de cansancio de esta vida en la que todo es negro para mí; en donde no veo mas que tinieblas por donde quiera que vuelvo los ojos y en la que cuando encuentro una luz única me deslumbra, me lastima, me mata! Loca, porque he dejado que mi alma se adelante al encuentro de otra que la huye para ir en pos de otra alma que huye á su vez, considerándose indigna sin duda de hermanarse con tanta hermosura y tan inmensa grandeza! Loca, pro-

que cuando el amor ha venido á mí no le he rechazado sino que le he abierto completamente mi corazón en donde se ha encerrado para no volver á salir jamás!

—Pero de dónde has sacado todas esas cosas, muchacha?— dijo Ramon admirado al oír expresarse á María de una manera tan extraña.

—¿De dónde? pregunte usted á los ojos de donde sacan sus lágrimas, al pecho donde va á buscar sus gemidos.

—Es decir que no me ayudarás á curar á Mauricio—replicó Ramon que quería poner fin á una escena que sin saber por qué le hacía daño.

—¿A curarle? ¿de qué manera?

—Contribuyendo á que le ame esa mujer.

—Qué dice usted? ¿Supone usted acaso que yo había de abandonar mi última esperanza? que había de ayudarle á otra mujer á que se apoderara del tesoro único que ambiciono? Entonces sí se podría decir que estaba yo loca.

—Pero no ves que se morirá Mauricio?

—¿Que se morirá? Pues bien, sí, que muera; yo me moriré también y entonces podré decirle que le amo, y entonces estaremos unidos para siempre.

—Con que no cuento contigo?

—Ni lo sueñe usted.

—Adios, María.

—Adios, Ramon, gracias.

—¿De qué?

—De que me ha dicho lo que deseaba saber.

—Y ahora ¿qué vas á hacer?

—Nada—contestó la niña con solemne tono.—Esperar

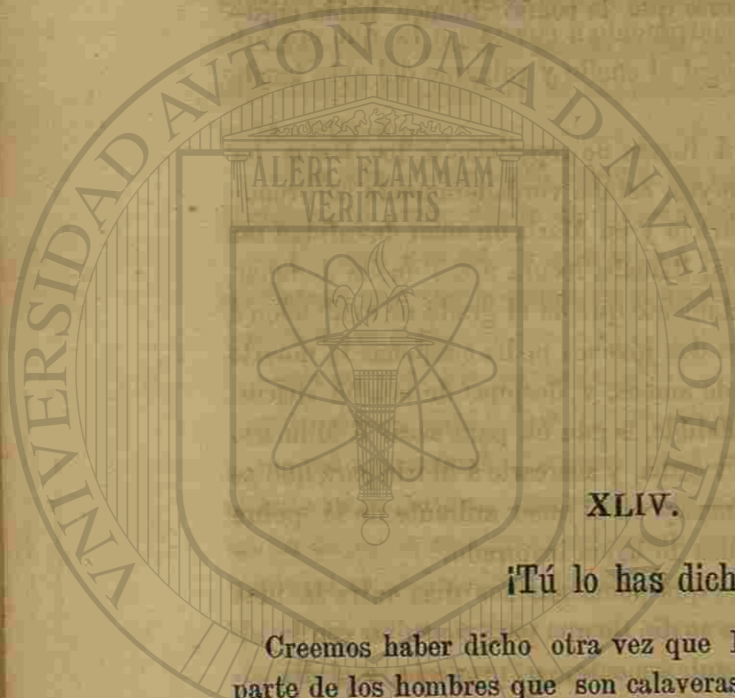
—¿En qué?

—En un milagro.

—Está loca rematada—murmuró Ramon alejándose.

María volvió á su miserable casa.

¡Cosa extraña! Sus ojos estaban secos. Desde aquel día no volvió á llorar. El secreto que le confió Ramon había enjugado sus lágrimas.



XLIV.

¡Tú lo has dicho!

Creemos haber dicho otra vez que Ramon, como la mayor parte de los hombres que son calaveras ó quieren hacerse pasar por tales, tenia muy buen corazon.

La escena que habia tenido lugar entre María y él le habia impresionado vivamente.

Resuelto á curar á Mauricio de su amor ideal y extraño por la hija de don Jorge, y prescindiendo de la primera idea que habia tenido y consistia en poner cuantos medios estuvieran á su alcance para que Luisa correspondiera al amor de su amigo, se prometió curarle haciéndole amar á María.

—Son un par de locos—decia—que se entenderán perfectamente.

El buen jóven no podia comprender el amor de la manera que Mauricio y María le comprendian. Para él, las citas por el balcon, los paseos, los pañuelos, las cintas, las cartitas, las

calabazas dadas ó recibidas, y vuelta á empezar con otra, como decia cuando exponia sus teorías á sus compañeros, constituian toda la poesia del amor, miéntras que llegaba la época terrible de echarse la cruz del matrimonio á cuestras; á lo que era preferible, agregaba, un dogal al cuello y colgarse del asta bandera de Catedral.

Con esas ideas, que á fuerza de repetirlas á los demas habian llegado á ser las suyas, estaba verdaderamente sorprendido de encontrar en Mauricio y en María un amor de calidad tan diferente del que conocia; llamaba locura á ese modo de amar, pero comprendia perfectamente que en el grado de exaltacion á que habia llegado en los dos jóvenes podia ocasionar la muerte de alguno de los dos ó de ambos; y despues de mucho discurrir, imaginó un plan, infalible, segun él, para sacar á Mauricio de la atmósfera en que vagaba, y acercarle á María para que se confundieran sus dos almas y en el amor ardiente de la pobre niña olvidara el que Luisa le habia inspirado.

Ramon no era hombre que ponía muchos dias entre la idea y la ejecucion. Apenas se dió tiempo para consultar con la almohada, como se dice vulgarmente, su proyecto, y al dia siguiente muy temprano fué á buscar á Mauricio como en los felices dias en que iban á hacer su ostacion frente á los balcones del señor Franco.

—¿Qué andas haciendo por acá tan temprano?—le preguntó Mauricio al verle.

—Ya lo ves, vengo á buscarte; tenemos que hablar.

—¿Te ha pasado algo grave?

—A mí nó precisamente, pero á uno de mis amigos si; y vengo á consultarte.

—¿A consultarme tú á mí?

—¿Por qué lo extrañas? En este asunto nadie mejor que tú puede darme un consejo. Despáchate y salgamos; hablaremos en la calle.

Mauricio acabó de pasarse un cepillo por la ropa, tomó su sombrero, fué á despedirse cariñosamente de don Márcos y sus compañeros, costumbre afectuosa á la que no faltaba nunca, y los dos amigos, tomados del brazo, echaron á andar por la calle.

El primero que rompió el silencio fué Mauricio.

—Dime lo que te pasa, Ramon, que por el aire de misterio que llevas parece que ha de ser cosa grave.

—Y vaya si lo es! Figúrate que se trata de la felicidad de dos personas, y de la opinion que tú dés depende.

—Esto pica en historia—replicó Mauricio sonriendo.—Cuenta, cuenta.

—Figúrate, chico, que un pobre amigo nuestro está muy enamorado, perdidamente enamorado de una chicuela que no le hace ni le hará mas caso que el que te hace á tí la picarona de Luisa.

—¡Ramon!—interrumpió Mauricio—te suplico que no toques ese punto; me hace daño.

—Dispénsame, amigo mio, no encontre por lo pronto un punto de comparacion mas exacto; pero te ofrezco que no vuelvo á hacer alusion alguna á tus desgraciados amores.

—Bueno, sigue tu historia.

—Pues como te decia yo, el pobre muchacho no tiene esperanzas de ser correspondido, y como no es persona capaz de tomar el amor á la broma como yo y todas las personas razonables lo hacemos, se está desmejorando de una manera tan inaudita, que parece una espina, y no hay modo de remediarlo.

—¡Pobre!

—Eso mismo digo yo, ¡pobre! Y con mayor razon lo dirás tú cuando sepas que miéntras él está perdiendo el tiempo en suspirar y en adelgazarse por quien no le quiere ni piensa para nada en él, hay otra muchacha trescientas mil veces mas gua-

pa, mas linda, mas poética, con la única diferencia que es muy pobre, que se muere por él, y que está sufriendo tantos tormentos por nuestro ingrato amigo, como él los sufre por la ingrata señora de sus pensamientos.

—¡Habrás cosa mas rara!

—Ya lo creo que es rara! ¿verdad? ¿Tú qué harías en su lugar?

—Hombre, ya quedamos en que yo nada tengo que ver en esto.

—¡Qué susceptible estás, chico! Ese es un modo como cualquiera otro de preguntarle á una gente su opinion. ¿Qué le aconsejarías que hiciera, vamos?

—Francamente, el asunto es difícil.

—Yo no sé si pensarás de la misma manera que yo.

—¿Cómo?

—Yo creo que en buena ley y en buena justicia, un hombre de corazon que está sufriendo atroces tormentos por una mujer ingrata, y comprendiendo lo horrible de una situacion semejante, desde el momento en que sabe que otra pobre mujer sufre por él idénticos dolores debe tenderle la mano y aliviárselos. Si nó ¿conqué derecho podrá quejarse de la ingratitud de la señora de sus pensamientos, si él, mas fuerte, mas humano, de mejor corazon, porque lo primero que se le ocurre al que en semejante estado se halla es que la mujer en quien se ha fijado es una hiena y él un angelito; si él que es la quinta esencia de la bondad y de la fortaleza, repito, no se compadece de la pobre mujer á quien atormenta un amor ardiente y sin esperanza?

—Y que no puede declarar.

—Pues, circunstancia agravante.

—Pero ¿y si no le ama?

—Hombre, Mauricio, no esperaba de tí semejante disparate.

—¡Cómo disparate!

—Pues es claro, hombre; ¿quién no ha de amar á una pobre mujer que sin que se le haya dicho que tiene lindos ojos se enamora perdidamente de uno? Ellas, que siempre son mas crueles que nosotros, ó que por lo ménos fingen serlo, porque les gusta á las muy picaronas que les roguemos, basta que sepan que un hombre las quiere para que cuando ménos se lo agradezcan y se predispongan en su favor. Conque á ellos ¿qué les toca hacer en su caso?

—No dejas de tener razon.

—Me alegro de que lo conozcas.

—Pero en este caso, si el amigo de que me hablas ama á otra.....

—¿Te parece justo que prefiera la que le hace padecer á la que le brinda con su corazon y no tiene otro pensamiento que él? Aquí de tu moral, Mauricio, de esa moral que á cada paso me estás predicando cuando me echas en cara que enamoro á las niñas por mero pasatiempo.

—Pero como nadie manda en su corazon.....

—Si no hay necesidad de mandarle, él se inclina solo. ¿No te incomodas? Supongamos que tú eres la persona de que se trata.

—Ramon!

—Por un momento nada mas, hombre, no seas tan vivo de genio; desde que te estás enflaqueciendo te has vuelto bilioso. Por un momento nada mas, ¿estamos?

—Vaya que sea; siempre te has de salir con lo que quieres.

—Pues bueno; supongamos que tú amas á Luisa perdidamente y ella no piensa para nada en tí; lo que, entre paréntesis, no habla mucho en favor del buen gusto de la niña; que tú te enflaqueces, siempre suponiendo, te pones triste, ojerudo, distraido; que lloras, que no duermes, ni comes, ni pintas,

ni hablas con tus amigos, ni haces nada de lo que ántes solías, en una palabra. Se ha de sufrir mucho en esa situacion, ¿verdad?

—Ya lo creo—contestó Mauricio suspirando.

—Seguiremos suponiendo que mientras tú tocas el violon de una manera tan soberana con tu Luisa, hay una muchacha..... ¿quién diremos? ¿te parece bastante bonita María?

—¿Qué María?

—El modelo.

—Pero qué capricho el tuyo, hombre!

—Déjame hacer; ¿te parece bonita María? la verdad.

—Ya se vé que es bonita.

—Me alegro que te guste; supondremos entónces que María, que ha estado tantos días frente á tí mirándote mientras la trasladabas al lienzo en ese magnífico cuadro de la familia que te valió el premio, se ha enamorado perdidamente de tí y que sufre lo mismo ó peor que lo que tú estás sufriendo por Luisa. Cuando lo supieras, ¿qué harías? seguirías amando á Luisa y siendo tan desgraciado como lo eres, sabiendo que con solo volver los ojos y alargar la mano hallarías tu felicidad perdida y volverías la suya á una mujer á quien se le ha extraviado en tus ojos?

—Pero si eso no puede ser.....

—Lo es, Mauricio, lo es; los personajes son otros, pero la situacion es la misma que te he bosquejado. ¿No es verdad que deberías adorar de rodillas á María? ¿No es cierto que harías un esfuerzo supremo para romper los lazos que unen tu corazon á esa Luisa imaginaria que te has forjado y que no es la misma con quien has tropezado en el mundo, para ofrecerle libre á los piés de María, de esa mujer que te comprende y que te adora?

—La verdad, Ramon, yo no puedo ser juez en esta cuestion,

—¿Cómo que nó? ¿No tienes alma en el cuerpo?

—Sí, pero ya ves..... en mi situacion.....

—Creerías profanar tu amor por Luisa, verdad? ¡Pobre niño que eres! Sé hombre una vez, Mauricio, pálpate el corazón y responde con toda la franqueza y la lealtad de que eres capaz; un hombre en la situación que acabo de diseñarte ¿por quién debería optar? No vaciles.

—¡Por María!—contestó Mauricio haciendo un esfuerzo supremo.

—*¡Tú dixisti!*—exclamó con aire de triunfo Ramon.—Fuera ese aire triste, Mauricio! María te ama y tú has fallado en tu propia causa!

Mauricio se quedó estático.

Ramon le refirió en pocas palabras lo que había pasado entre él y María. Nuestro pobre artista creía estar soñando. En su alma luchaban encontrados sentimientos. Su amor á Luisa, idealizado hasta lo sublime; su compasion por la pobre María; el temor de que Ramon se estuviera burlando de él; la memoria de ciertas miradas, de ciertas acciones de la pobre modelo que estaban de acuerdo con lo que acababa de oír de boca de su amigo; todo contribuía á ponerle en un estado de angustia y de perplexidad imposible de describir. Su situación era de las mas difíciles.

Largo rato guardaron silencio los dos amigos. Ramon no quería interrumpir el curso de los pensamientos de Mauricio. Este no encontraba palabras con que expresar lo que sentía, y aun cuando las hubiera hallado, la emoción que le dominaba habría embargado su voz.

Por fin, Ramon dijo á media voz á Mauricio:

—¿Qué piensas hacer?

—¿Me has dicho la verdad?

—Te lo juro por la memoria de mi madre.

—Me casaré con María.

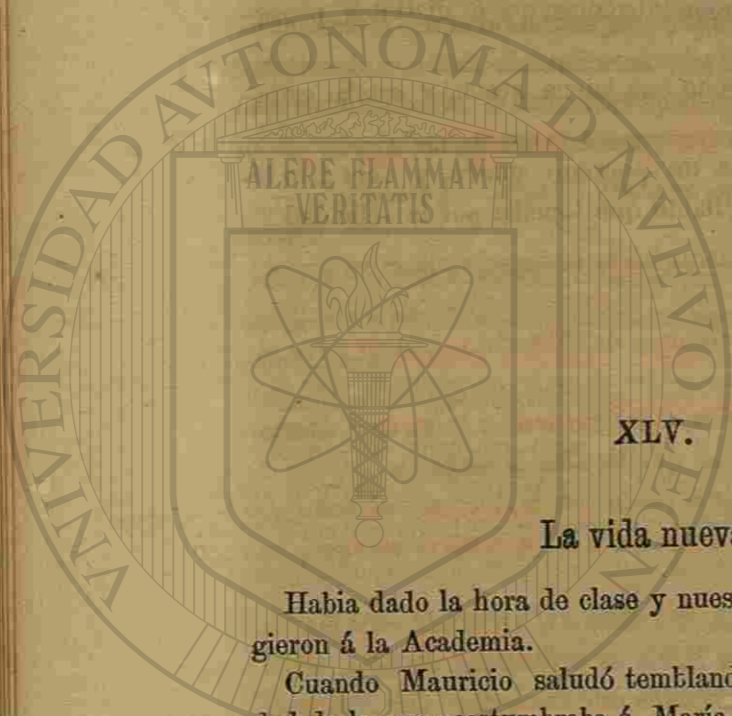
—Bien, Mauricio, eres un hombre de corazón.

Los dos amigos guardaron silencio.

Ambos seguían su camino abandonados á distintos pensamientos.

Ramon creía haber hecho una buena acción y estaba satisfecho de sí mismo.

Para Mauricio se abría un porvenir nuevo, y veía á lo lejos algo como una luz brillante que tomaba por la felicidad.



XLV.

La vida nueva.

Había dado la hora de clase y nuestros dos amigos se dirigieron á la Academia.

Cuando Mauricio saludó temblando y con mayor amabilidad de la que acostumbraba á María, que se hallaba ya en su puesto, se quedó contemplándola un rato y murmuró:

—¡Qué bella es!

La pobre niña no apartaba los ojos del artista mientras este preparaba su lienzo y sus pinceles, y varias veces que Mauricio volvió hácia ella la vista, la sorprendió *infraganti* delito de contemplación.

El pintor se sonreía y ella le devolvía su sonrisa de una manera inefable.

María estaba alegre sin saber por qué.

Hay algo en los corazones de los que aman que es como un termómetro de la felicidad; si á la niña le hubieran preguntado por qué se hallaba contenta no habría sabido qué contestar.

—Parece que hoy sí se va á trabajar, Mauricio—dijo con una voz dulcísima.

—¿Qué dices?—preguntó Mauricio, que por primera vez de su vida notaba lo armonioso y argentino de aquella voz que tanto había oído sin que le hubiera llamado hasta entónces la atención, y que quería oír de nuevo.

—Que hoy parece que tiene usted ganas de trabajar.

—Ya lo creo.

—¿Cómo me pondré?

—Inclina un poco el cuerpo hácia la derecha; la cabeza alta, mírame.

La niña obedeció las órdenes de Mauricio, que se puso á trabajar con afán.

Cuando concluyó la sesión, el artista tendió la mano á María y estrechó cariñosamente la que la niña le alargaba.

Los días pasaban de aquel modo con rapidez asombrosa.

El recuerdo de Luisa moría poco á poco en el corazón de Mauricio.

A medida que se alejaba del alma del artista la imagen de la hija de don Jorge, la de María se presentaba distinta, como sucede con esas vistas disolventes que comienzan por opacarse, se confunden despues con la que vá á sustituirlas y se desvanecen al fin completamente dejando el puesto á la que el capricho del maquinista quiere presentar á la vista de los espectadores.

El amor es un titiritero muy hábil. Despues de sustituida una imagen á otra en el corazón que le sirve de lienzo, la primera no deja de sí las menores huellas.

Mauricio se mejoraba visiblemente en moral y en físico.

Como todos los que tienen un corazón ardiente y apasionado, se había puesto á amar á María con todas las fuerzas de su alma. La desgraciada suerte de la niña era un nuevo combustible que atizaba la hoguera que tenía dentro del pecho.

MAURICIO.—17.

Trabajaba, y trabajaba con ahinco, ya no por su amor al arte, sino por su amor á María. Soñaba en hacer de su pincel un medio para sostener y dar comodidades á la que amaba é iba á elegir para esposa. Sus cuadros, llenos de mérito, se eternizaban en las paredes de la Academia ó de la casa de don Márcos sin que hubiera quien se presentara á comprarlos.

Entretanto, María se complacia al notar el cambio repentino de Mauricio, y comprendia que habia entrado en completa posesion del alma del artista. Sin embargo, pensar que Ramon habia dicho algo á su amigo y que las atenciones de Mauricio y las manifestaciones de cariño que le hacia, podian ser dictadas por un sentimiento de conmiseracion y no por un amor semejante al que ella sentia por el pintor, la atormentaba despiadadamente.

Veia llegar el momento en que Mauricio le hablaria de su amor; y su orgullo de mujer, y de mujer pobre, se rebelaba ante la idea de que el pintor no iba á buscar, al dar ese paso, la felicidad que se sueña en el amor de una mujer querida, sino la satisfaccion que procura el ejercer una buena obra.

El amor y la caridad, los dos sentimientos mas sublimes de que es susceptible el alma humana, y que deberian confundirse siempre, se excluyen en ciertas ocasiones.

Así pasaron algunos dias. María gozando al sentir las miradas de Mauricio fijadas en sus ojos, y deseando y temiendo á un mismo tiempo que llegase el momento de una explicacion. Mauricio, amando cada vez mas á su modelo y no atreviéndose á decirle "te amo," y ahogando en su garganta esas dos palabras tan dulces, cada vez que de su pecho querian brotar á sus labios.

Pero aquello no podia durar así. La atmósfera de amor y de gloria en que el artista vivia y se embriagaba se hacia cada vez mas densa, y si no queria asfixiarse en ella, era preciso que buscara algun desahogo, que lanzara al fin ese grito supremo

de los enamorados que habia de permitirle respirar mas libremente y habia de ser como el mensajero que fuera á buscar en el corazon de María la confirmacion de la dicha á que aspiraba Mauricio.

Si en aquellos momentos hubiera habido algun imprudente que hablara á Mauricio de Luisa, el artista se habria encogido de hombros sin saber de quien se trataba.

Muy poco tiempo y el amor de María habian bastado al jóven pintor para olvidar completamente á la mujer que por un momento creyó seria el único pensamiento que acariciara durante su vida entera.

Un dia, las miradas de la jóven modelo habian sido mas ardientes que nunca, el corazon de Mauricio estaba mas abierto al sentimiento dulcísimo que le ocupaba, ¿quien sabe? habia llegado acaso el momento fijado de antemano por el destino para que nuestro héroe se arrojase con los ojos cerrados en el abismo que el amor le presentaba delante, y su corazon estaba colmado; se habria dicho que era un reloj de arena misterioso que al rebotar marcaba una hora fatal en la vida de nuestro héroe.

Mauricio parecia muy ocupado en su cuadro. Su pincel era movido con febril agitacion; sin embargo, nada pintaba; era evidente, á juzgar por la actitud del artista, que algo grave le preocupaba. Por fin, despues de un rato de aquella situacion difícil para él, en que luchaban en su alma su timidez natural y su nuevo y grande amor, despues de un rato en que su rostro pasó por todos los colores de la encarnacion, desde la lividez de un cadáver hasta el rojo encendido de un semblante iluminado por la luz de una hoguera, el artista levantó la cara, fijó sus ojos de una manera inefable en los de María, y dijo con voz trémula y dulcísima:

—¡Qué bella eres!

María se estremeció. Comprendió que habia llegado el instante que temia y deseaba á un mismo tiempo. Quiso disimu-

lar su emoción y con un acento que quería parecer burlón y ligero, pero que tenía mucho de solemne, contestó al joven sonriendo de una manera forzada:

—Hasta ahora lo conoce usted, Mauricio?

—¡Perdon, María!—contestó con fuego el pintor—no hay cosa mas bella ni magnífica que la luz, el día, el aire que respiramos, y acostumbrados á encontrar tanta belleza ante nosotros desde que nacimos, gozamos de ella sin admirarla, como de una cosa comun y sencilla. Viéndote todos los días, teniéndote cerca de mí, pudiendo contemplarte á mi sabor, me habia acostumbrado á tu hermosura, y como la de la naturaleza, no me impresionaba cual debiera. Sin embargo, cuánto mas bella debes ser que todo lo que hay de bello en el mundo, cuando al fin mi corazón proclama con voz poderosa tu belleza, y de la admiración muda en que se habia concentrado pasa al entusiasmo que se revela con formas exteriores, y deja libre curso á su adoración, á su idolatría por tí!.....

—Usted se chancea, Mauricio—dijo la pobre niña trémula y con el rostro encendido de rubor.

—¡Chancearme, María! ¿No has comprendido ya que te amo? María se habia levantado de su asiento, rápida como una exalación, y puso su mano blanca y delicada en los labios del pintor como para impedirle que pronunciara esas palabras; la última sílaba se confundió con el ruido del beso que imprimió el pintor en aquella mano de tez de terciopelo que el trabajo y la miseria no se habian atrevido á macerar.

XLVI.

Algo mas sobre el caracter de Mauricio.

Pocos meses despues del día en que tuvo lugar la escena que acabamos de referir, Mauricio era esposo de María.

En vano don Márcos le habia hecho presente cuán difícil era la vida para un artista sin fortuna, cuyo genio, mas que como un recurso, le serviría de estorbo para atender á sus necesidades; en vano le manifestó los graves inconvenientes que para su felicidad conyugal opondría la falta de educación y el carácter irascible de María, obra de la desgracia y de la miseria, pero obra terrible y profunda que duraría lo que la vida de la niña; el artista, que bajo una apariencia de timidez encerraba un carácter firme, dió las gracias á su protector por los buenos consejos que le daba y por las bondades de que le habia hecho objeto, le ofreció corresponder alguna vez esos favores

lar su emoción y con un acento que quería parecer burlón y ligero, pero que tenía mucho de solemne, contestó al joven sonriendo de una manera forzada:

—Hasta ahora lo conoce usted, Mauricio?

—¡Perdon, María!—contestó con fuego el pintor—no hay cosa mas bella ni magnífica que la luz, el día, el aire que respiramos, y acostumbrados á encontrar tanta belleza ante nosotros desde que nacimos, gozamos de ella sin admirarla, como de una cosa comun y sencilla. Viéndote todos los días, teniéndote cerca de mí, pudiendo contemplarte á mi sabor, me habia acostumbrado á tu hermosura, y como la de la naturaleza, no me impresionaba cual debiera. Sin embargo, cuánto mas bella debes ser que todo lo que hay de bello en el mundo, cuando al fin mi corazón proclama con voz poderosa tu belleza, y de la admiración muda en que se habia concentrado pasa al entusiasmo que se revela con formas exteriores, y deja libre curso á su adoración, á su idolatría por tí!.....

—Usted se chancea, Mauricio—dijo la pobre niña trémula y con el rostro encendido de rubor.

—¡Chancearme, María! ¿No has comprendido ya que te amo? María se habia levantado de su asiento, rápida como una exalación, y puso su mano blanca y delicada en los labios del pintor como para impedirle que pronunciara esas palabras; la última sílaba se confundió con el ruido del beso que imprimió el pintor en aquella mano de tez de terciopelo que el trabajo y la miseria no se habian atrevido á macerar.

XLVI.

Algo mas sobre el caracter de Mauricio.

Pocos meses despues del día en que tuvo lugar la escena que acabamos de referir, Mauricio era esposo de María.

En vano don Márcos le habia hecho presente cuán difícil era la vida para un artista sin fortuna, cuyo genio, mas que como un recurso, le serviría de estorbo para atender á sus necesidades; en vano le manifestó los graves inconvenientes que para su felicidad conyugal opondría la falta de educación y el carácter irascible de María, obra de la desgracia y de la miseria, pero obra terrible y profunda que duraría lo que la vida de la niña; el artista, que bajo una apariencia de timidez encerraba un carácter firme, dió las gracias á su protector por los buenos consejos que le daba y por las bondades de que le habia hecho objeto, le ofreció corresponder alguna vez esos favores

y le hizo aceptar como recuerdo algunos de sus mejores cuadros.

El buen don Márcos sintió en el alma la resolución que había tomado Mauricio; pero vista su obstinación, llevó sus bondades hasta servirle de padrino de boda, correr con todos los gastos y asignarle una pequeña pensión para aliviarle algo la pesada carga que se iba á echar á cuestas.

Mauricio y su esposa fueron á habitar á una modesta vivienda de casa de vecindad, y el mal carácter de María no tardó en amargar los días de nuestro artista. La luna de miel duró poco en su matrimonio y siempre en conjunción; su mujer le atormentaba con celos impertinentes, y hasta por la única criada que tenían, vieja y asquerosa Maritornes, de esas que por doce reales cada mes y medio y cuartilla diario se ajustan en las casas de los pobres para servir de todo, había profundos disgustos en el reciente matrimonio.

La miseria, que desde los primeros días asomó su horrible cabeza en la casa conyugal, no contribuía poco á hacer un infierno de la existencia hasta entonces si nó feliz al ménos tranquila de Mauricio, y la desesperación y la tristeza se apoderaban de su alma.

Sus magníficos cuadros no hallaban apreciadores; la pensión que su protector le había asignado apenas le bastaba para atender de una manera muy modesta á sus mas urgentes necesidades, y su pobreza había llegado á un grado tan extraordinario, que el pobre pintor tenía que recurrir á expedientes heroicos para habilitar á su mujer y habilitarse él de los objetos de vestuario mas indispensables.

Uno de esos expedientes merece especial mención:

Nuestros lectores habrán tenido sin duda ocasión de notar que en las casas de vecindad, especialmente en las que hay muchos vecinos, se celebran con una regularidad asombrosa cuantas fies-

tas populares hacen las delicias de una parte muy grande de la sociedad mexicana. Las posadas, las rifas y los bailes de compadres, los altares de Dolores no faltan á su tiempo en las expresadas casas, y aunque regularmente los que las habitan apenas pueden sostenerse ménos que modestamente, se resigan con su suerte, y de sus mezquinos haberes hacen ahorros mas mezquinos aún, ó envían á la sucursal del montepío algun objeto para que la fiesta no deje de tener lugar, y abrir así un paréntesis de placer entre las angustias y tribulaciones por las cuales atraviesan el camino que hay de la cuna al sepulcro.

Era la época de las posadas, y las *noches* fueron repartidas entre todo el vecindario; los gastos de peregrinos y de objetos para el nacimiento debían hacerse entre todos; pero la cantidad colectada apenas bastaba para empezar. Un distinguido economista que habitaba en la casa y de quien la Providencia se sirvió como de un instrumento para cubrir en algo la desnudez del pobre Mauricio, reunió en junta á los vecinos y les dijo que puesto que la cantidad que tenían era muy corta para poner un nacimiento cual correspondía á la dignidad de la colonia, era de opinión que el pintor, habilitado de lienzos y colores por la vecindad, pintara pastores, árboles y peregrinos que se recortarian y á los que se les pondría un armazon de palo por detras, y que en remuneración de este trabajo, el maestro Lúcas, oficial zapatero que habitaba una de las accesorias, entregaría á Mauricio un par de zapatos para sí y otro para su esposa, que le serian pagados á cómodo precio con los fondos destinados para el nacimiento.

Todos los individuos que componían la junta aceptaron la idea del sabio economista, y Mauricio, cediendo á su miseria, empleó su genio y su tiempo en pintar unos cuantos muñecos á cambio de calzado para él y para su esposa!.....

Así los disgustos conyugales y la miseria iban efectuando

en el alma de nuestro héroe una revolución completa; su carácter se agriaba, su amor al arte se desvanecía poco á poco, y una idea muy triste del mundo y de los hombres se apoderaba insensiblemente de su alma, preparándola á odiar á la humanidad.

El pobre Mauricio parecía condenado por el destino á no disfrutar largo tiempo de las alegrías y de las comodidades que hacen soportable la existencia: ya hemos visto cuan temprano fué arrebatado al cariño maternal; cuando en el señor Gonzaga, su abuelo, había encontrado un seguro apoyo, el pobre viejo sucumbió bajo el peso de una desgracia inaudita; adora á una mujer, y la primera vez que la oye hablar, sus palabras le van á destrozár el corazón; sabe que otra mujer le ama, cree calmar, amándola, esa sed de cariño y de expansión en que arde su propia alma, y donde soñó encontrar un ángel que dulcificara su existencia, encuentra un demonio que la amarga, un tirano que la atormenta, en vez de otra alma que la acaricie y la contemple y le dé la felicidad. Jugueté de la suerte desde el momento de su concepción, todo le impresionaba vivamente y aun lo que de cerca no le tocaba le producía un efecto extraordinario.

Un hecho de esos que á fuerza de ser tan repetidos pasan desapercibidos completamente en nuestra sociedad, y que tuvo lugar en la casa donde habitaba nuestro héroe no contribuyó poco al cambio de carácter que parecía se empeñaban en obrar en él las circunstancias:

El maestro Lucas era un pobre artesano, cargado de familia, á la que apenas podía mantener miserablemente con su asiduo trabajo. La miseria le había hecho dejar de pagar algunos meses de renta al rico propietario, que contaba entre cien casas, á cual más productivas, aquella de que formaban parte la habitación de Mauricio y el taller del zapatero.

Se contaban algunos rasgos generosos del propietario; pero ó la voz pública le calumniaba haciéndole pasar por filántropo y caritativo, ó la mala estrella del maestro Lucas debía ser de las peores, porque los agentes de la justicia se presentaron un día en el miserable taller, arrojaron de él al pobre zapatero y á su familia, y le embargaron sus pocos muebles, que encerraron en una bodega donde con el tiempo se apolillaron y pudrieron, sin que el propietario sacase otra ventaja del embargo que poder alquilar á otra gente su accesorio, y perjudicar enormemente al infeliz artesano, privándole de sus efectos, para él indispensables, inútiles y aun estorbosos para el hombre opulento que por mano de uno de esos agentes de la justicia que no en vano llevan el mismo título que el verdugo, se había apoderado de ellos.

Mauricio lloró de rabia al saber la desgracia del maestro Lucas, y le ofreció generosamente su habitación mientras encontraba donde albergarse. María se opuso, y verdadera cruz del pintor, afeó su rasgo de conmiseración por el pobre artesano, atribuyéndole á miras interesadas de su esposo con respecto á la mujer del zapatero.

Mauricio no pudo cumplir sus generosos deseos.

Había llegado á acostumbrarse al carácter extraño de su esposa, y para contenerse en los justos límites, y no hacer más desgraciado su matrimonio tomando muy á lo serio las excentricidades de María, había tratado de convencerse, y lográdolo, de que estaba casado con una loca furiosa.

La desgracia del maestro Lucas arrebató á Mauricio la última ilusión que en favor de la humanidad abrigaba todavía en su alma, y acabó de confirmarle en la idea que tenía de los hombres, á quienes consideraba como una especie de lobos carnívoros, nacidos para devorarse mutuamente.

—Si todos somos hermanos, se decía, no parece sino que he-

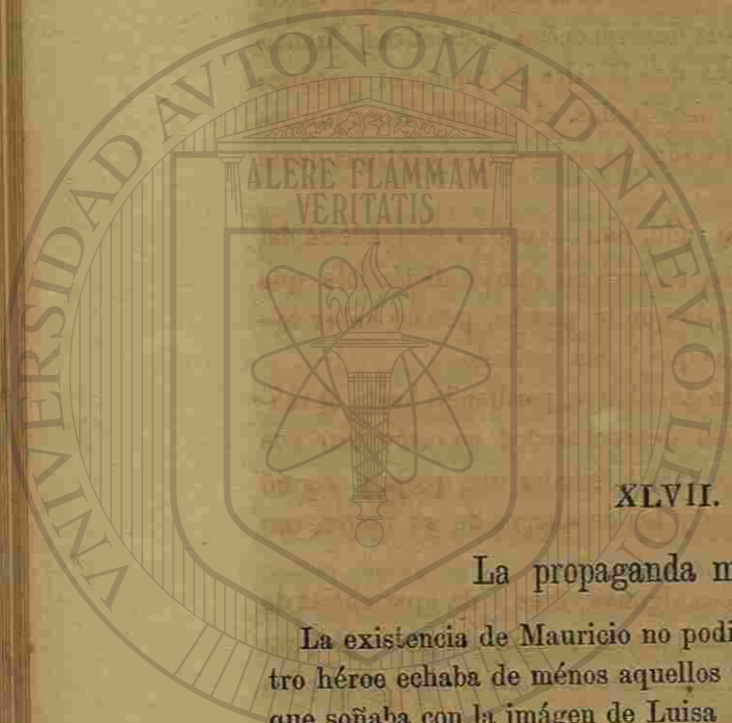
redamos todo el odio de Cain y toda su mala índole, pues apenas habrá quien conspire mas contra el bienestar de un hombre que otro hombre, y generalmente son peores los que parecerian llamados por su posicion y por los dones de que los ha colmado la fortuna á hacer el bien de sus semejantes. Este pobre, agregaba refiriéndose al zapatero, honrado y trabajador, ha perdido en un momento su fortuna que consistia en los miserables objetos que le han arrebatado como prenda de su adeudo; y el hombre á cuyo nombre se han apoderado de ellos venderá algun dia esos efectos en un baño para que por leña vieja los quemen, y tal vez mandará repartir entre los pordioseros el producto de su venta; y quedará satisfecho creyendo que ha hecho una buena accion, pensará que con haber dado una mezquina limosna á unos cuantos hombres degenerados que la gastarán alegremente en la taberna, descarga su conciencia del grave peso que ha colocado sobre ella sumiendo en la miseria á la familia de un honrado trabajador. Que le quitara la casa puesto que no la pagaba, pase; pero arrebatarle cuanto constituia su fortuna!..... Es una verdadera infamia, es un crimen que si yo fuera todopoderoso castigaria con llenar de enfermedades, de miseria y de ignominia al que le ha cometido.

—Oh! si yo tuviera esa facultad, continuaba, habia de establecer una ley de compensacion universal de manera que nadie podria cometer un crimen de lesa humanidad semejante al que este hombre rico ha cometido, sin que el castigo siguiera inmediatamente á la culpa; pero un castigo terrible, inaudito, que centuplicara en el delincuente las angustias que habia hecho pasar á su víctima.

Por fortuna para el mundo Mauricio no era mas que un pobre muchaco á quien se habia aficionado la desventura al grado de ser su inseparable compañera; que á realizarse sus sueños de omnipotencia habria destruido el universo en un cuarto

de hora, pues apenas habrá un hombre que no haya delinquido alguna vez en mayor ó menor escala contra sus hermanos, y habria que castigarlos á todos.

Su indignacion, por otra parte, contra el opulento verdugo del zapatero no podia ser mas justa.



XLVII.

La propaganda masónica.

La existencia de Mauricio no podía ser mas triste. Nuestro héroe echaba de ménos aquellos para él felices tiempos en que soñaba con la imagen de Luisa en el tapanco de la tienda de don Márcos.

Las ilusiones de aquella época se habian desvanecido. En vez de un porvenir de gloria, de amor y de dicha, Mauricio veía con espanto un inmenso vacío.

En el hogar doméstico, la miseria, la falta de paz; en vez de una esposa tierna y amante, una loca insufrible; en lugar de los goces tranquilos de la familia, disgustos incesantes, cuestiones interminables; lágrimas y desaforados gritos donde tenia derecho de esperar sonrisas y frases cariñosas; la mujer en quien por un momento soñó su ángel de guarda, convertida en un ser animado sin nombre: mujer por lo nervioso y apasionado, desencadenada furia por sus arrebatos.

Fuera de su casa, en ese círculo donde los hombres que no son afortunados en su matrimonio van á buscar consuelos y los goces que les faltan, allí donde la amistad y el trabajo hacen olvidar á la generalidad sus desavenencias domésticas, Mauricio encontraba el desaliento que la falta de quehacer produce en las gentes laboriosas y necesitadas, el disgusto consiguiente á los que ya muy desventurados se oyen culpar continuamente de sus propias desgracias.

Don Márcos, bueno pero rudo, aun cuando se compadecía del pobre Mauricio, le echaba en cara su suerte, diciéndole que él mismo tenia la culpa de lo que le pasaba, por no haber tomado en cuenta los consejos que habia recibido.

Mauricio tomó el partido de callarse, perdiendo hasta el inútil alivio que encuentran los desventurados en comunicar sus penas á sus amigos. No volvió á exhalar una queja y siguió sufriendo las impertinencias y los desahogos de su mujer, con una resignacion heroica.

La naturaleza se equivoca algunas veces y da apariencias de mujer á ciertos seres nacidos para su propia desgracia y para la de las gentes á quienes el destino condena á vivir con ellos ó á encontrarlos en su camino.

El paso de estos monstruos queda marcado con profundas y desoladoras huellas en las familias; y la miseria, la demencia, la muerte prematura ó trágica, marcan como horribles piedras miliars el camino que recorrieron.

El buen corazón de Mauricio le habia perdido. Creyó hacer el bien casándose con la mujer de quien le habian dicho que le amaba mas que á su vida, y cuando creyó asegurar la dicha de esa mujer y la suya propia, el pavoroso fantasma de la desventura extendió sus brazos y le enlazó fuertemente en ellos hasta ahogarle.

Su situacion era desesperada; su vida un infierno.

Los consuelos de la amistad le estaban completamente ve-

dados, no solo porque don Márcos le hacia recriminaciones, sino porque sus amigos se apartaban de él intimidados por el cotidiano mal humor y la constante irritacion nerviosa de María.

Solo Ramon se aventuraba de vez en cuando á pasar el dintel de la humilde puerta del artista. En su calma y en su filosofia habituales se estrellaban las faltas de educacion y los desahogos de la antigua modelo; y cuando María, rabiosa como un lobo, decia á Ramon que iba por Mauricio para perderle, su antiguo confidente se encogia de hombros y le contestaba sonriendo y aludiendo á la parte activa que habia tenido en aque desastroso enlace.

—Con una vez basta.

Un dia, Ramon habia presenciado una de esas desoladoras escenas en que María, fuera de sí, llegaba hasta el grado de golpear á su marido, miéntras que este, respetando en ella la forma ya que no el carácter de mujer, sufría con calma sus desmanes y no despegaba los labios para contestar á sus injurias, ni se movia siquiera para evitar los golpes que le tiraba á muerte.

Ramon arrastró casi por fuerza á Mauricio á la calle, no sin incurrir en el desagrado de María, que agotó contra él y su esposo todo el vocabulario de injurias que poseia, que era numeroso.

—¿Sabes que tu mujer es una hiena?—dijo Ramon á Mauricio cuando estuvieron fuera de aquel infierno.

—Está exasperada con la miseria.

—Exasperada! Tú sí que eres un bendito, hombre; te trata como á perro rabioso y todavia encuentras en tu corazon una palabra para disculparla.

—¿Qué quieres? ya es mi mujer.

—Es cierto, por desgracia; pero todo tiene sus limites, yo en tu lugar le habria dulcificado ya el carácter á garrotazos.

—No digas disparates; eres tan incapaz como yo de pegarle á una mujer.

—Pues bien, la habria mandado á la calle de la Canoa como loca rematada.

—Tampoco.

—En fin, habria hecho algo diferente de lo que tú haces; porque con ese modo dulce y considerado que tienes para ella le estás dando alas. A las mujeres hay que atarlas corto, y si se puede, llevarlas con dos cadenas como á las fieras, para que no puedan devorar á sus conductores.

—Te repito que estás hablando disparates, Ramon; si te hallaras en mi caso, harias lo mismo que yo, ni mas ni ménos.

—Cuando mucho aguantara siquiera no me quedaria callado como tú.

—La exasperarias mas.

—Bueno, veriamos quien gritaba mas alto.

—Habria un escándalo.

—¿Y no le hay todos los dias? ¿crees que no se imponen todos los vecinos de lo que pasa en tu casa? y lo peor es que no han de creer que los gritos y los sombrerazos son causados por la mala condicion de tu mujer, sino que van á suponer que tú eres el culpable de todo; que ella es un angelito y tú un demonio.

—Mejor.

—¿Hombre! ya voy creyendo en los santos al verte á tí. Si fuera Papa te canonizaba.

—Mira, Ramon, vale mas que doblemos la hoja. Allí viene Manuel y no quisiera yo que se impusiese.....

—Tienes razon.

Los dos amigos guardaron silencio, y á pocos pasos se encontraron con el jóven á quien Mauricio habia designado con el nombre de Manuel, que se detuvo á hablarles.

—¡Hola! caballero Mauricio—dijo el nuevo interlocutor estrechando las manos que Ramon y Mauricio le presentaban— desde que te casaste no se te ve la cara ¿qué te haces? Y tú, chico,—agregó dirigiéndose á Ramon,—¿qué tal vas de conquistas?

—Como siempre—contestó Ramon sonriéndose con aire satisfecho.

—Ya lo ves—había respondido Mauricio al afectuoso saludo de su amigo—¿y tú?

—Yo ocupadísimo con esto de la masonería. Todos los negocios de la lógia me los encarga el venerable, estoy abrumado.

—Cómo!—dijo Ramon—yo creía que la masonería era de tiempo de la Inquisicion; poder contra poder; pero ahora, ¿qué bueno?

—¿Conque eres nuestro enemigo? ¡Tiembra!

—Hombre no seas ridículo, ni tomes ese aire patibulario; me rio yo de tus amenazas y de tí y de tu lógia. ¿Qué van ustedes á tratar allí?

—Misterios que no pueden conocer los profanos.

Ramon soltó una franca y ruidosa carcajada.

—Me estás dando idea de sacerdote antiguo con tu aire grave y tus oráculos y tus misterios. Fuera de broma, ¿qué es lo que hacen ustedes allí de bueno?

—Si quieres saberlo, iníciate.

—¿Cuesta dinero?

—Por supuesto.

—Pues no cuentes conmigo, que soy arrancado entre los arrancados.

—Pepe es mas pobre que tú y es mason.

—Por espíritu de especulacion; sus obras inspiradas por el agenjo no se venden ni nadie las entenderia aunque se vendieran, y la fraternidad masónica le sirve para estafar pesetas á sus hermanos, á quienes cree en obligacion de mantenerle sus

vicios; sus novelas mas productivas son las que improvisa diariamente para sacar la *amanezca*.

—Hombre, Ramon, tú no has de morir en tu cama.

—Y qué mas da? Siempre es bueno decir la verdad; si yo te contara de cierto viaje para el que dieron mas de diez personas, y de cierta persecucion de la policia, y de ciertas muchas cosas improvisadas por el buen Pepe, y que se han convertido en dinero por obra y gracia de la confraternidad masónica, te quedarias admirado.

—Mira, ya eso lo sé. En esto, como en todo, se abusa; pero no se deduce de que un mason sea pícaro y petardista como el de que hablamos, que la institucion sea mala.

—No digo tanto.

—¿Cuál es su principal objeto?—interrumpió tímidamente Mauricio, á quien llamaba soberanamente la atencion todo lo que salia del órden natural.

—Difícil seria, contestó Manuel, que pudiera decirte en un rato de conversacion todas las ventajas que de afiliarse en la masonería resultan á los iniciados en sus misterios. Baste para que las comprendas, que sepas que los masones de todo el mundo no componen mas que una familia, que están obligados á verse como hermanos, y como buenos hermanos se entienden, y por lo mismo á ayudarse mutuamente en cuantos lances terribles tengan en la vida.

—Es que hay situaciones en la vida—dijo Ramon aludiendo visiblemente á la de Mauricio, á quien dirigió una mirada de inteligencia—que no pueden remediar, no digo los masones de todo el mundo, pero ni los de un millon de mundos si los hubiera.

—Es cierto que hay penas irremediabiles—replicó Manuel—pero si la asociacion no puede evitarlas, las dulcifica por lo ménos; y los pesares de familia, la persecucion de los acreedores, la mala situacion monetaria, la falta de trabajo y todas

MAURICIO.—18.

las tribulaciones de la vida, en fin, se alivian en la masonería con el espíritu fraternal y evangélico que forma una de las principales bases en que descansa el grande edificio.

—Ya veo que eres un mason entusiasta.

—¿Quieren que los proponga en la lógia?

—Francamente nó por mi parte—contestó Ramon—no me gusta obligarme á lo que no puedo cumplir, y sé que tienen ustedes unas prácticas que por lo ridículas y pueriles no me acomodan. Chico, el agua limpia no necesita jabon; si lo que ustedes hacen es bueno, háganlo á la luz del dia y á la faz del mundo; el clero ha desacreditado la religion de Jesucristo con su intolerancia y sus prácticas supersticiosas; no desacrediten ustedes el espíritu de asociacion y la confraternidad universal con misterios sin objeto. Ya pasó el tiempo en que lo desconocido y lo misterioso tenia atractivos para los hombres; ahora les gusta ver claro en todas las cuestiones.

—¿Y tú que dices, Mauricio?

—Hombre, yo de buena gana entraria, porque ¿á qué ocultártelo? necesito proteccion y ayuda; pero ademas de que no cuento con lo preciso para la vida, y por lo mismo no puedo distraer nada para los gastos de iniciacion, tengo un carácter independiente como el de Ramon, y eso se aviene mal con lo poco que yo sé y he oído decir de los masones, que parece no tienen voluntad propia y están obligados á hacer cuanto les manden sus superiores.

—Pues—interrumpió Ramon—á hacer vida de obediencia como dizque la hacian los frailes en sus conventos.

—Exageraciones y nada mas que exageraciones—contestó Manuel—un mason es tan libre como cualquiera otro hombre y mas todavia; porque la situacion independiente que el amor y la proteccion de sus hermanos le procuran, le hace superior á muchas de las miserias y penalidades de la vida. Mira, Mauricio, yo creo que tú harias un buen mason, porque tú

carácter es moderado y dulce, tus costumbres puras, tu pobreza honrosa; vé á verme, te daré algunas explicaciones de que se burlaria este mala cabeza de Ramon, y acaso lograremos que alguno te preste el dinero necesario para hacerte mason, que tú le reembolsarás conforme puedas. Conque te espero mañana.

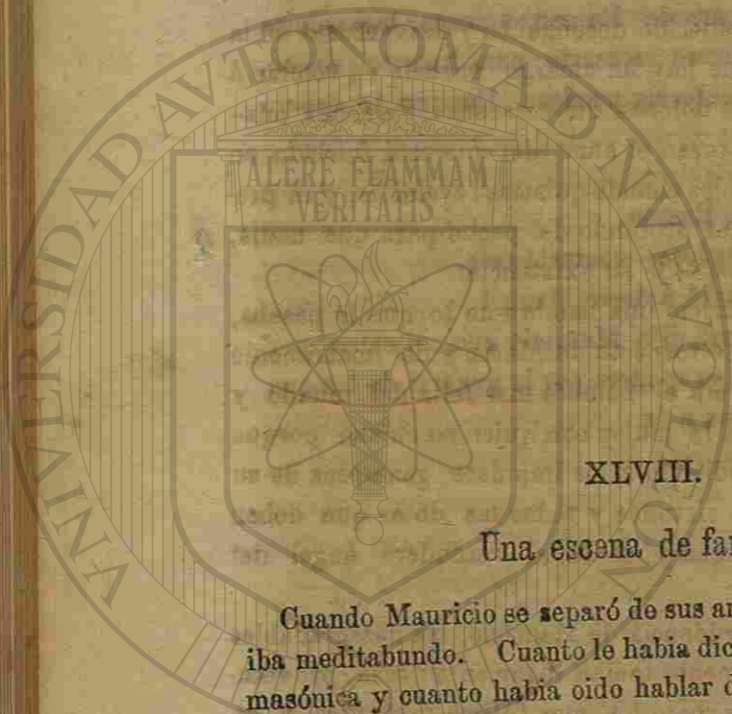
—Convenido.

—Hasta mañana; adios, Ramon.

—Adios, serpiente tentadora—contestó este.

—Adios incrédulo—volvió á decir Manuel.

—Hasta mañana, Manuel, dijo Mauricio que sin saber por qué sentia ese vértigo que se apodera por lo general de los que contemplan un abismo á sus piés.



XLVIII.

Una escena de familia.

Cuando Mauricio se separó de sus amigos y volvió á su casa, iba meditabundo. Cuanto le habia dicho Manuel de la sociedad masónica y cuanto habia oido hablar de antemano de esta institucion, despertaba en él vehementes deseos de pertenecer á una hermandad constituida bajo tan fraternales bases y en la que pensaba hallar alimento para saciar esa hambre de cariño que por decirlo así sufría su corazon, y sobre todo, el alivio de sus desventuras domésticas que cada día eran mayores y mas hondas.

María se habia hecho inaguantable.

Mauricio sufría en silencio su desgracia. A los ojos de todos pasaba por un esposo amante y solícito y tan prendado de su mujer como si no estuviera unido á ella ni le tratara tan mal, sino que se hallara pretendiendo su mano y en lo mas vehemente de un amor volcánico y primero. Semejante disimulo, ajeno completamente al carácter de Mauricio, pero que se le

imponia al deseo de que no padeciera en nada la buena fama de María, ni la suya propia se empañara, centuplicaba sus sufrimientos.

Todos los que han padecido desengaños y desventuras en la vida saben muy bien que hay un amargo consuelo en confiar á una persona querida los dolores del corazon. Pero hay misterios, que aunque destrozan el alma del que está iniciado en ellos, quemarian sus labios cuando quisiera revelarlos, y es preciso encerrarlos en lo mas profundo del pecho para que nadie, absolutamente nadie, sospeche su existencia.

A nadie hablaba Mauricio una palabra de lo que le pasaba, y su modo de expresarse respecto de María y del matrimonio habria hecho creer que era el hombre mas feliz del mundo y que habia encontrado en la mujer con quien se enlazó porque supo que le amaba y cediendo á los impulsos generosos de su noble corazon, todas las virtudes y todas las dotes que deben adornar á la esposa digna y santa, al verdadero ángel del hogar.

Pero á pesar de la prudencia de Mauricio, las desagradables escenas que cuotidianamente tenian lugar en su casa, provocadas siempre por María, bajo los mas fútiles pretextos, y en las que ella gritaba hasta desgañitarse, habian hecho sospechar primero y convencido despues al vecindario, de que aquel matrimonio tan unido á juzgar por la conducta del esposo y que el ángel del amor y de la armonia conyugal parecia cobijar con sus alas, era un verdadero infierno sin mas patronato que el de las furias y los demonios.

El pobre Mauricio temblaba cuando volvia á su casa, y hacia en el camino provision de paciencia para que no le faltara ante las injurias y los desahogos de su esposa, temiendo siempre que la sangre de su corazon hirviera, la ira le cegara, y no pudiera evitar el olvidarse de que aquel energúmeno que se llamaba María era un ser débil, una pobre mujer que no te-

nia mas proteccion ni mas amparo en el mundo que el hombre á quien injuriaba de una manera tan injusta y tan soez, y cuyos nobles sentimientos y cuya alma generosa y buena estaba tan distante no solamente de apreciar sino de comprender siquiera.

La mayor parte de las leyes que rigen á la sociedad y de las costumbres consagradas por el tiempo, están, si bien se examinan, llenas de inconvenientes y de contrasentidos en la práctica. Desde que el mundo es mundo, fué considerada la mujer como el ser mas débil y mas digno de cariño y de contemplaciones que todos los de la creacion, y cuantos males han hecho víctimas al mundo y á los hombres no han tenido otra causa que las mujeres, desde que á Dios le ocurrió la malaventurada idea de despojar á Adán de una de las costillas de que le habia dotado para hacer de ella nada ménos que la perdicion del género humano.

Pero el hombre, noble y generoso como imágen que es de Dios, olvidó pronto los males á que le condenaron la glotoneria y la nécia curiosidad de Eva y la debilidad de Adán, que fué quien dió el pernicioso y primer ejemplo de ceder á la voluntad de las mujeres; y con el *parirás con dolor* de la maldicion del Creador, se dió por satisfecho y se puso á amar y á contemplar á la bella mitad del género humano con todos sus sentidos y potencias.

Las mujeres comprendieron todo el partido que podian sacar de la generosidad de los hombres y de su propia y pretendida debilidad; se pertrecharon de lágrimas y suspiros; defendieron á capa y espada que eran y son los seres mas inofensivos y mas santitos, y aquí nos tienen ustedes con la fama de fuertes y de orueles, hechos unos juguetes de que hacen lo que quieren las hijas de Eva, á las que no en vano ha llamado un amigo nuestro *niños grandes*, y otro, mas explícito, ha querido

que se agreguen á esta clasificacion las dos palabras: *muy malcriados*.

Como el autor de esta novela ha caído ya en la trampa del matrimonio, no teme desprestigiarse ante el bello sexo abandonándose á esta clase de digresiones; que espera en Dios no en viudar nunca y si por desgracia llegase el lamentable caso, quiere estar escudado competentemente contra la tentacion de repetir el sacramento, autorizando desde ahora á cualquiera dama á quien se atreviera, ya viudo, á requerir de amores, á que le obsequie con dulce de calabaza envuelto en una de las hojas en que van estampadas tantas herejias que sin causa justificada se ha atrevido á vomitar contra el sexo hermoso cediendo á la indignacion que despierta en su ánima la mala conducta observada por María con respecto de Mauricio.

Este, á quien le valiera mas no haber nacido ó seguir las máximas buenas y santas de Ramon de ahorcarse con un dogal ántes que con la cadena que el sacristan de la parroquia echa al cuello de los desposados al llegar á cierto pasaje el cura que dice la misa terrible, llegó á su habitacion, preocupado á causa de la conversacion que sobre la masoneria habia tenido con sus amigos, y maquinalmente y obedeciendo á una costumbre en la que hacia tiempo que el corazon no tomaba ya parte, se acercó á su mujer y la saludó besándole ambos carrillos.

María no se dignó contestar á esta muestra de afecto, y con voz ágría y acento imperioso le dijo:

—Mucho has tardado.

—¿Lo crees así?—contestó benévola mente Mauricio.

—Es cuanta desgracia puede haber que mientras una pobre mujer está presa en su casa *amolándose* con los quehaceres de ella, el señor ande triunfando por la calle con sus amigos y quedando bien con las coquetas—continuó María con acritud cada vez mayor.

Mauricio no contestó y acercándose á una mesa que habia

en el centro del cuarto y que en su grande miseria hacia servir como de comedor y como escritorio, tomó un libro que habia encima de ella, le abrió y comenzó á recorrer sus páginas.

Era el extremo á que recurria siempre que la tormenta amenazaba ser deshecha, como otros maridos apelan al trillado medio del buche de agua en el que nuestro héroe no encontraba maldita la gracia. La obra en cuestion era una paráfrasis del libro de Job, y nuestro artista se consolaba un poco pensando que era mas santo que el hombre de la Escritura y que la mujer de éste era á la suya propia como una oveja á una hiena; y su vanidad de hombre ávido de gloria á cualquiera costa, se lisonjeaba de que en los futuros tiempos no se diria ya en los lances desesperados: *se necesita de una paciencia como la de Job, sino: es menester tanta paciencia como la de Mauricio Gonzaga, para poder sufrir tal ó cual cosa.*

Su desventurada suerte le hacia incapaz de conquistar gloria con sus pinceles y su génio; y él, cuyo carácter era inclinado á la broma, hacia una composicion con la fortuna y se conformaba, ya que no con la fama de un Ticiano, con opacar la usurpada de que disfrutaba Job hasta entónces sin que á nadie se le hubiera ocurrido contestársela.

María se indignó al ver á su esposo tomar el libro.

—Eso es—le dijo—para nada estás en tu casa y el rato que te dignas venir á ella es para *cojer* el librito y no hacerle caso á tu pobre mujer. Abusas de que no tengo padres ni nadie que vea por mí, para engañarme, para despreciarme, para mirarme como á un perro.

Mauricio contemplaba en aquel momento á Job en el basurero y habria dado cuanto tenia, y hasta la libertad, y la vida, y á su dulce esposa de ribete, por encontrarse en lugar del santo.

—Bien sabes que no dices la verdad, María—se aventuró á

responder poniendo su voz en el tono mas dulce de su diapasón—y que ni te engaño, ni te desprecio, sino que te amo.

Debemos confesar en obsequio de la verdad histórica, que la última palabra salió con mucho trabajo de los labios de Mauricio.

—¿Con que es decir que miento? ¿Con que no te conformas con manejarte conmigo tan mal, sino que vienes todavía á insultarme? ¡Infame! ¡Lépero! Mal haya la hora en que me casé contigo.

La lepra de Job en que los gusanos se regodeaban al calor del sol, le parecia á Mauricio un goce sibarítico junto al tormento de oír las palabras de aquella mujer con quien estaba condenado á vivir toda su vida y á la que la costumbre de la ira habia afeado y envejecido.

Nada contestó.

—¿No lo digo?—continuó María cuya irritacion crecia por momentos—ó la calle ó el libro; su mujer, cero á la izquierda; habla, Mauricio, por Dios; díme algo, pégame, insúltame; que te vea yo irritado, colérico; parece que tienes atole en las venas.

—Pero mujer, cálmate, por Dios; ¿en qué te ofendo con leer este libro? ¿qué gusto quieres que encuentre en tu conversacion cuando toda se reduce á darme celos y á decirme palabras que me hieren? Si ya no me amas, si lo que tú soñaste una pasion fué un acaloramiento momentáneo ó un sentimiento de vanidad ofendida, trátame bien como yo te trato á tí, ó con indiferencia completa; pero no te empeñes en exaltarme, porque algun dia podré no ser dueño de mí y jamas me perdonaria cometer una violencia contigo.

—Ah! me amenazas? ¿por qué no lo haces de una vez? anda, aquí estoy; pégame, mátame; eso es lo que yo quiero; tendrás el gusto de haber puesto la mano en una mujer. ¡Cobarde!

—Francamente, María, no se puede tratar contigo—respon-

dió el pintor tomando su sombrero y disponiéndose á marcharse de nuevo á la calle.

—No se puede tratar conmigo, eh? Y cojes tu sombrero y pretendes largarte? No será sin que yo te diga cuántas son cinco.

Entónces comenzó una escena horrible; aquella furia, que no mujer podia llamarse, se abalanzó como una leona contra su marido; le arañó el rostro hasta hacerle sangre, le despedazó el sombrero y la ropa, y le abrumó á injurias.

El artista se defendió lo mejor que pudo procurando conservar toda su dignidad de hombre y no tocar ni al pelo de la ropa á la que llevaba su nombre y habria sido madre de sus hijos si Dios no hubiera querido privarla de los goces de la maternidad como indigna de ellos, y se lanzó á la calle como si doscientas mil furias le persiguiesen.

Tan desagradable escena, que hemos tratado de bosquejar rápidamente, porque la pluma se resiste á detenerse haciendo la descripción de ciertas monstruosidades que parecen increíbles y que son, sin embargo, el pan cotidiano de algunas familias de nuestra sociedad, era la centésima representación de un drama que Mauricio no podia evitar, como acabamos de verlo, y cuya constante repeticion habria matado en el alma del artista todo sentimiento generoso, si por fortuna para él y para su atrabiliaria mitad, esa alma no hubiera estado tan bien conformada.

XLIX.

Una compensacion.

Mauricio salió de su casa sin saber adonde iria.

Ciego de cólera contra su destino se preguntaba á sí mismo si era posible que hubiese en el mundo un ser mas desgraciado que él, y si un hombre en semejantes circunstancias no era disculpable si atentaba contra su propia vida.

Se encontraba aislado en medio del mundo, le faltaba el amor de la familia; la amistad de don Marcos y de Ramon, por providente que fuese la primera y por sincera que creyese la segunda, no le satisfacian. Necesitaba algo mas para que su alma quedara satisfecha.

Aquellos hombres de que le habia hablado Manuel, le atraian de una manera irresistible. Unidos por estrechos lazos, componian una gran familia diseminada por todo el mundo; practicaban las santas máximas de caridad y de fraternidad que predicó Jesucristo; ayudaban al débil, socorrian al pobre, estimulaban el génio, le auxiliaban para que no desfalleciera á la mi-

dió el pintor tomando su sombrero y disponiéndose á marcharse de nuevo á la calle.

—No se puede tratar conmigo, eh? Y cojes tu sombrero y pretendes largarte? No será sin que yo te diga cuántas son cinco.

Entónces comenzó una escena horrible; aquella furia, que no mujer podia llamarse, se abalanzó como una leona contra su marido; le arañó el rostro hasta hacerle sangre, le despedazó el sombrero y la ropa, y le abrumó á injurias.

El artista se defendió lo mejor que pudo procurando conservar toda su dignidad de hombre y no tocar ni al pelo de la ropa á la que llevaba su nombre y habria sido madre de sus hijos si Dios no hubiera querido privarla de los goces de la maternidad como indigna de ellos, y se lanzó á la calle como si doscientas mil furias le persiguiesen.

Tan desagradable escena, que hemos tratado de bosquejar rápidamente, porque la pluma se resiste á detenerse haciendo la descripción de ciertas monstruosidades que parecen increíbles y que son, sin embargo, el pan cotidiano de algunas familias de nuestra sociedad, era la centésima representación de un drama que Mauricio no podia evitar, como acabamos de verlo, y cuya constante repetición habria matado en el alma del artista todo sentimiento generoso, si por fortuna para él y para su atrabiliaria mitad, esa alma no hubiera estado tan bien conformada.

XLIX.

Una compensacion.

Mauricio salió de su casa sin saber adonde iria.

Ciego de cólera contra su destino se preguntaba á sí mismo si era posible que hubiese en el mundo un ser mas desgraciado que él, y si un hombre en semejantes circunstancias no era disculpable si atentaba contra su propia vida.

Se encontraba aislado en medio del mundo, le faltaba el amor de la familia; la amistad de don Marcos y de Ramon, por providente que fuese la primera y por sincera que creyese la segunda, no le satisfacian. Necesitaba algo mas para que su alma quedara satisfecha.

Aquellos hombres de que le habia hablado Manuel, le atraian de una manera irresistible. Unidos por estrechos lazos, componian una gran familia diseminada por todo el mundo; practicaban las santas máximas de caridad y de fraternidad que predicó Jesucristo; ayudaban al débil, socorrian al pobre, estimulaban el génio, le auxiliaban para que no desfalleciera á la mi-

tad del camino que conduce á la gloria, y segun las expresiones de Manuel, cada hombre de aquellos era el eslabon de una fuerte y poderosa cadena que rodeaba el mundo y que podia enlazar á todo el género humano.

Ya la imaginacion de artista de Mauricio habia volado por un mundo de misterios y de ilusiones al ver concurrir periódicamente á una de las habitaciones de la casa en que vivia, algunos hombres que se recataban de todas las miradas, llamaban de una manera especial á la puerta de la expresada habitacion y permanecian en ella algunas horas.

Al principio, los vecinos se habian alarmado:

—Son jugadores—decian unos.

—Son monederos falsos—pretendian otros.

—Tienen toda la facha de conspiradores—habia agregado un oficial retirado del servicio desde la caída de Su Alteza.

No faltó quien comunicase sus temores al gefe de policía y este mandó una comision que se informara de lo que pasaba en aquella casa.

Los vecinos notaron que el gefe de la comision, al despedirse, se habia deshecho en cortesias y en excusas con uno de los hombres misteriosos que le acompañó hasta la puerta. El mismo agente de policía habia advertido á los curiosos que se aventuraron á acercársele cuando se retiraba, que se guardaran de molestar á aquellos señores porque se las habrian con él.

Todos guardaron silencio al saber la resolucion de la *autoridad*; los mas tímidos abandonaron la casa; los que permanecieron en ella se abstuvieron hasta de fijarse en los misteriosos personajes, y una novia, curiosa como todas las mujeres, encargó á su novio que averiguase lo mas pronto posible y se pensó de rompimiento formal, quienes eran y qué hacian tan cerca de tan adorable persona aquellos sospechosos individuos.

El doncel se apresuró á satisfacer los deseos de su amada y

averiguó tanto y tan bien, que no pasaron muchos dias sin que fuese á decirle:

—Son masones.

En el acto circuló la voz por toda la vecindad. Las ancianas se santiguaron, las mozas preguntaron que queria decir eso de masones, los hombres se dieron importancia, y las personas respetables contestaron á las ignorantes niñas que masones y diablos eran una misma cosa, no faltando quien asegurara que eran hombres que no creian en Dios, ni se confesaban, ni oian misa, y que convertidos en machos cabrios concurrían á los *sábados* de las brujas donde jugaban al toro con los demonios.

Si la primera impresion que produjeron tantas necedades en el ánimo de los vecinos hubiera prevalecido, la casa se habria quedado desierta; pero á pocos dias nadie se acordaba de los masones y como ellos no molestaban al vecindario, este acabó por perderles el miedo y verlos como á todas las gentes.

Cuando Mauricio oyó hablar á su amigo Manuel de los masones y de la masoneria, recordó el incidente que acabamos de mencionar, y se dijo á sí mismo que se consideraria muy dichoso con pertenecer á una sociedad que tenia tanto de novelasca y en cuyo seno iba á encontrar sentimientos fraternales que respondieran á la ternura de su corazon y tal vez el porvenir y la gloria con que batallaba su mente de artista y cuyo pensamiento era una tregua á sus dolores y á los disgustos que le ocasionaba María.

La última escena que habia tenido lugar entre su esposa y él le habia decidido.

Algunos hombres, cuando desesperan de la suerte ó no pueden sufrir un dolor por intenso y sin remedio, se aplican la boca de una pistola en la sien, se arrojan de cabeza en un pozo, ó toman un veneno activo; Mauricio creia que era una cobardia y una vileza quitarse la vida, y cuando mas le agobiaba el do-

lor pensó en aprovechar su existencia en beneficio suyo y de la humanidad.

Como hemos dicho al principio de este capítulo, nuestro héroe salió de su casa sin saber adonde iba.

Era día de *tenida* como dicen en su gerga los masones, ó de junta como llaman á sus reuniones las gentes que no han perdido el juicio; y el encuentro de un embozado en el oscuro callejon de la casa, trajo á la memoria de Mauricio la masonería y la conversacion que acerca de ella habia tenido con Manuel.

Pensó formalmente en hacerse mason, y se dirigió á la casa de este amigo suyo.

—¡Que fenómeno! dijo Manuel al verle entrar. ¿No te rompiste la crisma en la trampa del patio?

—Nó, á Dios gracias, contestó sonriendo Mauricio. ¿Con que tú pones trampas en el patio para recibir á tus amigos?

—Nó, si no para que caigan los que han perdido la costumbre de venir á verme.

—Dispénsame, Manuel, estoy siempre tan ocupado.....

—¿Y tu señora?

—Buena, Manuel, gracias.

—¿Le ha dulcificado el carácter el matrimonio?

—Sí, dijo Mauricio haciendo un esfuerzo.

—Porque ántes era tremenda ¿te acuerdas? nos hacia ver lumbre.

—Ha variado mucho.

—Me alegro por tí y por tus hijos, ¿ya tienes prole?

—Nó, desgraciadamente.

—¿Cómo desgraciadamente? Debe ser una fortuna no tener hijos.

—No lo creas; luego que se casa uno desea tenerlos. Hablando de otra cosa, Manuel, creo que me proponias hace un rato cuando nos vimos que perteneciera á cierta sociedad.

—¡Ahl ¿quieres ser nuestro hermano?

—Con todo mi corazon: pero francamente, me pareció oírte decir algo de que se tenia que dar dinero y como yo estoy tan pobre.....

—Sí, los gastos de la iniciacion y de la banda y de la liturgia son algunos, pero en cambio las ventajas que te vas á procurar son inmensas. Por lo pronto tendrás tantos hermanos cuantos masones hay en el mundo; y verdaderos hermanos, no como tantos que lo son por la sangre y que miéntras nadan unos en la opulencia, los otros se hallan en la mas espantosa miseria sin que aquellos tiendan á estos una mano protectora; tendrás compradores para tus cuadros, amigos que te aconsejen, protectores que acaso te pensionen para que vayas á perfeccionarte á Italia en tu arte; por donde quiera que vuelva los ojos hallarás miradas amigas; si tiendes tu mano alguna vez aun cuando sea en el desierto ó en la oscuridad, sentirás que otra mano la estrecha con afecto; y si la necesidad y la miseria la ha abierto, la amistad y el cariño de tus hermanos la cerrarán depositando en ella algo con que puedas satisfacer las exigencias de la vida. Hazte mason, Mauricio, sé nuestro hermano, agregó Manuel, cuyos ojos brillaban de entusiasmo. Te pondré en mi lógia.

—Por desgracia, Manuel, y por mas bello que me parezca lo que me dices y por mas santo que sea el lazo fraternal que une á los masones, mi pobreza me impide pertenecer á su sociedad; lo poco con que cuento apenas me alcanza para medio cubrir las mas urgentes necesidades de la vida; no puedo distraer un solo centavo para aplicarle á esos gastos.

—Si tienes necesidad de vender tu cama y tu última camisa para pertenecer á la masoneria, véndelas, que con ventaja te resarcirás de su pérdida con el tiempo.

—Si hubiera alguno que quisiera comprarme uno de mis cuadros.....

—¿Vendiste tu grupo de familia?

—Nó.

—¿Cuánto te ofrecían por él?

—Doscientos pesos.

—Vale muchísimo mas, pero los tiempos no están buenos y debiste darle.

—Era yo soltero cuando me hicieron la oferta, y se me resistía deshacerme de mi obra por tan poco dinero; sin embargo, despues de casado he ido á proponerla á la misma persona que me ofreció esa cantidad, y me ha contestado que ya no la necesita y que hoy no me daría ni veinte pesos.

—Infame! ¡por una obra maestra!

—No te burles, Manuel.

—Estoy muy léjos de ello, Mauricio: te aseguro por mi honor que ese cuadro me llena. Estoy pensando que tal vez sería conveniente que le cedieras á la asociacion masónica; tal vez esto te relevaría de la obligacion de pagar derechos.

Mauricio pensó que era chusca la gracia que le hacían dispensándole de pagar derechos mediante la cesion de un cuadro que valía por lo menos una talega de pesos; pero estaba decidido á ser mason y no vaciló en aceptar la proposicion de Manuel.

—¿Crees que aceptarán?

—Difícil me parece, pero yo tomaré empeño en ello; diré que serás un mason ferviente y decidido, y con esto y la vista de tu cuadro sería preciso que en el Gran Oriente no hubiera las buenas cabezas que hay para que no se admitiera esa compensacion.

—Proponlo entónces.

—Magnífico, Mauricio, dentro de poco seremos hermanos. Y Manuel se levantó de su silla y abrazó estrechamente á Mauricio.

Este abrazó maquinalmente á su amigo y algo como una nube negra pasó por su imaginacion.

Era el pensamiento del disgusto que se le esperaba con María cuando esta supiera que el pintor habia enagenado un cuadro en el que á ella le agradaba contemplarse bella, fresca y angelical como habia brotado de los pinceles del que era ya su esposo.

Por fortuna el cuadro se hallaba en la Academia, y tardaría María en advertir su falta.

Manuel notó la distraccion sombría de Mauricio.

—¿Qué tienes?—le preguntó.

—Nada.

—Te veo preocupado.

—Acaso la idea de que voy á pertenecer al fin á esa sociedad misteriosa que tanto me ha llamado siempre la atencion.

—Verás cómo no te arrepientes.

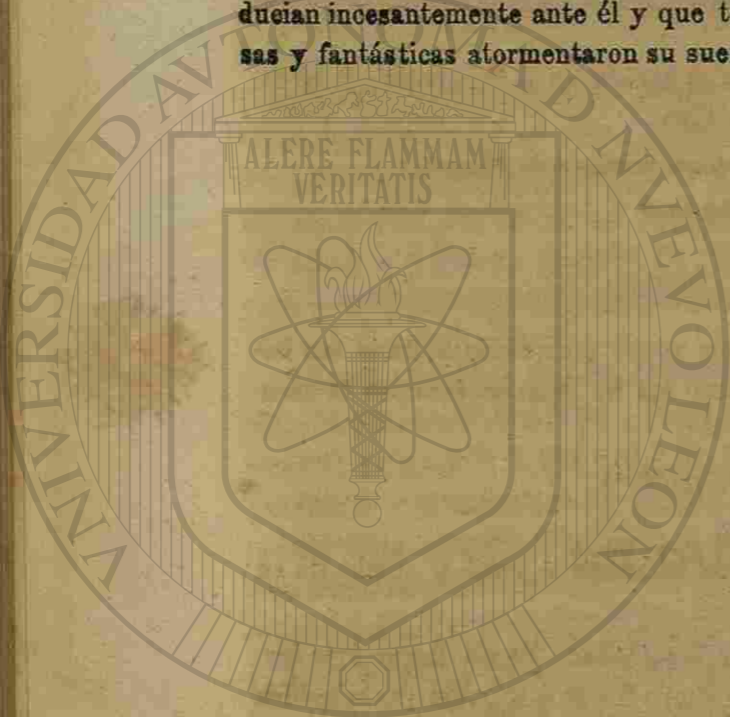
—Me alegraré mucho.

El pintor se despidió de su amigo y tomó el rumbo de su casa.

Diversos pensamientos le agitaban. Temía llegar á su habitacion y encontrarse de nuevo frente á su mujer; ante la idea de que iba á ser mason y á ver de cerca lo que la distancia abultaba y hacia mas misterioso, experimentaba ese vago temor que se siente siempre ante lo desconocido; el calofrío recorría su cuerpo, y en vano se decía que nada en la vida podía ser mas terrible ni mas imponente que los dramas que se verificaban todos los dias en su hogar doméstico; aquella idea le preocupaba hondamente y no le abandonó en toda la noche.

Era muy tarde ya cuando estuvo de vuelta en su casa; afortunadamente su mujer dormía, y pudo acostarse en paz.

Antes de cerrar los ojos no dejó de pensar un momento en la Sociedad masónica, y cuando logró dormirse, el fantasma de Manuel y multitud de objetos extraños que se reproducían incesantemente ante él y que tenían formas caprichosas y fantásticas atormentaron su sueño.



L.

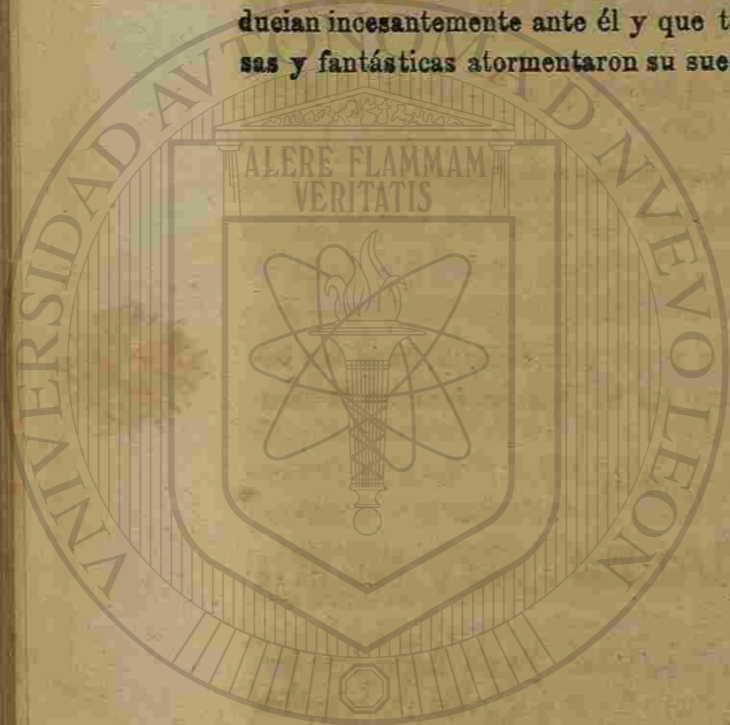
El nuevo Mason.

Pocos días después, el magnífico cuadro de la familia, obra de Mauricio, era descolgado de la pared de una de las salas de la Academia y conducido á la casa de Manuel, quien dijo á Mauricio que la Gran Logia aceptaba la compensación ofrecida, y le nombraba depositario del cuadro de su amigo.

Así comenzaba Manuel á dar pruebas de su confraternidad á Mauricio, escamotándole su obra maestra, de la que ni siquiera noticia tenía la Gran Logia. El mason propagandista había encontrado muy cómodo satisfacer él á nombre de Mauricio los derechos exigidos por los estatutos, y quedarse así á poca costa con el cuadro pintado por el artista en momentos de inspiración.

Mauricio fué presentado por Manuel en la logia que se hallaba en su propia casa, y ya le hemos visto, al principiar esta

Antes de cerrar los ojos no dejó de pensar un momento en la Sociedad masónica, y cuando logró dormirse, el fantasma de Manuel y multitud de objetos extraños que se reproducían incesantemente ante él y que tenían formas caprichosas y fantásticas atormentaron su sueño.



L.

El nuevo Mason.

Pocos días después, el magnífico cuadro de la familia, obra de Mauricio, era descolgado de la pared de una de las salas de la Academia y conducido á la casa de Manuel, quien dijo á Mauricio que la Gran Logia aceptaba la compensación ofrecida, y le nombraba depositario del cuadro de su amigo.

Así comenzaba Manuel á dar pruebas de su confraternidad á Mauricio, escamotándole su obra maestra, de la que ni siquiera noticia tenía la Gran Logia. El mason propagandista había encontrado muy cómodo satisfacer él á nombre de Mauricio los derechos exigidos por los estatutos, y quedarse así á poca costa con el cuadro pintado por el artista en momentos de inspiración.

Mauricio fué presentado por Manuel en la logia que se hallaba en su propia casa, y ya le hemos visto, al principiar esta

obra, en el cuarto de reflexiones primero, y sometido despues á las extravagantes pruebas del *agua*, el *aire* y el *fuego*.

Cuando el venerable declaró cerrados los trabajos y Mauricio salió de la logia, estaba aturdido. Necesitaba respirar el aire puro de la noche y hablar con una gente razonable y *profana* para convencerse de que lo que le habia pasado no era un sueño, y de que conservaba toda su razon.

Si María no hubiera tenido el carácter que le conocemos, el artista se habria dirigido al hogar doméstico, que es donde los hombres que han logrado la rara fortuna de una buena esposa, encuentran cuanto les hace falta; pero la preocupacion en que se hallaba absorto no le impedia pensar que su mujer iba á tomar pretexto de su estado moral para atormentarle y provocar uno de esos horribles disgustos que habian llegado á ser el pan cotidiano de su matrimonio.

Prefirió ir á vagar por las calles de la ciudad para volver lo mas tarde posible á su casa, y pensar seriamente en los compromisos que se habia echado encima y en las grotescas escenas en que acababa de representar el peor papel.

Manuel iba á su lado, y apenas salieron del zaguan de la casa le dijo á Mauricio:

—Y bien, ¿qué te ha parecido tu recepcion?

—¿Quieres que te hable con toda franqueza?

—Se entiende.

—Pues la verdad, encuentro ridiculo cuanto ha pasado.

—¡Chist! no hables tan alto—dijo Manuel volviendo espantado la cara hácia atrás, y fijando la vista en un hombre que seguia á pocos pasos de distancia á los dos amigos.

—¿Nos espían?—preguntó Mauricio.

—Nó—contestó Manuel—pero no hay necesidad de que todos se impongan de lo que piensas.

—¿No crees que tengo razon?

—A primera vista, parece que no te falta; pero todas esas prácticas que tú consideras ridiculas son necesarias.

—¿Para qué? para hacer el bien no se necesita hacerle á uno bailar el fandango en tablas desiguales, ni acercarle á la cara la llama de una lámpara, ni fingir que le sangran y llevar el engaño hasta el grado de querer hacer creer al neófito que corre su sangre, cuando él, mejor que nadie, está comprendiendo que todo es farsa y mentira, y se halla avergonzado de lo que pasa, extrañando que hombres serios se ocupen en semejantes puerilidades.

—Cuando se contempla lo grandioso del fin, se fija uno poco en la pequeñez y en la extravagancia de los medios, Mauricio; en la masonería todo tiene su objeto; esto, que te parece ridiculo, es indispensable, porque si tú, por ejemplo, no pasaras por esas ceremonias y por las que todavía te faltan si quieres hacerte recibir en otros grados superiores, el dia que quisieras darte á conocer como mason en alguna logia del extranjero, cuando por desgracia te encontraras prófugo ó desterrado en país extraño, y tu miseria y tu abandono te hicieran necesitar del auxilio de tus hermanos los masones de aquel país, no podrias lograrle si en el exámen minucioso que tendrias que sufrir olvidaras una sola de las cosas que han pasado en tu recepcion.

—¿Y por prever esa eventualidad apelan á tan ridiculos medios?

—Ya lo ves, son necesarios.

—¿Y las amenazas, á qué bueno?

—Tú comprenderás fácilmente que no todos los hombres cumplen con lealtad sus compromisos, y que es preciso que el temor de un castigo, y de un castigo terrible, haga leales á los que no lo son.

—Pero entónces no hay tal luz ni tal libertad en la maso-

nería, puesto que lo primero que se pierde al entrar en ella es el libre albedrío.

—Sin eso no marcharía nuestra sociedad como marcha.

—Así es que ustedes son peores que el clero.

—¿Por qué?

—Porque á este, por mas intolerante y exigente que haya sido hasta ahora, nunca se le ha ocurrido privar á los hombres del libre albedrío, y si ántes los condenaba en esta vida cuando no eran fervientes católicos, en los tiempos que alcanzamos se conforma con condenarlos en la otra.

—Si para allá me las guardan.....

—Ya ves que ustedes son peores.

—Nosotros, debes decir, que ya eres de los nuestros.

—Pero soy el último de los últimos y creo nunca pasaré de ahí.

—Espero que no sea así.

—Francamente, estoy desanimado.

—Pero, hombre, vaya un variable que eres! hace pocos dias tanto entusiasmo; hace algunas horas todavía tanto empeño, y ahora tan desalentado.....

—Se desanimara una beata, Manuel; la reunion de esta noche me ha parecido mas triste y de ménos resultados prácticos que las que celebran los individuos de las Conferencias; en ellas se reza, se lee algun libro fastidioso y escrito en bárbaro, se habla de hambres, de miseria, de piernas hinchadas, de visitas á los pobres y á las iglesias, se pasa despues un sombrero en el que todos hacen que ponen una moneda y del que no falta quien saque la que por rareza puso el vecino; pero se acuerda, por lo ménos, socorrer á algunas familias mas ó ménos necesitadas; miéntras que aquella á que hemos tenido el gusto de concurrir, fuera del paso de comedia en que yo hice el principal papel, maldita la gracia que tuvo ni lo bueno

que produjo; y mira, á mí me llevaron una noche á la conferencia, donde fuí admitido como miembro, y me di por satisfecho con aquella única asistencia, de la que quedé tan agradecido como escarmentado; figúrate lo que me pasará ahora. Estoy avergonzado, corrido; me parece que salgo de una tertulia particular dada por los inquilinos del hospital de San Hipólito.

—Habla mas bajo, por Dios santo—dijo Manuel á su amigo, cuya vez se habia elevado gradualmente, y dirigiendo una mirada de desconfianza al hombre que no habia dejado de seguirlos y que caminaba muy cerca de ellos.

—¿Qué mas dá?—continuó Mauricio—yo no hago misterio de lo que pienso y de lo que digo. En la misma Gran Logia seria capaz de decir lo propio que te estoy hablando.

—Sin embargo, hazme el favor de hablar mas bajo.

—¿Pero querrás explicarme?.....

—No hay necesidad de que todo el mundo se entere de nuestra conversacion.

—Dices bien; sobre todo, tú puedes pensar de diferente manera que yo en la materia, y no convendria que algun mason nos oyese y fuera á creer que tenemos las mismas opiniones.

—Espero que las tendremos mas adelante.

—¿Cómo! ¿crees opinar alguna vez de la misma manera que yo?

—Al contrario; me parece que conforme vayas adelantando en grado y palpando todas las ventajas de la institucion, pensarás como los mas fervientes de nosotros.

—¡Ojalá! porque francamente, Manuel, sentiria toda mi vida haberme deshecho de mi cuadro para nada.

—Mas bajo, hombre, mas bajo.

—¿Sabes que ya me vas cargando con tu recomendacion de que hable bajo? ¿nos sigue alguno?—y Mauricio, advirtiendo el movimiento de Manuel, que volvió la cabeza hácia atrás, pudo ver al que los escoltaba, que sin precaucion alguna seguía sus pasos muy de cerca con la intencion evidente de escuchar lo que hablaban los dos amigos.

Mauricio se detuvo y obligó á detenerse á su amigo.

El desconocido siguió andando, y al pasar junto á los dos masones fijó en el nuevo aprendiz una mirada profunda que hizo estremecer al pobre Mauricio; los ojos de aquel hombre despedían un brillo siniestro.

Manuel sintió el estremecimiento de Mauricio y estrechó su brazo de una manera significativa.

Cuando aquel hombre hubo pasado, Manuel dijo á Mauricio:

—Es preciso que nos separemos.

—¿Pues qué hay?

—Se desconfía de nosotros.

—¿De qué lo infieres?

—¿Has visto á ese hombre?

—Sí.

—Es un espía de los masones.

—¿Tambien eso!.....

—Es necesario para que la institucion tenga vida y progrese.

—Tiene una fisonomía extraña ese hombre; su mirada me ha hecho estremecer sin saber por qué.

—Es un paisano tuyo.

—¿Es italiano?

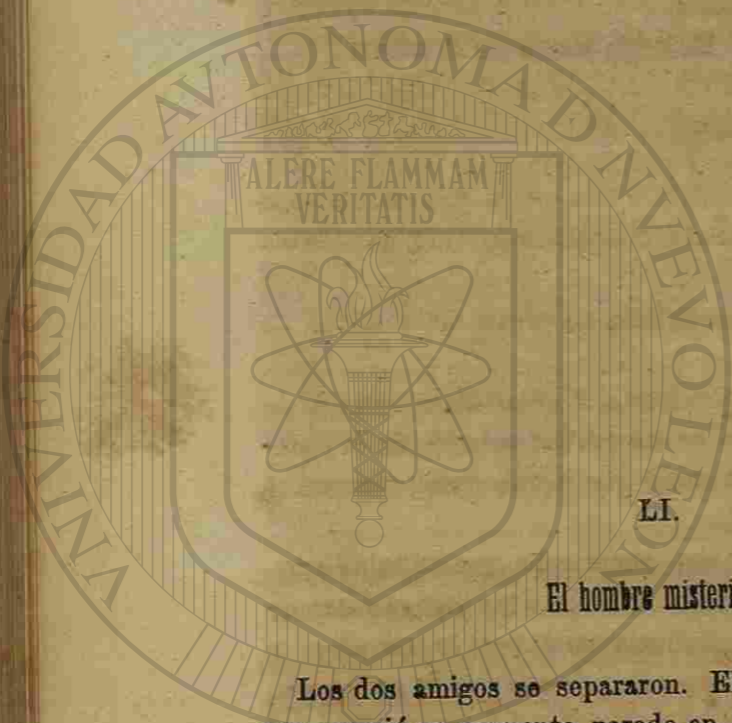
—Sí, probablemente algun bandido de las Calabrias; no solamente es el espía de la logia, sino el ejecutor de sus terri-

bles sentencias; sé prudente, por Dios; otra vez hablaremos, no pierdo la esperanza de que seas uno de nuestros primeros y mas entusiastas hermanos.

—Lo dudo—contestó Mauricio moviendo la cabeza.

—Adios, Mauricio.

—Hasta la vista, Manuel.



El hombre misterioso.

Los dos amigos se separaron. El hombre que los seguía permaneció un momento parado en la esquina de la calle y echóse luego á seguir á Mauricio que se dirigió á la Plaza mayor, y tomó asiento debajo de un copudo fresno en una de las bancas de mampostería que hay al derredor del atrio de Catedral.

Mauricio había elegido una de las del lado del Empedradillo, y con la vista fija en el grandioso edificio cuyo costado occidental tenía al frente, dió rienda suelta á sus pensamientos sin acordarse mas del hombre que había seguido sus pasos y los de su amigo, y que fué á colocarse á cierta distancia, junto á una de las columnas que sostienen las cadenas que han dado nombre á ese sitio de la ciudad.

Aquel hombre tenía un aspecto misterioso; estaba envuelto en una ancha capa de color oscuro, que se veía negra á la luz de las estrellas y de la trementina que ardia en los faroles de las Cadenas; las alas inclinadas de un sombrero negro de terciopelo que cubría su cabeza, y el embozo de la capa que subía mas allá de los labios, no dejaban ver de su rostro mas que unos ojos chispeantes, parte de una nariz blanca y afilada, y algunos rizos de su negra barba que se confundían en la oscuridad de la noche con el terciopelo, negro tambien, de las vueltas de su capa.

Desde el lugar donde se hallaba no perdía un momento de vista á Mauricio.

Este, con la cabeza descubierta, á pesar de la frescura de la noche, los ojos clavados en las pardas paredes de la Catedral, y sin cuidarse del hombre que le observaba, comenzó á reflexionar en su situación.

Veía un abismo á sus piés; comprendía que se había echado una nueva cadena al cuello cediendo á las instigaciones de Manuel y al encanto que producía en él todo lo misterioso y lo desconocido; no podía figurarse, por mas que lo procuraba, que hombres que se detenían en tan frívolas ceremonias, que él consideraba sin objeto, pudieran hacer algo bueno, y mucho menos llenar en su corazón el hueco que había producido en él la irascibilidad siempre creciente de su esposa; su carácter independiente se rebelaba, por otra parte, ante la idea de que el paso que había dado aquella noche entrando al seno de la Sociedad masónica, iba á convertirle en instrumento ciego de unos cuantos ambiciosos que predicando principios fraternales y humanitarios, atraían á los incautos con el fin de que les sirviesen de escalones para su propio engrandecimiento.

Manuel le ofrecía montes y maravillas para lo sucesivo;

pero lo que habia visto aquella noche estaba tan distante de lo que habia soñado, que ya no creía en ninguna de las promesas de su amigo.

Así permaneció largo tiempo, abismado en sus reflexiones, y el sonido de la campana del reloj de Catedral que daba las doce le hizo enderezarse como movido por un resorte.

—¡Tan tarde!—murmuró—si María no se ha dormido estará insufrible.

Y comenzó á andar en dirección á su casa.

El hombre que le seguía, y que durante todo el tiempo que estuvo en las Cadenas habia permanecido quieto y silencioso como si fuera inanimada estatua, se desprendió de la columna en que se hallaba apoyado y siguió los pasos de nuestro héroe.

Pronto conoció Mauricio que le seguían; y á fé que no se necesitaba mucha malicia ni penetración para comprenderlo, porque el hombre de la capa no se tomaba la molestia de disimular sus intenciones.

—¡Calle!—se dijo el pintor, volviendo la cara—es el mismo que nos seguía hace un momento á Manuel y á mí. ¿Qué intentará? Si algo quiere decirme ó hacerme, tiempo de sobra ha tenido para ello; si solamente desea importunarme ó causarme miedo, valiente chasco se ha pegado el infeliz exponiéndose á coger un constipado ó una pulmonía en el atrio de Catedral.

Mauricio, á quien hemos visto tímido en sus amores con Luisa, y sufrido y prudente hasta el extremo en sus desavenencias con María, no carecía de valor personal; muy al contrario, como la mayor parte de los hombres que ven el paso por el mundo como una penosa jornada en el camino de la eternidad, y que sin atentar á su propia vida no les pesaría que por cualquier motivo se abreviase, no temblaba jamás

ante el peligro por terrible que fuese; por otra parte, nada peor podía sucederle que lo que le pasaba con su esposa, y los tormentos infernales que sufría con ella le hacían considerar todo lo que pudiera pasarle en el mundo, aunque fuera lo peor imaginable, con tal que variase en algo su existencia diaria, como un alivio á sus tribulaciones, como una tregua á sus desavenencias domésticas.

Así es que apenas habia andado poco mas de una cuadra, cuando se detuvo para dejar pasar al hombre que le seguía; este se detuvo también; entónces Mauricio volvió sobre sus pasos y se dirigió hácia el italiano, que le esperó impasible.

—¿Me quiere usted decir—le dijo Mauricio—si para algo me necesita?

—Tal vez sí.

—Puede usted entónces hablar, aguardo sus órdenes.

—¿Quiere usted decirme su nombre?

—Mauricio.

—No es el que yo busco—dijo el hombre dando un suspiro.

—Si no soy la persona á quien usted busca, tenga, pues, la bondad de no seguirme, que no me agrada ser objeto del espionaje de nadie. Sobre todo, cuando se desea encontrar á alguna persona y sospecha uno haber dado con ella, se le habla desde luego y no se la persigue durante toda una noche sin decirle una palabra.

—Temía engañarme.

—Y con razon; ya lo ve usted, se equivocó de medio á medio.

—Hace un momento me parecia usted muy preocupado.

—¿Y eso á usted qué le interesa?

—¡Cómo! sabiendo de donde acaba usted de salir y teniendo una misma patria, me pregunta usted ¿qué me interesa?

—¿Quién le ha dicho á usted que soy italiano? Cuantos me hablan y tratan me creen español.

—Sin embargo, yo lo sé y lo sé bien; ese hombre que me ha dicho: sígneme, ve lo que hace, oye lo que dice, me ha dicho tambien: es un paisano tuyo, es un italiano; pero se desconfía de él; le hemos observado en la sala de reflexiones y parecía burlarse de nuestros misterios; si nos traiciona dí una palabra sola y recibirás la orden de herirle.

Mauricio miró á su interlocutor con extrañeza; le pareció estar hablando con un loco.

—Y yo obedecí—continuó el italiano—y no he perdido una sola sílaba de cuanto tú y tu amigo hablaron.

—¡Pues me gusta! me tutea—se dijo Mauricio.

—Eras hombre perdido—siguió diciendo aquel sér extraño—porque una revelacion mia equivale á una sentencia de muerte; pero la muerta ha hablado; su voz llegó á mi corazon y creí escuchar que te llamaba su hijo; mataste al padre, decia, no se cumple aun el destino para el desventurado que tiene que espiar las faltas de quien le engendró. Así dijo, y yo permanecí mudo y extático, y temí acercarme á tí; pero veo que un mal espíritu tomó el acento de la muerta para engañarme y burlarse de mis remordimientos.

Mauricio estaba asombrado; los ojos de aquel hombre brillaban de una manera siniestra; era indudable que se hallaba presa de una exaltacion nerviosa extraordinaria. Si Manuel no le hubiera advertido á su amigo que el que los seguia era un esbirro de los masones, Mauricio se habria afirmado, al oír sus palabras, en la creencia de que se las habia con un prófugo de San Hipólito.

—Concluyamos de una vez—dijo—¿qué desea usted de mí?

Al oír estas palabras, el hombre pareció volver en sí, se quitó el sombrero y se pasó la mano por la frente bañada de su-

dor. Despues, mirando fijamente á Mauricio, como si quisiera encontrar en sus facciones algo que le recordara las de otra persona á quien hubiese dejado de ver por mucho tiempo, contestó:

—¿Lo que deseo de usted?

—Sí.

—Darle un buen consejo.

—Veamos.

—Olvide usted cuanto acaba de oír de mis labios; á nadie hable una palabra de ello; y ya que ha entrado á formar parte de esa asociacion misteriosa y terrible, á la que yo tambien pertenezco, guárdese de hablar ligeramente de ella si no está reñido con su tranquilidad y con su vida.

—¿Trata usted de intimidarme?

—¿Qué hombres!—replicó con acento extraño aquel ser original—en todo ven lazos y asechanzas, y cuando se les advierte el peligro real, cruzan los brazos y preguntan con aire desengañado si se les quiere meter miedo; ¿cuándo acabarán de desechar la baba de la serpiente?

—¡La baba de la serpiente!—preguntó admirado Mauricio.

—Sí, la que nos trasmitió por conducto de la madre Eva.

El pintor soltó una carcajada y se apresuró á despedirse de aquel loco, temiendo, si permanecia mas tiempo en su compañía, perder el juicio que no sentia ya muy firme con todo lo que le pasaba.

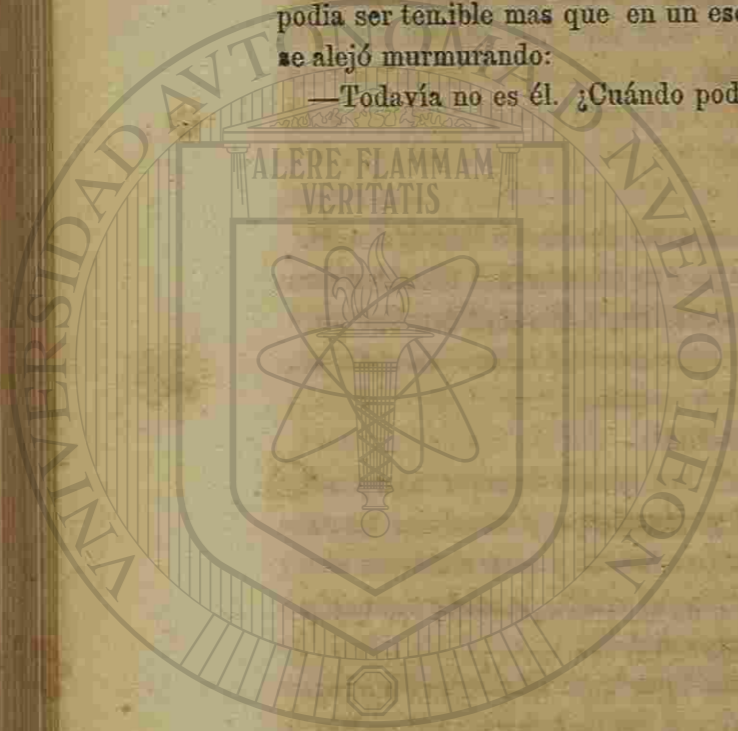
—Adios, señor—le dijo.

—Ya nos veremos otra vez—contestó el italiano—entretanto, prudencia y fervor para subir un poco, porque en la masonería, como en todo, los de arriba se rien de los de abajo.

Y se separaron, Mauricio con la cabeza hecha un mundo de pensamientos entre los que dominaban el del recibimiento que le haria su esposa al llegar á su casa, y el del hombre extraño

é incomprensible de quien Manuel le habia dicho que era un espía de los masones, y que él consideraba mas bien como un pobre hombre que tenia la cabeza dada á componer y que no podía ser terrible mas que en un esceso de furor. El italiano se alejó murmurando:

—Todavía no es él. ¿Cuándo podré cumplir mi juramento?



LII.

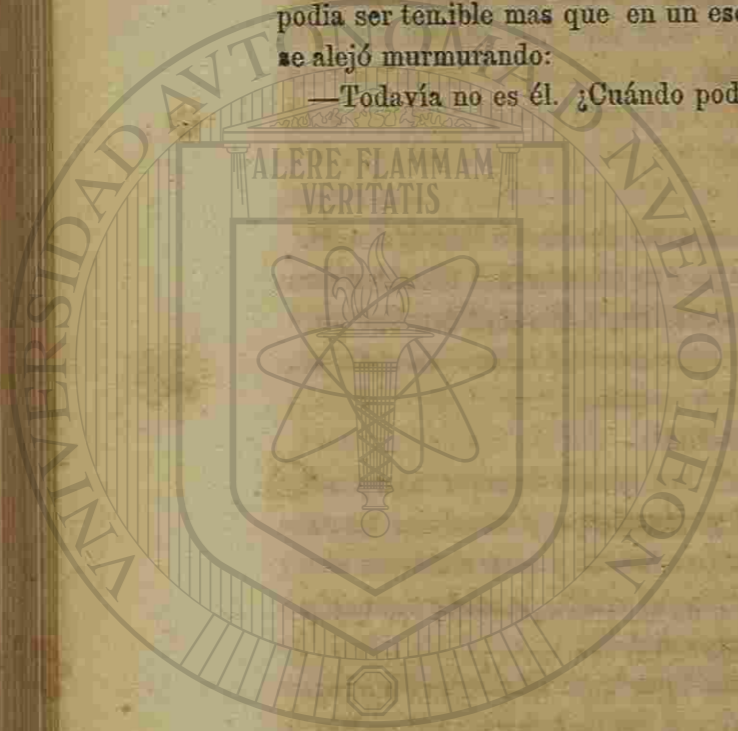
Mauricio, compañero.

Mauricio estaba muy léjos de hallarse satisfecho con haberse afiliado en la Sociedad masónica; concurría puntualmente á todas las *tenidas*, y cada vez salía mas desanimado de ellas, porque no advertía que se tratara de cosas útiles ó convenientes; recordaba la malhadada Conferencia á la que habia sido llevado una noche, y aunque herege en toda la acepcion que dan á esta palabra las gentes de iglesia, no podia ménos de confesar que de aquella reunion habia resultado algo bueno para la humanidad doliente, el acuerdo de auxilios pecuniarios, de consuelos morales, y por lo mismo el alivio de algunas tribulaciones y miserias; miéntras que en las *tenidas* á que concurría no oía mas que un juego de palabras, que á fuerza de oirlas repetir con tanta frecuencia le lastimaban los oídos, y despues de cada *tenida* se quedaba oyéndolas como si una voz

MAURICIO.—20.

é incomprensible de quien Manuel le habia dicho que era un espía de los masones, y que él consideraba mas bien como un pobre hombre que tenia la cabeza dada á componer y que no podía ser terrible mas que en un esceso de furor. El italiano se alejó murmurando:

—Todavía no es él. ¿Cuándo podré cumplir mi juramento?



LII.

Mauricio, compañero.

Mauricio estaba muy léjos de hallarse satisfecho con haberse afiliado en la Sociedad masónica; concurría puntualmente á todas las *tenidas*, y cada vez salia mas desanimado de ellas, porque no advertía que se tratara de cosas útiles ó convenientes; recordaba la malhadada Conferencia á la que habia sido llevado una noche, y aunque herege en toda la acepcion que dan á esta palabra las gentes de iglesia, no podia ménos de confesar que de aquella reunion habia resultado algo bueno para la humanidad doliente, el acuerdo de auxilios pecuniarios, de consuelos morales, y por lo mismo el alivio de algunas tribulaciones y miserias; miéntras que en las *tenidas* á que concurría no oía mas que un juego de palabras, que á fuerza de oirlas repetir con tanta frecuencia le lastimaban los oídos, y despues de cada *tenida* se quedaba oyéndolas como si una voz

MAURICIO.—20.

misteriosa se las estuviera repitiendo, y su infernal martilleo le desesperaba.

Ramon no habia contribuido poco á desanimarle; luego que supo por Manuel que Mauricio se habia recibido mason, comenzó á hacerle objeto de sus bromas, y cuando tuvo noticia de que las juntas se llamaban *tenidas*, dijo á su amigo que los masones tenian siquiera el mérito de la franqueza, pues que no llevando otro objeto que *tener* ó ir á las *tenidas* como dice el vulgo, daban semejante nombre á sus juntas.

Mauricio sonreia al escuchar los equívocos de su amigo y seguia asistiendo á las reuniones con toda puntualidad.

Manuel, por su parte, procuraba animarle diciéndole que conforme fuese adelantando en grados iria comprendiendo el espíritu masónico y se le revelaria un gran secreto que él no conocia todavía, porque no habia llegado aún al supremo grado, pero que decian que era importantísimo.

El mejor amigo de Mauricio, como con orgullo se llamaba Ramon, á quien el pintor le confiaba cuanto Manuel le decia, alzó los hombros al saber lo del secreto y dijo á su amigo:

—¿Qué grado tienes en la masonería?

—No soy mas que aprendiz.

—¿Quieres dar un golpe maestro á Manuel?

—¿Cuál?

—Decirle desde ahora el gran secreto reservado á los del grado supremo.

—Siempre estás de broma, hombre.

—No lo creas, hablo seriamente; ¿quieres saber el secreto, sí ó nó?

—Díle, pues.

—Cuando ha habido un hombre suficientemente vano, ó sufrido, ó tonto, que allá se va todo, para aguantar todas las pruebas y hacer cuanto le han mandado, de manera que no

hay mas remedio que confiarle el gran secreto, se le llama con mucho misterio por quien corresponde y se le dice poco mas ó ménos lo siguiente:

—Respetable y archimagnífico hermano, os habeis purificado, santificado, divinizado, &c., &c., cumpliendo con todos los deberes de un buen mason, y prestando servicios estupendos á la orden; y esta os va á recompensar confiándoos el gran secreto de que es depositaria y que heredó del mismísimo Salomon; ¿os obligais á guardarle bajo el mas terrible juramento?

—El pobre diablo—continuó Ramon—jura cuanto le exigen por conocer lo mas pronto posible ese secreto, que viniendo directamente de Salomon, supone que es cuando ménos la regla para ser tan sabio como dicen que fué aquel rey, ó el arte de hacerse querer de todas las mujeres, que todavía hay tontos que creen que esto es una gran cosa; y entónces le dicen con mucho misterio al oído una palabra hebrea ó samita que ni ellos mismos entienden, y nuestro pobre hombre se queda como tonto en vísperas.

—¡Por Dios, Ramon!—dijo sonriendo Mauricio—tienes una lengua!.....

—Pues mira—siguió diciendo Ramon—lo de la palabra exótica no lo hacen con todos; á los que juzgan mas inocentes, como tú por ejemplo, les dicen, procurando disimular la risa: El secreto es que no sabemos nada y que estamos haciendo tontos á los que se dejan.

Mauricio se rió mucho de las salidas de Ramon y se guardó bien de contárselas á Manuel que tomaba muy á lo serio cuanto á la Sociedad masónica concernia.

Así pasaron tres meses, y Manuel avisó á Mauricio que iba á proponerle para que fuese recibido de compañero, y por lo mismo debia prepararse para este acto, segun él muy

importante, que le acercaba un paso mas á la perfeccion humana buscada con tanto afan por los masones, y que al decir de Ramon se dejaban siempre atrás ó á un lado sin mirarla siquiera.

Mauricio aceptó con gusto la proposicion de Manuel, pues deseaba cuanto ántes adelantar en la masonería, para saber por fin si debia esperar de esta institucion todas las ventajas que Manuel le prometia, ó si, como le aseguraba Ramon, todo se resolvía al último en aire y humo, y no se lograba otra cosa que haber pasado por ceremonias pueriles y haber dado unos cuantos duros para honra y provecho de la Gran Logia.

En la primera *tenida* Manuel puso en el *saco de proposiciones* la postulacion de Mauricio, y á la siguiente se procedió á la votacion, que resultó *pura*, es decir, favorablemente unánime, porque todas las bolas que pusieron los miembros de la logia fueron blancas, y se fijó dia para conferir á Mauricio el nuevo grado.

LIII.

Los cinco viajes.

La noche fijada para conferir á Mauricio el grado de compañero, la logia á que hemos conducido al lector al principio de esta obra, tiene por alfombra un lienzo en el que se hallan representados varios emblemas. Al Oriente, al Occidente y al Mediodia hay figuradas una puerta y una ventana; á la puerta occidental, que tiene á ambos lados las columnas J y B conducen siete gradas, y un poco mas allá se ostenta una especie de tablero de ajedrez. Mas léjos se ve una escuadra cuyas dos extremidades miran hácia el Oriente, á su derecha un mazo y á su izquierda un pequeño cuadrado en cuyo centro están trazadas algunas figuras geométricas. Arriba de la escuadra están representados el pórtico de un templo, el nivel, la plomada y una piedra de base cúbica y cúspide pira-

importante, que le acercaba un paso mas á la perfeccion humana buscada con tanto afan por los masones, y que al decir de Ramon se dejaban siempre atrás ó á un lado sin mirarla siquiera.

Mauricio aceptó con gusto la proposicion de Manuel, pues deseaba cuanto ántes adelantar en la masonería, para saber por fin si debia esperar de esta institucion todas las ventajas que Manuel le prometia, ó si, como le aseguraba Ramon, todo se resolvía al último en aire y humo, y no se lograba otra cosa que haber pasado por ceremonias pueriles y haber dado unos cuantos duros para honra y provecho de la Gran Logia.

En la primera *tenida* Manuel puso en el *saco de proposiciones* la postulacion de Mauricio, y á la siguiente se procedió á la votacion, que resultó *pura*, es decir, favorablemente unánime, porque todas las bolas que pusieron los miembros de la logia fueron blancas, y se fijó dia para conferir á Mauricio el nuevo grado.

LIII.

Los cinco viajes.

La noche fijada para conferir á Mauricio el grado de compañero, la logia á que hemos conducido al lector al principio de esta obra, tiene por alfombra un lienzo en el que se hallan representados varios emblemas. Al Oriente, al Occidente y al Mediodia hay figuradas una puerta y una ventana; á la puerta occidental, que tiene á ambos lados las columnas J y B conducen siete gradas, y un poco mas allá se ostenta una especie de tablero de ajedrez. Mas léjos se ve una escuadra cuyas dos extremidades miran hácia el Oriente, á su derecha un mazo y á su izquierda un pequeño cuadrado en cuyo centro están trazadas algunas figuras geométricas. Arriba de la escuadra están representados el pórtico de un templo, el nivel, la plomada y una piedra de base cúbica y cúspide pira-

midal; una regla graduada con veinticuatro divisiones, una piedra en bruto, una llana de albañil, una estrella, un compas abierto con las puntas hacia abajo, y el sol y la luna. Al Occidente, al Oriente y al Mediodía hay tres candeleros, y un cordón formando ondas á guisa de pabellón rodea todo el cuadro.

Mauricio, sin venda en los ojos y llevando en la mano una regla de la cual apoyaba un extremo sobre su hombro izquierdo, fué conducido á la puerta de la logia por el maestro de ceremonias y llamó.

—¿Quién llama?—preguntó el venerable.

—Es un aprendiz—dijo el maestro de ceremonias—que solicita pasar de la perpendicular al nivel.

Abrióse entonces la puerta y Mauricio entró, deteniéndose al llegar á las dos columnas.

—Hermano segundo celador—dijo el venerable—decidme si el candidato que solicita aumento de salario ha concluido el tiempo prescrito por nuestros estatutos.

—Sí, venerable.

—¿Están contentos con su trabajo los hermanos de su columna?

—Lo están, venerable.

Entonces, dirigiéndose á Mauricio, continuó el venerable:

—¿Qué cosa es un mason?

—Es—contestó Mauricio—un hombre libre, igualmente amigo del pobre y del rico, si son virtuosos.

—¿Qué venimos á hacer en la logia?

—A vencer nuestras pasiones, someter nuestras voluntades y hacer nuevos progresos en la masonería.

—¿Donde os habeis recibido?

—En una logia justa y perfecta.

—¿Qué se necesita para que una logia sea justa y perfecta?

—Tres que la gobiernen, cinco que la compongan, y siete que la hagan justa y perfecta.

—¿Desde cuándo sois mason?

—Desde que recibí la luz.

—¿En qué reconoceré que sois mason?

—En mis signos, palabras y acciones.

—¿Cómo se hacen los signos de los masones?

—Por escuadra, nivel y plomada.

—Dadme el signo de aprendiz.

Mauricio llevó su mano derecha estendida horizontalmente, los cuatro dedos unidos y el pulgar escondido en la palma, formando escuadra, al lado izquierdo de la garganta debajo de la barba; la pasó después, sin mudar de postura, al lado derecho del cuello, y la dejó caer luego sobre el muslo derecho, dando en esta parte de su cuerpo un ligero golpe.

—¿Qué significa ese signo?—continuó el venerable.

—Que preferiré perder la vida antes que revelar el secreto de los masones.

—Dadme la palabra.

—No debo leerla ni escribirla, y sólo puedo deletrearla; decidme la primera letra y os diré la segunda.

—J.

—A.

—K.

—I.

—N.

—JAKIN.

—¿Qué significa esa palabra?

—Mi fuerza está en Dios; tal era el nombre de una co-

lumna de bronce que estaba colocada al Norte del templo de Salomon, cerca de la cual recibían los aprendices su salario.

—Dadme la palabra de pase de aprendiz.

—TUBALCAIN.

—¿Qué significa esta?

—El nombre de uno de los hijos de Lamec, inventor del arte de trabajar los metales.

—¿Por qué os habeis hecho recibir mason?

—Porque estaba en tinieblas y he deseado ver la luz.

—¿Quién os ha presentado en la logia?

—Un amigo virtuoso, á quien poco despues reconocí como hermano.

—¿En qué estado os hallábais cuando os presentaron en la logia?

—Ni desnudo ni vestido, sino en un estado decente, y desprovisto de todos metales.

—¿Por qué en ese estado?

—Ni desnudo ni vestido para representar el estado de la inocencia y para memoria de que la virtud no necesita adornos; y desprovisto de todos metales porque son emblema y muchas veces ocasion de los vicios que el mason debe evitar.

—¿Cómo os habeis introducido en la logia?

—Dando tres grandes golpes.

—¿Qué significan?

—Pedid y recibireis; buscad y hallareis; llamad y se os abrirá.

—¿Qué resultado dieron esos tres golpes?

—Que se presentara un práctico, que me preguntó mi nombre, apellido, edad, patria, estado, y si de mi libre voluntad queria ser recibido mason.

—¿Qué hizo de vos el hermano práctico?

—Me introdujo á la logia entre los dos celadores, y me hi-

zo viajar como debe hacerlo un aprendiz mason á fin de darme á conocer las dificultades que hay que vencer para formar parte de esta sociedad.

—¿Qué os aconteció en seguida?

—El maestro de la logia, con el consentimiento unánime de todos los hermanos, me recibió de mason.

—¿Cómo fuisteis recibido?

—Con todas las formalidades requeridas.

—¿Cuáles son esas formalidades?

—Tuve la pierna derecha desnuda, sobre la escuadra; la mano derecha sobre la espada, y en la izquierda tenia un compas abierto formando ángulo recto, apoyando una de sus puntas sobre el lado izquierdo del pecho que le tenia desnudo.

—¿Qué hicisteis en esa postura?

—Prestar el juramento de guardar los secretos de la orden.

—¿Qué habeis visto despues de entrado á la logia?

—Nada, muy venerable.

—¿Qué habeis visto cuando se os dió la luz?

—Ví el sol, la luna y al maestro de la logia.

—¿Qué relacion puede haber entre estos dos astros y el maestro de la logia?

—Que así como el sol preside al dia, y la luna á la noche, así el maestro preside la logia para ilustrarla.

—¿Dónde se coloca el maestro de la logia?

—Al Oriente.

—¿Por qué?

—Porque así como el sol sale por el Oriente para dar principio á la carrera del dia, así el maestro se coloca en el Oriente para abrir la logia, ilustrar los trabajos y dar ocupacion á los obreros. ®

—¿Dónde se colocan los celadores?

—Al Occidente.

—¿Por qué?

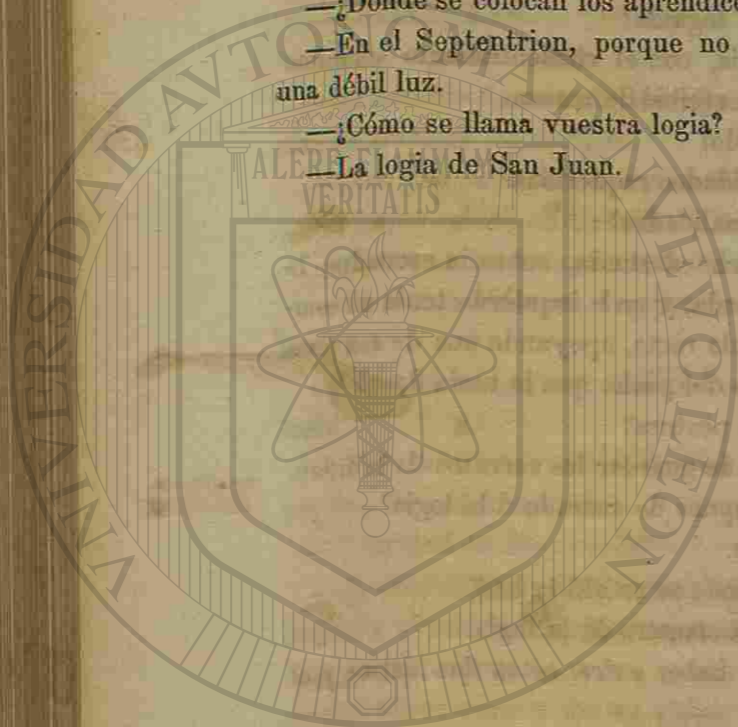
—Para ayudar al venerable en sus trabajos, pagar á los obreros y dejarlos ir contentos.

—¿Dónde se colocan los aprendices?

—En el Septentrion, porque no pueden resistir mas que una débil luz.

—¿Cómo se llama vuestra logia?

—La logia de San Juan.



LIV.

Los cinco viajes.

(Continuacion.)

—Decidme, hermano—prosiguió el venerable—¿por qué os vendaron cuando fuisteis recibido mason?

—Para que mi corazon ocultase ántes que mis ojos viesen.

—¿No hubo otra razon, hermano?

—Para que así como yo estaba en tinieblas dejase á todo el mundo en tinieblas.

—¿Por qué os despojaron de todo metal?

—Para que no trajese nada ofensivo ni defensivo á la logia.

—¿Nada mas?

—Tambien para que así como era pobre cuando me hice mason supiera que debía socorrer á todos mis hermanos pobres segun mis alcances.

—¿Quereis decirme de nuevo, qué significan los tres golpes que disteis á la puerta?

—¿Por qué?

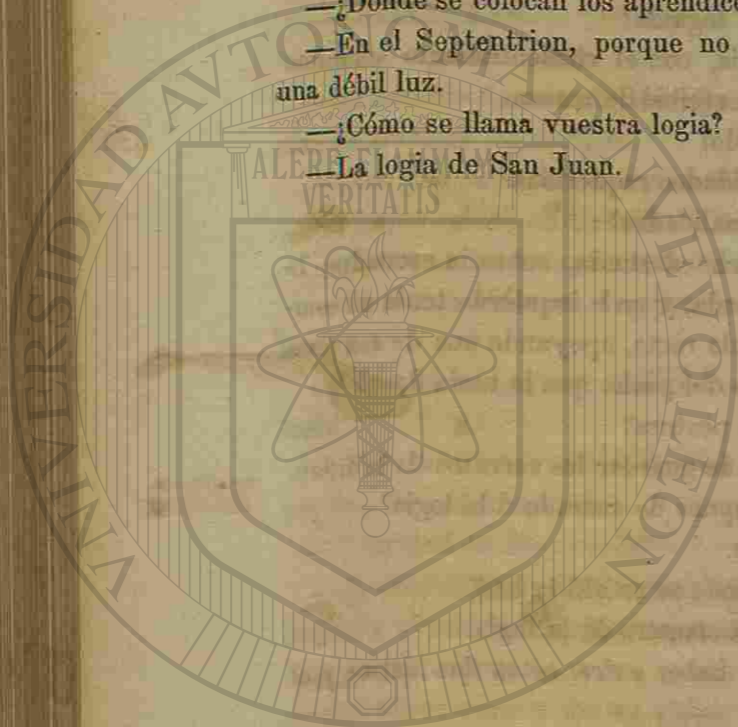
—Para ayudar al venerable en sus trabajos, pagar á los obreros y dejarlos ir contentos.

—¿Dónde se colocan los aprendices?

—En el Septentrion, porque no pueden resistir mas que una débil luz.

—¿Cómo se llama vuestra logia?

—La logia de San Juan.



LIV.

Los cinco viajes.

(Continuacion.)

—Decidme, hermano—prosiguió el venerable—¿por qué os vendaron cuando fuisteis recibido mason?

—Para que mi corazon ocultase ántes que mis ojos viesen.

—¿No hubo otra razon, hermano?

—Para que así como yo estaba en tinieblas dejase á todo el mundo en tinieblas.

—¿Por qué os despojaron de todo metal?

—Para que no trajese nada ofensivo ni defensivo á la logia.

—¿Nada mas?

—Tambien para que así como era pobre cuando me hice mason supiera que debía socorrer á todos mis hermanos pobres segun mis alcances.

—¿Quereis decirme de nuevo, qué significan los tres golpes que disteis á la puerta?

—Tres palabras de la sagrada Escritura: pedid y recibireis, buscad y hallareis, llamad y se os abrirá.

—¿Cómo aplicais estas palabras á la masonería?

—Busqué en mi mente; pedí á mi amigo; llamé y se me abrió la puerta de la masonería.

—¿Por qué os pusieron una espada sobre la tetilla izquierda desnuda?

—Para demostrarme que el corazón de un mason debe ser justo y estar siempre descubierto.

—¿Por qué os condujeron tres veces al derredor de la logia?

—Para que todos los hermanos viesen que estaba debidamente preparado.

—Cuando fuisteis recibido mason ¿por qué encorvasteis la rodilla izquierda desnuda?

—Porque la rodilla izquierda es la parte mas débil del cuerpo, y un aprendiz admitido es la parte mas debil de la masonería, á cuyo grado entraba entónces.

—¿Qué entendeis por una logia, hermano?

—Venerable, cierto número de masones congregados para trabajar.

—¿Qué número forma una logia?

—Tres, cinco, siete ú once.

—¿Cómo constituyen tres una logia?

—Porque habia tres grandes maestros en la fábrica del Universo, y en la de la noble pieza de arquitectura que se llama el hombre.

—¿No hay otra razon, hermano?

—Porque habia tres grandes masones en la elevacion del templo de Salomon.

—¿Cómo constituyen cinco una logia?

—Porque estamos dotados de cinco sentidos.

—¿De qué os sirven esos cinco sentidos en la masonería?

—Tres me son de mucha utilidad: el oído, la vista y el tacto. El oído para oír las palabras; la vista para ver el signo, y el tacto para el tocamiento, para que conozca á un hermano tanto en la oscuridad como en la luz.

—¿Cómo constituyen siete una logia?

—Porque hay siete ciencias liberales.

—¿Cuáles son, hermano?

—La Gramática, la Retórica, la Lógica, la Aritmética, la Geometría, la Música y la Astronomía.

—¿Qué os enseñan estas ciencias?

—La Gramática me enseña el arte de hablar y escribir un idioma.

—¿Y la Retórica?

—El arte de hablar bien sobre cualquiera asunto.

—¿Y la Lógica?

—El arte de raciocinar bien.

—¿Qué os enseña la Aritmética?

—El uso de los números.

—¿Qué os enseña la Geometría?

—El arte de medir terrenos, por medio del cual los egipcios recobraron su propia tierra, ó mejor dicho la misma estension de ella que poseian ántes de la inundacion del Nilo.

—¿Qué enseña la Música?

—La virtud de los sonidos.

—¿Qué os enseña la Astronomía?

—El conocimiento de los cuerpos celestes.

—¿Cómo constituyen once una logia?

—Habia once patriarcas cuando José fué vendido en Egipto.

—¿No teneis otra razon?

—No habia mas que once apóstoles cuando Júdas entregó á Cristo.

—¿Qué forma tiene una logia?

- La de un cuadrilongo.
- ¿Qué largo?
- De Oriente á Occidente.
- ¿Qué ancho?
- De Norte á Sur.
- ¿Y su altura?
- Del cielo á la tierra, hasta su centro.
- ¿Y su profundidad?
- De la superficie de la tierra hasta su centro.
- ¿Por qué?
- Porque la masonería es universal.
- ¿Por qué está la logia situada del Oriente al Occidente?
- Porque todas las iglesias y capillas están ó deben estar situadas así.
- ¿Por qué, hermano?
- Porque el Evangelio se predicó primero en el Oriente y se extendió hasta el Occidente.
- ¿Qué sostiene vuestra logia?
- Tres grandes columnas.
- ¿Cómo se llaman?
- Sabiduría, Fuerza y Hermosura.
- ¿Quién representa la de Sabiduría?
- El Maestro en el Oriente.
- ¿Y la de la Fuerza?
- El primer celador en el Occidente.
- ¿Y la de la Hermosura?
- El segundo celador en el Sur.
- ¿Por qué representa el Maestro la columna de la Sabiduría?
- Porque dá instrucciones á los obreros para trabajar bien y con armonía.
- ¿Por qué el primer celador representa la de la Fuerza?

—Porque así como el sol se pone para concluir el día, así el primer celador se coloca al Occidente para pagar á los obreros, lo cual es la fuerza y el apoyo de todo negocio.

—¿Por qué representa el segundo celador la de la Hermosura?

—Porque se pone al Sur ó Mediodía, que es la hermosura del día, para llamar á los obreros del trabajo al recreo, y para que vuelvan á debido tiempo para gusto y provecho del Maestro.

—¿Por qué se dice que la logia está sostenida por esas tres columnas?

—Porque la Sabiduría, la Fuerza y la Hermosura son el remate de toda obra, y nada se puede hacer sin ellas.

—Esplicadme eso.

—Sabiduría para ilustrar, Fuerza para sostener y Hermosura para adornar.

—¿Cómo sopla el viento de un mason, hermano?

—Del Oriente al Occidente.

—¿Qué hora es, hermano?

—Mediodía.

El venerable pareció quedar satisfecho de las respuestas que Mauricio dió á tan larga serie de preguntas, y dirigiéndose al hermano maestro de ceremonias le dijo:

—Hermano maestro de ceremonias, acompañad al candidato en los cinco viajes misteriosos.

Entonces el maestro de ceremonias tomó á Mauricio por la mano derecha y le hizo dar cinco vueltas al derredor de la logia. Durante la primera, nuestro héroe llevaba en la mano izquierda un mazo y un escoplo; en la segunda, una regla y un compas; en la tercera, una regla en la mano izquierda apoyando sobre su hombro izquierdo la estremidad de unas tenazas

de hierro; en la cuarta, una escuadra y una regla, y en la quinta fué con las manos libres.

Al concluir cada vuelta se detenía frente al venerable, y este le explicaba el uso material de las herramientas que llevaba en las manos; luego le instruyó de su aplicación moral diciéndole que el compañero erigía en honor del Gran Arquitecto del Universo un templo del cual era él mismo el artífice y los materiales; esas herramientas simbólicas debían servirle para hacer que desaparecieran los defectos de esos mismos materiales y para darles regulares y simétricas formas á fin de que el edificio guardase armonía en todas sus partes y llegara en cuanto fuese posible á su perfección.

Cuando Mauricio concluyó sus cinco viajes, el venerable le ordenó que hiciera su último trabajo de aprendiz.

Mauricio tomó un mazo y dió con él tres golpes sobre la piedra en bruto pintada en el lienzo que servía de alfombra á la logia.

LV.

La estrella misteriosa y el templo de Salomon.

El venerable llamó la atención de Mauricio sobre la estrella flamígera pintada en el mismo lienzo donde se hallaba representada la piedra en bruto á la que el pintor había dado tres golpes con el mazo, y le dijo:

—Reflexionad, hermano mio, en esa estrella misteriosa; nunca la perdais de vista, porque es emblema del genio que eleva al hombre y le impulsa á las grandes acciones, siendo al mismo tiempo y con mayor razón aún, el símbolo de ese fuego sagrado, de ese destello de luz divina con la que el Gran Arquitecto del mundo creó nuestras almas, y por medio de cuyos rayos podemos conocer y practicar la verdad y la justicia. La letra G que veis en su centro, ofrece á vuestra consideración dos ideas á cual más grandes y sublimes. Ella es el monograma de uno de los nombres del Ser Supremo, y es también la letra inicial de la palabra *Geometría*. Esta tiene por base esencial la aplicación de las propiedades de los números

MAURICIO.—21.

de hierro; en la cuarta, una escuadra y una regla, y en la quinta fué con las manos libres.

Al concluir cada vuelta se detenía frente al venerable, y este le explicaba el uso material de las herramientas que llevaba en las manos; luego le instruyó de su aplicación moral diciéndole que el compañero erigía en honor del Gran Arquitecto del Universo un templo del cual era él mismo el artífice y los materiales; esas herramientas simbólicas debían servirle para hacer que desaparecieran los defectos de esos mismos materiales y para darles regulares y simétricas formas á fin de que el edificio guardase armonía en todas sus partes y llegara en cuanto fuese posible á su perfección.

Cuando Mauricio concluyó sus cinco viajes, el venerable le ordenó que hiciera su último trabajo de aprendiz.

Mauricio tomó un mazo y dió con él tres golpes sobre la *pedra en bruto* pintada en el lienzo que servía de alfombra á la logia.

LV.

La estrella misteriosa y el templo de Salomon.

El venerable llamó la atención de Mauricio sobre la estrella flamígera pintada en el mismo lienzo donde se hallaba representada la *pedra en bruto* á la que el pintor había dado tres golpes con el mazo, y le dijo:

—Reflexionad, hermano mio, en esa estrella misteriosa; nunca la perdais de vista, porque es emblema del genio que eleva al hombre y le impulsa á las grandes acciones, siendo al mismo tiempo y con mayor razón aún, el símbolo de ese fuego sagrado, de ese destello de luz divina con la que el Gran Arquitecto del mundo creó nuestras almas, y por medio de cuyos rayos podemos conocer y practicar la verdad y la justicia. La letra G que veis en su centro, ofrece á vuestra consideración dos ideas á cual más grandes y sublimes. Ella es el monograma de uno de los nombres del Ser Supremo, y es también la letra inicial de la palabra *Geometría*. Esta tiene por base esencial la aplicación de las propiedades de los números

MAURICIO.—21.

á las dimensiones de los cuerpos, y sobre todo, al triángulo, al que se refieren casi todas sus figuras y el que representa á la imaginacion los emblemas mas sublimes.

Cuando el venerable concluyó de hablar, el maestro de ceremonias condujo á Mauricio frente al altar; allí le obligó á dar dos pasos, y haciéndole encorvar la rodilla derecha, poner el pie izquierdo formando un cuadro, el cuerpo recto y con la mano derecha encima de la Biblia y el brazo izquierdo apoyado en las puntas del compas, le dictó el siguiente juramento:

—Yo, Mauricio de Gonzaga, por mi libre y espontánea voluntad, en presencia de Dios Omnipotente y de esta Respetable Logia dedicada á San Juan, juro solemnemente no revelar jamas el secreto de un compañero ó aprendiz admitido, sino á un verdadero mason de estos grados; juro observar todos los signos y obedecer los mandatos que reciba de la Logia de Maestro; juro igualmente no hacer ningun perjuicio á un hermano ni permitir que se le hagan sin avisarle; serviré á mis hermanos en cuanto esté en mi poder, siempre que no sea en contra mia ó de mi familia. Juro guardar todos los secretos de mi hermano como si fueran míos propios, excepto en caso de asesinato ó de traicion. Juro ejecutar todo esto con la resolucion mas firme, bajo la pena de que mi corazon sea arrancado del cuerpo y dado á los buitres del aire para ser devorado; así Dios me ayude y me sostenga en esta firme resolucion.

Mauricio besó el libro.

Despues, arrodillado con la rodilla derecha ante el altar, el venerable le puso la punta de la espada en la cabeza, y le dijo:

—En nombre del Gran Arquitecto del Universo, y en virtud de los poderes que me han sido confiados, os creo y constituyo compañero mason y miembro de esta respetable logia.

Luego dió cinco golpes en su espada con el mazo, y levantó á Mauricio tomándole de la mano derecha, y poniendo la

uña de su dedo pulgar sobre la segunda coyuntura de la expresada mano de nuestro amigo, diciéndole:

—Levantaos, hermano BOAZ; estos son, agregó, el tocamiento y la palabra de compañero.

Luego, levantándose y llevando su mano derecha á la tetilla izquierda, con el dedo pulgar cuadrado y la mano izquierda levantada como para formar un cuadro, le dijo:

—Tal es el signo de compañero.

Despues le tomó de nuevo de la mano derecha poniendo el dedo pulgar entre la segunda y tercera coyuntura y le dijo al oído la palabra SCHIBBOLETH, advirtiéndole que era la palabra de pase del compañero.

Entónces el maestro de ceremonias le llevó adonde habia dejado sus vestidos, y volviendo á la logia le hizo sentar á la cabeza de la columna del Mediodía, adonde el orador le dirigió un discurso en el que le explicó particularmente el sentido de los símbolos y figuras trazados en el lienzo, y de los que hemos tratado de dar una idea á nuestros lectores.

El orador dijo á Mauricio que aquel cuadro representaba en su conjunto el templo de Salomon, cuyo nombre hebreo (schelomoh) significa pacífico, y le explicó las figuras que le formaban de la manera siguiente:

La primera de las dos columnas que adornan la entrada se llama *Boaz*, es decir, fuerza, y la segunda *Jakin* ó estabilidad. Una es blanca y la otra negra por alusion á los dos principios de creacion y destruccion, de vida y de muerte, de luz y tinieblas, entre cuya alternativa se sostiene el equilibrio universal.

Las siete gradas por las que se llega á la primera puerta, que está al Occidente, indican las pruebas sucesivas por las que el iniciado tiene que pasar para llegar á la perfeccion que dá entrada al Sancta Sanctorum.

El tablero ó *pavimento mosaico* compuesto de cuadros blancos y negros, indica la doble fuerza que á su vez arrastra al hombre ya hácia el espíritu, ya hácia la materia, hácia la virtud ó al vicio, lo que es causa de que sus pruebas sean demasiado penosas y sensibles y retarden el instante de alcanzar la bienaventuranza á que es llamado.

El *compas* que ocupa la parte superior del cuadro, y la *escuadra* que está á sus pies, manifiestan el mismo pensamiento bajo emblemas diferentes. El compas representa el cielo, adonde el iniciado debe dirigir sus miras constantemente, y la escuadra, la tierra adonde le encadenan sus pasiones, y así se dice que el verdadero mason se encuentra entre la *escuadra* y el *compas* para expresar la idea de que está desprendido de las afecciones materiales, de las cosas terrenas, y que solo anhela unirse á su celeste origen.

La estrella *flamígera* es el divino fanal que le guía en las tinieblas morales, como la estrella polar dirige al navegante en medio de la noche.

Las *tres puertas* y *las tres ventanas* que se ven al Oriente, al Occidente y al Mediodia, figuran los tres puntos del firmamento donde se muestra el sol, y por las cuales se introduce su luz para iluminar el templo.

Los tres *candelabros* representan los tres grandes luminaires de la masonería: el sol, la luna y el maestro de la logia.

El *globo celeste* señala los límites del templo.

El *pórtico* designa la entrada á la *cámara del centro*, es decir, la línea que separa el tiempo que acaba del tiempo que principia, la muerte de la vida, las tinieblas de la luz.

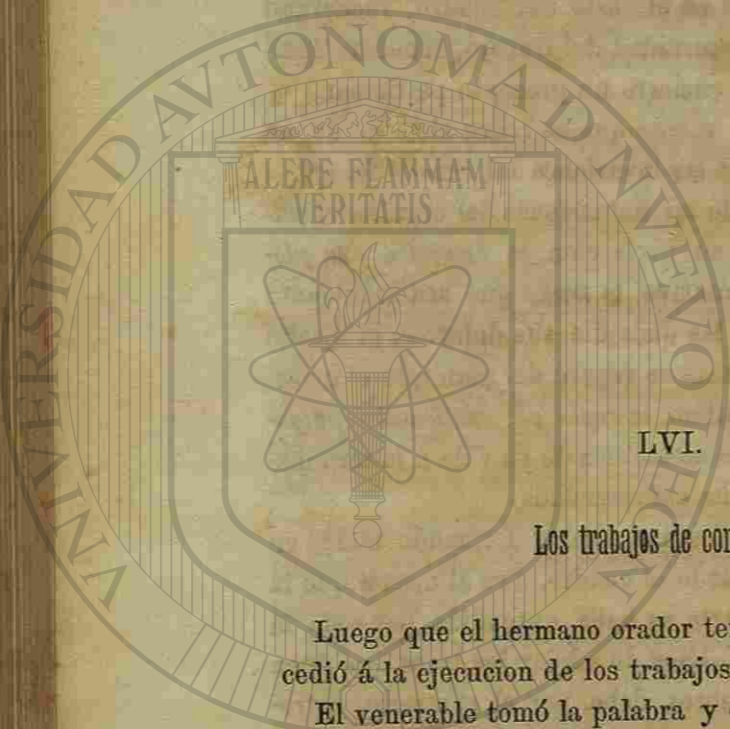
La *pedra tosea* es símbolo del alma del mason ántes que el trabajo moral que se le impone haya hecho que desaparezcan sus defectos.

La *pedra* cuya base es cúbica y cuya cúspide es piramidal, ó

la *pedra cúbica puntiaguda*, es emblema del alma ya perfeccionada que aspira á remontarse hácia su origen. Este atributo es inherente y especial del compañero. Los útiles de masonería que están distribuidos en el resto del cuadro, recuerdan en lo general al mason la santidad del trabajo, al mismo tiempo que cada uno de ellos encierra un precepto particular.

El *compas* prescribe al mason que se rodee siempre de un muro inexpugnable contra las invasiones del vicio y del error; el *nivel*, que se defienda de las seducciones del orgullo; el *mazo*, que procure sin cesar su perfeccion; la *escuadra* y la *plomada* que sea justo y equitativo; la *trulla* que sea indulgente para con sus hermanos y les disimule sus defectos; el diseño ó *plancha trazada*, que jamas se separe del plan que el maestro le ha prescrito; por último, la *regla de veinticuatro pulgadas* que consagre todos los momentos de su vida á la terminacion de la obra que se le ha encomendado.

La *guarnicion ondeada*, ó sea el cordon formando nudos en lazos de amor que rodea todo el cuadro, dice al mason que la sociedad de que forma parte se halla extendida por toda la tierra, y que la distancia, léjos de aflojar los lazos que unen entre sí á todos sus miembros, debe, por el contrario, estrecharlos cada vez mas.



LVI.
Los trabajos de compañero.

Luego que el hermano orador terminó su discurso, se procedió á la ejecución de los trabajos.

El venerable tomó la palabra y emprendió con uno de los hermanos el siguiente diálogo:

—¿Sois compañero?

—Lo soy, venerable.

—¿Por qué os habeis hecho recibir compañero?

—Para conocer la letra G.

—¿Qué significa esta letra?

—Geometría.

—¿No significa nada mas?

—Es tambien la inicial de uno de los nombres del Gran Arquitecto del Universo.

—¿Cómo habeis sido recibido?

—Pasando de la columna Jakin á la columna Boaz, y subiendo las cinco gradas del templo.

—¿Por qué puerta las habeis subido?

—Por la puerta del Occidente.

—¿Qué fuisteis á hacer al templo?

—A construir calabozos para los vicios y erigir templos á la virtud.

—¿Quién se opuso á vuestra entrada?

—El hermano retejador.

—¿Qué exigió de vos?

—Un signo, una accion y una palabra.

—¿Qué visteis al subir las gradas del templo?

—Dos grandes columnas.

—¿De qué materia eran?

—De bronce.

—¿Qué altura tenian?

—Diez y ocho codos.

—¿Y qué circunferencia?

—Doce codos.

—¿Pues qué, estaban huecas?

—Sí, venerable.

—¿Por qué?

—Para guardar los útiles y herramientas de los compañeros y de los aprendices, así como el tesoro destinado para pagar su salario.

—¿Cómo reciben su salario los obreros?

—Por un signo, una accion manual y una palabra; y los aprendices por las correspondientes á su grado.

—¿Qué adornos tenian las columnas?

—Hojas de acanto adornaban los chapiteles, y sobre estos habia innumerables granadas.

—¿Dónde habeis sido recibido de compañero?

- En una logia justa y perfecta.
- ¿Qué forma tenia?
- Un cuadrilongo.
- ¿Qué estension tenia?
- De Oriente á Occidente.
- ¿Y qué anchura?
- Del Septentrion á Meridiana.
- ¿Qué altura?
- Innumerables pies, toesas y codos.
- ¿De qué estaba cubierta?
- De un dosel azul sembrado de estrellas.
- ¿Qué la sostenia?
- Tres grandes pilares de forma triangular.
- ¿Cómo se llaman?
- Sabiduría, Fuerza y Belleza.
- ¿Por qué las denominais así?
- Sabiduría para inventar, Fuerza para ejecutar y Belleza para adornar.
- ¿Cuál era su profundidad?
- De la superficie al centro de la tierra.
- ¿Cómo es posible eso?
- Con esto quiero dar á entender que todos los masones estendidos sobre la tierra no forman mas que un solo pueblo de hermanos, regido por las mismas leyes y por los mismos usos y costumbres.
- ¿Teneis algunos adornos en vuestra logia?
- Sí, venerable.
- ¿Cuántos?
- Tres.
- ¿Cuáles son?
- El cuadro mosaico, la estrella flamígera y la guarnicion ondeada.

- ¿Qué uso haceis de ellos?
- El cuadro mosaico adorna el pavimento del gran pórtico del templo; la estrella flamígera está en medio de la logia, iluminando su centro, de donde parte la verdadera luz que ilumina las cuatro partes del mundo, y la guarnicion ondeada adorna las extremidades.
- ¿Dadme la explicacion moral de estos adornos.
- El cuadro mosaico es emblema de la union íntima que reina entre los masones; la estrella flamígera es emblema del Gran Arquitecto del Universo, que brilla con una luz que dimana de Él mismo; la guarnicion ondeada representa la luz que une á todos los masones formando una sola familia en todo el globo.
- ¿Teneis algunas joyas en vuestra logia?
- Sí, venerable.
- ¿Cuántas?
- Seis: tres movibles y tres inmuebles.
- ¿Cuáles son las joyas movibles?
- La escuadra que lleva el muy venerable, el nivel que lleva el primer inspector, y la perpendicular ó plomada que lleva el segundo inspector.
- ¿Cuáles son las joyas inmuebles?
- La plancha trazada, la piedra cúbica puntiaguda y la piedra tosca ó en bruto.
- ¿Para qué se usan las joyas movibles?
- La escuadra sirve para labrar los materiales y poner sus caras formando ángulos rectos; el nivel, para colocar horizontalmente las piedras unas al lado de otras, y la perpendicular ó plomada para levantar las paredes perfectamente verticales á sus bases.
- Explicadme el sentido moral de esas mismas joyas.
- La escuadra me advierte que todas nuestras acciones de-

ben estar reguladas por la justicia; el nivel, que debe reinar una perfecta igualdad entre todos los masones; y la plomada, que todos los bienes los recibimos del que está arriba.

—¿Qué uso haceis de las joyas inmóviles?

—La plancha trazada sirve á los maestros para dibujar y trazar sus planos y formas; la piedra cúbica puntiaguda sirve á los compañeros para afilar sus útiles y herramientas; y la piedra tosca sirve á los aprendices para aprender á trabajar.

—¿Cuál es su significado moral?

—La plancha trazada es emblema del buen ejemplo que debemos dar á nuestros hermanos y á todos los hombres; la piedra cúbica puntiaguda es el símbolo de los cuidados que se toma el hombre virtuoso para borrar las señales que el vicio ha dejado en él, y corregir las pasiones que continuamente nos hacen guerra; y por último, la piedra tosca es la imagen del hombre incivilizado y salvaje, á quien solo el estudio y la aplicacion pueden instruir y perfeccionar en lo posible.

—¿Cuántas clases hay de masones?

—Dos, de teoría y de práctica.

—¿Qué enseñan los masones de teoría?

—Una buena moral que sirve para corregir nuestras costumbres y hacernos agradables á todos los hombres.

—¿Y qué viene á ser un mason de mera práctica?

—Un simple obrero de edificios.

—¿Cómo conoceré que sois mason?

—Por mis signos, palabras y acciones de inteligencia.

—¿Cuántos signos hay en la masonería?

—No tienen número, muy venerable, pero se reducen principalmente á cinco.

—¿Cuáles son?

—Vocal, gutural, pectoral, manual y pedestre.

—¿Para qué sirven?

—El vocal para dar la palabra; el gutural para hacer la señal de aprendiz; el pectoral para hacer la de compañero; el manual para darse el toque recíproco y el pedestre para ejecutar la marcha de ambos.

—¿Cuántas ventanas hay en una logia?

—Tres.

—¿Dónde están colocadas?

—Al Oriente, al Occidente y al Mediodia.

—¿Y por qué no hay ninguna en el Septentrion?

—Porque el sol ilumina muy débilmente esta parte del globo.

—¿Para qué sirven?

—Para alumbrar á los obreros cuando vienen al trabajo, mientras que permanecen en él y cuando se retiran.

—¿Habeis visto hoy á vuestro maestro?

—Sí, muy venerable.

—¿Cómo estaba vestido?

—Con un traje dorado y azul.

—¿Qué significan esos dos colores?

—El dorado la riqueza y el azul la sabiduría; los dos principales dones que el Gran Arquitecto del Universo concedió á Salomon.

—¿Dónde se colocan los compañeros?

—Al Mediodia.

—¿Por qué?

—Para que, como mas instruidos que los aprendices puedan servir á los maestros.

—¿Cómo servís á vuestro maestro?

—Con satisfaccion, fervor y libertad.

—¿Habeis recibido buen salario?

—Estoy satisfecho, muy venerable.

—¿Dónde le recibisteis?

—En la columna B.

—¿Qué indica esta letra?

—Es la inicial de una palabra que sirve para reconocernos mutuamente.

—¿Cuál es esa palabra?

—Decidme la primera letra y os diré la segunda.

—B.

—O.

—A.

—Z.

—¿Qué significa esta palabra?

—Significa fuerza, es decir, perseverancia en el bien.

—Decidme la palabra de pase.

—SCHIBBOLETH.

—¿Qué significa esta palabra?

—Numerosos como las espigas de trigo.

—¿Qué edad teneis?

—Cinco años.

—¿A qué hora se cierran los trabajos entre los masones?

—A las doce de la noche.

—¿Qué hora es?

—Las doce, muy venerable.

—Pues que son las doce de la noche y esta es la hora en que los masones acostumbran cerrar sus trabajos de compañero, hermanos primero y segundo inspectores, invitad á los hermanos de vuestras respectivas columnas á unirse conmigo para cerrar los trabajos de compañero en esta respetable logia con las señales de costumbre.

Los celadores repitieron este aviso. El venerable dió cinco golpes con el mazo que fueron repetidos por los celadores, y dijo:

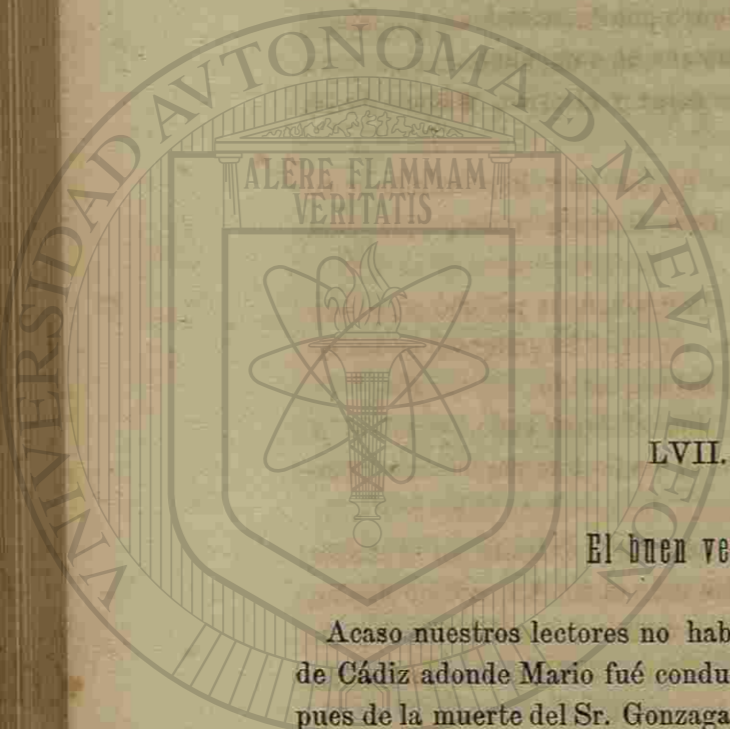
—¡A mí, mis hermanos!

Todos hicieron el signo de compañero, que ya conocen nuestros lectores y aplaudieron.

El venerable volvió á dar otro golpe diciendo:

—Quedan cerrados los trabajos de compañero.

Los celadores repitieron el golpe y el aviso, y todos se retiraron.



El buen vecino.

Acaso nuestros lectores no habrán olvidado aun la casita de Cádiz adonde Mario fué conducido por el tío Antonio después de la muerte del Sr. Gonzaga. A ella los vamos á conducir de nuevo, retrocediendo algunos años en nuestra narración.

Los vecinos se habían aficionado al ahijado de la lavandera como llamaban familiarmente á Mauricio desde que la Nereida del Estanque había tenido la humorada de cambiarle nombre al protegido del tío Antonio con gran placer de este, que no quería que su hijo se condenase por el pecado de llevar el mismo nombre que un herege de la magnitud que se le había representado la buena y discreta Doña María de la Cruz.

Pocos días después de la partida de Mauricio para México, no se hablaba en la portería del tío Antonio de otra cosa que

del chico que había sido enviado á América y á quien todos extrañaban de una manera inaudita.

El tío Antonio lloraba lágrimas tamañas como avellanas por la ausencia de su hijo adoptivo; pero decía que lo que había hecho era para su bien y que el chico no había nacido para ser portero ni para remendar zapatos sino para llegar á cosa muy grande.

El pobre viejo se pasaba las noches en vela pensando en su querido hijo y pidiéndole á Dios le diese mucha vida para verle logrado.

En una de aquellas noches de insomnio le pareció oír gritos como de una persona pidiendo socorro. Se enderezó en su cama y aplicó el oído; los gritos habían cesado.

—Estaría yo soñando, se dijo el buen viejo, y volvió á acostarse procurando conciliar el sueño que parecía tener empeño en alejarse de él.

En aquel momento pasaba una cosa extraña en el cuarto principal. Los gritos que había oído el tío Antonio no habían sido ilusión de sus sentidos; los vecinos todos del cuarto principal los oyeron como él, pero ninguno salió de su habitación á informarse de la causa que los producía.

La prestamista, á pesar de ser muy pasada la media noche, recibía en aquel momento al ex-empleado de hacienda, que con palabras y obras trataba de convencerla de su entrañable amor. Los gritos que alarmaron al tío Antonio produjeron un paréntesis entre dos ardientes besos de la interesante pareja. La tuerta, llevando la mano al corazón, y disponiéndose á desmayarse, le dijo á su amante:

—Oíste?

El antiguo covachuelista, cuyo fuerte no era el valor, se puso á temblar como un azogado, y tratando de ocultar su miedo á la dama de sus pensamientos, contestó con acento

que trataba fuese varonil y resuelto, pero que la falta de humedad producida en sus labios por el miedo hizo trémulo y apagado.

—Sí, no ha de ser nada.

Como el tío Antonio, permanecieron un instante atentos, y no repitiéndose los gritos, continuaron entregándose á las dulzuras de su amor.

Los vecinos del otro piso, jóvenes y pobres, dormían á pierna suelta con ese sueño profundo que quisiera uno hacer durar toda la vida, y nada oyeron.

En cuanto á los otros dos vecinos del cuarto principal, preciso es que entremos á sus habitaciones para ver si allí podemos averiguar algo de lo que pasaba y que con tanta justicia habia alarmado por un momento al buen portero y á la amar-telada pareja de enfrente.

El cuarto del jesuita, como llamaban en la casa al vecino inmediato al sexagenario avaro, se hallaba alumbrado pero vacío. La cama estaba descompuesta, é indicaba que el propietario se habia echado en ella para madurar sus proyectos ó para conciliar el sueño.

Todo en aquella habitacion justificaba el nombre de jesuita que el vecindario daba al que la vivia. A la cabecera de la cama y sobre una mesa pequeña, habia un tremendo Cristo de bronce ó de metal dorado, clavado en una cruz de ébano; á sus pies una calavera humana, cubierta con un bonete, y una lámpara de aceite que era la única luz que luchaba allí débilmente con las tinieblas de la noche; al lado se ostentaba un voluminoso breviario con los cantos pintados de encarnado y lleno de cintas que señalaban las oraciones que el jesuita tenia sin duda costumbre de rezar cuotidianamente. Algunos sillones de madera negra, con respaldo y asiento de badana oscurecida por el uso, dos rinconeras del propio color, en las

que habia capelos que cubrian el uno á San Dimas en la cruz y el otro á San Lorenzo en la parrilla, ambos santos de cera, y un enorme ropero entre las rinconeras, completaban el ajuar de la pieza en que nos hallamos.

La puerta está cerrada y la llave puesta por la parte interior, de manera que no se puede comprender como la habitacion está desierta, no habiendo otra salida que la citada puerta para el corredor.

Algunos momentos pasaron sin que el menor ruido ni movimiento alguno indicase la presencia de un ser humano en el aposento á que hemos conducido al lector. Aquello causaba pavor y frio. De pronto, las puertas del ropero se abrieron y apareció entre ellas la cara de un hombre; despues de dirigir la vista por todos lados como temiendo que alguno hubiese entrado al cuarto, aquel semblante se dilató, y abriéndose completamente el mueble por donde se asomaba apareció el cuerpo á que pertenecía.

El hombre que de esa manera se introducía á aquel cuarto tenia el aspecto de un fantasma; llevaba un gorro blanco de dormir, y estaba completamente vestido del mismo color hasta los pies; andaba de una manera misteriosa y sin hacer el menor ruido, y á haber otro que él en aquella habitacion le habria causado espanto ó hecho creer que era víctima de alguna horrenda pesadilla.

Dió unos cuantos pasos por el aposento llevándose las manos á la frente como reflexionando en lo que iba á hacer; se dirigió despues á la cama, descosió una parte del colchon y sacó un cuchillo puntiagudo, cuyo filo probó con un dedo como lo hacen los barberos con las navajas de afeitar; pareció satisfecho del exámen porque se sonrió con aire de contento, y poniendo el cuchillo encima de la mesa en que se hallaba el Cristo, volvió á introducir la mano en el colchon.

Esta vez el objeto que sacó era mas pequeño y parecia una llave; pero á haber mas luz en la habitacion habriamos podido notar que no era una llave comun sino una llave maestra, ó lo que en México se llama una ganzúa.

Acercóse despues á la mesa donde ardia la lámpara y untó cuidadosamente de aceite la parte inferior de la llave maestra.

Todo esto lo hacia muy despacio, poniendo en ello sus cinco sentidos, y sin que su fisonomía se alterara en lo mas mínimo. Al ver su aspecto santurrón y la especie de devoción con que se consagraba á tan extrañas maniobras, se le habria tomado por un eclesiástico preparando sus utensilios para decir la misa en la sacristía de una iglesia de barrio.

Cuando concluyó todos aquellos preparativos, dió unos cuantos pasos en direccion del ropero de donde le hemos visto salir hace poco; de pronto se detuvo en actitud meditabunda, la mano izquierda con el puñal y la llave cruzada sobre el pecho y el dedo índice de la mano derecha sobre los labios como si quisiera imponerse á sí mismo silencio, y despues de permanecer así un breve rato se dirigió de nuevo hácia la cama, volvió á poner el cuchillo en el lugar de donde le habia sacado, y tomando de una de las bolsas de pecho de su chaqueta, que se hallaba colgada en el rodapié de la cama, un pañuelo paliacate de cuadros azules y blancos, puso un pie en uno de los sillones de badana, dobló sobre su rodilla el pañuelo en forma de corbata, y murmuró entre dientes:

—Así será mejor.

Encaminóse por segunda vez al ropero, adonde se introdujo, dejándole abierto de par en par; la tabla trasera de aquel mueble era corrediza, y el extraño inquilino á quien estamos observando la hizo deslizarse sin ruido por la ranura.

Apareció entónces una puerta en cuyo fondo oscuro se proyectaba como un ojo de lumbre la cerradura iluminada por la

luz que alumbraba el cuarto contiguo; el jesuita, que parecia un fantasma aereo, á juzgar por la rapidez de sus movimientos, el silencio con que los ejecutaba y su manera de andar tocando apénas el suelo, volvió á la mesa donde se hallaba la lámpara y de un soplo la apagó.

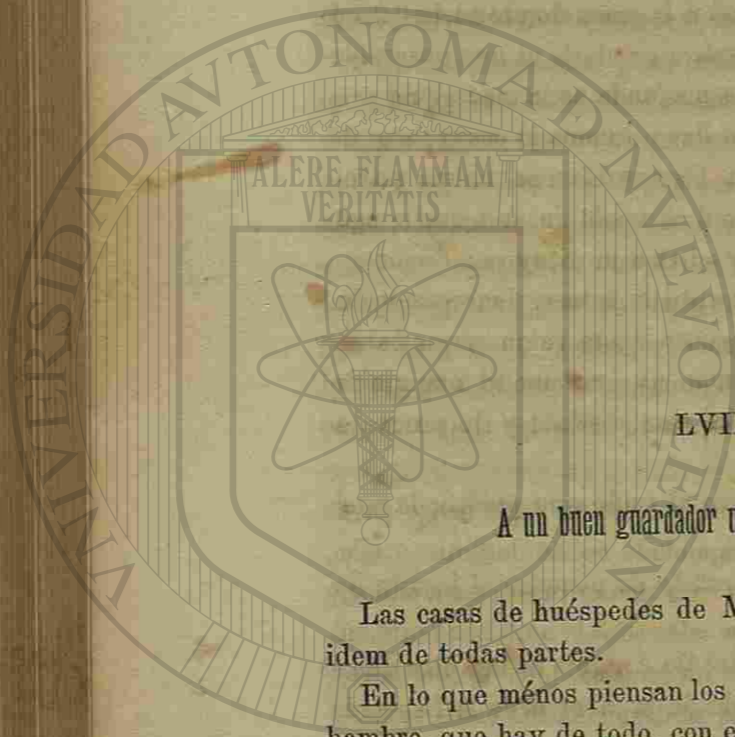
Todo quedó en el cuarto en profunda oscuridad y en completo silencio; el agujero de la llave iluminado proyectaba débiles rayos que se perdian en las tinieblas; se habria podido escuchar el aliento de un niño ó el vuelo de un insecto; nada indicaba que en aquel aposento habia un hombre.

De pronto un objeto interceptó la escasa luz que entraba por el ojo de la llave; se oyó un ligero ruido como de una puerta cerrada ha mucho tiempo que resiste al empuje del que trata de abrirla; á poco fué mas distinto y la puerta se abrió por fin con estrépito.

Un grito de angustia hizo eco al ruido que produjo la puerta al abrirse.

La luz del cuarto adonde trataba de penetrar el jesuita iluminó de lleno su semblante.

El buen vecino de la casa del tío Antonio no era otro que el Cura, nuestro antiguo conocido de la taberna de la Espigada.



LVIII.

A un buen guardador un buen expendedor.

Las casas de huéspedes de Madrid se parecen á las idem idem de todas partes.

En lo que ménos piensan los que especulan ó se mueren de hambre, que hay de todo, con esta clase de negocios, es en la comodidad y en la seguridad de los inquilinos; haya los mas que sea posible, paguen puntualmente su renta y allá se las avengan ellos con las servidumbres y molestias de la casa, que á fé que nadie tiene la culpa de que sean pobres y no tengan con que proporcionarse mejor habitación.

Los porteros ó caseros son los reyes absolutos, y así haya vecino ruin que no les dé propina cuando llegue á deshora, que ya se harán sordos y le dejarán á la luna ó á las estrellas hasta que Dios mande su luz, y bien puede llamar con una piedra hasta romper los oídos á los vecinos de toda la calle ó echar la puerta abajo, que si sus toques llegan hasta el

lecho de sus tiranos, estos se volverán para otro lado murmurando cuando mucho favor quieran hacerle al desventurado inquilino:

—Llama y rábia cuanto quieras, que así aprenderás á no venir á las tantas de la noche para no darle ni una miserable peseta á la gente; ¡tunante! como si todo se lo mereciera!

Esta digresion sobre los porteros no viene al caso; pero como quiera que en este momento llaman de una manera estrepitosa y sin éxito á la puerta de la casa contigua á la que pongo á tus órdenes, lector amado, y en la cual estoy confeccionando esta novela que tienes el buen gusto de leer, y sobre todo de pagar, que es lo que mas te agradezco, espero que no tomarás á mal la rotura del hilo de mi historia, atendiendo á la gracia que me hace la música que lastimando está los tímpanos de los oídos de tu servidor.

Y apropósito de música, debia hacerse un reglamento para que todo el que no viva en despoblado no se dedique á ella ni se dé el gusto de llevar á su casa una orquesta para bailar, sino con la precisa condicion de callarse á la hora prudente en que todo fiel cristiano se recoge en su casa, pues no me parece nada justo que mientras unos se divierten los otros se desvelen. La verdadera libertad consiste en el ejercicio de todos los derechos, respetando empero, como diria algun escritor campanudo, los derechos de los demas; y como quiera que no puede haber derecho mas natural, ni mas sagrado, ni mas agradable de ejercer que el de dormir á pierna suelta, los amantes á trasnochar deben ejercer el derecho que tienen para ello sin atentar en lo mas mínimo al que los demas tienen para dormir á la hora que Dios manda.

En la casa cuyas habitaciones estamos recorriendo tan á deshora, del brazo de nuestros lectores y en grata, para nosotros se entiende, conversacion con ellos, no habia el incon-

veniente del portero, en primer lugar porque el tío Antonio era un viejo muy amable y muy amante de servir á todo el mundo; y despues, porque teniendo todo en casa los vecinos, hasta drama y baile, porque el barba solia recitar ante los del piso superior sus papeles de mas efecto, y la hija de Terpsícore se complacia en hacer piruetas para lucir la ligereza de sus pies y la robustez de sus pantorrillas, teniendo todo en casa, como decíamos, los vecinos no salian á buscarlo á la calle, y el jesuita, de quien pensaban en la casa cuando se dilataba en llegar que se le habria hecho tarde entregándose á la penitencia, y á la contemplacion de la nada y de la miseria humana en algun cementerio, pagaba generosamente al portero el trabajo que se tomaba en esperarle.

Tampoco las armonías de la música molestaban á los inquilinos de la casa que regenteaba el tío Antonio, porque no eran dados al arte divino de Euterpe ni los que habitaban la misma casa ni los que ocupaban las contiguas; y en cuanto á baile, la hija de Terpsícore hacia sus ensayos á domicilio sin música, y cuando mucho tarareando *sotto voce* el paso de los chales ó la Ferrolana.

En cambio, los cuartos tenian el gravísimo inconveniente de comunicarse unos con otros los del mismo piso; inconveniente que habia tratado de salvar el propietario condenando las puertas solo de un lado, porque decia que no podia dar á los inquilinos dos roperos, con un mueble de esta naturaleza.

Cuando D. Alejandro, que así se llamaba el vecino próximo al Cura, con gran contento de su criada que podia sin grave riesgo de que lo notara su amo llamarle D. Alejandro en puño, trató de tomar el cuarto que habitaba en aquella casa, hizo un gesto al notar la puerta que iba para el cuarto contiguo, pero el antecesor del tío Antonio que convencia en aquella época á los que llamados por el cartel de la puerta entraban

á ver el cuarto que se alquilaba, de que debian ser inquilinos de una casa tan quieta y de tan buen nombre como aquella, le aseguró que por el lado opuesto habia, condenando aquella malhadada puerta, un enorme ropero que ni el mismo Goliath podria mover de su sitio, y que ademas la cerradura era inglesa legítima y la llave la guardaba el propietario con las de las otras puertas que en el mismo caso se hallaban.

El discurso del buen conserje y la modicidad del precio de alquiler convencieron al viejo D. Alejandro, quien se instaló en su habitacion nueva haciendo en ella desde el primer dia la vida de que tratamos de dar una idea á nuestros lectores en el capítulo veintinueve de esta historia.

Los rumores que circulaban en el vecindario respecto de D. Alejandro no eran infundados. Tenia el buen viejo una aficion desmedida al dinero, aficion que podriamos llamar muy propiamente y sin escándalo de nadie aficion criminal, porque á D. Alejandro no le agradaba el dinero como agrada á los que le tienen inclinacion legítima, por los goces y las comodidades de todo género que bien distribuido y gastado á tiempo proporciona; le agradaba por ser dinero, y los ratos mas felices de su vida eran aquellos en que en el silencio de la noche, y tomando las onzas marcadas con el busto de sus magestades Carlos IV ó Fernando VII, una á una entre sus cinco dedos, las iba apilando en montones de á veinte sin hacer el menor ruido, las lavaba efectivamente con jabon y sacate para darles mas brillo y las formaba en batalla y de mil maneras encima de su mesa, como si él fuera un niño y ellas el contenido de una caja de soldados de madera ó de plomo.

Al hacer esta operacion los ojos del septuagenario brillaban de un modo extraordinario; parecia rejuvenecer en aquellos momentos y habria pensado morirse si un extraño le sorprendiera tan agradablemente ocupado.

Muy entrada la noche y cuando el sueño amenazaba vencerle por completo, echaba una mirada á sus montones de onzas, ardiente por tanto como las amaba, triste porque era la última que les dirigia aquella noche; las ponía, acariciándolas y procurando que no sonaran lo mas mínimo, en una bolsa de cuero cuyo cuello amarraba cuidadosamente con una correa, y luego, volviendo la cara á todas partes como si temiera que alguno le estuviera observando, dando vueltas y revueltas por el cuarto como para desorientarse á sí propio, pues ni él mismo querria saber donde se hallaba encerrado su tesoro, se acercaba á la ventana, retiraba de uno de los agujeros practicados en la pared para que entraran los extremos de la tranca un ladrillo perfectamente amoldado á la parte interior del escondite, y depositaba allí, empujándole lo mas adentro posible, su querido saco, no sin haberle estrechado varias veces contra su corazon y siguiéndole con la vista hasta que se perdía en la oscuridad del agujero.

Aquellas repugnantes escenas tuvieron muy pronto un espectador; el Cura, á cuyos oídos habia llegado la avaricia de D. Alejandro, y que observándole siempre y cuidadosamente habia logrado sorprenderle convirtiendo en casa del cambista de la calle Ancha sus especies metálicas en peluconas, espío la ocasion de que se desocupara el cuarto contiguo al del avaro, y llegada esta se instaló allí edificando á los vecinos con su buena conducta y su extraordinaria devocion. El muy truhan, ademas del aparato místico que desplegó en los pocos efectos que llevó á aquella casa para completar el menaje de su habitacion, tenia buen cuidado de dejar, como por olvido, una disciplina ó un silicio en parte donde no podia ménos de ser notado tan eficaz pasaporte para el cielo; y si los demas vecinos no hubieran sido tan dados á la murmuracion y á rebajar los méritos que los miserables pecadores procuran hacer en el mundo

para desagravio de Dios nuestro Señor por la gravísima culpa que cometieron no pudiendo impedir que Su Divina Majestad los mandara al mundo á padecer, santo, que no jesuita, habrian llamado al Cura.

La primera diligencia de este, cuando estuvo seguro de que nadie le observaba, fué reconocer el terreno donde tenia que obrar; con esa especie de doble vista que la naturaleza ha concedido á los pícaros, y ántes de las explicaciones del portero con relacion á las puertas condenadas, habia comprendido que el principal punto de ataque estaba detras de su ropero. Desocupó completamente aquel mueble, se introdujo en él y le examinó atentamente. Vió que el fondo estaba hecho de varias tablas y que era fácil desprender una ó dos para dar paso á un hombre; pero el Cura era un bribon en regla y le agradaba hacer las cosas bien hechas; convertido en carpintero y trabajando misteriosamente y con instrumentos sordos por espacio de algunas noches, convirtió en corredizas las tablas traseras de su ropero.

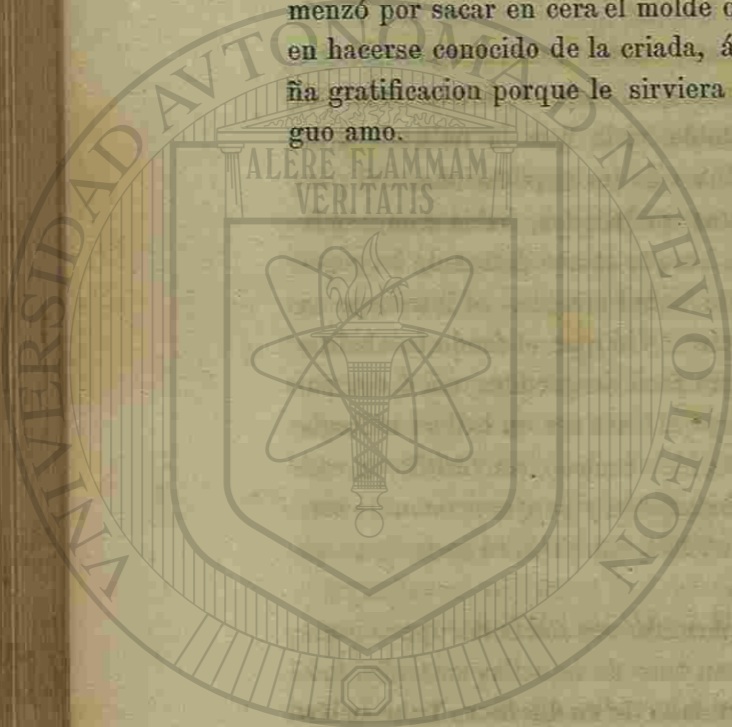
El agujero de la llave le permitió ver todas las operaciones del avaro, y los ojos se le iban tras de aquellas amarillas monedas que á no ser por el cuidado de su dueño se habrian enmohecido, y que estaban fuera de la circulacion con grave perjuicio de la riqueza pública y de la patria.

El Cura, español ántes que todo y economista consumado, pensó que prestaria un servicio á España y haria subir las rentas del Estado desamortizando y poniendo en circulacion aquel dinero que entónces no servia mas que para delectacion de un vejete imbécil, y tomó inmediatamente su partido.

Dos dificultades se presentaban y habia que vencer desde luego; la primera consistia en la manera de forzar la cerradura, que como el antecesor del tío Antonio le habia asegurado á D. Alejandro era magnífica; la segunda, en que la criada del

avaro gritaría hasta desgañitarse si por desgracia era sentido el Cura.

Ninguna de las dos era capaz de arredrar á este, que comenzó por sacar en cera el molde de la cerradura, y no tardó en hacerse conocido de la criada, á la que ofreció una pequeña gratificación porque le sirviera sin desatender á su antiguo amo.



LIX.

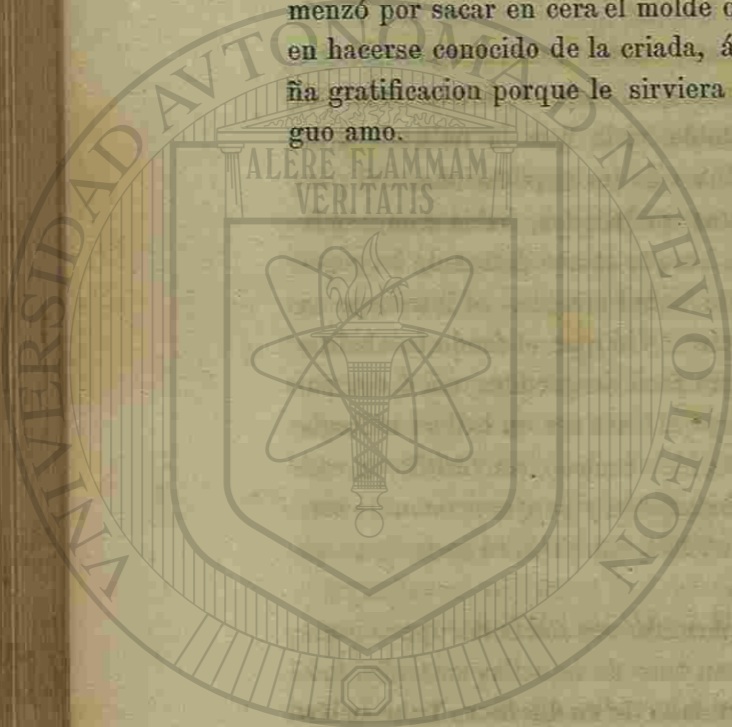
De cómo maduraba el Cura sus proyectos.

Ganar á la criada de Don Alejandro era fácil, y un ladrón vulgar no habría dejado de intentarlo; pero el Cura no gustaba de cómplices, y era preciso que se tratase de una empresa en que le fuesen absolutamente indispensables para que echara mano de ellos. Pensó mas bien en hacerla dejar el servicio de D. Alejandro el día en que él estuviera en disposición de obrar y se puso á trabajar en su famosa llave maestra.

Todas las noches observaba á D. Alejandro en su misteriosa operación, y ni una sola dejaba, cuando este se recojía y apagaba la luz, de probar si su llave le hacia á la cerradura; el trabajo era difícil; introducía la llave con un pedazo de cera

avaro gritaría hasta desgañitarse si por desgracia era sentido el Cura.

Ninguna de las dos era capaz de arredrar á este, que comenzó por sacar en cera el molde de la cerradura, y no tardó en hacerse conocido de la criada, á la que ofreció una pequeña gratificación porque le sirviera sin desatender á su antiguo amo.



LIX.

De cómo maduraba el Cura sus proyectos.

Ganar á la criada de Don Alejandro era fácil, y un ladrón vulgar no habría dejado de intentarlo; pero el Cura no gustaba de cómplices, y era preciso que se tratase de una empresa en que le fuesen absolutamente indispensables para que echara mano de ellos. Pensó mas bien en hacerla dejar el servicio de D. Alejandro el día en que él estuviera en disposición de obrar y se puso á trabajar en su famosa llave maestra.

Todas las noches observaba á D. Alejandro en su misteriosa operación, y ni una sola dejaba, cuando este se recojía y apagaba la luz, de probar si su llave le hacia á la cerradura; el trabajo era difícil; introducía la llave con un pedazo de cera

adherido y en ella se estampaban los obstáculos que para obrar bien habia que vencer. El Cura, con el cuidado que un relojero arregla y dispone la maquinaria de un reloj complicado, limaba y observaba su llave. Una noche, por fin, dió vuelta en la cerradura y los pasadores se corrieron.

A no haber sido por su prudencia y sangre fria habituales, el Cura se habria vendido dando un grito de júbilo. La puerta estaba abierta; el tesoro que ambicionaba á dos pasos de distancia; Don Alejandro dormido; no habia mas que tender la mano y lograr una fortuna cuantiosa sin tener que dividirla con persona alguna y sin miedo de que la justicia tomara cartas en el asunto; porque del último que se sospecharia seria de aquel hombre que de tan buena fama gozaba en el vecindario.

El Cura dió un paso en direccion del lugar adonde el avaro ocultaba su tesoro; todo se hallaba en un silencio profundo que interrumpia con un ruido semejante al de la péndula de un reloj la pesada y difícil respiracion del viejo. Si alguno hubiera escuchado atentamente, acaso habria oido tambien los latidos del corazon del Cura.

De pronto este se detuvo, se pasó la mano por la frente pareciendo reflexionar y se volvió á su cuarto.

Allí, sentado á orillas de su cama, despues de haber cerrado la puerta de comunicacion y puesto el ropero en su estado habitual, con la frente cubierta de sudor, y temblando como un chico á quien le van á sacar una muela, empezó á discurrir en lo que iba á hacer.

Esto parecerá tal vez inverosímil á mas de un lector, pero lo repetimos, el Cura no era hombre que se dejaba cortar las vueltas, y cuando intentaba un negocio era despues de pesar maduramente sus inconvenientes y sus ventajas.

—Nada mas fácil, se decia, que tomar ahora el saco de ese codicioso viejo sin que lo sienta la tierra; pero mañana, cuando vaya á hacerle su cotidiana visita, cuando vaya en busca de sus onzas de oro para pulirlas y contemplarlas, y no las encuentre, alborotará toda la casa y ¡quién sabe! cuando se vea que no hay señal alguna de fractura pueden sospechar de mí. Vale mas aguardar. Y se metió en su cama despues de desnudarse.

Al dia siguiente, cuando la criada de D. Alejandro le llevó, como de costumbre, el agua para que se lavara y el desayuno, entabló con ella la siguiente conversacion:

—¿Con que te vas, Simona?

—Yo, señor amo!—contestó la gallega con asombro—¿quién le ha dicho á usted semejante cosa?

—Vaya, hazte de las nuevas conmigo, mujer.

—Buenas nuevas te dé Dios, le digo á su merced que sabe mas que yo.

—Pues entónces querrá aumentar su servicio D. Alejandro.

—¡Quite usted allá, señorito! ¡aumentar su servicio! pues bueno es el demontre del ruin y del miserable para gastar ni una sed de agua; ni esto—llevándose la uña del dedo pulgar á los dientes—en otra criada.

—Pues hija, entónces te va á despedir, y lo siento mucho; sé que está en ajustes con otra muchacha.

—Cosa me ha dicho usted, señor amo; miren al arrastrado del viejo; ¿con que quiere darme el portante, eh? pues yo le diré antes que busque; porque yo soy una moza honrada y no me ha de despedir así, como quiera; ¿adónde iré yo que con el trabajo de mis purísimos lomos y de mis realísimas

manos no encuentre en que ganarla y quien me pague mejor que el muy bellaco del D. Alejandro en puño? ¡Pues ya! Mire usted!

—Por Dios, Simona, no te alteres; pídele tus cuentas á D. Alejandro si quieres que no sea él quien te despida; pero cuidado con irle á decir que yo te conté nada; yo creí que era cosa tuya y que tú le habias dicho que buscara; si nó á buen seguro que te hubiera hecho la menor indicacion sobre el asunto; soy enemigo de meter zizania y de mezclarme en los asuntos ajenos.

—Pierda cuidado, señor amo, que nada le diré á ese tacaño de lo que su merced me ha dicho; pero no quiero pasar por la vergüenza de que me despida despues de que le he servido tan de balde que si no fuera por lo que su merced me dá, no tendria yo ni un miserable manton que echarme encima cuando voy á la compra, bien lo sabe Dios.

Y la pobre Simona se echó á llorar.

El Cura se incorporó en su cama, tomó unas cuantas monedas de la bolsa de su chaleco que estaba colgado en el rodapié, y las entregó á Simona diciéndole:

—Toma, para miéntras encuentres destino.

—¡Ay, señor, que bueno es su merced!—contestó sollozando Simona—á fé que el D. Alejandro en puño, primero se dejaria desollar vivo que dar un cuarto; que yo supiera adonde tiene el dinero guardado; ya, ya, yo le contaria un cuento al muy zoquete.

—Anda con Dios, Simona, y no hables mal de tu prójimo.

—¡Mi prójimo, señor! lo será de un jumento con perdon sea dicho de su merced, que no puede ser cristiano hombre que tiene tan negras partidas.

—Cálmate, hija, cálmate, que Dios manda que suframos con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos.

—Súfralas su merced si quiere, que yo no las aguanto.

—Vete, Simona, vete, que yo me voy á levantar.

—Adios, señor amo; lástima que su merced no me necesite.

—No, ya sabes que no me gusta dar que hablar, y los hombres solos estamos siempre espuestos á la maledicencia; si yo tomara una criada los vecinos lo calificarian mal.

—Usted sí que es bueno, señor—contestó Simona—á fé que el otro; con tal que no le cueste, aunque digan y rajen.

—¡Vamos, Simona, que vuelves á murmurar!..... el Espíritu Santo, en el versículo décimo, capítulo noventa y cinco, nos dice que la murmuracion es obra de Satanás, del diablo; ¿lo entiendes?—dijo el Cura pudiendo apenas contener la risa al hacer tan atrevida citacion.

Simona le miró con asombro y salió fuera del cuarto no sin volver á dar las gracias al Cura por su generosa dádiva.

Luego que desapareció la criada, el Cura saltó ligeramente de la cama, se restregó las manos en señal de alegría y dijo:

—A la verdad no me ha costado gran trabajo.

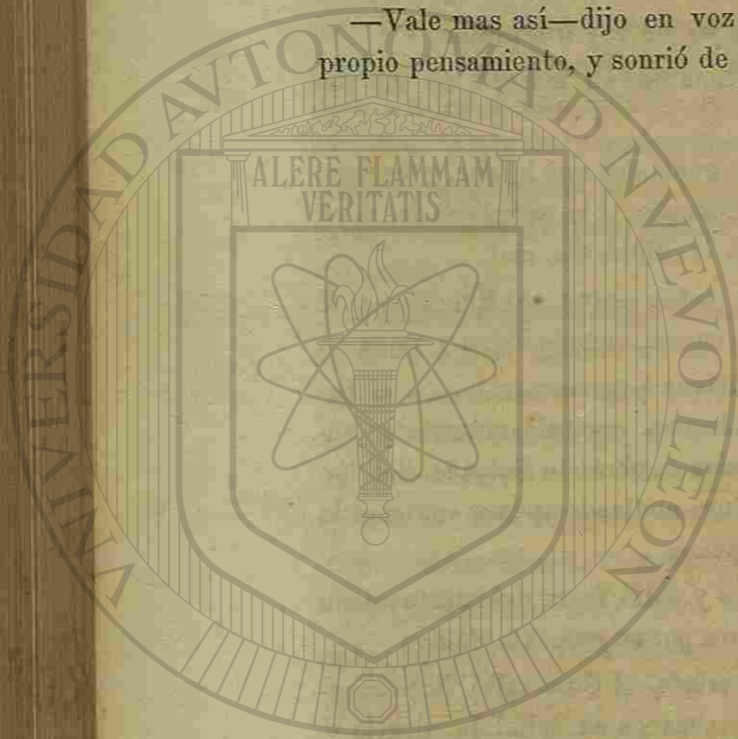
Simona se despidió aquel mismo dia de D. Alejandro, que por un momento trató de detenerla, pero que reflexionando despues que la partida de Simona debia procurarle algunas economías, la dejó ir casi con placer.

El Cura continuaba haciendo su tocador y reflexionando sobre el asunto que traía entre manos.

—Ya está dado el primer paso—se decia—¿pero y despues?

Permaneció un momento silencioso y pensativo sin que se notara alteracion alguna en su semblante que de pronto pareció iluminado como por un rayo de luz.

—Vale mas así—dijo en voz alta como contestando á su propio pensamiento, y sonrió de una manera extraña.



LX.

Manos á la obra.

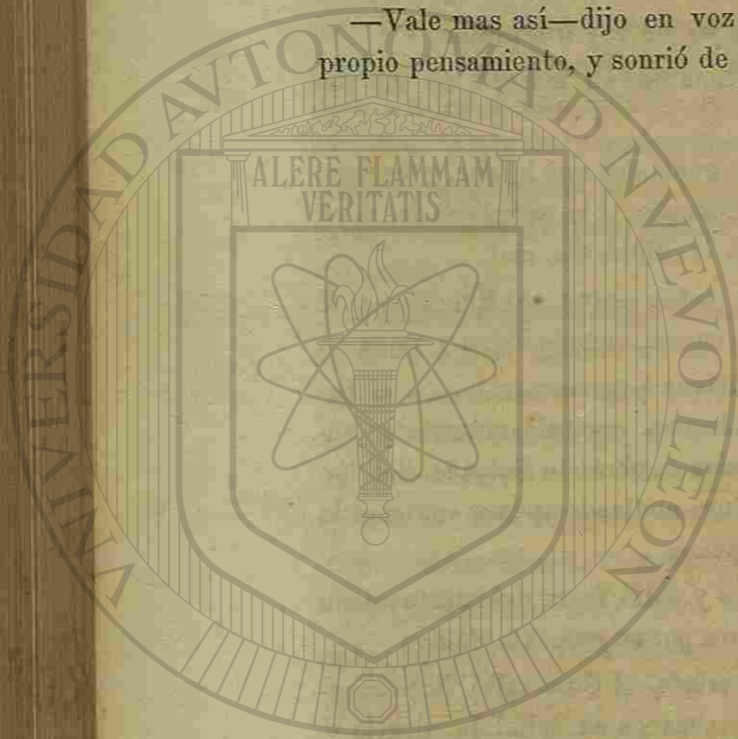
Era de noche y el viejo avaro se hallaba completamente solo en su habitacion. Simona le habia manifestado que se marchaba, y él ni siquiera trató de detenerla, contento por la nueva economía que le deparaba la suerte. Una vez sin criada ahorraba el salario que le daba, y aunque corto y mezquino este, D. Alejandro se decia que era mejor no gastarle. Recordaba haber leído en alguna parte ó haber oído contar que los sabios eran de opinion que solo el hombre que no necesitara servirse de nadie podia ser verdaderamente feliz, y se hacia la ilusion de que iba á realizar tan bello ideal.

Comenzó á convencerse de la exactitud de esa máxima filosófica arreglando su cama y picándose los dedos con los alfileres que sujetaban la sábana inferior al colchon. Le agradaba

MAURICIO.—23.

Permaneció un momento silencioso y pensativo sin que se notara alteracion alguna en su semblante que de pronto pareció iluminado como por un rayo de luz.

—Vale mas así—dijo en voz alta como contestando á su propio pensamiento, y sonrió de una manera extraña.



LX.

Manos á la obra.

Era de noche y el viejo avaro se hallaba completamente solo en su habitacion. Simona le habia manifestado que se marchaba, y él ni siquiera trató de detenerla, contento por la nueva economía que le deparaba la suerte. Una vez sin criada ahorraba el salario que le daba, y aunque corto y mezquino este, D. Alejandro se decia que era mejor no gastarle. Recordaba haber leído en alguna parte ó haber oído contar que los sabios eran de opinion que solo el hombre que no necesitara servirse de nadie podia ser verdaderamente feliz, y se hacia la ilusion de que iba á realizar tan bello ideal.

Comenzó á convencerse de la exactitud de esa máxima filosófica arreglando su cama y picándose los dedos con los alfileres que sujetaban la sábana inferior al colchon. Le agradaba

MAURICIO.—23.

que estuviera esa sábana muy restirada y sin ninguna arruga, porque, decia, era tan delicado de carnes que el menor doblez en el lienzo le hacia un verdugon en el cuerpo. Por bien empleados habria dado, sin embargo, los piquetes, si la cama hubiera quedado á su gusto; pero desgraciadamente para él, despues de que habia prendido la sábana por un lado, al tirar de ella por el opuesto para que desaparecieran las arrugas, la atraía hácia sí con todo y alfileres.

A pesar de ser tan viejo y estar excesivamente delgado, sudaba á mares haciendo aquella operacion á la que no estaba habituado, y acabó por ceder al cansancio que le producía tan singular y dificultosa maniobra, dejando en su cama mas arrugas que las infinitas que cruzaban en todas direcciones su semblante.

Despues de haber descansado un momento, procedió á los demas preparativos nocturnos que acostumbran hacer las camareras, y mas fatigado que ántes y con el estómago indispuerto, se dejó caer á plomo en una silla murmurando entre dientes:

—Todos los sabios habidos y por haber no pasan de unos reverendos animales.

Y pensó que la primera diligencia que tenía que hacer al dia siguiente era buscar á una muchacha que supliera dignamente á Simona. Trabajo le costó convencerse á sí mismo de que semejante pensamiento era bueno, porque la idea del ahorro del salario habia echado ya profundas raíces en su cerebro; pero habia una cosa, única que D. Alejandro queria mas que al dinero, la vida, y por los efectos de su ensayo de camarista comprendió que á vuelta de unos dias de ejercer tan aperreado oficio tendria que ir á confeccionar su cama á la eternidad.

Pasado un largo rato que necesitó para reponerse del can-

sancio, sacó de su bolsillo un rosario de cuentas negras de madera con el cordon sucio y grasiento y comenzó á pasar una tras otra las cuentas á medida que rezaba maquinalmente, como la generalidad de las gentes devotas, aves marías y padres nuestros. Algun autor aficionado á los equívocos, habria dicho al verle, que su aficion á contar era tan grande que por contar algo contaba las cuentas de su rosario.

Así que concluyó sus oraciones, que despues de la letanía y del ofrecimiento fueron gran número de credos, salves y padres nuestros, unos para la hora de la muerte, otros contra la peste y los ladrones y así los demas, D. Alejandro se levantó de su asiento y andando de puntillas como si temiera que alguno le observara, se dirigió á su cama, tomó la manta que la cubria y la colocó á guisa de tapete sobre la mesa de madera blanca de que se servia; precaucion que tomaba siempre que se daba el gusto de acariciar su tesoro, para que no se oyera el menor ruido indiscreto.

Aseguróse despues de que todas las puertas estaban bien cerradas, siempre caminando de puntillas y volviendo el rostro á todos lados, y fué, por último, á sacar del escondite que ya conocen nuestros lectores, el saco de cuero que contenia sus adoradas peluconas. Al tocar el talego respiró con satisfaccion y como si se libertara de un enorme peso; no podria haberse acostumbrado á la idea de que algun dia le fuese arrebatado aquel tesoro que llevaba tantos años de aumentar poco á poco, pero cada vez que le hallaba en donde le habia dejado y que se aseguraba de que le poseía respiraba con delicia y le estrechaba convulsivamente contra su corazon.

No poco trabajo le costaba al viejo ruin llevar el saco del lugar donde le tenia escondido á la mesa; pero como la dificultad de trasladarle indicaba lo repleto que estaba, D. Alejandro sacaba fuerzas de flaqueza, como vulgarmente se dice,

y aunque paso á paso, sosteniéndole con sus dos manos y apoyándole fuertemente contra su cuerpo, conducía en triunfo su tesoro, con los ojos chispeantes de satisfaccion y de codicia, hasta el lugar donde acostumbraba contemplarle y acariciarle mas cariñosamente que lo que un colegial enamorado y entusiasta pudiera hacerlo con el objeto de su primer amor, á tenerle á mano.

Una vez llegado con su adorada carga á la mesa, desató con esquisito tiento la correa que cerraba el saco y con no menos delicadeza comenzó á sacar onzas de oro una por una y á apilarlas, formándolas en dos grandes hileras que atravesaban la mesa.

Así que concluyó de sacarlas del talego examinó todos los montones para ver si estaban completamente iguales, y notando una pequeña diferencia de altura entre algunos de ellos los contó de nuevo y examinó las onzas por el cordón para inquirir cuál era mas gruesa ó mas delgada; á pesar de repetir aquella operacion todas las noches y estar convencido de la exactitud del peso de sus monedas, D. Alejandro tomó unas pequeñas balanzas y pesó en ellas las onzas que le parecieron mas gruesas esperando que tendrian mayor cantidad de oro y suspirando con desconsuelo al ver que pesaban ni mas ni menos que las otras que creía mas delgadas.

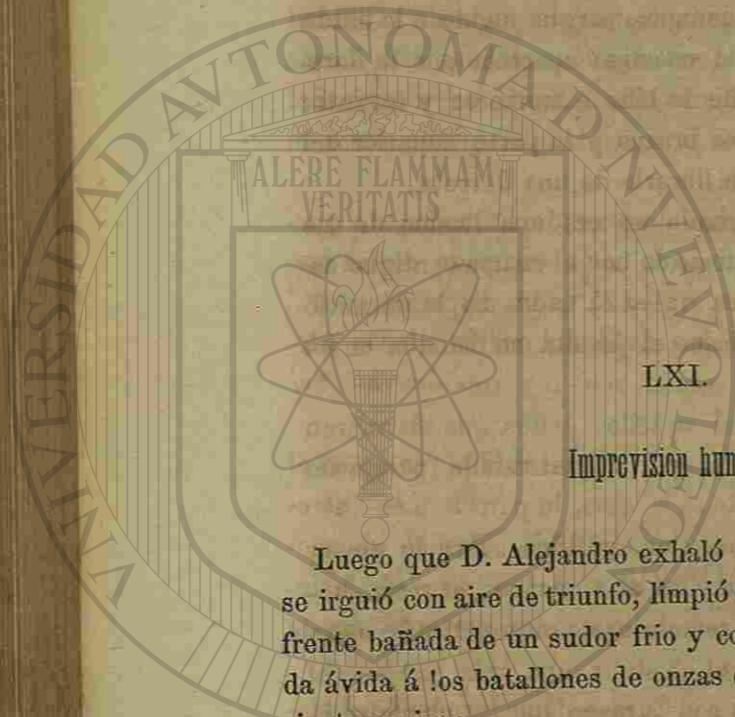
Dibujó sobre la manta color de café oscuro que cubria la mesa multitud de figuras con sus montones de onzas; cuadros, triángulos, estrellas, cruces y flores; las convirtió en soldados y las formó en cuadro, en pelotones, en batalla, en columna de honor, en compañías y en mitades; parecia haber vuelto á la primera edad; si veía alguna de las onzas manchada ó sin brillo la limpiaba primero con la manta, y si no recobraba su lustre la apartaba para lavarla junta con las que se hallaran en el mismo caso.

D. Alejandro parecia completamente olvidado del mundo embebido en aquella ocupacion que tanto le agradaba. Acababa de destacar en guerrilla de avanzada algunas pilas figurando que iban á hacer un reconocimiento, porque jugaba á la sazón á la guerra y figuraba que el enemigo aparecia por la derecha, cuando un ruido extraño le hizo estremecer y levantar la cabeza no sin cubrir con los brazos y la parte superior del cuerpo su ejército como para librarlo de una derrota.

El ruido que habia escuchado no era una ilusion de sus sentidos; la puerta de comunicacion con el cuarto contiguo estaba abierta, y un hombre, en quien el miedo no le permitió reconocer de pronto á su vecino el jesuita, se hallaba en su propia habitacion.

Entonces fué cuando lanzó aquellos gritos que alarmaron con tanta razon al tío Antonio y á la amartelada pareja de enfrente.

El Cura se abalanzó sobre él como un tigre sobre su presa; le echó una mano á la nuca y le hizo inclinar el rostro hacia la mesa; debia oprimirle fuertemente, porque D. Alejandro no hacia movimiento alguno ni chistaba una sola palabra; el bandido le pasó por el cuello con la mano que le quedaba libre, el pañuelo de cuadros de que le vimos proveerse hace un rato y tiró con violencia de las dos puntas tratando de sofocar á su víctima; el avaro hizo un esfuerzo supremo y se enderezó; trató de gritar, pero la voz se heló en su garganta; el cura le arrojó al suelo y allí acabó de ahogarle poniéndole la rodilla sobre sus espaldas y tirando siempre con fuerza de las dos puntas del pañuelo que rodeaba su cuello.



LXI.
Imprevisión humana.

Luego que D. Alejandro exhaló el último suspiro, el Cura se irguió con aire de triunfo, limpió con el reverso de la mano su frente bañada de un sudor frío y copioso, y dirigió una mirada ávida á los batallones de onzas que habia formado el avariento anciano.

Con las mismas precauciones que el viejo avaro tomaba para que nadie oyese el retintín del oro cuando vaciaba y volvia á llenar su saco de cuero, fué colocando en este el Cura las onzas formadas sobre la mesa.

Aquello le parecia un sueño; veía el cadáver de D. Alejandro á sus pies, palpaba con mano trémula las onzas de oro que la avaricia encarnada habia atesorado para él, y necesitaba hablarse y verse á sí mismo, restregarse los ojos y pellizcarse para convencerse de que estaba despierto y de que real y efectivamente habia cometido un horroroso crimen para apoderarse de aquel dinero.

Continuaba, sin embargo, su operacion de entalegar sin ruido las amarillas, y como para no dejar oír el grito de su conciencia, se decia sonriendo y con aire de burla:

—¡Qué léjos estaba el buen general que con tanta habilidad ordenó su tropa, de pensar que todos sus soldados iban á caer prisioneros y de que él mismo iba á morir en la campaña! ¡pobre vejete! acaso esta es la única batalla que ha dado en su vida y la perdió redonda.

—Pero aguardo!—continuó despues de un momento queriendo atrapar una onza que se le habia escapado de las manos y que rodaba por la carpeta—allá va un disperso.

La onza cayó al suelo desesterado del cuarto de D. Alejandro y produjo un sonido agudo, rebotó y volvió á caer haciendo el mismo ruido.

El Cura se quedó frío é inmóvil. Aquel ruido, que acaso él solo habia escuchado en toda la casa, le parecia mas estrepitoso que el de un disparo de artillería. Pasado un momento se tranquilizó y se inclinó al suelo en busca de la indiscreta moneda que habia rodado hasta muy cerca de una de las yertas manos del cadáver.

—¡Calle!—dijo ya repuesto el Cura—sigue durmiendo el viejo, y donde él no despertó á este sonido mas agradable con mucho que el de la trompeta del juicio, no puede haber en la casa alma viviente que le haya escuchado; pero, hombre—añadió al notar lo cerca que estaba la moneda de la mano sin vida de D. Alejandro—cualquiera diría que la maldita carona esta siente afición por quien la acariciaba tan seguido, y va á provocar nuevos estrujones.

—Pierde cuidado, monona mia—continuó, recogiendo la onza y dirigiéndole á ella la palabra como si pudiera entenderle—en mí encontrarás un amante mas fiel y apasionado que el que acabas de perder.

Aquella onza era la única que faltaba poner en el saco; una vez introducida en él junto á sus compañeras, el Cura ató la boca del talego con la misma correa que lo hacia D. Alejandro, empuñó su hurtado tesoro y se dispuso á volver á su aposento.

En aquel instante se oyeron pasos en el corredor.

El Cura apagó precipitadamente la luz, y sin abandonar su preciosa carga, se puso en dos brincos en su habitacion.

A pesar de estar completamente á oscuras se dirigió con paso firme á la cama, puso en ella el talego y volvió á cerrar la puerta y poner el ropero en estado de que nadie pudiera sospechar que por aquel sitio se habia introducido á la vivienda de D. Alejandro.

Luego se acercó á la puerta que daba al corredor y aplicó el oido; el ruido de pasos habia cesado; todo se hallaba en profundo silencio. El Cura permaneció en expectativa durante algunos minutos y al fin se separó de la puerta diciendo:

—¡Qué niño soy! será el cesante que sale de casa de la tuerta.

Entonces encendió la veladora de aceite que se hallaba al pie del Cristo, y sacando de su colchon que parecia ser el arsenal donde depositaba sus armas, el almacen donde guardaba sus utensilios y la caja donde encerraba sus fondos, algunos sacos pequeños de lienzo, distribuyó en ellos el contenido del saco de cuero, y los introdujo despues en el mismo colchon de donde los habia sacado; cosió luego cuidadosamente la parte de este mueble que habia servido de entrada á los talegos, y santiguándose devotamente procedió á desnudarse y á meterse en la cama con una tranquilidad extraordinaria, como si no acabara de quitarle la vida á un hombre y de robar un caudal.

Pero por muy avezado que estuviera al crimen y por em-

pedernido que fuese su corazon, no podia evitarse de pensar en lo que habia hecho. En vano llamaba al sueño para que le diera el descanso de alma y de cuerpo que necesitaba despues de haber cometido su delito; en vez de ese bálsamo consolador de los que sufren y de los que quieren olvidar con él sus penas ó sus remordimientos, acudian en tropel pensamientos febriles y temores que nada tenian de infundados ni quiméricos.

En ese estado que no es ni el sueño ni la vigilia y que participa de las dos situaciones, el Cura creia ver delante de sí el espectro de D. Alejandro que se le presentaba para echarle en cara su crimen y para recomendarle, ya que le habia cometido, que no le hiciera mas negro y mas horrible despilfarrando en un momento lo que al avaro habia costado tantos años de privaciones y desvelos.

Ya le parecia ver que al dia siguiente, al sacar los pequeños talegos de su escondite provisional para llevarlos á reunir con otros de la misma especie en lugar seguro, se encontraba con que las onzas habian desaparecido y quedaban en su lugar ruedecitas de carton.

Ya creia escuchar una voz severa que le reprochaba el asesinato de D. Alejandro como un crimen inútil, puesto que pocos dias le quedaban de vida al avaro, y conociendo él como conocia el lugar donde se hallaba escondido el dinero podia declararse por sí y ante sí albacea y heredero universal y aplicarse *ipso facto* el numerario.

Pero el Cura no era hombre que se dejaba dominar mucho tiempo por pensamientos de esta naturaleza; pronto los espantó como si fueran moscas pasándose la mano por la frente y se entregó por completo al sueño.

Durmió algunas horas agitado y trémulo; soñó con la cárcel y el cadalso y despertó ya muy entrado el dia cuando se

soñaba en el momento fatal en que el verdugo le pasaba la cuerda al cuello y hacia hundir el piso del infamante tablado.

Tardó algo en reponerse de tan duras emociones y se puso á reflexionar en el hecho que habia llevado á cabo con tanta audacia la noche anterior, y en sus consecuencias.

—El golpe no estuvo tan de lo peor—se dijo—bien puede haber sus seiscientas amarillas por junto, y con esto ya se puede un hombre dar gusto por algunos dias.

Y se dispuso á levantarse.

—¿Qué pensarán—continuó—cuando vean al pobre de D. Alejandro muerto y tirado en el suelo de su cuarto? Creerán que le ha dado un ataque apoplético; fué bueno el pensamiento que tuve de no hacer uso del puñal; este dejaba rastro, mientras que el otro sistema es magnífico é ingenioso; á cualquiera hijo de Adán se le sube la sangre á la hora que ménos lo piensa, y ¡zas! derechito al otro mundo se marcha sin pedirle permiso ni á Dios ni al Diabolo. Ahora le tocó á D. Alejandro ¡Dios le haya perdonado! Era bueno—añadió, burlándose como tenia de costumbre—él me regaló esas cuantas onzitas sobre las que he pasado una noche tan infernal; pero, pobrecitas, no tienen ellas la culpa, sino yo, que no parece sino que se me va poniendo corazon de paloma, segun lo tierno y sentimental que he resultado. ¡Qué golpe este, la verdad! Ni el que dí con los amigos en la casa de aquel tuno de comerciante que espichó á los cuantos dias me supo como este; y cuidado que aquel fué bocado de cardenal; mal digo, de papa, de archipapa. ¡Pobre de D. Alejandrito! ni pío dijo; voy á guardar como recuerdo el pañuelo que sirvió para el lance; dicen los franceses, y nosotros tambien desde que nos zurraron la pavana en tiempo de Pepe Botellas, que un pedazo de sogá de ahoreado trae consigo la felicidad, con que todo un

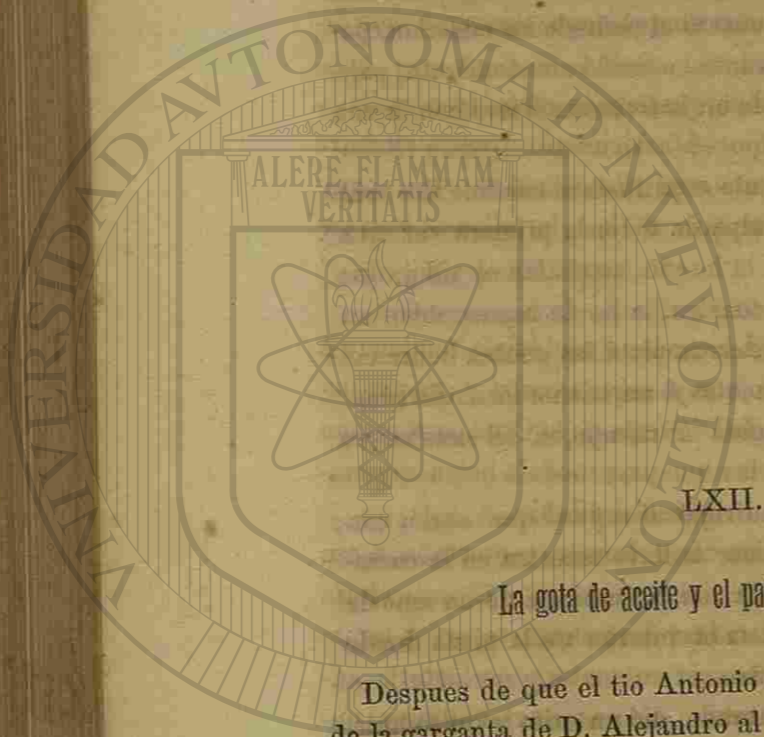
pañuelo de la India que haya servido para el mismo uso..... háganme ustedes el favor de decirme lo que traerá.

El Cura, durante la última parte de su monólogo, buscaba en su cabecera y en todo el cuarto el pañuelo en cuestion, pero infructuosamente. De pronto se nubló su semblante, palideció, y dándose una palmada en la frente exclamó con la voz trémula de terror:

—¡Torpe de mí! le he dejado el pañuelo al cuello! Ese maldito covachuelista tiene la culpa de todo; la primera vez que le encuentre en la escalera le he de arrebatár el reloj, que aunque para mí no vale dos cuartos, le ha de hacer rabiár su falta. Así aprenderá á no interrumpir á las gentes honradas en sus ocupaciones exponiéndolas á un bochorno. Afortunadamente he notado el descuido á tiempo, si nó estaba yo perdido.

Y diciendo y haciendo se dirigió al ropero que abrió; corrió las tablas, metió é hizo girar la llave maestra en la cerradura de la puerta, empujó esta con la confianza de un amo de casa, y dió algunos pasos hácia el interior de la pieza donde yacia el cuerpo de D. Alejandro.

De repente se detuvo asombrado, dió un grito y quiso huir, pero á su pesar tuvo que permanecer en el mismo sitio en que se hallaba.



LXII.

La gota de aceite y el pañuelo de enadros.

Después de que el tío Antonio oyó el grito que se escapó de la garganta de D. Alejandro al ver aparecer al Cura en su cuarto á tiempo que él se encontraba en su aurífera contemplación, el buen portero permaneció algunos momentos en expectativa para ver si se repetían los gritos y acudir adonde sonaran á prestar el auxilio que sus años le permitieran, y á que su empleo de conserje le obligaba. Pero habiendo aguardado en vano algunos minutos, se acomodó lo mejor que pudo en su cama y se dijo.

—Lo soñaría yo.

Cerró los ojos y siguió pensando en Mauricio para que así le sorprendiera el sueño y soñar con su hijo adoptivo.

A la mañana siguiente se levantó muy temprano para ha-

cer los menesteres de la casa, y como era tan comedido y tan considerado con todos sus inquilinos, acordándose de que D. Alejandro se hallaba sin criada y podría tener necesidad de alguna cosa, subió al cuarto principal para ponerse á sus órdenes.

Empujó la puerta de la habitación y la encontró cerrada.

—¡Habrá rareza!—se dijo—D. Alejandro que es siempre tan madrugador no se levanta aun! ¡Vaya! me le están contagiando los otros; esta es la casa de los dormilones; volveré dentro de media hora.

Y bajó á su portería.

Una vez allí se preparó á ponerle el centésimo remiendo á una de las dos únicas botas que poseía el barba y que al decir del folletinista querido de D^a María de la Cruz pertenecían al género histórico por ser las que para modelo había encerrado Noe en el arca cuando se verificó el diluvio.

El barba, cuando estaba de buen humor, contestaba á esa broma de mal gusto diciéndole al novelista que él entendería de contar mentiras y desmoralizar á sus lectores, si los tenía; pero que estaba rapado á navaja en materia de historia antediluviana, puesto que no sabía que en aquel entonces andaban los hombres descalzos ó con sandalias, y que las botas eran invención muy moderna; y cuando se hallaba con todo lo barba en la cabeza le decía que se guardara de burlarse de él porque inmediatamente que el tío Antonio le devolviese la bota en reposición, tendría el gusto de calzarla y hacerle sentir su fuerza y calidad por medio de un puntapié bien aplicado en parte que parecía hecha á propósito para el objeto.

Con lo que el novelista, que no era afecto á las bromas de hecho, aunque se desvivía por las de dicho, entraba en muda y dejaba descansar al barba hasta que una de sus malhadadas botas tenía que bajar de nuevo á la portenfermería como lla-

maba el poeta en su lenguaje singular á la covacha del tío Antonio.

El digno portero colocó y amoldó lo mejor que pudo y con toda la conciencia de que puede ser capaz un zapatero de viejo, un pedazo de badana colorada teñida de negro con tinta de hierro, sobre el empeine inverosímil de aquella bota que fué de charol en sus primitivos tiempos, y luego igualó el todo y disimuló la costura con capas de bola.

Cerca de una hora invirtió el tío Antonio en tan difícil operación, y cerrando su portería se dispuso á subir al cuarto segundo la bota del barba, prometiéndose de paso preguntar, al bajar, á D. Alejandro si algo se le ofrecía.

Como el barba no temía que le robaran, dormía con esa seguridad que dá la pobreza, sin cerrar con llave su puerta; así es que el tío Antonio, aun cuando estaba dormido su inquilino, pudo entrar á la habitación y poner al pie de la cama la bota que habia resanado como solia decir en su tecnología especial.

Bajó luego al cuarto principal; empujó de nuevo la puerta de D. Alejandro y la encontró, con asombro, cerrada; aplicó un ojo á la cerradura y vió que se hallaba á oscuras. Entonces se aventuró á llamar, discretamente primero, para no molestar á los vecinos y mas fuerte despues al notar que sus primeras llamadas no producian efecto.

Nadie respondió.

El tío Antonio recordó el grito que habia oído por la noche, y agregando á ese hecho la circunstancia de que un hombre tan madrugador como D. Alejandro parecia dormir aun á las nueve de la mañana, se convenció de que algo grave habia pasado en la casa y en el cuarto principal aquella noche, y se dirigió al juzgado de paz mas inmediato á la casa, volviendo á poco acompañado del juez y de cuatro alguaciles.

El agente de la justicia, hombre ducho en esta clase de negocios, comenzó por situar á dos de sus ministriles á la puerta de la casa con orden de que permitieran la entrada á todo el mundo y ni á la misma reina dejaran salir si por acaso le ocurría á su Católica Majestad visitar aquella pobre casa, y se dirigió despues con sus otros dos satélites y con el honrado portero á la habitación de D. Alejandro, á cuya puerta llamó fuertemente á pesar de las súplicas del tío Antonio para que no despertara á los demas vecinos que acostumbraban levantarse tarde.

El sacerdote de Themis no se dignó escuchar al buen zapatero y redobló sus golpes de una manera tal que á cualquiera otra hora habria puesto en movimiento á toda la gente de la casa; pero los inquilinos del tío Antonio, acostumbrados hacia tiempo á levantarse muy tarde, y avezados por ende á los ruidos matinales, no se movieron de sus respectivas camas.

D. Alejandro no respondía ni daba señales de vida, y la cosa iba poniéndose muy seria.

—Portero—dijo el juez de paz—á nombre de la ley os prevengo que vayais en busca de un cerrajero.

El tío Antonio hizo una profunda inclinacion y se dispuso á cumplir con toda la prontitud que le permitian sus años, la honrosa comision que le daba la ley.

Ya habia bajado algunos escalones cuando el justicia le llamó de nuevo.

—Portero, á nombre de la ley requiero y mando me digais si no tiene otra entrada que esta á cuyo frente nos hallamos la habitación á que os habeis contraído en vuestra peticion de auxilio hecha á la autoridad en la mañana del dia de hoy á las nueve y cuarto y siete minutos de la misma.

—Ninguna otra, señor—contestó el tío Antonio.

—Podeis continuar en el desempeño de la comision que os

he confiado á nombre de la ley; el presunto reo no escapará á la justicia.

—Reo!—interrumpió el portero admirado—usía se equivoca, señor juez, el Sr. D. Alejandro no puede ser reo de ninguna cosa.

—¡Ea! portero, á vuestra puerta!—replicó duramente el juez parodiando al célebre artista de la antigüedad—¿qué teneis que mezclaros en los negocios de Estado? la justicia nunca se equivoca; haced lo que ella os ha mandado y conducid aquí un cerrajero.

El tío Antonio se apresuró á cumplir con la orden de la justicia que el digno magistrado personificaba en su individuo, y volvió á poco con el artesano que se le había mandado conducir.

—A nombre de la ley—dijo entónces cantoneándose y con aire muy grave el juez—os requiero y mando, señor cerrajero, que forceis la cerradura de esa puerta.

El herrero cumplió con su deber introduciendo un cincel entre la cerradura y el contramarco, y empujando con su cuerpo la puerta, que se abrió sin ruido.

—Adelante, portero—dijo el juez al tío Antonio—vos que conocéis las localidades guiadnos en este dédalo de tinieblas.

El portero vió con admiración al hombre de ley, y diciéndose á sí mismo que aquel señor juez de paz era un hombre superior y soltaba palabras muy bonitas, entró á la habitación de D. Alejandro.

A la luz que entraba por la puerta abierta del corredor, escasa porque este se hallaba cubierto, el tío Antonio vió el cuerpo de D. Alejandro tendido en medio de la pieza.

—¡Pobrecito!—exclamó—se ha accidentado.

Y corrió á abrir la puerta de la ventana.

La luz dió de lleno sobre el rostro del cadáver; la sofocación le había puesto negro.

El juez, seguido de sus dos ayudantes sea cercó, y uno de los alguaciles tocó la frente, el corazón y las muñecas del cuerpo:

—Está muerto, dijo.

El juez hizo la misma operación y repitió como un eco:

—Doy fé de ello.

—¿Qué es esto?—agregó, fijándose en el pañuelo de cuadros que oprimía la garganta del que fué D. Alejandro—este hombre se ha suicidado.

—No lo crea usía, señor juez—contestó el tío Antonio—era muy buen cristiano el pobrecito.

—¿Y aquella puerta?—interrumpió el juez que había tenido tiempo para orientarse y reconocer la localidad—para dónde va?

—Al cuarto de nuestro mejor vecino—replicó el tío Antonio—pero está cerrada con llave y además hay un ropero por el lado opuesto; es imposible usar de ella.

—¿Y esto qué es?—dijo el juez, que acercándose á la puerta había notado junto al agujero de la llave una gota de aceite que parecía haber escurrido del interior de la cerradura.

—No lo sé—contestó el portero.

El juez tomó con un dedo la gota de aceite que había notado y la llevó á los labios.

—¡Es aceite!—dijo—¿quién ha abierto esa puerta?

—Le digo á usted que es imposible, señor juez; no puede abrirse, está condenada.

En aquel momento se oyó un ruido sordo en la habitación contigua y cerca de la puerta; el juez llevó un dedo á sus labios imponiendo silencio y dió dos pasos atrás para dejar espedita la salida, obligando al tío Antonio á hacer otro tanto y dejando libre el paso de la puerta á la persona que iba á en-

trar; porque no cabia duda, alguno trataba de penetrar en la habitacion de D. Alejandro; el ruido era cada vez mas distinto, se comprendia que iba á abrirse aquella puerta. Los alguaciles se agruparon detras del juez de paz y del tío Antonio.

De pronto la puerta se abrió; una de sus hojas ocultó á los que se hallaban en la habitacion y les impidió ver quién entraba.

El Cura dió unos cuantos pasos, y los agentes de la justicia le echaron el guante. El negocio en que se creia mas seguro le habia perdido para siempre.

LXIII.

Quien debe, paga.

El Cura se habia quedado extático. El juez y los alguaciles se restregaban las manos con placer; comprendian que habian hecho una buena presa. El estupor del buen tío Antonio al ver que el rey de sus inquilinos era un criminal, solo podia compararse con el del Cura, que no podia comprender cómo habia errado el mejor combinado de todos sus negocios y caido en poder de la justicia.

Pasaron algunos momentos sin que ninguno de los actores en tan singular é inesperada escena pudiera pronunciar una sola palabra. Al fin el juez rompió el silencio, y dirigiéndose al Cura dijo:

—¡Desgraciado! tú has matado á este hombre!

El Cura estaba lívido; su sangre fria habitual le habia abandonado completamente; nada respondió.

trar; porque no cabia duda, alguno trataba de penetrar en la habitacion de D. Alejandro; el ruido era cada vez mas distinto, se comprendia que iba á abrirse aquella puerta. Los alguaciles se agruparon detras del juez de paz y del tío Antonio.

De pronto la puerta se abrió; una de sus hojas ocultó á los que se hallaban en la habitacion y les impidió ver quién entraba.

El Cura dió unos cuantos pasos, y los agentes de la justicia le echaron el guante. El negocio en que se creia mas seguro le habia perdido para siempre.

LXIII.

Quien debe, paga.

El Cura se habia quedado extático. El juez y los alguaciles se restregaban las manos con placer; comprendian que habian hecho una buena presa. El estupor del buen tío Antonio al ver que el rey de sus inquilinos era un criminal, solo podia compararse con el del Cura, que no podia comprender cómo habia errado el mejor combinado de todos sus negocios y caido en poder de la justicia.

Pasaron algunos momentos sin que ninguno de los actores en tan singular é inesperada escena pudiera pronunciar una sola palabra. Al fin el juez rompió el silencio, y dirigiéndose al Cura dijo:

—¡Desgraciado! tú has matado á este hombre!

El Cura estaba lívido; su sangre fria habitual le habia abandonado completamente; nada respondió.

—¿Qué tienes que decir en tu defensa? continuó el juez.

El Cura no despegaba sus labios; en circunstancias tan extraordinarias y pillado sin saber cómo cuando mas seguro se creía, no solamente de ser preso por su delito, sino de ser sospechado siquiera de haberle cometido, la sorpresa que recibía, aunque terrible, le dejaba comprender que cualquiera palabra que dominado por ella pronunciara le perdería infaliblemente, y prefería guardar silencio para ver venir los acontecimientos y prepararse á conjurarlos si era posible.

—Vamos, habla,—siguió diciendo el agente de la justicia—tú no puedes negar que eres el autor de este crimen; tu introducción fraudulenta á este aposento es una prueba palpable de que no me equivoco; pero ¿cuál ha podido ser la causa de que mataras á este anciano? ¿Era tu enemigo personal?

El Cura continuaba mudo.

—Portero—dijo entonces el juez de paz dirigiéndose al tío Antonio—á nombre de la ley os voy á sujetar á un interrogatorio, ¿jurais decir verdad en cuanto os pregunte?

—Sí lo juro—contestó el tío Antonio formando la señal de la cruz y extendiendo la mano.

—Sabeis si entre estos dos hombres existía animosidad alguna?

—Nunca supe que tuvieran el mas leve disgusto.

—Me habeis dicho hace un rato que no tenía esta habitación otra entrada que aquella por la cual nos introducimos aquí, ¿cómo este hombre ha podido hacerlo fraudulentamente por esta puerta que deciais estaba condenada?

—Lo ignoro.

—La justicia y la ley, á las que tengo el honor de representar, van á convencerse de ello por sus propios ojos.

El bueno y enfático magistrado se dirigió con paso majestuoso á la puerta que había dejado abierta el Cura, y pen-

tró por ella al aposento del antiguo parroquiano de la Espigada.

El tío Antonio y los alguaciles le siguieron; estos formaban un grupo en cuyo centro guardaban de vista al Cura.

El juez de paz entró con precaución al ropero y vió hácia abajo ántes de dar un paso mas; la precaución no era inútil, porque sin ella, como quiera que el tablero inferior del mueble levantaba media vara sobre el piso de la habitación, la justicia se habría desnucado.

Los ojos redondos y brillantes del encargado de consignar las violaciones de la ley y de asegurar á los infractores, recorrieron el departamento con la velocidad de un relámpago. Como era natural, se fijaron desde luego en las tablas corredizas del ropero, que como mudos testigos del crimen del Cura sobresalian por un lado del mueble.

—Portero—siguió diciendo el buen juez—he aquí un mueble singular que prueba á no dudarlo que hay connivencia, por parte vuestra ó del propietario de la casa, en el horrendo crimen perpetrado en la habitación contigua por el inquilino de aquella en que nos hallamos yo el juez, mis ayudantes, vos el portero, sospechado cómplice, y el presunto reo. ¿Qué teneis que decir en vuestro descargo?

El portero se había acercado á examinar el ropero y estaba asombrado; no podía convencerse de que cupiera en corazón humano tanta perversidad como la que acusaban en contra del improvisado carpintero aquellas tablas desprendidas de su centro y hechas corredizas por criminales manos.

—Señor, contestó al fin al interrogatorio del juez, entrelazando los dedos de ambas manos y levantando estas á la altura del rostro, por estas cinco cruces le juro á usía que este ropero era enteramente igual á los que hay en las otras piezas, y desde ahora suplico á la justicia se haga cargo de esta cir-

cunstancia para reclamar debidamente al inquilino el perjuicio que ha causado. Así dicen que lo reza el artículo cuarto del reglamento de la casa, que por todo deterioro que no sea el naturalmente causado por el uso, tendrá que responder el inquilino, y como quiera que esto se conoce y ve desde luego que está hecho de propósito, le ruego á usia lo tenga presente para.....

—¡Eh! basta de pláticas y de retórica—interrumpió el juez sacando de su bolsillo un pliego de papel sellado y un tintero de viaje—voy á extender el parte y á remitiros á vos y al presunto reo al ramo criminal; allí dareis vuestros descargos.

—El negocio es grave—agregó en voz mas baja miétras escribía—homicidio aleve con premeditacion y ventaja; creo que las nueces de estos bribones no tardarán mucho en ser cascadas por mano del verdugo, para que puedan comerlas sin temor de una indigestion los diablos.

Luego que terminó su escrito hizo traer una camilla en la que fué colocado el cuerpo del pobre D. Alejandro, y poniendo los sellos de la justicia en las puertas de las habitaciones siguió por la escalera abajo con sus alguaciles y sus dos presos, la vara empuñada fuertemente con la mano derecha y la cabeza erguida, como un hombre que tiene conciencia de que acaba de prestar un servicio inmenso á la sociedad y á la patria, y dirigiendo miradas de triunfo y casi amenazadoras á los vecinos que habian salido de sus habitaciones para ver lo que pasaba.

No cansaremos á nuestros lectores contándoles cómo fueron sujetados á un interrogatorio mas formal el Cura y el bueno del tío Antonio, ni cómo brilló al fin la inocencia de este y fué declarado inculpable y enviado á su casa bajo el apercibimiento, sin embargo, de estar á derecho.

El Cura se habia parapetado al principio en un obstinado

silencio, pero un sentimiento extraño, incomprensible, y que debe ser no obstante muy natural, puesto que apénas habrá un criminal que no le experimente llegado un momento solemne, se apoderó de él, y confesó al juez, como un pecador creyente pudiera hacerlo á un eclesiástico, no solamente el crimen de que se le acusaba, sino tambien el que habia cometido hacia tiempo en la casa del Sr. Gonzaga, y otros varios que habian escapado á la perspicacia de la justicia.

No quiso denunciar á sus cómplices, pero careado con los que existian aún presos por el negocio Gonzaga, declaró completamente inocente al pobre Ludovico, que, lo que no parecerá extraño á los lectores que conozcan los procedimientos judiciales en materia criminal en Mexico, hijos legítimos de los de la Península, se hallaba en la cárcel sospechado de complicidad, que no habia podido probarsele plenamente; y sin ser todavía sentenciado ni declarado bien preso siquiera, llevaba años de vivir entre los criminales.

Convencido, lo que no sabemos si sucederá aquí, pero sí que sucedia en la época á que se refiere nuestra historia en España, de que los dineros encontrados en poder de los ladrones, y los cuerpos de delito eran gajes de alguaciles y carceleros, no declaró que habia robado un capital á D. Alejandro ni donde se hallaba, por consiguiente; y solamente pidió cuando fué condenado á muerte y estuvo á punto de ejecutarse la sentencia, que los pobres efectos que habia en el cuarto de la casa del tío Antonio que le pertenecian, y entre los cuales se contaba el famoso colchon en que sepultaba los cuartos, se vendieran y fuera repartido su producto á los pobres.

—Así—pensaba—habrá algun pobre diablo que compre mi colchon y se haga feliz si dá con lo que encierra.

El Cura murió como buen cristiano y sobre todo como valiente; fué al cadalso á pié y sin vacilar ni tropezarse, salu-

dando á los conocidos que encontraba al paso, y subió al tablado fatal sin que nadie le ayudase. Allí se acomodó él mismo la cuerda al cuello y abrazó al padre que le auxiliaba y al verdugo que le pedia perdon por su muerte, ántes que este ministro ejecutor, que siquiera pedia perdon por lo que iba á hacer, y era mejor por consiguiente que los que llevan este nombre en México y dejan á un prójimo en la miseria sin decirle siquiera *usted dispense*, hiciera hundir la tabla frágil que le separaba del otro mundo.

Por fin le faltó al Cura el punto de apoyo y quedó colgado de la cuerda; su cuerpo se estremeció ligeramente, sus piernas se contrajeron y volvieron á tenderse para no moverse mas.

Todo habia concluido para aquel hombre que momentos despues era conducido en un ataúd abierto al cementerio, adonde su cuerpo debia volver á la nada de que habia salido.

Bien pensado, la horrible pena de muerte que á tantas digresiones filosófico-humanitarias ha dado lugar, y que horripila á las almas sensibles y subleva los corazones bien formados, es un premio mejor que un castigo.

Es regularmente tan trabajoso y tan lleno de miserias y de espinas el camino que estamos condenados á recorrer, no sabemos bien por qué pecado de la primera mujer, que mujer habia de ser para legarnos semejante píldora, ó por qué capricho del destino, que miéntras mas se acorta la jornada es mejor, y lo mismo dá terminarla en una enrucijada llevando el pasaporte de los bandidos, que en una plaza con el de la justicia, que en una batalla con el de la gloria (léase barbarie), que en una cama con el de los médicos, vulgo matasanos (léase bienhechores de la humanidad).

El Cura habia llegado á la meta hácia la que corremos todos muy á pesar de algunos, y probablemente se habia en-

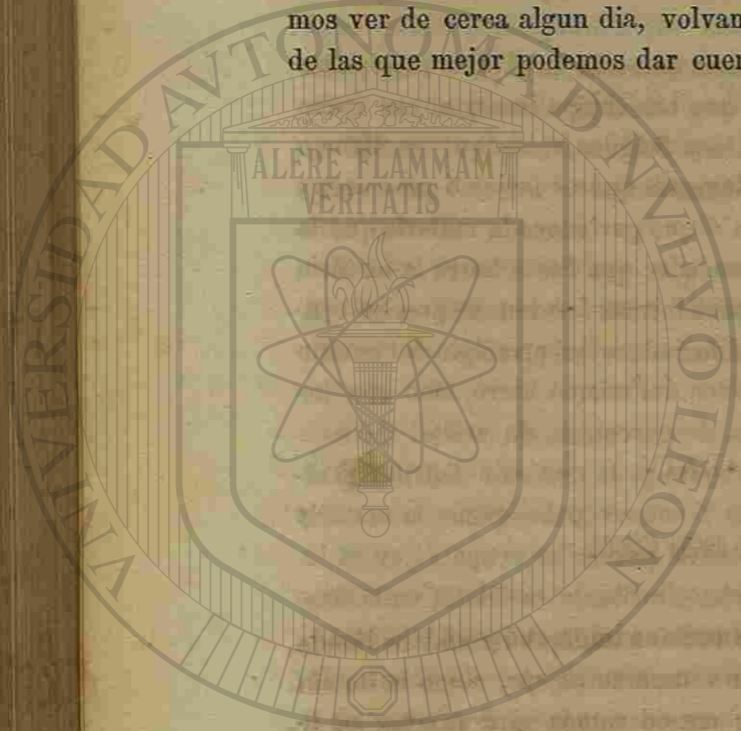
contrado perdida en las barbas de S. Pedro el alma de D. Alejandro, que debió darle las mas expresivas gracias por haberle abierto una puerta para salir de cuerpo tan ruin y miserable.

Porque nosotros no creemos que solo en el alma residen las virtudes y los vicios; luego que esa chispa inmortal cae como en una ratonera en uno de esos frágiles vasos que se llaman cuerpos, le sucede indudablemente que es mejor ó peor segun la clase mas ó ménos buena á que pertenece la materia que la encierra. Suponiendo sin conceder que fuese barro la materia prima que usó el Creador para formar á Adan, es preciso convenir en que ha venido modificándose del principio del mundo acá y que hoy no somos todos del mismo barro, sino que los tenemos de arena, de lodo, de porcelana, de cristal de roca y hasta de tierra de Guadalajara y de polvo de ladrillo; el alma, como es natural, es mas ó ménos pura segun la materia que la contiene; encerrada en la porosa se evapora; en la inmundada se mancha; en la tersa y brillante se dilata; en la trasparente ilumina; en la perfumada se impregna y en la colorada se pinta; ó para usar de una comparacion que dé á entender mejor nuestro pensamiento: consideramos el alma como un licor, el que les guste mas á nuestras lectoras, la crema de cacao ó el anicete frances, por ejemplo; si de un mismo tarro ponen iguales porciones en una copita de cristal muy limpia y trasparente, y en un puchero de barro, es seguro que no les ha de saber ni parecer lo mismo una que otra, á ménos que tengan el gusto dado á componer ó estén enamoradas de algun tuerto, que á tanto equivale.

Creemos que con estas esplicaciones no habrá uno solo de nuestros lectores que no se haya convencido de que es la pura verdad que el alma de D. Alejandro dió las gracias á la del Cura porque la sacó de tan ruin cárcel, y que la aludida

no dejaria de dárselas á la otra porque aunque indirectamente tuvo tambien participio en su libertad.

Pero dejando aparte las cosas de otro mundo que esperamos ver de cerea algun dia, volvamos á las de este que son de las que mejor podemos dar cuenta á nuestros lectores.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LXIV.

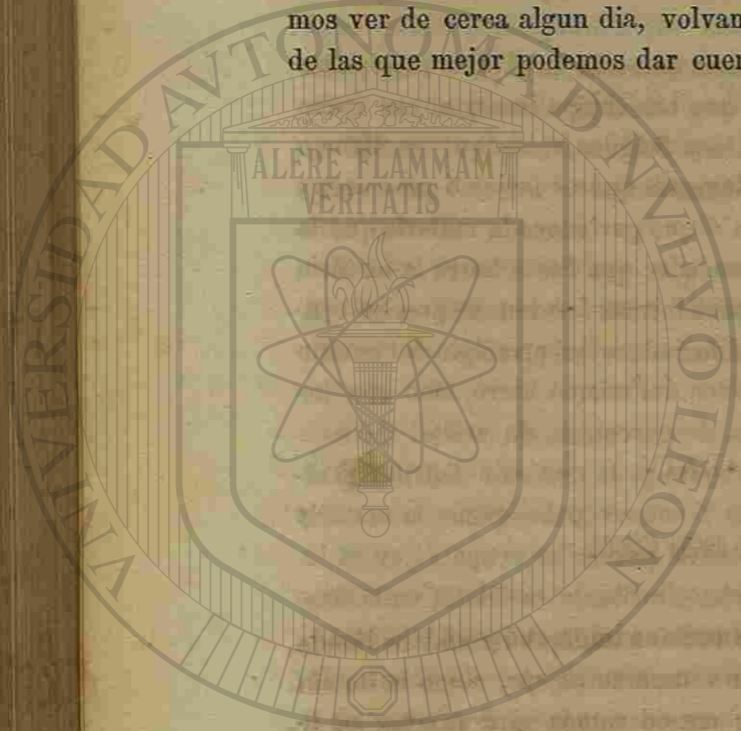
Una buena compra.

La cárcel de Cádiz era tan inmunda, húmeda, hedionda, mal sana y nada á propósito para su objeto, como la de ciudad y la Acordada, que como no somos muy fuertes en arqueología y en historia, suponemos que nos fueron legadas por nuestros padres los españoles, y como la de Belen, que de asilo de la inocencia perseguida, de consuelo de amores desgraciados, y de expiacion de desobediencias filiales, la convertimos los herejes y desalmados puros en una penitenciaría *sui generis* donde se empeora todo, desde la salud del cuerpo hasta la condicion del alma.

Tambien habia en la cárcel de Cádiz, ó suponemos que habria, porque hoy que estamos dados completamente á la franqueza debemos confesar que no la hemos visto, habia, deciamos, el famoso boquete desde donde un preso de voz ronca

no dejaria de dárselas á la otra porque aunque indirectamente tuvo tambien participio en su libertad.

Pero dejando aparte las cosas de otro mundo que esperamos ver de cerea algun dia, volvamos á las de este que son de las que mejor podemos dar cuenta á nuestros lectores.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LXIV.

Una buena compra.

La cárcel de Cádiz era tan inmunda, húmeda, hedionda, mal sana y nada á propósito para su objeto, como la de ciudad y la Acordada, que como no somos muy fuertes en arqueología y en historia, suponemos que nos fueron legadas por nuestros padres los españoles, y como la de Belen, que de asilo de la inocencia perseguida, de consuelo de amores desgraciados, y de expiacion de desobediencias filiales, la convertimos los herejes y desalmados puros en una penitenciaría *sui generis* donde se empeora todo, desde la salud del cuerpo hasta la condicion del alma.

Tambien habia en la cárcel de Cádiz, ó suponemos que habria, porque hoy que estamos dados completamente á la franqueza debemos confesar que no la hemos visto, habia, deciamos, el famoso boquete desde donde un preso de voz ronca

y aguardentosa, que tambien en aquella cárcel debe haberse vendido aguardiente para uso de los inquilinos como en las nuestras, gritaba el nombre de los presos á quienes iban á visitar ó á llamar para que fuesen á la presencia del juez que conocia de su causa.

Unos de los presos estaban tendidos á la bartola en completa ociosidad, otros se paseaban en grupos contando sus hazañas ó fraguando nuevas para la hora de la libertad; estos se ocupaban en trabajos de manos curiosos y apreciados en la plaza, aquellos jugaban albures sirviéndoles de naipes imágenes de santos y apostando á Santo Domingo de Guzman contra la Virgen del Cármen ó del Pilar de Zaragoza, y echando entreses de Cristos y tecolotes y todas ménos de Niños de Atocha, no faltando, por supuesto, quien amarrara las llamadas cartas, ni mas ni ménos como sucede aquí, que está prohibido el juego, aunque no en la cárcel sino en otras partes donde imperan los fulleros desollando á los incautos.

El boquetero cantaba de vez en cuando con voz ronca un nombre, y el preso aludido dejaba en el acto su ocupacion ó su entretenimiento para acudir al llamado creyendo siempre que seria el último que le hicieran en aquel lugar de reclusion. Despues de varios nombres pronunciados de esa manera y que pertenecian á personas que no conocemos, el singular portero gritó:

—Ludovico Velletri, con su sombrero!

Cualquiera diria que estábamos en la cárcel de México al oír llamamientos semejantes, que regularmente se piensa son peculiares de un solo país; pero debe recordarse, para que no parezca extraña esa identidad de usos y costumbres, que la mayor parte de los nuestros son heredados de nuestros padres, y que siendo rancio y antiguo el sistema á que aludimos, no es raro que estuviera en vigor y aún que lo esté ahora en

la vetusta madre que nos proporcionó Colon, Dios se lo pague.

Un hombre de fisonomía abatida, de cabellos grises, vestido pobremente, se adelantó hácia la puerta; no era el Ludovico que conocimos hace algunos años, fresco y vivaracho, amable con la Sra. Marietta, servicial con la tia Marta y jugueton y travieso con el niño Mário; era un hombre hecho, grave y severo, desengañado completamente del mundo, aborreciendo á la sociedad y jurando vengarse de la injusticia de que le habia hecho víctima.

Cuando se le dijo que estaba en libertad, no se inmutó en lo mas mínimo su semblante; fué á su dormitorio á buscar los miserables efectos que poseia y salió de la prision con la misma calma, los propios sentimientos é igual fisonomía meditabunda que le distinguian en ella.

La justicia no se tomó la molestia de disculparse con el pobre diablo por el error de que le habia hecho víctima; seria bochornoso para la Témis del mundo tener que confesar que se equivoca algunas veces, y como los padres desnaturalizados que acostumbran azotar á sus hijos, dice cuando castiga injustamente:

—Vaya, por cuenta de las que hagas sin que yo lo sepa.

La primera pregunta que se hizo Ludovico luego que se vió en la calle y pudo respirar el aire puro de la libertad, fué la que cualquiera se habria hecho en su caso:

—¿Adonde iré?

Tenia algunos cuartos que á fuerza de economía y de trabajo habia ahorrado en la prision, y que á costa de inauditos desvelos habia logrado conservar fuera del alcance de las garras de sus compañeros de habitacion. Seguia por la calle abajo pensando en su destino y en el de aquella familia desventurada, de la que con tanto gusto habria formado parte, cuando un gran cartel blanco que resaltaba sobre el fondo oscuro de la

puerta de una casa le llamó la atención. Vióle con cuidado y leyó en él que se alquilaba á precio módico un departamento medio amueblado, se vendian algunos efectos para completar el menaje, habia buena disposicion por parte del portero para arreglarse en cuanto á la asistencia, y todo por un precio fabulosamente módico.

Ludovico entró á hablar con el dios que ofrecia tantas maravillas, y se encontró de manos á boca con el tío Antonio, á quien reconoció desde luego y habria querido comerse vivo; pero despues de inmutarse, dar dos pasos atras en señal de sorpresa y apretar los puños instintivamente, le vino un momento de reflexion y pensó que aquel hombre, que sin duda alguna no le habia reconocido, era tal vez el único que podria darle razon del niño Mário.

Efectivamente, el tío Antonio no habia conocido á Ludovico y pronto celebraron ambos un contrato por el cual quedaba instalado el antiguo sacristan en el cuarto del Cura, dueño de los efectos que le pertenecieron al ajusticiado, y con el tío Antonio á su servicio, todo, como lo rezaba el cartel de la puerta, por un precio sumamente módico, pues no habia quien quisiera tomar aquel departamento ni comprar aquellos efectos desde el momento en que se supo en el barrio que el hombre que le habia habitado últimamente, que estaba en olor de santidad para el tío Antonio, quien no perdía ocasion de alabarle por todas partes, habia salido de allí hacia unos cuantos dias camino de la horca.

Los crédulos españoles suponian que á la hora de los duendes no dejaria el ahorcado de visitar todas las noches su antiguo cuarto, y el mismo tío Antonio no se habia atrevido hasta entónces á tocar uno solo de los objetos del Cura, salvo el ropero que fué preciso poner en su estado primitivo para que los inquilinos nuevos que fuesen á ocupar los cuartos des-

ocupados de una manera tan trágica por D. Alejandro y el Cura tuviesen toda la seguridad apetecible.

Pero Ludovico nada sabia de lo que habia pasado allí, venia de un mundo enteramente diverso, y aunque llegó á sus oídos la historia del asesinato de D. Alejandro y de la ejecucion del Cura, ni por la imaginacion le pasaba que iba á ocupar el mismo departamento que habia servido de teatro á tan espantoso suceso.

Instalado que estuvo en su nueva habitacion, procedió á examinar cuanto ella contenia y luego se sentó en uno de los sillones de cuero en que el Cura fraguaba sus planes de campaña, á meditar sobre lo que debia hacer y qué pasos dar para cumplir de la mejor manera posible la voluntad de la muerta, y determinó sujetar al siguiente dia al tío Antonio á un interrogatorio.

Aunque la noche no estaba muy avanzada aún, como quiera que el pobre ex-sacristan ansiaba hacia mucho tiempo dormir en una pieza sola, tranquila y cómodamente, dispuso acostarse esperando pasar la primera noche buena despues de tantas malas como habia contado en la prision, y al efecto comenzó á hacer sus preparativos.

Iba ya á meterse en la cama cuando un sentimiento repulsivo se apoderó de él; pensó que en aquel colchon habia dormido ántes otra persona, que no sabia quién era ni si padecia ó nó enfermedad contagiosa, y con estas ideas muy ajenas por cierto del que tiene un verdadero deseo de dormir, y que lo mismo le dá satisfacer esa ingente necesidad en el lecho de una diosa ó en el de un apestado, en un embanquetado frio y á la intemperie que en una mullida cama en una alcoba muy confortable, discurrió que debia, cuando ménos, para tranquilidad de su conciencia, cambiar el colchon del lado opuesto al en que se hallaba colocado encima de la cama.

Pensando y haciendo comenzó á ejecutar la maniobra que habia discurrido, y al colgar un poco el colchon para lograr el objeto que se habia propuesto, algunos cuerpos extraños se deslizaron entre la pluma de que estaba relleno; este movimiento llamó la atencion de Ludovico, que examinó cuidadosamente el mueble que tenia delante, le palpó por todas partes, y sintió que en su parte interior tenia cuerpos duros de diferente forma, y que indudablemente no pertenecian á la materia única que debia cubrir la funda.

Su primer movimiento fué el de dirigirse á la puerta y llamar al tio Antonio para reclamarle porque en vez de un mullido colchon le habia dado un saco lleno de guijarros, pero una fuerza instintiva le detuvo, y esa curiosidad tan natural en todos los humanos y que nadie es dueño de contener, le hizo volver de nuevo á la cama, donde armado de unas tijeras comenzó á descoser la funda que contenia los objetos que llamaron su atencion.

Luego que hubo espacio suficiente para que cupiera una mano, introdujo su diestra por entre la pluma y palpó algo como un pequeño saco de cáñamo bien repleto de monedas. El corazon de Ludovico latia fuertemente. Algo le decia que habia hallado cuando ménos lo esperaba una fortuna; sacó apresuradamente la mano con el encontrado objeto: era un saco, un verdadero saco de dinero, de inflado vientre y de amarrada boca.

Temblándole los dedos de emocion desató el cordón que se oponia aún á que su curiosidad quedase satisfecha, atado como estaba con uno de aquellos nudos que llaman ciegos las mujeres, y que por fin logró deshacer no sin mucho trabajo.

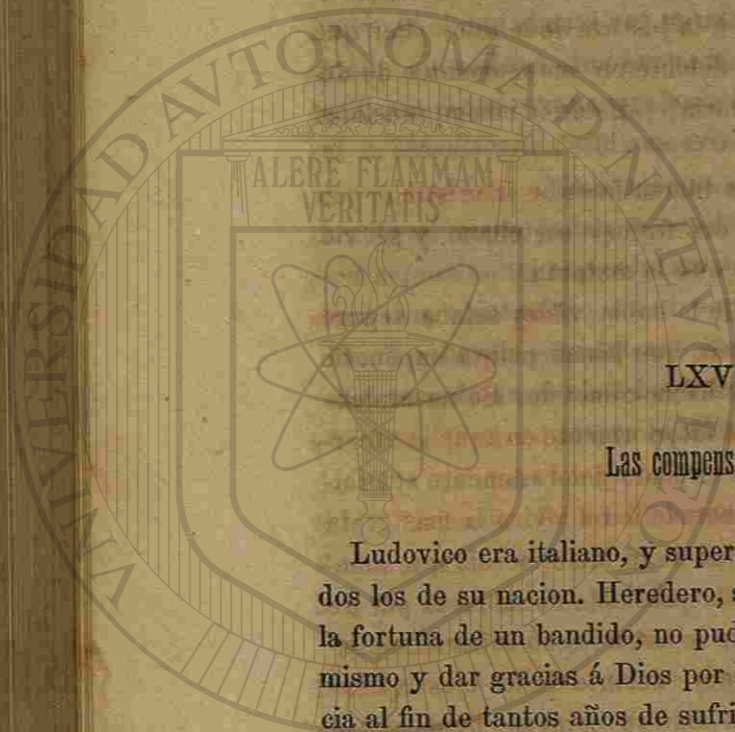
Tomó el saco por la parte inferior, y volviéndole sobre el colchon, rodaron nuevas y relucientes monedas de oro por la cama en que el pobre Ludovico creia disfrutar del deseado

descanso, y que le ofrecia en su lugar una regular fortuna.

El antiguo sacristan de la Misericordia pensaba estar soñando.

Su sorpresa no fué, sin embargo, tan grande que le impidiera continuar registrando el bienaventurado colchon de que á tan poca costa se habia hecho dueño, y nuevos sacos tan bien henchidos como el primero correspondieron dignamente á lo que, visto su primer hallazgo, se esperaba.

Pero ademas de aquellos talegos encontró entre la pluma del colchon, limas y otros instrumentos que indicaban perfectamente la clase de dueño á que habia pertenecido anteriormente aquel mueble, y algunos pensamientos elevados dieron tregua á la alegría que se habia apoderado de su alma al contemplar el tesoro que le deparaba la suerte.



LXV.

Las compensaciones.

Ludovico era italiano, y supersticioso como todos ó casi todos los de su nacion. Heredero, sin saber por qué ni cómo, de la fortuna de un bandido, no pudo ménos de recojerse en sí mismo y dar gracias á Dios por la compensacion que le ofrecia al fin de tantos años de sufrimiento.

Tiene el destino cosas tan singulares y tan extrañas, que el hombre ménos dado á la supersticion y mas incrédulo, el que achaca al acaso cuanto en el mundo pasa, reflexiona en ciertos momentos y se ve obligado á creer que hay una ley universal que rige los destinos de los humanos y distribuye las penas y las recompensas á cada cual segun sus obras.

El pobre sacristan de la Misericordia era desde hacia algunos años una prueba evidente de esta verdad. Obligado á defender su vida contra los ataques de un furioso, habia hundi- do en el pecho de Fernando de Gonzaga el propio puñal del español.

Fernando habia causado la desventura de una honrada familia, era un criminal castigado ya por su conciencia, y los remordimientos y el desvario que le atormentaban eran una prueba de que no habia escapado á la justicia de lo alto. ¿Por qué Ludovico se le habia puesto delante en sus momentos de delirio para darle el golpe de gracia? ¡Misterios incomprensibles del destino!

Obedeció ciegamente á una fuerza interior irresistible; con su presencia provocó la ira del furioso castellano, y se vio obligado á matar para evitar que le mataran.

Nadie, absolutamente nadie le habia visto; estaba seguro de escapar á la justicia humana que jamas podria imponerle una pena por el asesinato que habia cometido. Su naturaleza de hombre le hizo complacerse interiormente en aquella muerte. El pobre Fernando habia expiado dolorosamente sus faltas, pero con ellas habia arrebatado á Ludovico la más grata ilusion de su vida, y el sacristan de la Misericordia que amaba á Marietta con toda su alma, que habia llorado á la par de ella las hondas desventuras que le habia hecho sufrir su empedernido amante, que tenia siempre delante de los ojos la imagen de la única mujer á quien amó su corazon, lívida y con la rigidez de la muerte, chorreando agua sus negros y hermosos cabellos y envuelta como en un sudario en la red del pescador que sacó su cuerpo del Foglia, que oia á cada instante sus alaridos de loca, aquellos profundos gemidos que salian del corazon de la madre á quien arrebataban su hijo, no podia ménos de experimentar un placer salvaje y muy natural en el que á las pasiones del mundo está sujeto, al sentir en su frente el ardiente chorro de sangre que brotó de la herida de Fernando.

Desde aquel momento le marcó el dedo poderoso de Dios y no podia escapar á su justicia. Habia derramado la sangre

de su hermano, de un hermano criminal, infame, sin duda; pero ¿quién le había dado derecho para ser su juez y su verdugo?

Llega á España animado de nobles y buenos sentimientos, está á punto de alcanzar el término de sus deseos y de lograr el objeto á que en lo de adelante ha consagrado su vida, y la denuncia del tío Antonio le conduce á la cárcel donde pasa años y años sin que brille su inocencia sino hasta el momento en que expiada suficientemente su falta, la reconoce y conviene en que lo que podría llamarse injusticia de los hombres no es mas que un instrumento de que el poder sobrenatural se sirve para castigarle.

La imaginación meridional de Ludovico excitada muy vivamente por la superstición peculiar á los de su país, y mas aún á los de su estado, le había hecho creer que la Santa Madonna le castigaba haciéndole víctima de un error por la muerte de Fernando. Se humilló ante el supuesto fallo de la reina de los ángeles y procuró en los años que pasó en la cárcel hacerse digno de que la bella señora le devolviera su favor.

Cada hombre tiene su modo especial de llamar al poder sobrehumano á que se siente sujeto: Dios, naturaleza, acaso, destino, según la religión ó la filosofía de cada uno. Para Ludovico la personificación de la divinidad estaba en la Santa Madonna; idolatría pura, pero una idolatría que tenía su razón de ser en el amor de lo bello; el encanto que producía en el corazón del italiano aquella mujer tan hermosa y tan pura representada por mano maestra en un lienzo y que el buen cristiano confundía en sus oraciones y en sus contemplaciones con la imagen de la mujer amada, impregnaba de fé, por decirlo así, su alma amante y religiosa.

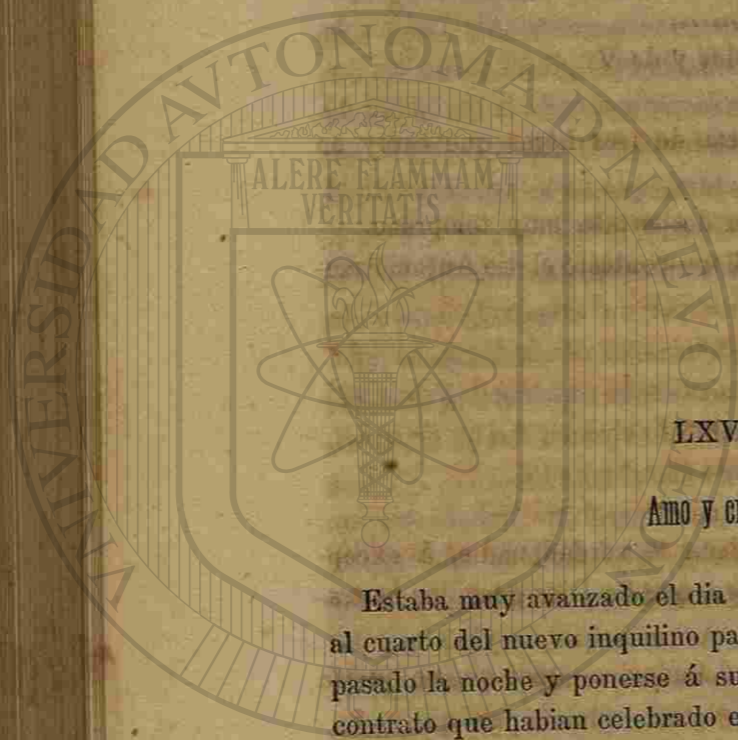
Cuando vemos horribles pinturas, verdaderos mamarrachos que representan figuras vulgares y repugnantes algunas veces, vestidas de la manera mas espantosa, sin los atractivos

del arte, y en toda la plenitud de lo feo, ser objeto de la adoración y de la supersticiosa credulidad de muchas gentes, no comprendemos cómo pueden inclinarse estas ante ídolos tan detestables; pero al ver en un cuadro acabado la imagen de una mujer bellísima, á la que ha dado el pincel todos los encantos, todas las gracias, toda la pureza, toda la divinidad de que aparece rodeada en la tierna y misteriosa leyenda de cristianismo, hallamos muy natural que se le tributen adoraciones é incienso.

Ludovico, que había inclinado su cabeza ante la Santa Madonna cuando pensó le castigaba por su crimen ignorado de los hombres, elevó su corazón hácia ella dándole gracias por el tesoro que le enviaba. Sin medios de existencia habría tenido que buscar á Mario en reducido círculo; dueño de aquel tesoro creía poderle buscar por todo el mundo.

Pero ¿era realmente suyo aquel dinero? Se hallaba en un objeto que le pertenecía sin duda, pero también era seguro que ese objeto no se le había vendido en la inteligencia de que contenía aquel tesoro, y por mas que creyese que la Virgen se le enviaba, como quiera que estaba en momentos en que no quería mancharse en lo mas mínimo para que no le retirara su gracia la Madonna, pensó averiguar la procedencia de aquel mueble y decidir despues si debía ó nó llamar suyo lo que contenía.

Guardó, en consecuencia, los sacos y los instrumentos en el ropero, cerró lo mejor que pudo la abertura del colchon, y sin pensar mas en que había pertenecido á otro se echó sobre él y durmió con ese sueño agitado del que duerme cediendo á la fatiga del cuerpo, y cuya imaginación exaltada por algun objeto importante trabaja sin descanso produciendo los mas extraños sueños.



LXVI.

Amo y criado.

Estaba muy avanzado el día cuando el tío Antonio entró al cuarto del nuevo inquilino para informarse de cómo había pasado la noche y ponerse á sus órdenes, puesto que en el contrato que habian celebrado el día anterior habia una cláusula por la cual se obligaba el tío Antonio á prestarle á Ludovico los servicios indispensables á un hombre solo.

El tiempo y la prision habian cambiado tanto la fisonomía del antiguo sacristan de la Misericordia, que ni por la imaginación se le pasaba al buen viejo que pudiera ser el mismo hombre sospechoso á quien él reputó autor del célebre robo de la casa del Sr. Gonzaga. Entró, pues, á la habitacion, que se hallaba abierta, con toda la calma y la confianza de un ayuda de cámara.

El ruido que produjo al entrar despertó á Ludovico que se incorporó en su cama.

—¿Qué hay?—dijo.

—Nada, señor—contestó el tío Antonio—soy yo que vengo á ver si necesita V. algo.

—¡Ola! buenos dias, tío.....

—Antonio, servidor de Dios y de V.

—¿Cómo madruga V.!

—¡Quiah! señor, si hace mas de tres horas que estoy en pié.

—Parece que mi antecesor despertaba muy temprano.

—Ni me le recuerde V. señor—contestó el tío Antonio santiguándose.

—¿Era mal pagador?

—Nó, señor.

—¿Era turbulento?

—Tampoco.

—¿Trataba á V. mal?

—En cuanto á eso, debo decir la verdad, nadie, á excepcion de mi amo el Sr. Gonzaga, que de Dios goce, me ha tratado tan bien como él.

—Pues entónces—continuó Ludovico—¿por qué no quiere V. que se le recuerde?

—Porque murió de una manera..... lastimosa.

—Algun ataque repentino.....

—¡Ah! nó, señor.

—¿Le asesinaron?

—Valdria mas.

—Hable V., hombre, por Dios, debe ser una cosa muy grave. ®

—Le ahorcaron—respondió por fin el tío Antonio dando un suspiro.

—¡Le ahorcaron!—repitió Ludovico saltando horrorizado de la cama—¿Y por qué?

—Por ladrón y asesino.

—¿Y estos muebles, este colchón que he comprado eran suyos?

—Sí, señor.

—Pero, hombre, nada me había V. dicho ayer; no habría yo tomado este cuarto. ¡Ahorcado! lo dice V. con una calma...

—Como que quisiera que resucitara para que le ahorcaran otra vez.

—¡Hombre! ¿qué misterio es ese? ¿No me acaba V. de decir que nunca le dió motivo de queja?

—Ya lo creo, pero despues he sabido que él fué uno de los principales ladrones que arruinaron á mi amo el Sr. Gonzaga, que en paz descanse.

—¿Quién era el Sr. Gonzaga?

—Un señor que tenía una gran casa, y yo era su portero.

—¿Y le robaron?—continuó Ludovico que apenas podía contener su emoción y temía venderse.

—Cuanto tenía; de resultas de eso enfermó el pobrecito y murió; los acreedores, ya se ve, se apoderaron de la casa y yo me fuí de ella.

—Pues qué ¿no tenía familia?

—Solo un nietecito, señor; porque Dios dispuso llevarse al Sr. D. Fernando, que era hijo de mi amo.

—¿Y el niño vive?

—¡Que si vive, toma! á la hora de esta debe ser ya un hombre; yo le traje conmigo y con mis ahorrillos le envié á América; sé que ha llegado á ser allí un gran pintor. Yo le mandé al comercio, pero ya se ve, no le gustaba nada al pobre muchacho, y el muy pícaro se pasaba el tiempo retratando á los parroquianos, hasta que su patrón dijo: toma, pues si te gusta pintar anda y pinta en hora buena, y ¡zas! le manda á la Academia y me le hace hombre en un santiamén. Pero ¡ca-

lle! yo me estoy charlando y Nicolás el aguador á quien dejé encargada la portería se fastidiará sin duda. ¿Se le ofrece á V. algo?

—Nada por ahora, tío Antonio.

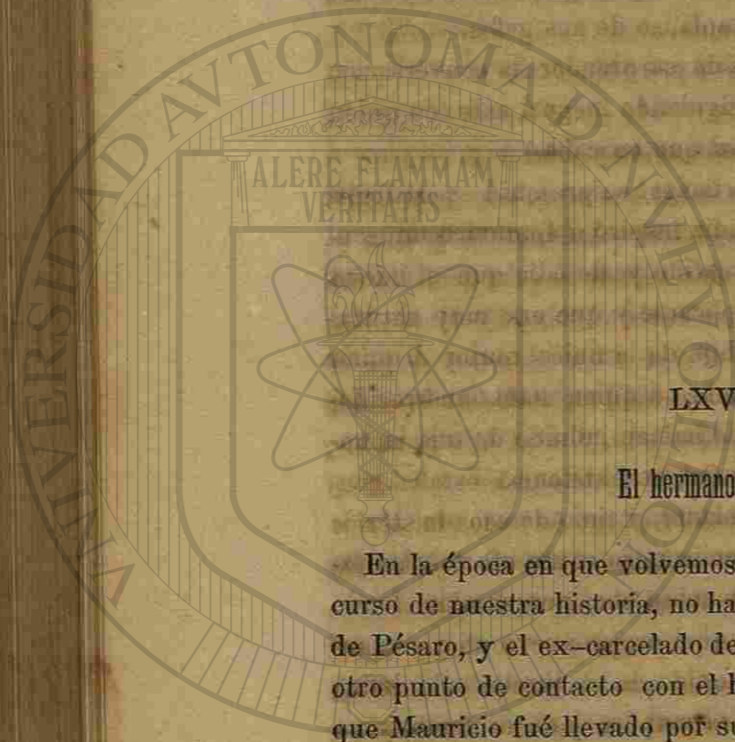
—Pues hasta luego.

—Hasta luego.

El tío Antonio salió de la habitación y Ludovico se puso á reflexionar. Aquel dinero que había encontrado le pertenecía de derecho á Mario puesto que el tío Antonio decía que el antiguo inquilino del cuarto había robado la casa del Sr. Gonzaga; él, Ludovico, había jurado sobre el cuerpo yerto de Marietta proteger á su hijo y debía ir en su busca y llevarle el tesoro que se había encontrado; era libre, sabía donde se hallaba el hijo de Fernando y de Marietta, y sería un crimen imperdonable no ir hácia él sin pérdida de tiempo.

Por un momento pensó en hablar al tío Antonio de Mario y de la obligación que para con él había contraído voluntariamente en el ataúd de la que le dió el ser; preguntarle donde podía encontrar al que debía ser ya un jóven y confiarle cuanto iba á hacer por él; pero recordó que el tío Antonio había sido causa de su prisión, que era suspicaz y desconfiado, y no quiso dar lugar á que cometiera un disparate.

Resolvió, pues, callarse y comenzar sus preparativos de viaje.



LXVII.

El hermano terrible.

En la época en que volvemos á encontrar á Ludovico en el curso de nuestra historia, no hay en él resquicios del hombre de Pésaro, y el ex-carcelado de Sevilla tiene apénas uno que otro punto de contacto con el hermano terrible de la logia á que Mauricio fué llevado por su mala estrella.

Las pesquisas de Ludovico para encontrar á Mario fueron completamente vanas; el ex-sacristan de la Misericordia ignoraba el cambio de nombre de su protegido; las desgracias habian debilitado su cerebro y habia olvidado por completo el apellido del Sr. Gonzaga y la profesion de Mauricio. Su carácter tan dulce y bondadoso en otra época, se convirtió en bruseo y feroz, y seducido por un compañero de navegacion con quien hizo amistad, que era un mason propagandista y que le patentizó las ventajas de encontrarse entre hermanos en plena tierra extraña, se afilió en la masonería.

Pronto llamó la atencion de los directores de esa sociedad

por taciturno y resuelto, y fué elevado al cargo nada honorífico de hermano terrible, recibiendo tambien órdenes secretas y á veces sangrientas de la Gran Logia, que él se apresuraba á cumplir á la letra con gran aplauso de sus gefes.

Ya le hemos visto tratando de sorprender la conversacion de Manuel y de Mauricio, y siguiendo luego á este, en quien algo le decia que encontraria al que buscaba.

Desde que nuestro héroe principal se presentó en la logia, á sufrir las pruebas de aprendiz inspiró á Ludovico un sentimiento extraño, mezcla de cariño y de odio que el nuevo hermano terrible no podia explicarse y que era muy natural sin embargo; aquel jóven era hijo de la única mujer á quien habia amado y del primer hombre á quien habia aborrecido; la sangre de esos dos seres que habian influido de una manera tan directa y tan tremenda en su existencia estaba confundida en el sér que tenia delante, y uno de esos misterios de simpatía que no comprendemos pero cuyos efectos hemos sentido todos, obraba de una manera eficaz en su alma.

Instintivamente pensó que aquel mason nuevo no podia ser otro que Mario, ese Mario á quien habia jurado encontrar, proteger y servir de padre en el mundo; pero su nombre era diferente; buscaba á un tendero, y el que tenia delante era un artista; en aquel semblante que con ávidos ojos contemplaba no habia un solo rasgo que recordara la dulce fisonomía de Marietta á la que en sentir de Ludovico se asemejaba tanto el niño Mario ántes de ser arrebatado á su cariño en la iglesia de la Misericordia; forzoso le fué, pues, á nuestro pobre amigo renunciar á la dulce esperanza que por un momento le habia halagado.

Pero como sucede en todas esas circunstancias de la vida en que los instintos del corazon luchan con las reflexiones del cerebro, Ludovico vacilaba algunas veces, y en sus momentos

de cariño por Mauricio habria jurado que no era otro que el tan suspirado nieto de Juan el largo; llegaba, empero, la hora del odio y entónces el hermano terrible no podia creer que el hombre por quien tanto aborrecimiento experimentaba su alma fuese el mismo Mario en quien creia capaz de adorar de rodillas el recuerdo de Marietta si llegaba á encontrarle.

En uno de esos momentos de vacilacion terrible fué cuando la noche que espiaba á los dos amigos que salian de la logia se acercó á Mauricio y trató de reconocerle; las respuestas del jóven, que ignoraba su propia historia, no dejaron lugar á duda en el ánimo de Ludovico, y desde entónces no vió en su nuevo hermano por gracia y obra de la afiliacion masónica mas que otro de esos hombres que tanto le habian hecho sufrir en el mundo y á los que sin distincion alguna habia jurado un odio implacable.

Aquella alma italiana no exceptuaba de su odio mas que á Mario y acaso el encontrarle y el reconocerle habria calmado el odio que en lo general profesaba á la raza humana; pero no habia medio de lograrlo puesto que ambos se habian encontrado frente á frente, y los efectos del tiempo, ese caprichoso trasformador de las fisonomías y de los caracteres, como lo es de todo lo del mundo, habian impedido que aquellos dos séres, que por tantas vicisitudes habian pasado en la vida y que habian dejado de verse tantos años, se reconocieran.

Quedaba un solo medio que los dos ignoraban por desgracia de ambos. Cuando Fernando de Gonzaga proseguia su obra de seduccion con la pobre Marietta le habia dado á la inocente niña un medallon con su retrato; uno de esos retratos en miniatura que se hacian en aquella época y que podrian rivalizar con las mejores fotografías de nuestros tiempos; el medallon era de oro y atras del retrato tenia grabados dos corazones que ardian en la misma llama y una inscripcion en español

que decia «Recuerdo de Fernando á Marietta.» Esta prenda, único recuerdo que quedaba á Marietta despues que fué abandonada por su seductor, recibió los suspiros y las lágrimas de la pobre mujer en esas largas noches de insomnio en que pensaba en su deshonra y queriendo penetrar en el porvenir de su hijo no veia á lo léjos mas que vacío y tinieblas. Fanática como mujer y supersticiosa como italiana, encomendaba su pobre niño á la Santa Madonna y le colgaba al cuello un talisman que en su concepto debia salvarle de todos los peligros del mundo: el retrato de Fernando.

—Ya que olvida á su hijo—decia—que su imájen siquiera le sirva de salvaguardia.

Y el niño llevó desde entónces el medallon colgado al cuello.

Cuando Paco el zurdo le arrebató en la iglesia de la Misericordia al cariño de los únicos séres que le amaban en el mundo, Mario llevaba el talisman que la ternura de su madre juzgaba milagroso y á cuyas virtudes no hizo honor el acontecimiento.

Ni el Sr. Gonzaga ni el tio Antonio quisieron tocar nunca esa prenda, y Mario, convertido en Mauricio y hecho hombre, la llevaba siempre sobre su pecho sin saber por qué, pero como una prenda de familia que despues de su terrible enfermedad se le habia dicho que no debia abandonar. La fisonomía representada por la miniatura le repugnaba, pero no se atrevia á dejar de llevar el medallon por no cometer un sacrilegio.

Desde el momento en que Ludovico fijara la vista en aquel retrato el reconocimiento era inevitable; la fisonomía del padre de Mario estaba grabada profundamente en la imaginacion del hermano terrible, y desde aquella espantosa noche en que derramó por primera vez la sangre humana, el

fantasma de Fernando le acompañaba por donde quiera, como el retrato del seductor de Marietta no se apartaba un momento del cuello de su infortunado hijo. Ver Ludovico la miniatura y recordar á su primera víctima y al verdugo de la mujer que amó habria sido todo uno, y de ahí á abrazar á Mario como á su antiguo amiguito de la Misericordia, á quien en tiempos mas felices regalaba con bollos, aleluyas y naranjas, todo bendito, no habian de pasar muchos instantes.

Pero el destino lo tenia dispuesto de otro modo, y mas adelante veremos en qué tristes circunstancias apareció á la espantada vista de Ludovico la imájen de Fernando de Gonzaga.

LXVIII.

La Cámara de enmedto

El templo que ya conocemos y donde hemos visto á Mauricio recibido sucesivamente de aprendiz y de compañero, tenia una noche, en la época á que se refiere nuestra historia, un aspecto fúnebre. *

* Como nuestros lectores lo habrán comprendido ya, nosotros no somos masones ni conocemos, por lo mismo, los usos y costumbres de las sociedades masónicas mas que por lo que de ellos hemos leído en los libros publicados sobre la materia. La descripción de la ceremonia de que vamos á dar cuenta á los que leen nuestra novela, así como las que hemos hecho anteriormente y las que hagamos despues, está tomada de una obra escrita por Clavel y que lleva el título de Historia pintoresca de la Fracmasonería. En cuanto á las palabras sagradas y de pase, la indiscrecion de un mason presuntuoso, César Moreau (de Marsella), nos ha puesto en aptitud de revelarlas á nuestros lectores; dicho autor, creyendo que solo los masones serian capaces de descifrar logografos, que por otra parte nada tienen de difíciles ni ingeniosos, publica en su obra intitulada: "Compendio de la fracmasonería, su origen, su historia, sus doctrinas, etc, y opiniones diversas sobre esta antigua y célebre institución," un triángulo en el que se hallan letra por letra dichas palabras, haciéndole precéder de las líneas siguientes que indican mucho candor ó mucha presuncion:

"Creo que el lector no verá sin un vivo interes de curiosidad y

fantasma de Fernando le acompañaba por donde quiera, como el retrato del seductor de Marietta no se apartaba un momento del cuello de su infortunado hijo. Ver Ludovico la miniatura y recordar á su primera víctima y al verdugo de la mujer que amó habria sido todo uno, y de ahí á abrazar á Mario como á su antiguo amiguito de la Misericordia, á quien en tiempos mas felices regalaba con bollos, aleluyas y naranjas, todo bendito, no habian de pasar muchos instantes.

Pero el destino lo tenia dispuesto de otro modo, y mas adelante veremos en qué tristes circunstancias apareció á la espantada vista de Ludovico la imájen de Fernando de Gonzaga.

LXVIII.

La Cámara de enmedto

El templo que ya conocemos y donde hemos visto á Mauricio recibido sucesivamente de aprendiz y de compañero, tenia una noche, en la época á que se refiere nuestra historia, un aspecto fúnebre. *

* Como nuestros lectores lo habrán comprendido ya, nosotros no somos masones ni conocemos, por lo mismo, los usos y costumbres de las sociedades masónicas mas que por lo que de ellos hemos leído en los libros publicados sobre la materia. La descripción de la ceremonia de que vamos á dar cuenta á los que leen nuestra novela, así como las que hemos hecho anteriormente y las que hagamos despues, está tomada de una obra escrita por Clavel y que lleva el título de Historia pintoresca de la Fracmasonería. En cuanto á las palabras sagradas y de pase, la indiscrecion de un mason presuntuoso, César Moreau (de Marsella), nos ha puesto en aptitud de revelarlas á nuestros lectores; dicho autor, creyendo que solo los masones serian capaces de descifrar logografos, que por otra parte nada tienen de difíciles ni ingeniosos, publica en su obra intitulada: "Compendio de la fracmasonería, su origen, su historia, sus doctrinas, etc, y opiniones diversas sobre esta antigua y célebre institución," un triángulo en el que se hallan letra por letra dichas palabras, haciéndole preceder de las líneas siguientes que indican mucho candor ó mucha presuncion:

"Creo que el lector no verá sin un vivo interes de curiosidad y

Negras colgaduras en las que se hallan bordadas de blanco calaveras, esqueletos y huesos humanos puestos en cruz, cubren las paredes de la logia.

tal vez tratará de comprender (*pero en vano si no es mason*) el cuadro que voy á poner á su vista.—Es un triángulo en el que *solo un Fracmason* puede encontrar las palabras sagradas y de pase de los tres grados simbólicos.”

Inútil nos parece agregar que sin trabajo de ninguna especie desciframos en el acto las palabras exóticas del famoso triángulo, cuyo significado tiene buen cuidado de dar en seguida el candoroso mason para que no quede lugar á duda.

Por lo que respecta á los signos con que se reconocen los masones hemos seguido las explicaciones que da el autor de una obra intitulada: “Jachin y Boaz ó una llave auténtica para la puerta de la Fracmasonería, tanto antigua como moderna, etc.” Acaso de la época en que esos autores escribieron á la presente habrá habido cambios de signos y de palabras de reconocimiento, y habremos incurrido en errores involuntarios; pero nos cabe la satisfaccion de no haber perdonado medio alguno para dar una idea exacta á nuestros lectores de las ceremonias misteriosas de los masones, que tan mal pegan en nuestro siglo.

Algo queriamos decir tambien en este libro sobre el objeto moral de la masonería, objeto completamente olvidado en nuestro país donde no se cuida mas que de satisfacer las ambiciones personales y donde cada cual no ve mas que por sí y no lleva otra mira que la de hacer su negocio; pero entre las numerosas obras que hemos consultado encontramos una curiosísima escrita por el hermano Bedares y que lleva por título: “Estudios históricos y filosóficos sobre los tres grados de la masonería simbólica, y de la influencia moral de la masonería sobre el espíritu de las naciones,” y traducida al castellano la publicaremos próximamente. Puede decirse que es la teología de la masonería, y su estilo es tan fluido, tan poético y tan agradable, su doctrina tan pura y sus máximas tan santas que siente uno verdaderamente que tan bellas cosas sean para la mayor parte de los masones lo que la religion de Jesucristo para la generalidad de los súbditos del Papa.

Un solo cirio amarillo colocado al Oriente ilumina débilmente aquel recinto.

En el altar del venerable hay, ademas de la espada flamígera, la Biblia, la escuadra, el compás y el mazo de direccion, cuyas extremidades están cubiertas de bayeta, una linterna sorda formada de una calavera humana que solo comunica su opaca luz por las cavidades de los ojos y la boca.

Los inspectores, en lugar de mazo, tienen en la mano un rollo de papel grueso, de nueve pulgadas de circunferencia y diez y ocho pulgadas de longitud. El primer inspector tiene, ademas, sobre su altar, una escuadra, y el segundo, sobre el suyo, una regla de veinticuatro pulgadas.

En el centro de la logia se eleva un cenotafio cubierto con un paño mortuorio. A la cabeza de este hay una escuadra, y á los piés, al Oriente, un compás abierto; encima un ramo de acacia.

Todos los asistentes tienen la cabeza cubierta y llevan, ademas de su mandil y de su cordon distintivo, una ancha banda azul de moaré en la que están bordados el sol, la luna y siete estrellas, y de la que cuelgan una escuadra y un compás entrelazados. Esta banda, sostenida en el hombro izquierdo, viene á terminar en la cadera derecha.

El venerable, que en aquellos momentos llevaba el nombre de muy respetable, dió un golpe con su mazo y dijo:

—Al orden, mis hermanos, y espada en mano.

En seguida desenvainó su espada y la colocó en su mano izquierda, apoyando la punta contra el suelo; todos los maestros hicieron lo mismo.

El muy respetable tomó la palabra y dijo:

—Venerable hermano primer inspector, ¿cuál es el primer deber de los inspectores en la logia de maestro?

—Muy respetable, el de asegurarse de si todos los hermanos son maestros.

—¿Os habeis asegurado de ello?

—Todos lo somos, muy respetable.

—Venerable hermano primer inspector, sois maestro?

—Muy respetable, cercioraos de ello, la acacia me es conocida.

—Dadme el signo de maestro.

El hermano primer inspector pasó su mano derecha de canto por el estómago en ademan de dividir en dos el vientre.

—Venerable hermano primer inspector, qué edad teneis?

—Mas de siete años.

—¿A qué hora se abren los trabajos de vuestro grado?

—A las doce, muy respetable.

—Venerable hermano primer inspector, qué hora es?

—Las doce.

—Pues que son las doce, venerables hermanos primero y segundo inspector, invitad á los hermanos de vuestras respectivas columnas á unirse á mí para abrir los trabajos del grado de maestro.

Los inspectores repitieron las últimas palabras del muy respetable.

Luego este dió nueve golpes con el mazo formando la batería de aprendiz por tres veces; los celadores hicieron otro tanto y el muy respetable agregó:

—A mí, mis hermanos.

Todos los hermanos, con los ojos fijos en el muy respetable, pasaron sus manos por el vientre como lo habia hecho el primer inspector y aplaudieron por nueve, esto es, repitieron tres veces el aplauso de aprendiz que ya conocen nuestros lectores.

El muy respetable, despues de dar otro golpe de mazo que repitieron los inspectores, dijo:

—Quedan abiertos los trabajos de maestro.

LXIX.

Mauricio recibido de maestro.

Mauricio, con los piés descalzos, el brazo y el seno izquierdo desnudos, con una escuadra atada al brazo derecho fué conducido por el maestro de ceremonias á la puerta de la cámara de enmedio, nombre que se da á la logia de maestro.

Rodeaba tres veces su cintura una cuerda cuya extremidad llevaba su conductor, y como en sus recepciones de aprendiz y de maestro, habia sido despojado de todos los objetos de metal que llevaba consigo.

El maestro de ceremonias le hizo llamar á la puerta á lo compañero.

—Muy respetable, dijo el primer inspector fingiendo alteración en la voz, un compañero acaba de llamar á la puerta.

—Ved, contestó el muy respetable, cómo ha podido llegar hasta ella y averiguad qué es lo que quiere ese compañero.

—Es el maestro de ceremonias que presenta á la logia un compañero que ha cumplido su tiempo y que solicita ser admitido como maestro.

—¿Os habeis asegurado de ello?

—Todos lo somos, muy respetable.

—Venerable hermano primer inspector, sois maestro?

—Muy respetable, cercioraos de ello, la acacia me es conocida.

—Dadme el signo de maestro.

El hermano primer inspector pasó su mano derecha de canto por el estómago en ademán de dividir en dos el vientre.

—Venerable hermano primer inspector, qué edad teneis?

—Mas de siete años.

—¿A qué hora se abren los trabajos de vuestro grado?

—A las doce, muy respetable.

—Venerable hermano primer inspector, qué hora es?

—Las doce.

—Pues que son las doce, venerables hermanos primero y segundo inspector, invítad á los hermanos de vuestras respectivas columnas á unirse á mí para abrir los trabajos del grado de maestro.

Los inspectores repitieron las últimas palabras del muy respetable.

Luego este dió nueve golpes con el mazo formando la batería de aprendiz por tres veces; los celadores hicieron otro tanto y el muy respetable agregó:

—A mí, mis hermanos.

Todos los hermanos, con los ojos fijos en el muy respetable, pasaron sus manos por el vientre como lo habia hecho el primer inspector y aplaudieron por nueve, esto es, repitieron tres veces el aplauso de aprendiz que ya conocen nuestros lectores.

El muy respetable, despues de dar otro golpe de mazo que repitieron los inspectores, dijo:

—Quedan abiertos los trabajos de maestro.

LXIX.

Mauricio recibido de maestro.

Mauricio, con los piés descalzos, el brazo y el seno izquierdo desnudos, con una escuadra atada al brazo derecho fué conducido por el maestro de ceremonias á la puerta de la cámara de enmedio, nombre que se da á la logia de maestro.

Rodeaba tres veces su cintura una cuerda cuya extremidad llevaba su conductor, y como en sus recepciones de aprendiz y de maestro, habia sido despojado de todos los objetos de metal que llevaba consigo.

El maestro de ceremonias le hizo llamar á la puerta á lo compañero.

—Muy respetable, dijo el primer inspector fingiendo alteración en la voz, un compañero acaba de llamar á la puerta.

—Ved, contestó el muy respetable, cómo ha podido llegar hasta ella y averiguad qué es lo que quiere ese compañero.

—Es el maestro de ceremonias que presenta á la logia un compañero que ha cumplido su tiempo y que solicita ser admitido como maestro.

—¡Cómo! el maestro de ceremonias viene á turbar nuestro dolor? No hubiera debido, por el contrario, en semejantes circunstancias alejar á toda persona sospechosa, y sobre todo, á un compañero? Quién sabe, sin embargo, si el compañero que conduce es uno de los miserables que causa nuestra aflicción y nuestro luto, y si el mismo cielo nos le entrega para que ejerzamos en él nuestra justa venganza. Hermano práctico, armaos y apoderaos de ese compañero; registrad con cuidado toda su persona; examinad, sobre todo, sus manos; y aseguraos, por último, de si tiene ó nó alguna señal de su complicidad en el horroroso crimen que se ha cometido.

El práctico se dirigió hácia Mauricio, le registró y le arrancó su mandil. En seguida entró á la logia, en cuya puerta dejó á nuestro héroe bajo la custodia de cuatro hermanos armados.

—Muy respetable, dijo, acabo de ejecutar vuestras órdenes y nada he hallado en ese compañero que indique que es autor de un homicidio. Sus vestidos no tienen mancha alguna, sus manos están puras, y este mandil que os he traído se halla completamente limpio.

—Venerables hermanos—prosiguió el muy respetable—quiera el Grande Arquitecto del Universo que no sea fundado el presentimiento que tengo, y que este compañero no sea uno de aquellos á quienes debe perseguir nuestra venganza! ¿Juzgáis oportuno que se le interrogue? sus respuestas ilustrarán hasta cierto punto nuestro juicio sobre el asunto que nos ocupa.

Todos los hermanos hicieron una señal de asentimiento.

—Hermano perito, repuso el muy respetable, preguntad á ese compañero cómo se ha atrevido á esperar ser introducido entre nosotros.

—Dando la palabra de pase—contestó Mauricio.

—¡La palabra de pase! ¿cómo puede conocerla? Esto no

puede ser sino á consecuencia de su crimen..... Venerable hermano primer inspector, trasladaos cerca de él y examinadle con el mayor cuidado.

El primer inspector salió de la logia, examinó cuidadosamente los vestidos de Mauricio, le registró en seguida la mano derecha, y exclamó:

—¡Gran Dios, qué es lo que veo!

Después, tomándole por el cuello, continuó con voz amenazadora:

—¡Hablad, desgraciado! ¿Cómo podreis dar la palabra de pase? ¿Quién ha podido comunicárosla?

—No la conozco, respondió Mauricio; pero mi conductor la dará por mí.

—Hacedla dar, venerable hermano primer inspector, dijo el muy respetable.

El maestro de ceremonias se inclinó al oído del primer celador y le dijo en voz baja:

—*Giblim.*

—La palabra de pase es exacta, muy respetable, dijo el primer celador.

Introdujeron entónces á Mauricio haciéndole andar para atrás, y en esa forma le condujeron hasta una de las extremidades del catafalco que se hallaba en medio de la logia.

El último hermano recibido en el grado de maestro se hallaba tendido en aquella especie de tumba, cubierto con el paño mortuario de los piés á la cintura y teniendo en sus manos un ramo de acacia.

Al llegar allí Mauricio se volvió hácia la parte del Oriente.

—Compañero, le dijo el muy respetable, es preciso que seais demasiado imprudente ó que tengais en muy poco vuestra propia conveniencia, presentándoos en este lugar en el momento en que deploramos la pérdida de nuestro respetable

maestro Hiram-Abi, traidoramente asesinado por tres compañeros, y cuando por esta causa todos los hermanos de vuestro grado nos deben ser sospechosos! Decidme: ¿habeis sido acaso cómplice de este horrible atentado? ¿Sois del número de los infames que le han cometido? ¿Aquí teneis su obra!

Al pronunciar estas palabras hicieron ver á Mauricio el cuerpo que se hallaba en el lecho mortuario.

—Nó, respondió nuestro héroe, ignoro semejante crimen.

—Pues entónces haced viajar á este compañero—dijo el muy respetable.

El maestro de ceremonias tomó á Mauricio de la mano derecha y le hizo dar una vuelta al derredor de la logia. Le acompañaban cuatro hermanos armados y le seguia un perito que llevaba una extremidad de la cuerda que rodeaba su cintura.

Al llegar junto al muy respetable, Mauricio le dió tres golpes en el hombro.

—¿Quién es?—dijo el muy respetable.

—Es—contestó el maestro de ceremonias, un compañero que ha cumplido su tiempo y que solicita pasar á la cámara del medio.

—Y cómo ha podido esperar el conseguirlo?

—Por la palabra de pase.

—Y cómo la ha de dar si no la sabe?

—Yo la daré en su nombre.

El maestro de ceremonias se acercó al muy respetable y le dijo al oído:

—*Gíblin.*

—Pase, contestó el muy respetable.

Terminado este ceremonial Mauricio fué conducido hácia el occidente, de donde le hicieron volver al oriente. Llegado al altar se arrodilló; le pusieron las dos puntas de un compás

abierto sobre el seno, y con la mano extendida sobre la Biblia pronunció el juramento siguiente, que le dictó el muy respetable:

«Yo, Mauricio de Gonzaga, de mi libre y espontánea voluntad, en presencia de Dios Omnipotente y de esta Respetable Logia dedicada á S. Juan, juro solemnemente no revelar jamás á persona alguna los secretos de Maestro, Compañero y Aprendiz sino á un verdadero mason de estos grados y bien reconocido. Juro observar todos los signos y obedecer las órdenes que se me den por la logia de maestro, guardar todos los secretos de mis hermanos como los míos propios, excepto en caso de asesinato ó de traicion; no hacer ningun perjuicio á un hermano ni permitir que se le hagan sin avisarle y defenderle; servir á mis hermanos en cuanto esté en mi poder y conformarme con todos los reglamentos de la logia. Juro ejecutarlo todo con la mas firme resolucion bajo la pena de que mi cuerpo sea dividido en dos partes, la una llevada al sur, la otra al norte, mis entrañas quemadas, reducidas á cenizas y echadas á los cuatro vientos, á fin de que nada quede de mí entre los hombres y particularmente entre los masones; así Dios me ayude y me sostenga firme en esta resolucion.»

Terminadas estas palabras, Mauricio besó la Biblia y el muy respetable le enseñó el signo y le dijo la palabra de maestro, añadiendo:

—Levantaos, hermano. Vais á representar á nuestro respetable maestro Hiram-Abi que fué cruelmente asesinado al concluir la magnífica obra del templo de Salomon, de la manera que voy á referirlo.

El muy respetable bajó entónces de su trono; se colocó al pié de la última grada al oriente, frente á frente de Mauricio; y el resto de los asistentes se agrupó al derredor de la tumba, de la cual, pocos momentos ántes, se habia retirado furti-

vamente el hermano que hacia en ella las veces de un cadáver.

Dispuesto así todo, el muy respetable dirigió á Mauricio el siguiente discurso:

—Hiram-Abi, célebre arquitecto, habia sido enviado á Salomon por Hiram, rey de Tiro, para dirigir los trabajos de construcción del templo de Jerusalem. El número de los obreros era inmenso. Hiram-Abi los distribuyó en tres clases, cada una de las cuales recibia un jornal proporcionado al grado de habilidad que la distinguia. Estas tres clases eran las de aprendiz, compañero ú oficial y maestro; las cuales tenian sus misterios particulares y se reconocian entre sí por medio de ciertos signos, palabras y tocamientos peculiares á cada grado. Los aprendices recibian su salario en la columna B; los compañeros en la columna J; los maestros en la cámara del medio; y los pagadores del templo no entregaban el salario al obrero que se presentaba á recibirle sino despues de haber sido escrupulosamente retejado en su grado. Tres de los compañeros ú oficiales, viendo que la construcción del templo tocaba ya á su fin, y que no habian podido saber todas las palabras correspondientes al grado de maestro resolvieron arrancárselas por la fuerza al respetable Hiram, á fin de pasar por maestros en los otros países y tener derecho á la paga de esta clase. Estos tres miserables, llamados Jubelas, Jubelos y Jubelum, sabian que Hiram iba todos los días, á las doce, á hacer sus oraciones en el templo mientras que los demas obreros descansaban. Estuvieron en acecho, y no bien le vieron en el templo se apostaron en cada una de sus puertas. Jubelas en la del Mediodia, Jubelos en la de Occidente, y Jubelum en la del Oriente, donde esperaron la salida de Hiram. Este, no bien concluyó sus oraciones, se dirigió á la puerta del Mediodia, donde se encontró con Jubelas, quien le pidió la palabra

de maestro, y en vista de la respuesta de Hiram que se negó á concedérsela hasta que cumpliera su tiempo de oficial, le asestó un fuerte golpe en la nuca, con una regla de veinticuatro pulgadas de que se habia armado de antemano.

Al llegar aquí se detuvo el muy respetable, y Mauricio fué conducido por el maestro de ceremonias cerca del segundo celador.

—Dadme la palabra de maestro, dijo este.

—De ninguna manera, repitió Mauricio.

El segundo celador insistió dos veces mas en su pregunta y obtuvo la misma respuesta de Mauricio. Entónces le dió un pequeño golpe en la nuca con la regla que tenia en la mano.

—Hiram-Abi—prosiguió el muy respetable—huyó hácia la puerta del occidente, donde encontró á Jubelos, quien irritado al ver, así como su compañero, que no podia arrancarle la palabra de maestro le dió otro fuerte golpe en el corazon con una escuadra de hierro.

Aquí el muy respetable se interrumpió de nuevo. Mauricio fué conducido cerca del primer inspector, quien por tres veces le pidió la palabra de maestro, y viendo que se negaba á dársela le dió un golpe en el pecho con su escuadra.

Hecho esto, Mauricio fué conducido ante el muy respetable, quien continuó en estos términos:

—Desconcertado del golpe, Hiram-Abi reunió las pocas fuerzas que le quedaban y trató de salvarse por la puerta de Oriente. Allí se encontró con Jubelum, quien, como sus dos cómplices, le exigió la palabra de maestro, y viendo que se negaba aun Hiram, le descargó sobre la frente un martillazo tan terrible que le dejó muerto á sus piés.

Al concluir estas palabras, el muy respetable dió violentamente un golpe con su mazo en la frente de Mauricio y dos

hermanos que se hallaban á su lado le echaron hácia atras y le tendieron boca arriba en la tumba que estaba á su espalda. En seguida le cubrieron con el paño mortuorio y pusieron á su lado el ramo de acacia.

—Unidos los tres asesinos despues de cometido el crimen —prosiguió el muy respetable—se preguntaron recíprocamente la palabra de maestro; mas viendo que no habian podido obtenerla de Hiram, y desesperados, por otra parte, al ver que no habian sacado provecho alguno de su crimen, se ocuparon en hacer desaparecer todas las señales que pudieran descubrirle. Para ello levantaron el cuerpo del difunto y le ocultaron por lo pronto bajo un monton de escombros. Luego que llegó la noche le sacaron fuera de Jerusalem y fueron á enterrarle muy léjos, en la cumbre de una montaña. El respetable maestro fué echado de ménos por los obreros, y llegando á oidos de Salomon su desaparicion ordenó que nueve maestros se dedicaran exclusivamente á buscarle. Estos hermanos hicieron pesquisas por diferentes rumbos y al segundo dia llegaron á la cumbre del monte Líbano. Allí uno de ellos, rendido de cansancio, se tendió sobre una eminencia y observó que aquella tierra estaba removida recientemente. Al momento llamó á sus compañeros y les participó su observacion, en vista de la cual creyeron debian escavar en aquel sitio, y habiéndolo hecho no tardaron en descubrir el cuerpo de Hiram-Abi y en reconocer con dolor que habia sido asesinado. No atreviéndose por respeto á llevar mas adelante sus investigaciones, cubrieron de nuevo la fosa con la misma tierra que habian sacado, y para conocer el sitio plantaron en él una rama de acacia. En seguida contaron á Salomon todo cuanto habian visto.....

—Hermanos míos—interrumpió el muy respetable, imitemos á estos antiguos maestros. Venerables hermanos prime-

ro y segundo inspector, colocaos á la cabeza de vuestras columnas, y buscad por todas partes al respetable maestro Hiram-Abi.

Los inspectores dieron una vuelta por la logia en sentido inverso, dirigiéndose el uno por el Norte y el otro por el Mediodia. El primero se detuvo cerca de Mauricio, levantó el paño que le cubria, le puso en la mano derecha el ramo de acacia, y volviéndose al muy respetable, le dijo:

—He hallado un hoyo recientemente tapado, en cuyo seno yace un cadáver que supongo sea el de nuestro respetable maestro Hiram-Abi, y para reconocer el sitio mas fácilmente he plantado en él un ramo de acacia.

—Al oir Salomón semejante nueva—continuó el muy respetable—experimentó el mas profundo dolor, y no dudó que los restos mortales que se habian hallado en la fosa fuesen los de su gran arquitecto Hiram-Abi. Dispuso, pues, que los nueve maestros hicieran la exhumacion del cuerpo y le trasladaran á Jerusalem, recomendándoles al mismo tiempo que buscasen en el cadáver la palabra de maestro, y que de no hallarla debian considerarla perdida para siempre. Por si llegaba este caso, les previno que pusieran mucho cuidado para tener presente el ademan que hicieran y las palabras que pronunciaran al encontrar el cadáver, á fin de que este signo y esta palabra sustituyeran en lo sucesivo á las palabras y al signo perdidos. Los nueve hermanos se revistieron con sus mandiles y guantes blancos, y no bien llegaron al Monte Líbano hicieron la exhumacion del cadáver.

—Hermanos míos—añadió el muy respetable—imitemos tambien en esto á nuestros antiguos maestros, y todos reunidos tratemos de exhumar los restos de nuestro infortunado maestro Hiram.

El muy respetable se puso á la cabeza de todos los concur-

rentes á la logia y juntos dieron una vuelta al derredor de la tumba. Al llegar á la derecha del sitio en que se encontraba Mauricio se detuvo y le quitó de las manos el ramo de acacia.

—Ya estamos—dijo—en el sitio que contiene el cuerpo de nuestro respetable maestro; este ramo de acacia es la triste señal. Venerables hermanos, exhumemos sus despojos mortales.

El muy respetable levantó el paño mortuario y descubrió completamente á Mauricio. En seguida levantó las manos al cielo aparentando sorpresa y horror, y dijo:

—¡Oh Señor Dios mio!

Le tomó por el primer dedo de la mano derecha, luego por el segundo, y por fin puso las uñas de sus cuatro dedos debajo de la muñeca de Mauricio, apretó con fuerza su pié derecho contra el pié derecho de nuestro héroe, rodilla contra rodilla, pecho contra pecho, y sosteniéndole por la espalda con la mano izquierda le levantó pronunciando á su oído la palabra:

—*Mahabone.*

Terminada esta ceremonia, el muy respetable proclamó á Mauricio en su nueva dignidad, le hizo sentar á su derecha, y el orador le dirigió un largo discurso de que hacemos gracia á nuestros lectores.

Los trabajos de maestro.

Luego que el hermano orador hubo terminado su discurso, el muy respetable entabló con el hermano primer celador el siguiente diálogo:

—Venerable hermano primer celador, ¿sois maestro?

—Cercioraos de ello si gustais, la acacia me es conocida.

—¿Dónde habeis sido recibido?

—En la cámara del medio.

—¿Cómo habeis llegado á ella?

—Por una escalera que he subido, cuyas gradas representaban los números 3, 5 y 7.

—¿Qué habeis visto?

—Horror, luto y tristeza.

—¿No habeis visto nada mas?

—Una luz lúgubre alumbraba la tumba de nuestro respetable maestro.

—¿Qué dimensiones tenia la tumba?

rentes á la logia y juntos dieron una vuelta al derredor de la tumba. Al llegar á la derecha del sitio en que se encontraba Mauricio se detuvo y le quitó de las manos el ramo de acacia.

—Ya estamos—dijo—en el sitio que contiene el cuerpo de nuestro respetable maestro; este ramo de acacia es la triste señal. Venerables hermanos, exhumemos sus despojos mortales.

El muy respetable levantó el paño mortuario y descubrió completamente á Mauricio. En seguida levantó las manos al cielo aparentando sorpresa y horror, y dijo:

—¡Oh Señor Dios mio!

Le tomó por el primer dedo de la mano derecha, luego por el segundo, y por fin puso las uñas de sus cuatro dedos debajo de la muñeca de Mauricio, apretó con fuerza su pié derecho contra el pié derecho de nuestro héroe, rodilla contra rodilla, pecho contra pecho, y sosteniéndole por la espalda con la mano izquierda le levantó pronunciando á su oído la palabra:

—*Mahabone.*

Terminada esta ceremonia, el muy respetable proclamó á Mauricio en su nueva dignidad, le hizo sentar á su derecha, y el orador le dirigió un largo discurso de que hacemos gracia á nuestros lectores.

Los trabajos de maestro.

Luego que el hermano orador hubo terminado su discurso, el muy respetable entabló con el hermano primer celador el siguiente diálogo:

—Venerable hermano primer celador, ¿sois maestro?

—Cercioraos de ello si gustais, la acacia me es conocida.

—¿Dónde habeis sido recibido?

—En la cámara del medio.

—¿Cómo habeis llegado á ella?

—Por una escalera que he subido, cuyas gradas representaban los números 3, 5 y 7.

—¿Qué habeis visto?

—Horror, luto y tristeza.

—¿No habeis visto nada mas?

—Una luz lúgubre alumbraba la tumba de nuestro respetable maestro.

—¿Qué dimensiones tenia la tumba?

—Tres piés de largo, cinco de profundidad, y siete de ancho.

—¿Qué había encima de ella?

—Un ramo de acacia en la parte superior y un triángulo de oro purísimo en cuyo centro estaba grabado el nombre del Eterno.

—¿Qué os aconteció en la logia?

—Han sospechado que era yo cómplice en un crimen horrible.

—¿Quién os ha justificado?

—Mi inocencia.

—¿Cómo habeis sido recibido?

—Pasando de la escuadra al compás.

—¿Qué buscábais durante vuestra marcha?

—La palabra de maestro que se había perdido.

—¿Cómo se perdió?

—Por tres grandes golpes, bajo los que he sucumbido.

—¿Quién os socorrió?

—La misma mano que me hirió.

—¿Cómo puede ser esto?

—No lo diré jamas sino en secreto á uno de mis iguales cuando me vea obligado á ello.

—¿Qué habeis aprendido?

—Las circunstancias de la muerte de nuestro respetable maestro Hiram que fué asesinado en el templo por tres compañeros que quisieron arrancarle la palabra ó quitarle la vida.

—¿Qué castigo sufrieron esos tres criminales?

—El mismo á que ellos se condenaron.

—¿Cómo puede ser esto?

—Uno de los hermanos enviados por Salomon para buscar á los asesinos, se sentó á descansar al lado de una peña y oyó en una cueva los terribles gemidos de una persona que se ex-

presaba así: ¡Oh! mas bien habria querido que me hubiesen cortado la garganta y arrancado la lengua hasta la raiz enterándola á orillas del mar á un cable de distancia para que el flujo y reflujo la llevara á los abismos ántes que haber sido cómplice en la muerte de nuestro maestro Hiram. Despues otra voz se expresó en estos términos: ¡Oh! primero habria querido que me arrancaran el corazon del pecho y que fuese arrojado á las aves carniceras que haber sido cómplice en la muerte de tan buen maestro. ¡Ay de mí! suspiraba otra voz —yo que le dí con mas violencia que vosotros, pues le dí la muerte, quisiera que mi cuerpo hubiera sido dividido en dos partes, la una llevada al Sur y la otra al Norte, mis entrañas reducidas á cenizas y arrojadas á los cuatro vientos, á fin de que no quedará nada de mí, ántes que haber sido cómplice en la muerte de nuestro maestro Hiram. El hermano, al oír esos gemidos tan lastimeros, llamó á sus compañeros, entraron á la cueva, ataron á los asesinos y los llevaron ante el rey Salomon; confesaron su crimen y todo lo que habia pasado, mostrando el deseo de no sobrevivir á su delito. En consecuencia Salomon mandó que sus propias sentencias fuesen ejecutadas, diciendo que ellos mismos se habian condenado á muerte; á Jubelas le cortaron la garganta, á Jubelos le arrancaron el corazon y á Jubelum le dividieron el cuerpo en dos partes.

—¿Qué hicieron los maestros para reconocerse despues de la muerte de nuestro respetable Hiram?

—Conviniéron en que la primera palabra que pronunciaran y el primer signo que hicieran en el momento de descubrir el cuerpo de Hiram, sustituirian las antiguas palabras y signos.

—¿Cuáles fueron los indicios del descubrimiento del cuerpo de nuestro respetable maestro?

—El vapor de la tierra nuevamente removida y un ramo de acacia.

—¿Cómo le encontraron?
—Muerto y petrificado, porque habian pasado quince días sin poderle hallar.

—¿Qué hicieron cuando le descubrieron?

—Levantaron las dos manos al cielo con sorpresa y horror diciendo: ¡Oh Señor Dios mío! que es el signo de maestro.

—¿Cómo le levantaron?

—Por los cinco puntos de la Masonería.

—¿Cuáles son los cinco puntos?

—Al levantarle por el primer dedo, que es el signo de aprendiz, la carne quedó en la mano del que le tomó; luego trataron de levantarlo por el segundo dedo, que es el signo de compañero, y quedó igualmente en la mano; entónces le tomaron por la gripa de maestro, que es poner las uñas de los cuatro dedos de la mano derecha debajo de la muñeca, apretando con fuerza el pié derecho contra el pié izquierdo, rodilla contra rodilla, pecho contra pecho, y la mano izquierda sosteniendo la espalda, y pronunciando la palabra *Mahabone*, (la carne deja á los huesos) que es la palabra sagrada de maestro.

—Os suplico me expliqueis estos cinco puntos de la Masonería.

—Primero, mano sobre mano, significa que siempre emplearé mis manos para servir á un hermano, segun mis facultades. Segundo, pié contra pié, que jamas temeré desviarme de mi camino para servir á un hermano. Tercero, rodilla contra rodilla, que cuando me arrodille para orar no olvidaré jamas á mi hermano. Cuarto, pecho contra pecho, para significar que guardaré los secretos de mi hermano como los míos propios. Quinto, la mano izquierda sosteniendo la espalda, significa que sostendré á un hermano en cuanto pueda.

—¿Cuál era la descendencia del maestro Hiram?

—Era Tirio, é hijo de una viuda de la tribu de Neftali.

—¿Cuál es el nombre de un maestro mason?

—Gabaon.

—¿Cómo viajan los maestros?

—De Occidente á Oriente, y por toda la faz de la tierra.

—¿Por qué?

—Para difundir la luz y reunir lo que está disperso.

—¿En qué trabajan los maestros?

—En la plancha por trazar.

—¿Dónde reciben su salario?

—En la cámara del medio.

—¿Qué significan las nueve estrellas?

—El número de los maestros enviados en busca del cuerpo de Hiram.

—Si un maestro se perdiera, ¿dónde le hallariais?

—Entre la escuadra y el compás.

—¿Cuáles son las verdaderas señales de un maestro?

—La palabra y los cinco puntos perfectos de la masonería.

—Si un maestro se halla en peligro de perder su vida, ¿qué debe hacer?

—El signo de apuro diciendo: *á mí los hijos de la viuda*.

—¿Por qué se dice los hijos de la viuda?

—Porque todos los masones se llaman hijos de Hiram.

—¿Cuál es la edad de un maestro?

—Siete años, y más.

—¿Por qué decís siete años y más?

—Porque Salomon empleó siete años y más en la construcción del templo.

—¿Qué significa la palabra de pase?

—El nombre de una montaña de donde Salomon hizo sacar las piedras para la construcción del templo.

—¿Por qué fuisteis despojado de todos metales cuando se os recibió de maestro?

—Porque cuando se construyó el templo de Salomon no se oyó ningún golpe de herramienta compuesta de metal.

—¿Por qué fué eso?

—Porque no fuese profanado.

—¿Cómo es posible, hermano mio, que un monumento tan grande haya sido construido sin auxilio de herramientas compuestas de metales?

—Porque los materiales fueron preparados en lo mas remoto del Líbano y llevados en unos carros destinados á este efecto, levantados y colocados con unos martillos de madera hechos á propósito.

—¿Por qué teniais los piés descalzos?

—Porque el lugar donde me hallaba era tierra santa, pues Dios dijo á Moisés, quítate los zapatos porque el lugar que pisas es tierra santa.

—¿Qué es lo que sostiene vuestra logia?

—Tres grandes columnas.

—¿Cómo las llamais?

—Sabiduría, Fuerza y Hermosura.

—¿Qué representan?

—Tres maestros, Salomon, rey de Israel, Hiram, rey de Tiro, é Hiram-Abi, hijo de la viuda, que fué muerto.

—¿Esos tres grandes maestros estaban interesados en la construcción del templo?

—Sí, muy respetable.

—¿Cuáles eran sus obligaciones?

—Salomon debía de dar provisiones y dinero para pagar á los operarios; Hiram, los materiales para el trabajo; Hiram-Abi, dirigir los trabajos.

—Venerable hermano primer inspector, ¿á qué hora debemos cerrar los trabajos?

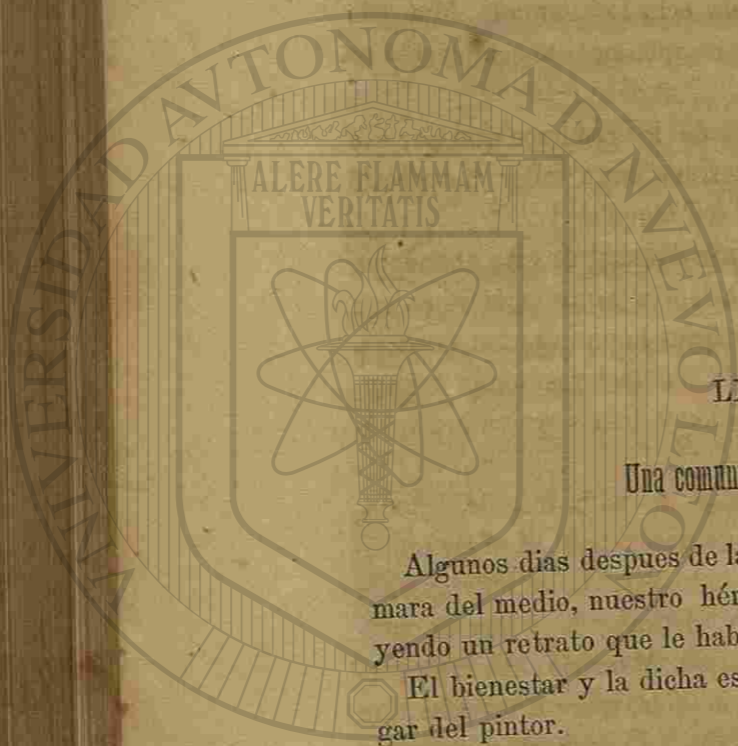
—A media noche.

—¿Qué hora es?

—Las doce.

—Pues que son las doce, y á esta hora terminamos nuestros trabajos, hermanos primero y segundo inspectores, invitad á los hermanos á unirse á mí para cerrar los trabajos de maestro con las baterías y signos de costumbre.

Los celadores repitieron el anuncio y quedaron cerrados los trabajos.



LXXI.

Una comunicacion extraña.

Algunos dias despues de la recepcion de Mauricio en la cámara del medio, nuestro héroe se hallaba en su casa concluyendo un retrato que le habian encomendado.

El bienestar y la dicha estaban muy léjos del modesto hogar del pintor.

A pesar de las promesas de Manuel y de las seguridades que le dió de que toda la francmasonería le proporcionaría trabajo, su clientela era muy reducida. Habia prescindido ya de hacer cuadros originales y buenas copias, porque se eternizaban en las paredes de su taller, que era un departamento de su habitacion, ó tenia que cederlos á vil precio á los que especulan con el talento y la miseria de los artistas y de los hombres de génio. Hacia retratos de pacotilla, al gusto del consumidor, sofocando sus instintos de artista para que el pincel caminara de prisa y poder cubrir su reducido presupuesto.

Muchas veces le sucedia tener que arquear unas cejas, que

adelgazar unos labios, que agrandar unos ojos por indicacion del original, y aunque el arte y el parecido sufrían, como el exigente original pagaba y pretendia ser en retrato mejor de lo que su bendita madre le habia echado al mundo, Mauricio se mordía los labios y le dejaba completamente complacido so pena de perder su clientela.

Es fácil de suponer la escasez de los recursos que por ese medio se proporcionaba el pintor, en cuyo taller no pareció nunca para encargar trabajo mason alguno.

Cuando Mauricio se quejaba con Manuel de este abandono, su amigo le decia que tuviera paciencia y que veria cómo con el tiempo hasta los masones europeos le encargarian cuadros. Entretanto seguia escamotándole sus mejores obras á cambio, decia, de derechos de recepcion y demas gastos indispensables á un mason en la logia.

Esto parecerá increíble á quien no haya tratado íntimamente á uno de esos hombres que descuellan sobre la multitud por su génio. La ciencia de la vida les es completamente desconocida y generalmente son víctimas de quien es suficientemente audaz para explotarlos. Mauricio habia progresado en su arte de una manera notable, pero á medida que avanzaba en ese mundo ideal en que se complace en vagar la imaginacion de los artistas, perdía terreno en este mundo miserable en que vivimos todos y donde los bribones y los pe-tardistas tienen la mejor parte.

Manuel era uno de esos hombres cuya ambicion mézquina se reduce á hacer dinero por cuantos medios sean posibles; intrigante por naturaleza y bribon por instinto, habia llegado á adquirir cierta influencia en la sociedad masónica á la que habia pretendido y logrado pertenecer para medrar á su sombra. Mostrándose en todas ocasiones mason ferviente y decidido, haciendo la propaganda con fruto para la asociacion,

llegó á ser considerado por los directores de ella como uno de sus miembros mas útiles, y muchas de sus voluntades eran para la logia á que pertenecía leyes que con gusto se acataban.

Habia llamado su atencion el cuadro de Mauricio, y deseó poseerle, pero no de esa manera que deseamos todos, que ó hacemos un sacrificio para satisfacer un capricho ó esperamos pacientemente una ocasion para alcanzar lo que anhelamos; quiso tener el cuadro sin que nada le costase y le ocurrió la diabólica idea de hacer mason á Mauricio para lograr su objeto.

Ya hemos visto cómo sedujo al pobre pintor y cómo supo explotar sus disgustos domésticos y su ambicion de artista para que consintiera en afiliarse en la masonería.

Una vez obtenido el cuadro que anhelaba se guardó bien de satisfacer al tesorero de la logia los derechos que causaba Mauricio; usando de la influencia que como hemos dicho ántes habia sabido adquirir entre los principales masones, pidió y obtuvo un plazo para que su recomendado satisficiera los derechos que le correspondian, no habiendo podido lograr, á pesar de lo mucho que trabajó en ese sentido, que fuese completamente dispensado de hacer el pago, porque en materia de dinero no entendia de gracias y dispensaciones la Gran Logia.

Deciamos al principio de este capítulo que Mauricio se hallaba pocos dias despues de su recepcion de maestro dando la última mano á uno de los retratos que se veia obligado á hacer para vivir.

María estaba allí y procuraba cansar la paciencia del pintor haciéndole observaciones sobre su obra, observaciones que Mauricio recibia sonriendo sin dejar de trabajar.

—Solo á tí te ocurre, decia la malintencionada esposa, po-

nerle á esa vieja que toda se vuelve arrugas una frente tan tersa que parece una niña de quince años.

—¿Pero qué quieres, mujer? ella se empeña en que cerrando los ojos de cierta manera desaparecen las arrugas de la frente.

—Suponiendo que sea cierto eso, ahí está con los ojos abiertos, ¡y qué ojos! parecen de venado, y la buena señora los tiene redondos y chicos como los de los gatos.

—Debe uno darle gusto al marchante; despues de haberme hecho la observacion de la frente, abria los ojos desmesuradamente para que me parecieran grandes, y ya ves tú que no debia hacerme desentendido.

En aquel momento llamaron á la puerta del taller de una manera particular.

Mauricio se estremeció.

María, que en todo veia motivos para mortificar á su esposo, corrió á la puerta dirigiendo á Mauricio una mirada aterradorá y preguntándole con voz ahogada por la cólera:

—¿A quién aguardas?

—A nadie.

—¿Pues por qué temblaste al oír llamar?

—Porque no me esperaba que llamaran.

Durante esta rápida conversacion María habia llegado á la puerta, que abrió.

Un viejo de fisonomía adusta y vestido de gris se presentó en la habitacion, y á pesar de las señas que le hacia Mauricio, y que no veia realmente ó aparentaba no ver, entregó á María un pliego cerrado, diciéndole:

—Para el Sr. D. Mauricio de Gonzaga.

La esposa del pintor se apoderó violentamente del pliego que le alargaba el viejo, y no desmintiendo el carácter que le conocemos, le abrió y leyó sin que Mauricio hubiera tenido tiempo de impedirlo.

—Me quieres decir—preguntó á su esposo—¿qué significa esta gerigonza?

—Si no me dejas leer, ¿cómo quieres que sepa?.....

—Mira, contestó María acercándole el pliego á los ojos.

Mauricio leyó asombrado la comunicacion siguiente:

«A.: L.: G.: D.: G.: A.: D.: U.:

Teniendo esta L.: Simb.: necesidad de colectar lo que los hermanos de ella adeudan á la Tesor.: por aumentos de salario, cuotizaciones mensales y valor de útiles ó instrumentos de trabajo, os suplico, querido hermano, os apresureis á satisfacer las cantidades que adeudais por dichos aumentos, cuotizaciones, útiles, etc, para que esta L.: Simb.: no se vea en el duro caso de mandaros cubrir el templo, conforme al artículo respectivo de nuestro reglamento, con lo cual os suplico recibais mi abrazo fraternal saludándoos con los signos y baterías de costumbre.

L.: Simb.: Aréopago.: á los 20 d.: del segundo m... m.: a.: l.: 5866.—Claudio Neron, venerable pro témpora.—A nuestro muy querido hermano Mauricio de Gonzaga.»

Nuestro héroe quedó como petrificado al acabar de leer comunicacion tan rara. No podía comprender que cupiera en cabeza humana la diabólica idea de arrebatar á un pobre artista sus mejores obras, único tesoro que poseía, para engañarle torpemente y especular con su buena fé y con su confianza. Porque no cabia duda, el papel que tenia en la mano era una requisitoria formal para que verificase el pago de una cantidad que él mismo ignoraba á cuánto ascendia, y que juzgaba, sin embargo, satisfecha con usura por la cesion que habia hecho á Manuel, representante, segun él, de la legia, de sus magníficos cuadros.

María le miraba atentamente y veía cómo cambiaba de color su rostro á cada pensamiento que cruzaba por su imaginacion, é impaciente y violenta como siempre, le arrebató el papel de la mano y repitió con irritada voz:

—¿Me dirás por fin qué significa esto?

—No comprendo..... contestó Mauricio distraido.

—¡Cómo! ¿no comprendes? Algun enredo es ese que no puede quedarse así. ¡Tú me engañas!

—Pero si yo he pagado, y mas que otros..... siguió diciendo Mauricio como si hablara consigo mismo y olvidándose completamente de María.

—¡Tú has pagado! Pero ¿qué has pagado? ¿por qué? quiero saberlo en el momento, habla—dijo María cada vez mas irritada y sacudiendo violentamente el brazo de su esposo.

Mauricio pareció volver en sí.

—¿Qué es lo que quieres, María? ¿por qué me sacudes de esa manera el brazo? ¿que te pasa?

—¡Y todavía pregunta qué quiero! ¡qué me pasa! ¡Alma de cántaro! ¿no hace una hora que te estoy preguntando qué significa este papel?

—¡Este papel!—contestó Mauricio tratando inútilmente de tomarle de manos de María—este papel..... no comprendo..... será una broma de algun amigo, de Ramon por ejemplo, dámele.

—Pierde cuidado, que no ha de salir de mis manos hasta averiguar lo que es. Sabe Dios si estarás de acuerdo con alguna para escribirse ella y tú de manera que si yo veo las cartas no las entienda, ¡infame!

Mauricio no pudo ménos de reirse de la idea de María.

—¡Te ries, eh! ¿rees que con eso quedo muy conforme? pues te equivocas, he de alborotar cielo y tierra hasta averiguar lo que este papel quiere decir.

—Me harás un servicio, hija, porque yo tampoco sé lo que significa.

—¡Hipócrita!

—Mil gracias.

—Mira Mauricio, no me exasperes, porque soy capaz de comerte.

—Deja que me quite la blusa, no vayas á envenenarte con la pintura.

—¡Mauricio!

—¿Hija?

—¡Eres un infame!

—Vd. me favorece demasiado, Mariquita.

—Me voy por no matarte—dijo exasperada hasta el extremo María, arrojando á la cara del pintor la comunicacion del venerable de la logia.

Mauricio la recogió, reflexionó un momento, se lavó las manos, se quitó la blusa, tomó el sombrero y salió de su habitacion.

Como todo tiene remedio en esta vida, nuestro héroe le habia encontrado, para que las campañas de su mujer no tuvieran graves consecuencias, en la calma y el tono de broma que adoptaba para contestar á sus injurias.

LXXII.

Masones y jesuitas.

Nuestro amigo Ramon, á quien hemos dejado de ver hace tanto tiempo, habitaba en una modesta vivienda de casa de vecindad; su palacio, como él la llamaba, se componia de dos piezas pequeñas y una azotehuela. Nada mas peregrino que el ajuar y la distribucion de aquellas piezas á las que vamos á introducir al lector.

La principal, á la que solo los íntimos entraban, habia sido bautizada por el exéntrico jóven con el nombre de Museo, á consecuencia de un librero antiguo, con rejas de alambre en vez de cristales, que habia comprado en el Baratillo y que le servia para guardar las prendas que recibia de sus numerosas conquistas; rizos de todos matices, desde el rubio rojo hasta el negro azabache, retratos fotográficos mas ó menos malos, zapatos de todas formas y colores, paquetes de cartas atados con cintas encarnadas, y otros objetos por el estilo llenaban el estante, principal mueble del departamento, y constituian

—Me harás un servicio, hija, porque yo tampoco sé lo que significa.

—¡Hipócrita!

—Mil gracias.

—Mira Mauricio, no me exasperes, porque soy capaz de comerte.

—Deja que me quite la blusa, no vayas á envenenarte con la pintura.

—¡Mauricio!

—¿Hija?

—¡Eres un infame!

—Vd. me favorece demasiado, Mariquita.

—Me voy por no matarte—dijo exasperada hasta el extremo María, arrojando á la cara del pintor la comunicacion del venerable de la logia.

Mauricio la recogió, reflexionó un momento, se lavó las manos, se quitó la blusa, tomó el sombrero y salió de su habitacion.

Como todo tiene remedio en esta vida, nuestro héroe le habia encontrado, para que las campañas de su mujer no tuvieran graves consecuencias, en la calma y el tono de broma que adoptaba para contestar á sus injurias.

LXXII.

Masones y jesuitas.

Nuestro amigo Ramon, á quien hemos dejado de ver hace tanto tiempo, habitaba en una modesta vivienda de casa de vecindad; su palacio, como él la llamaba, se componia de dos piezas pequeñas y una azotehuela. Nada mas peregrino que el ajuar y la distribucion de aquellas piezas á las que vamos á introducir al lector.

La principal, á la que solo los íntimos entraban, habia sido bautizada por el exéntrico jóven con el nombre de Museo, á consecuencia de un librero antiguo, con rejas de alambre en vez de cristales, que habia comprado en el Baratillo y que le servia para guardar las prendas que recibia de sus numerosas conquistas; rizos de todos matices, desde el rubio rojo hasta el negro azabache, retratos fotográficos mas ó menos malos, zapatos de todas formas y colores, paquetes de cartas atados con cintas encarnadas, y otros objetos por el estilo llenaban el estante, principal mueble del departamento, y constituian

la riqueza de Ramon y el fundamento de su vanidad en el ramo de conquistas amorosas. A ambos lados del librero se hallaban dos esqueletos humanos que, al decir del amigo de Mauricio, pertenecian á las dos muchachas mas lindas que hubo en el mundo y que habian muerto de amor por él; algunas piedras minerales y unas cuantas antigüedades de las que se fabrican en nuestros dias, se ostentaban en tablas colgadas de la pared á la manera de tinajeros como los que se ven en las cocinas de los pobres; cada piedra tenia el nombre de la mina de donde habia sido sacada, la fecha de su extraccion, la ley de metal que contenia y todas las circunstancias que podian contribuir á hacer creer que nuestro jóven amigo en persona las habia arrancado de las profundidades de la tierra; él mismo llegaba á creerlo algunas veces, pero la verdad es que jamas habia visto una mina y que las piedras tenian la misma procedencia que el armario donde encerraba sus recuerdos amorosos. Pretendia tambien que las antigüedades que poseia habian sido encontradas, unas en las excavaciones practicadas en Herculano y Pompeya, y otras en el Palenque y en Cholula, pero lo cierto es que las habia comprado en el ático de Catedral.

El menaje de la otra pieza se componia de un catre de tijera, perniquebrado y atado á la manera de los muelles sentados de los coches; una piel de leopardo á los piés de la cama daba materia á Ramon para referir á quien se prestaba á escucharle los peligros que corrió cuando acosado en un monte por la fiera á que perteneci6 aquella piel se vió obligado á matarla y á guardar como recuerdo de tan terrible aventura la salea, que en confianza diremos á nuestros lectores habia comprado en una curtiduría de la calle de Jesus. Una mesa pequeña, en la que se ostentaban una calavera y algunos libros viejos; unas cuantas sillas de brazos forradas de cuero y que

acusaban por origen alguna sacristía, cuatro ó seis cuadros de mediana ejecucion colgados en las paredes, sin marcos, y que manifestaban los adelantos supremos de Ramon en el arte de la pintura, completaban el extraño ajuar de la habitacion de nuestro amigo.

En la época en que volvemos á encontrarle se hallaba consagrado á la literatura. Estaba convencido, decia, de que la profesion de literato, si no la mas socorrida, era la mas cómoda y divertida del mundo, y él la abrazaba de todo corazon. Pensaba hacer su extremo en el mundo literario con una historia de los jesuitas, y se hallaba acostado en su catre, boca arriba, con los piés recogidos de manera que formaban un pupitre sus rodillas, comentando la obra de Cretinau Joly de una manera digna de Boucher, cuando llamaron á la puerta de su habitacion:

—¡Adentro!—dijo sin cambiar de postura.

La puerta se abrió y apareció Mauricio.

—¡Diantre!—siguió Ramon—¿qué buen viento te trae por aquí, querido, á honrar este palacio?

—Mira—contestó Mauricio alargándole el pliego que ya conocemos.

—¡Calle! ¿te han hecho empleado de hacienda?—preguntó Ramon fijando la vista en un sello realzado en blanco que tenia el pliego por la parte que Mauricio se le presentaba.

—¡Empleado de hacienda!—contestó este asombrado—¿de dónde lo infieres?

—Hijo, no se necesita ser adivino para eso; bien claro lo dice aquí, mira: Secretaría de Estado y del Despacho de Hacienda y Crédito público; ¿lo ves?

—En efecto, no habia yo reparado..... pero abre el pliego y lee lo que contiene.

—¡Hola! otro sellito! ¿y este qué dice? Rito de Misraim,

Logia Simbólica del Areópago. ¡Masonería tenemos, chico! ¡Vaya un descubrimiento! ¿con que la Logia Simbólica del Areópago usa papel timbrado del Ministerio de Hacienda, eh? Con razón está en bancarota el erario. Y dime, ¿qué quieren decir estas letras A. L. G. D. G. A. D. U.?

—A la gloria del Grande Arquitecto del Universo.

—¿Sabes que me has dado por mi flaco, hombre? Esta ocurrencia me va á dar asunto para un capítulo de la obra que me prometo escribir sobre los jesuitas; intitularé este capítulo: de los puntos de contacto que existen entre los jesuitas y los masones, ¿te parece?

—Francamente, no encuentro.....

—¡Cómo! los jesuitas ponen al frente de todos sus escritos las iniciales A M D G, que quieren decir *ad majorem dei gloriam*, y que equivalen á las famosas A L G D G A D U; los jesuitas son mas concisos que los masones, eso es todo. Y dime, ¿no tendrá Hiram-Abi grado de general en el ejército mexicano?

—Sabes, Ramon, que me estás pareciendo loco? ¿tienes unas preguntas!.....

—Te lo pregunto seriamente, y no sin misterio; ¿lo sabes tú?

—No creo semejante disparate, ¿pero se puede saber el motivo de tu pregunta?

—Hombre, no tengo inconveniente en decirte; como vamos saliendo ahora con que los masones son plagarios de los jesuitas no seria raro que en eso del generalato de Hiram-Abi no hubieran querido quedarse atras.

—Si no te explicas.....

—¡Vaya! me olvidaba de que estaba hablando con un artista eminente, pero que nada sabe de historia.

Mauricio hizo una inclinacion.

—Has de saber, querido Mauricio, que á mediados de este siglo los señores jesuitas intrigaron tanto y tan bien en la corte de Fernando II, rey de las dos Sicilias, que este mentecato nombró á S. Ignacio de Loyola mariscal de campo de su ejército con el sueldo correspondiente á este empleo; sueldo que recibia la compañía de Jesus, sin duda para enviarle al otro mundo á su fundador, que nunca soñó, mientras vivió en este, tener semejante grado en el ejército napolitano.

—Tú te chanceas.

—No, hijo, es la verdad; figúrate que estoy recogiendo datos para escribir la historia de los jesuitas, y he hallado esa perla que me va á servir para llenar algunas páginas. La ocurrencia no puede ser mas peregrina, ¿verdad?

—Ya lo creo, pero hazme el favor de leer.....

—Lo dicho dicho, chico, este tono dulzon, este abrazo fraternal y tantas mieles para cobrarte acusan un origen que huele á jesuita de á leguas. Por algo dicen aquello de ¿quién es tu enemigo? el de tu oficio. Ya no encuentro raro que los masones y los jesuitas estén siempre como perros y gatos. Pero me querrás explicar, hombre de Dios, ¿qué significa esto de año de 5866? ¿Pretenderán los masones que su institucion data de ántes del diluvio?

—La verdad, lo ignoro.

—Y esto de Claudio Neron, venerable *pro-tempora*?

—Es el nombre simbólico del venerable de la logia.

—¡El nombre simbólico! No me negarás que muy bien habria podido escoger su merced otro mas simpático que el del hijo de Agripina.

—Eso va en gustos.

—Pero vamos, supongo que no me has traído este papasal para que le comentemos, sino para alguna otra cosa. ¿En qué puedo serte útil?

—Quiero que me des un consejo.

—Estoy á tus órdenes.

—No sé si te dije que no pudiendo cubrir los gastos de mi iniciación en la masonería, habia cedido á la Gran Logia, para que me dispensara de los derechos, mi cuadro de la familia.

—No me lo dijiste, hombre; yo te habria aconsejado que no cometieras semejante barbaridad.

—Me ponderó tanto Manuel las ventajas de la confraternidad masónica.....

—Ya las estás palpando.

—Era yo tan desventurado en casa.....

—No eres hoy mas feliz que digamos.

—Tenia tanta necesidad de cariño, de proteccion, de ayuda.....

—Pues si necesitabas de esas cosas para remedio, ya puedes irte muriendo, porque en la botica de los masones no las hay.

—Pero sea lo que fuere, Ramon, yo me hice iniciar como mason y cedí mi cuadro en pago de derechos. Pedí á poco, por consejo de Manuel, aumento de salario y cedí otra de mis obras, pasaron algunos meses y un nuevo aumento de salario me obligó á desprenderme de mi último cuadro original.

—Perdona que te interrumpa, hombre; querrás explicarme ¿qué es eso de pedir aumento de salario?

—Solicitar el ser iniciado en un grado superior del que se tiene.

—¿Y se paga por eso?

—Claro está.

—¿Y qué ventajas resultan de ese aumento de salario?

—Llamarse compañero ó maestro en vez de aprendiz ó compañero y avanzar un poco mas en los secretos y trabajos de los masones.

—Tienen unas cosas tus hermanos que asombran; eso de llamar á quitarle á uno las pesetas aumentarle el salario solo á ellos se les ocurre. Pero volviendo á tu asunto, ¿cómo es que habiendo hecho el sacrificio de tus mejores cuadros para satisfacer la avidez de esos caníbales te cobran ahora con tantos cumplimientos?

—No lo comprendo.

—¿Mandaste directamente tus cuadros á la Gran Logia?

—Nó, se los entregué á Manuel que me dijo era el comisionado para recibirlos.

—¿Qué santo eres, Mauricio! La cosa está clara como la luz, tu amiguito el mason se ha alzado con las pinturas y te ha comprometido.

—¿Sería capaz de semejante infamia?

—¡Toma! ya lo creo, y de otras mayores.

—Entonces tenemos que dejarlo de ese tamaño y ver cómo se paga.....

—Si hubieras existido en tiempo de Herodes, de fijo que no te escapabas, hombre; mientras mas vives mas cándido te vuelves. Es preciso recobrar los cuadros cuanto ántes, y por lo que toca á los derechos deja que te cubran mil templos y echa á pasear á tus hermanos los masones.

—¡Imposible, Ramon, mis juramentos!

—¡Calle! ¡Con la que te me vienes saliendo! tus juramentos ¿eh? ¿Quién te habla de quebrantarlos? ¿Has jurado acaso que te dejarías exquilmar? ¿Has jurado que harías morir de hambre á tu mujer ántes de quedar á deber unos derechos cuyo importe se empleará en objetos muy santos, sin duda, pero que no pueden ser tan sagrados como el de la conservación de la familia? Por ahora, vamos á ver á Manuel y á confundirle.

—Pero, Ramon, no ves que es muy fuerte eso de ir á de-

cirle á un hombre en su cara que es un bribon, que ha abusado de la amistad comprometiendo á quien con tan buena fé hacia confianza de él?

—¿Y no te parece á tí mas fuerte lo que él ha hecho? ¿y no crees que un hombre capaz de semejantes cosas es indigno de la menor consideracion?—preguntó á su vez Ramon acabando de mudarse de traje; y sin esperar la respuesta de su amigo le puso él mismo su sombrero en la cabeza y tomándole del brazo le arrastró fuera de la habitacion.

LXXIII.

El falso amigo.

La casa en que habitaba Manuel estaba muy léjos de parecerse á las modestas viviendas de nuestros dos amigos. A pesar de tutearse con Manuel, Ramon y Mauricio no le visitaban; sus relaciones eran de colegio y calle, pues aunque varias veces les habia ofrecido su casa, no teniendo negocio que tratar con él y no pudiendo perder el tiempo en visitas inútiles por ser ambos pobres y tener necesidad de trabajar para vivir, no habian aceptado el ofrecimiento.

Al entrar al zaguan, Ramon estrechó el brazo de Mauricio de una manera significativa, y le dijo en voz baja:

—Mira qué lujo, chico; vete formando idea del hombre; ¿de dónde puede venirle esto?

Habian penetrado en el patio y avanzado algunos pasos nuestros dos amigos, cuando un mozo se interpuso en su camino y les preguntó con tono casi regañon:

—¿A quién buscan vdes.?

cirle á un hombre en su cara que es un bribon, que ha abusado de la amistad comprometiendo á quien con tan buena fé hacia confianza de él?

—¿Y no te parece á tí mas fuerte lo que él ha hecho? ¿y no crees que un hombre capaz de semejantes cosas es indigno de la menor consideracion?—preguntó á su vez Ramon acabando de mudarse de traje; y sin esperar la respuesta de su amigo le puso él mismo su sombrero en la cabeza y tomándole del brazo le arrastró fuera de la habitacion.

LXXIII.

El falso amigo.

La casa en que habitaba Manuel estaba muy léjos de parecerse á las modestas viviendas de nuestros dos amigos. A pesar de tutearse con Manuel, Ramon y Mauricio no le visitaban; sus relaciones eran de colegio y calle, pues aunque varias veces les habia ofrecido su casa, no teniendo negocio que tratar con él y no pudiendo perder el tiempo en visitas inútiles por ser ambos pobres y tener necesidad de trabajar para vivir, no habian aceptado el ofrecimiento.

Al entrar al zaguan, Ramon estrechó el brazo de Mauricio de una manera significativa, y le dijo en voz baja:

—Mira qué lujo, chico; vete formando idea del hombre; ¿de dónde puede venirle esto?

Habian penetrado en el patio y avanzado algunos pasos nuestros dos amigos, cuando un mozo se interpuso en su camino y les preguntó con tono casi regañon:

—¿A quién buscan vdes.?

—¡Toma!—dijo Ramon con aire de importancia—¿á quién quiere vd. que busquemos? á su amo, á Manuel.

—¿Tienen vdes. la bondad de darme sus tarjetas?—continuó el cerbero algo humanizado al ver la resolucion con que le hablaba nuestro amigo.

—¿Nuestras tarjetas? Es inútil, anúnciele vd. á dos antiguos condiscípulos suyos.

—Es que no sé si está.....

—Bueno, hombre, bueno, vaya vd. á informarse.

El criado subió pausadamente la escalera, y Ramon, que no era hombre de aguardar á nadie de pié y en el patio, subió tras de él llevando consigo á Mauricio, á pesar de las indicaciones del portero de que le aguardase un momento.

Mientras el criado se dirigió á la cocina para hacer que le llevaran el recado á Manuel, Ramon, que habia visto al fondo del corredor una vidriera abierta se introdujo por ella en union de su amigo á una antesala, en la que se ostentaban un rico ajuar dorado con tapiz de terciopelo carmesí, consolas doradas y primorosamente talladas, con cubiertas de mármol, grandes espejos, magníficos adornos de bronce, mullida alfombra y cortinas de punto bordadas.

—Ve mirando, chico—decia Ramon á Mauricio—aun cuando trabajemos toda la vida no llegaremos ni tú ni yo á tener este tren. Lo que me admira es que no estén aquí tus cuadros; ya se ve, estarán en la sala como lugar mas preferente; me late que se entra por aquella puerta, ven.

Mauricio estaba asombrado y dejaba hacer á Ramon, que con el mayor garbo del mundo empujó la puerta á que se habia referido, que en efecto conducia al salon, adonde hizo entrar á Mauricio, llevándole de la mano.

Los muebles de aquella pieza, soberbiamente tallados y de madera negra, estaban forrados de reps de seda naranjado y

blanco; en el centro habia una mesa tortuga y sobre ella un grupo de bronce dorado, perfectamente acabado, que representaba el rapto de las sabinas; en el fondo, dos gigantescos espejos, á ambos lados de una puerta, reproducian dos magníficos jarrones, de la misma materia que el grupo de que acabamos de hablar y de una cinceladura que haria honor á Benvenuto Cellini, que descansaban sobre el blanco mármol de las consolas que servian de base á los espejos; arriba de la puerta, el cuadro de la familia pintado por Mauricio atraia desde luego la atencion del visitador; en las paredes laterales lucian las otras dos obras maestras de nuestro héroe, y arriba del sofá un espejo horizontal completaba el adorno elegante y de buen gusto de aquel salon, en cuyos cuatro ángulos habia ademas cuatro columnas de mármol con candelabros de bronce dorado haciendo juego con una gran lámpara del propio metal que colgaba del centro del cielo raso blanco y oro; en las paredes alternaban con el blanco papel moaré que las tapizaba, cortinajes de punto con goteras de igual tela que la que cubria los muebles.

Nuestros dos amigos no habian tenido aun tiempo para pronunciar una sola palabra, cuando por la misma puerta por donde ellos habian entrado apareció Manuel, visiblemente contrariado, y buscando á los que se habian atrevido á entrar sin su permiso al *Sancta sanctorum*; porque Manuel, como todos los amantes del lujo y del dinero que tienen una alma miserable, cuidaba exageradamente cuanto poseia, y no habria querido que nadie pisara sus alfombras ni tomara asiento en sus muebles porque no se maltrataran. Su contrariedad subió de punto cuando reconoció á Ramon y á Mauricio y el primero le dijo con cierta sorna:

—¿Cáscaras, chico! vives como un príncipe.

—¿Tú crees?—contestó Manuel entre molesto y risueño.

—No creo, sino veo.

—Pero, ¿qué milagro es este? ¿qué buenos vientos traen á vdes. por aquí?

—Es un milagro masónico, Manuel—respondió seriamente Ramon, y en cuanto á los vientos que nos traen á tu casa pronto vas á poder calificarlos mejor.

—Esto ya pica en historia, replicó Manuel esforzándose por sonreír, nos sentaremos para saborearla cómodamente.

E hizo á los dos amigos una indicacion para que tomaran asiento.

—Decias.....—continuó, dirigiéndose á Ramon.

—Decia yo que nuestro amigo Mauricio ha recibido esta comunicacion de la que te suplico te enteres—y alargó á Manuel el oficio que ya conocen nuestros lectores.

Mientras Manuel leía, Ramon no apartaba la vista de su semblante, que permaneció impasible. El mason propagandista habia tenido tiempo de recobrase, y aguardaba sereno la tempestad que se le preparaba.

En cuanto á Mauricio, estaba mortificado como si él fuese el verdadero culpable, y habria querido hallarse á mil leguas de distancia.

—Y bien—dijo Manuel cuando concluyó la lectura—¿qué es lo que desea Mauricio? ¿que le obtenga un plazo?

—Manuel—contestó Ramon asombrado de tanto cinismo—lo sé todo; esos cuadros que constituyen el mejor adorno de este lujoso salon son obra de nuestro amigo Mauricio, á quien se los has exigido como precio de su iniciacion y de sus ascensos en la masonería; no venimos aquí á pedirte un favor, ni á exigirte el cumplimiento de tu compromiso, venimos á que nos devuelvas esos cuadros que posees malamente; en cuanto á lo que le cobran á Mauricio, veremos él y yo si debe ó nó pagarlo.

—Estoy admirado—repuso Manuel—de que Mauricio, que ya es mayorcito de edad, necesite tutores para arreglar sus negocios particulares, y extraño que se haya prestado á esta indigna farsa y te esté escuchando sin desmentirte; esos cuadros que me reclamas á su nombre y en su presencia me pertenecen legítimamente, por donacion en forma que me ha hecho de ellos á cambio de servicios eminentes que reconoce bajo su firma haber recibido de mí. Tengo en mi poder los documentos que lo acreditan y desafío á Mauricio á que diga lo contrario.

—Manuel—dijo entónces Mauricio despegando sus labios secos y grises de ira—tú sabes bien que no dice la verdad y que al exigirme la firma de esos documentos que yo tuve la debilidad de cubrir con mi nombre creyendo en tu palabra de caballero, tú te comprometias en cambio á satisfacer por mí cuanto se necesitara para los gastos de las farsas que me has hecho representar; ó mejor dicho, á que la logia recibiera los cuadros en lugar de dinero; eres un miserable fullero, indigno de que un hombre honrado te dirija la palabra.

—Recuerda que estoy en mi casa, Mauricio.

—Para decir la verdad cualquiera lugar es á propósito.

—Te haré despedir por mis criados, insolente!

—¡Calma, calma!—dijo entónces Ramon interponiéndose—al primer movimiento que hagas para llamar, te echo la mano al cuello y te doy otra leccioncita como la que me valió el gusto de ser tu amigo. Seamos razonables, monseñor Manuel.

—Veamos, ¿qué es lo que exigen vdes. de mí?—contestó este, mas humanizado con la amenaza de Ramon y recordando la felpa á que aludía nuestro buen amigo y que habia recibido de él en el colegio.

—Dos cosas muy sencillas. La primera, que ó le devuelvas

á Mauricio sus cuadros ó le satisfagas su importe; tú eres conocedor y sabrás apreciarlos en lo que valen; la segunda, que nos hagas el favor, previo el pago ó devolucion de los cuadros, de convencerte de que nunca nos has visto, y por consiguiente, de que no somos ni siquiera conocidos tuyos. Mucho nos honra tu amistad, chico, pero renunciamos generosamente á ese honor.

—Estoy dispuesto á comprar los cuadros, ¿cuánto valen?

—respondió Manuel, reflexionando que en la situacion en que se hallaba no podia hacer mas que lo que le exigiera Ramon.

—Media talega cada uno, ya ves que no son muy caros.

—Mas podian ser.

—¿Cómo! ¿te atreves á regatear? ¡tres obras maestras! dijo con aire amenazante Ramon.

—Pero, señores, este es un verdadero asalto.

—Llámale como quieras, pero afloja los dineros. Entiendo que todas las maneras para recobrar uno lo suyo son buenas. Con que así, resígnate.

—¿Pero de donde quieres que yo haya esa cantidad? ¿Quién tiene en su casa y en estos tiempos mil quinientos duros tan á la mano?

—Pues si te parece mejor, nos llevaremos los cuadros, elige.

—Si te conformaras con un pagaré á un mes de la fecha...

—Mira, Manuel, si hemos de ser francos, creo que ese pagaré y nada es lo mismo, porque no tengo confianza en que le pagues; pero sin embargo, si Mauricio quiere aceptar tu proposicion.....

—Por mi parte no hay inconveniente—dijo Mauricio.

Entónces Manuel sacó una cartera de su bolsillo, rompió una de sus hojas y escribió:

«Al mes de la fecha pagaré al Sr. D. Mauricio de Gonzaga

mil quinientos pesos, valor de tres pinturas que le compré y he recibido á mi satisfaccion.»

—¿Te parece así?—preguntó á Ramon.

—La fecha, y firma—contestó este encogiéndose de hombros.

Luego que Manuel hubo firmado, Ramon tomó el papel que le alargaba y dijo:

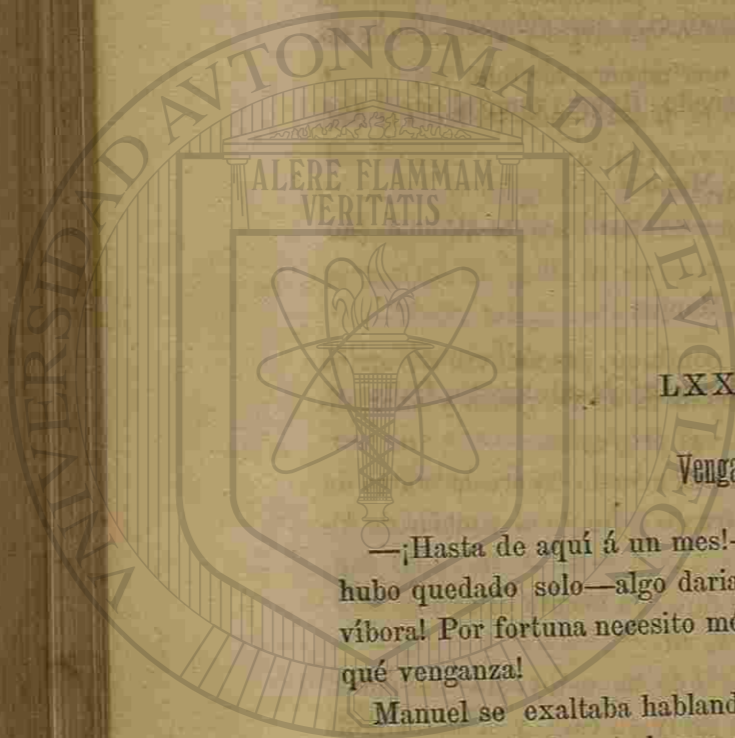
—Hasta de aquí á un mes, Manuel.

—Hasta de aquí á un mes—contestó este.—¿Cómo! ¿no me dás la mano?

—Nó—contestó secamente Ramon.

—¿Y tú, Mauricio?

—Tómala, respondió este, alargándole su diestra, franca y leal.



LXXIV.

Venganza.

—¡Hasta de aquí á un mes!—repitió Manuel luego que se hubo quedado solo—algo darías por poderme ver entonces, víbora! Por fortuna necesito ménos tiempo para vengarme, ¡y qué venganza!

Manuel se exaltaba hablando consigo mismo y había ido elevando gradualmente la voz á medida que hablaba hasta llegar á pronunciar las últimas palabras bastante alto.

Al oír el metal de su propia voz se detuvo asombrado en medio de los paseos que daba por el salón.

—Soy un niño—se dijo—¡si alguno me escuchara! pero nó; estoy solo, enteramente solo—continuó sonriendo—tengo en mis manos la suerte de ese chico..... aunque bien reflexionado, ¿por qué había de tomar venganza de él cuando nada me ha dicho, cuando me ha tendido la mano con una confianza que raya en necedad? ¿Por qué? porque..... ¿quién sino él ha ido á consultar con Ramon lo que le pasaba?..... Si él

no hubiera puesto á su amigo al tanto del negocio de los cuadros, este no habría tenido pretexto para insultarme, y ¡de qué modo! ¡en mi propia casa!..... jamás habría yo creído en semejante audacia..... es preciso vengarse, y vengarse de los dos de una manera cruel, de una manera terrible.....

En aquel momento entró á la pieza donde se hallaba Manuel una criada, y le dijo con voz tímida:

—Preguntan por vd., señor.

—Dí que no estoy en casa.

—Es qué.....

—Haz lo que te mando.

La criada salió, y Manuel continuó paseándose de arriba abajo en la sala acariciando sus ideas de venganza y exaltándose á medida que maduraba sus proyectos.

No habían pasado dos minutos cuando la criada entró de nuevo, y Manuel la encontró frente á frente al cambiar de dirección en sus paseos.

—¡Todavía estás aquí!—le dijo con acento colérico.

—Ese señor insiste en ver á vd.

—Ya te he dicho mil veces que no estoy, ¿lo entiendes? repítele á esa persona que no estoy en casa, y si se empeña en verme, díle de una vez que no me dá la gana de recibirle, clarito.

—Buen modo tiene vd. de recibir á sus amigos, señor D. Manuel—dijo una voz burlona á la espalda del mason—¿y se podrá saber el motivo de una conducta que pega tan poco con la exquisita urbanidad que todos le reconocemos?

Manuel se volvió furioso como un gato á quien le acaban de pisar la cola; su frente se puso sombría, sus ojos brillaban como dos carbunclos, su rostro estaba encendido de ira, sus labios trémulos y secos, dejando ver á sus extremidades algunas burbujas de sanguinolenta espuma, y otro que no

hubiera sido el que le interpelaba habría temido al verle en semejante estado; pero al aspecto de aquel hombre que se introducía de una manera tan extraña en su casa, la fisonomía de Manuel cambió de repente como por encanto; su frente se serenó y algo como un relámpago la iluminó de súbito; el brillo de sus ojos tomó otro carácter, el vivo carmin de sus mejillas se desvaneció poco á poco, y sus labios se plegaron con una amable sonrisa.

El hombre que tenía delante era Ludovico Velletri, el hermano terrible de la logia, el espía, el asesino pagado por los masones, el único hombre tal vez á quien Manuel podía confiarle sus proyectos de venganza, y el único, á no dudarlo, capaz de servirle eficazmente para llevarlos á cabo. El infierno mismo se le enviaba en los momentos en que la humillación que acababa de sufrir hacía aun hervir la sangre en sus venas.

—Sea vd. el bienvenido á esta casa, señor Velletri—le dijo dulcificando la voz á un grado extraordinario—cuando no se sospecha un honor semejante no es extraño que se den órdenes que en manera alguna hablan con personas tan apreciables como vd. Sírvase vd. sentarse.

—Gracias, señor D. Manuel, ya me iba extrañando el recibimiento, tanto mas cuanto que el asunto que me trae á su casa no puede ménos de agradarle.

—¿Pues de qué se trata?

—Digo..... relativamente; porque aunque es un testimonio del justo y merecido aprecio que le tienen á vd. los hermanos, como se trata de un amigo suyo.....

—Vamos, hable vd., señor D. Luis, que ardo en deseos de saber lo que tiene que comunicarme—contestó Manuel apresurando la pronunciación de las palabras y comprendiendo que una infernal casualidad le permitía comenzar desde lue-

go su obra de venganza sin comprometerse en lo mas mínimo.

—Vd. presentó en la logia á un amigo suyo para que fuera recibido como aprendiz.

—Sí, á Mauricio de Gonzaga.

—La influencia que vd. ha logrado adquirir entre nosotros con sus propios méritos, ha hecho que ese señor Mauricio fuera iniciado en los grados superiores.

—¿Y bien?—preguntó Manuel.

—Se sabe, á no dudarlo—respondió Ludovico acentuando cada una de sus palabras y fijando en Manuel una mirada indagadora—que no contento el nuevo hermano con querer defraudar á la orden de los derechos que ha causado y justamente debe satisfacer, la traiciona revelando sus secretos.

—¡La traiciona!—exclamó Manuel que apenas podía contener su júbilo al oír estas palabras.—¿Y hay pruebas de semejante crimen?

—¡Las tengo terribles!

—¿Y podré saber?.....

—No es un misterio, puesto que en la tenida de esta noche se dará lectura á la plancha que como acusador he presentado, y en la que está plenamente probado el crimen; su propia esposa refiere á cuantos quieren oirla que su marido está condenado, que es mason, y á voz en cuello repite algunas frases de la comunicación que se pasó á Gonzaga excitándole á pagar lo que adeudaba.

—¿Se puede dar mayor infamia!—dijo Manuel fingiendo indignación.

—Es claro—continuó Ludovico—que así como le ha revelado á su esposa el contenido de la comunicación, no le habrá ocultado tampoco los secretos y misterios de nuestra orden.

—Muy lógico es suponerlo.

—Su mujer le domina de una manera increíble, es un muñeco en sus manos.

—Crea vd., querido señor Velletri, que si semejante cosa hubiera sabido no le habria propuesto; un hombre débil que se deja dominar por su esposa y tiene la debilidad de comunicarle cuanto le pasa, no puede ser uno de los firmes sostenes del templo.

—Indudablemente.

—¿Y qué pena pide vd. contra él?

—La exclusion absoluta.

—¿La exclusion absoluta! ¿pero en qué piensa vd., querido señor Velletri? ¿qué puede importarle á un mal mason el ser excluido de nuestro seno? ¿no se excluye él mismo en el hecho de traicionarnos? es un hijo espúreo y nuestro abandono no debe ser su única pena. Pida vd. la persecucion.

—¿La persecucion!—dijo asombrado Ludovico—pero la persecucion es peor que el exterminio.

—¿Y qué! la pena de persecucion consiste en impedir todo bien en el órden profano al que mereció ese castigo; todo mason tiene obligacion de no perder de vista al sentenciado y de impedirle todo adelanto en sus intereses y todo bienestar, ¿qué ménos puede hacérsele á un hombre que se introduce arteramente en el seno de nuestra sociedad para sorprender sus secretos y venderlos?

—Siendo amigo de vd.....

—Los enemigos de la sociedad á que pertenecemos no pueden ser amigos nuestros; si lo fueron alguna vez, su culpa es doblemente grave y el castigo debe ser proporcionado al delito.

—Señor D. Manuel—dijo encantado Ludovico que se hallaba en uno de sus momentos de odio contra Mauricio—tengo que pedirle á vd. mil perdones.

—¿A mí! ¿de qué?

—Hubo dias en que tuve á vd. por mal hermano y en que le llegué á confundir con ese miserable; le doy á vd. mil disculpas por esa injuria de pensamiento que le inferí.

—Está vd. perdonado, señor Velletri; cada uno es dueño de pensar lo que quiera de otro, y cuando un pensamiento equivocado se repara de una manera tan digna y tan noble como vd. lo hace en este momento, la pretendida ofensa se convierte en un motivo de satisfaccion.

Ludovico se inclinó y estrechó en su mano calenturienta la mano que le tendia Manuel.

—Con que está dicho—continuó este—trabajaremos de acuerdo para que se le aplique á Mauricio la pena de persecucion.

—Necesitamos pruebas, y pruebas terribles, para hacer caer sobre él semejante anatema—respondió Ludovico que no habia perdido aun por completo la bondad de su corazon y que solia experimentar movimientos de justicia, aunque prontos como relámpagos, y que eran como destellos de los remordimientos que agitaban su alma.

—¿Pruebas!—repitió Manuel—¿y que mas dá? las tendremos; ¿no está vd. convencido de su crimen? ¿no lo estoy yo mismo?

—¿Convencido!..... yo no he dicho tanto.....

—Pero lo hemos inferido.

—Es cierto.

—Ademas, Mauricio no será condenado sin que se le oiga.

—Claro está.

—Procuraremos tambien informarnos de si su esposa está ó no enterada de los secretos masónicos.

—¿De qué manera?

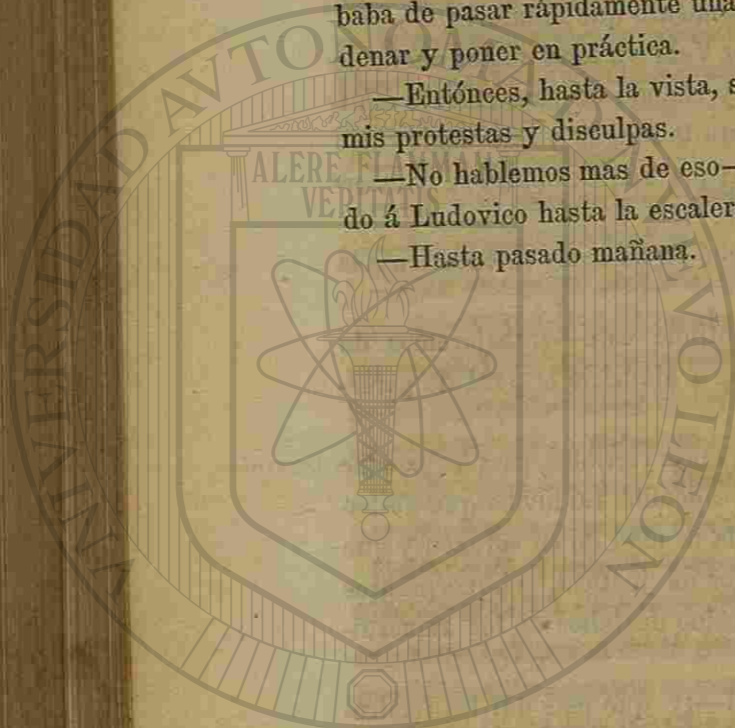
—Tenga vd. la bondad de verme dentro de tres dias; ma-

duraré un plan, y vd. mismo se convencerá, hablando con María, de si en tan frágil arca ha depositado ó nó Mauricio los secretos de la órden—respondió Manuel por cuya mente acababa de pasar rápidamente una idea diabólica que quería ordenar y poner en práctica.

—Entónces, hasta la vista, señor D. Manuel, reitero á vd. mis protestas y disculpas.

—No hablemos mas de eso—contestó Manuel, acompañando á Ludovico hasta la escalera—hasta pasado mañana.

—Hasta pasado mañana.



LXXV.

Plan de conducta.

Luego que Mauricio y Ramon se encontraron fuera de la casa de Manuel, el futuro historiógrafo de los jesuitas se volvió á su amigo y le dijo con aire de triunfo:

—¡Le hemos confundido!

—Sí—contestó Mauricio—pero algo me dice en mi corazon que nos hemos proporcionado un enemigo mortal. Manuel no es de los que perdonan.

—Me tiene sin cuidado su enemistad, Mauricio—contestó Ramon encogiéndose de hombros—ya una vez supo lo que eran mis puños, y se guardará muy bien de jugarlos alguna mala pasada por respeto á ellos.

—Hay ataques que no se evitan con la fuerza física—dijo Mauricio que se hallaba agitado por un vago presentimiento, y á quien su falta de mundo y su timidez no le impedian ver en la manera con que se habia despedido de ellos Manuel una amenaza terrible para el porvenir—Manuel es poderoso y

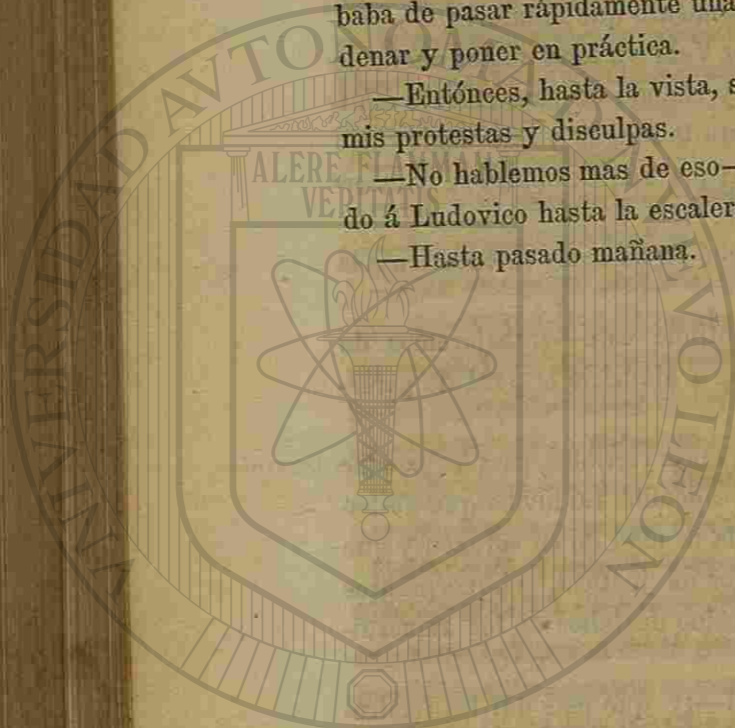
MAURICIO.—29

duraré un plan, y vd. mismo se convencerá, hablando con María, de si en tan frágil arca ha depositado ó nó Mauricio los secretos de la órden—respondió Manuel por cuya mente acababa de pasar rápidamente una idea diabólica que quería ordenar y poner en práctica.

—Entónces, hasta la vista, señor D. Manuel, reitero á vd. mis protestas y disculpas.

—No hablemos mas de eso—contestó Manuel, acompañando á Ludovico hasta la escalera—hasta pasado mañana.

—Hasta pasado mañana.



LXXV.

Plan de conducta.

Luego que Mauricio y Ramon se encontraron fuera de la casa de Manuel, el futuro historiógrafo de los jesuitas se volvió á su amigo y le dijo con aire de triunfo:

—¡Le hemos confundido!

—Sí—contestó Mauricio—pero algo me dice en mi corazon que nos hemos proporcionado un enemigo mortal. Manuel no es de los que perdonan.

—Me tiene sin cuidado su enemistad, Mauricio—contestó Ramon encogiéndose de hombros—ya una vez supo lo que eran mis puños, y se guardará muy bien de jugarlos alguna mala pasada por respeto á ellos.

—Hay ataques que no se evitan con la fuerza física—dijo Mauricio que se hallaba agitado por un vago presentimiento, y á quien su falta de mundo y su timidez no le impedian ver en la manera con que se habia despedido de ellos Manuel una amenaza terrible para el porvenir—Manuel es poderoso y

MAURICIO.—29

cobarde, nos atacará rudamente, pero no cara á cara; debemos esperar que sus golpes sean traidores y alevosos; los cobardes obran con misterio y ejecutan sus planes en las tinieblas de la noche. Manuel se vengará, estoy seguro de ello, y tus puños no podrán evitar que su venganza nos hiera.

La voz de Mauricio habia tomado gradualmente un tono de solemnidad profética al pronunciar las últimas palabras.

Ramon se estremeció y miró espantado á su amigo; cada una de las palabras que brotaban de los labios de Mauricio caian sobre su corazon como gotas de fuego. Sin saber por qué encontraba algo de solemne y de fatídico en lo que el pintor decia, y es que hay momentos de revelacion suprema en que las ígneas lenguas de que nos habla la Escritura descienden sobre la frente de los hombres, no para inspirarles un símbolo de fé, sino para alumbrar ante sus ojos el porvenir que les espera. Ramon se sentia dominado por el extraño acento de su amigo, tembló al escuchar las palabras que se escapaban de sus labios y que no estaba acostumbrado á oírle pronunciar, y permaneció un momento meditabundo; pero á poco su natural carácter se sobrepuso á las impresiones del momento, y soltando una carcajada y dando á Mauricio un golpecito en el hombro le dijo:

—¿Sabes, Mauricio, que desde que eres mason te has vuelto muy ridículo?

—¡Cómo!—contestó asombrado el pintor, que en la situacion de ánimo en que se hallaba no podia comprender que hubiera quien se burlara de lo que decia—¿qué quieres dar á entender con eso?

—Que todo te vuelves misterios, y sombras de la noche, y fantasmas y espantosas visiones; no te falta mas que irte á visitar los cementerios por la tarde y permanecer allí hasta muy entrada la noche vagando por entre los sepulcros, exta-

siándote ante la lamparita de aceite que la devocion de algun deudo hace arder ante la lápida de un muerto, y luego darte aires de poeta romántico y hablar de venenos y de puñales, y de una lánguida aparicion de blanco traje, de negros rizos flotando á la merced del viento, que viene á darte un beso, y en el momento de acercar sus labios húmedos de amor ó de saliva, no estoy muy cierto, á los tuyos, dá un grito y cae desmayada, porque su tirano, es decir, el marido, viene tras ella con el pelo erizado, los ojos encendidos, una vela estearina en la mano izquierda y un agudo puñal en la derecha.

—Pero me querrás decir, hombre de Dios, á qué cuento vienen todos esos disparates?

—¿A qué cuento vienen? á que estás tan repugnante con tu miedo como todos esos melancólicos con su romanticismo. ¿Qué nos ha de hacer Manuel?—prosiguió con tono despreciativo—es un miserable á quien podemos pisotear á nuestro antojo; no tiene mas amor que el del dinero, y hay le hemos arrancado un pedazo del corazon arrancándole ese pedazo de papel, mediante cuya presentacion recibirás un plico regular dentro de un mes.

Mauricio sonrió con aire de duda. Luego, como queriendo dar otro giro á la conversacion, dijo bruscamente:

—Pero vamos, Ramon, no me has dicho todavía lo que debo hacer con la plancha del taller.

—¿Con la plancha del taller?—preguntó con extrañeza Ramon—¿qué quiere decir eso?

—La comunicacion que te enseñé hace un rato.

—¡Ah! ¡es verdad! dispénsame, Mauricio, á cada momento me olvido de que estoy hablando con persona que ha dejado su juicio á la puerta de una logia masónica y que ha perdido hasta el modo de expresar sus pensamientos.

—Estás hoy inaguantable.

—Pero hijo, ¿quién quieres que entienda eso de plancha del taller? solo á los masones se les ocurre llamar plancha á un pedazo de papel robado del Ministerio de Hacienda por algun escribiente mañoso, resellado con un timbre que tiene mas disparates que letras, lleno con las patas de moseca de una especie de evangelista y firmado nada ménos que por un Claudio Neron en persona. ¡Y luego una plancha en que le mandan á uno, como quien dice nada, un abrazo fraternal!

—Y tengo otras—contestó Mauricio dejándose arrastrar por el buen humor de su amigo—en que me mandan el secretario ó el venerable, segun quien las firma, un ósculo de paz.

—Pues mira, hijo, por sabroso que sea un ósculo de paz de un viejo de esos, que es seguro que fuma y casi seguro que toma café con copa, vulgo *fosforito*, en el *Infernito* ó en *Manri-que* ántes de ir á la logia, yo te aconsejaria que prescindieras de tanto amor y dieras por bien empleado el cubrimiento del templo con motivo de tu falta de pago.

—Francamente se me resiste ser excluido por dinero.

—¡Valiente escrúpulo! ¿Por qué quieres que excluyan á un hombre de una sociedad de explotacion mútua si no es porque pierden la esperanza de explotarle?

—Has de ser exajerado en todo.

—Digo lo que siento, Mauricio; pero ¿sabes lo que estoy pensando al ver tu obstinacion por continuar siendo mason y despues que he sabido lo del ósculo de paz?

—¿Qué cosa?

—¿No te has de enfadar?

—¿Me enfado yo por algo que tú me dices?

—Mira, chico, que es broma, y la verdad no puedo resistir á decírtelo.

—Habla, hombre, que me muero de curiosidad.

—Me estoy sospechando que tienes aspiraciones á ser e Esporo del Neron de tu logia.

Mauricio soltó una carcajada, y dijo á su amigo:

—¡Tienes unas ocurrencias que hacen reir aunque uno no quiera! ¿de dónde vas á sacar todo eso? Sériamente, ¿qué te parece que haga?

—Pegar con engrudo la *plancha del taller* en el hueco que deje el primer vidrio que rompa María en uno de sus accesos.

—Bueno, pero ¿qué contesto?

—Nada.

—Es una falta de atencion.

—Mayor falta es cobrarte lo que no debes.

—Pero si ignoraban que Manuel.....

—Una de dos, chico; ó en tu logia saben que Manuel es un bribon y le toleran, ó no lo saben; en el primer caso no me puedes negar que el tolerar á sabiendas á un pillo de esa naturaleza en el seno de una sociedad dá lugar á que se crea que toda ella se compone de gentes de la misma especie; en el segundo, sociedad que se cuida tan poco de averiguar la moralidad y la conducta de sus miembros, cuando sus bases son el auxilio mútuo y la confraternidad, no es digna de que pertenezcan á ella los hombres honrados. En este mundo, Mauricio, los hombres se dividen en dos clases: explotadores y explotables; es inúcu pertenecer á la primera; hallarse en la segunda es peor, es ridículo.

—Si no queda otro recurso que pertenecer á una de las dos clases.....

—Hay un residuo, Mauricio, que se compone de los que no son bastante hábiles ó bastante pícaros para explotar á los demas, y de los que no son bastante tontos para dejarse explotar; formemos parte de ese residuo, y dejemos á la lo-

gia del Areópago que con abrazos fraternales y ósculos de paz les saque dinero á los que le tienen y á los bobos. Si á tí te sobrara el dinero, mejor harías empleándole en proporcionar distracciones á María para que se le olvidara un poco lo difícil, que repartiéndole entre los malos hijos de la viuda.

—Decididamente no contesto, me has convencido.

—Bravo, Mauricio; puedes estar seguro de que luego que el asesino de Británico se convenza de que nunca habría podido sacarte dinero, no le pesará quedarse sin un Esporo de tus prendas.

—Vas resultando fuerte en historia.

—¿Bromitas tenemos, eh? parece que se te están olvidando ya esas ideas negras de hace un rato.

—Tú eres capaz de hacerme olvidar no digo á Manuel y su venganza, sino hasta á mi mujer.

—Algo daría por podértela quitar, no de la memoria, sino de los hombros; nunca me perdonaré la parte que tomé en tu matrimonio.

—No hablemos de eso, Ramon.

—Acaso con Luisa habrías sido feliz.

—Mira, ya que tocas ese punto, voy á hablarte con toda la franqueza de amigo; prefiero haberme casado con María; creo que el hombre que no se une á la primera mujer que amó es dichoso, porque cuando el recuerdo de ella viene como un rayo de luz á iluminar ciertos momentos de la vida, el corazón se abre como una flor para recoger una gota de rocío, y guarda esa memoria con un placer indefinible; todo lo que se refiere á esa mujer es encantador, poético, celestial; es como una dulce armonía perdida en el espacio y que se oye aún con los oídos del alma; vas á reírte de mí, Ramon, la imájen de la mujer que nos inspira el primer amor, es á mi modo de ver el ángel custodio de que nos hablaban en la

infancia nuestras madres y que nos acompaña por donde quiera que vamos. Luisa está lejos de aquí, se halla unida á otro hombre á quien no le envidio su dicha; para mí es el mismo ángel de mis primeros ensueños de amor, un ser ideal que no pertenece al mundo, una alma unida á la mía por lazos invisibles y misteriosos, y que se confundirá con ella cuando ambas se desprendan de sus mortales envolturas. Algunas veces, en el silencio de la noche, oigo algo como un suspiro sienta un aire leve que acaricia mi frente; mi alma se dilata, un bienestar indefinible se apodera de mí; es que sueña conmigo, su alma recorre la distancia que nos separa y viene en busca de la mía. Entónces, Ramon, es cuando creo que en el amor puro y verdadero hay algo de divino, entónces cuando me convengo de que nuestras almas son una emanación de la esencia de Dios. ¿Te acuerdas del retrato que hice de ella? Le he roto; la encontraba fea allí; sus ojos, esos ojos de una expresión tan dulce y de un brillo de fuego nada me decían en aquel retrato; miétras que los que tengo aquí—concluyó el pintor tocándose la frente y el corazón—me brindan con tesoros de dicha y de ternura.

—¡Amor de artista!—contestó Ramon—yo por mí te sé decir que de todas las que he querido me acuerdo con cierto placer, y que ya tendría que perderse mi alma si había de confundirse con todas las que la buscaran en la otra vida, á ser ciertas las locuras que sueñas. Afortunadamente las sueñas despierto y lejos de María, que si te diera por soñarlas dormido y eres sonámbulo, te despertaba de tus dorados ensueños el cachete mas furibundo dado por femenina mano de nuestra madre Eva acá.

—Ahí tienes la justificación de mis locuras, como tú las llamas; ve á tener amor ideal por una mujer que puede darte un cachete ó aplicarte un pellizco á la hora ménos pensada.

—En esa parte tienes razon, Mauricio; pero hablando, hablando, aquí nos tienes ya en la puerta de tu casa.

—Sube.

—¡Dios me libre! Sería capaz de arañarme María, culpándome de tu tardanza.

—¿En qué quedamos?

—En que harás buen uso de las planchas y dejarás á Nerón con un palmo de narices.

—¿Y si manda nuevas?

—Les das por trámite: *al archivo*.

—Me parece muy bien.

—Acuérdate de nuestro plan de conducta, adios.

—Gracias por tus buenos consejos, y hasta la vista—contestó Mauricio estrechando la mano que le tendía su amigo, y entró al patio de su casa pensando en la tempestad que le amenazaba en el hogar doméstico.

LXXVI.

La serpiente.

Al día siguiente muy temprano recibió Mauricio una esquila en que se le suplicaba se encontrara en cierta casa de la Rivera de S. Cosme, con el objeto de hacer el retrato de una persona que acababa de morir, y cuyas facciones, desfiguradas por la enfermedad y por la muerte, querian conservar á toda costa sus deudos.

El pintor celebró mucho una casualidad que le proporcionaba ocasion de sustraerse á la escena matrimonial que sin duda se le preparaba con motivo de la plancha de la logia, tanto mas cuanto que su causa ante María se habia agravado enormemente por su brusca salida del dia anterior y por su injustificable tardanza. Tomó, pues, con cierto gusto sus lápices y un gran pedazo de papel para hacer el contorno del cadáver, y sin despedirse de su esposa se dirigió á la plaza mayor para ocupar un asiento en uno de esos espantosos carruajes, llenos de insectos, súcios é incómodos, que hacen viajes

—En esa parte tienes razon, Mauricio; pero hablando, hablando, aquí nos tienes ya en la puerta de tu casa.

—Sube.

—¡Dios me libre! Sería capaz de arañarme María, culpándome de tu tardanza.

—¿En qué quedamos?

—En que harás buen uso de las planchas y dejarás á Nerón con un palmo de narices.

—¿Y si manda nuevas?

—Les das por trámite: *al archivo*.

—Me parece muy bien.

—Acuérdate de nuestro plan de conducta, adios.

—Gracias por tus buenos consejos, y hasta la vista—contestó Mauricio estrechando la mano que le tendía su amigo, y entró al patio de su casa pensando en la tempestad que le amenazaba en el hogar doméstico.

LXXVI.

La serpiente.

Al día siguiente muy temprano recibió Mauricio una esquila en que se le suplicaba se encontrara en cierta casa de la Rivera de S. Cosme, con el objeto de hacer el retrato de una persona que acababa de morir, y cuyas facciones, desfiguradas por la enfermedad y por la muerte, querian conservar á toda costa sus deudos.

El pintor celebró mucho una casualidad que le proporcionaba ocasion de sustraerse á la escena matrimonial que sin duda se le preparaba con motivo de la plancha de la logia, tanto mas cuanto que su causa ante María se habia agravado enormemente por su brusca salida del dia anterior y por su injustificable tardanza. Tomó, pues, con cierto gusto sus lápices y un gran pedazo de papel para hacer el contorno del cadáver, y sin despedirse de su esposa se dirigió á la plaza mayor para ocupar un asiento en uno de esos espantosos carruajes, llenos de insectos, súcios é incómodos, que hacen viajes

del centro de la ciudad á su barrio mas hermoso, y que por ironía sin duda se llaman carretelas.

Dejémosle desesperarse primero aguardando otros tres compañeros mártires, y renegar despues con los saltos del carruaje y la calma de los rucios que se armaban á cada esquina como para pedir que les dieran de almorzar, y echemos una mirada indiscreta á su hogar donde vamos á presenciar una inesperada escena.

María, que parecia un dechado de todos los defectos morales, era perezosa, y buen rato hacia que su marido sufría la magullacion de sus huesos en la infernal carretela que le conducía á S. Cosme, cuando estirando sus hermosos brazos por encima de las sábanas, y lanzando un suspiro, despertó.

Pasóse la mano por la frente, se restregó los ojos, é incorporándose en el lecho miró ávidamente á todos lados buscando á su víctima.

—¡Mauricio!—gritó, notando el silencio en que se hallaba la casa—¿estás ahí?

Nadie respondió.

—¡Simona!—gritó entónces mas alto—¡Simona!

El mismo silencio.

—¡Simona!—repitió la antigua modelo desgañitándose—¿no oyes que te llamo?

Un niño del vecindario que jugaba en el corredor respondió fingiendo la voz:

—Allá voy, niña.

Aquello era mas de lo que se necesitaba para que se le subiera á María la sangre á la cabeza; furiosa se levantó de la cama, y sin calzarse siquiera, fué al cuarto que servía de taller al pintor. Como nuestros lectores pueden suponerlo, se hallaba vacío. Entónces se dirigió á la cocina en busca de Si-

mona, dispuesta á descargar su cólera contra la infeliz Martines; la cocina estaba desierta.

Maldiciendo su suerte y renegando de la vida volvió María á su cuarto, y comenzaba á vestirse cuando oyó que llamaban discretamente á la puerta. Pensó que seria el mismo chico que ántes se habia burlado de ella, y no contestó. A poco se repitió el llamamiento, y estando ya vestida fué á abrir violentamente deseando castigar al picaruelo que la importunaba. Abrió de par en par la puerta con irritada mano y se disponía á vomitar por aquella boca cuantas injurias sabia, pero enmudeció á la vista de un jóven elegante que la saludaba respetuosamente y que con amable acento le preguntaba:

—¿Vive aquí el señor Gonzaga?

—Sí señor.

—¿La señora su esposa?

—¿Mande vd.?

—Desearia hablar dos palabras á solas con vd.

—No sé si deba.....

—Va en ello la tranquilidad de vd.; ¡su esposo la engaña!

—¿Que me engaña! ya yo me lo sospechaba; hágame vd. favor de esperar un poco, voy á abrir la puerta del taller.

Manuel, que no era otro el que de tan extraña manera se presentaba en casa de Mauricio, se inclinó, y María se retiró para hacerle entrar al taller de Mauricio, que servía de cuarto de recibir.

Nuestros lectores recordarán que Manuel ofreció á Ludovico pruebas de que Mauricio traicionaba á la sociedad masónica; esto habria sido imposible para otro que para el mason propagandista, porque, verdaderamente, nuestro héroe no era culpable de semejante delito; pero Manuel no era hombre que perdonaba fácilmente; todos los medios le parecían buenos pa-

ra llevar á cabo su venganza, y habia concebido un plan diabólico que habia de dar por último resultado la perdicion de Mauricio.

—¿Por qué, siendo Ramon quien le habia insultado, ese odio y ese rencor contra Mauricio?

En los abismos de esas almas tenebrosas como la del hombre que acababa de llamar á la puerta del pintor hay de esos misterios inconcebibles; perdiendo á Mauricio, Manuel pensaba quedar vengado de Ramon. Seria preciso escribir un tratado completo de psicología para explicar semejantes fenómenos del corazon humano; nosotros, pobres narradores, sin pretensiones de sabios, tenemos que conformarnos con registrar sus efectos huyendo de investigar sus causas.

Manuel, á quien protegía alguna deidad infernal, habia encontrado modo de alejar á Mauricio de su casa proporcionándole el extraño trabajo para el que habia sido llamado; importaba á la consecucion de sus planes el tener una explicacion con María.

Esta, como hemos dicho, abrió la puerta del taller para darle paso, é indicándole un asiento, tomó ella misma una silla pequeña en la que se sentó en actitud de escucharle.

—Señora, le dijo Manuel, ¿su marido de vd. sale frecuentemente solo de noche y vuelve á horas intempestivas?

—Sí, señor.

—¿Ha notado vd. en él algo misterioso, sabe que se comunique con alguna persona de una manera poco comun?

—¡Ay! sí, señor; ¿cómo es que se halla vd. tan bien informado? Ayer precisamente he sorprendido un papel que le mandaban y cuyo sentido no pude comprender.

—¿Con que es cierto!—dijo Manuel fingiendo indignacion

—¿con que no me habian engañado! ¡la pérfida me es infiel! ¡me olvida! ¿y por quién? por un hombre casado, por un hom-

bre que tiene contraídas sagradas obligaciones y que las olvida para deshonrarme.....

—No comprendo.....—respondió María espantada, creyendo sériamente en la fingida indignacion de Manuel—algunas vecinas á quienes hablé del asunto me dijeron que no tenia por qué apurarme, que eso indicaba que mi marido era mason.

—¡Mason!..... si no hay masones mas que en las novelas; ¡ah señora! ambos somos víctimas de la mas horrible trama; á vd. su indigno esposo, á mí la mujer á quien dí mi corazon, mi nombre y mi fortuna, nos engañan de la manera mas abominable.

María sentía que la ira la ahogaba; si hubiera tenido á mano á Mauricio en aquel momento, le habria despedazado.

—¡Es necesario vengarnos!—continuó Manuel, fingiendo una exaltacion creciente.

—Sí, contestó María, que vuelva ese hombre y le arrancaré con mis propias manos el corazon.

—¡Prudencia, señora, prudencia! tenemos que coger todos los hilos de la trama para que nuestra venganza se asegure. Escúcheme vd. con calma, sé todos los manejos de esos indignos amantes, pero necesito una prueba para confundirlos, y una vez adquirida esa prueba, mi venganza será la de vd. tambien. Unámonos para llevar á cabo mis proyectos. ¿Quiere vd?

—¡Que si quiero! soy de vd. con toda el alma; mande, disponga, que en confundiendo al pérfido, mi vida seria poco en cambio de mi venganza.

—Pues bien, escuche vd.

—Ya oigo.

—Mañana en la noche vendrá un hombre á buscar á su esposo de vd. Es preciso que no le halle en casa.

—Lo creo imposible, porque cuando espera á álguien no sale.

—Yo me encargo de alejarle.

—¿Y despues?

—Vd. se hará pasar por hermana del señor Gonzaga y le dirá que si le trae alguna plancha del taller está vd. autorizada para recibirla.

—¿Qué es eso?

—Han inventado un idioma apropósito para que ni vd. ni yo los sorprendamos.

—¡Infames!

—Y la plancha del taller es una cita de amor disfrazada con palabras convencionales.

—¡Pero, señor, cabe en pecho humano semejante maldad!

—Ese hombre—continuó Manuel—se resistirá sin duda á darle á vd. la carta que traiga; pero á ser ciertos mis informes se la entregará si vd. le dice las palabras convenidas entre esa mujer, que ya no me atrevo á llamar mia, y su marido de vd.; palabras que han inventado para que nadie sorprenda su correspondencia y que tiene que repetir Gonzaga cada vez que recibe noticias y avisos de esa infame.

—¿Y qué palabras son esas?

—Primeramente le preguntará vd. si viene de la cámara de enmedio.

—¿De la cámara de enmedio?

—Sí, son palabras sin sentido, como las contraseñas de las rondas. El hombre levantará los brazos al cielo y entónces vd. le tenderá su mano dándosela de manera que parezca que quiere vd. clavarle las uñas de los cuatro dedos en la muñeca; así—concluyó Manuel dando á María la mano á la manera de los maestros masones—y le dirá vd. la palabra *Giblim*.

—Permítame vd. apuntarla para que no se me olvide.

—Pero es preciso que la aprenda vd. de memoria.

—Giblim..... giblim..... giblim..... no 'se me ol-

vidará; sin embargo, la apunto; ¿y qué sucederá entónces?

—El hombre le dará á vd. el recado que traiga para su marido. Como vd. no ha de entenderle, yo vendré al dia siguiente á explicárselo. Entretanto, mucha prudencia.

—Es difícil; estoy hirviendo de cólera.

—Necesitamos mucho disimulo y mucha prudencia para asegurar nuestra venganza; nada perderá vd. con esperar.

Manuel se despidió de María y salió de la habitacion del pintor, diciendo para sí:

—Cuando Ludovico oiga de boca de María la palabra de pase de maestro, y sienta el tocamiento de su mano, no resistirá á su indignacion; pedirá contra Mauricio la pena de persecucion y le exterminaremos.

María por su parte se quedó extática; no podia darse cuenta de lo que le pasaba ¡y cosa extraña! ella, que cuando tenia simples sospechas infundadas de la fidelidad de Mauricio encontraba modo de desfogar su cólera contra él y palabras con que injuriarle, al tener casi la certeza de su falta sentia su ira sofocada por el dolor; parecia que las lágrimas de su alma apagaban el incendio que la devoraba. Y era que aquel ser extraño amaba á Mauricio con todas las fuerzas de su corazon, pero le amaba á su modo, con un amor que no tiene explicacion mas que en las anomalías humanas y que participa mucho del que domina entre la gente mas infeliz de nuestro pueblo, y cuya magnitud y sinceridad se estiman por los golpes que se dan y se reciben.



LXXVII.

El codicioso y el tramposo.

Ludovico Velletri habitaba en un miserable cuarto bajo de una casa de vecindad situada en la calle de S. Felipe Neri. Un banco de cama sin cabecera ni rodapié y sobre el cual había un delgado colchon cubierto con una mala frazada y una almohada forrada de cotí sin funda, dos ó tres sillas de madera blanca y asientos de tule, una percha y una mesa de la misma materia que las sillas, componían el mas que modesto ajuar del italiano.

Nuestros lectores, que están, como nosotros, al tanto de la inesperada fortuna que le deparó la suerte cuando era inquilino del cuarto que perteneció al Cura en la casa del tío Antonio, extrañarán sin duda tanta pobreza que para ellos no puede tener otro origen que una extremada avaricia ó la pérdida de aquella cuantiosa fortuna.

Creemos haber indicado ya, y conviene á nuestro propósito insistir ahora en ello para la mejor inteligencia de nuestra his-

toria que las desgracias imprevistas y terribles que habían puesto á prueba el valor y el sufrimiento del antiguo sacristan de la Misericordia habían concluido por turbar su razon; entre las ideas extrañas que agitaban su cerebro, y que sin pervertir su alma habían acabado por cambiarle de tal modo que sofocados sus mejores instintos llegó á ser el ejecutor de las venganzas masónicas, dominaba sin embargo una idea fija que perseguía incesantemente, la de encontrar á Mario.

Tenia fé en que mas tarde ó mas temprano hallaria al hijo de Marietta, y sujetándose á inauditas privaciones guardaba para él la fortuna que indirectamente le legara el Cura, y que, en su concepto, tocaba de derecho á Mario, puesto que el jefe de los parroquianos de la Espigada había sido uno de los autores del robo que arruinó al señor Gonzaga.—Convertida aquella fortuna en títulos al portador expedidos por el banco español de S. Fernando, era para Ludovico como si no existiera, y guardada en una cartera que nunca le abandonaba, aguardaba la aparicion de su legítimo dueño.

La impaciencia de Manuel por vengarse de Mauricio no le permitió aguardar el dia para que había citado al italiano, y despues de su conferencia con María se dirigió apresuradamente á buscarle.

Ludovico se hallaba en su cuarto con la puerta entreabierta, tendido á la bartola en su cama, soñando despierto en aquellos felices dias de Pésaro, cuando su corazon era puro y bondadoso, cuando no tenia otro pensamiento que entretener á la vieja Marta, jugar con el niño Mario y agradar á Marietta; lágrimas de ternura brotaban de sus ojos y caían sobre la almohada; sentía su corazon dilatado por el placer, y estaba olvidado completamente del mundo. De pronto se nubló su frente, sus ojos brillaron con furor extraño, y con los puños crispados de rabia se incorporó en la cama.

—¡Le volvería á matar!—exclamó.

El recuerdo de Fernando habia venido á tender un velo negro sobre el risueño cuadro con que se acababa de recrear la imaginacion del italiano. Por una lógica sucesion de ideas, Ludovico llegó á su situacion del momento y pensó en Mauricio:

—¡Pobre muchacho!—se dijo—no puedo explicarme por qué hay momentos en que le abrazaria de mil amores, y otros en que le estrangularia de mejor gana ¡si fuera él!..... pero ¡quiah! es imposible, ya le habria yo reconocido; y luego el nombre ¡Mauricio! Es cierto que lleva el apellido de aquel hombre..... ¡rara casualidad!..... ¡hay tantos Gonzagas en Italia!..... si está condenado á morir por mi mano..... ¡seria gracioso!—continuó, ya en un acceso de locura—¡otro Gonzaga mas!.... y este me costará ménos trabajo que aquel.... ¡per Baco! y que fuerzas tenia ese furioso; si no acierto á hundirle su propio puñal en el pecho, ¡poveretto Ludovico!..... ¡Qué noche aquella, Santa Madonna! La sombra de la vieja Marta vagaba por las ruinas buscando el achicharrado cadáver de su dueña..... acaso ella guió mi mano..... ¡qué es lo que tengo aquí?—siguió, cada vez mas exaltado, llevándose la mano á la frente—sangre, sangre caliente; es de Fernando, sangre española, por eso la siento así, hierve como la lava del Vesubio..... que nadie la vea..... es preciso limpiarla; ¡pero con qué? no hay en el mundo agua bastante para quitar esta mancha; cumpla yo mi juramento y la Santa Madonna la borraré en el cielo. ¡La Santa Madonna! ¡el cielo!..... ya no existen para mí..... soy un réprobo..... he matado á mis hermanas..... ¡perdon, madre, perdon!.....

El desgraciado Ludovico se dejó caer de nuevo desfallecido en su lecho.

Padecia con frecuencia esos terribles accesos que habian

acabado por volverle sombrío y melancólico; su odio á los hombres se aumentaba diariamente, la injusticia y la fatalidad le habian reducido á tan lastimoso estado; hundido en el abismo del crimen, necesitaba una mano en que apoyarse para salir de él; oscurecida su razon le era indispensable una luz que le guiara en el dédalo de tinieblas en que se hallaba extraviado, y léjos de encontrar ese apoyo y esa luz, habia una mano que le señalaba donde debia herir y un soplo fatídico que apagaba hasta el último destello de su inteligencia.

Esa fatalidad terrible que pesa sobre ciertos hombres no se puede explicar de otro modo que conviniendo en una existencia anterior, cuyas consecuencias, malas ó buenas, venimos á sufrir en esta. Cuando vimos por vez primera á Ludovico en la iglesia de la Misericordia ayudando á la vieja Marta á levantarse, cuando le encontramos á poco llorando amargas lágrimas sobre el cadáver inanimado y chorreante de Marietta, estábamos muy léjos de pensar que tan simpático personaje llegaria á ser el terrible instrumento de que los malos masones se valieran para sus venganzas; era necesaria una complicación de los acontecimientos tal como la que hemos visto en esta historia para una metamorfosis tan extraña. ¡Quién sabe! acaso de mundo en mundo y confundida con deletrables materias cruza el alma un largo camino de pruebas para identificarse despues, completamente purificada, con la divina esencia de que emana!

Una especie de somnolencia se apoderó de Ludovico despues de su delirio; era lo que le acontecia siempre; pasados esos momentos de agitacion terrible que todos los dias le atormentaban quedaba en un estado de caimiento tal que parecia hallarse dormido.

Algunos golpes dados á la puerta le hicieron estremecer; pero sus ojos permanecieron cerrados, y no hizo movimiento

alguno para levantarse; á poco sonaron mas fuertes y continuados los golpes como si la persona que llamaba se impacientara, y el italiano pareció despertar de un profundo sueño. Paseó una mirada extraviada por todo el cuarto, se incorporó en el lecho, y á nuevos golpes mas repetidos y ruidosos que los anteriores se levantó y se dirigió á la puerta que abrió.

Manuel estaba en su presencia.

—¡Tanto honor!..... —murmuró Ludovico, avergonzado de no tener un palacio en que recibir al opulento mason.

—Acaso he venido á importunar á vd., señor Velletri—dijo Manuel saludándole afectuosamente—pero mi solicitud porque la sociedad obtenga plena reparacion de los agravios que le infieren los malos masones me obliga á anticiparme á nuestra cita.

—Vd. no puede importunar jamas, señor D. Manuel, y si no fuera por la mortificacion que me causa recibir á vd. en semejante chiribitil, crea vd. que este seria el dia mas feliz de mi vida.

—Gracias, señor D. Luis; donde quiera que vd. viva su presencia hace olvidar lo pobre de la casa.

Ludovico hizo una inclinacion.

Sentáronse los dos interlocutores en la cama, que hacia veces de sofá, y Manuel continuó:

—Como quedamos ayer, he cuidado de averiguar lo que hay de cierto en la traicion de Mauricio, y puedo asegurar á vd. que es evidente.

—¡Es posible!—exclamó Ludovico palideciendo.

—Como vd. lo oye, señor Velletri, esa muchacha sabe nuestros secretos y me los ha comunicado con un donaire soberano.

—¡Qué imprudencia!

—Si vd. quiere asegurarse por sí mismo.....

—No es necesario, con que vd. lo diga es bastante.

—Sin embargo, puede ser que mi celo me extravié; me ocurre una idea para que vd. se cerciore.

—¿Cuál?

—¿Se le habrá mandado ya á Mauricio la plancha que se acordó en la tenida de anoche?

—Nó, porque yo la recogí para esperar resultas.

—Pues nos viene como de molde.

—¿Para qué?

—Oiga vd., señor Velletri, lo que he pensado, y me dirá lo que le parece. Creo que seria bueno que vd. en persona llevara esa plancha mañana á casa de Mauricio, cuidando de hacerlo en momentos en que no esté en ella, para entregársela á María; luego que ella sepa que va vd. de la logia le dará el tocamiento y le dirá la palabra de pase si vd. se lo exige para entregarle el pliego.

—Lo creo porque vd. me lo dice.

—Eso le probará á vd. el grado á que ha llegado la traicion de Mauricio; esa clase de traicion es la que con mas severidad debe castigarse, pues merced á ella podemos ser sorprendidos por los profanos en nuestros trabajos.

—Tiene vd. razon.

—Luego que vd. adquiera la conviccion de que mis informes son exactos, procederá de la manera que le inspire su celo por el cumplimiento de sus deberes.

—Repito á vd. que ni por un momento dudo de lo que me asegura, y en cuanto á lo que debo hacer, salvo la opinion de vd., es pedir que se le aplique la pena á que él mismo se condenó al prestar su juramento de maestro.

—¿Qué es la muerte para la traicion? Creia yo que habia vd. convenido conmigo en que pediria la persecucion. Siempre habrá tiempo de condenarle á muerte.

—Pero de qué manera puede aplicársele la pena de persecucion? Carece de intereses, y en cuanto á bienestar, creo que el destino se ha encargado de perseguirle mejor que lo que pudiéramos hacerlo nosotros.

—Cierto, pero nos queda un medio eficaz y terrible.

—¿Cuál?

—Mauricio está casado con una mujer que es un verdadero demonio y que le ama á su modo.

—¿Y bien?

—Explotando el mal carácter de esa criatura y excitando sus celos podremos acaso conseguir amargar hasta el extremo los días del traidor.

Ludovico miró absorto á Manuel. Admiraba su disposicion para el mal y se preguntaba á sí mismo si debía secundarle en sus siniestros designios.

—Le repito á vd., señor Velletri, que nunca será tarde para matarle—continuó Manuel, interpretando mal la vacilacion de Ludovico—tentaremos desde luego la persecucion, ¿le parece á vd.?

—Basta que venga de vd. la idea para que la crea buena, señor D. Manuel—contestó Ludovico.

—Es cosa convenida entónces—dijo Manuel levantándose y alargando la mano á Ludovico.

—Convenida—contestó este estrechando la mano del mason y acompañándole hasta la puerta.

LXXVIII.

Trasfiguracion.

Cuando Mauricio volvió de su expedicion á San Cosme, su mujer le recibió con desusada amabilidad. El pintor, poco acostumbrado á semejante recibimiento no sabia qué pensar; creia que su repentina salida de por la mañana habria disgustado á María hasta el grado de producir alguna escena escandalosa á su regreso, y cuando se preparaba á armarse de paciencia con que resistir el choque de la ira de la antigua modelo, esta le preguntó con un acento dulce, al que no se hallaban acostumbrados sus oidos:

—¿A dónde fuiste, Mauricio?

—Me llamaron para hacer un retrato.

—¿Se puede saber de quién?

—Mira el contorno—contestó el pintor desenrollando un gran pedazo de papel en el que se hallaba delineado con lápiz el busto de una persona que parecia dormida.

—¿Una muerta!—exclamó María espantada.

—Pero de qué manera puede aplicársele la pena de persecucion? Carece de intereses, y en cuanto á bienestar, creo que el destino se ha encargado de perseguirle mejor que lo que pudiéramos hacerlo nosotros.

—Cierto, pero nos queda un medio eficaz y terrible.

—¿Cuál?

—Mauricio está casado con una mujer que es un verdadero demonio y que le ama á su modo.

—¿Y bien?

—Explotando el mal carácter de esa criatura y excitando sus celos podremos acaso conseguir amargar hasta el extremo los días del traidor.

Ludovico miró absorto á Manuel. Admiraba su disposicion para el mal y se preguntaba á sí mismo si debia secundarle en sus siniestros designios.

—Le repito á vd., señor Velletri, que nunca será tarde para matarle—continuó Manuel, interpretando mal la vacilacion de Ludovico—tentaremos desde luego la persecucion, ¿le parece á vd.?

—Basta que venga de vd. la idea para que la crea buena, señor D. Manuel—contestó Ludovico.

—Es cosa convenida entónces—dijo Manuel levantándose y alargando la mano á Ludovico.

—Convenida—contestó este estrechando la mano del mason y acompañándole hasta la puerta.

LXXVIII.

Trasfiguracion.

Cuando Mauricio volvió de su expedicion á San Cosme, su mujer le recibió con desusada amabilidad. El pintor, poco acostumbrado á semejante recibimiento no sabia qué pensar; creia que su repentina salida de por la mañana habria disgustado á María hasta el grado de producir alguna escena escandalosa á su regreso, y cuando se preparaba á armarse de paciencia con que resistir el choque de la ira de la antigua modelo, esta le preguntó con un acento dulce, al que no se hallaban acostumbrados sus oidos:

—¿A dónde fuiste, Mauricio?

—Me llamaron para hacer un retrato.

—¿Se puede saber de quién?

—Mira el contorno—contestó el pintor desenrollando un gran pedazo de papel en el que se hallaba delineado con lápiz el busto de una persona que parecia dormida.

—¡Una muerta!—exclamó María espantada.

—¿Qué tiene eso de particular?

—¿No te dá miedo retratar á los muertos?

—Absolutamente; y luego, aunque me diera, casi no hay mas trabajo que ese, y con algo hemos de comer.

—¡Pobre Mauricio! tienes razon.

El pintor se admiraba cada vez mas de encontrar así á su esposa; le parecia estar soñando y por nada del mundo habria querido despertar de ese sueño.

—¿Mauricio?.....—dijo de pronto María.

—¿Qué se te ofrece?—preguntó el pintor que se hallaba preparando el lienzo para pasar su contorno.

—¿Me has de decir la verdad?

—¿De qué?

—De lo que voy á preguntarte.

—Veamos.

—¿Me quieres todavía?

El martillo con que Mauricio clavaba el lienzo al bastidor se le cayó de las manos. El pintor volvió la cara hácia su esposa con aire extraviado, como dudando que fuese la misma María que era su tormento cotidiano la que le hacia esa pregunta; el rostro de la jóven estaba trasfigurado, habia en él algo como un destello de su belleza de otro tiempo.

—¿Qué tienes hoy—preguntó Mauricio eludiendo la respuesta—que te encuentro mas amable que otras veces?

—He reflexionado en lo que nos pasa y voy á cambiar de conducta.

—¡Tú te vas á morir, muchacha!

María se estremeció y palideció ligeramente.

—Contéstame á lo que te he preguntado.

—Sé ocho dias siquiera como eres en este momento, y al fin de ellos te contestaré.

—Es decir que no me quieres ya.

—No digo tanto—replicó Mauricio, que no se atrevia á mentir y deseaba á toda costa evitar una escena desagradable.

—Bien visto, tendrías razon; yo no te causo mas que disgustos.

—¡María!—exclamó el pintor cada vez mas asombrado.

—No he sabido corresponder á tu generosa abnegacion por mí, ¡perdóname!

—¿Pero me querrás decir, mujer, que es lo que te pasa hoy? ¿qué trasformacion es esta? Dejé esta mañana en casa una María y encuentro ahora otra completamente diferente.

—Alguna vez habia de suceder; todo tiene fin en esta vida—dijo dulcemente María.

—¿Sabes, muchacha, que estoy tentado de no esperar los ocho dias?—exclamó el pintor cediendo á la natural bondad de su carácter—¿por qué no has sido siempre así? ¿podriamos haber sido tan felices!—agregó dando un suspiro.

—¿Es demasiado tarde?—preguntó María.

—Hay cosas que son siempre oportunas.

—¿Y si ya quisieras á otra?—continuó la jóven clavando una indagadora mirada en el rostro de su esposo.

—¡Yo!..... ¡á otra!—contestó sorprendido Mauricio que no se esperaba semejante interpelacion.

—No me han engañado—pensó María al notar la turbacion de su esposo; luego, en voz alta y sintiendo que se le desgarraba el corazon agregó:

—Sí, á otra; ¿qué tendria eso de particular?

—¿Pero estás loca? ¿quién me habia de querer?

—No faltaria sin duda; pero no se trata de que te quieran sino de que tú quieras.

—Te aseguro.....

—No hablemos mas de eso, Mauricio; te suplico que me perdones.

—¡Que te perdone! ¡estás hoy extraña!.....

—No te digo que me voy á enmendar?.....

—Si es propósito firme.....

—Firmísimo.....

—Entonces no hay que aguardar los ocho dias, sí te quiero, María—dijo Mauricio, que en aquel momento sentia efectivamente por su esposa algo semejante al cariño conyugal.

—¿No me engañas?

—Te lo aseguro bajo mi palabra de honor.

—¡Gracias!—exclamó María tendiéndole la mano á su esposo y besando la que este le alargaba.

Mauricio se hallaba conmovido; soñador y supersticioso por naturaleza creyó que aquella muerta, cuya imágen habia ido á reproducir en el papel, le traia la felicidad perdida á su hogar doméstico; vió á su esposa, creyó en la sinceridad de su arrepentimiento y atrayéndola hácia sí imprimió en su frente un beso abrasador. Dos gruesas lágrimas brotaron de los ojos de María y rodaron por sus mejillas. El ángel del hogar debió sonreir en aquel momento, mientras que el espíritu de la discordia se alejaba de aquella modesta habitacion con todo el impulso de sus alas.

¿Qué pasaba en el alma de María? Los caracteres como el suyo tienen de esas transiciones rápidas y que á primera vista parecen inexplicables. La miseria, la falta de educacion, el amor salvaje que profesaba á Mauricio, habian hecho que convirtiera en víctima á este; queria ser amada á su manera, queria que el pintor no tuviera otro pensamiento que ella, otra ocupacion que acceder á sus menores caprichos; tenia celos de sus amigos, celos de los cuadros que pintaba, celos de todo, hasta de la luz que le alumbraba; queria que para Mau-

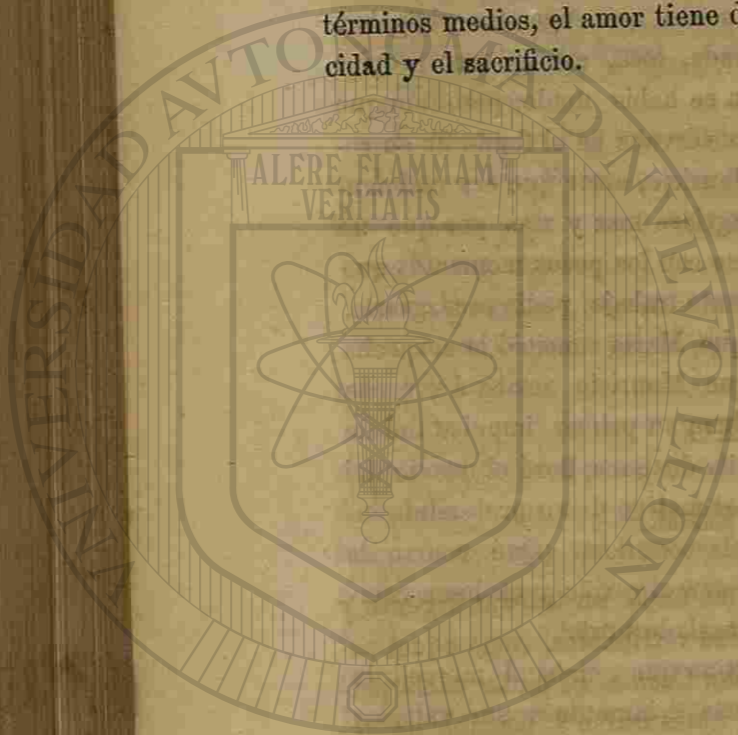
ricio nada hubiera en el mundo mas que ella, y á esta existencia ideal que se habia forjado en su imaginacion ardiente, no correspondia en lo mas mínimo la vida real que la necesidad del trabajo y el trato social que engendra obligaban á Mauricio á llevar. Exasperada, loca, amargó sus propios dias y los del hombre á quien se habia unido; pero aunque cedia á su extraño carácter conservaba en el fondo de su corazon un amor ardiente por Mauricio, amor que era realmente causa de que su genio se agriase mas y mas por que no se satisfacía ni podia satisfacerse con los pocos momentos que el pintor, entregado á un incesante trabajo, podia consagrarle.

Pero desde el momento en que María concibió la sospecha con visos de fundamento de que Mauricio amaba á otra, se operó una revolucion en su alma; su primer impulso fué de despecho, de rabia; mas tranquila despues, lloró el desvío del hombre á quien amaba, buscó el motivo de su pretendida infidelidad y le halló en su propia conducta. ¿Qué recurso le quedaba? ¿Atraer á su marido con el cariño y el buen comportamiento? ¿Acaso ya era demasiado tarde!

Aquel juguete frágil del destino que rodaba á merced de las pasiones; aquella alma violenta é impetuosa, sin valladar alguno que la contuviera, aquella mujer, dotada por la naturaleza de un corazon ardiente y apasionado, concibió una idea extraña como todo lo suyo; pensó que una vez entregado Mauricio á otro amor ella se hallaba de mas en el mundo; adquirir la certidumbre de que el pintor la engañaba y morir; no le quedaba otro recurso. Lo que Manuel le habia dicho por la mañana la habia convertido en otra mujer. Esperaria resignada hasta el dia siguiente las pruebas que el mason le habia ofrecido, y si eran tales como él decia, dejaria á Mauricio solo y en libertad de satisfacer ese amor que sentia por otra; compensacion única que podia ofrecerle por el sacrificio

que le habia hecho uniéndose á ella y por tanto como habia amargado su existencia.

Las naturalezas apasionadas como la de María no admiten términos medios, el amor tiene dos límites para ellas: la ferocidad y el sacrificio.



LXXIX.

Nueva plancha.

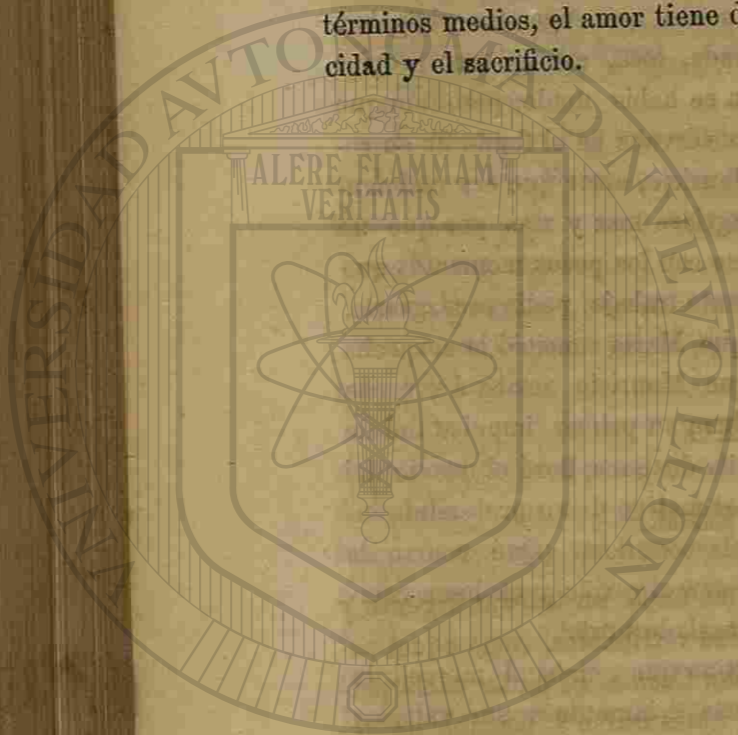
Hacia tiempo que Mauricio no tenia un trabajo urgente y de los que son por lo comun bien retribuidos, como aquel para que habia sido llamado á San Cosme. El pintor sabia perfectamente que era necesario apresurarse á concluir un retrato de esa naturaleza, porque apagado el primer entusiasmo cariñoso de los deudos á los pocos dias de la defuncion encuentran caro y mal hecho lo que en sus momentos de exagerado dolor les parece barato y de un perfecto parecido; así es que trabajaba el retrato de la difunta con una dedicacion absoluta.

María le veia trabajar, como de costumbre, pero léjos de tratar de incomodarle, procuraba con amabilidad y cariño hacerle agradable su presencia.

Mauricio no sabia lo que pensar; cediendo á sus instintos de artista y de poeta, para él no existia el pasado; el presen-

que le habia hecho uniéndose á ella y por tanto como habia amargado su existencia.

Las naturalezas apasionadas como la de María no admiten términos medios, el amor tiene dos límites para ellas: la ferocidad y el sacrificio.



LXXIX.

Nueva plancha.

Hacia tiempo que Mauricio no tenia un trabajo urgente y de los que son por lo comun bien retribuidos, como aquel para que habia sido llamado á San Cosme. El pintor sabia perfectamente que era necesario apresurarse á concluir un retrato de esa naturaleza, porque apagado el primer entusiasmo cariñoso de los deudos á los pocos dias de la defuncion encuentran caro y mal hecho lo que en sus momentos de exagerado dolor les parece barato y de un perfecto parecido; así es que trabajaba el retrato de la difunta con una dedicacion absoluta.

María le veia trabajar, como de costumbre, pero léjos de tratar de incomodarle, procuraba con amabilidad y cariño hacerle agradable su presencia.

Mauricio no sabia lo que pensar; cediendo á sus instintos de artista y de poeta, para él no existia el pasado; el presen-

te habia huido hasta entónces con rapidez asombrosa dejando apenas ligeras huellas, y solo el porvenir estaba siempre á su frente brillando con una luz misteriosa y divina que le deslumbraba algunas veces; pero el cambio de carácter que tan repentinamente se habia operado en María hacia que todo mudara de aspecto para nuestro héroe; aquel presente que comenzaba á sonreírle hacia latir de placer su corazón; sostenido por el amor, el espinoso camino de la gloria se iba á convertir para él en una senda tapizada de flores.

Nuestro héroe trabajaba con fé y dejaba volar su imaginación en un mundo de ilusiones; de vez en cuando dirigía á su esposa una mirada de cariño que María correspondía sonriendo, y se repetía á sí mismo:

—Todavía es bella..... ¡si hubiera sido siempre como hoy!.....

Algunos discretos golpes dados á la puerta del taller vinieron á distraer á Mauricio de su trabajo y de sus ilusiones, y á María de su muda contemplación.

—¡Adentro!—dijo Mauricio.

La puerta se abrió y un criado vestido de negro se presentó en el dintel.

—¡Ah!—exclamó Mauricio al verle, reconociendo á un criado de la casa donde le habian encomendado el retrato—¿es vd.? todavía no está concluido.

—La señorita me manda con un recado para vd.—contestó el criado—desea que vaya vd. allá para que vea un vestido de la difunta que quiere que lleve en el retrato.

—Dígale vd. que iré luego—replicó Mauricio contrariado.

—Me mandó con el coche para llevar á vd.; le está aguardando.

—Aguarde vd. un poco entónces, voy á quitarme la blusa. El pintor entró á la otra pieza de su habitación y á poco

volvió al taller dispuesto á seguir al criado; tendió la mano á su esposa, que esta estrechó afectuosamente, y salió.

María no habia perdido una palabra de cuanto habian hablado su marido y el criado, y se alegró de quedarse sola; esperaba de un momento á otro la confirmación de sus sospechas en la prueba que le habia ofrecido Manuel.

Este, como lo habrán comprendido ya nuestros lectores, habia buscado la manera de alejar al pintor de su habitación, y fácilmente logró su objeto inspirando á los deudos de la persona á quien retrataba Mauricio la idea de que ostentara en el retrato cierto traje y ciertas joyas que el pintor debía ir á ver á la casa mortuoria. Su posición social y las relaciones que tenia le habian hecho poder proporcionar á Mauricio aquel trabajo; pero habia cuidado de recomendar en la casa no dijeran una sola palabra á Mauricio sobre él, porque, decía, queria proteger á ese pobre muchacho que era un grande artista, sin que supiera de donde le venia esa protección, á causa de algunos disgustillos de colegio que el pintor no habia olvidado y que por su parte era como si no existieran.

No habia pasado media hora desde el momento en que salió Mauricio acompañado del criado, cuando volvieron á llamar á la puerta. Un estremecimiento nervioso recorrió todo el cuerpo de María. La manera particular con que llamaban le recordó el mensaje que habia llevado dias ántes el viejecillo vestido de gris, y por lo mismo la historia que con ese motivo le habia referido Manuel y el desvío de Mauricio.

—¡Adentro!—dijo con desfallecida voz.

Nuestro conocido Ludovico se presentó en el dintel de la puerta.

—¿Mande vd.?—preguntó María.

—Busco al hermano Gonzaga.

—Se halla fuera de casa.

—Volveré entónces, solo á él puedo darle un pliego que traigo.

—Es que yo soy su hermana, y podria recibirle.

—¡Su hermana!—exclamó asombrado Ludovico comenzando á creer en lo que le habia asegurado Manuel.

—Su hermana, sí; ¿qué tiene eso de extraño?—contestó vivamente María que queria concluyese lo mas pronto posible aquella escena por temor de que regresara Mauricio—¿no viene vd. de la Cámara de Enmedio?

—En efecto—replicó Ludovico cada vez mas asombrado y tendiendo la mano á María.

Esta clavó las uñas en la muñeca del hermano terrible hasta hacerle daño y pronunció la palabra *Giblin*.

Ludovico retrocedió dos pasos; sus ojos brillaban de una manera siniestra y parecian querer salirse de sus órbitas; bañó su frente un sudor frio; sus labios murmuraron algunas palabras ininteligibles; alargó á María el pliego de la logia y se marchó apresuradamente á su casa á poner una plancha dirigida al tribunal secreto de la órden, en que denunciaba el horrible perjurio de nuestro héroe.

La suerte de Mauricio estaba decidida.

Luego que desapareció Ludovico, María con el pliego en la mano, que le quemaba los dedos, espantada, con el corazon desgarrado, permaneció algunos momentos sin saber qué hacer. No se atrevia á romper la cubierta que tenia un sello con extrambóticas figuras, y ardia en deseos de saber lo que contenia. Despues de esa angustiada vacilacion se dijo á sí misma que era inútil tratar de leer el contenido de la plancha, puesto que no habia de comprenderla; que la existencia del papel era una prueba bastante de que el desconocido no la habia engañado, y resolvió aguardar á su esposo para entregarle

cerrado aquel cartapacio y observarle cuando le estuviera leyendo.

María se preguntaba quién era aquel hombre que la habia puesto al tanto de la traicion de Mauricio; tenia una idea vaga de su fisonomía, pero como el mason propagandista habia cambiado mucho de modales, y aun de figura, desde la época en que conoció á Mauricio y á Ramon en la Academia, la antigua modelo estaba muy léjos de sospechar que aquel señor tan elegante y que parecia tan rico era el mismo alumno perdidario que se burlaba de ella como la mayor parte de sus compañeros, que nunca pasó de copiar ojos, y que vestia de una manera tan lastimosa ántes de que su título de mason y de pillo le pusieran en posicion de explotar á los que se dejaran y enriquecerse á su costa.

No tardó mucho en volver Mauricio; traia en la mano un pedazo de tela de seda y una caja con un aderezo que los dedos de la difunta querian que copiase en el retrato. Volvia triste y cabizbajo, y sus labios estaban plegados por una amarga sonrisa. Acababa de recibir una nueva leccion de mundo y pensaba que no valia la pena de trabajar y afanarse tanto por las personas queridas, la manera con que estas lloraban la partida de los seres que mas se interesaban por ellas. Hacia apenas tres dias que yendo por primera vez á la casa mortuoria de donde le habian llamado, fué testigo de escenas desgarradoras; las hijas de la muerta se retorcian con horribles convulsiones y tiradas en el suelo lanzaban lastimeros ahullidos; la muerte les habia arrebatado cuanto tenian de caro en el mundo; el pintor se compadeció de aquel profundo dolor y no habia dejado de pensar á cada paso en las pobres huérfanas. Pero al llegar á la casa en busca del vestido y de las joyas oyó ruidosas carcajadas que le hicieron detenerse; pensó que habia equivocado el zaguán y se disponia á volverse; pero,

imposible, no cabia equivocacion; el cochero de la casa habia detenido el carruaje que le condujo en aquella puerta; los árboles del patio, la fuente, las tórtolas que lloraban en sus jaulas de bejuco, todo era lo mismo.

—¿Se habrán vuelto locas?—se dijo—el dolor produce á veces ese efecto.

Continuó su camino, llegó á una puerta vidriera del corredor, llamó, y una de las desoladas huérfanas se acercó á abrirle con el semblante risueño; la conversacion fué alegre, se le enseñó la tela del vestido, se cortó de ella un pedazo y se le dió el aderezo como si se tratara de juguetes de niño, ó de prendas de una persona muerta dos siglos atras y de la que no se conocia mas que el nombre. Aquello bastaba para entristecer á Mauricio, cuya alma extraordinariamente sensible no podia acostumbrarse á esa clase de cosas, que son sin embargo, moneda corriente en este valle de lágrimas.

—Mauricio, ¿qué tienes?—le preguntó María al verle entrar—te veo muy triste.

El pintor contó en pocas palabras á su esposa lo que habia visto.

—Es lo que sucede siempre—dijo María, cuando concluyó.

—Parece que en el alma hay una porcion determinada de dolor, y que cuando se agota es imposible continuar llorando; pero, ¡cuán rápida es la reaccion!—exclamó amargamente Mauricio—aun no han tenido tiempo los gusanos para hacer la diseccion del cádaver y ya los hijos se acostumbraron á no tener madre! ¡Qué horror!

Nuestro héroe se dejó caer en una silla y ocultó el rostro entre las manos.

María le contempló un rato en silencio y con tristeza; luego, como acordándose súbitamente de alguna cosa, exclamó:

—¡Ah! ¡Mauricio!

—¿Qué quieres?—preguntó este levantando la cabeza.

—Te dejaron esta carta y se me olvidaba dártela—contestó María alargándole con mano trémula á su esposo la plancha de la logia y queriendo aparentar serenidad.

Cuando Mauricio vió el sello de la cubierta hizo un gesto de desagrado y tiró el pliego sobre la mesa.

María le observaba atentamente.

—¿No lees eso?—preguntó.

—No hay para qué—contestó Mauricio con impaciencia.

—Me dijeron que importaba la respuesta—añadió María que con esta pequeña mentira creia comprometer á Mauricio á leer en su presencia el pliego.

El pintor alzó los hombros.

—Que volverian por ella dentro de una hora—siguió María á quien mataba la calma de su esposo, alargándole el pliego.

Mauricio le tomó maquinalmente, le abrió y leyó lo que sigue:

“A.: L.: G.: D.: G.: A.: D.: U.:

“Or.: de México núm. 206 Areópago—S.: T.: U.:—Sec.: Del Resp.: Tall.:—Areópago núm. 206.

“Or.: de México á los 23 d.: del segundo m.: m.: año de la V.: L.: 5866.

Al muy Q.: H.: Mauricio de Gonzaga.

M.: Q.: H.:

En ten.: ord.: de anoche se acordó por este R.: Tall.: se os aplique el artículo 99 de las constituciones generales que á la letra dice:

«Art. 99. Si la log.: determina la ejecucion de la pena, el ven.: hace presentar por el h.: secr.: el cuadro de la log.: y en presencia del Orad.: del 1º exp.: y del maest.: de Cerem.: raya el nombre del indicado haciendo declarar entre

las dos columnas que no hace mas parte del Tall.: manda tambien al Seer.: que lo avise á las LLog.: hh.: y previene á todos los EExp.: que no se le dé entrada en el Temp.:

En consecuencia, y con el mayor sentimiento, os aviso que vuestro nombre ha sido rayado del cuadro de la Log.:

Igualmente se acordó se os trascriba el art. 101 de las mismas que á la letra dice:

Art. 101.—El Mas.: retirado de la Log.: por la susodicha causa puede volver á ser admitido previa la satisfaccion de sus deudas siempre que la Log.: convenga en ello.

Con tal motivo, Q.: H.:, recibid mi abr.: fr.: y mi ose.: de paz que os envio al saludaros c.: l.: s.: y.: b.: q.: n.: s.: c.:—El Seer.: Jansenio.*

Cuando Mauricio acabó de leer la nueva plancha de la logia del Areópago la arrojó con impaciencia sobre la mesa.

—¡Qué hombres!—murmuró.

* La plancha que acabamos de poner á la vista de nuestros lectores es copia textual, con la única variacion de nombres y fechas, de una original que nos fué remitida con la siguiente carta:

“México, Octubre 24 de 1869.—Sr. D. Lorenzo Elizaga.—Presente.—Querido y fino amigo.—Como justificantes irrecusables acompaño á V. dos planchas de la logia á que pertenezco, sin haber tenido hasta hoy contestacion de la que está escrita por mí. Estas piezas sirven de comprobante auténtico de lo que V. dice en el capítulo 71 de su preciosa novela “Mauricio el Ajusticiado” de la página 420 á la 426.

El original del “Manuel” de V. se encuentra en la persona de N. N. venerable de la logia núm.—del rito escoces.

Autorizo á V. para que de los documentos adjuntos y de la presente carta haga el uso público ó privado que le parezca, en el concepto de que en todo tiempo sostendré la autenticidad de ellos. &c. &c. (siguen los cumplimientos de uso.)”

La segunda plancha á que se refiere esta carta dice así:

María no habia perdido uno solo de sus movimientos.

—¿Decias?—le preguntó.

—Nada—contestó secamente Mauricio cuyo mal humor se acabó de declarar con la lectura de la plancha.

“A.: L.: G.: D.: G.: A.: D.: U.:

Al M.: R.: G.: Maest.: de la M.: Resp.: Gr.: Log.:

S.: T.: U.:

M.: R.: G.: Maest.:

En el mes de... de 186... fui iniciado en la logia... n°... del Rito de Escocia: el dia de mi recepcion satisface la cantidad de veinte pesos que se me exigieron como derechos de aquel acto.

Varias veces solicité con instancia que se me facilitaran las Constituciones, leyes ó reglamentos de la Logia para saber cuáles eran mis obligaciones y derechos como mason: tambien solicité el catecismo ó liturgia para saber lo que en la masonería tenia que practicar, pero jamas llegué á conseguir nada de lo que solicité.

Despues de haber concurrido á varias tenidas, algunos hh.: me aconsejaron que solicitara el aumento de salario; pero como si lo conseguia tendria que satisfacer treinta pesos ó mas por tal concesion dirigí una plancha á mi taller suplicando que por las graves necesidades que tenia en mi familia se me hiciera la gracia de que tales derechos los pagara en abonos mensuales, y de esta plancha no recibí contestacion sufriendo con esto el desaire y desprecio que es consiguiente.

Despues de lo referido fui apremiado con insistencia para que pagara la cuota mensual, y en su consecuencia por graves accidentes ocurridos en mi familia dirigí una plancha á mi taller suplicando humildemente que por las necesidades que esponia se me tuviera consideracion. Esta plancha tuvo la amabilidad de presentarla al venerable Maestro de mi taller, el venerable Maestro del orden n°—y tampoco fué contestada, pero ántes de ayer he recibido la plancha que en copia acompaño, de cuyo documento y de las manifestaciones que tengo referidas se desprenden consideraciones altamente deshonorosas y desfavorables á la logia titulada N. N., porque está claramente justificado que ese taller en proporcion de que no ha querido hacerme conocer las leyes y ritos de la masonería, sí ha te

—¿Se puede leer?—insistió María alargando la mano al papel.

—Nó—replicó su esposo previniendo el movimiento y apoderándose del pliego.

nido frenético empeño en sacarme el dinero bajo diversas formas y pretextos, ha procedido conmigo de una manera tan irregular que ha faltado á la justicia y aun á las fórmulas mas triviales de una mediana educacion; concluyendo por espulsarme del taller, rayando mi nombre y dando aviso á las demas logias de que se me habia impuesto tan grave pena, pero creo que se habrá omitido el avisar á esas mismas logias que esa dura pena, que ese ignominioso ultraje que ni olvidaré ni perdonaré, se me ha hecho por el grave defecto que tengo de ser pobre, y por el enorme delito que he cometido al no satisfacer las ambiciones especulativas del gefe ó gefes de la enunciada logia N. N.

El participar á esa Resp.: Gr.: Log.: los atentados y ultrajes que en mi persona ha cometido la logia N. N., tiene por objeto denunciar hechos que desprestigian á la institucion masónica, pero de ningun modo el sostener mi permanencia en una corporacion en que se me ha tratado con tanta dureza como injusticia.

Finalmente y con el objeto de indemnizarme para con mis respetables amigos que hayan sabido mi expulsion de la logia á que por desgracia pertenecia sin saber los verdaderos motivos que la han causado, espero la respuesta de esa Resp.: Gr.: Log.: para que por medio de la prensa haga la publicacion debida, pues deseo ardientemente que no por la desmesurada ambicion y torpes manejos de dos ó tres individuos se corrompa y prostituya en nuestro país el gran principio masónico que he visto practicar en Europa y en los Estados-Unidos, donde esa grande institucion hace tan inmensos beneficios á la humanidad y á la civilizacion.

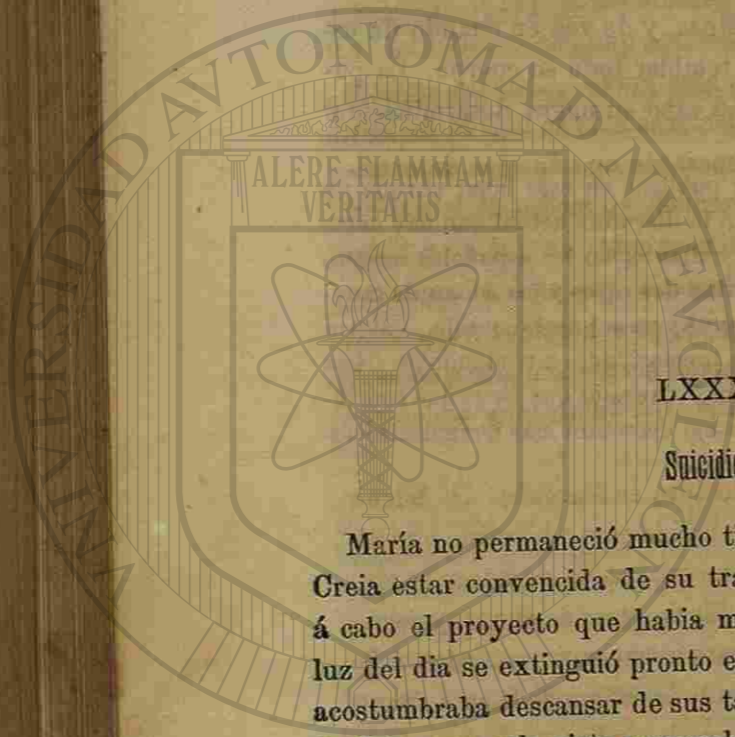
Recibid M.: R.: G.: Maest.: mi abr.: frat.: y el osc.: de paz que os envío saludandoos con los sig.: y bat.: que n.: s.: c.:
Valle de México á — de — (E.: V.:)—N. N.º

Como estos documentos tenemos otros curiosísimos relativos á la masonería, y que debemos unos al disgusto y otros al fervor de los masones por la órden. Entre dichos documentos figuran algunos muy

—No hay duda—se dijo María—ese hombre me ha dicho la verdad.

El pintor se despojó del traje que vestia y tomando su blusa se puso á trabajar con ahinco en el retrato de la muerta. María le contemplaba con tristeza, y de vez en cuando un estremecimiento nervioso hacia temblar todo su cuerpo. La pobre modelo pensaba en llevar á cabo su negra determinacion.

originales que sentimos no poder publicar en este lugar porque no vienen al caso, y que se refieren á la discordia actual que hay entre los masones del rito escoces. Se hallan como los españoles cuando la invasion francesa; aquellos tenian dos reyes y las cortes de Sevilla; estos tienen dos grandes maestros y un supremo consejo. Valdria la pena de coleccionar todas estas preciosidades intitulándolas: "Los masones pintados por ellos mismos." Creemos que ántes que concluya el año de 1869 el supremo consejo decretará mas irregularizaciones que logias hay en la República.



LXXX.

Suicidio.

María no permaneció mucho tiempo al lado de su esposo. Creía estar convencida de su traición y le corría prisa llevar á cabo el proyecto que habia madurado. Por otra parte, la luz del día se extinguió pronto en el taller del pintor, y este acostumbraba descansar de sus tareas leyendo el famoso libro de Job, cuyo sola vista provocaba la ira de su poco paciente mujer que no podia perdonarle á aquel pequeño libro la conformidad burlona que de él sacaba nuestro héroe en los tremendos disgustos que hasta entónces habian amargado los días de su matrimonio.

Mauricio no extrañó su ausencia, y mejor por costumbre que por necesidad, pues como nuestros lectores lo han visto María se habia portado con una moderacion fenomenal, tomó el libro y empezó á recorrer sus páginas á la luz de una lámpara de petróleo, esperando que la criada le llevase el chocolate que acostumbraba tomar á esa hora, para ir despues á

participar á Ramon la noticia de la nueva plancha que habia recibido, ya no para pedirle consejo sobre lo que debia hacer con ella, sino para oír los comentarios de su amigo y distraerse así un poco de los tristes pensamientos que le agitaban. Hay algo de sobrehumano en nosotros que parece advertir no que está á punto de acaecernos algo grave. Estamos seguros de que muy pocos de nuestros lectores habrán dejado de sentir una agitacion extraña la víspera de uno de esos acontecimientos terribles que nos sorprenden en medio de la uniformidad de la existencia, y en los momentos en que eran todavía un misterio para ellos. El inmenso placer ó el supremo dolor se hacen preceder siempre de esos heraldos vaporosos que anuncian de una manera vaga el acontecimiento que está á punto de decidir de nuestra suerte ó á influir muy poderosamente en ella.

El chocolate no parecia y la lectura se alargaba. De buena gana habria llamado Mauricio á la criada para advertirle que ya era tiempo, pero el pobre pintor no era dueño de hacer la menor cosa sin provocar la cólera de María, y no estaba muy seguro del arrepentimiento de esta para aventurar una orden á la maritornes, que podria haber tomado la señora de la casa, como lo tenia de costumbre, por un reproche indirecto á ella.

Aguardó, pues, y por la milésima vez recorrió aquellas páginas, y por la milésima vez tambien pensó que calumniaban al buen Job los que le ponian por modelo de paciencia y de resignacion.

Un grito agudo que resonó en la pieza inmediata le hizo suspender sobresaltado su lectura. Tomó la lámpara y se precipitó hácia el lugar de donde habia partido el grito.

Un espectáculo horrible le aguardaba.

María tendida cuan larga era en el suelo de la habitacion se agitaba con espantosas convulsiones. El pintor dejó la lám-

para sobre el primer mueble que encontró á mano y corrió hacia su esposa á la que en vano trató de levantar del suelo; pudo, sin embargo, alzarla lo suficiente para colocar su cabeza sobre su propio pecho y sostenerla, arrodillado, de manera que no continuara azotándose en el pavimento.

—Me muero!—decía María con voz ahogada—¡perdóname Mauricio!

Nuestro héroe se hallaba en uno de aquellos momentos en que la sorpresa embarga los sentidos. No sabia lo que era de sí mismo; veía á su esposa sufriendo un infierno, oía sus palabras de resignacion y de humildad, y no hacia movimiento alguno, no acertaba á tomar una determinacion que detuviese los estragos que la muerte hacia en aquella mujer que le habia amado, ni encontraba una palabra que contestar á las que ella pronunciaba con desfallecida voz.

—Pero que tienes?—dijo al fin como saliendo de un vértigo tenebroso.

—Nada—contestó la pobre mujer—nada, me muero, te dejo libre, perdóname el mal que te he hecho y acuérdate que he tratado de repararle con mi muerte.

Cada una de estas palabras entrecortadas por el estertor de la agonía penetraban como un frio puñal en el corazon de Mauricio.

—¡María!—murmuró con voz trémula—¡María! ¿qué es lo que has hecho?

María entreabrió los párpados, fijó sus apagados ojos en los del pintor, le estrechó convulsivamente la mano, señaló el cielo, exhaló un profundo suspiro, y su cuerpo sacudido por un estremecimiento mas fuerte adquirió la rigidez de un cadáver.

—¡María!—gritó el pintor desesperado—¡María!.....no me oye—continuó con amargura—¡muerta.....tan pronto!.....

¿qué es esto, Dios mio?.....¿que te he hecho para negarme así toda felicidad?

Inclinó la frente y permaneció un instante abismado ante aquella muerta cuya cabeza se apoyaba sobre su corazon.

Un ruido inusitado de voces y de pasos le sacó de su abismamiento; levantó la vista y se encontró rodeado de personas extrañas y completamente desconocidas para él. Eran los vecinos á quienes Simona habia ido á convocar. La criada oyó como Mauricio, el grito de María, la habia visto como él agitándose en las convulsiones de la agonía, y sin aguardar órdenes de ninguna especie habia salido en busca de un médico teniendo cuidado de alborotar de paso al vecindario diciendo á quien queria oirla que se moría su ama y que quedaba sola con el señor.

Como todo habia pasado en un instante, los vecinos que se apresuraron mas por curiosidad que por afecto, á penetrar en la habitacion del pintor llegaron en el momento en que todo habia concluido ya para María.

A poco entró Simona con el facultativo que se informó de los síntomas de la enfermedad, tomó el pulso de la muerta, aplicó el oido á su pecho y declaró que la ciencia nada tenia que ver allí, que aquella mujer era cadáver.

Algunos vecinos caritativos trataron de arrancar á Mauricio de aquel lugar, y le condujeron no sin trabajo á la pieza que le servia de taller.

Otros colocaron á la difunta en la cama previo despojo de colchones y cobertores, encendieron tres velas de cera que Simona habia ido á proporcionarse á crédito en la tienda inmediata, y abrieron la vidriera que daba al corredor.

El rostro del cadáver no presentaba aún huellas de envenenamiento. María, cuya antigua profesion de modelo de la Academia le habia permitido conocer las perniciosas propieda-

des de algunas sustancias que usan los pintores, se habia aplicado una dosis respetable de azul de prusia. Su muerte habia sido casi instantánea, pero dolorosísima; el veneno le habia abrasado las entrañas.

Poco á poco fueron retirándose los vecinos hasta dejar solo á Mauricio en el taller, y dos ó tres mujeres permanecieron con Simona en el cuarto mortuario velando á la difunta.

El pobre pintor sorprendido y atónito creia que cuanto le pasaba era un sueño, y con la cabeza entre sus manos se le habria tomado por uno de los manequies de su taller, si los sollozos que le ahogaban no agitaran de vez en cuando la parte superior de su cuerpo. Así pasó gran parte de la noche hasta que un acontecimiento extraño fué á probarle que el destino no se habia cansado aún de perseguirle.

LXXXI.

La aprehension.

Durante las primeras horas de la noche que sucedió á la muerte de María, gran número de vecinos de los que no se habian hallado en la casa á la hora del acontecimiento visitaron el cuarto mortuario; algunos dijeron breves oraciones arrodillándose frente al cadáver, otros tomaron de una vasija que se hallaba al pié de la cama agua bendita y rociaron con ella á la pobre muerta; otros, y fueron los mas, se conformaron con verla estúpidamente y se retiraron á sus habitaciones respectivas.

Serian las diez y media cuando seis hombres de traje decente se agruparon en la puerta y murmuraron algunas palabras que Simona no pudo comprender. Uno de ellos, de fisonomía adusta y de traje mas descuidado que sus compañeros, se introdujó al cuarto, tomó un poco de agua bendita y se disponia á arrojarla sobre el cadáver, cuando dió dos pasos atras, con el asombro pintado en el semblante, y se dirigió apresuradamente á la puerta.

des de algunas sustancias que usan los pintores, se habia aplicado una dosis respetable de azul de prusia. Su muerte habia sido casi instantánea, pero dolorosísima; el veneno le habia abrasado las entrañas.

Poco á poco fueron retirándose los vecinos hasta dejar solo á Mauricio en el taller, y dos ó tres mujeres permanecieron con Simona en el cuarto mortuario velando á la difunta.

El pobre pintor sorprendido y atónito creia que cuanto le pasaba era un sueño, y con la cabeza entre sus manos se le habria tomado por uno de los manequies de su taller, si los sollozos que le ahogaban no agitaran de vez en cuando la parte superior de su cuerpo. Así pasó gran parte de la noche hasta que un acontecimiento extraño fué á probarle que el destino no se habia cansado aún de perseguirle.

LXXXI.

La aprehension.

Durante las primeras horas de la noche que sucedió á la muerte de María, gran número de vecinos de los que no se habian hallado en la casa á la hora del acontecimiento visitaron el cuarto mortuario; algunos dijeron breves oraciones arrodillándose frente al cadáver, otros tomaron de una vasija que se hallaba al pié de la cama agua bendita y rociaron con ella á la pobre muerta; otros, y fueron los mas, se conformaron con verla estúpidamente y se retiraron á sus habitaciones respectivas.

Serian las diez y media cuando seis hombres de traje decente se agruparon en la puerta y murmuraron algunas palabras que Simona no pudo comprender. Uno de ellos, de fisonomía adusta y de traje mas descuidado que sus compañeros, se introdujó al cuarto, tomó un poco de agua bendita y se disponia á arrojarla sobre el cadáver, cuando dió dos pasos atras, con el asombro pintado en el semblante, y se dirigió apresuradamente á la puerta.

Habló allí algunas palabras en voz baja con los que el acompañaban, volvió con ellos cerca de la muerta, y les señaló los labios de la pobre María por los cuales brotaba ya una espuma verde oscura que acusaba el género de muerte que había sufrido.

Aquellos hombres eran masones que salían de la logia, que como recordarán nuestros lectores, se hallaba en la misma casa que habitaba Mauricio; las fúnebres antorchas que alumbraban aquel cuarto habían llamado su atención, y se habían acercado á averiguar la causa de tan inusitada iluminación.

El hombre que penetró en el cuarto era Ludovico; su sorpresa fué extrema al reconocer en aquel cadáver á la misma mujer á quien algunas horas ántes había visto llena de vida cuando le entregó la plancha para Mauricio y se convenció, oyendo de su boca la palabra de pase, de que era cierta la traición de que acusaba Manuel al pintor; su sorpresa tomó otro carácter cuando advirtió la espuma que rebosaba en los labios de la muerta.

Uno de sus compañeros humedeció su dedo pequeño en aquella espuma y le acercó á su lengua. Los demás, incluso Ludovico, hicieron un gesto de repugnancia.

—Esta mujer ha muerto envenenada—dijo magistralmente el hombre que había probado la saliva.

—¡Envenenada!—repitieron en coro los otros cinco.

—Sí, señores, y con un veneno activísimo; si ustedes fueran un poco despreocupados notarían como yo en esa baba que cubre los labios de la muerta un sabor muy pronunciado á cobre oxidado.

—Sería bueno—dijo Manuel que se hallaba en el grupo—recojer un poco de esa espuma para que se haga un análisis químico de ella; acaso se ha cometido aquí un crimen.

—Ciertamente—replicó Ludovico comprendiendo la inten-

ción de su cómplice—tanto mas cuanto que tengo noticias fidedignas de que la paz doméstica y la armonía conyugal desaparecieron de este hogar hace mucho tiempo.

—¿Quién es el viudo de esta mujer?—preguntó otro del grupo.

Manuel fingiendo ignorarlo se dirigió á Simona.

—Sabe vd., señora,—le dijo—como se llama el dueño de esta casa?

—¿El marido de la difunta?—preguntó la criada.

—Sí.

—D. Mauricio Gonzaga.

—¡El perjuro! exclamaron en coro los masones.

—¿Qué cosa?—dijo la criada.

Los masones se encojieron de hombros sin contestar y salieron precipitadamente de la habitación al corredor.

Largo tiempo permanecieron allí hablando en voz baja, y por fin uno de ellos se desprendió del grupo y se dirigió á la calle.

Era Ludovico.

El antiguo sacristan de la Misericordia andaba apresuradamente y pronto llegó á la 1ª calle de las Damas, donde se detuvo frente al zaguán de la casa núm. 6. A pesar de lo avanzado de la hora aquella puerta no estaba cerrada; un soldado frances sentado en una silla recargada contra la pared indicaba que vivía allí algun personaje del ejército frances que ocupaba entónces la capital, ó algun alto empleado del imperio.

Después de un momento de vacilacion Ludovico se adelantó.

El soldado no se movió de su puesto.

El italiano cruzó un pequeño patio, subió una escalera alfombrada y se encontró frente á un pasadizo cubierto de cristales; allí había varios hombres de mala catadura.

—¿Qué quiere?—preguntó uno de ellos.

—Hablar al Sr. Director—contestó Ludovico haciendo una seña particular con la mano izquierda y guiñando el ojo derecho de una manera significativa.

El hombre que le había interpelado de un modo tan brusco se levantó respetuosamente y descubriéndose dijo dulcificando la voz:

—El Sr. Director ha prevenido no se le llame sino para asuntos urgentes del servicio; está recogido. ¿Dispone vd. que se le avise?

—Sí—contestó secamente Ludovico.

—Pase vd.—dijo el hombre inclinándose y señalando al italiano la puerta de la sala, y él se dirigió á las habitaciones interiores.

Mientras volvía su introductor, Ludovico recorrió rápidamente con la vista el departamento en que se hallaba. Era una sala de mediana extensión y que no estaba aun completamente amueblada. Un ajuar imperial farrado de reps verde de lana; una mesa tortuga en el centro cubierta completamente de papeles, los retratos fotográficos de Maximiliano y Carlota colocados á ambos lados del sofá; ausencia total de otros cuadros, de espejos, de cortinas, y de cuanto en la actualidad constituye el ornato de una sala; tal fué lo que Ludovico apenas tuvo tiempo de notar, cuando una voz dulce pronunció en buen francés á su espalda:

—Estoy á vuestras órdenes, señor.

El italiano se levantó rápidamente de su asiento y se inclinó ante la persona que le hablaba. Era un hombre alto, moreno, de despejada frente, de ojos negros brillantes y rasgados, nariz perfectamente modelada y labios cuya forma sensual se dibujaba apenas bajo el espeso y negro bigote que los cubría. Vestía un traje color de flor de romero con franjas azules, y estaba mutilado de la mano derecha.

—Tengo el honor de hablar con el Sr. Galloni d'Istria?—dijo Ludovico.

—En persona—contestó sonriendo el director de la policía de Maximiliano—¿en qué puedo servirlos?

—Vengo á poner en conocimiento de vd. un horrible crimen—continuó el italiano—un pintor ha envenenado á su mujer, y aunque no conozco los pormenores, el hecho, que debe haber sido muy premeditado, por la discordia en que hace tiempo vivían los dos cónyuges, tiene todas las apariencias de haber sido cometido con todas las circunstancias que pueden hacerle mas odioso.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó Galloni.

—Es un hombre condenado—contestó Ludovico diciendo una palabra al oído del Director de policía y estrechándole la mano izquierda.

D'Istria se inclinó.

—Le remitiremos á la plaza francesa—dijo—de allí á la corte marcial no hay mas que un paso, y de la corte á la plaza de Mixcalco el camino es mas corto aún.

—Gracias, conde—exclamó Ludovico con efusión—la orden no olvidará jamas este nuevo servicio.

Galloni se inclinó sonriendo y gritó:

—¡Claverie!

Un francés de cara redonda y color de vino, de fisonomía astuta en la que luchaba con la viveza de sus ojos de gato una expresión de perversidad muy pronunciada, se presentó en la sala.

—¿Qué manda vd.?—preguntó humildemente.

—Toma á Eucher y á dos mexicanos, aprehende á quien el señor te señale y condúcele con este parte á la plaza.

Mientras Galloni hablaba escribía con la mano izquierda algunas palabras en un papel.

—¿El nombre?—preguntó á Ludovico.

—Mauricio de Gonzaga.

—Bien, toma—añadió el Director de Policía, alargando el papel al esbirro á quien habia llamado Claverie.

Este le tomó con visible satisfaccion; no sabia de quién se trataba, pero para él era un placer conducir á un hombre á la plaza francesa como se llamaba entónces el pretorio de Bazaine, porque aquello era lo mismo que conducirle al destierro en la Martinica ó al patíbulo, y Claverie era hombre á quien le agradaba mucho que exportaran ó mataran á alguno.

Ludovico se despidió cordialmente de Galloni d'Istria, y á la cabeza de sus cuatro esbirros se dirigió á la casa de Mauricio.

Los masones le aguardaban en el corredor.

—¿Qué hay?—preguntó Manuel con ansiedad.

—Traigo la orden para aprehenderle y cuatro policías que la ejecuten.

—¿Que tal se portó Galloni d'Istria?

—Admirablemente, es un buen hermano; todo lo facilitó desde luego.

—¡Digno sosten del templo!—exclamó Manuel fingiendo entusiasmo.

—Lástima que sea de los enemigos del país—se aventuró á decir un mason novicio que habia leído el Contrato social de Juan Jacobo Rousseau y se creia liberal.

—¡Quita allá!—dijo Manuel—la masonería no tiene otra patria que el mundo.

—Sin embargo—insistió el mason candoroso á quien el tono imperativo de Manuel habia ofendido—si nuestros hermanos los liberales supieran esto nos llamarian, y creo que con justicia, traidores.

—Harian mal—replicó Manuel con mayor acritud que en

su frase anterior—y desde luego es preciso que sepas que no tienes mas hermanos que los masones y que nada importa la patria frente á frente de la orden.

—¡Blasfemo!—gritó el jóven demudado y levantando los puños á la altura del rostro de Manuel, quien se puso á temblar como un azogado.

—Calma, señores, calma,—dijo otro del grupo—no conviene tratar semejante asunto en estos momentos; aprovechémos del medio que se nos presenta para castigar al perjurio y no nos metamos en sutilezas de patriotismo que á nada conducen.

—El señor tiene razon—agregó Ludovico—voy á llamar á mis hombres.

Claverie y los suyos se dirigieron al aposento donde se habia llabado Mauricio abismado en su dolor.

A pesar del ruido que hicieron al entrar, Mauricio no levantó la cabeza ni dió señales de vida.

Claverie se acercó á él y dándole un fuerte golpe en el hombro le dijo en mal español:

—Es D. Mauricio de Gonzaga á quien hablo?

Mauricio se levantó asombrado.

—Servidor de vd.—dijo.

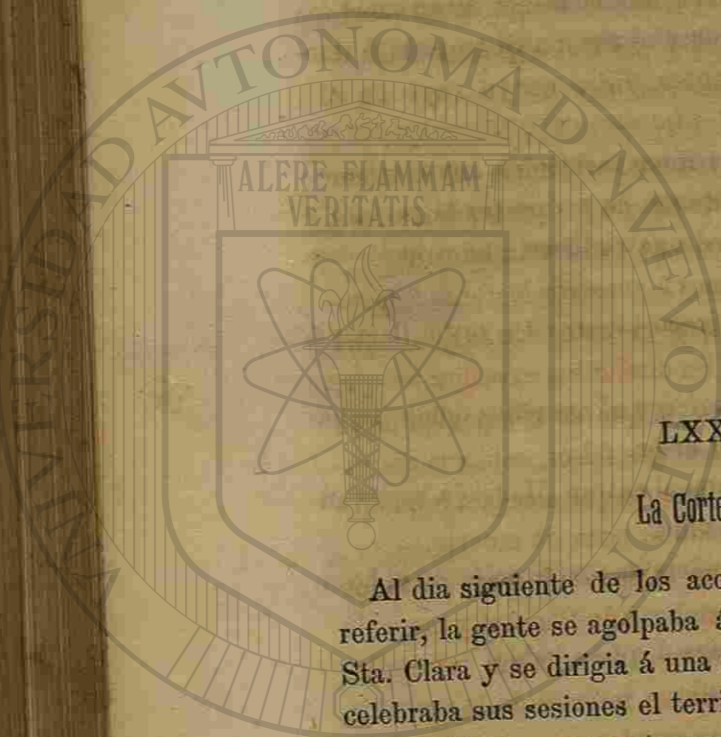
—Sígame vd.

—A donde?—preguntó nuestro héroe.

—A la plaza francesa.

—¡Yo! á la plaza francesa ¿por qué?

—¡Ah, pícaro mexicano! tú te resistes, eh?—gritó Claverie echándole una mano al cuello—tu sabes matar mujeres y preguntas por qué te conduzco á la plaza? anda—y sacudiéndole fuertemente le sacó de la habitacion. ®



LXXXII.

La Corte Marcial.

Al día siguiente de los acontecimientos que acabamos de referir, la gente se agolpaba á la puerta del ex-convento de Sta. Clara y se dirigia á una de las salas del edificio adonde celebraba sus sesiones el terrible y sanguinario tribunal conocido en México por corte marcial francesa.

Haciendo contraste con la multitud indiferente que se apiñaba en la entrada de la sala, se veian algunas personas de semblante triste y pálido, con los ojos llenos de lágrimas, y que se enderezaban sobre la punta de sus piés procurando con ansiedad mirar lo que pasaba y oír lo que se hablaba en aquella pieza.

Eran las madres, las esposas, las hermanas de los reos, que con el corazón oprimido de dolor iban á ver acaso por última vez á sus hijos, á sus maridos ó á sus hermanos. El que como reo atravesaba el dintel de esa puerta estaba casi segu-

ro de no volverla á pasar sin que una sentencia de muerte pesara sobre él.

Un soldado frances impedía á aquellas desoladas mujeres entrar al lugar donde se decidía arbitrariamente de su suerte, y donde se iba á pronunciar sobre el tiempo que quedaba de vida á sus mas próximos parientes, único apoyo suyo en el mundo.

Diariamente se reunía aquel tribunal arbitrario cuyos miembros no entendían siquiera el idioma de los pretendidos reos, y diariamente había en Mixcalco una carnicería humana.

En el momento que conducimos á nuestros lectores á la sala en cuestion, acababa de instalarse la corte. Un sarjento que hacia de relator leía en frances los diminutos expedientes que formaban el proceso de cada reo y que se componían de la acusación, de la declaración de testigos falsos, esbirros disfrazados á falta de otros, y del pedimento que concluía infaliblemente solicitando contra el acusado la pena de muerte.

Cinco sarjentones franceses que hacían de jueces, acabados de levantar de las mesas de la pastelería de Plaisant y con seis ú ocho vasos de agenjo en el cuerpo, dormitaban tranquilamente en sus sillas ó renegaban en su interior de la molestia que les causaban aquellos pícaros mexicanos, prometiéndose vengarse de ellos mandándolos al otro mundo, y se cuidaban muy poco de lo que leía el relator. Con uniformidad digna de mejor causa opinaban siempre de acuerdo con el pedimento fiscal, y se apresuraban á volver al *cerce* á seguir su partida de dados y á continuar haciendo libaciones de agenjo, sin el menor remordimiento por las sentencias de muerte que pronunciaban. Eran tan bestias que no comprendían siquiera la gravedad de lo que hacían y la responsabilidad de su misión de jueces. Su lógica era terrible y concluyente; habían venido á México en son de guerra, todos los mexicanos eran sus ene-

migos y de cualquiera modo y en cualquiera terreno debían exterminarlos; de ahí la necesidad y la conveniencia de condenar á muerte á los reos que se presentaban ante su tribunal.

En pié, y custodiados á una vara de distancia por un piquete del 92º de línea, se hallaban las presuntas víctimas de aquellos borrachos. La víspera había sido fecunda en aprehensiones y la sed de sangre de los franceses tenía con que saciarse ese día; nueve reos esperaban su sentencia. Entre ellos había algunos acusados de haber formado parte de bandas armadas, otros de estar en correspondencia con el enemigo, uno de conato de homicidio en la persona de un militar francés, y por último, Mauricio, nuestro héroe, acusado de uxoricidio, delito de que debía conocer la justicia ordinaria, pero que, gracias á las maquinaciones de Manuel y de Ludovico, había sido atribuido al conocimiento de la corte marcial para asegurar así la venganza terrible de los dos masones.

Los siete primeros reos estaban comprendidos en la misma causa y fueron condenados á muerte; entre ellos había un niño de trece años, pero la corte marcial pensó que aquel reo se había rejuvenecido por medio de algun ardid para burlar la severidad del tribunal, y no estimó esa circunstancia. Cuando el niño escuchó su sentencia rompió á llorar dando lastimeros gemidos y llamando á la que le había dado el ser para que le defendiese. Aquel llanto, aquellos gritos de dolor, aquella apelacion de la bárbara sentencia ante la infortunada que había llevado en su seno al desgraciado jóven, excitaron la hilaridad de sus verdugos que prorrumpieron en brutales carcajadas, y aun hubo alguno que comprendiendo ménos aún que sus compañeros la angustiosa solemnidad de aquel llamamiento, remedó con voz de falsete al pobre niño que iba á morir al día siguiente.

Aquellos siete desventurados fueron conducidos á otro departamento donde debían aguardar á sus compañeros de infortunio para ser conducidos juntos á la inmunda prision bautizada por el vulgo con el nombre de la Martinica, y á la mañana siguiente salir de allí, juntos tambien, al matadero.

Tocóle su turno al octavo acusado. El relator leyó con voz breve la acusacion; de ella se desprendia que yendo el supuesto reo con su esposa por la calle, un soldado francés había tratado de acariciarla en su presencia, lo que como era natural quiso impedir el marido; el soldado apeló á las vias de hecho y dió una bofetada al hombre que trataba de insultar, quien con un pequeño cortapluma había producido un lijero rasguño en la mano de su ofensor; daba risa y causaba indignacion al mismo tiempo ver el pequeñísimo instrumento que como cuerpo de delito se hallaba en la mesa de los jueces, y la gravedad con que se disponian á fallar en esa causa examinando con horror el cortapluma.

El relator concluía, como de costumbre, pidiendo la pena de muerte, pues aunque el homicidio no había llegado á consumarse, decia, no había sido por falta de voluntad del acusado, sino por la circunstancia de no haber tenido á mano un instrumento á propósito para llevarle á cabo; é importaba mucho hacer un ejemplar para que nadie, absolutamente nadie, levantara la mano contra los franceses, y mucho ménos se atreviera á ofenderlos con instrumentos cortantes.

Los oficiales franceses que componian la corte se retiraron á deliberar y pasado un rato volvieron á la sala, donde, poniéndose en pié y á nombre de Napoleon III, pronunciaron solemnemente la sentencia de muerte contra aquel hombre que no había querido dejarse insultar impunemente por un soldado del disimulado marido de Eujenia.

El octavo acusado al oír su sentencia, dirigió una mirada

de indignacion á sus jueces, sonrió amargamente, y volviéndose á Mauricio le dijo en voz baja:

—Ahora es cuando creo firmemente que todos los maridos en Francia, de Napoleon III abajo, son.....

Un empujón que le dió uno de los soldados que le custodiaban le impidió concluir la frase, y salió de la sala para reunirse con sus compañeros.

Mauricio esperaba tranquilamente que le llegase su vez. Se hallaba en una de esas situaciones críticas en que el dolor por una parte, lo intempestivo y extraordinario de los acontecimientos por otra, aturden completamente al que se encuentra en ellas, y ni siquiera le permiten calcular la extension de su desgracia. Hasta aquel momento no sabia de lo que se le acusaba; la brutal exclamacion de Claverie al aprehenderle le habia hecho concebir una idea vaga de que se le atribuía la muerte de María, pero le parecia monstruosa una acusacion semejante, y mas monstruosa aún que se le condenara sin oírle y sin que el supuesto delito de que se le acusaba estuviese plenamente probado. En medio del aturdimiento que le causaban los extraños sucesos de que en tan pocos días habia sido víctima, un destello de razon se abria paso, y el pobre pintor no podia comprender cómo aquellos hombres que habian mandado tan injustamente á la muerte á los ocho acusados á quienes juzgaron ántes que á él podrian, á pesar de su ignorancia y de su barbarie, condenarle á igual pena, atribuyéndole ser el autor de la desgracia que era el primero en lamentar y cuyo peso le abrumaba.

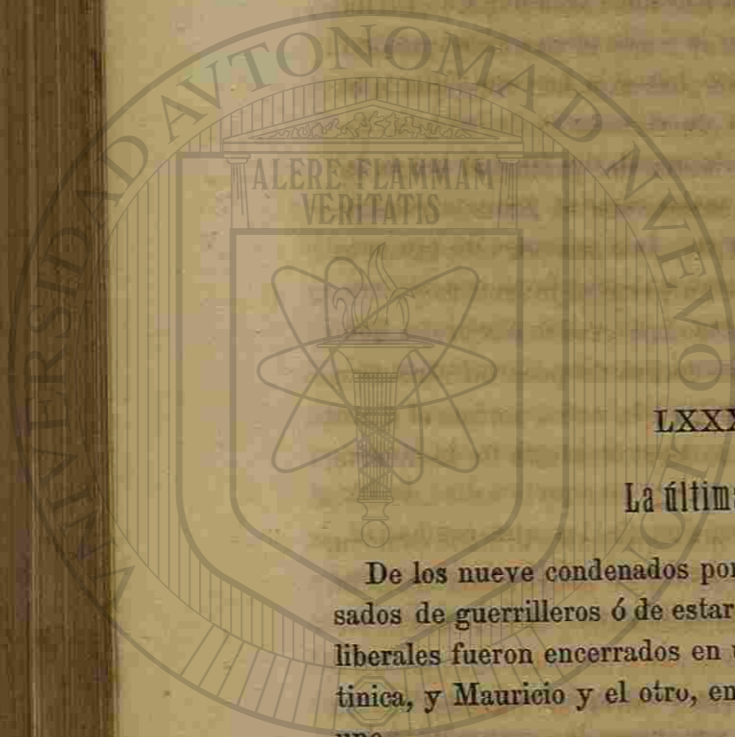
Por otra parte, habian sido tan raros los días felices de su vida, si podian, sin embargo, llamarse felices los pocos en que una esperanza ó un placer efímero habian iluminado como un rayo de sol su triste existencia, que veía como un consuelo y un descanso la muerte y casi la anhelaba. No obstante, morir

como un criminal, en una plaza pública, y acusado de haber envenenado á la mujer por quien se habia sacrificado, le parecia horrible.

La vista de su causa siguió los mismos trámites que las de las anteriores. Al leer el relator la declaracion de los testigos, el poco frances que sabia nuestro héroe le hizo entender que Ludovico y Manuel se hallaban en el número de los que deponian contra él. A nombre de la moral, del buen orden de la sociedad y para ejemplo de los malos casados pedia el relator la pena de muerte contra Mauricio. Los informes de ese empleado de la corte marcial parecian una monótona cancion cuyo *refrain* era la palabra *muerte*, y los cinco miembros que componian tan concienzudo tribunal parecian otros tantos coristas que repetian el fúnebre estribillo.

Con las solemnidades de uso, y siempre á nombre de Napoleon III emperador de los franceses, y en aquellos días de los mexicanos, de rey abajo, á excepcion de los que combatian con la pluma ó con la espada su hechura, fué Mauricio condenado como sus compañeros á sufrir la pena capital, al día siguiente, en la plaza de Mixcalco.

A pesar de estar preparado á la muerte, á pesar de su fastidio de la vida, la injusticia de sus jueces le sorprendió, y la idea de volver á la nada dentro de algunas horas le hizo estremecer. Fué conducido á incorporarse con sus compañeros, y entre bayonetas le trasladaron como á los otros á la cárcel de la Martinica. Algunas pobres mujeres seguian el piquete de soldados dando lastimeros ahullidos que resonaban dolorosamente en el corazón de los otros ocho condenados. Mauricio no tenia en aquel momento quien llorara por él.



LXXXIII.

La última noche.

De los nueve condenados por la corte marcial los siete acusados de guerrilleros ó de estar en inteligencia con las fuerzas liberales fueron encerrados en un mismo calabozo de la Martinica, y Mauricio y el otro, en diferente departamento cada uno.

Nuestro héroe, luego que se quedó solo comenzó á pasarse con agitacion por su calabozo. Pronto iba á morir, pensaba, y nadie lloraria su muerte á excepcion de Ramon. En aquel momento recorria las fases de su agitada vida y tributaba un recuerdo de gratitud al hombre generoso que le abrió el camino de la gloria y que le sirvió de padre en México. D. Márcos Olavarría habia muerto hacia tiempo de una afeccion del hígado, dejando su negociacion á unos sobrinos suyos que aunque llevaban su apellido y tenian su sangre, estaban léjos de poseer tan noble corazon como él. Por primera vez desde la

muerte de su protector se alegraba Mauricio de que ya no existiera el buen D. Márcos.

—Si viviese, decia, ¡qué golpe para él!.....

Antes que D. Márcos, el tio Antonio habia pagado el tributo á la tierra, y aunque era muy vago el recuerdo que de él tenia Mauricio, no habia sentido poco al pobre viejo que le habia recojido á la muerte de su abuelo.

Mas allá no alcanzaba la memoria del pintor; el golpe que recibió en la frente al ser arrebatado por el Zurdo en la iglesia de la Misericordia habia separado como por un abismo inmenso é insondable su niñez y su primera juventud.

Despues de algunos momentos consagrados á esos dos hombres con quienes debia reunirse dentro de poco en otro mundo mejor, ó confundirse con ellos en la nada, porque el pintor no tenia ideas fijas sobre lo que hay mas allá de la muerte, pensó en Luisa.

La blanca imájen de aquella niña que habia brillado como un meteoro en su existencia, apareció á su imaginacion distinta, bella, seductora; le sonreia amorosamente y le señalaba el cielo. El corazon de Mauricio latia con violencia, sus ojos estaban fijos en un lugar donde creia mirar el fantasma de su amada; sus rodillas se doblaron y cayendo sobre ellas murmuró:

—Gracias, Luisa, dentro de algunas horas nos uniremos para siempre.

¿Qué significaba aquella vision? Luisa unida á otro hombre vivia léjos de la capital, entre ella y el marido de María no habia ninguna relacion posible; pero su imájen no se apartaba un punto de la imaginacion del pintor, y el amor que le habia inspirado, extraño como el destino de nuestro héroe, habia crecido y se habia divinizado con la ausencia y con la imposibilidad de la posesion; ese amor daba á Mauricio una facultad

sobrenatural, y lo que podría llamarse un extravío de su imaginación producido por el estado singular en que se hallaba, era acaso la revelación de lo que pasaba lejos de su prisión.

Casi en los momentos en que Mauricio contemplaba de rodillas y extasiado aquella vaporosa imagen, moría la pobre Luisa según hemos podido saber después al averiguar la suerte de los personajes que han figurado en esta historia ¡Quién sabe! acaso hay en esa unión misteriosa de dos almas algo de sobrehumano que no alcanzamos á comprender! acaso el alma de Luisa desprendida de su envoltura mortal venía á esperar la libertad de la de nuestro héroe para unirse con ella eternamente!

Mauricio continuaba de rodillas. Repentinamente los sonidos de una música dulcísima y melodiosa vinieron á herir sus oídos; pensó que era una armonía del cielo y escuchó extasiado.

El ruido que hizo al abrirse la puerta de su prisión le sacó de su éxtasis; volvió al mundo real y levantó los ojos. Un hombre alto y seco se hallaba frente á él. Mauricio se puso en pié.

—¿Que hay?—preguntó disgustado.

—Hermano, es necesario pensar en el alma y purificarla ántes de morir con el santo sacramento de la penitencia.

Mauricio se encojió de hombros, y con un ademán de soberano desprecio señaló la puerta á aquel hombre.

—Hermano—continuó el desconocido—las puertas del infierno se abren para los réprobos.....

—Salga vd.—respondió Mauricio—y que la de este calabozo no vuelva á abrirse para vd. mientras yo me halle aquí.

—Pero hermano.....

Mauricio se acercó á la puerta y llamó.

El sarjento francés encargado de la prisión se acercó.

—¿Qué se ofrece?—dijo.

—Haga vd. salir á ese hombre y que me dejen en paz.

—Si es el cura.....

—No importa, no le he pedido.

El sarjento hizo salir al clérigo, que lanzó á Mauricio una mirada de odio, y el preso volvió á quedar solo.

La música continuaba. Una señora alemana que vivía cerca de la prisión ejecutaba en el piano de una manera soberbia «los Recuerdos de la infancia» de Roberto Schumann, y aquellas melodías dulcísimas y tristes interrumpían el silencio de la noche y llegaban hasta el condenado dilatando su alma con una melancolía encantadora. Mauricio escuchaba absorto y hacia largo rato que la última nota de la tercera melodía de Schumann se había perdido en el espacio y su eco vibraba todavía en el corazón de artista de nuestro héroe.

El recuerdo de María vino luego á distraerle. La influencia que aquella mujer había ejercido en su vida era extraña y tenía algo de fatídico; la manera con que se había unido á ella, la poca armonía que había existido en su matrimonio, y hasta la reacción que el amor operó en el carácter de la pobre muchacha impeliéndola al suicidio, eran para él otros tantos misterios de su raro destino.

En vano trataba de encontrar las causas que le habían condenado á ser el juguete de la suerte; desde la época de su vida cuyos recuerdos conservaba frescos en la memoria, á nadie había hecho mal; mas allá, su infancia se perdía para él en un tenebroso abismo; pero qué podía un niño hacer de tan grave para que la expiación fuese tan terrible? ¿Sería cierto que nacemos condenados á pagar las culpas de nuestros antecesores? Caeríamos entonces en el absurdo del pecado original. ¿Quién prepara las circunstancias de la vida de manera que unos tropiecen á cada paso con un dolor ó un desengaño

y otros con cuanto constituye en el mundo la felicidad? ¿Dios, el destino, la naturaleza? Sea quien fuere, se decia Mauricio, á cuya imaginacion se agolpaban sin órden y confusamente estos pensamientos, sea quien fuere, no es justo, no es equitativo, no puede ser la suma perfeccion, la suprema sabiduría.

La campana del reloj de Catedral que daba magestuosamente las cuatro de la mañana, le interrumpió en sus reflexiones.

—¿A qué cansarme?—murmuró sonriendo amargamente— faltan tres horas para la solucion del problema; ¿que hay mas allá? ¿la nada? ¿el sueño eterno? ¡bendito sea! los únicos momentos de verdadera felicidad que he tenido en la vida son aquellos en que he dormido profundamente sin soñar; ¡oh! así debe ser la muerte, si nó ¿á qué ponerla al fin de la vida como un lugar de descanso despues de un largo y penoso viaje? así como el sueño cierra nuestros párpados y adormece nuestros sentidos despues de un dia de dolores y trabajo, y rendidos por él olvidamos en esa nada de algunas horas en que nos abisma, nuestros sufrimientos de un dia, así en la muerte ahogaremos para siempre las penas de nuestra existencia. Pero el sueño restaura nuestras fuerzas y nos dá nuevo vigor para sufrir las contrariedades de la suerte; es un paréntesis entre un dia y otro dia de penas ó de goces; ¿será la muerte un descanso momentáneo en la eternidad? será un paréntesis entre dos existencias? Comenzar de nuevo á vivir ¿qué cansancio!

Algo tengo aquí—continuó tocándose la frente y el corazon—que se revela contra esa idea de anonadamiento eterno; algo que ha existido ántes que yo y que existirá probablemente despues; pero ¿tengo yo que ver con ello? Antes de vivir ignoro lo que seria de ese soplo vivificador; cuando duermo profundamente ¿sé acaso en qué rejiones vaga? Lue-

go que las balas de los zuavos rompan los lazos invisibles que nos unen al romper los conductos por donde ahora circula mi sangre con tanto método, haciéndola precipitar de manera que cesen para siempre en mi cuerpo las funciones de la vida, nada tendremos de comun; yo seré conducido al anfiteatro, mi alma.....

Algo como una luz sobrenatural iluminó en aquel momento la frente del pintor; llevó la mano á su corazon que latia fuertemente, sonrió de una manera que nada tenia de humano, y levantando los ojos al cielo, añadió como si hablara con un ser invisible para cualquiera otro que para él, y con un acento de verdad tal que parecia inspirado por una revelacion de lo alto:

—Mi alma..... irá á confundirse con la tuya, ángel mio, mi Luisa encantadora; ¡cuánto se aman las dos!

Mauricio cayó de rodillas, y apoyando los brazos en una silla dejó caer su cabeza entre las manos.

Llenariamos un volúmen si quisiéramos enumerar todos los pensamientos que agitaron á nuestro héroe durante el tiempo que permaneció en aquella postura. En ese momento supremo en que se contempla frente á frente á la muerte, en que, por decirlo así, se cuentan los pasos de ese fantasma aterrador que se acerca para separar á uno de cuanto ama, bulle en la mente un torbellino de ideas; las creencias adquiridas en la infancia y que se confunden con el dulce acento de la mujer que nos dió el ser, el recuerdo de nuestras lecturas filosóficas, las sugerencias de nuestra propia razon, la duda, el temor de lo desconocido, todo se aglomera, se confunde, ofusca la imaginacion como el delirio que produce la fiebre; se pasa sucesivamente y como en alas del vapor por todas las fases religiosas de la sociedad humana, y al fin se detiene la mente como en un oasis encantador, refrigerante, ante la idea de la

nada; á la hora suprema de la muerte el cielo de los católicos no atrae, su infierno dá risa; y los hombres negros encargados de llevar al lecho mortuorio los consuelos de la religion se cuidan mejor que de la tranquilidad moral del paciente, de los intereses mundanos de la Iglesia; esgrimen sus armas aterradoras para las almas débiles, ridículas para los que han sacudido el yugo de las preocupaciones, y se retiran despues con el orgullo del triunfo unas veces, con la conciencia de su ignorancia otras, y algunas tambien, que van siendo ménos raras á medida que la humanidad progresa, con el despecho de haber sido vencidos en su continua lucha á brazo partido con los moribundos, por un ser débil y próximo á ser pasto de los gusanos del sepulcro.

LXXXIV.

La ejecucion.

Serian las siete de la mañana cuando se abrió la puerta de la pieza que servia de prision á Mauricio dando paso á un sub-oficial frances que tocó bruscamente en el hombro á nuestro héroe, y le dijo con imperioso acento:

—¡Vamos! ya es hora.

Mauricio se estremeció. Por mucho que se haya padecido en la vida, por muy preparado que se halle uno á dejar el mundo, el frio glacial de la muerte hiela anticipadamente los miembros del hombre condenado á morir, al llegar el momento de la transicion entre el ser y el no ser. Aquel estremecimiento fué tan instantáneo, que el sub-oficial frances no le notó. El pintor se levantó, limpió con la manga de su levita el polvo que tenia en su vestido y tomando su sombrero dijo con voz firme:

—Cuando vd. guste, estoy listo.

El sub-oficial le miró asombrado; esos franceses que tanta
MAURICIO.—33

nada; á la hora suprema de la muerte el cielo de los católicos no atrae, su infierno dá risa; y los hombres negros encargados de llevar al lecho mortuorio los consuelos de la religion se cuidan mejor que de la tranquilidad moral del paciente, de los intereses mundanos de la Iglesia; esgrimen sus armas aterradoras para las almas débiles, ridículas para los que han sacudido el yugo de las preocupaciones, y se retiran despues con el orgullo del triunfo unas veces, con la conciencia de su ignorancia otras, y algunas tambien, que van siendo ménos raras á medida que la humanidad progresa, con el despecho de haber sido vencidos en su continua lucha á brazo partido con los moribundos, por un ser débil y próximo á ser pasto de los gusanos del sepulcro.

LXXXIV.

La ejecucion.

Serian las siete de la mañana cuando se abrió la puerta de la pieza que servia de prision á Mauricio dando paso á un sub-oficial frances que tocó bruscamente en el hombro á nuestro héroe, y le dijo con imperioso acento:

—¡Vamos! ya es hora.

Mauricio se estremeció. Por mucho que se haya padecido en la vida, por muy preparado que se halle uno á dejar el mundo, el frio glacial de la muerte hiela anticipadamente los miembros del hombre condenado á morir, al llegar el momento de la transicion entre el ser y el no ser. Aquel estremecimiento fué tan instantáneo, que el sub-oficial frances no le notó. El pintor se levantó, limpió con la manga de su levita el polvo que tenia en su vestido y tomando su sombrero dijo con voz firme:

—Cuando vd. guste, estoy listo.

El sub-oficial le miró asombrado; esos franceses que tanta
MAURICIO.—33

fama gozaban de valientes tenían que admirar día con día la admirable serenidad y la firmeza de ánimo con que iban al patíbulo los mexicanos á quienes asesinaban sus cortes marciales. El encargado de la ejecucion de Mauricio debia ser un hombre de corazon, porque tendiendo la mano al pintor y estrechando la del artista le dijo con acento conmovido que contrastaba singularmente con el tono brusco con que ántes le habia interpelado:

—Si tiene vd. algun encargo que hacerme le cumpliré como hombre de honor.

—Ninguno, gracias—contestó Mauricio.

—Cómo! ¿no tiene vd. una querida? ¿una madre? ¿una hermana?

—Nó.

—Ni un amigo?—continuó admirado el frances.

—Un amigo!—exclamó Mauricio por cuya mente cruzó súbita una idea—sí, tengo uno; si pudiera escribirle.....

El sub-oficial salió de la pieza y volvió despues de un momento, trayendo recado de escribir.

Mauricio tomó la pluma y escribió:

«Querido Ramon.—En este momento salgo de la cárcel de la Callejuela para ser fusilado. María ha muerto envenenada, y se me ha hecho culpable de su muerte. Manuel figura en el número de los testigos en mi contra; se venga; guárdate de él, y si puedes, véngame. Adios

MAURICIO.»

El pintor cerró este billete, le puso direccion, y se le entregó al frances que le ofreció, bajo su palabra de honor, hacerle llegar el mismo día á su título. En seguida, el preso y su custodio salieron del departamento.

En el patio de la prision y entre bayonetas aguardaban á Mauricio los ocho individuos que fueron como él condenados

la víspera por la corte marcial. Algunos sacerdotes los acompañaban.

El oficial que mandaba el peloton ató las manos de Mauricio con una pequeña cadena como lo estaban las de sus compañeros, y dió la orden de marcha.

A la puerta de la prision habia cuatro gendarmes á caballo que se pusieron á la cabeza de la pequeña columna, y seis ú ocho cazadores de Africa que formaron la retaguardia. El pequeño callejon de la Callejuela estaba lleno de gente ansiosa de mirar á las víctimas de la corte marcial, y entre aquella gente las madres y los deudos de los pobres compañeros de Mauricio, trataban en vano de abrirse paso para dar el último adios á los que marchaban á la muerte. Si lograban romper la muralla humana que los separaba de la guardia que conducia á los condenados, un culatazo dado con mano vigorosa por alguno de los soldados á quienes se llegaban les hacia caer en tierra y correr el peligro de ser pisoteados por la multitud.

En esa lucha continua entre las desgraciadas familias de los condenados y los soldados que los custodiaban, llegó la pequeña columna al lugar de la ejecucion. Algunas personas compasivas hicieron alejar de aquel sitio á las familias de los que iban á ser fusilados, y cuyos gritos desgarradores destrozaban el corazon de esas pobres víctimas.

Mauricio y sus compañeros fueron colocados á cierta distancia uno de otro; el peloton se fraccionó tambien, y á un toque de corneta comenzó la carnicería.

Conforme caía cada uno de aquellos desventurados, un soldado se acercaba á él y le disparaba su arma á quemarropa en un oido. ®

Ni uno solo de aquellos hombres manifestó debilidad ó temor; todos murieron como valientes, y hasta el niño que al

víspera había llorado al oír su sentencia, recibió las balas con serenidad. Una noche y la proximidad de la muerte habían bastado para hacerle hombre y templar su alma.

Cada uno de los nueve cadáveres fué colocado en un ataúd, y todos conducidos al hospital municipal de S. Pablo.

La gente que había asistido á la ejecucion se retiró consternada, los soldados volvieron á sus cuarteles y nada indicó en el resto del día en la ciudad que por la mañana se habían cometido nueve asesinatos iguales á los que se cometieron la víspera y á los que se cometerían al día siguiente.

LXXXV.

El anfiteatro.

Los hombres que conducían de la plazuela de Mixcalco á la de S. Pablo los cadáveres de los nueve ajusticiados llegaron media hora después de la ejecución al Hospital municipal donde debían depositar su triste carga. Entraron por la puerta principal, se detuvieron un rato á la entrada de un callejón oscuro donde un hombre tomó razón de los muertos y se dió por recibido de ellos; atravesaron un patio asqueroso, especie de potrero por lo inmenso y por hallarse cubierto de yerba, inundado en muchos puntos de agua corrompida, y donde se revolcaban algunos cerdos que engordaban las hijas de S. Vicente de Paul, encargadas del hospital en aquella época, y se introdujeron á una sala baja, sucia y fétida, cuyo pavimento estaba lleno de manchas de sangre, y en la que por únicos muebles se veían largas mesas forradas de zinc y vasijas de barro llenas de entrañas humanas. En algunas de aquellas mesas había cadáveres destrozados.

víspera había llorado al oír su sentencia, recibió las balas con serenidad. Una noche y la proximidad de la muerte habían bastado para hacerle hombre y templar su alma.

Cada uno de los nueve cadáveres fué colocado en un ataúd, y todos conducidos al hospital municipal de S. Pablo.

La gente que había asistido á la ejecucion se retiró consternada, los soldados volvieron á sus cuarteles y nada indicó en el resto del día en la ciudad que por la mañana se habían cometido nueve asesinatos iguales á los que se cometieron la víspera y á los que se cometerían al día siguiente.

LXXXV.

El anfiteatro.

Los hombres que conducían de la plazuela de Mixcalco á la de S. Pablo los cadáveres de los nueve ajusticiados llegaron media hora después de la ejecución al Hospital municipal donde debían depositar su triste carga. Entraron por la puerta principal, se detuvieron un rato á la entrada de un callejón oscuro donde un hombre tomó razón de los muertos y se dió por recibido de ellos; atravesaron un patio asqueroso, especie de potrero por lo inmenso y por hallarse cubierto de yerba, inundado en muchos puntos de agua corrompida, y donde se revolcaban algunos cerdos que engordaban las hijas de S. Vicente de Paul, encargadas del hospital en aquella época, y se introdujeron á una sala baja, sucia y fétida, cuyo pavimento estaba lleno de manchas de sangre, y en la que por únicos muebles se veían largas mesas forradas de zinc y vasijas de barro llenas de entrañas humanas. En algunas de aquellas mesas había cadáveres destrozados.

La sala de que estamos hablando era el anfiteatro del Hospital de S. Pablo.

Luego que los conductores de los cadáveres se alejaron, el mismo hombre que los había recibido entró á la sala seguido de dos mozos, y á una orden suya comenzaron estos á desnudar los cuerpos con una naturalidad y una confianza que manifestaban lo acostumbrados que estaban á semejante tarea.

De cada vestido hicieron luego un envoltorio para devolverle á los deudos si los reclamaban ó distribuírseles entre sí, si nadie se presentaba á recoger tan tristes prendas.

Los cadáveres desnudos fueron colocados en otras tantas mesas del anfiteatro para que los médicos de cárcel hicieran la autopsia y declararan bien muertos á los reos á que habían pertenecido, y mientras llegaban estos funcionarios, el hombre que había presidido el despojo y que no era otro que el administrador del hospital, cerró la puerta de la sala y se dirigió á su despacho donde hizo colocar en orden los envoltorios de los vestidos.

Pocos momentos despues un hombre se presentaba á al puerta del hospital y preguntaba por el administrador.

Fué conducido adonde este se hallaba y le presentó un pliego.

Era una orden para que el cadáver de Mauricio le fuese entregado; aquel hombre era Ludovico. La venganza de los masones no se aplacaba ante la muerte; necesitaban el cadáver de su víctima para cortarle el cuello, arrancarle la lengua, destrozarle el corazon y dividir en dos el cuerpo conforme á las prescripciones del juramento de maestro.

La orden estaba en regla y el administrador no opuso dificultad alguna para entregar el cadáver; llamó á sus ayudantes para que verificasen la entrega y alargó á Ludovico el envoltorio que contenia la ropa del pintor.

—¿Que es esto?—dijo el antiguo sacristan de la Misericordia.

—La ropa de ese hombre.

—Que se le dé á los pobres.

—Tenia ademas al cuello este medallon—continuó el administrador, alargando á Ludovico la prenda en cuestion.

El hermano terrible tomó maquinalmente la joya y se puso á examinarla. Repentinamente lanzó un grito ó mejor dicho un rugido. Aquel medallon contenia el retrato de Fernando de Gonzaga, del primer hombre cuya sangre había derramado, del seductor de Marietta, del padre de Mario.

No cabia duda; aquel hombre fusilado hacia una hora en la plazuela de Mixcalco, aquel hombre por cuya muerte había trabajado tanto, era Mario, el mismo á quien desde tan léjos venia buscando, el mismo para quien guardaba la fortuna encontrada en el colchon del Cura, el mismo á quien había jurado amparar y proteger ante el sepulcro recién abierto de Marietta.

Ludovico no apartaba los ojos de aquel retrato; la mirada feroz de aquella cabeza pintada en miniatura parecia fija en él de una manera terrible y amenazadora.

—No me veas así—murmuró el pobre loco—ignoraba que fuese tu hijo, el de Marietta, el mio; el mio, sí, porque fuí mas padre suyo que tú que le engendraste; yo le dormia en mis brazos, yo le colocaba sobre mis rodillas, yo jugaba con él; juré ampararle y le he muerto; pero yo le vengaré. Pronto, ese cuerpo,—continuó dirigiéndose al administrador y exaltándose cada vez mas—¿donde se halla? quiero verle..... quiero llevármele..... quiero no apartarme de él un momento.

El administrador del hospital que no comprendia una palabra de lo que pasaba, condujo á Ludovico al anfiteatro.

—Dejadme entrar solo—gritó el italiano con imponente voz.

El administrador y los dos criados obedecieron maquinalmente.

Ludovico entró; los cadáveres desnudos presentaban sus heridas abiertas y chorreantes; el hermano terrible los examinó uno á uno hasta llegar al de Mauricio; le contempló un momento y llevó su mano agitada por la calentura al corazón del pobre artista.

—¡Todavía respira!—murmuró con un indescribible acento de esperanza, dejándose llevar de esa ilusión de que hemos sido víctimas todos al tocar el corazón yerto de una persona amada, y tomando los latidos de sus propias arterias por las palpitaciones del corazón de Mauricio.

—Que no lo sepan esos hombres—continuó siempre en voz baja—le volverían á matar.

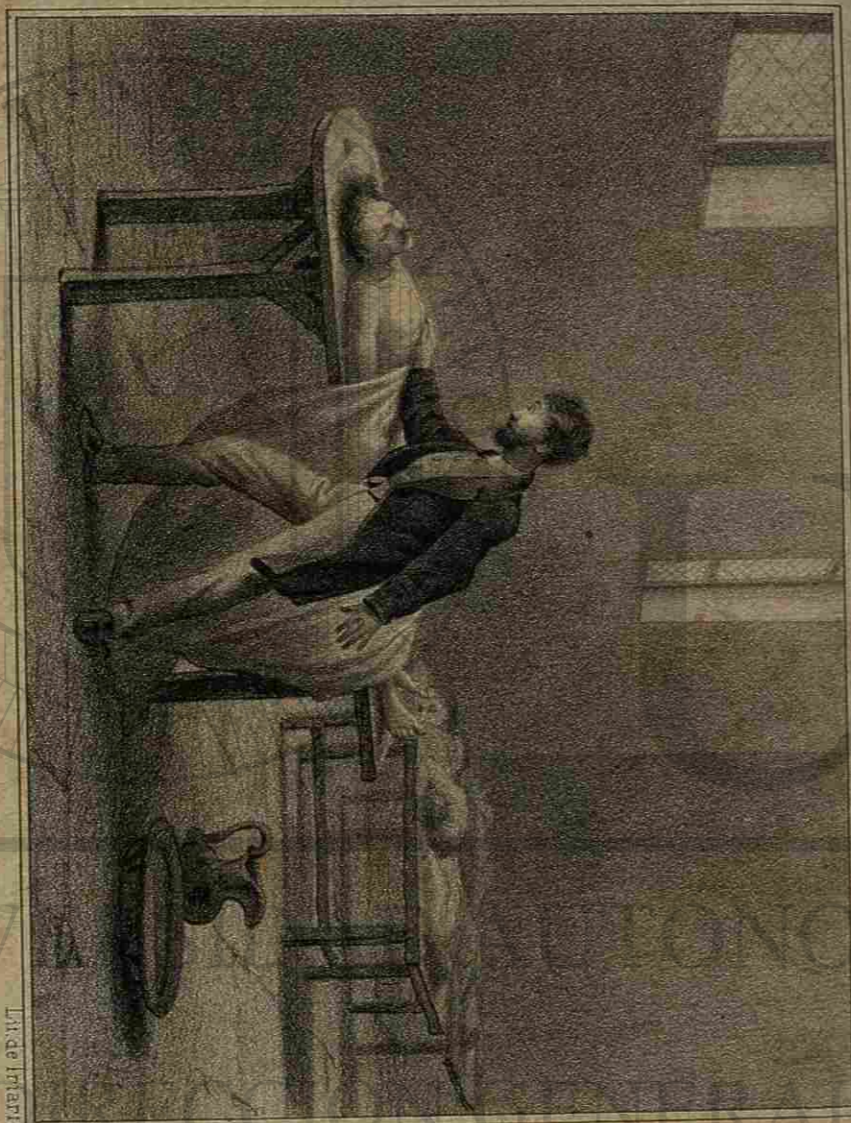
Y con hereúleas fuerzas tomó el cadáver como si fuera el de un niño, le envolvió en la sábana que llevaba con ese objeto y le colocó suavemente en el ataúd. Al hacer esta operación advirtió que el cráneo estaba hecho pedazos.

—Oh!—dijo con desesperación—está muerto, bien muerto, y salió fuera de sí del anfiteatro.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Todavía respira!



Unde harre

MAURICIO DE OCHOA.

LXXXVI.

Conclusion.

Nuestro antiguo y querido amigo Ramon, completamente ignorante de lo que pasaba, se hallaba en la cama meditando algunas bromas contra sus enemigos los jesuitas cuando oyó llamar á su puerta.

—¡Adentro!—gritó distraido.

La persona que llamaba empujó la puerta que permaneció cerrada y volvió á llamar.

—Adentro he dicho ¡con mil diablos!—exclamó Ramon.

—Si está cerrado, sapristí!—contestó una voz desconocida para nuestro amigo.

—Entonces no es aquí, chico, á la otra puerta—dijo en el mismo tono Ramon.

—No vive aquí D. Ramon Fernandez?

—Ese soy yo.

—Traigo una carta para él.

—Venga, pues,—dijo al fin Ramon abandonando con sentimiento su cama y dirigiéndose á la puerta.

Al abrir retrocedió sorprendido.

El que llamaba era un sub-oficial frances.

—¿Es para vd. esta carta?—preguntó.

—Sí señor;—contestó Ramon mirando el sobre con inquietud—es de mi amigo Mauricio, ¿le pasa algo? ¿está preso?—añadió con ansiedad.

El sub-oficial no contestó y miró á Ramon con tristeza.

El amigo de Mauricio rompió el sobre, leyó el contenido del billete que conocen ya nuestros lectores, dió un grito y cayó de espaldas en el pavimento.

El buen sub-oficial le condujo de nuevo á su cama y á fuerza de cuidados le hizo volver en sí.

—No es un sueño?—preguntó Ramon.

—Murió como un valiente—dijo el sub-oficial—bien sabia yo que él no podia ser el asesino.

—Gracias—murmuró Ramon.

—Puedo serle á vd. útil en algo?

—Tal vez sí; déjeme vd. su nombre y sus señas.

—Ernesto Maumejean, cárcel de la Callejuela.

—Gracias.

—Hasta la vista.

—Adios.

Ramon tenia prisa por quedarse solo; sentia un nudo en la garganta y necesidad de llorar. El Tenorio de la Academia era un corazon de oro; como la mayor parte de las personas de carácter bromista, bajo un exterior insustancial y chusco ocultaba una alma de esas pocas que para honor de la humanidad existen en el mundo, capaces de comprender los grandes sentimientos.

Apénas se habia retirado el sub-oficial, cuya oferta de servicios habia aceptado mas bien por cortesía que porque se sintiese dispuesto á hacer uso de ellos, cerró de nuevo su

puerta, se arrojó en la cama y dió libre curso á sus lágrimas.

A poco se levantó erguido y terrible.

—Las mujeres lloran—dijo—los hombres se vengán.

El aspecto de su fisonomía habia cambiado por completo; sus ojos se hallaban secos y la tristeza habia dejado lugar á la serenidad; si alguno se hubiera encontrado solo con él en aquel momento habria tenido miedo.

Se vistió y tomó su sombrero; abrió el cajon de una mesa y sacó un pequeño puñal de forma antigua que conservaba como curiosidad de arte; le despojó de la vaina, probó su filo, y volviéndole á arrojar al lugar de donde le habia tomado murmuró:

—No lo merece; le mataré á patadas como á un perro.

Y salió de su habitación.

Atravesó rápidamente algunas calles y llegó á la casa de Manuel.

Todo era allí confusion y desórden; los criados iban y venian y nadie detuvo á Ramon que subió sin obstáculo la escalera y atravesando el corredor entró á la sala.

Allí le esperaba un horrible espectáculo.

Manuel, bañado en su sangre, yacia tendido euan largo era y los piés del sofá; tenia un puñal triangular clavado en el pecho.

Mas léjos, Ludovico aparecia colgado del cuello en la cornisa de una colgadura con los cordones que detenian las cortinas.

El antiguo sacristan de la Misericordia habia cumplido su última promesa.

Habia vengado á Mario.

FIN.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE.

Capít. I.—El gabinete de reflexiones.....	1
„ II.—La Logia.....	6
„ III.—La recepción.....	11
„ IV.—La iglesia de la Misericordia.....	26
„ V.—La casita del Molino.....	33
„ VI.—La bella Marietta.....	41
„ VII.—Una nube.....	45
„ VIII.—Un tesoro mal guardado.....	50
„ IX.—Mario.....	56
„ X.—¡Pobre madre!.....	63
„ XI.—Paco el zurdo.....	67
„ XII.—Muerto ó loco.....	72
„ XIII.—Padre é hijo.....	78
„ XIV.—Ruinas y escombros.....	84
„ XV.—Ludovico.....	90
„ XVI.—Un encuentro.....	93
„ XVII.—El primer crimen.....	97
„ XVIII.—La convalecencia.....	102
„ XIX.—Un nuevo parroquiano.....	107
„ XX.—Plan de campaña.....	110
„ XXI.—El intruso.....	114
„ XXII.—Reaparición del Zurdo.....	118
„ XXIII.—Un hombre sospechoso.....	123
„ XXIV.—¡Seis millones de reales!.....	127
„ XXV.—Robo y fractura.....	132
„ XXVI.—Suspensión de pagos.....	137
„ XXVII.—Perspicacia.....	142

ít. xxviii.—Los males nunca vienen solos.....	147
” xxix.—De cómo Mario fué convertido en Mauricio.....	153
” xxx.—Una remesa.....	159
” xxxi.—La tienda de D. Márcos.....	164
” xxxii.—La tertulia.....	169
” xxxiii.—La aparicion.....	174
” xxxiv.—Amor.....	180
” xxxv.—La primera carta.....	189
” xxxvi.—La Estafeta.....	195
” xxxvii.—El interior de una familia.....	202
” xxxviii.—Sembrar en Tepetate.....	210
” xxxix.—La carta perdida.....	216
” xl.—El Modelo.....	222
—Desencanto.....	228
” xli.—La alopatía y el amor desgraciado.....	236
” xlii.—Confidencia.....	241
” xliiii.—¡Tú lo has dicho!.....	248
” xliv.—La vida nueva.....	256
” xlv.—Algo mas sobre el carácter de Mauricio....	261
” xlvi.—La propaganda masónica.....	268
” xlvii.—Una escena de familia.....	276
” xlviii.—Una compensacion.....	283
” xlix.—Una compensacion.....	291
” l.—El nuevo mason.....	298
” li.—El hombre misterioso.....	305
” lii.—Mauricio, compañero.....	309
” liii.—Los cinco viajes.....	315
” liv.—Id.....	315
” lv.—La estrella misteriosa y el templo de Salomon.....	321
” lvi.—Los trabajos de compañero.....	326
” lvii.—El buen vecino.....	334

Capít. lviii.—A un buen guardador un buen expendedor.	340
” lix.—De cómo maduraba el Cura sus proyectos..	347
” lx.—Manos á la obra.....	353
” lxi.—Imprevisión humana.....	358
” lxii.—La gota de aceite y el pañuelo de cuadros.	364
” lxiii.—Quien debe, paga.....	371
” lxiv.—Una buena compra.....	379
” lxv.—Las compensaciones.....	386
” lxvi.—Amo y criado.....	390
” lxvii.—El hermano terrible.....	394
” lxviii.—La cámara de enmedio.....	399
” lxix.—Mauricio recibido de Maestro.....	403
” lxx.—Los trabajos de maestro.....	413
” lxxi.—Una comunicacion extraña.....	420
” lxxii.—Masones y jesuitas.....	427
” lxxiii.—El falso amigo.....	435
” lxxiv.—Venganza.....	442
” lxxv.—Plan de conducta.....	449
” lxxvi.—La Serpiente.....	457
” lxxvii.—El codicioso y el tramposo.....	464
” lxxviii.—Trasfiguracion.....	471
” lxxix.—Nueva plancha.....	477
” lxxx.—Suicidio.....	488
” lxxxI.—La aprehension.....	493
” lxxxii.—La Corte Marcial.....	500
” lxxxiii.—La última noche.....	506
” lxxxiv.—Le ejecución.....	513
” lxxxv.—El anfiteatro.....	517
” lxxxvi.—Conclusion.....	521

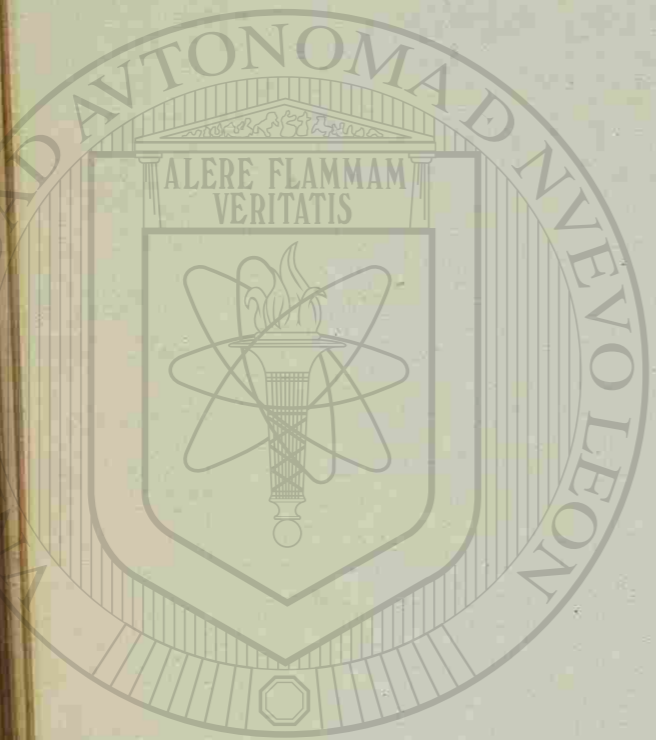


U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



U A

DAD AUTÓNOMA D
CIÓN GENERAL DE B

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100